

BX1756

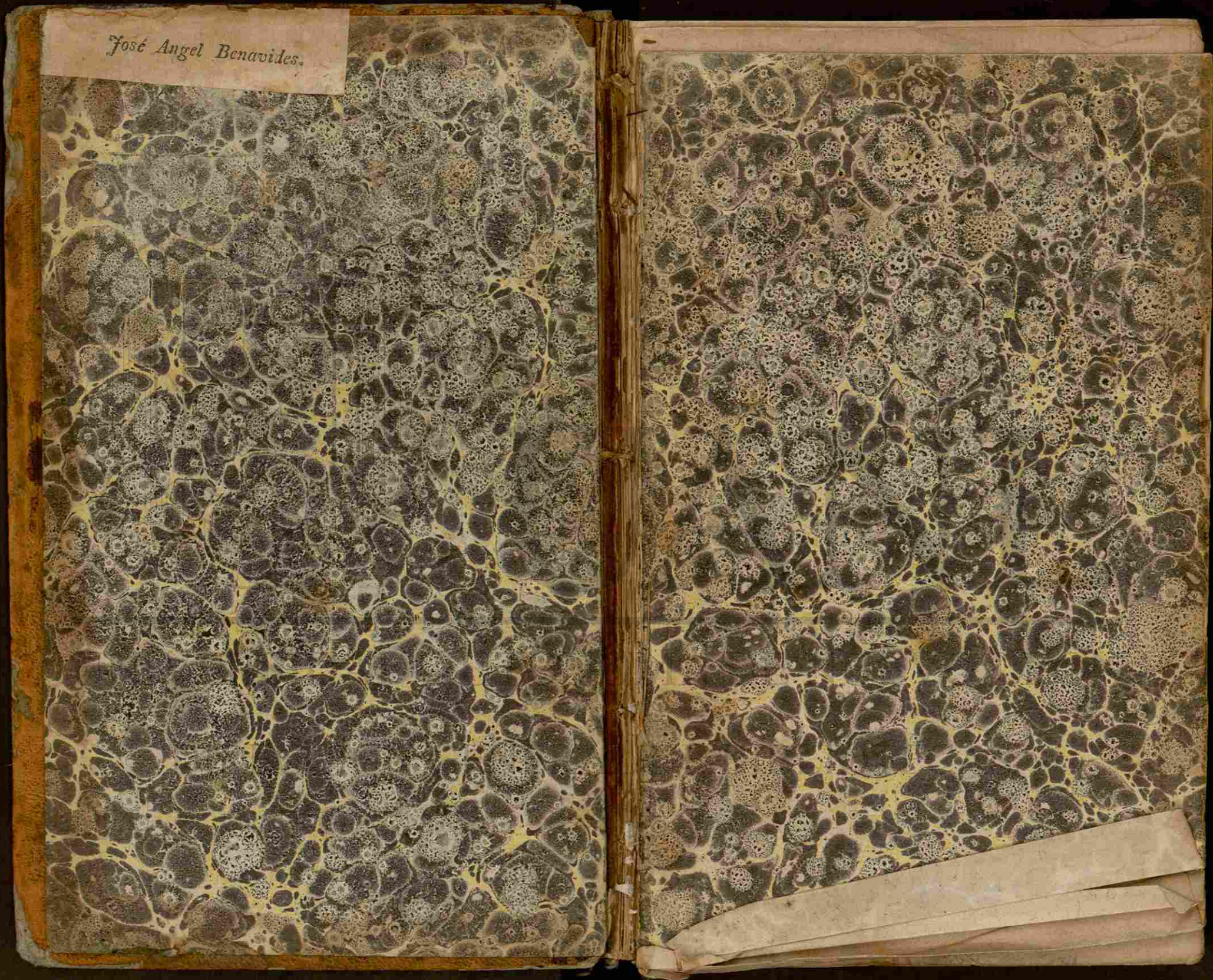
.A2

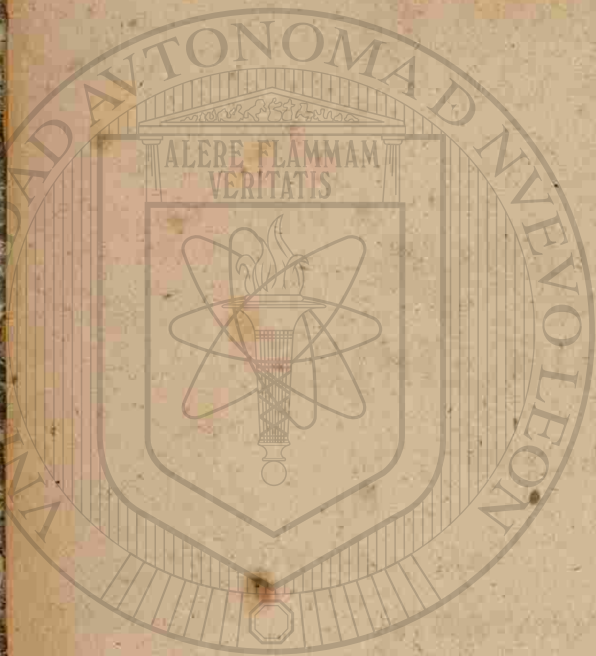
C3

V. 6

c. 1

José Angel Benavides.





BIBLIOTECA
DE PREDICADORES.

TOMO DÉCIMO CUARTO.

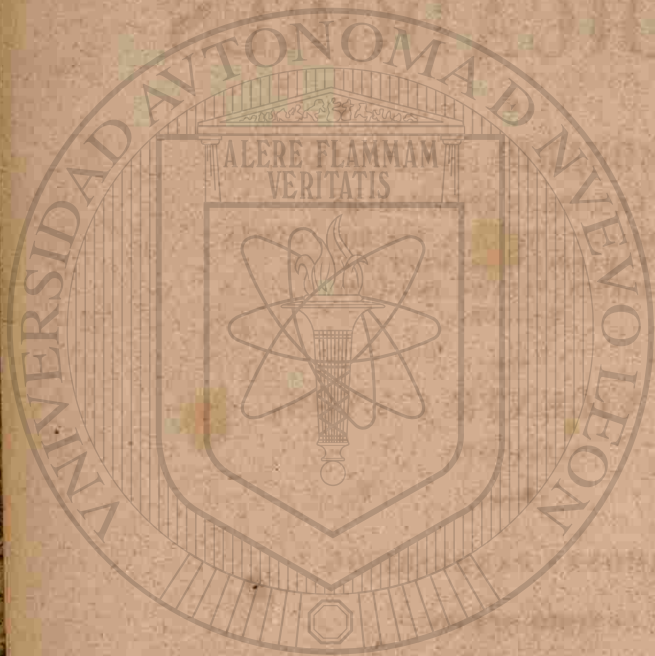
PARTE CUARTA,

TOMO VI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS 55307

IMPRESA DE J. CLAYE Y C^{IA}, CALLE DE SAN BENITO, N^o 7

BIBLIOTECA

DE

PREDICADORES

ó

SERMONARIO ESCOGIDO

DE LAS OBRAS PREDICABLES

DE COCHIN, CHEVASSU, EGULETA, FLECHIER, GARCÍA,
GONZÁLEZ, MASSILLON, SÁNCHEZ SOBRINO,
SANTANDER, TRENTO, TRONCOSO
Y OTROS,

POR

DON VICENTE CANOS,

PRESBITERO.

SERMONES PANEGÍRICOS.

TOMO SEXTO.



PARIS,

LIBRERÍA DE DON VICENTE SALVA,

CALLE DE LILLE, N^o 4.

1850.



1080046170

SERMON

DE SANTA ROSALÍA.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

NO HAY MAYOR HEROÍSMO QUE RENUNCIARLO TODO POR EL AMOR DE DIOS, Y TAMPOCO HAY OTRO CAMINO PARA SALVAR NUESTRAS ALMAS, QUE RENUNCIARNOS Á NOSOTROS MISMOS JUNTAMENTE CON EL MUNDO.

Qui perdiderit animam suam propter me, salvam faciet illam.
El que perdiere su alma por mi amor, la salvará.

S. Luc. c. 9. v. 24.

«Vino Juan que no comia ni bebia, y dicen: tiene demonio. Vino el Hijo del Hombre que come y bebe, y dicen: ve ahí un hombre voraz, bebedor de vino y amigo de los publicanos y pecadores.» Así, hermanos míos, así increpaba el divino Salvador la obstinada ceguedad y dureza de los escribas y fariseos; de aquella generación perversa y enemiga de la verdad, á quien desagradaba igualmente la predicación de Juan anunciada entre la austeridad y los rigores extraordinarios de la penitencia, y la predicación de Jesus que comiendo, bebiendo, conversando popularmente con los hombres y acordándose en lo posible con ellos, anunciaba las mismas verdades: á aquella generación de dura cerviz cuyos padres dieron la muerte á los profetas y enviados de Dios, y estaba resuelta á pedir la sangre del Mesías prometido: á aquella raza de víboras dispuesta siempre á contradecir y rechazar la verdad, ora saliese de la boca del hombre del desierto, ora de la del que vivía en medio de ellos llenándolos de beneficios y obrando los mayores milagros. Pero esta



FONDO DE BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

generacion, hermanos míos, ha trasmitido su espíritu á sus descendientes, que han llegado hasta nosotros resistiendo siempre al Espíritu santo. En todos los siglos ha habido hijos de tinieblas, enemigos de la cruz de Cristo, hombres de perversidad, nutridos en el error, obstinados en cerrar sus ojos á la luz, siempre dispuestos á contradecir, siempre declarados en guerra contra la verdad.

Háyase resuelto un cristiano á abrazar la perfeccion evangélica, á ofrecer á Dios su virginidad, á renunciar al mundo y perder su vida, ocultándola en Jesucristo para salvarla; á seguir con mas desahogo y facilidad el camino que conduce al cielo cerrándose en los claustros como asilos de virtud; y los hombres de mundo, los escribas y fariseos de todos los siglos han llamado á esta resolucion egoísmo, hipocresía, modo y pretexto para vivir de la holganza religiosa y de buscar por este medio lo que el mundo le negaba por su nacimiento, por su fortuna y por sus proporciones. Hanse puesto á su vista ejemplares de hombres de una fortuna, de un nacimiento, de unos talentos brillantes que han abrazado la misma resolucion, y estos hombres á quienes siempre escandalizan las palabras del Señor, han levantado el grito quejándose de que se seduce á la juventud, que se fanatiza á los ancianos, que se turban las conciencias, que se arruina á las familias y á la sociedad entera con lo que ellos llaman *captaciones*, sin entender ni querer confesar jamas que estas heroicas resoluciones de jóvenes y ancianos, pobres y ricos, y personas de todo sexo y condicion, son dictadas é inspiradas por el espíritu de Dios, y son lo mas perfecto de la obra grande y admirable del cristianismo.

¿Qué dirá nuestro siglo al recordarle y presentarle á la hija única y heredera de los señores y condes de Quisquina y de las Rosas de Sicilia y de Marsi, á una jóven rodeada de toda la opulencia y las comodidades del palacio de Palermo; hermosa, rica y halagada de cuanto el mundo puede ofrecer de lisonjero; á santa Rosalía, cuyas virtudes y memoria honramos con estos cultos; y al decirle que renunció á todas sus galas, á todas sus comodidades, á todas sus esperanzas, á unas bodas dispuestas por sus padres y que ofrecian las mayores ventajas, por desposarse con Jesucristo ofreciéndole su virginidad y huyendo para conservarla á sepultarse en las concavidades de los montes? Dirá, ó que los ministros del santuario referimos una conseja

inventada á nuestro placer, ó que esta jóven se dejó arrebatar de un fanatismo impropio de su clase y ajeno de la religion.

¿Qué son, Señor, estos hombres que miden la conducta de vuestros escogidos por los sentimientos viciados de su corazon? Unos insensatos cuyos delirios nos deben compadecer y cuya desgracia eterna nos debe horrorizar. ¡ Dichosas, mil veces dichosas aquellas almas que se declaran por la perfeccion del Evangelio! ¡ Dichosas las almas que consagran su virginidad al Esposo eterno! ¡ Dichosas las que tienen valor para renunciarlo todo por seguir á Jesucristo! A las declamaciones llenas de hinchazon, á las burlas y sarcasmos de esos hombres mundanos, superficiales y mordaces, opondré la sublime sencillez del Evangelio, y vindicando la heroica conducta de santa Rosalía, vindicaré la doctrina misma del divino Salvador.

Hombres del mundo! Contemplad alguna vez las verdades eternas: discorrid alguna vez, si no como cristianos, al ménos como hombres, y os vereis precisados, ó á renunciar á ese racionalismo de que haceis tanta ostentacion, ó á confesar que lo que llamais fanatismo es la perfeccion cristiana, que no hay mayor heroísmo que dejarlo todo por el amor de Dios, y que tampoco hay otro camino para salvar nuestras almas que renunciarnos hasta á nosotros mismos. *Qui perdidit animam suam propter me, salvam faciet illam.*

Estoy muy léjos, Señor, de confiar en mis débiles fuerzas, y recurro á vos demandando vuestros auxilios. Dignaos concedernos vuestra gracia por los méritos y la intercesion de vuestra Madre, á quien decimos: *Ave María.*

Qui perdidit...

Amar á Dios. Ved aquí, hermanos míos, lo que hace la felicidad de los bienaventurados en el cielo, y la primera y principal obligacion de todos los hombres en la tierra; la condicion que se nos impone en el bautismo para conseguir la vida eterna, y de cuyo cumplimiento depende el ser buenos y perfectos cristianos. Amar á Dios. Cuanto mas amemos á Dios, cuanto mas neguemos nuestro corazon á todos los demas objetos, cuanto mas exclusivamente nos entreguemos á Dios, seremos tanto mas perfectos. El que posee con apego las riquezas, el que frecuenta los espectáculos y fiestas del mundo, el que gusta y se

engalana con sus trajes y adornos, el que aspira á sus honores y dignidades, divide su corazon entre Dios y el mundo; el que se casa parte sus cuidados y su aficion, como dice el Apóstol, entre Dios y su consorte. Aquel que se desprende de todos los bienes y de todas las aficiones del mundo, que renuncia á todos sus placeres y sus esperanzas, que sacrifica su virginidad á su Dios y pone todos sus cuidados en Dios, ama solo á Dios; por consiguiente es mas perfecto, y lejos de ser un fanático, deberemos llamarle un héroe.

Vemos continuamente á muchos hombres que todo lo dejan por el amor de las riquezas: abandonan sus comodidades, dejan á sus padres, se separan de sus esposas, olvidan á sus hijos, se alejan de su patria, atraviesan los mares, se privan del sueño y del reposo, luchan entre la vida y la muerte por conseguir unos bienes inciertos, que adquieren con trabajos, poseen con inquietudes y pierden con dolor: y el mundo mira á los ricos con respeto y con envidia. ¡Cuántas privaciones, cuántos desvelos, cuántos sacrificios; y á las veces, cuántas humillaciones y bajezas tambien por el amor de los honores y dignidades! Y el mundo las reputa por un favor y las mira con aprecio y emulacion. ¡Cuántas fatigas, cuántos viajes, cuántos peligros han sufrido algunos hombres por el amor de las ciencias, por descubrir terrenos desconocidos, por defender su patria! Y el mundo les levanta estatuas, publica su fama y quisiera hacer eterno su nombre. Y el que todo lo deja y lo renuncia por amor de su Dios ¿será un fanático?

Envuelta nuestra alma entre los afectos de la carne y de la sangre, sumergida entre el cieno profundo de los bienes terrenos, se ignora á sí misma y no ve sino el lodo inmundado en que está sepultada. Como nuestro corazon no tiene sino afectos terrenos, como nuestros pobres deseos son todos terrenos, como nunca elevamos nuestra consideracion de los bienes terrenos, y tenemos unido tan fuertemente nuestro corazon á estos pobres tesoros, ni estimamos ni sabemos suspirar sino por los bienes sensibles y terrenos; pero saquemos nuestras cabezas del ambiente sensual que las oprime, dejemos obrar libremente á nuestra alma y que sin atender á los impulsos de la carne y de la sangre oiga su misma voz dirigida por la razon, y nos convencerá de que es tanto mas perfecto, mas grande, mas heróico el que lo renuncia todo por amar á su Dios, cuanto mayor es y

mas perfecto y digno de ser amado Dios que las riquezas, los honores, las dignidades, las ciencias, la fama y todos los bienes del mundo; cuanto son mayores los bienes eternos que los temporales, la gloria que la tierra, el Criador que la criatura. Dejemos obrar libremente á nuestra alma, y nos dirá en la rectitud de sus discursos, que todos los placeres y goces del mundo son como un estiércol en comparacion de Jesucristo, que de nada sirven los tesoros y aun la conquista y posesion del mundo entero si se pierde el alma; dejemos á nuestra alma que oiga la voz de su Dios, y Dios la dirá deseándola su mayor bien y perfeccion como á Rosalía: *ámame á mí solo, no has de tener mas esposo que á mí.*

Bien sé que este lenguaje es ajeno para el mundo; entre los hombres de nuestro siglo que se llaman ilustrados, no se reconocen otros deberes que los que hay de hombre á hombre; en sus códigos no hay mas que los deberes ú obligaciones sociales, y no tienen lugar alguno las obligaciones del hombre para con su Dios y para consigo mismo. Para nada se cuenta con Dios, y basta en su sentir no hacer daño á sus semejantes, y hacer bien á los de su misma especie; basta ser justos y benéficos en un sentido muy limitado, para ser hombres de bien y hombres perfectos, sin privarse por esto de satisfacer ampliamente sus pasiones favoritas. Pero los códigos del mundo no son los códigos de la razon, del Evangelio y los de todos los siglos; no son por cierto los códigos por donde hemos de ser juzgados. En estos están marcadas las obligaciones del hombre para con su Dios, para consigo mismo y para con sus prójimos; en estos se dice expresamente que Dios crió al hombre para que le sirva, para que le adore, para que le ame; y lo repito, hermanos míos, cuanto el hombre se dedique mas á amar á su Dios, será mas perfecto. Si todas sus ocupaciones son amarle, habrá elegido la mejor parte. Si todo lo deja por amarle, le amará con mas desembarazo y mas eficacia.

Pero aunque tengamos obligaciones para con Dios, las tenemos tambien para con nosotros mismos y para con la sociedad, y los que ofrecen á Dios su virginidad y renuncian al mundo, si bien podrán ser buenos para con Dios, son inútiles para sí mismos y para sus semejantes. ¿Quién puede sufrir, ni cómo aprobará Dios la conducta de un hijo, apoyo y esperanza de sus padres y familia, que los abandona en su juventud y despues de

los dispendios para su educacion, por cerrarse en un claustro á pretexto de dedicarse á Dios y servirle? Pero dígame ¿consiste el ser útiles para sí mismos en ser dueños de grandes riquezas, en disfrutar grandes comidas y bebidas, en ser mirados y atendidos de todos, en mandar y disponer de las ciudades, de los ejércitos y de los pueblos? Pues el que elige amar á su Dios en su virginidad y en la vida solitaria, posee los tesoros del cielo, conoce muy pocas necesidades corporales, manda á la ira, á la envidia, á la avaricia, á la lascivia, á todos los movimientos y pasiones de su ánimo, meditando continuamente el modo de evitar el pecado y de no sujetarse á su tiranía, y de tener siempre su alma fija en su Dios. El que lo deja todo por su Dios se enseñorea de su alma y domina á sus pasiones, que son mas difíciles de gobernar que los ejércitos de los reyes. Es un rey, dice san Juan Crisóstomo, que sabe mandar y ser obedecido sin sujetarse á sus vasallos, ni ser tan ridículo como aquellos reyes y superiores que mandando á los demas son esclavos de sus apetitos, y no saben mandarse ni gobernarse á sí mismos. Es un rey que pelea y vence á los demonios haciéndose digno de la corona eterna que ha preparado Dios para los vencedores. Es un rey que en vez de aduladores y falsos políticos, se rodea de los libros santos y escucha á los profetas, á los apóstoles, al mismo Dios sin miedo de ser seducido ni engañado. Es un rey que sin exigir tributos, sin grandes liberalidades ni dispendios se hace respetar y admirar de los ricos y los pobres. El que todo lo deja por su Dios es un hombre sobrio, casto, apacible, contento, feliz... Decís que no puede sufrirse, y que Dios no aprobará el abandono de los padres y familia que confiaban en el apoyo del hijo que los deja por seguir á Jesucristo, ¿y se puede sufrir que los hijos se casen llevándose al paso una parte de los bienes de sus padres, el que los abandonen por alistarse en la milicia con riesgo de perder sus mismas vidas, el que se ausenten hasta de su patria en busca de una fortuna que tal vez no hallarán; se sufre el que se dediquen á todas las demas profesiones en que mas tarde ó mas temprano han de separarse de sus padres y casi siempre vienen á serles gravosos? Y el Señor que mandó dejarlo todo á sus apóstoles por seguirle ¿dejará de aprobar semejantes resoluciones cuando él mismo las inspira y aconseja?

Convento en que podrá darse algun caso particular en que

no sea este proceder el mas útil y prudente; pero en la religion hay pruebas para conocer cuándo la vocacion viene de Dios y cuándo del espíritu propio. Lo que yo no temo deciros y comprobaros con el testimonio de los Libros santos y de la misma experiencia es, que el que todo lo deja por servir á Dios, es útil á la sociedad; es mas útil que los mismos que viven en ella. Sus ruegos y oraciones alcanzan el perdon de los pecados; por sus consejos se logra la correccion de las costumbres, son el consuelo y amparo de todas las aflicciones. ¿No sabemos que Acab, rey de los judíos, afligido por el hambre y escasez de su reino puso toda su esperanza en las oraciones del profeta Elías? ¿No sabemos que Ecequías, dueño del mismo reino, estando enfermo y viendo cercana su muerte acudió al profeta Isaias como á dueño de la vida y mas poderoso que la muerte? ¿No está escrito que los reyes de los judíos oprimidos de la guerra y en el peligro inminente de perder la Palestina, hallaron mas auxilio que en los escuadrones, en los capitanes, en los sagitarios y en todo el ejército, en las oraciones del siervo de Dios Eliseo? El mismo Ecequías en la guerra con los persas ¿venció con otras armas que con las oraciones de Isaias? ¿Los habitantes y toda la Sicilia consiguieron muchas veces librarse de la peste horrorosa que los devoraba por otros medios que por la intercesion poderosa de santa Rosalía á quien invocaron? ¿Pero cómo podrán ménos de ser útiles á la sociedad los que son amigos de Dios, los que se ocupan en servir á Dios y cumplir su voluntad, aquellas almas santas á quienes dice el mismo Dios: pedid y recibiréis, rogad y se os concederá, no sois mis siervos sino mis amigos, y todas mis cosas son vuestras?

¿Pero será necesario que todos renunciemos enteramente al mundo, que consagremos á Dios nuestra virginidad, que abracemos la pobreza y que nos ocultemos en los claustros ó en los desiertos para amar á Dios? ¿No hay bienaventuranza para los que vivimos en la sociedad? ¿Es Dios remunerador tan solamente de los que renuncian al mundo? ¿No bendice Dios á todos los estados? Sí, hermanos míos; pero porque caminemos nosotros como reptiles y entre estorbos y dificultades por el camino del cielo ¿hemos de mofarnos y tener en ménos á los que caminan con agilidad y con toda libertad y desembarazo por el

mismo camino? Confesemos de grado que aquellos que lo dejan y desprecian todo por seguir y amar á Dios, que aquellos á quienes el espíritu de Dios conduce por la perfecta abnegacion y desapropio, que aquellas almas que pierden su vida y se ocultan en Jesucristo escogiéndole por su esposo, su riqueza y todo su tesoro, son las mas perfectas, las mas heróicas, las mas dignas de nuestro respeto y de nuestras alabanzas; no son fanáticas, sino que son las que obran lo mejor; y yo os concederé como ministro de la ley de Dios que no es necesario tanto para obrar lo bueno.

No quiera el Señor que yo abuse torpemente de su ley ni la acomode á otra voluntad, que á la voluntad del mismo Dios: ella es tan invariable y tan eterna como su autor, sin que ni los tiempos, ni las personas, ni las circunstancias la hagan padecer alteracion y mudanza como á las leyes de los hombres. Para todos los cristianos hay bienaventuranza, y Dios por su bondad y misericordia quiere que en todos los estados podamos salvarnos; pero no podré desentenderme de repetiros é inculcaros lo que senté en mi proposicion, que sea el que fuere nuestro estado, no tenemos otro camino para salvar nuestras almas que renunciarnos á nosotros mismos. Que todos tenemos necesidad de tomar nuestra cruz y seguir á Jesucristo, que no reinarémos con él sin padecer y crucificarnos con él, que el que no abandona á su padre, á su madre, á su esposa, sus hijos y á su misma vida por seguirle, no puede ser su discípulo, es decir: que aquel que antepone el amor de sus padres, de su esposa, de sus hijos ó de su vida al amor de Dios; aquel que prefiere vivir á ser fiel á su Dios, y se avergüenza de confesarle por el miedo de la persecucion ó de la muerte, no es digno de Dios. Yo no podré ménos de deciros que si queremos salvarnos, necesitamos tener guerra abierta con nuestros vicios, con nuestras pasiones, con nuestros deseos y apetitos desordenados; que no podemos ser amigos de Dios sin ser enemigos de nosotros mismos y someter nuestro entendimiento y nuestro corazon á la ley y la voluntad de nuestro Dios. Os diré mas. Que es un error el dejar la abnegacion y renuncia de sí mismos para los solitarios y los monjes: que por lo mismo que vivimos en el mundo tenemos mas necesidad que estos de renunciarnos á nosotros, de estar mas prevenidos y vigilantes, porque nuestros peligros son mas fuertes,

nuestras ocasiones mas frecuentes, nuestros enemigos mas poderosos y temibles, nuestras fuerzas mas débiles y nuestras caídas mas fáciles y mas difíciles de reparar.

¿Con que si hemos de salvarnos, habremos de renunciar á los deleites y placeres del mundo? ¿Pero, á qué rigor de vida se nos quiere condenar? ¿Con que se acabaron para nosotros los gustos y alegrías? Yo dejaria de ser ministro de Jesucristo si os señalase otro camino para el cielo. Pero entended que lo que se os manda es que guardéis la castidad propia de vuestro estado, que vuestra modestia y compostura sea manifiesta á todos los hombres, que no tomen los demas ocasion de escándalo de vuestras palabras, de vuestros movimientos, de vuestros trajes, que seáis amantes del retiro, del trabajo, que huyais de esas concurrencias peligrosas, de esas conversaciones libres, de esas diversiones de las que difícilmente se vuelve como se fué.

¿Con que se acabaron para nosotros los gustos y alegrías? Verdad es que viviréis privados del gusto de oír despedazar la fama de vuestros hermanos con murmuraciones y calumnias, de proferir y oír proferir máximas impías y detestables contra nuestra religion santa, de cantar esas canciones impuras que ultrajan el pudor y deshonoran al cristianismo: verdad es que quedaréis privados del gusto de engruesaros con la sustancia del pobre y los depojos del santuario, de haceros lícito todo lo que os sea útil: pero si estos son gustos para vosotros, teneis viciado el corazon, no hay en vosotros amor de Dios, no podeis aspirar en ese estado á vuestra salvacion.

¿Con que se acabaron para nosotros los placeres y las alegrías? Y cuando para conseguir una gloria y una recompensa eterna fuera necesario renunciar á todos los regalos y comodidades de este mundo, ¿no merece la eternidad unos sacrificios tan costosos? ¿Y cuándo la vida de un cristiano ha sido vida de deleites y placeres? ¿Queremos ir al cielo por otra senda que la estrecha de mortificacion que nos enseñó Jesucristo y que llevaron los santos?

¿Con que se acabaron para nosotros los gustos y placeres? ¡Señor, qué poco os conocen los que tan neciamente se quejan! Hombres sumergidos entre los placeres terrenos, ¿creeis que no tiene Dios poder para resarcir á sus siervos de los placeres de que se privan por servirle? ¿La virtud, no tiene sus consuelos, no es un manantial fecundo de aquellas alegrías y sa-

tisfacciones mas deliciosas, mas puras, mas estimables sin comparacion que esas alegrías sensuales, transitorias y falaces que atosigan los sentidos y pierden al alma? ¿No ha prometido el Señor á los que lo dejen todo por servirle, ciento por uno en este mundo, y despues la vida eterna? Preguntad si no á esa multitud de vírgenes consagradas á Dios que con tanta alegría siguen encerradas en los claustros y prefieren la pobreza y las muchísimas privaciones que sufren, á salir de sus conventos, aunque se las han abierto de par en par las puertas. Preguntad á tantos solitarios que en la flor de sus dias han abandonado el mundo; á un Pablo, apóstol de las gentes, fugitivo, desterrado, traído por los tribunales, azotado: á un Antonio que pasa su vida en una soledad espantosa: á un Javier peregrinando por las provincias de la India: preguntad á santa Rosalía en las grutas incómodas del monte de Quisquina y del Peregrino: decidla si está descontenta de su estado, si se ha cansando de contemplar y amar á su Dios, si echa de ménos sus galas, sus riquezas, los placeres y comodidades del palacio de Palermo, y os dirá... Nada os dirá, porque allí quiso vivir y morir ignorada y desconocida del mundo y anegada de las dulzuras y consolaciones del cielo: pero os lo dirá el mundo, que se ve precisado á su pesar á hacer justicia á la virtud. Os lo dirá el senado de Palermo, porque descubiertas milagrosamente las reliquias de santa Rosalía, dispuso conducir las á la iglesia metropolitana en 15 de Julio de 1525, con mas triunfo y mas ostentacion que Roma recibia á sus capitanes victoriosos. Os lo dirá la magnífica capilla en que depositó las reliquias de su protectora, construída en ocho años no interrumpidos sin perdonar gasto alguno, y el oro, la plata y todas las preciosidades empleadas en su adorno con la mayor profusion. Os lo dirán los enfermos que logran la salud por su medio; os lo dice su nombre: porque han pasado los siglos, los hechos y los nombres de los ricos, sabios y poderosos del mundo se han sepultado en el olvido: hoy ignoraríamos los placeres de la hija de Sinibaldo; pero el nombre de Rosalía se recuerda y conserva con aplauso y veneracion, porque escrito está, Señor, que solo la memoria del justo será eterna; porque sois justísimo y recompensáis á vuestros siervos con usuras.

Temo molestar vuestra atencion y abusar de vuestra paciencia en un asunto en que me he ido empeñando insensiblemente. Voy á concluir. Nada oímos con mas frecuencia en nuestros

dias que la máxima de que *el fin justifica los medios*. Estoy muy léjos de conformarme con este principio destructor de toda moral y de toda religion, propio é inventado solamente para dar una aparente legalidad á todas las violencias y atropellamientos de las revoluciones: pero permitaseme valerme de él contra los mismos que le usan y para quienes es un axioma inconcuso. Si el fin justifica los medios, les diré: Rosalía se ha hecho grande delante de Dios y de los hombres, ha conseguido la fama que vosotros buscáis en vano, la invocacion y las bendiciones de todos, y una corona inamisible y eterna en la gloria, consagrando á Dios su virginidad y retirándose del mundo por amor á su Dios. Rosalía está gozando de los bienes eternos y todo lo ha conseguido por los medios de consagrarse á Dios y despreciar al mundo: y siendo justo el fin, habreis de confesar que fueron justos los medios.

Santa Rosalía, os diré á vosotros, amados míos, ha entrado en el gozo del Señor; por su amor á su Dios, por su virginidad y por haber sido una fiel esposa del Señor, está en el número de sus escogidos y santos. Es grande su intercesion y poder. Los afligidos, los pecadores y los enfermos la invocan y no son desatendidos.

Alcanzadnos, gloriosa santa, las gracias que os pedimos en este dia de vuestra festividad: dispensad vuestros favores á los devotos que os ofrecen estos cultos; y á todos el don de renunciarnos, de mortificarnos, de perder nuestra vida muriendo á los deleites y placeres pecaminosos de este mundo, para ganar nuestra alma y gozar con vos las dulzuras de la bienaventuranza. Amen.

SERMON

DE SAN ROSENDO.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

ES EL EJEMPLAR Y MODELO QUE DEBEMOS IMITAR PARA AMAR Á JESUCRISTO, SER VIRTUOSOS EN ESTA VIDA Y CONSEGUIR LA GLORIA ETERNA.

Laudabit usque ad mortem anima mea Dominum.

Mi alma alabará hasta la muerte al Señor.

Ecles. c. 51. v. 8.

¡Qué ideas tan desacertadas se tienen de la virtud, amables oyentes! Los retratos que de ella hacen los mundanos aterran y retraen. La pintan llena de fealdad, de aspecto despreciable, de índole perjudicial y ominosa para el hombre culto é ilustrado. El nombre solo de la virtud, el solo pensamiento de la vida cristiana y de la devoción alborotan las pasiones, alarman los sentidos y ponen de mal humor á los elegantes y festivos hijos de este siglo. Todos quieren ser dichosos y felices, vivir en la prosperidad y gozar de las delicias de la virtud; pero sin tenerla ni practicarla, sin hacer caso de la voz enérgica y omnipotente con que nos dice Jesucristo: *Mi yugo es suave, y mi carga ligera.* ¿Es esto justo y racional? ¿No es mas bien una falsa preocupación injuriosa á nuestro Dios, contraria á la religión santa que profesamos, y opuesta al Evangelio santo que acabais de oír? Así es, y así nos lo asegura el divino Maestro de la ciencia de nuestra salvación. Díganlo si no los santos que dirigidos por el espíritu del Señor reputaron como una ganancia la pérdida

de los bienes de este mundo, y siguieron los caminos de la virtud trazados en la cruz. Hable por todos en este día el grande, el esclarecido y admirable san Rosendo, ornamento del episcopado español, gloria y honor de la sagrada orden de mi gran padre san Benito, y modelo de virtudes cristianas para todos los fieles.

Encargado de formar su elogio en provecho de vuestras almas, os voy á proponer á este gran santo como el ejemplar del amor que debéis tener á nuestro señor Jesucristo, para que con él podáis cumplir plácidamente con las obligaciones de vuestro estado, se os hagan suaves y deliciosos los caminos de la virtud, tengais vuestra vida llena de consuelos, y podáis decir con san Rosendo: Mi alma alabará hasta la muerte al Señor: *Laudabit usque ad mortem anima mea Dominum.* ¿Pudiera yo ofrecer os, ni vosotros desear, bienes mayores en este día grande y solemne para este pueblo? Ellos os proporcionarán la gracia en esta vida y la gloria en la eterna, si dóciles á la divina palabra salís de este santo templo decididos á amar á nuestro divino Redentor, como le amó el santo obispo de Mondoñedo, y abad de Celanova.

Virgen adorable: vos, Señora, estais interesada en las glorias de vuestro devoto san Rosendo, y no puede dejar de seros grata la resolución que he formado de proponer á mis oyentes el amor con que sirvió en esta vida á vuestro santísimo Hijo. Protegedme con la gracia que alcanzais en favor de los que se unen al ángel del Señor para deciros: *Ave Maria.*

Laudabit usque ad mortem anima mea Dominum.

Amar á Jesucristo que nos ama hasta lo infinito. Ved aquí en compendio toda la ley santa del Señor: la ciencia y sabiduría de los santos. Ella les hizo fáciles, dulces y deliciosos los preceptos y consejos evangélicos; les enseñó el camino de las virtudes, y en su práctica hallaron el jugo de la justicia y de la caridad. El amor de Jesus pone en sus siervos fieles un odio tan entrañable hácia los vicios, que les hace huir del pecado, como de la vista de un culebrón, segun la expresión del Sabio (1): sostiene al hombre contra el hombre mismo: le ar-

(1) *Ecles. c. 21. v. 2.*

ranca, por decirlo así, de su corrupcion, y le hace fuerte á pesar de su flaqueza. Si el que ama á Dios tiene que padecer, padece con paz, padece con alegría, padece con consuelo. Si tiene que combatir á los enemigos de su alma, con el amor de Jesus siempre triunfa, siempre consigue victorias importantes, siempre llega á hacerse amado de Dios y de los hombres. Amemos pues á Dios, entreguémonos en manos de su providencia con firme propósito de hacer su santísima voluntad en todo, y esto basta: nada mas se necesita para ser santos, como es de verse en el héroe de nuestra devocion, en el admirable y prodigioso san Rosendo, que por haber amado á Jesucristo desde que le conoció hasta la hora de su muerte, es llamado grande en el reino de los cielos, y venerada gloriosamente su memoria en la tierra.

Un ángel dijo á la madre de san Rosendo, como á la de Isaac, que concebiria y daria á luz un hijo de grande mérito para con el Señor, y de mucha estimacion entre los hombres; y así fué en efecto. Su bello natural é inclinacion á lo bueno, su total distraccion de los pueriles entretenimientos, su constante meditacion en la ley santa del Señor, su extraordinaria aversion á los deleites carnales, su compostura, su modestia, su aire penitencial y virtuoso, con otros mil caractéres propios de un niño destinado como Samuel al santuario, para servir de ejemplo á todos en la paciencia, en la buena vida, en la caridad y en la pureza, le dieron á conocer desde su infancia como á un hombre digno del elogio que por las mismas causas hizo san Gregorio Magno de mi gran padre san Benito. Educado como el joven Tobías en el santo temor de Dios, y dirigido por la carrera de los estudios, llegó á conocer en los templos y en la oracion las finezas de Jesus, y le amó con tal vehemencia y fervor, que podia decir con el Apóstol: No yo, sino que Jesucristo es el que vive en mí. En las llagas de nuestro Redentor aprendia el joven Rosendo la ciencia de los santos; en la sangre de Jesus veía los tesoros de la ciencia y sabiduria de Dios, la necesidad de ocuparnos en el negocio de nuestra salvacion, el amor inmenso y la caridad incomprendible del Pastor eterno, que no contento con dar su vida por sus ovejas, se quedó en el santísimo sacramento del altar para alimentarlas con su mismo cuerpo y con su sangre preciosísima. En Jesucristo crucificado halló el gran Rosendo la verdadera filosofía, de ella sacó aquellos vastos y su-

blimes conocimientos á que no pudieron llegar los ingenios del siglo de Augusto, y una santidad tan eminente, que aun no tenia diez y ocho años cuando fué aclamado obispo de Mondoñedo por unánime consentimiento del clero y del pueblo prendados de las virtudes de nuestro santo. En vano su humildad se empeñó en huir de la dignidad episcopal: él amaba de todo corazon á Jesucristo, y conocida su santísima voluntad, se sometió á sus órdenes soberanas y no pensó mas que en cumplir con la obligacion que se le imponia de dirigir su rebaño por los pastos de las sanas doctrinas y de los ejemplos edificantes hácia la patria del descanso eterno y de la verdadera felicidad. Pero; que no pueda yo explicaros el porte de este varon apostólico en el desempeño de las obligaciones de su ministerio episcopal! Él predicando en unas partes con celo apostólico; catequizando en otras; alimentando con vivas exhortaciones y edificantes ejemplos á unos; apartando de los vicios á otros; siendo aquí el padre y tutor de los huérfanos, de los pobres y de las viudas, remediando allí las necesidades de toda especie, y esparciendo en toda su grey el buen olor de la santidad inseparable del ardiente amor y caridad con que estaba unido á su Dios y al bien del prójimo, era la admiracion de los que le contemplaban, el asombro de cuantos presenciaban los actos maravillosos que en él obraba el amor fervoroso que tenia á Jesucristo. De aquí el que su palabra ardiese como la de Elías en los dias de Acab y Jezabel; el que en toda su diócesis se viese el orden establecido, la iglesia santa respetada, Jesus adorado y nuestra religion triunfante. De aquí... ¿Pero de qué no es capaz un hombre abrasado con el amor de Jesucristo y dirigido por su divino espíritu? ¿No es el amante de Jesus el sugeto de todas las virtudes? Sí, señores. San Rosendo amaba sobre todas las cosas á su Dios; y su modestia, su piedad, su penitencia y su oracion eran tan heróicas, que todos le reverenciaban como á santo. Todos veían en él un hombre tan justo como Noé, tan obediente como Abraham, tan inocente como Isaac, tan laborioso como Jacob, tan casto como José, tan celoso como Matalías y tan paciente como Job. Su vida estaba modelada por la de su Redentor, y llegó á tanto su perfeccion, que se percibían en él como retratadas todas las gracias y prerogativas de los apóstoles, de los mártires, de los confesores y de las sagradas vírgenes. *Dios mio, Dios mio, y todas las cosas*, repetia sin cesar con san

Agustin : pero como este santo doctor dice , que Dios tiene su habitacion en el silencio , san Rosendo siempre suspiraba por la soledad ; la vida cenobítica llenaba sus deseos , porque en ella está el teatro de las misericordias del Eterno , y en la observancia de los votos monásticos es en donde puede decir el hombre : Dios es mi padre , Dios mi consuelo , Dios todo para mí , y yo todo para Dios .

Aun no quiere Dios que tengan efecto tus deseos , virtuoso Rosendo . El cielo dispone que pases á Santiago de Galicia á poner remedio á los males que causa el obispo Sisenando con su escandalosa conducta ; Jesus te pide este sacrificio . Podrás negarte ? Ay , católicos ! Rosendo ama muy de veras á Jesucristo , y su elemento no es otro que el de obedecer y seguir á su divino Maestro . Marcha nuestro santo á Compostela en las alas de su caridad ardiente ; se opone como otro Pablo á las demasías y excesos de los fuertes y poderosos : amenaza , castiga , ruega , suplica , se humilla y se muestra fuerte , segun las circunstancias ; se hace un todo para todos por ganarlos á Jesucristo , y todo se compone , todo se arregla , todo cede á los esfuerzos y fatigas del que con el amor de su Redentor tiene la llave de la ciencia , y el secreto del acierto .

Invadieron por aquel tiempo los normandos á Galicia , y los moros á Portugal . El rey D. Alonso se hallaba ausente , todos estaban desprevénidos ; la invasion fué semejante á la que hicieron los madianitas en la tierra de Israel en los dias de Sanson , y sin un milagro parecido á los que se obraron en los tiempos de Moises , de Josué , de Débora y Barac y demas caudillos del pueblo santo , Galicia hubiera sido presa de los perseguidores de su religion santa , y Dios sabe á dónde hubieran llegado sus desgracias . Los normandos , orgullosos con el poder de su numeroso ejército , se presentaron insolentes en la tierra clásica del catolicismo ; amenazaron arrogantes á los hijos del hijo del trueno ; tenían por segura la victoria , por cierto el triunfo , por establecida su dominacion en Galicia , sin contar con que san Rosendo amando á Jesucristo , era el destinado en los consejos eternos para ponerlos en vergonzosa fuga , y librar á los fieles de su opresion ignominiosa . Se terciaban en esta ocasion los intereses de la religion y el honor patrio , y no , no era posible que á la vista de objetos tan caros se mostrase san Rosendo pasivo é indiferente . Reunió gente ; organizó un ejército , y

diciendo con David : *Ellos en carros y en caballos , y nosotros en el nombre del Señor* , salió á reprimir las insolencias de los enemigos de la fe , y los expulsó de Galicia . Contuvo á los árabes dentro de sus límites ; hizo que todos conociesen lo que puede un hombre que ama á Jesucristo , y se volvió á Santiago , en donde fué recibido como un vencedor protegido del cielo . Entónces fué cuando el Señor le manifestó que era llegado el tiempo de otorgarle la gracia de santificarse mas y mas en las austeridades y penitencias del desierto . Edificó el célebre y magnífico monasterio de Celanova ; puso por abad á Franquila , varon eminente en virtud y de consumada prudencia ; y renunciando la pompa episcopal , vistió el hábito benedictino , y profesó la santa regla del Sol del occidente , del patriarca de los monjes á quienes debe la sociedad las ciencias , las artes , la cultura y las virtudes con que se ha honrado en la dilatada carrera de doce siglos .

No es posible explicar el fervor con que san Rosendo cumplió las obligaciones de su nuevo estado . Se olvidó enteramente del mundo , de sus pompas y vanidades para dedicarse á la contemplacion de las cosas celestiales , á la mortificacion de sus sentidos , á la observancia de los deberes monásticos , á hablar y tratar familiarmente con el Dios que habitaba en su alma y dirigia su espíritu . Era un vivo retrato de los antiguos Antonios , Arsenios , Hilariones y Pacomios de la Tebaida ; uno de los discípulos mas aventajados del gran padre san Benito , un prodigio de santidad . Muerto el abad Franquila , eligieron los monjes á san Rosendo por su prelado , á pesar de su humilde resistencia , y se vió obligado á dar extension á su virtud . Él vigilaba con la solicitud de un padre sobre los hijos que se confiaran á su cuidado . Su celo por la observancia monástica ; sus ayunos , sus vigiliias , sus rigurosas penitencias ; su caridad acompañada de cierto aire de santidad que dejaba percibirse en todos los actos de su vida prodigiosa , y su virtud palpable y sensible eran las lecciones eficaces con que instruía á sus monjes , dirigiéndolos con su ejemplo hácia la patria de las eternas recompensas . Celanova con san Rosendo era un seminario de santos , la escuela en que se enseñaba á amar á Jesucristo , el puerto á donde acudían los obispos , los abades , los grandes , poderosos y plebeyos que deseaban salvarse bajo la direccion del que por amar á Jesus era amado de Dios y de los hombres .

A las virtudes eminentes con que brillaba san Rosendo daba un realce muy particular el don de hacer milagros con que le favoreció el cielo, para manifestar sus méritos y grandeza. En el monasterio de Celanova se ha conservado un código de ellos, y yo tendría un placer en referir muchos, si me lo permitiera la estrechez que la costumbre ha prefijado á esta especie de discursos. Pero sin esto : diciendo que este santo admirable amó á Jesus con un amor vehemente, acendrado y fervoroso, ¿no se enuncian de él todas las gracias y prerogativas que infunde el Espíritu santo en las almas unidas á Dios con los lazos de la caridad? Diciendo que san Rosendo amó á Jesucristo desde su infancia hasta su muerte, ¿no se dice de él todo cuanto en su loor puede decirse? Reflexionadlo, y entended que este santo prodigioso vivió siempre en los caminos de la virtud, y que murió amando á su Redentor en el año de 977. Mas de 860 años hace que vive dichoso y feliz en el cielo, inundado del torrente de delicias con que nuestro Dios llena de gozo á sus escogidos, porque desde su niñez se propuso amar á Jesucristo, que jamas niega su gracia al que con el Sabio dice, como dijo san Rosendo : Mi alma alabará hasta la muerte al Señor. *Laudabit usque ad mortem anima mea Dominum.*

Ahora bien, amables oyentes : ¿queréis ser eternamente dichosos y felices en el cielo, como vuestro patrono san Rosendo? Pues amad á Jesucristo, y ejercitaos en las virtudes propias de vuestro estado. No se os figure que para amar á nuestro Redentor es necesario pertenecer á este ó al otro estado. Este es un error grosero; es un delirio de imaginacion enferma, es un absurdo injurioso al Dios que estableció la sociedad cristiana compuesta de apóstoles, de obispos, de doctores y de fieles, como lo dice el Apóstol. Todos los estados son á propósito para amar á Dios y servirle. Registrad el calendario, y en él hallaréis santos y santas de todos los estados, de todas las clases, de toda lengua y nacion, que reinan en la gloria porque amaron y siguieron á Jesus en esta vida. Todos, todos pueden amar á Jesucristo. Amadle vosotros, y este amor os descubrirá el secreto de la mas sublime perfeccion; la ciencia de la verdadera virtud; la verdad que predicó en el mundo san Rosendo con su palabra y con su ejemplo. El real Profeta llama felices á los que no van al consejo de los impíos, á los que no andan por los caminos de los pecadores, y á los que no se sientan en

la cátedra de la iniquidad (1), y esto á nadie es imposible, á todos es fácil con el amor á Jesus. Podemos vivir en medio de los pecadores; pero poniendo nuestro afecto en la ley santa del Señor para seguirla y meditarla dia y noche, como David. Podemos, y muchos deben andar con los impíos; pero sin consultar, como ellos, con el placer que nos encanta, con las honras mundanas que nos embelesan, con las máximas del mundo que nos engañan, ni con las costumbres del siglo que nos pervierten. Podemos, y muchas veces debemos estar sumisos y obedientes á los que se sientan en la cátedra del error y dan públicas lecciones de iniquidad, añadiendo los contagiosos ejemplos de sus obras para inficionar á sus oyentes : pero amando á Jesus, ¿quién será capaz de hacernos prevaricar? ¿No se mantuvieron fieles á la ley santa del Señor Moises en el Egipto, Lot en Sodoma, Daniel en Babilonia, Judit en el ejército de Holoférnes, Ester en los palacios de Asuero, y Naaman Siro entre los ídolos? ¿No han vencido y triunfado gloriosamente todos cuantos han entregado su corazon á nuestro buen Jesus? Pues entregádselo vosotros, y sea el amor de vuestro Redentor, en las dudas vuestro consejo, en las tentaciones vuestro asilo, y en el camino de la eternidad vuestra guia. Sea el amor de Jesus el escudo que os defienda, la espada de dos cortes para esgrimirla contra los que combatan nuestra fe, el escudo impenetrable á los tiros del mundo, del demonio y de la carne, y la *panacea universal*, que sana todas las enfermedades del cuerpo y del alma. Con el amor de Jesus todo se puede, como lo dice san Pablo y lo demostró san Rosendo, á quien os propongo en este dia como ejemplar y modelo que debéis imitar, si deseáis vivir plácida y deliciosamente en los caminos de la virtud, ofreciendo á vuestro Dios el sacrificio que os pide en el estado en que os ha colocado la divina Providencia. Mirad á vuestro san Rosendo embriagado de dulzuras celestiales en la gloria por haber amado á Jesucristo, y andado por los caminos de la virtud en esta vida, y pedidle las gracias que necesitáis para imitarle en sus virtudes y acompañarle en la triunfante Jerusalem de la gloria por los siglos de los siglos. Amen.

(1) Ps. 1. v. 1.

SERMON

DE SANTIAGO EL MAYOR. (*)

(DE GONZÁLEZ.)

SANTIAGO FUÉ EL PRIMERO QUE PREDICÓ EN ESPAÑA LA FE
DE JESUCRISTO.

In Christo Jesu per Evangelium ego vos genui.
Yo os he engendrado en Jesucristo por su Evangelio.
1. á los cor. c. 4. v. 15.

Ilustrísimo Señor :

Deplorable es por cierto la situación del hombre durante su vida mortal! Colocado por el uso de la razón en una esfera muy superior á la que ocupan todas las demás criaturas racionales, aquella le abandona, y tal vez le perjudica cuando debiera serle mas interesante su ejercicio. Poseído de una peligrosa y aguda fiebre, le domina por lo comun un frenético delirio que llega á ocultarle el eminente riesgo en que se halla, y que le hace repeler hasta con indignación los medicamentos á que estaba vinculada su salud. Por desgracia el mismo desorden, si ya no es mayor que en el sistema político, se advierte en el moral. Cuando su necesidad es mas urgente; cuando se halla constituido en la posición mas crítica; cuando su alma toca ya en el borde del precipicio, entónces suele desconocer el peligro y aun tiene la imprudencia de mirar con desprecio los medios que le ofrece el Señor para librarse de él, y asegurar una suerte feliz en el tiempo y en la eternidad.

(*) Predicado en la catedral de Segovia.

Acaso no son muchas las circunstancias en que la España se ha visto amenazada de mayores males de alma y cuerpo que al presente. La relajación parece rayar en su término: la brillante antorcha de la fe en que cifra todas sus esperanzas y su gloria se presenta tan debilitada, que si desgraciadamente se viera expuesta á los duros combates que sufrió en los primeros siglos, es de temer que se apagara del todo, sin que tuvieran muchos imitadores los Vicentes y Lorenzos, las Justas y Rufinas, los Justos y Pastores. El espíritu funesto de la discordia agotando por momentos las fuentes todas de la prosperidad y de la vida, la conduce rápidamente á su extinción.

En tan críticas circunstancias ¿podremos mirar con indiferencia los medios mas eficaces de salvar nuestra religión y nuestra patria? ¿podremos olvidar que en la protección del apóstol Santiago hemos tenido siempre un recurso seguro en todas nuestras desgracias? Yo no puedo persuadirme, católicos, que se hayan debilitado vuestra religión y patriotismo hasta el punto de descuidar la conservación de vuestra fe y la felicidad de vuestra patria. Persuadido á esto, voy á recordaros que en Santiago tenemos un patron esclarecido que puede y quiere proporcionarnos la felicidad temporal y eterna, para que convencidos le tributeis la veneración debida, é invoqueis confiados su protección para que nos alcance del Señor el término de las calamidades que tanto nos afligen. Quiera Dios que corresponda el efecto á mis deseos. Pidámosle esta gracia por conducto de esa Virgen purísima á quien la sangre, la piedad, la gratitud y la religión hacen mirar con interés las glorias de nuestro apóstol. *Ave Maria.*

In Christo Jesu....

Sería de desear, Ilustrísimo Señor, que en nuestra devoción no tuvieran parte alguna el interés y el amor propio, y que toda se debiera al único deseo de dar á Dios la gloria que le es debida y de consagrarnos exclusivamente á su servicio, puesto que dependemos de él para todo; pero conozco cuán difícil es inclinar el corazón de los mortales á una virtud tan pura, y no se me oculta que el mismo Dios, para excitarnos á servirle, nos propone muchas veces la recompensa que en premio de nuestros servicios nos tiene preparada, no solo en la otra vida,

sino tambien en la presente. Ya nos promete el centuplo de cuanto sacrifiquemos por su amor: ya nos asegura que remunerará nuestro celo por observar las leyes de la justicia, haciéndonos poseedores de su reino inmortal, y concediéndonos por añadidura cuanto podamos apetecer en este mundo; ya empeña su palabra de hacer que cesen y desaparezcan todas las calamidades temporales, al oír las oraciones que le dirijan los hombres en el templo que ha elegido para su morada; ya ofrece una ercida recompensa á la pequeña misericordia con que por su amor tratemos de mitigar la sed de nuestro hermano con una escasa porcion de agua. Mas todo cuanto nos promete y debemos esperar de su beneficencia, ó es el mismo Dios, ó los bienes criados que sirven para promover en nosotros el conocimiento, el amor, la posesion del mismo Dios.

En este sentido no deberéis extrañar que procure yo recomendaros el honor y el culto de Santiago el mayor, patrono gloriosísimo de la España, y excitaros á que le dirijais confiadamente vuestras súplicas en todo género de necesidades, pues que tendrán generalmente un resultado muy feliz. Ya dije ántes que puede y quiere favorecernos.

Puede: si el que no puede faltar á sus promesas ofreció á todos los apóstoles, cuando sujetos todavía á muchas imperfecciones peregrinaban en este destierro, concederles indefectiblemente cuanto le pidieran; si entónces les prometió ya que con sólo creer en su divinidad se verian revestidos de una virtud igual y aun superior á la suya; ¿nos será permitido dudar que será mas poderoso el influjo de este apóstol para quien fueron mas expresivas las demostraciones de su amor? ¿de este apóstol privilegiado con Pedro y Juan para testigos oculares de sus mayores prodigios, de su gloriosa transfiguracion? ¿de este apóstol que, fiel imitador de Jesucristo, llevó hasta el extremo, en sentir de san Epifanio, el amor á la virginidad, á la pobreza voluntaria, á todo género de mortificaciones? ¿de este apóstol que tuvo la gloria de abrir á sus discípulos el camino del heroísmo verdadero, enseñándoles á rubricar con su sangre el testimonio de la divinidad de su maestro? El Señor que por boca de su Profeta tiene empeñada su palabra de acceder en todo á los deseos de los que le temen viviendo en este mundo, no puede negarse á las súplicas de aquellos que tan de veras le aman, que tan reverentemente le adoran, y á quienes ha

hecho participantes de su misma gloria; y mucho ménos á las de un apóstol que, teniendo tan pocos ejemplares que poder imitar, tuvo la fortaleza de sacrificar gustoso su misma vida en obsequio de su Dios. De aquí la decision de la iglesia que nos enseña ser muy agradable al Señor, y de mucho interes para los fieles el culto y las oraciones que dirigen á los santos que reinan con Jesucristo en los palacios de su gloria; por lo que no nos es permitido dudar que el apóstol Santiago goza efectivamente un valimiento tan íntimo y eficaz con el Señor, que le asegura la consecucion de cuanto le pida para favorecer á sus protegidos.

Resta averiguar si los españoles somos incluídos en este número; ó lo que es lo mismo, si este apóstol tiene una voluntad sincera y decidida de proteger á los españoles. Averiguarlo! he dicho mal; resta solo recordarlo. Cuando España ciega con el error y esclava de la idolatría mas irracional y monstruosa, ignoraba hasta la promesa que Dios habia hecho á los hombres de enviarles el Redentor; cuando carecia aun de la mas confusa idea de lo ocurrido en Jerusalem con Jesus Nazareno; tan luego como el Espíritu santo descendiendo sobre los apóstoles, los ilumina, los llena de celo, infunde en sus corazones el activo fuego de la caridad, les inspira el proyecto de ahuyentar del mundo las tinieblas del error, y romper las cadenas del pecado y del infierno, y poner de manifiesto á los hombres y conducirlos seguramente por el camino de la verdadera inmortalidad; entónces la España es el objeto predilecto del amor, de los trabajos y sacrificios de Santiago: España llama todas sus atenciones. La Providencia, cuyos designios sobre esta nacion reclamarán siempre de sus pueblos el mas humilde, sincero y eterno reconocimiento; la Providencia, digo, le mueve, le separa lleno de complacencia de la nacion deicida, de la compañía de sus discípulos y aun de su mismo hermano, por conducirle á España que ignora la existencia de este astro tan brillante como benéfico, de este protector tan poderoso como decidido por conseguir su libertad. Lleno de un fuego divino, este glorioso apóstol se resuelve; arrostra los mayores obstáculos; se expone á los sacrificios mas dolorosos; emprende la conquista de este reino sin armas, sin provisiones, sin mas recursos que su fe, sin mas interes que el deseo de ganar á los españoles para Dios; atraviesa los mares; llega por fin á este venturoso suelo,

y sin perdonar fatiga, sin tomar descanso, discurre por las provincias, circula por los pueblos; planta en todas partes el árbol misterioso de la verdadera religion; derrama la luz de la verdad, la semilla de la libertad mas apreciable, el gérmen de la salud y de la vida, la idea de una bienaventuranza eterna á que tienen derecho los discípulos del Resucitado. Qué gloriosa, qué apreciable transformacion obra en España este hijo del trueno....!

No se me oculta que algunos críticos, envidiosos de nuestras glorias é interesados en oscurecerlas, oponen graves dificultades con las que pretenden impugnar la venida de Santiago á España, calificándola de ficticia, ó por lo ménos de dudosa en sumo grado. Preciso es confesar que el principal fundamento en que se apoya esta creencia es la tradicion; pero una tradicion cuyo principio no puede fijarse si no subimos hasta el tiempo en que se verificó el hecho que refiere; una tradicion que no se limita á un sólo pueblo, á una sola provincia, sino que es universal en España y fuera de ella; una tradicion constante, que no ha padecido interrupcion alguna por espacio de diez y ocho siglos; una tradicion de que dan auténtico testimonio los admirables documentos que tenemos á la vista. Ese célebre, ese augusto templo, acaso el primero que vió el cristianismo públicamente construído para adorar al Hijo de Dios hecho hombre, y para venerar á su madre, ¿no presenta grabado con caracteres indelebles en cada una de sus piedras el nombre del apóstol Santiago? ¿No nos dirán esos severos críticos por qué otra mano, en qué otro tiempo, á qué otro fin ha sido erigido? Si este grande apóstol vuelve á la Judea; si su ardiente celo de propagar la religion y promover la gloria del Crucificado llama la atencion del tirano Heródes, y le proporciona ántes que á los demas apóstoles la palma y la corona del martirio, ¿quién y por qué razon sugiere á sus discípulos la idea de trasladar á España su cadáver? Si esta traslacion se quiere poner en duda como la primera venida, dígasenos en qué nacion, en qué pueblo, en qué templo, en qué parte del mundo se hallan y veneran sus preciosas reliquias? ¿Seria creíble que la Providencia, que tan solícita se ha manifestado en descubrir los áridos pero venerables huesos de todos los demas apóstoles, de tanta multitud de mártires, haciéndolos extraer ya de las profundas cisternas, ya del abismo de los mares, ya de los puntos mas ignorados y aun de los mas inmundos, para colocarlos en los tem-

plos del cristianismo, solo haya descuidado y dejado en el sepulcro del olvido los de este apóstol tan predilecto durante su vida, y que tuvo la gloria de anticiparse á todo el colegio apostólico para sacrificar su inocente vida en el altar de la religion? ¿Se hace creíble que esta misma Providencia haya podido autorizar con las pruebas evidentes de los milagros una creencia como esta, no siendo verdadera?

Nadie mas que la Providencia descubre despues de ocho siglos este apreciable tesoro. Unos astros sobre manera brillantes y extraordinarios aparecen en un terreno escabroso, cubierto de malezas, y en que con dificultad pudieran habitar las fieras. El obispo Teodomiro, instruído del prodigio por los muchos testigos que á todas horas le veían, temiendo no sea alguna ilusion, se acerca, le examina, se convence, no puede dudar de la verdad; sin embargo recurre á las oraciones, practica las diligencias oportunas, y consigue por último sacar de las entrañas de la tierra el sagrado depósito que se la habia encomendado para librarle de la profanacion de los infieles. Despues de esto hace examinar los escritos mas antiguos, las inscripciones, los pocos monumentos que se conservaban de la historia, y en ellos se ven designados los lugares en que acostumbraba á orar este digno apóstol, el en que habia celebrado el adorable sacrificio, el en que se habia ocultado á las pesquisas de los enemigos. El prelado poseído de júbilo y de admiracion, parte presuroso á la corte; instruye del prodigioso acontecimiento al rey don Alfonso el Casto; y este monarca deseando informarse por sí mismo, se dirige al lugar designado, llega, y apenas puede creer lo mismo que está viendo; y para manifestar su reconocimiento por tan singular favor como le dispensa el cielo, y por la predileccion con que mira el apóstol Santiago á su reino, hace construir un templo, á pesar de la escasez de recursos; designa el número de ministros que han de dar el culto y veneracion debidos á tan interesantes reliquias, y los dota competentemente. Se construye un templo pequeño, humilde, pobre en su origen, pero que se atrae las atenciones, la admiracion, las frecuentes visitas de nacionales y extranjeros; templo que sobremanera engrandecido con las excesivas liberalidades de los particulares y de los soberanos, erigido en metrópoli, enriquecido con los mas apreciables honores y privilegios, llegó á competir con los que en Roma poseen el te-

soro mas precioso en las reliquias de los apóstoles san Pedro y san Pablo, y con los que en Jerusalem fueron el teatro de los misterios de nuestra redencion: llegó á competir, digo, en la gloria de atraer á los cristianos de todos los países, españoles, franceses, italianos, alemanes: de todo el orbe conocido acuden en peregrinacion, no dudando que por este medio se proporcionan seguramente el perdon de todos sus pecados, la mas completa satisfaccion de la divina Majestad ofendida con ellos, el amor y la gracia de su Dios, y el derecho á la participacion de su gloria. España es mirada con una santa envidia de todas las naciones católicas que tienen el placer de presenciar la decidida proteccion, el abrasado amor, la voluntad pronta y eficazísima con que Santiago la favorece. Puede decirse que son tan continuados los prodigios en favor de los españoles, como lo es la invocacion de su patrono; motivo por que no me es dado detenerme á referirlos, fuera de que demasiado los publican los hechos y las festividades instituidas para perpetuar su memoria, para estimularnos á la gratitud y promover nuestra confianza en tan interesante proteccion. La España toda no puede ménos de confesar que á solo el patrocinio de este apóstol debe su libertad, su engrandecimiento, su prosperidad y su gloria. El bello sexo...

Ay, cómo pudiera yo, señoras, recordaros de modo que jamas olvidarais el imponderable beneficio á que le sois deudoras? Sin su auxilio cuál sería en el dia vuestra suerte? Cuántas, cuántas de vuestras hijas, parientas y amigas gemirian en la opresion mas vergonzosa y cruel? Cuántas acaso de vosotras mismas seriais víctimas de la brutal é insaciable lascivia de aquellos monstruos cuyo nombre todavía nos llena de espanto?

La nacion toda llevaria sin duda las cadenas insoportables de la esclavitud, si este esclarecido patrono no se hubiera dignado pelear por ella, venciendo milagrosamente á los implacables enemigos de Jesucristo y suyos. De aquí esos votos religiosos de cooperar á la consagracion y engrandecimiento del templo, al fomento del culto, á la veneracion y á la decente subsistencia de los ministros destinados para dar á Dios la gloria que le es debida, por habernos dado á Santiago por patrono; y las gracias, alabanzas y bendiciones á este defensor invencible por el celo infatigable con que ha promovido nuestros verdaderos intereses: de aquí la piadosa costumbre de invocar el nombre de

Santiago al entrar en los combates, infundiendo gran valor á los soldados: de aquí....

Mas cómo, apóstol santo, cómo no experimentamos al presente el benigno influjo de vuestro patrocinio? ¿se ha debilitado el poder de vuestro valimiento? ¿se ha entibiado el amor que profesabais á vuestros hijos? ¿consentiréis que despues que por vuestra proteccion vencieron completamente á los enemigos mas terribles, tengan la imprudencia de hacerse la guerra á sí mismos? ¿una guerra que necesariamente ha de conducirlos á su exterminio? No, glorioso defensor de la España, no; eso seria en cierto modo confirmar las sospechas de los que pretenden quitarnos la gloria de reconoceros por el padre de nuestra fe; eso seria desvanecer nuestra creencia: al contrario esta es la ocasion de manifestar que nos amais de veras y que nos habeis engendrado en Jesucristo. Presentaos en los campos horrorosos de batalla, no ya con la espada desnuda, porque no podreis proteger á unos sin ofender y perjudicar á vuestros hijos, á vuestros clientes, á vuestros amigos y patrocinados; aquí no pelean españoles contra africanos, cristianos contra infieles; unos y otros son españoles, unos y otros son cristianos; todos están bajo vuestra tutela y proteccion: presentaos, sí, en los campos de batalla, en los pueblos, en las provincias, en la corte con el ramo de oliva en la mano, é inclinad á los combatientes de uno y otro bando al partido de la paz y de la reconciliacion. Recordadles que el resultado de esa sangrienta lucha en que se han empeñado, no puede ser otro que el que nos indica el Señor en el Evangelio por san Lucas (1): *omne regnum divisum contra se, desolabitur*. Alcanzados la paz, la union, la conformidad de pensamientos é intereses: haced que todos aspiremos á un mismo fin y por los mismos medios; es decir, á la verdadera felicidad de la patria, á la conclusion de la discordia, y al aumento de la religion. De este modo nos atraeremos el respeto y aun el amor de los extranjeros; nos haremos temibles á los enemigos de nuestras glorias, y lograremos coger un dia el premio de nuestras virtudes en el reino de la inmortalidad. Amen.

(1) Luc. c. 12. v. 25.

SERMON

DE SANTIAGO APÓSTOL.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Visitavit nos per sanctum suum apostolum.

Nos ha visitado por medio de su santo apóstol.

La iglesia en la fiesta de Santiago.

El primero de los apóstoles que derramó su sangre por Jesucristo: ved aquí el mas digno elogio que se puede hacer de Santiago en la cátedra del Espíritu santo. Despues de tantos siglos como hace que las bóvedas del santuario resuenan con las alabanzas de nuestro apóstol, ni los rasgos sublimes de la elocuencia, ni los mas célebres oradores han podido hacer en sola una cláusula un panegirico tan completo. Aquel Dios de sabiduría y de luz, que solo concede sus favores á los que hace dignos de merecerlos, llamando á este santo apóstol al mas alto y sublime ministerio, confia á su celo el cuidado de regir aquel pueblo nuevo y santo que habia de formarse y robustecerse con la efusion de su propia sangre. Considerad un alma intrépida que no asustan los mas vastos planes, ni la atemorizan los mas difíciles proyectos; no la cansan los trabajos, ni la intimidan las desgracias; que todo lo emprende desafiando á los peligros; que mirando con igual indiferencia las dificultades de una empresa y la gloria de su consecucion, cuenta siempre con la victoria, porque mira como felicidades las desgracias y los padecimientos. Figuraos un entendimiento tan claro y superior en luces, que disipa todas las nubes, destierra las preocupaciones, destruye los errores, hace callar á las pasiones, humilla el

orgullo de la ciencia, cautiva la razon y muda todas las ideas del espíritu. Contemplad un hombre que desde el momento de su vocacion permanece con Jesucristo, que hace sus veces en la tierra, y es maestro, oráculo, árbitro y juez del mundo, y tendreis una idea, un bosquejo, bien que humilde, del grande apóstol de las Españas, del primero de los hijos del Zebedeo y de María Salomé, ornamento y gloria de la nacion española, y el primero que ha ennoblecido la iglesia plantándola con sus trabajos, y sellando la fe de Jesucristo con su sangre.

Paseándose Jesus por la ribera del mar de Tiberiades, vió á los dos hermanos san Juan y Santiago echando sus redes en compañía del Zebedeo su padre, y los llamó para que le siguiesen dejando el barco y á su padre, como poco ántes hicieran san Pedro y san Andres, prometiéndoles hacerles pescadores de hombres. ¡Oh portento de la gracia! No consultaron, no se detuvieron, no dudaron á la voz de Jesus, y sin pensar en las dificultades y peligros de su resolucion, cual otro Abraham, aprecian las obediencia del mandato divino que los lazos de la carne y de la sangre; dejando todo lo que tenian, abandonan hasta las esperanzas de tener, y todos los intereses del mundo por ser perfectos discípulos de Jesus. No deben ser otras las disposiciones de los verdaderos cristianos, oyentes míos; nuestro sacrificio debe ser tan completo como el de los hijos dichosos del Zebedeo. Así lo hemos prometido solemnemente, y con este fin nos concede la vida el mismo que nos llamó como á Santiago y san Juan, para que seamos partícipes de la herencia celestial con ellos, si renunciando á las pompas del siglo no tenemos apego alguno á las cosas terrenas, prontos á dejarlas cuando así lo exige la gloria de Dios. Así es que el divino Salvador distinguió á Juan y Santiago con muy singulares favores sobre los demas apóstoles. Asistieron y ayudaron á sacar la red cuando la pesca milagrosa de Pedro y Andres: presenciaron la curacion de la suegra de san Pedro, hecha por Jesucristo: asistieron cuando resucitó á la hija de Jairo; ellos formaron parte del colegio apostólico. A estos dos hermanos dió Jesus el renombre famoso de *hijos del trueno*, tal vez indicando el celo ardiente que manifestarian despues por el honor del divino Maestro. Ellos fueron testigos de su transfiguracion, agonía y sudor de sangre en el huerto de las olivas. Santiago, el mayor de estos dos felices hermanos, hácia el año 30 de Je-



Jesucristo dió principio al sublime ministerio de su mision. Ah! basta examinar su gloria para formar su panegírico.

Adornado este apóstol con aquellas virtudes heróicas que vencen los peligros y disponen los felices sucesos; con las virtudes sin las cuales suele ser el ministerio peligroso y funesto para el ministro, y estéril para los pueblos; no ménos adornaban su alma generosa una verdadera y segura vocacion, una fidelidad pronta en seguir la gracia de la vocacion, y un amor acendrado y tierno á Jesucristo. Luego que el Señor le llama para evangelizar á las naciones, obedece prontamente á su voz y entrega todo su corazon y todo su amor al Dios que le llama. Examinad conmigo, católicos, los pasos de este grande apóstol; nada os diré que no sea una constante verdad. La injuria de los tiempos nos ha privado por desgracia de muchas noticias de sus combates y triunfos. Así que, respetando las tinieblas que la distancia de los siglos ha esparcido sobre sus gloriosas acciones, dignas de eterna memoria, solo podemos recoger los preciosos fragmentos que la santa Escritura y la tradicion respetable nos conservaron: y en ellos hallaréis virtudes heróicas que admirar y nobles ejemplos que seguir. El aniversario de su triunfo es de muy grata memoria para Zaragoza y demas provincias de España, singularmente favorecidas por Santiago, que cruzó el reino católico de oriente á poniente y de norte á mediodía con asombrosa rapidez, digna solo del *hijo del trueno*; que despues de sembrar la semilla del Evangelio en todos los campos de la Hesperia, se volvió á Jerusalem á coronar su carrera con la palma del martirio, llevando consigo como primicias de este reino á sus queridos discípulos Torcuato, Tesifonte, Segundo, Indalecio, Cecilio, Eufrasio y Hesiquio, obispos ordenados poco despues por san Pedro. El reconocimiento de los españoles no podrá ménos de ser grande, si llego á probar que al celo ardiente y al tierno amor de nuestro apóstol debe la España su vocacion á la fe, y una predileccion especial sobre todas las naciones que ha conquistado para Jesucristo, lo cual espero haceros ver con los auxilios de la gracia por la intercesion de la Virgen santísima á quien saludamos con el ángel. *Ave María.*

Si el celo por la conversion de las almas, el ejemplo que ga-

na los corazones y el valor que arrostra todos los peligros, aseguran los felices sucesos del ministerio apostólico, desde luego se ostenta á mi vista el mayor de los dos hijos del Zebedeo como el campeon mas ilustre de la fe. ¿Qué celo mas puro, mas activo, ni mas libre de los fines profanos que el de nuestro santo apóstol? Paso en silencio, con un célebre orador de la Francia, los primeros ensayos de su apostolado en vida de Jesucristo; no haré mencion de sus viajes, sus evangélicas misiones á las ciudades de Israel y de Judá y á los campos de Samaria; unas veces acompañando á Jesucristo y aprendiendo en su divina escuela el arte de iluminar los espíritus y mover los corazones; otras veces solo, sin otra guía que los ejemplos que habia recibido del divino Maestro; pues que mi intento es el presentarlos á nuestro querido patrono en un teatro mayor. No parece sino que la gloria y el honor de Jesucristo habian espirado tambien en la cruz, y que bajaron con el Señor al sepulcro; pues que los escribas y fariseos se congratulaban por el mayor de todos los delitos. ¿Por qué motivo unos discípulos tan celosos de la gloria de su maestro se detienen sin atreverse á confundir en público aquella estirpe maldita, raza de víboras, como la habia llamado el mismo Dios? Ah! es que aun no habia venido del cielo el espíritu de fortaleza que les habia prometido ántes de su gloriosa ascension; aun no era llegada la hora prefijada en los consejos eternos para la conversion del universo. Llega por último el venturoso momento, y penetrados con el ardor de la llama pura que súbitamente los iluminó, salen del cenáculo mudados en otros nuevos hombres. Hablan, truenan y ablandan los mas empedernidos corazones. En vano los príncipes de las naciones quieren detener su celo con amenazas y temores; responden con fortaleza singular y heroica, que su respeto á la autoridad humana no puede ni debe impedir el cumplimiento de su mision, porque primero es obedecer á Dios que á los hombres. Si los condenan á los mas ignominiosos tormentos y suplicios, su gozo es completo, porque se tienen por dichosos en participar de los oprobios de Jesucristo. *Ibant gaudentes.*

Estos prodigios y triunfos del celo, bien que sean comunes á todos los apóstoles, no por eso dejan de formar el mérito personal del apóstol de las Españas: pues un discípulo que tanto se señaló en el amor de Jesucristo no pudo ménos de distin-

guirse también en el cielo por sus intereses y su gloria; y no se hubiera dirigido contra él el primer furor de los judíos, si no hubiera manifestado el mayor celo entre todos los apóstoles, en sentir de san Juan Crisóstomo. Su constancia, su desprendimiento y su ardor resaltan maravillosamente, considerando el país que fuera objeto de sus primeros trabajos apostólicos. No ya, cual un día, es nuestro apóstol el discípulo ambicioso que aspiraba á los primeros destinos en el reino de David; sino el más fiel imitador de un Dios crucificado. Así es como elige el apostolado más oscuro y penoso, la tierra que más necesita de sudores y menos frutos promete: el pueblo más indómito y bárbaro, la Judea sacrilega y deicida; el Israel ciego, que habiendo dado la muerte al divino Jesús, cifra las esperanzas de sus discípulos en aumentar el número de las víctimas que há tantos siglos está sacrificando al furor de sus pasiones; el país en fin más fecundo en padecimientos y contradicciones y más estéril en felicidades, es el primer teatro de sus afanes apostólicos, así como es el que le dió por último la corona, después que la misma obstinación de los judíos le hizo llevar el reino de Dios á las regiones de occidente. Tal era la suerte que tocó á nuestro amado apóstol, cuando los discípulos dividieron entre sí la conquista del universo.

Vengan hoy aquí aquellos hombres vanos y ambiciosos, que por miras puramente terrenales escalan, por decirlo así, los muros de la ciudad santa, entrando en la iglesia con fines de sórdido interés, y profanándola con una vida escandalosa, á quienes únicamente la codicia estimula á buscar en el santuario los honores y opulencia que les niega el siglo; que oscurecen su nacimiento descollando en vicios en vez de sobresalir en virtudes, y solo quieren adornar su noble cuna con las cuaniosas rentas del santuario, con el depravado fin de ostentarse á los ojos del mundo cercados de fausto y de opulencia... vengan aquí esos pastores falsos y sordos al eco tremendo de la trompa de Ezequiel, esos lobos vestidos con piel de oveja, tan indolentes y perezosos, que dejando perecer de hambre los párvulos comprendidos en los lamentos del Profeta, nieganse á todas las acciones pastorales en que lejos de una vana reputación, se ganan almas para el cielo; esos genios malvados é intrusos sin más vocación que la torpeza del egoísmo, que son los que parece autorizan la crítica de los impíos, que gritan di-

ciendo que la iglesia se ha convertido en asilo del ocio y del regalo; bien que tales murmuraciones solo sean la expresión del sentimiento de Júdas el traidor. Vengan esos hombres voluptuosos y soberbios, atormentados por la fiebre cruel de la avaricia, de la lujuria, de la ambición y de la ira, según el pensamiento de san Ambrosio... vengan hoy á la escuela de nuestro querido apóstol, y aprenderán que la primera virtud de un buen sacerdote, de un buen pastor, de un varón apostólico, es temer y huir los honores; su principal derecho el abatirse y humillarse; su obligación el padecer por Jesucristo, y no desear bien alguno sobre la tierra; su mérito principal olvidarse de sí mismo, sin otro pensamiento que la salud de las almas, y su gloria mayor el ejemplo que persuade, mueve y gana los corazones.

Desengañémonos los sacerdotes; el olvido de las máximas que acabo de enunciar, practicadas por el apóstol de las Españas, el menosprecio de la doctrina social del Evangelio, ha convertido la Europa en un montón de cenizas, y sus restos miserables fueron anegados en lagos de sangre humana. Tan cierto es que solamente la santidad tiene poder para hacer santos: la virtud de los pastores es la fuente de donde mana la virtud de los pueblos; y todas las lecciones serán estériles y vanas, si no se apoyan en el ejemplo de los maestros. En estos prodigios de santidad se ha fundado la conversión del universo. Si esto es cierto ¿qué santidad se presentó á los ojos del mundo más elevada y admirable que la de Santiago el Mayor? Le adornaron las virtudes más puras y sublimes, las virtudes más difíciles y austeras, unas virtudes tan superiores al hombre, que ignoradas de la ley antigua, solo fueron admiradas en el Evangelio; de estas virtudes que ni aun se atreve á deseñarlas el corazón, ni apenas puede formar una idea de ellas el entendimiento, dió nuestro apóstol un extraordinario ejemplo al mundo. La virginidad, esa virtud hermosa que Jesucristo había de predicar al siglo, estaba reservada, dice san Epifanio, para que Santiago y san Juan su hermano fuesen los primeros que con su ejemplo diesen á conocer al universo la perla más preciosa del cristianismo. Vivió, dice el mismo, siempre soltero, con mucha templanza y mortificación, sin comer carne ni pescado, sin más vestido que una sola túnica y una capa; santo en fin y ejemplar en todo su trato y conversación.

Y nosotros, amados católicos, nosotros los españoles ¿mira-

rémolos con apática ingratitud los sudores y trabajos que ha costado á nuestro divino apóstol el cultivo de esta viña del Señor? Enalzando el príncipe de los apóstoles la dignidad excelsa de los cristianos, habla con los hijos de esta nacion privilegiada, diciéndoles: vosotros sois el linaje escogido, el sacerdocio real, la gente santa, el pueblo de adquisicion, para que publicais las grandezas de aquel que de las tinieblas os llamó á su maravillosa luz. Así que la España no puede ménos de recordar el beneficio inefable de su vocacion al catolicismo, y el perpetuo reconocimiento que debe por ello á Dios y al santo apóstol. Ah! pluguiese al cielo que yo poseyera el saber profundo y la robusta elocuencia de un san Leandro, cuando en el concilio IV de Toledo pronunció su célebre homilía, en accion de gracias por la conversion de Recaredo; mas ya que no tengo su uncion santa, no me faltan al ménos sus deseos. Y me anima tambien el convencimiento íntimo de que la misma novedad y grandeza del asunto y lo que tiene de tierno y piadoso, no podrá ménos de cautivar la atencion de los verdaderos hijos de la nacion española. Al recuerdo de su vocacion á la fe y de su llamamiento á la iglesia, don el mas grato y excelso que hemos recibido del Dios de las misericordias, ¡beneficio grande! ¡beneficio asombrosísimo! don precioso y divino á que solo podemos corresponder con la oblacion del Cordero immaculado, los españoles, por medio de nuestro querido pastor, el apóstol Santiago, hemos visto la nave que ha salvado el mundo, y poseemos lo que ni vieron los ojos, ni los oídos oyeron, ni pudo imaginar el corazon humano. Sin la fe es imposible agradar á Dios, y la verdadera fe solo se halla en la iglesia católica, apostólica, romana. Así como fuera del arca nadie se salvó del diluvio, fuera de la iglesia nadie se salva del diluvio del pecado y del infierno. ¿Cuál pues no debe ser el reconocimiento de los españoles, á quienes ha visitado el Señor por medio de su amado apóstol? ¿Cuál no deberá ser el gozo y gratitud de la España católica, favorecida por su divino patrono con exclusion de innumerables pueblos y naciones que yacen aun en las tinieblas y el error?

Demos gracias á Dios con el apóstol, amados oyentes, que nos hizo participantes de la suerte de los santos en la luz; que nos libertó de la potestad de las tinieblas, trasladándonos al reino del hijo de su predileccion; por el cual tenemos la re-

dencion y remision de los pecados. Juzgando el santo rey David que no bastaba él solo, convida á todas las naciones de la tierra en nombre del cristianismo, á que le ayuden á dar gracias á Dios por un don tan singular. ¿Qué deberemos pues hacer nosotros, hermanos míos? Pasmosa dignacion es la que ha usado con el pueblo que nos vió nacer, á la cual debemos la excelsa dignidad que nos honra como hijos de la iglesia; nos ha sacado por medio de tan ilustre apóstol de las tinieblas á la luz, del pecado á la gracia, y de la muerte á la vida; nos ha escogido en su misericordia de entre muchos millones de infelices, como son los gentiles que no le conocen ó los impíos que le persiguen; nos ha plantado en una tierra fecunda en frutos celestiales. Gracias pues tenemos que rendirle sin cesar á todas horas, como se las daba san Agustín, porque nos ha sacado de las tinieblas y sombras de la muerte, ilustrándonos con las luces del Evangelio. Ved aquí el lenguaje de los santos, y el mismo debe ser nuestro continuo lenguaje, que deseaba inspirar el apóstol á los judíos, mandando á los nuevos cristianos de la iglesia naciente que publicasen agradecidos las grandezas de Dios, al dulce recuerdo de que usando el Señor de sus antiguas misericordias, separó por medio de Santiago la gran familia española de la oscura noche del paganismo, y la colocó en el claro y sereno día de la verdadera fe. Sí, católicos: por su mediacion es la España la herencia de María santísima, y la reina de los ángeles es la reina de los españoles, á quienes ha mirado siempre con predileccion singular, desde la ereccion del monumento del Pilar de Zaragoza por Santiago y sus discípulos. Empero ¿cuál es nuestro reconocimiento á tan inefables favores? La España, es verdad, ha correspondido á su vocacion, hasta merecer sobre todas las naciones el renombre glorioso de *católica*, pero no basta responder á la vocacion; es preciso perseverar. O dolor! ¡qué cuadro tan sombrío se ostenta á los ojos del pensador cristiano!

Bien conocia el espíritu de las tinieblas que los españoles nutridos por tantos siglos con la doctrina del cielo, serian sorprendidos en sus lazos, admitiendo los atractivos seductores de la doctrina humana. El halago de la novedad tan peligrosa en cosas de religion y admitida sin cautela, debia tarde ó temprano producir en los entendimientos aquel procaz racionalismo

que abortara todos los desastres de la revolucion francesa, y que por medio de las herejías del Norte serian un tiempo lanzados en los abismos de la incredulidad. Sabido es que nació esta en la Bretaña, y que acogida con avidez pasmosa por la Francia, ha formado en el reino vecino aquel horrible volcan cuya lava desoladora, cortados los diques que la contenian, ha cubierto de ruinas el suelo español. Verdad lastimosa que contempla atónito el universo, comparando la España del siglo XVI con la España del siglo XIX. El hundimiento de la sociedad española es inevitable, habiendo madurado el germen mortal que se dilatara por la Península con espantosa rapidez y bajo una forma nueva y seductora.

Hasta nuestro siglo la religion era combatida tan seriamente como merecia su augusta majestad, en la insensata ilusion de sus encarnizados enemigos. Empero el siglo XVIII la atacó con la risa. Esta pasó de los filósofos á los cortesanos, de las academias á los salones, de los gabinetes á las gradas del trono: se la vió á la risa en los labios del sacerdote, apoderóse del hogar doméstico, tomando asiento entre la madre y los hijos. ¡Oh grande y pacientísimo Dios! Y ¿de qué se reían todos? Reíanse de Jesucristo y del Evangelio, y aun sigue riéndose la España: ... ¿qué hará Dios? Los sucesos contemporáneos me inspiran reflexiones tristísimas sobre el porvenir de la nacion católica.

Oh insensatos gálatas! quién os ha fascinado para desobedecer así á la verdad! Vosotros ante cuyos ojos ha sido representado Jesucristo como crucificado en vosotros mismos! Con tan sentidas expresiones, hijas del mas acerbo dolor, reprendió el celoso Pablo la ingratitud de los fieles de Galacia, porque una vez convertidos á la verdad á costa de sus muchos trabajos y apostólicos afanes, habian vuelto segunda vez al error. ¿Con qué palabras no nos podrá echar en cara nuestro querido apóstol Santiago el ingrato desprecio con que pagamos los españoles los sudores con que ha regado esta viña que le diera el Señor, y que en vez de dulce vino, solo produce el agraz de la mas horrible ingratitud? El amoroso pastor de la España que en diversas épocas ha defendido el honor y los intereses de sus hijos, visitándonos Dios por medio de su visible proteccion, puede hoy preguntarnos lleno de amargura, ¡oh españoles! ¿quién

os ha fascinado y seducido para volveros contra el cielo y perseguir á Jesucristo con mas furor que los paganos y los herejes? Vosotros felizmente separados por mi celo y mi amor de la ciega y estúpida idolatría, discípulos ya del Evangelio, ovejas del buen pastor, hijos dóciles de la iglesia, engendrados en su seno, nacidos en su regazo, alimentados á sus pechos, robustecidos con sus sacramentos, gobernados por sus ministros, nutridos y aleccionados con su sana, pura y sólida doctrina; vosotros ahora rasgais el corazon amoroso de esta buena madre; despedazais sus entrañas; despreciais su autoridad; desechais sus sacramentos; no reconocéis con la veneracion que se le debe á su jefe superior: no vivis ya del espíritu de Jesus; no sois miembros de su cuerpo místico; no sois verdaderos fieles católicos, sino peores que los gentiles; vivis como los herejes y los impíos; sois ya unos secos y estériles sarmientos de la verde y lozana vid Cristo Jesus.

En vista de esto ¿podremos ya de hoy mas contar con la paciencia de Dios? ¿No hay razones gravísimas para temer que el árbol de la fe se trasplante á otras regiones mas agradecidas al primero y al mejor de todos los beneficios? ¿No es de temer que el labrador divino arranque de entre nosotros su amada viña y la traslade á otro terreno mas jugoso y mas fértil? Terrible seria, empero justo castigo de la insensatez española; mas no: un reino que ha tomado María santísima bajo su soberana proteccion, que marcha bajo la tutela de un apóstol tan grande no debe perecer. Dios podia castigar su abandono dejándole perecer en manos de la impiedad y del error. La España cual otras naciones podia lamentar su desgracia eterna, pero las calamidades y revoluciones que por tantos siglos la trabajaron hasta hoy, no fueron sino las amorosas correcciones con que el gran Padre de familia llama á sus hijos de los caminos de la perdicion en que se extraviaron, como el pródigo del Evangelio; y son pruebas inequívocas de que no quiere mas que su conversion y felicidad. Campos de Zaragoza, Baeza, Coimbra, Simancas y Clavijo, decid vosotros, si visitándonos el cielo por la inmediata proteccion de María y de Santiago, ha deseado nunca otra cosa que la ventura y gloria de los españoles. Lavando sus culpas como los delitos del vecino reino con la majestad del infortunio y de la espiacion, ha resuelto salvar la España por los méritos de su Madre divina y mirando á las virtu-

des de su grande apóstol, que ni en vida ni aun despues de la muerte ha querido desampararlos.

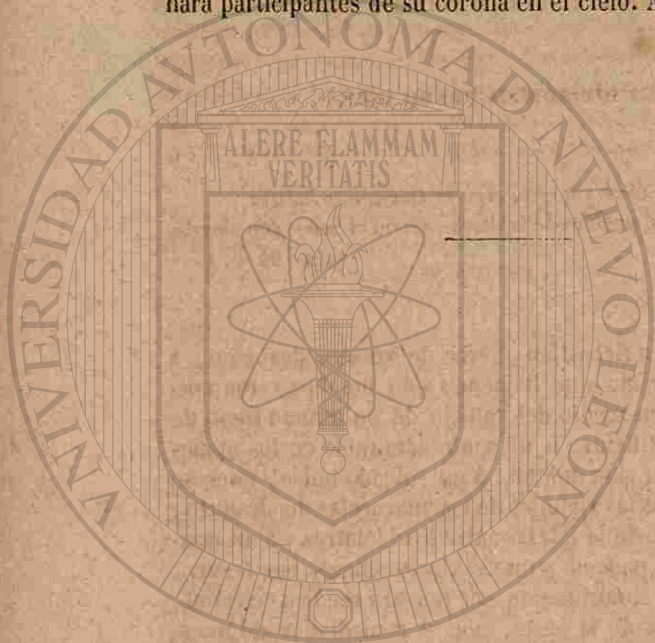
Sí, católicos: las heróicas virtudes de Santiago han empeñado al cielo en nuestro favor: pues que no solo fué el modelo de las almas vírgenes, sino tambien el ejemplo de las penitentes, entregándose, amen de los trabajos evangélicos, á continuas vigiliás, abstinencias y rigurosos ayunos. Quanto el Egipto y la Tebaida admiraron en sus solitarios, lo habia admirado ántes el mundo en nuestro apóstol, extenuado y consumido con las peregrinaciones, trabajos y persecuciones que ha padecido por nuestra felicidad. Finalmente para que nada faltase á la gloria de sus triunfos, despues de ser ejemplo de aquel celo purísimo que abrasaba su generoso corazón por la conversion de las almas, fué modelo admirable de aquel valor tan heróico que da la vida por amor de Dios y de los hombres, pues el primero de los apóstoles que selló con su sangre la divinidad de la religion, fué Santiago. Aprisionado y atado como su divino Maestro, es conducido al tribunal por la inicua órden de un rey tan voluptuoso y cruel como Heródes; nada contestó á la acusacion que se le hizo, porque su delito delante del rey tirano era ninguno, y ante la sinagoga no era otro que predicar á Jesucristo con tanto ardor, que tal vez la fogosidad de su celo diera ocasion al impío monarca para complacer al pueblo de los judíos apagando este rayo del celo apostólico. Así que á los diez años de la muerte de Jesus y en el mismo dia en que murió el Salvador del mundo, nuestro querido apóstol, doblando su cuello ante el hacha del verdugo, recibió el golpe que separó del cuerpo su preciosa cabeza; pero con tal presencia de ánimo, que se convirtió á la fe su mismo acusador, y mereció en el acto la corona del martirio. Luego que sus amados discípulos españoles pudieron recoger el cuerpo de su querido maestro, sacrificado por Heródes, trataron de volverse á su patria con esta inestimable prenda: y embarcándose en un puerto del Mediterráneo, y rodeando una gran parte de la Europa, desembarcaron en otro del Océano en la provincia de Galicia en España: depositaron el santo cuerpo en el pueblo de Iria-Flavia, donde permaneció oculto un tesoro tan precioso hasta que fué descubierto en 813 por el piadoso rey de Leon D. Alonso el Casto, que le trasladó al de Compostela, hoy ciudad de Santiago, donde existe para ser el consuelo, el amparo y la mas dulce esperanza de los fie-

les que la devocion de visitarle lleva de todas las regiones del mundo. Empero con un amor muy especial se ostenta, como lo hizo en todos tiempos, el muro de defensa de los españoles que le han venerado siempre, como un firmísimo escudo contra todos los enemigos, no solo de su fe y bienes eternos, sino tambien de sus glorias y bienes temporales. La fama, la historia, los santos padres, la tradicion, la misma iglesia dan todos testimonio de que Dios nos ha visitado, sacándonos de las tinieblas á la luz por medio de su amado apóstol y padre de nuestra fe, á quien por tanto se lo debemos todo.

Ha consumado, por fin, su gloriosa carrera con la palma del martirio, sacrificado al capricho de un tirano, sellando con su sangre la pureza de la doctrina que nos habia enseñado; triunfando así de todos sus enemigos. Y si nosotros no los tenemos exteriores que nos obliguen á tanto, los tenemos dentro de nosotros mismos, mucho mas peligrosos, que nos pueden vencer como la espada de los tiranos. Y ciertamente que mal podrán resistir el furor de los perseguidores, los que se rinden vilmente al atractivo del interes y de la vanidad, de la ambicion y de los respetos humanos, de los deleites y de las pasiones; oprimidos, como los fariseos, con el peso afrentoso de los malos pensamientos, adulterios, fornicaciones, homicidios, hurtos, avaricias, iniquidades, engaños, impurezas... con el tormento infame de la envidia, la blasfemia, la soberbia y la necedad, olvidándose al mismo tiempo de cuanto deben á Dios y su divina ley: en tal caso, hermanos míos, ¿cómo podremos imitar la constancia del apóstol de nuestra fe, ni tendremos valor de confesar esta con peligro de lo que mas amamos? Esto es una ilusion; á dos señores á un tiempo es imposible agradar: solamente obedeciendo á la ley de Dios, se adquiere gracia y valor para confesarle sin vergüenza y sacrificar hasta la vida, si es necesario, en su defensa.

Los preceptos de la ley de Jesucristo son penosos para la naturaleza; pero la divina gracia todo lo vence, y los hace fáciles de llevar; cualquiera otra carga te pesa, dice san Agustin, mas la de Jesucristo te alivia. Cualquiera otra carga tiene plomo, mas la de Jesucristo tiene alas. Si al ave quitas las alas, parece que la alivias del peso; pero quanto mas la alivias de este peso, tanto mas quedará cosida con la tierra. Mira pues en tierra á la

que quisiste aliviar de su peso. Restitúyesele y verás cómo vuela. Cautivemos así nuestros entendimientos, amados fieles, sujetando nuestros corazones al yugo suavísimo de la ley de Jesús; dilatemos con la santidad de nuestras costumbres su dulce imperio sobre la tierra, y el santo apóstol de las Españas nos hará participantes de su corona en el cielo. Amen.



SERMON

DE SAN SEBASTIAN.

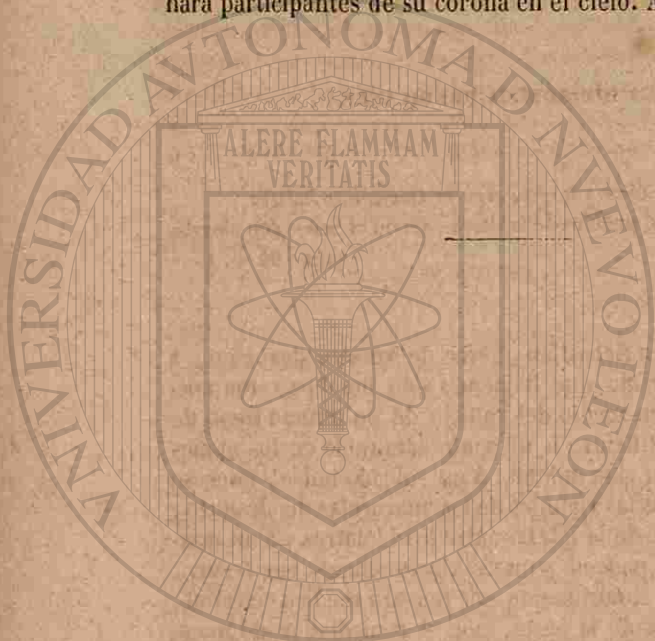
(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Jubilate Deo omnis terra ; servite Domino in lætitia.
Alabad á Dios, pueblos de la tierra : servid al Señor con alegría.
Salmo 99. v. 1.

Ahí teneis en san Sebastian, héroe de vuestra devocion, á un cortesano del cielo que habiendo sido hombre como nosotros, se santificó en medio del bullicio de un mundo lleno de simulacion y de artificios : á un santo admirable en los afanes y ocupaciones de la vida militar : á un soldado noble, valeroso y discreto con todas las virtudes de los anacoretas del desierto : á un hijo predilecto de la iglesia entre los idólatras : á un mártir esclarecido que padeció y murió gloriosamente por Jesus... al que es conocido comunmente por nuestro médico celestial, por el exterminador de la peste, por el remediador de nuestros males, y por el procurador de nuestros bienes. Ahí teneis al que eligieron vuestros padres por su patrono, por su abogado, por su protector, por su maestro y por su modelo en la fe, en la esperanza, en la caridad, en la buena vida y en las virtudes cristianas que formaron su carácter. Ahí en fin teneis al santo que os legaron vuestros ascendientes, para que siendo sus devotos tengais en él vuestro consuelo, vuestro amparo, vuestra defensa, vuestro ángel tutelar y todo lo que necesita el cristiano para ser virtuoso en la vida, justo en la muerte y santo en el cielo.

¿ Venis á celebrar su memoria con el espíritu profano que se ostenta en esas fiestas cívicas que tanto agradan á los hombres de nuestro siglo, ó con las disposiciones religiosas que tan bien

que quisiste aliviar de su peso. Restitúyesele y verás cómo vuela. Cautivemos así nuestros entendimientos, amados fieles, sujetando nuestros corazones al yugo suavísimo de la ley de Jesús; dilatemos con la santidad de nuestras costumbres su dulce imperio sobre la tierra, y el santo apóstol de las Españas nos hará participantes de su corona en el cielo. Amen.



SERMON

DE SAN SEBASTIAN.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Jubilate Deo omnis terra ; servite Domino in lætitia.
Alabad á Dios, pueblos de la tierra : servid al Señor con alegría.
Salmo 99. v. 1.

Ahí teneis en san Sebastian, héroe de vuestra devocion, á un cortesano del cielo que habiendo sido hombre como nosotros, se santificó en medio del bullicio de un mundo lleno de simulacion y de artificios : á un santo admirable en los afanes y ocupaciones de la vida militar : á un soldado noble, valeroso y discreto con todas las virtudes de los anacoretas del desierto : á un hijo predilecto de la iglesia entre los idólatras : á un mártir esclarecido que padeció y murió gloriosamente por Jesus... al que es conocido comunmente por nuestro médico celestial, por el exterminador de la peste, por el remediador de nuestros males, y por el procurador de nuestros bienes. Ahí teneis al que eligieron vuestros padres por su patrono, por su abogado, por su protector, por su maestro y por su modelo en la fe, en la esperanza, en la caridad, en la buena vida y en las virtudes cristianas que formaron su carácter. Ahí en fin teneis al santo que os legaron vuestros ascendientes, para que siendo sus devotos tengais en él vuestro consuelo, vuestro amparo, vuestra defensa, vuestro ángel tutelar y todo lo que necesita el cristiano para ser virtuoso en la vida, justo en la muerte y santo en el cielo.

¿ Venis á celebrar su memoria con el espíritu profano que se ostenta en esas fiestas cívicas que tanto agradan á los hombres de nuestro siglo, ó con las disposiciones religiosas que tan bien

cuadran en los hijos de la gracia? Porque, amados míos, las exterioridades y risueñas apariencias que se notan en todos nosotros pueden ser efectos de un bien ó de un mal, de una virtud ó de un vicio, de una devoción laudable, ó de una impiedad nefanda. Ester era inocente y virtuosa cuando se adornaba con las insignias reales en los días de su gala, porque su corazón se elevaba hacia su Dios al mirar las grandezas de la tierra, pero Jezabel era criminal asomándose por los balcones del palacio de Samaria, porque en ello tenía miras diferentes. Salomón no fué culpable enseñando todas sus riquezas á una reina extranjera, porque por este medio quería manifestarla la protección y los beneficios del Dios de sus padres: pero Ezequías atrajo la indignación del señor sobre sí y toda su posteridad enseñando á los enviados de Babilonia todos los tesoros del templo y de su palacio, porque lo hacía por vanidad. ¿No puede acontecer otro tanto con todos los que venimos á este templo á celebrar la fiesta del glorioso san Sebastian? Pues ello es que si en vez de venir á tributar solemnemente y religiosos cultos al Señor, venis á profanarlos con vuestras liviandades, vanidad y excesos, *mi alma aborrece vuestras solemnidades*, dice Dios por Isaías (1). *Yo convertiré en luto vuestros regocijos*, añade por el profeta Amós (2). Empero si dóciles á las inspiraciones de la fe tratáis de solemnizar la presente festividad con las debidas disposiciones, si venis á adorar á vuestro Dios en espíritu y en verdad con intención de glorificarle en su invicto mártir san Sebastian, en este caso ¿ó gozo inefable! Yo tengo órdenes del cielo para deciros: «alabad á Dios, honrados vecinos de este pueblo: servid al Señor con alegría» *Jubilate Deo omnis terra: servite Domino in letitia*. Hombres, mujeres y niños: rodead á vuestro san Sebastian, confiad en su protección, sed felices á su lado, aprended á ser santos en su escuela, porque con su ejemplo os enseña á tener paciencia, sufrimiento, humildad y virtud; á amar á vuestros prójimos, á cumplir con las obligaciones de vuestros respectivos estados y á dar la vida por la fe, si fuere necesario, como lo vais á ver en su admirable vida y en su preciosa muerte.

Gran Dios: vos que nos mandais honrar á vuestros santos, que os mostrais tan admirable en vuestros siervos y nos los

(1) *Isaie, c. 1. v. 14.* (2) *Amos, c. 8. v. 10.*

proponéis para que imitándolos en sus virtudes seamos sus compañeros en la gloria, concededme la gracia de hablar dignamente de san Sebastian. Que al referir los triunfos de este adalid del cristianismo se enciendan nuestros corazones en deseos de ser una misma cosa con él: para que diciendo á voz en grito que es feliz el pueblo que os tiene por su Señor, tengamos la prueba de esta verdad los que confiamos en la protección de este santo prodigioso. Os lo pedimos por la intercesión de la reina de los mártires María santísima, á quien saludamos con las palabras del ángel diciendo: *Ave Maria*.

Jubilate Deo omnis terra.

¿Con que os he dicho que san Sebastian nos enseña con su ejemplo á tener paciencia, sufrimiento, humildad y virtud? ¿Con que he añadido, que en su escuela se aprende á amar á nuestros prójimos, á ser santos en nuestros respectivos estados, y á dar la vida por Jesucristo? Pues escuchad atentamente y vereis si es así.

Nace nuestro santo en Narbona de unos padres nobles, ricos y poderosos, y casi á la entrada de su vida, y sin haber puesto apenas el pié en esta tierra de maldición, vió al mundo como lo ve un cristiano al tiempo de espirar. Vióle como un sueño que despues de haber divertido por un momento la imaginación, se disipa y desaparece de repente sin dejar tras sí mas que la inútil pena de haberle tenido por real y verdadero. Vió en la soberbia Roma, centro entónces de las grandezas humanas, lo que realmente habia en ella: *bienes aparentes y males verdaderos*: escucha dócil las inspiraciones de la gracia que le poseía: se convence de que en temer á Dios y en observar sus preceptos consiste la importancia del hombre en esta vida: se decide á huir de todo lo que pudiera ser pernicioso á su salvación, y á vivir segun las máximas evangélicas, y Dios... solo Dios es el objeto y fin de su amor, de sus ansias y deseos. ¿Irá á conversar con él al desierto como los Pablos, Antonios, Hilarios, Macarios, Arsenios y Pacomios? Se apartará del mundo resuelto á vivir en los desiertos de la Nitria ó de la Tebaida, por no ser víctima de la corrupción universal, ó por no caer bajo la cuchilla de la persecución mas atroz que ha sufrido la esposa del Cordero sin mancha? No señores: el jóven Sebastian

observa que las furias infernales colocadas en el Capitolio lanzaban decretos fulminantes contra los cristianos : que se sacrificaban millares de víctimas en todo el romano imperio : que los idólatras se gozaban á la vista de la agonía y de la muerte de los mártires : que al grito bárbaro de : *Los cristianos á las fieras* , saltaba de gozo la muchedumbre, y que la iglesia entregada al furor de sus enemigos sostenia los mas terribles combates ; y su fe no le permite esquivar los peligros. Su caridad le inspira la resolucion de sacrificarse por los fieles en el tiempo de su afliccion , y para conseguirlo emprende la carrera militar, se hace soldado, encuentra gracia en el emperador Diocleciano como Daniel la halló delante de Nabuco, figura en la corte como una de sus principales notabilidades ; y aquí, aquí es en donde Sebastian pone cátedra de la salvacion eterna. En el mismo alcázar de la supersticion y de la idolatría da lecciones de religion y de moralidad cristiana ; se considera deudor á todos como san Pablo, y á todos atiende con el amor y solicitud de un discípulo del Dios que manda amar.

Su heróica paciencia y sufrimiento en los conflictos de la corte del Faraon mas atroz que se ha conocido : sus virtudes basadas en la humildad mas profunda ; las gracias con el magnetismo de la caridad mas acendrada hacian tan dulce y amable á san Sebastian, que puede decirse con verdad que en donde abundó el delito, sobreabundó la gracia, y que de donde salian los decretos de muerte y de proscripcion, salió el antidoto y la triaca para consolar, curar y sanar á los escogidos. Sebastian prevalido de su alta posicion política, entra en las cárceles y calabozos mas profundos en que gemian los cristianos, esperece una luz consoladora en aquellas lóbregas mansiones del horror : derrama el consuelo y la alegría en los corazones afligidos... Y ya socorriendo con limosnas á unos, ya ejercitándose en obras de misericordia con otros, animando á estos para los combates, alentando á aquellos para que no desmayasen á la vista de los suplicios y tormentos ; proporcionando la administracion de los santos sacramentos en unas partes, exponiendo y defendiendo con celo santo las doctrinas evangélicas en otras, era tenido entre los fieles por un todo para todos, por un apóstol de los confesores y de los mártires, por el Rafael que conducia á infinitos Tobías á la patria de la felicidad eterna, y por el maestro de la paciencia, del sufrimien-

to, de la humildad y de las virtudes que forman la escala del cielo.

Aun hay mas, san Sebastian no se limita á enseñar con su doctrina y ejemplo las virtudes comunes á todos los fieles. Enseña tambien á amar con heroicidad á nuestros prójimos, á ser santos en nuestros respectivos estados y á dar la vida por Jesucristo. Habeis oído acaso algun sermon de este santo en que no se haga mencion de lo que le aconteció con los caballeros Marco y Marceliano, sus padres, sus esposas y sus hijos ? Pues yo os lo repetiré. Marco y Marceliano eran unos cristianos que habian superado gloriosamente la tortura y estaban para salir al campo á ser degollados por Jesus. Pero sus padres, sus esposas y sus hijos obtuvieron á fuerza de ruegos del juez Cromacio la gracia de que suspendiese la sentencia por treinta dias. En ellos ¿qué no hicieron el mundo y el infierno combinados para hacer desistir á los santos confesores de la fe de su propósito de padecer y morir por Jesucristo ? Los padres llenos de dolor, enternecidos y con la energía del amor materno, les dirian conmovidos : « tened compasion de nosotros, hijos de nuestras entrañas, y no lleveis nuestras canas al sepulcro con la execracion y amargura de una muerte ignominiosa. ¿Qué motivos os han dado nuestros dioses para que no respeteis su divinidad omnipotente ? ¿Qué caracteres divinos encontrais en ese criminal que expió sus delitos en una cruz afrentosa, desconocido, odiado y perseguido por los poderosos, grandes y pequeños de todo nuestro pueblo ? Adorad á nuestros dioses, y todos seremos salvos.

Las esposas de los santos angustiadas, les dirian presentándoles los renuevos de su amor : si nuestra desventura es tanta que no seamos capaces de enterneceros, ¿sereis tan insensibles á la desgracia de estos vuestros hijos, que no tienen mas culpa que la de haber nacido de unos padres de peor condicion que la de los tigres y fieras mas feroces ? ¿Consentireis en que perezcamos todos por el delito de amarnos entrañablemente ? Una sola palabra vuestra puede asegurarnos la vida y librarnos de la muerte. Pronunciadla : dejad al Crucificado, y adorad á vuestros dioses inmortales. ¿Qué lance este tan difícil y apurado para aquellos dos Ulises, si un ángel no los confortara en la furiosa tempestad que los combatia ! Pero no hay cuidado : porque noticioso san Sebastian de todo lo que pasaba, vuela en las

alas de la caridad á la casa de Nicostrato, oficial del juez Cromacio, en que se representaba tan singular escena : habla el lenguaje de la gracia, y los prodigios y señales del cielo vienen en su auxilio. El mismo Jesucristo acompañado de siete ángeles se deja ver en medio de todos los circunstantes y les comunica su gracia : se acerca á san Sebastian, le da un ósculo de paz y le asegura que siempre estará con él. Viendo esta maravilla los padres, las esposas y los hijos de Marco y Marceliano, dicen á voces que quieren ser cristianos y morir por Jesucristo. Nicostrato y su mujer Zoe con treinta y tres personas de su casa y diez presos de la cárcel dicen lo mismo; todos quedaron heridos del amor divino, y la que poco ántes era la mansion del pecado y de la idolatría, es convertida en habitacion de fieles ocupados en cantar himnos y salmos, y en prepararse para morir por Jesus. En esto se cumplen los treinta días concedidos á los parientes de Marco y Marceliano, y los nuevamente convertidos se presentan al tribunal de Cromacio con el valor de los mártires. Dios les da palabras para defender la verdad, dicen que tienen sed de padecer y morir por el Redentor de los hombres muerto en el Calvario; Cromacio los escucha con admiracion, y Cromacio se convierte con todos los de su casa. Crece el número de los cristianos á la sombra de san Sebastian sacrificado por todos : los instruye y recomienda el divino mandato de amarse los unos á los otros, les da lecciones prácticas de amor á los prójimos, y era tal el celo fervoroso con que atendia á los fieles, que todos, todos decian á voces que querian padecer y morir por Jesucristo para ser eternamente felices con él en la gloria. Mueren efectivamente innumerables discípulos de san Sebastian, sufriendo por Jesus el mas glorioso martirio, y la iglesia se regocija, los idólatras se desesperan. Diocleciano es informado de la conducta cristiana de san Sebastian : y ¿habeis visto la ferocidad de una fiera herida por una flecha? Pues así se puso aquel emperador al saber que Sebastian era cristiano y defensor de la fe de Jesucristo.

Llevan á nuestro santo á la presencia del tirano : este irritado, colérico, lleno de rabia y desesperado le pregunta, le vuelve á preguntar, y convencido de la fe de Sebastian, le dice frenético y furioso : « ¿Eres tú el ingrato que así correspondes á mis favores? ¿Eres el capitán infiel que se ha atrevido á introducir en mi palacio la religion del Crucificado que detesto y

persigo á fuego y sangre en todo mi imperio? La espada que he puesto en tus manos para que defiendas la gloria de los dioses ¿la empleas como traidor contra la patria ultrajada por tus vilezas? » El glorioso Atleta de Jesucristo impávido, imperturbable, respetuoso é inspirado le contesta diciendo : « No, príncipe augusto : no creo haber faltado á la gratitud ni á los deberes de la milicia siendo cristiano : al contrario, adorando á Jesucristo, le he pedido por vos y por la prosperidad de vuestro imperio. Por lo demas mi vida está en vuestras manos : podeis entregarme á los tormentos, pero sabed que moriré fiel á mi religion, y que me regocijaré de haber sido reputado por digno de padecer por ella. » Irritado mas el emperador con esta respuesta, manda furioso que se forme un batallon de su misma guardia, y que desnuden á san Sebastian; que le aten á un palo, como le representa esa su santa imágen, que sea cubierto de saetas hasta que espire en aquel tormento, y le abandonen á las fieras. Al momento fué ejecutada tan bárbara sentencia : dejan al santo empapado en su misma sangre, y de todo se da parte al emperador inicuo. Pero Dios que aun le reservaba para mas gloriosos combates, inspira á la viuda de un santo mártir, llamada Irene, que fuese á recoger de noche el santo cuerpo para darle sepultura : le recoge, se sorprende al verle con vida, le lleva con cuidado á su casa, los ángeles del cielo le curan sus heridas, y san Sebastian se halla sano, fuerte y robusto para sufrir nuevos tormentos por su Jesus adorado. Diocleciano mientras tanto publica nuevos decretos para que mueran atormentados todos los cristianos de su imperio. En Bitinia son pasados á cuchillo treinta mil : en España innumerables; en las Galias no es posible describir los horrores que se vieron en sus mártires... No, no pudo ver san Sebastian tanto exterminio en el campo del Padre celestial sin tomar parte en la pelea. Inflamado en amor de Jesucristo, se presenta en público al emperador Diocleciano, le reprende por sus crueldades, le amenaza de parte del Dios vivo, y le confunde, le aterra y deja estupefacto. El sanguinario emperador, admirado de ver á san Sebastian á quien tenia por muerto, manda que le corten la cabeza, y al momento se le dió gusto degollando al grande, al esclarecido y admirable san Sebastian, que subió entre músicas celestiales al cielo para llenar de felicidades á la tierra, para favorecer generosamente á sus devotos y para conseguir-

les las gracias necesarias para vivir en próspera y amistosa paz en este valle de lágrimas, teatro de los combates mas terribles. Subió al cielo el que hoy venerais con tanto júbilo y entusiasmo religioso, dejándonos poderosos ejemplos de paciencia, de sufrimiento, de humildad y de virtud; y aun desde la patria celestial en que mora nos enseña á amar á nuestros prójimos, á cumplir con nuestras respectivas obligaciones, y estar dispuestos y preparados para dar la vida por Jesus.

¡Ojalá que esta breve reseña de sus virtudes haya excitado en vuestros corazones deseos de imitarle, y que salgais de este santo templo dispuestos á perder ántes mil vidas que abandonar la religion de vuestros padres! Quiera el Dios de piedad y misericordia infundiros una resolucion firme de perecer ántes que veros sin el consuelo de vivir bajo la influencia vivificante de la fe de Jesucristo, ántes que mancillar vuestra profesion con el detestable borron de una vil apostasía? Resolveos pues á seguir los caminos de perfeccion evangélica que os señala san Sebastian, y muy pronto experimentaréis los efectos de aquella virtud con que en todos tiempos ha sabido hacer cesar las calamidades públicas, dando salud á los enfermos, alivio á los necesitados, socorro á los afligidos, fecundidad á los campos y ganados, y toda especie de bienes á los cuerpos y á las almas que al contemplar su preciosa vida y gloriosa muerte prorumpen en cánticos de accion de gracias y dicen con el Salmista: « Alabad á Dios, pueblos de la tierra: servid al Señor con alegría: *Jubilare Deo omnis terra: servite Domino in lætitia.*

Y vos, santo prodigioso: haced que ninguno de este pueblo pueda decir que imploró vuestra clemencia y no la halló: que la hallen los especiales devotos que os consagran estos cultos solemnes: y pues consolaste en esta vida á tantos corazones afligidos y fuiste el firme apoyo de los cristianos, consuela los nuestros gravemente heridos con tantos males como por todas partes nos aquejan: sostened á los flacos y valientes en la fe, confortad á los que permanecen fieles y constantes en ella, y alcanzadnos á todos una resolucion firme é irrevocable de vivir y morir en esta misma fe; para que despues de haber vivido conforme á sus máximas, reglas y principios, recibamos en la muerte la recompensa que vos hallasteis en la gloria. Amen.

SERMON

DE SAN SEBASTIAN.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

Maximus in salutem electorum Dei.

Máximo en salvar á los escogidos de Dios.

Eclesiástico, c. 46. v. 2.

¡Con qué confianza, cristianos míos, he subido este día á ocupar la cátedra de la verdad! Si atiendo á mis oyentes, hallo que por muchos años han conservado inviolable el depósito de la fe, y el celo de sus mayores por la iglesia y religion católica. Si considero el augusto personaje, objeto de vuestra veneracion y culto, hallo uno de aquellos gloriosos héroes del cristianismo, que abandonando con pecho apostólico su patria, su carne y sangre, sus empleos y magistraturas, lleno del Espíritu de Dios, testificó con su vida la divinidad de Jesucristo; un héroe comparable por su celo con los Elías y Finees; por su constancia con los Ignacios, Policarpos, Justinos é Ireneos; por sus trabajos á favor de la iglesia con los Cirilos, Atanasios y Crisóstomos: hablo del apóstol y padre espiritual de los santos mártires Marco, Marceliano, Cromacio, Claudio, Cástor, Victorino, Castulo, Sinfiriano, Tranquilino y Tiburcio, con otra infinidad de preciosas víctimas de la religion: hablo, para decirlo de una vez, del glorioso mártir san Sebastian, patrono de esta ilustre villa, defensor de la iglesia de Roma y abogado universal de la salud de los pueblos.

No extrañéis pues le aplique por elogio las palabras con que el Espíritu santo formó en otro tiempo el de Josué, capitán del

les las gracias necesarias para vivir en próspera y amistosa paz en este valle de lágrimas, teatro de los combates mas terribles. Subió al cielo el que hoy venerais con tanto júbilo y entusiasmo religioso, dejándonos poderosos ejemplos de paciencia, de sufrimiento, de humildad y de virtud; y aun desde la patria celestial en que mora nos enseña á amar á nuestros prójimos, á cumplir con nuestras respectivas obligaciones, y estar dispuestos y preparados para dar la vida por Jesus.

¡Ojalá que esta breve reseña de sus virtudes haya excitado en vuestros corazones deseos de imitarle, y que salgais de este santo templo dispuestos á perder ántes mil vidas que abandonar la religion de vuestros padres! Quiera el Dios de piedad y misericordia infundiros una resolucion firme de perecer ántes que veros sin el consuelo de vivir bajo la influencia vivificante de la fe de Jesucristo, ántes que mancillar vuestra profesion con el detestable borron de una vil apostasia? Resolveos pues á seguir los caminos de perfeccion evangélica que os señala san Sebastian, y muy pronto experimentaréis los efectos de aquella virtud con que en todos tiempos ha sabido hacer cesar las calamidades públicas, dando salud á los enfermos, alivio á los necesitados, socorro á los afligidos, fecundidad á los campos y ganados, y toda especie de bienes á los cuerpos y á las almas que al contemplar su preciosa vida y gloriosa muerte prorumpen en cánticos de accion de gracias y dicen con el Salmista: « Alabad á Dios, pueblos de la tierra: servid al Señor con alegría: *Jubilare Deo omnis terra: servite Domino in lætitia.*

Y vos, santo prodigioso: haced que ninguno de este pueblo pueda decir que imploró vuestra clemencia y no la halló: que la hallen los especiales devotos que os consagran estos cultos solemnes: y pues consolaste en esta vida á tantos corazones afligidos y fuiste el firme apoyo de los cristianos, consuela los nuestros gravemente heridos con tantos males como por todas partes nos aquejan: sostened á los flacos y valientes en la fe, confortad á los que permanecen fieles y constantes en ella, y alcanzadnos á todos una resolucion firme é irrevocable de vivir y morir en esta misma fe; para que despues de haber vivido conforme á sus máximas, reglas y principios, recibamos en la muerte la recompensa que vos hallasteis en la gloria. Amen.

SERMON

DE SAN SEBASTIAN.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

Maximus in salutem electorum Dei.

Máximo en salvar á los escogidos de Dios.

Eclesiástico, c. 46. v. 2.

¡Con qué confianza, cristianos míos, he subido este día á ocupar la cátedra de la verdad! Si atiendo á mis oyentes, hallo que por muchos años han conservado inviolable el depósito de la fe, y el celo de sus mayores por la iglesia y religion católica. Si considero el augusto personaje, objeto de vuestra veneracion y culto, hallo uno de aquellos gloriosos héroes del cristianismo, que abandonando con pecho apostólico su patria, su carne y sangre, sus empleos y magistraturas, lleno del Espíritu de Dios, testificó con su vida la divinidad de Jesucristo; un héroe comparable por su celo con los Elías y Finees; por su constancia con los Ignacios, Policarpos, Justinos é Ireneos; por sus trabajos á favor de la iglesia con los Cirilos, Atanasios y Crisóstomos: hablo del apóstol y padre espiritual de los santos mártires Marco, Marceliano, Cromacio, Claudio, Cástor, Victorino, Castulo, Sinfiriano, Tranquilino y Tiburcio, con otra infinidad de preciosas víctimas de la religion: hablo, para decirlo de una vez, del glorioso mártir san Sebastian, patrono de esta ilustre villa, defensor de la iglesia de Roma y abogado universal de la salud de los pueblos.

No extrañéis pues le aplique por elogio las palabras con que el Espíritu santo formó en otro tiempo el de Josué, capitán del

pueblo de Dios, llamándole *máximo para la salud de los escogidos del Señor*; porque también san Sebastian, capitán de las guardias pretorianas del imperio romano en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano, fué destinado para el mismo ministerio, confiéndole Jesucristo por boca de su vicario en la tierra el título de defensor de la iglesia; ilustre carácter que es fácil de demostrar por un breve sumario de su vida, que forma por sí mismo su mayor elogio, y que va á ser blanco de vuestras atenciones y de mis débiles conatos. Ayudadme todos á pedir auxilios, postrándoos con rendimiento ante aquel augusto y soberano Señor sacramentado, principio, fuente y origen de todo bien. Pongamos por interesora á su clementísima madre, saludándola con el ángel. *Ave María.*

Maximus in salutem, etc.

¡Qué notable diferencia, señores, entre las obras de Dios y las de los hombres! Concebidos en pecado, oscurecido nuestro entendimiento, llena la mente de tinieblas, indócil la voluntad, inclinados al vicio, rodeados, por no decir esclavos, de las pasiones más violentas, conocemos con imperfección, juzgamos con imperfección, pensamos con imperfección, y obramos con la misma; y si algo ha de haber bueno y perfecto en nuestras obras, ha de venir de arriba, según el oráculo del Espíritu santo. No así las obras de Dios; ellas son siempre perfectas, dirigidas á su gloria y al bien de nuestras almas. Como es la Sabiduría por esencia, no puede errar en sus proyectos; como es la Omnipotencia misma, nada hay que pueda resistir sus voluntades ni alterar sus adorables disposiciones. Así cuando se propuso sacar á su pueblo de la dura esclavitud de Egipto, suscitó un Moisés que celase su honra, y castigase con horribles plagas la obstinación de Faraón, hasta dejarle sepultado con todas sus tropas y sus carros entre las aguas del mar Rojo; y á un Josué que exterminase con su invencible espada al amorreo, al jebuseo, al fereceo, al geteo, dándole dominio sobre el sol, hasta colocar su pueblo en la tierra de promisión. Cuando determinó castigar á los falsos profetas de Baal, y contener el furor de los reyes impíos, suscitó un Elías, este hombre de Dios, celador infatigable de su honra. Para hacer frente á la impiedad de los

arrianos, que desolaban por todas partes la herencia de Jesucristo, suscitó un Atanasio, armándole de prudencia, de sabiduría y de invencible constancia, para que triunfase de sus ardidés, y sostuviese con vigor la causa de su Dios. Finalmente, para no cansar con muchos ejemplos vuestra atención, siempre que el comun enemigo ha suscitado tempestad contra la iglesia, Dios, que vela sobre su conservación hasta la consumación de los siglos, la ha proveído de gloriosos defensores que trabajen por la salud de sus escogidos.

Bajo este plan de providencia suscitó en medio del siglo III al ilustre Sebastian, uno de los más célebres mártires de la fe de Jesucristo, y protector de otros muchos. Narbona vió este sol en su oriente, y Roma le admiró en su ocaso. Educáronle sus padres en el temor de Dios, é instruyéronle en la religión, aplicado al culto, obediente á sus leyes, dócil á sus inspiraciones, sumiso á los mayores, y lleno de respeto al santuario: admirables disposiciones que hicieron á Sebastian veraz en sus palabras, juicioso en sus racionios, sabio en sus consejos, fiel en todas sus obras, constante en sus resoluciones, afable, humano y lleno de benevolencia para con todo el mundo. Virtudes á propósito para ocultar en la corte un cristiano interior bajo la idea sencilla de hombre de bien.

Aunque miraba con aversión la carrera militar, para poder no obstante asistir con más facilidad á los confesores y mártires de la fe, pasó á Roma y se alistó en el ejército del emperador Carino. Concilióse bien presto el respeto de los soldados, la benevolencia de los grandes, la estimación de los pueblos y el amor de los príncipes. Carino y Numeriano le dieron toda su confianza como á uno de los más hábiles cortesanos, y Diocleciano después le confirió el honroso empleo de capitán de una de las compañías de las guardias pretorianas.

La sabia economía del Señor, que colocó en la corte de grandes monarcas á José el antiguo, á Mardoqueo, á Daniel, á Esdras, para la salud y libertad de sus escogidos; esta misma llevó á la corte de Diocleciano á Sebastian, para que fuese como un muro inexpugnable en defensa de su iglesia. Su prudencia le enseñó á ocultar un verdadero apóstol bajo el hábito de soldado; no porque se avergonzase del Evangelio de Jesucristo, como muchos cristianos de nuestro siglo, ni por miedo que tuviese de dar con su sangre público testimonio de la divinidad del Salva-

dor; sino porque esperaba á declararse en tiempo mas á propósito, para que fuese mas ilustre su martirio.

Cuando Diocleciano fué al oriente, dejó por su colega á Maximiano en occidente, y Cromacio se retiró de Roma á la campaña con licencia del emperador, llevando consigo una innumerable muchedumbre de gentes, convertidas en la mayor parte por Sebastian. Fué en esta ocasion la célebre disputa de nuestro santo con el presbítero Policarpo, sobre cuál de los dos acompañaria á los que se iban, y cuál quedaria en Roma para animar y asistir á los mártires; disputa originada del celo de Dios, que san Agustin deseaba ver repetida en su tiempo entre los ministros del santuario, y que llevada por apelacion al tribunal del santo pontífice Cayo, se decidió á favor de Sebastian, mandándole permanecer en Roma por defensor de la iglesia. En este altísimo ministerio se ocultó por algun tiempo, empleado en convertir almas á su Criador, enseñando á los rudos, dirigiendo á los perfectos, confirmando á los flacos, socorriendo al pobre, á la viuda, al huérfano, hecho en fin todo para todos como otro Pablo.

¡Qué gloriosos, ¡ó mi Dios! eran los pasos de este evangelista de la paz de Jesucristo y de sus bienes eternos! ¡Qué de preciosos frutos no dió á vuestro santuario! Mas era venido el tiempo en que Sebastian manifestase su ardiente celo por la religion, y la diese ilustre testimonio con su sangre. A esto dió ocasion el martirio de los dos hermanos Marco y Marceliano, jóvenes de calidad, convertidos á la fe desde su infancia. Habian ya confesado á Jesucristo generosamente en los tormentos; pero los peligrosos enlaces de la carne y de la sangre, las lágrimas é importunos ruegos de sus padres, las instancias de sus amigos les hacian al parecer titubear en la fe y apostatar de la religion. Sabido este peligro por Sebastian, que les habia asistido en su prision, animándoles con sus exhortaciones, los fortaleció de nuevo en tan inminente riesgo. Dió el Señor tal energia á sus palabras, que no solamente los confirmó en la fe, sino que consiguió la conversion de sus padres, del juez de la causa, de los oficiales subalternos, y de todos los presos. Conquista verdaderamente gloriosa, obra del brazo del Excelso, que con adorable misericordia se dignó derramar sus bendiciones de dulzura, de suavidad y fortaleza sobre los labios de Sebastian, defensor de su iglesia.

Pero una victoria de la religion tan ilustre no pudo, dice un sabio, estar oculta mucho tiempo; ni Sebastian, capitan y conductor de este pueblo de Dios, pudo dejar de incurrir en la indignacion y furor de un príncipe enemigo declarado del nombre de Jesucristo. Bien presto fueron denunciados como por otro Júdas, por un falso hermano llamado Torcuato. Bien presto todos estos ilustres personajes, que profesaban la religion y ejercian los actos de piedad dentro del mismo palacio, fueron condenados en odio de la fe á los tormentos mas crueles é inhumanos. Bien presto el emperador Diocleciano mandó llamar á Sebastian á su presencia, y con rostro severo y turbulento le reprende de haber correspondido tan mal al afecto y confianza que siempre le habia profesado, declarándose contra los dioses y emperadores con tanta ingratitud, defendiendo á Jesucristo y á sus discípulos, é introduciendo en su palacio una secta de religion tan perniciosa.

Mas nuestro adorable Salvador, que se dignó anunciarnos que cuando fuésemos acusados y presentados por su causa delante de los reyes y príncipes no temiesemos, porque el espíritu de Dios hablaria por nosotros, infundió tal fortaleza en el corazon de Sebastian, que sin titubear le respondió estas notables palabras, que copio de un autor de su vida:

« Léjos, ó príncipe, le dice, de haber faltado á tu afecto y confianza; léjos de haber incurrido en la nota fea de ingrato á tus beneficios; léjos de haberme declarado contra tu majestad en el culto que doy á Jesucristo, he creído no poderos dar prueba mas sincera de mi fidelidad, que pedir diariamente y con instancia por la conservacion de tu vida y de tu imperio, no á unos dioses quiméricos, obra de las manos de los hombres, sino al solo Dios verdadero y omnipotente, á quien siempre he adorado; porque creo firmemente ser una cosa bien inútil y bien extravagante esperar auxilio de las piedras, cuando todo bien y don perfecto debe descender del Padre de las luces. Desengañaos, príncipe, que yo no haré traicion á Dios por obedecer á los hombres. »

Palabras dignas del celo de Sebastian, y capaces de conmovér á Diocleciano, si su corazon no estuviese tan endurecido como el de Faraon. Así léjos de calmar su ánimo, solo sirvieron de irritarle mas; de suerte que sin otra forma de proceso,

mandó le sacasen al campo, le atasen á un palo, y cubriesen de saetas.

!Qué sería ver la complacencia con que recibió nuestro héroe una sentencia tan injusta! Yo, señores, me represento á Sebastian que á imitación de los apóstoles caminaba al suplicio lleno de gozo por haber sido hallado digno de padecer oprobios por el nombre de Jesucristo; le admiro recibiendo con singular dulzura estas saetas, como el protomártir de la iglesia las piedras, y mirándolas como un efecto del amor divino que incendiaba su alma. Me parece en fin que le oigo en esta ocasion gloriarse de que empezaba entónces á ser discípulo de Jesucristo, como se lisonjeaba en otro tiempo aquel glorioso mártir de la primitiva iglesia san Ignacio, cuando le conducian á Roma cargado de prisiones, para ser devorado por las bestias.

Ejecútase con el mayor rigor la sentencia; su cuerpo todo es cubierto de agudas y penetrantes saetas hasta dejarle por muerto. Pero aún te reserva Dios, ¡ó invencible defensor de la fe! para mayores triunfos por la iglesia. Tus heridas no son mortales: Irene, viuda del mártir Claudio, tu discípulo, te desatará, curará tus llagas, y volverás bien presto á tu antigua robustez. Así en efecto sucedió.

¡Qué suceso tan alegre para la iglesia de Roma ver sano á su defensor! La viuda, dice un célebre orador, el pobre, el huérfano lloran de gozo, viendo á su tutor, su padre y bienhechor. Los flacos y débiles en la fe se confirman con la presencia de su apóstol, los perfectos se llenan de alegría á vista de su maestro, los desterrados se consuelan con la feliz nueva de su protector: todos los fieles se regocijan y cantan al Señor dulces himnos en acción de gracias por el hallazgo de un gran tesoro. Todos quisieran que jamas les faltase un tal caudillo. Le ruegan con instancia se oculte del furor de Diocleciano.

Mas era llegado el tiempo en que Sebastian debía consumir su gloriosa carrera: busca cual ciervo herido las fuentes de las aguas; habiendo ya gustado en parte las delicias del cáliz del Salvador, arde en el deseo de ser anatematizado por Cristo y por sus hermanos, como otro Paulo, y mira como su mayor gloria testificar la divinidad de Jesucristo con su sangre. Víctima preparada del cielo, lograrás tus designios; la impiedad de Diocleciano añadirá nuevos laureles á tu frente.

En efecto, salióle Sebastian al encuentro en una escalera de palacio, y acercándose á él, le echó en rostro sus injustas crueldades. ¡Qué sería ver á este nuevo Elías á presencia de aquel otro Acab, perseguidor de los ungidos y escogidos del Señor! Con una constancia verdaderamente apostólica le representa su locura en perseguir á los cristianos, y su gran facilidad en dar oídos á las imposturas de los sacerdotes de los ídolos, cuyo empeño era desacreditar á los cristianos como reos de estado; como si fuesen delitos de lesa-majestad dar culto al verdadero Dios, orar diariamente por su felicidad y la del imperio, y guardarle inviolable fidelidad.

Sorprendió á Diocleciano la libertad de Sebastian, á quien creía ya muerto, y sin mas deliberar mandó quitarle la vida á palos, y que arrojasen el cadáver á la gran cloaca ó albañal de Roma, para privar por este medio á los cristianos hasta de las reliquias de su defensor. Ejecutóse al punto la sentencia, que segun la cronología mas exacta fué en 20 de enero del año 288 de la encarnacion del Verbo eterno. Pero, ¿quién es el hombre contra los consejos del Excelso? ¿Cómo podian impedir los paganos los adorables rasgos de la Providencia sobre el honor de este glorioso mártir, que tanto habia trabajado por la salud de los escogidos? Una piadosa matrona llamada Lucina fué avisada por él mismo en sueños del lugar donde estaba arrojado su cuerpo, y habiéndole removido de allí, le enterró en las catacumbas, á los piés de los apóstoles san Pedro y san Pablo, donde los fieles iban á orar secretamente, hasta que venida la paz de la iglesia en tiempo de Constantino, vino á ser público y universal su culto. En Roma era ya solemne en medio del siglo IV de la iglesia. Bien presto pasó de Italia á las Galias, á España, al África, y aun al Asia. San Dámaso á fines del siglo IV ó á principios del V edificó sobre sus reliquias una iglesia, que hoy se numera entre las siete antiguas estacionarias de Roma.

Ni tardó Dios en manifestar al mundo cristiano cuánto le agradaba la memoria de este protector universal de la salud de sus pueblos. Roma, dice un sabio, que le habia perseguido y quitado la vida con inhumanidad, fué la primera que experimentó los maravillosos efectos de su protección contra el azote de una peste violenta que la destruía por los años de 680 en tiempo del papa Agaton. De aquí la gran confianza de los pueblos de la cristiandad en la intercesion de san Sebastian contra

la peste. Pavía, Milan y Capua imitaron el ejemplo de la capital del mundo cristiano, cuando se vieron asaltadas de semejante aflicción. Milan y Lisboa en el siglo XVI, para omitir por ahora otras muchas ciudades de Alemania, Francia y España, experimentaron los maravillosos efectos de su intercesión cuando las devoraba una cruel pestilencia.

Así premia Dios el celo infatigable de su siervo fiel y prudente Sebastian; así remunera sus trabajos apostólicos por la iglesia, y su heroica constancia en vindicar sus derechos, en promover su gloria, sostener su causa, y extender su culto y su piedad; así manifiesta en fin á las generaciones futuras, que le habia desde luego destinado para defensor de su iglesia y máximo protector de la salud de sus escogidos: *maximus in salutem electorum Dei.*

Atended pues, os ruego, á la cantera de donde habeis sido cortados: si os gloriais de hijos de Abrahan, sean de Abrahan vuestras obras; quiero decir, si os lisonjeais del patronato de san Sebastian, y de ser descendientes de aquellos cristianos generosos que defendieron la causa de Dios y de su patria, imitad su constancia, su celo, su piedad, para no vivir y morir cubiertos de ignominia.

La obligacion de mi ministerio, y el ardiente deseo de vuestra salud eterna me estimulan vivamente á lamentar vuestra indolencia, y la falsa seguridad en que vivís mientras Dios os reprobaba. ¿Cómo no lloraré con desconsuelo al ver en este pueblo, tan recomendable por su piedad en otro tiempo, extendidos á manera de torrentes los vicios mas vergonzosos y enormes, por falta de un celo cristiano? Sí, señores, falta de celo juzgo, que domine la desenvoltura, que reine la licencia, que tengan fuerza de ley mil abusos detestables, sin haber quien los corrija.

Y si no decidme, ¿dónde están los que hacen frente al vicio? ¿dónde los que celan la causa de Dios? ¿Dónde están entre vosotros los Moises, los Elías, los Finées, los Sebastianes? Ah! en medio del diluvio de pecados que inundan esta villa, apenas se halla un Noé que se dedique á construir asilo: en medio de tantos temerarios que osan blasfemar del santo nombre de Dios, apenas se halla un Moises que los castigue: en medio de tantos hijos desobedientes que ofenden á sus padres y á Dios con insolencia, apenas se halla un Job que ofrezca sacrificios

por ellos: en medio de tanta lascivia, que hace arder al pueblo, no ménos que la infame Sodoma, en el fuego de la lujuria, este vicio detestable, que deberia ser desconocido entre cristianos, apenas se halla un Lot que predique penitencia, un Finées que castigue las insolencias de la juventud, un Elías que cele la causa de Dios, un Sebastian que vindique su gloria y sirva de escudo al santuario.

En tan deplorables circunstancias echad, ¡ó ilustre patrono! una mirada favorable sobre esta villa que os ha encomendado el Altísimo. Alcanzad del tesoro de sus misericordias gracias abundantes y eficaces para que conozcan lo torcido de sus sendas, para que se conviertan á verdadera penitencia, para que amen en fin á su divino Criador. Su escudo sois, su protector, y jefe de su salud: no permitais, ó mártir gloriosísimo, se pierda en ninguno de nosotros el precioso é inestimable fruto de la sangre de Jesucristo; no olvideis jamas la generosa liberalidad con que vuestros devotos promueven vuestros cultos; alcanzadles recompensas eternas, para que os acompañen en la bienaventuranza, alabando y gozando de Dios por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DE SAN SEGUNDO.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Sapientia enim hujus mundi stultitia est apud Deum.

La sabiduría de este mundo es á los ojos de Dios una necedad.

1. á los corintios, c. 3. v. 19.

El Todopoderoso, criador de todas las cosas visibles é invisibles que forman el universo: el redentor de los hombres y glorificador de los santos: Jesucristo, señor nuestro, autor de la fe y de la gracia, que hace ángeles de pecadores, mandó á sus apóstoles y discípulos predicar su Evangelio á toda criatura, poner á las gentes todas en comunicación familiar con el cielo y hacerlas virtuosas, sábias é ilustradas con las luces de la religion santa que profesamos. El Dios de la creacion, de la gracia y de la santidad envió á nuestros padres un plenipotenciario para ajustar con ellos un pacto de reconciliacion, de dicha y de venturas; san Segundo se presentó en esta tierra escogida con los poderes del cielo para establecer una alianza eterna entre los españoles y el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y este es el dia destinado á celebrar la memoria de este enviado del Señor, de este nuncio de la nueva mas feliz que ha escuchado el mundo, de este mensajero de nuestras dichas y felicidades, de este ángel que nos trajo mas bienes que los que concedió el Dios de los ejércitos á la casa de Raab, fiel matrona de Jericó, mas gozos y alegría que la que experimentaron los betulienses con Judit, y mas gracias que las que dejó el arca de la alianza en la familia de Obededon; que las que el arcángel san Rafael proporcionó á la de los Tobías.

Hoy solemnizamos con la mayor pompa y grandeza la festi-

vidad del gran patrono que nos concedió el cielo para nuestra dicha y felicidad: tributamos los mas solemnes cultos al Dios que se mostró tan admirable en san Segundo, y satisfacemos un deber de justicia, de religion, de piedad, de gratitud y de conciencia conformándonos con la práctica de mas de 1800 años. En todos ellos han alabado nuestros mayores á este primer santo que ilustró este país afortunado; siempre ha sido entre nosotros muy esclarecido el nombre de san Segundo; su memoria correrá en bendicion por todas las generaciones, y en loor suyo jamas faltarán las bendiciones, el poder, la fuerza y la virtud propias de los grandes héroes.

Pero señores, ¿por qué estas perpetuas alabanzas á este santo? Nadie sabe en dónde nació; nada nos consta de su origen, ni de los hechos de su infancia y juventud; pudiéramos decir que es como Melquisedec, sin padre, sin madre y sin genealogía; que ha aparecido en el mundo sin tocar á la cuna, y que no es conocido por su nacimiento ilustre, por su grandeza humana, por su fortuna brillante, por su prosperidad deliciosa, ni por alguna de esas grandiosidades que tanto deslumbran á los hijos de la carne. Nada de comun tiene este santo con los Alejandro, Césares y Pompeyos; con los semidioses de Roma, de Atenas y Cartago, ni con los que hicieron tanto ruido con sus aparatos belicosos y proezas decantadas. ¿De dónde pues su celebridad? Ved aquí lo que os voy á manifestar en este breve rato. Ninguna de las grandezas que el mundo reconoce y aprecia se halló en san Segundo, pero en esto justamente consiste su mérito. Él es el primer cristiano que puso el pié sobre nuestra tierra; nos anunció el Evangelio; fué nuestro primer obispo; fundó esta santa iglesia regándola con la sangre que derramó en confirmacion de la verdad que predicaba; nos protege desde el cielo; nos inspira amor á la sabiduría de los santos y horror á la de los sabios y prudentes del mundo, y estos son los títulos en que se funda nuestra piedad para hacer religiosa ostentacion de nuestra fe, de nuestra esperanza y de nuestra caridad en la presente solemnidad. ¿Hay cosa mas justa, mas racional, mas propia y digna de los hijos de la gracia? Diganlo los juiciosos.

Y vos, Virgen adorable, alcanzadme de vuestro santísimo Hijo la gracia que os pedimos diciéndoos con el ángel: *Ave María.*

Alaben al mundo sus adoradores, y lisonjéense en sus propios errores y desaciertos: inciensen á ese idolo fantástico que fabricó el capricho de los que se miran y se enamoran de sí mismos, como el Narciso de la fábula; corran tras esa imagen ficticia los necios que tienen por realidades las sombras y por bienes verdaderos los males mas funestos y trascendentales. Engríanse, triunfen, dominen y hagan vana ostentacion de su grandeza y poderío los que puestos á la cabeza de las sociedades humanas se han erigido en árbitros y reguladores de nuestros destinos. Sigán en hora buena siendo lo que son esos Creos opulentos, esos Cínicos voluptuosos y brutales, esos Hiparcos furiosos, y esos orgullosos, arrogantes y soberbios que se creen capaces de detener el curso providencial que nos conduce al destino eterno de la gloria ó del infierno. Ríanse sarcásticamente los mundanos de los hijos del Evangelio y téngannos por fatuos, ilusos y fanáticos los que se llaman á sí mismos sabios, virtuosos é ilustrados, teniéndose por eternos y omnipotentes: que nosotros enseñados por san Segundo siempre diremos, que los fastuosos arranques de la sabiduría carnal y terrena, no son mas que una necedad á los ojos de Dios, como lo dice el Apóstol. *Sapientia enim hujus mundi stultitia est apud Deum*. Diremos que nuestra felicidad consiste en conocer, amar y servir al Dios que nos enseña á ser santos y perfectos, como deben serlo los hijos del Padre celestial: que el mundo es una figura superficial que se mancha, se borra, se deshace y desaparece, como la brisa de la mañana, y que el hombre no debe regular sus juicios, sus inclinaciones y sus deseos por los bienes presentes y sensibles, sino por los futuros, infalibles y eternos, que se nos han de adjudicar en la gloria, segun san Pablo. Nosotros instruídos en la escuela de san Segundo y amaestrados en la experiencia, sabemos que en el mundo no hay mas que lisonjeras ilusiones, sueños agradables, colores sobrepuestos, rasgos superficiales, máscaras, artificios, afectaciones y aparatos que pasan con mas velocidad que el viento; que desaparecen prontamente dejando en nuestros corazones un vacío que ocupan el dolor, la afliccion, la angustia, los remordimientos y las amarguras mas congojosas. Estamos muy convencidos de que el mundo alaba lo que reprueba Jesucristo y miraron con horror todos los santos; que rechaza, escarnece, huye y se aparta de todo lo que manda, ordena y prescribe nuestro divino Maes-

tro, y que por ser esto cierto renunciarnos de sus obras, de su espíritu, de sus bienes, pompas y vanidades en el bautismo. Nuestra religion, en una palabra, consiste en confesar, amar y seguir á Jesucristo; en despreciar las riquezas que idolatran los mundanos, por ser del número de los pobres á quienes el Redentor llama bienaventurados, porque de ellos es el reino de los cielos; en aborrecerse á sí mismos en esta vida, por ganar nuestras almas en la eterna; en llorar para ser consolados; en ser mansos, limpios de corazon y pacíficos para ser llamados hijos de Dios, y en pertenecer á la pequeña grey á la que dice Jesucristo, que no tema, porque Dios se ha complacido en darle el reino de los cielos. Esta es nuestra fe, esta nuestra creencia, estos nuestros sentimientos, este el Evangelio que nos anunció para nuestra dicha y felicidad el gran padre san Segundo. ¿Será de extrañar en vista de esto, que digamos, aseguremos y afirmemos que este santo se ha hecho célebre por haber sido fiel discípulo de Jesus; maestro celoso de su doctrina; infatigable predicador de las verdades evangélicas; padre amoroso de sus hijos y vigilante pastor de sus ovejas? ¿Pudiéramos derivar la grandeza de san Segundo mas que de la fuente, principio y origen de todo poder, fuerza, honor, virtud y gloria; ó asegurar que su celebridad será tan eterna como el Dios que la fomenta, si no perteneciera este aserto á la sustancia de nuestra religion que confiesa á Dios admirable en sus santos? San Segundo fué uno de los mas esclarecidos principes de la iglesia; un varon apostólico adornado con las virtudes, gracias y dones de un escogido del Señor, para llevar su nombre y predicar su Evangelio por toda la tierra; un operario infatigable en la viña del Padre celestial; un jardinero feliz, que constituido en Ávila conquistó con su afabilidad y dulzura los corazones de nuestros progenitores, haciéndose un todo para todos por ganarlos á Jesucristo; que confirmó su doctrina con repetidos milagros, con su admirable paciencia, angelical conducta, desinterés apostólico y demas virtudes propias de los discípulos de Jesus. San Segundo... Pero no me es posible explicar el mérito del varon apostólico que envió la bondad de nuestro Dios al suelo en que vivimos.

Si el Sabio tiene por un prodigio al varon que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero ni en los tesoros de las riquezas, y dice que: ¿quién será este, para alabarle? ¿No

podria yo contestarle y decirle : aquí tienes en san Segundo ese hombre que deseas ver para ocuparte en sus alabanzas? Este santo es el que hizo cosas admirables en su vida; el que pudiendo quebrantar la ley no la quebrantó, hacer cosas malas y no las hizo. Por lo mismo se han afianzado sus bienes en el Señor, y toda la iglesia de los santos publicará sus limosnas. Sus frutos fueron los de una virtud verdaderamente sólida, pues que tuvo sumo horror al pecado, una insaciable sed de justicia, una mortificación constante y generosa, una sincerísima humildad de corazón, una gran puntualidad en el cumplimiento de sus obligaciones, amando con toda su alma todo lo que amó Jesucristo, y aborreciendo todo lo que él aborreció. De aquí su prontitud en abandonarlo todo y sacrificarlo todo por obedecer, servir y agradar á su divino Maestro : el haber dejado su casa, sus hermanos, sus hermanas, su padre, su madre y todos sus bienes por seguir á Jesus, que es el camino, la verdad, y la vida de los suyos, y el no pensar mas que en extender los conocimientos de la fe por todos los ángulos de la tierra. ¡ Con qué celo tan ardoroso se internó por las provincias españolas, y con qué caridad tan encendida procuraba ilustrar á los españoles envueltos por entónces en las negras sombras del gentilismo! Si el gran Segundo entró en España por Granada, y con Torcuato, Tesifon, Indalecio, Eufrasio, Cecilio y Hesiquio fué hallado digno de padecer injurias, desprecios, tormentos y persecución por el nombre de Jesus, y en vez de acobardarse se confirma mas en la resolución de cumplir con su ministerio apostólico, el cielo le conforta, el Espíritu santo le dirige, su celo le hace atravesar provincias hasta llegar á la mil veces afortunada de Ávila, en que sembró la semilla del grano celestial y cultivó con tanto esmero el campo que le confió el Padre de familias, que logró ver planteada en esta tierra feliz la iglesia que por espacio de mas de diez y ocho siglos ha llenado de bienes á nuestras gentes. Bien sabéis que el mayor beneficio que Dios concede á los hombres es el conocimiento de la fe, y que habiéndonosle concedido por medio de san Segundo desde los principios de la promulgación del Evangelio, debemos mostrarnos agradecidos y reconocer que la celebridad y grandeza de esta lumbrera de la iglesia, no dependen del nacimiento ilustre, de las riquezas, de los empleos honoríficos, de la reputación mundana, ni de esos aparatos lujosos con que pretenden

ganarse un nombre los que le buscan para nutrir y fomentar su orgullo y vanidad; sino que dimanen de su verdadero mérito, de su verdadera virtud, de que habiendo sido un gran sacerdote que agradó á Dios durante su vida, se hizo digno de los honores y prerogativas con que el Omnipotente honra á sus santos. San Segundo consumió sus fuerzas en el servicio del Señor, se sacrificó por establecer el reinado de la gracia entre nosotros; nos dió á conocer al Salvador del mundo y Redentor de las naciones; nos emancipó de la dura esclavitud del demonio, y nos proporcionó la libertad de verdaderos hijos de Dios, nos instruyó en las doctrinas evangélicas, que con la gracia producen la virtud, la victoria de las pasiones, la reforma de las costumbres y la vida cristiana; nos hizo comprender que el padecer, sufrir y morir por Jesucristo es una verdadera ganancia; y por último, constituido nuestro primer pastor, tuvo el valor de dar su vida en defensa de la fe, en confirmación de las verdades que nos predicó, en testimonio de la caridad con que amó á su Dios y al prójimo. Derramó su sangre san Segundo y murió á la violencia de los mas atroces tormentos, para que con su ejemplo aprendiésemos á buscar á Jesus por los caminos de la cruz, á no fijarnos en los bienes perecederos de esta vida fugaz y transeunte, á suspirar por los gozos eternos en que serán introducidos los que viven en los brazos de la pobreza, de la obediencia y de la castidad, y á conducirnos como verdaderos cristianos siempre atentos al gran negocio de nuestra salvación. Todas estas cosas nos enseñó este maestro de las verdades evangélicas, no solo con la voz de su palabra, sino muy principalmente con la santidad de su vida, con la práctica de las virtudes, con el desinterés y caridad mas acendrada.

¡ Qué dicha seria la nuestra, si dóciles á las enseñanzas de este varon apostólico nos condujéramos como buenos cristianos, cumpliendo todos con las obligaciones de nuestro respectivo estado! ¡ O, y cómo sabríamos apreciar el mérito, la virtud y grandeza de nuestro padre san Segundo, si dirigidos por la ciencia de los santos, llegáramos á comprender lo que es esta vida, y lo que ha de ser la eterna! Si hoy, porque todos nos hemos extraviado, no acertamos á discernir entre lo caduco y lo eterno, entre las apariencias y la realidad, entre los delirios del mundo y las doctrinas del Evangelio; dia llegará, y no está lejos, en que se descubrirá claramente la eternidad, la imbecili-

dad del espíritu del mundo, y el desierto de los que en él mandan, triunfan y dominan. Pronto se nos convencerá, para nuestra confusion, de que los placeres, pompas y vanidades de esta vida no producen mas que una alegría triste, llena de remordimientos, disgustos y pesares, precursores de eternos suplicios. Aun sin salir de este templo hará el Dios de san Segundo que perciban vuestras almas la necesidad y conveniencia de vivir y morir con la justificacion y santidad de los hijos de la gracia, y la urgencia en que se hallan los pecadores de convertirse al Señor si quieren evitar la condenacion eterna, y aspirar á la felicidad que Dios ha prometido á los que dejan los caminos del vicio y siguen los de la virtud. Yo invoco el testimonio de vuestra conciencia para que me digais, si no quisierais ser fieles discípulos de san Segundo; si no trocariais de buena gana el estado tenebroso de la culpa que os acusa, por el de la gracia que consuela: si vuestras almas no estarian mas tranquilas y satisfechas en las apacibles sendas de nuestra religion divina, que en los conventículos de los pecadores en que todo es error, confusion é infierno. Si pues la virtud es tan apetecible, tan dulce, tan bella, tan agradable y tan deliciosa: si el reinado de la gracia á que nos llamó Dios por medio de san Segundo es tan celestial y divino, y todos experimentamos que no hay delicias comparables con las que disfruta el justo que ama y sirve á Dios en espíritu y en verdad: si no hay lágrimas mas dulces y consoladoras que las que derrama la penitencia: ¿en qué nos detenemos? ¿Por qué no rompemos los lazos de la carne y de la sangre que nos impiden mirar al cielo, y nos acogemos al santo patrono que nos llama como padre, nos enseña como maestro, nos edifica como santo, y nos protege como bienaventurado? Si la celebridad de san Segundo no reconoce otro origen que el de su mérito y su virtud, ¿cómo no aspiramos á imitarle para ser como él domésticos y familiares en la casa del Padre celestial? Todo está en nuestro favor. Dios nos llama, san Segundo nos protege, el tesoro de la vida eterna está á nuestra vista, Jesu Cristo nos da con que poder comprarle y adquirirle, y los ángeles están prontos para ayudarnos en el gran negocio de nuestra salvacion: solo falta que nos decidamos, que sigamos las huellas de nuestros padres que en cuanto oyeron y se convencieron de la verdad que les predicó san Segundo, tuvieron el valor suficiente para dejar sus falsos dioses, renunciar

á sus hábitos y costumbres, emprender una vida virtuosa modelada por el Evangelio, y aspirar al cielo por el camino de la cruz. Imitémoslos nosotros; demos de mano á los errores que nos preocupan y á las pasiones que nos arrastran: seamos cuerdos y sensatos y no perdamos de vista la verdad que pronunció el Apóstol cuando dijo: La sabiduría de este mundo es á los ojos de Dios una necedad: *Sapientia enim hujus mundi stultitia est apud Deum.*

Obrando así, el Dios de san Segundo nos perdonará como á los Pablos, Ciprianos y Agustinos; nos llenará de gracia; nos llevará de virtud en virtud hasta la perfeccion de las almas justas, y nos infundirá los dones necesarios para celebrar la memoria del que con la religion cristiana nos trajo todos los bienes. Resolvámonos á ser racionales, virtuosos y justos con la gracia del Señor, y el Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion nos dará la gloria. Amen.

SERMON

DE SAN SIMON Y JÚDAS, APÓSTOLES.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

Corde enim creditur ad justitiam; ore autem confessio fit ad salutem.

Con el corazón se cree para conseguir la justificación, y con la boca se manifiesta la fe para conseguir la salud.

S. Pablo á los romanos, c. 10, v. 10.

Sin la fe es imposible agradar á Dios. El primer paso que tenemos que dar para llegarnos á Dios, es el creer en él y reconocerle por nuestro Dios y Señor. Pero para conseguir nuestra salud eterna y unirnos á Dios, no basta el creer simplemente; es necesario que nuestra fe sea viva y sea pública. Con la fe viva honramos á Dios en nuestro corazón, y con la confesion de nuestra fe le honramos delante de los hombres. Es necesario que estén de acuerdo nuestro entendimiento, nuestra lengua y nuestras obras. La fe del corazón destruye la presuncion de las propias fuerzas y del libre albedrío, la vana y soberbia confianza, y hace que el hombre confie solamente en Dios. La confesion pública y manifiesta de la fe hace que el hombre fiel desatienda y desprecie los juicios y la malicia de los hombres, y que estime, reverencie y tema á Dios mas que á todas las cosas. Hace que quede vencido el mundo con todos sus errores, sus placeres y promesas, y todos sus suplicios y tormentos, dice san Agustin. Porque esta es la victoria que vence al mundo, dice san Juan: nuestra fe.

Es poco tener á Jesucristo en el corazón y no atreverse á

confesarle delante de los hombres cuando se teme el oprobio, la contradiccion, los peligros ó los tormentos. Es necesario responder y dar testimonio de nuestra fe, confesar á Jesucristo con nuestra boca, y no avergonzarnos de confesarle y reconocerle delante de sus mismos enemigos. Esta es la gloria de los mártires y confesores, el oficio y obligacion de todos los cristianos, lo que el Apóstol nos enseña diciéndonos que con el corazón se cree para conseguir la justificación, y con la boca se debe manifestar la fe para conseguir la salud. *Corde enim creditur ad justitiam; ore autem confessio fit ad salutem.* Los que no creen lo que confiesan con la boca son impíos, embusteros y engañadores sacrílegos. Los que niegan ó no se atreven á confesar con su lengua y con sus obras lo que creen en su alma y su corazón, en vano esperan la salud. Interior y exterior debe ser nuestra fe. Debe estar en el corazón y en las palabras y las obras. Como Jesucristo vive en nuestro corazón, así es preciso que habite en nuestros labios: que no digamos otra cosa de lo que sentimos, cuando se trata de dar razon de nuestra fe, que no nos avergoncemos cuando se nos eche en cara y tenga á mengua el ser cristianos, ni temamos confesarle por las amenazas, las persecuciones y tormentos. No sin causa quiso Jesucristo que se nos imprimiese la señal de la cruz en la frente, cuando se nos admite á la fe por el sacramento del bautismo, para que recordemos que jamas debemos avergonzarnos ni ocultar nuestra fe. Con el corazón, con las palabras y las obras debemos creer en Jesucristo. Tal debe ser nuestra fe si queremos justificarnos y salvarnos, si queremos llegar á ser justos y santos: *Corde enim creditur ad justitiam, ore autem confessio fit ad salutem.* Tal fué la fe y el ejemplo que nos presenta hoy para nuestra instruccion, y para que tomemos aliento, nuestra madre la iglesia, en los santos y esclarecidos apóstoles san Simon y san Júdas.

Oyeron á Jesus cuando estaba en la ignominia, en el abatimiento, en el desprecio y la contradiccion, y creyeron en él, le siguieron, le hicieron dueño de su corazón y sus afectos, lo renunciaron todo por llevar la noticia del nombre y la religion de Jesus al Egipto, á la Mesopotamia, á la Persia y otras regiones, despues de haber predicado al mismo Jesus en la Judea, la Galilea, la Samaria, la Idumea y la Siria. Estuvieron tan léjos de abandonar la fe de su corazón, y de avergonzarse

de confesar á Jesucristo delante de los hombres, que le confesaron no solamente con sus palabras, sino tambien con sus obras, con su sangre, dando por él su vida en los tormentos mas crueles.

¿Por qué me apresuro á presentar la historia de su vida y de su muerte, habiendo de formar hoy el elogio de estos santos y publicar sus gloriosas victorias? Porque, hermanos míos, la historia de estos gloriosos apóstoles es la historia de su fe, y yo he dispuesto reducir todo su elogio á manifestaros que creyeron en Jesucristo con todo su corazón, con sus palabras y sus obras. Al paso que recordamos las glorias y los triunfos de la fe de los ilustres apóstoles san Simón y san Júdeas, entrando en los sentimientos y deseos de nuestra madre la iglesia, aprendamos en su ejemplo cual debe ser la nuestra, y cómo debemos creer en Jesucristo si queremos justificarnos y salvarnos.

Uno mismo es el Señor, y rico para todos los que le invocan. Invoquémosle y recurramos á él nosotros que somos tan pobres y miserables, y nos hará participantes de sus riquezas, que son los dones y auxilios espirituales que tan necesarios nos son para formar santas resoluciones y formar buenos propósitos. Y para que sean mas atendidas nuestras súplicas, interpongamos la mediacion de María santísima saludándola con el ángel: *Ave Maria.*

La fe proviene de lo que oímos, y sin que se nos anuncie el Evangelio no podemos creer en él, porque no podemos creer jamas en aquello de que jamas tenemos noticia y de que nadie nos habla. Por esto vino Jesucristo al mundo, se hizo hombre y habitó entre nosotros; para anunciarnos la verdad, para instruirnos, para que todos creyese por su testimonio, y si no hubiera venido ni hubiera hablado, tendríamos excusa de nuestra infidelidad y de nuestra ignorancia; pero habiéndose dado á conocer y enseñado su doctrina con sus palabras y sus obras, no queda á los hombres excusa alguna de su incredulidad y de su obcecacion y permanencia en el error y las tinieblas. San Simón y san Júdeas tuvieron la dicha de oír de la boca del mismo Jesucristo su doctrina celestial y sus palabras de vida eterna; le oyeron cuando anunciaba á las turbas el reino de Dios y justicia, y mucho mas dichosos que por haberle oído, lo fue-

ron porque creyeron en él y abrazaron la fe y doctrina que anunciaba con todo su corazón.

Simón, llamado el Cananeo, porque nació en la ciudad de Caná en la provincia de Galilea, bien sea que fuese el esposo de las bodas de Caná á que fueron convidados el divino Salvador y su santísima Madre, y donde Jesus hizo el primer milagro, como quieren algunos doctores; ó bien sea que fuese otro distinto, lo que no podemos dudar y lo que forma el mérito de este santo es, que desde que oyó á Jesus creyó en él con todo su corazón, que se resolvió á dejarlo todo por seguir á Jesus pobre, despreciado, sin honores, sin grandeza y sin otro acompañamiento que los que voluntariamente querian seguirle, cuando pasaba predicando por las ciudades y las aldeas y curando los enfermos que le presentaban; que no reconoció otro maestro; que no le perdió jamas de vista, y fué testigo de todas sus maravillas; que no se separó de su doctrina, y que iluminado una vez con la luz de la fe, la conservó siempre en su corazón. Lo que no podemos dudar es que Jesucristo le eligió para ser uno de sus apóstoles, y esta eleccion para tan alto ministerio es por sí sola mas que cuanto se nos pueda decir en su alabanza.

San Júdeas, llamado Tadeo, fué hermano de Santiago el Menor, hijos de Alfeo y de María, familia toda tan conocida en el Evangelio por su amor á Jesucristo, por ser parientes muy inmediatos de María santísima, por cuya razon se le llama como á Santiago, hermano del Señor, segun la costumbre de los judíos. ¿Tardaria mucho en conocer á Jesus, en seguirle y ser uno de sus apóstoles? Su fe pronta y viva se nos manifiesta bien en el amor que tuvo siempre á Jesucristo, en la compañía que hizo á Jesucristo siendo testigo de sus maravillas, en la constancia con que siguió á Jesucristo y en la generosidad con que se desprendió de todo por seguir á Jesucristo, apareciendo siempre como un amigo de su divino Maestro.

Nosotros hemos oído el Evangelio de Jesucristo; se nos ha anunciado cuando ya está extendido por todo el mundo, cuando no ya solo en la Judea, donde Jesus enseñaba su celestial doctrina entre las contradicciones, las burlas, las amenazas, entre las dudas y temores de los que le oían, sino que en todo el mundo resuena el nombre de Jesus y se hallan seguidores fieles de su Evangelio; cuando el mundo todo ha palpado ya los

testimonios de su verdad y la confirmacion de la doctrina que enseñó; cuando los pueblos enteros, los príncipes y reyes mas poderosos se glorían de ser cristianos; nosotros hemos tenido la dicha de recibir la fe casi al mismo tiempo que recibimos la vida. El Señor quiso por su misericordia que se nos infundiese en el sacramento de la regeneracion, en el que se nos dió la fe que presta la vida eterna, para que no perezamos y tuviésemos abiertas las puertas del cielo; sin embargo, ¿tenemos grabada y arraigada esta fe en nuestro corazon? ¿Es nuestra fe tal, que sirva para justificarnos? ¿Es tan viva que nos haga amigos y amantes de Dios, y que no queramos sino lo que Dios quiere, ni tengamos otro maestro, ni otros afectos, ni otras inclinaciones que las que nos enseña y nos pide la fe? Creemos, pero nuestra fe es por lo comun una fe estéril, tibia, lánguida; una fe que no radica en el corazon, que no nos anima á obrar y vivir segun nos enseña la fe; creemos, y sin embargo nada de cuanto nos enseña la fe nos hace fuerza ni nos mueve; por una terrible desgracia sabemos componer el conocimiento de las verdades mas espantosas y trascendentales de nuestra religion con una continuada infidelidad, y vivimos en el mundo tan entregados á sus vanidades y placeres, tan olvidados de la eternidad, tan distantes de Dios como si no tuviéramos fe, ni esperaríamos otra vida que la presente.

No hablo de tantos cristianos infelices, que despues de haberse corrompido en sus vicios, blasfeman de su religion y nada les está mejor que vivir sin Dios, sin ley, sin conciencia y sin aspirar á otro destino que al de los jumentos. De tantos cristianos que no contentos con ser pecadores é infieles á Dios, se han abandonado á la impiedad para vivir mas libremente en sus inmundos y vergonzosos placeres; han sofocado los gritos de su conciencia y de su fe; han resistido al Espíritu santo que los ilustra y á la gracia del Señor que los llama, y han dicho en su corazon: *no hay Dios*, ni gloria, ni infierno, ni premios, ni castigos; y viven en la indiferencia y desprecio de toda religion, y entregados enteramente á una vida animal. Aun entre los cristianos tímidos, entre los que pasan por devotos y que hacen aprecio de su religion ¿qué hallamos por lo comun, sino unas prácticas exteriores, un culto y devocion que consiste en palabras, en adornos de los templos y las imágenes, en asistir á los ejercicios piadosos, sin dejar por eso los placeres y como-

didades del mundo, sin privarse de sus gustos, sin hacer á Dios el sacrificio de su voluntad y de su corazon y adorarle en espíritu y verdad?

Convenzámonos de que esta fe es estéril, que no sirve para unirnos intimamente á Dios y justificarnos: que es preciso que creamos no solamente por un hábito y costumbre, sino con todo nuestro corazon; que como los apóstoles san Simon y san Júdas creamos en Jesus con una fe pronta, viva y dispuesta á servirle y hacer cuanto sea de su agrado con toda nuestra alma y con todo nuestro corazon.

Es preciso tambien que demos testimonio de nuestra fe, que la publiquemos con nuestros labios, y que no nos avergoncemos de manifestar y confesar delante de los hombres la fe que tenemos en nuestro corazon, sin temor á los peligros y tormentos y sin enmudecer por amor á los bienes de este mundo, de que nos dan el ejemplo los mismos san Simon y san Júdas.

Verdad es que atemorizados con la sangrienta persecucion de su Maestro, huyeron y le abandonaron en manos de sus enemigos, quienes le apresaron en el huerto de las Olivas, y le llevaron á los tribunales para darle la sentencia de muerte; pero no se escandalizaron de la cruz; no dejaron de creer la doctrina que les enseñó; aunque no estaban todavía ilustrados en los misterios de nuestra redencion, ni comprendian como era conveniente que Jesucristo padeciese la muerte de los malvados y malhechores, para entrar triunfante y victorioso en su reino; lloraban en la oscuridad y el silencio, y esperaban con confianza las promesas que Jesucristo les hizo perseverando en la oracion; y luego que fueron revestidos de la virtud de lo alto, luego que bajó sobre ellos el Espíritu santo, nada pudo contenerlos para que anunciasen con su boca la fe de su corazon, para que publicasen sobre los techos lo que habian oído en el retiro y compañía de Jesus, para que echasen en cara á los mismos judíos sus delitos y su enorme sacrilegio, y diesen á conocer á Jesus como el Mesías prometido, como el Hijo de Dios y salvador del mundo. No contentos con confesarle y predicarle en la Judea y la Samaria, en medio de sus mas encarnizados enemigos, á la vista de los mismos jueces y verdugos de Jesus, sin mas deseos que llevar su nombre y su religion á todo el mundo, sin otra ambicion que dilatar el reino de Jesus, sin otras esperanzas que padecer y derramar su sangre por confesarle;

sin otros preparativos que su celo, sin armas, sin defensa, sin apoyo, sin proteccion, se extienden hasta las regiones mas remotas. San Simon se dirigió al Egipto donde sembró la semilla del Evangelio que produjo tantos santos y fué la habitacion de millones de anacoretas. Corrió las vastas provincias del África, la Mauritania y toda la Libia; el mundo entero parecia estrecho campo para su celo, y á un tiempo quisiera hallarse en todas partes y convertir á su fe á todos los hombres. Pasó á la Persia despues de haber padecido infinitos trabajos y de haber conseguido en todas partes abundantes frutos, despues de haber empleado sin descanso treinta años en llevar la luz del Evangelio á las naciones idólatras.

San Júdas con no ménos celo y fervor, y sobreponiéndose á innumerables privaciones, fatigas y trabajos, publicó la fe de Jesucristo en la Mesopotamia y la Libia, haciendo con sus oraciones, su predicacion, sus milagros y su vida ejemplar y penitente muchísimas conversiones de infieles. Y lleno de celo por el aumento y conservacion de la fe de Jesucristo en toda su pureza, habló enérgicamente á todo el mundo, á los fieles de todos los lugares y de todos los tiempos en su Epístola católica, oponiéndose á los falsos doctores que corrompian la doctrina sana y llenaban de turbacion la iglesia. Mira como enemigos propios á los enemigos de la verdad, pinta á los herejes con todo el horror y los trata con toda la dureza que merecen sus errores y sus estragadas costumbres; pero avisa al mismo tiempo en prueba de su celo enteramente cristiano, que no desea sino prevenir á los fieles para que no se dejen corromper, que no busca otro fin que la conversion y salvacion de los mayores enemigos de Jesucristo, y ruega encarecidamente á todos para que con sus oraciones y con sus buenos ejemplos trabajen con humildad en la conversion de aquellos miserables, apartándolos del fuego eterno donde los precipitan sus extravíos y locuras.

Por disposicion del Señor vinieron á unirse estos dos esclarecidos apóstoles en Persia, teatro destinado para su martirio, para término de su dichosa carrera, para que allí diesen testimonio público de su fe sellándole con su sangre, y pasasen á recibir la corona y el descanso. Los milagros que obraron, el silencio de los ídolos que enmudecieron desde su llegada, su modestia, su oracion, sus palabras llenas de amor y ternura, la eficacia con que anunciaron la fe y doctrina de Jesucristo, todo

contribuyó á que se convirtiesen muchísimos, y abandonando sus errores y despreciando á los ídolos se hiciesen discípulos de Jesus crucificado. El demonio no podía mirar sin tomar venganza la destruccion de su imperio; los magos y los sacerdotes de los ídolos cerraron sus ojos á la luz, se obstinaron en sus errores y fueron el instrumento de que se valió el demonio para perder á nuestros santos. Alborotaron y conmovieron al pueblo, pidieron su sangre inocente, como los judíos la de su Maestro. ¿Se acorbardarán estos apóstoles á la vista de los tormentos y la muerte? ¿Se avergonzarán de confesar á Jesucristo delante de los hombres? ¿La fe que tan arraigada está en su corazon, desaparecerá de sus labios á la vista de los peligros? No, amados míos. Entre el furor de un pueblo alborotado, sin ley, sin respeto, instigado por la furia de Satanás, fueron arrastrados ante los ídolos para que les ofreciesen incienso; pero entónces publicaron con mas fuerza á Jesucristo y no dudaron aceptar la muerte ántes que negarle. San Simon fué aserrado por medio, y á san Júdas le cortaron la cabeza.

Tal fué la fe de estos esclarecidos apóstoles. Una fe que radicó profundamente en su corazon, y que publicaron delante de sus enemigos y verdugos con su boca sin vergüenza ni temor. Una fe acreditada con obras y palabras. Una fe interior, que es la que justifica, y exterior y pública, que es la que da la salud y salvacion eterna.

Tal es preciso que sea la nuestra, hermanos míos, y á esto deben animarnos los ejemplos de estos ínclitos apóstoles y la gloria inmensa que ahora disfrutan. Creamos, pero no basta que sea solo con nuestro corazon, que nos contentemos con llorar en silencio los ultrajes que recibe nuestra fe; es preciso que hagamos una profesion pública de nuestra misma fe, que no nos avergoncemos de ser cristianos, que no temamos los insultos, los desprecios, las burlas y persecuciones de los enemigos de Jesucristo, que confesemos con nuestra boca nuestra fe, sin disimulo y sin temor. Esas condescendencias con las impiedades y blasfemias que tan descaradamente se cometen; esa frialdad con que miramos los ultrajes que se hacen á la religion de Jesucristo; ese silencio cobarde con que dejamos que hable y vomite impunemente el impío sus detestables máximas, nos condenan y nos pierden y dan á conocer que falta mucho á nuestra fe para ser tal como la de los apóstoles y como debe ser para

salvarnos. *Ore autem confessio fit ad salutem.* En este siglo de irreligion y de impiedad quiere el Señor que seamos todos apóstoles suyos, que salgamos á su defensa, que no nos avergoncemos de confesarle, que no seamos condescendientes y cobardes, dando con nuestra conducta ocasion al perverso para gloriarse y caminar adelante en sus delirios; que nos opongamos publicando nuestra fe, aunque seamos reconvenidos, burlados y perseguidos por ella. No basta creer, no basta publicar y enseñar la fe y doctrina cristiana á los hijos, los domésticos y demas fieles piadosos, es necesario tambien defenderla en las ocasiones peligrosas, delante de los mismos que la calumnian y persiguen, sin avergonzarse jamas de confesar con los labios la fe del corazon, como lo hicieron los apóstoles san Simon y san Júdas.

Así, y solo así podrá salvarnos nuestra fe, como nos los enseña el Apóstol, y así prometemos hacerlo agradecidos á un Dios que dió su vida por nosotros. Favoreced nuestros votos y deseos con vuestra intercesion, gloriosos apóstoles; logradnos del Señor ántes que todos los bienes el don de una fe viva, que no separándose de nuestros corazones ni de nuestros labios, nos preste la vida eterna, nos dé la justificacion y la salud y nos consiga el acompañaros y bendecir al Señor por los siglos de los siglos en la gloria. Amen.

SERMON

DE SANTA TECLA.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia.

Dios escogió las cosas flacas del mundo para confundir las fuertes.

I. á los corintios, c. 1. v. 27.

Moradores del campo, hijos de la montaña y honrados aldeanos, que acudis festivos á este santo templo á glorificar al Dios que nos ha criado y redimido, regocijaos: dad saltos de júbilo y de alegría; abrid vuestras almas á los consuelos; ensanchad vuestros corazones, y satisfaced vuestros deseos; porque este es el día que ha destinado el cielo para enriquecer á los pobres, para ensalzar á los humildes, juzgar en justicia á los inocentes, y salvar en su misericordia á los pecadores. El real Profeta os ha visto salir de vuestras casas, ha seguido vuestros pasos, os ha acompañado por los caminos que conducen á esta santa iglesia, ha contemplado en ella la devocion con que solemnizais los presentes cultos, y en su asombro no ha podido contenerse; exclamó y dijo de vosotros: *Yo he dicho que sois dioses, y todos hijos del Excelso* (1). ¡Qué dicha y felicidad! Dioses é hijos del Excelso los que agrupados al rededor de aquel sagrado tabernáculo fijan sus almas en la divinidad, se elevan sobre todo lo carnal y terreno, y semejantes á los espíritus angélicos que bendicen al Dios trino y uno, llamándole tres veces santo! ¿Quién de vosotros no hará un esfuerzo para hacerse digno de tanta ventura? ¿Quién de entre los que me escuchan no se ten-

(1) *Psalm. 81. v. 6.*

salvarnos. *Ore autem confessio fit ad salutem.* En este siglo de irreligion y de impiedad quiere el Señor que seamos todos apóstoles suyos, que salgamos á su defensa, que no nos avergoncemos de confesarle, que no seamos condescendientes y cobardes, dando con nuestra conducta ocasion al perverso para gloriarse y caminar adelante en sus delirios; que nos opongamos publicando nuestra fe, aunque seamos reconvenidos, burlados y perseguidos por ella. No basta creer, no basta publicar y enseñar la fe y doctrina cristiana á los hijos, los domésticos y demas fieles piadosos, es necesario tambien defenderla en las ocasiones peligrosas, delante de los mismos que la calumnian y persiguen, sin avergonzarse jamas de confesar con los labios la fe del corazon, como lo hicieron los apóstoles san Simon y san Júdas.

Así, y solo así podrá salvarnos nuestra fe, como nos los enseña el Apóstol, y así prometemos hacerlo agradecidos á un Dios que dió su vida por nosotros. Favoreced nuestros votos y deseos con vuestra intercesion, gloriosos apóstoles; logradnos del Señor ántes que todos los bienes el don de una fe viva, que no separándose de nuestros corazones ni de nuestros labios, nos preste la vida eterna, nos dé la justificacion y la salud y nos consiga el acompañaros y bendecir al Señor por los siglos de los siglos en la gloria. Amen.

SERMON

DE SANTA TECLA.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia.

Dios escogió las cosas flacas del mundo para confundir las fuertes.

I. á los corintios, c. 1. v. 27.

Moradores del campo, hijos de la montaña y honrados aldeanos, que acudis festivos á este santo templo á glorificar al Dios que nos ha criado y redimido, regocijaos: dad saltos de júbilo y de alegría; abrid vuestras almas á los consuelos; ensanchad vuestros corazones, y satisfaced vuestros deseos; porque este es el día que ha destinado el cielo para enriquecer á los pobres, para ensalzar á los humildes, juzgar en justicia á los inocentes, y salvar en su misericordia á los pecadores. El real Profeta os ha visto salir de vuestras casas, ha seguido vuestros pasos, os ha acompañado por los caminos que conducen á esta santa iglesia, ha contemplado en ella la devocion con que solemnizais los presentes cultos, y en su asombro no ha podido contenerse; exclamó y dijo de vosotros: *Yo he dicho que sois dioses, y todos hijos del Excelso* (1). ¡Qué dicha y felicidad! Dioses é hijos del Excelso los que agrupados al rededor de aquel sagrado tabernáculo fijan sus almas en la divinidad, se elevan sobre todo lo carnal y terreno, y semejantes á los espíritus angélicos que bendicen al Dios trino y uno, llamándole tres veces santo! ¿Quién de vosotros no hará un esfuerzo para hacerse digno de tanta ventura? ¿Quién de entre los que me escuchan no se ten-

(1) *Psalm. 81. v. 6.*

drá por feliz, al ver que nuestro Dios despreciando las pompas, grandezas y majestades humanas, quiere tener sus complacencias con los pobres y desvalidos, con los humildes y flacos, con los enfermos y miserables hijos de la penuria, de la afliccion y del dolor? A vosotros, amables oyentes, á vosotros exclusivamente habla nuestro Dios en este dia; os quiere llenar de honor y de gloria; haceros entender que os ama con predileccion; que os destina para el cielo, y que sois del número de los que se vale su omnipotencia para confundir á los orgullosos, arrogantes y soberbios del mundo.

Ahí teneis á la prodigiosa y admirable santa Tecla, á la primogénita de san Pablo, á la protomártir de las almas puras de su sexo, á la mujer fuerte de que habla el Sabio, á la que venció al mundo, al pecado y al infierno con la virtud de la cruz, á la maestra y doctora de la ciencia de la salvacion, á la que se os presenta en este dia para instruiros, doctrinaros, haceros inteligentes y sabios en la ciencia de los santos, y disponer os para que volvais á vuestras casas colmados de bendiciones celestiales. El Omnipotente se digna hablaros hoy por la gloriosa y esclarecida santa Tecla. De ella quiere valerse para radicarnos en la fe, para afirmarnos en la esperanza y encender vuestros corazones con el fuego sacro de la caridad; para que veais que nada valen en los ojos de Dios los trénes, la ostentacion y aparatos de los grandes y poderosos del mundo, y que es muy cierto que el Autor de nuestra fe resiste á los soberbios, y da su gracia á los humildes, como lo dice el Príncipe de los apóstoles (1). Estas cosas deben alentarnos y hacernos salir de este santo templo como salieron los israelitas del de Salomon, en que dejó verse la gloria del Señor en una nube caliginosa, figura de la que veneramos en aquel altar santo. Para que así sea, yo os hablaré de los triunfos y victorias de santa Tecla, de su fe, de su santidad, de sus virtudes, de sus ejemplos, de su poder y valimiento con Dios en el reino de los cielos,

Virgen adorable: inspiradme para que, sin perder de vista á santa Tecla, haga entender á estas gentes que la humilde posicion en que las ha colocado la divina Providencia es la mas á propósito para alcanzar las gracias que necesitan para salvarse. Otorgadme esta gracia por la piedad que manifiestan todos mis

(1) *I. Pet. c. 5. v. 5.*

oyentes arrodillados á vuestra presencia para deciros con devocion y ternura: *Ave Maria.*

No; no se valió nuestro Dios, dice san Agustin, para fundar su religion, de los grandes, de los fuertes y poderosos de la tierra. No echó mano de los sabios, de los oradores ni de los filósofos afamados con que se envanece el mundo, porque no se dijera que buscaba la grandeza, las riquezas, la dignidad, la sabiduría, la elocuencia y el poder de los hombres para convertir á los pueblos y naciones del universo y hacer ángeles de pecadores. « Venid vosotros, dijo el Hijo del Altísimo á los mas groseros, á los mas idiotas é ignorantes de la plebe; venid, porque vosotros que nada sabeis, que nada sois, y ningun valor os dan las gentes, sois los mas á propósito para que en vuestra flaqueza é inutilidad resplandezca mi poder y se vea de lleno mi misericordia. Yo echaré mano de vosotros para ganar á los grandes, para confundir á los sabios, para convertir al mundo, para hacer de la tierra un nuevo cielo. De este modo nadie me disputará la gloria de esta grande obra: yo apareceré como un Dios omnipotente, y al ver las inteligencias que he escogido lo mas flaco del mundo para confundir á los mas fuertes, me respetarán, me tendrán por lo que soy, y me adorarán. » Así ha sucedido. Doce pobres pescadores sin armas, sin riquezas, sin artificios, sin elocuencia, sin proteccion ni auxilio humano emprenden dirigidos por el cielo la conversion de todo el mundo, y lo consiguen. Nada importa que el mundo se les oponga, que se los persiga y maltrate teniéndolos por impos- tores, por locos, por fanáticos y hechiceros. Jesus los revistió con la virtud de lo alto, y el triunfo mas completo demostró que fué divina la empresa que Dios confió á los apóstoles. Los griegos se sujetan con todo su ingenio y sabiduría; los romanos se rinden con todo su orgullo y altivez; los judíos deponen sus preocupaciones, caen por tierra los ídolos, se desmoronan los altares de los falsos dioses, callan los magos, se confunden los filósofos, la cruz de Jesus es el objeto de un culto santo, y el universo llega á confesar que no hay mas Dios que el que murió por los hombres en el Calvario. En vano conspiran las potestades terrestres é infernales para ahogar el cristianismo en la sangre de los cristianos. Las doncellas de quince

años se burlan de los tormentos mas crueles, desafian á los tiranos, triunfan de su ferocidad, y la idolatría con sus vicios y supersticiones queda vencida. Estos son los hechos maravillosos que ha presenciado el mundo entero, y no, no fuisteis vosotros, ricos y poderosos del mundo, no fuisteis vosotros los instrumentos de que se valió el Omnipotente para obrar prodigios tan estupendos: fueron unos pobres hombres, sin letras, sin autoridad, sin poder y sin prestigio: los apóstoles que comunicando su espíritu á los que convertian y bautizaban hacian predicadores de la verdad y esforzados defensores de la fe, no solo á los hombres llenos de vigor y fuerza, sino á las tiernas y delicadas mujeres que fortalecidas con la virtud de la cruz vencieron al infierno, triunfaron gloriosamente de las pasiones, del pecado, de los tormentos y de la muerte, y edificaron al mundo con sus virtudes y esclarecida santidad.

Hable por todas santa Tecla. Ella es la primera mujer que fué entregada á la atrocidad de los tormentos mas crueles: es como la maestra y capitana de la numerosa falange de virgenes y de mártires que hacen las delicias del celestial Esposo y siguen de cerca al Cordero immaculado; es la conductora de las almas puras por los caminos de la virtud que practicó; la escogida por Dios para confundir á los fuertes y poderosos del mundo y establecer el reinado eterno de la gracia; y de ella debe ser en este dia mi oracion. Escuchad con vuestra acostumbrada devocion, y refrescad vuestras almas con el rocío del cielo.

Despues que Dios humilló al soberbio Saulo, y de cruel perseguidor de la iglesia fué convertido en vaso de eleccion para llevar el nombre de Jesus y su adorable religion delante de los reyes, de los príncipes, de los grandes y pequeños de la tierra, le condujo el Espiritu santo á la ciudad de Iconio, en la provincia de Cilicia. Predicaba en ella con gran fervor y celo el reino de los cielos; explicaba con ardiente caridad las doctrinas de Jesus; prohibía en su nombre lo malo y preceptuaba lo bueno; hacia detestable el vicio y amable la virtud; formaba una iglesia, y á ella pertenecia como un astro luminoso y refulgente santa Tecla. Estaba esta virtuosa doncella en Iconio cuando san Pablo predicó en aquel pueblo la religion santa de Jesucristo; ya iba á casarse con un caballero llamado Tamiro, pero quedó tan enajenada con la doctrina celestial del santo apóstol, tan enamorada y unida á Jesucristo, que inspirada por la gracia y

dirigida por la virtud de la cruz, renunció á los gustos, placeres y deleites de la carne, consagró su virginidad al Señor, se decidió á vivir y morir como la Magdalena, y en nada mas pensó que en ser fiel y humilde sierva de Jesus, á quien reconocia por dueño y señor de su corazon, de su alma, de sus potencias y sentidos. Supo la madre de santa Tecla que su hija se habia hecho cristiana, que habia mudado de propósito, y que ya no queria casarse con Tamiro, y fué tanto lo que se irritó por esto, que enfurecida y montada en cólera se presentó al juez, acusó á su hija por haberse hecho cristiana y negarse al matrimonio concertado con Tamiro, y concluyendo con pedir en justicia que si su hija no renegaba de la religion de Jesucristo, sacrificaba á los dioses y se casaba, fuese quemada viva para escarmiento de las demas doncellas. Llama el juez á santa Tecla, la pregunta y reconviene, y hallando por confesion espontánea de la santa, que era cierto cuanto le habia dicho su madre, y que santa Tecla confesaba con valor á Jesus, protestando que estaba pronta á padecer y sufrir los tormentos mas crueles antes que faltar á la fe y al amor de su divino Redentor, mandó que encendiesen una grande hoguera y en ella fuese quemada viva santa Tecla. No esperó esta fiel esposa de Jesus á que la arrojasen al fuego, ella misma haciendo la señal de la cruz se metió entre las llamas; oraba, alababa y engrandecia á su Jesus divino en medio de ellas sin quemarse; el fuego la recreaba como á los niños del horno de Babilonia, el mundo vió el prodigio de estar una doncella cristiana ardiendo en amor divino sin quemarse en medio de un fuego devorante, y no pocos idólatras al presenciar semejantes maravillas se convertian y confesaban por Dios verdadero al que adoraba santa Tecla. Entre las llamas bendecia y predicaba esta santa esclarecida á su divino Esposo, desde la cátedra de los ardores centellantes anunciaba á las gentes todas el reino de los cielos; desde una hoguera encendida enseñaba á todos á tener fe, á esperar y á vivir del amor que infunde el Espiritu santo en las almas justas; pero el cielo declarado en su favor la protegía. De repente se levantó una horrorosa tempestad; cayó del cielo una agua tan copiosa, que apagó el fuego, obligó á huir á los paganos, y la virgen pura sin recibir la menor lesion en su cuerpo, ni en su ropa, quedó libre y salva por voluntad divina. Así trata nuestro Dios á los que le aman y padecen persecucion por la justicia. Renovad

vuestra atención y preparaos para oír cosas estupendas. Libre santa Tecla del fuego, fué acusada y presentada de nuevo delante del juez perverso, que la odiaba porque era santa y virtuosa. La preguntó por su fe, y hallándola cada vez mas firme en amor á Jesucristo, teniéndose por dichosa y feliz en sufrir y padecer en defensa de la santa y adorable religion que trajo del cielo la Sabiduría eterna para dicha y ventura de los hombres, la condenó á que la echasen á las fieras mas feroces para que la despedazasen y tragasen. Al momento se apoderaron de santa Tecla los hombres mas licenciosos, crueles é impíos que se conocian en Iconio; la llevaron entre la gritería y algazara de un pueblo idólatra enemigo de la cruz, al circo en que debía ser sacrificada; la colocan en la arena, sueltan las fieras hambrientas é irritadas; pero las fieras dan una lección de humanidad á los hombres, y publican á su modo que el Dios de la creación es el Dios de la gracia que dirige y protege á su esposa santa Tecla, pues que en cuanto la vieron corrieron á ella, no para despedazarla como parecia natural, sino para acariciarla, lamerla los piés y defenderla. A otro día la echaron de nuevo unos osos y unos leones ferocísimos; pero olvidados los animales de su natural fiereza, se amansaron, respetaron la virginidad de la santa, dice san Ambrosio, y enseñaron á los hombres á dar culto á la virtud á obedecer las órdenes del cielo, á prosternarse bajo la mano poderosa del Dios de santa Tecla. No bastaron estos milagros para que el tirano, mas fiero que las fieras, reconociese el poder del Señor que amparaba y favorecía á su santa esposa; se irritó y se enfureció mas con los triunfos y victorias de la doncella débil, flaca, pobre y despreciable á los ojos del mundo, y queriendo dejar un ejemplo de crueldad á los tiranos encargados de atormentar á los cristianos, dispuso que al momento cogiesen á santa Tecla y la arrojasen desnuda en un hoyo lleno de víboras y de serpientes venenosas. Así lo ejecutaron los verdugos; pero al tiempo de arrojarla en el hoyo bajó una nube de fuego del cielo y abrasó á los animales ponzoñosos; cayó la santa como en un florido tálamo de delicias, y en él magnificaba el poder y bondad de su celestial esposo, en él ejercía los oficios de un apostolado propio y digno de los que componen la congregación de la gente santa, del real sacerdocio y del pueblo de adquisición de que nos habla san Pedro, y ostentaba la fuerza y

virtud de la flaqueza y debilidad de que se valía el Omnipotente para confundir á los fuertes, grandes y poderosos de la tierra. Ni aun con este cuarto milagro quedó reducida la ciega impiedad del presuntuoso tirano; se burlaba sarcásticamente de la santa, como se burlan los soberbios, altivos y orgullosos hijos del siglo de los humildes, pobres y miserables, que vejetan en los brazos de la penuria y de la indigencia, y discurrió un nuevo tormento para acabar con la fiel sierva del Señor.

Mandó que la atasen á dos toros ferocísimos, que los embraveciesen agarrochándolos con hierros encendidos, y que así la destrozasen dejándola hecha pedazos por tierra. Dios libró tambien de este tormento á santa Tecla. Quedó ilesa, sana, buena, hermosa y resplandeciente con el brillo de su virtud esclarecida, y el pueblo viendo tantas maravillas comenzó á dar voces y á decir que era poderosísimo y digno de ser adorado el Dios que defendía á santa Tecla. El procónsul, temiendo el furor del pueblo, se confesó vencido; dió por libre á nuestra santa; esta fué abrazada por la noble señora que la habia guardado por orden del juez; la llevó á su casa y en ella se convirtió al Señor con toda su familia. Santa Tecla fué reconocida por el instrumento de que se valía el Omnipotente para establecer su religion santa entre las gentes; todos los fieles la miraban como á un oráculo; los sabios la consultaban como á maestra de la verdad; el mundo veía en ella el libro de las doctrinas del grande Apóstol de las gentes, y con ella todos tenían el Evangelio abierto, la religion en su pureza, los ejemplos de virtud y de santidad patentes. Se retiró nuestra santa á la ciudad de Seleucia; vivió en ella muchos años siendo un vivo retrato de las almas puras y virtuosas que se forman en la escuela de Jesus; á todos enseñaba el camino del cielo con sus doctrinas y ejemplos; á todos edificaba con sus virtudes evangélicas, á todos predicaba con su angelical conducta el reino de los cielos, y para todos era lo que su maestro san Pablo para los que habia engendrado en la fe. Al fin llena de merecimientos, de triunfos y de victorias pidió fervorosamente á su celestial Esposo que la sacase de esta vida mortal y la llevase al cielo, y así le fué concedido. Murió santa Tecla en los brazos de la fe, de la gracia y de las virtudes propias de su condicion y estado, y entre músicas celestiales fué su bendita alma á recibir las coronas de virgen y de mártir en el cielo, y allí tiene la llave de

los tesoros del Omnipotente con poder y autoridad para distribuirlos entre sus devotos. En el cielo hace mas de diez y ocho siglos que está santa Tecla siendo una de las mas esclarecidas princesas que forman la corte del divino Esposo. Allí es rica y poderosa por haber sabido ser humilde, mortificada, fiel y penitente en este valle de lágrimas. Es en el cielo lo que yo no sé comprender, decir ni pensar. Recurrid á ella, invocadla en vuestras necesidades, imitadla en sus virtudes, y Dios os hará percibir lo que es, lo que puede y lo que vale santa Tecla gloriosa y triunfante en el cielo.

No hay tiempo para deciros lo que de santa Tecla han escrito casi todos los santos padres y doctores de la iglesia. Todo se reduce á alabar su fe y su heroica santidad, á presentarla como la guía de las mujeres santas y capitana de las que derramaron su sangre por Jesus, á estimular á los fieles á invocarla, y á decir en sus necesidades como san Cipriano: Señor, asistidme y sed conmigo, como fuisteis con san Pablo en sus prisiones, y con santa Tecla en el fuego y entre las fieras. Decid lo mismo vosotros, fijad en vuestra memoria todo lo que acabais de oirme; conferenciad entre vosotros sobre los prodigios y maravillas que ha obrado Dios por su fiel sierva y esposa, contad estas cosas á vuestros hijos para que estos las trasmitan á los suyos, y procurad radicaros en la fe, afirmaros en la esperanza y encender vuestros corazones en la caridad. Salid profundamente convencidos de este santo templo, de que nada valen á los ojos de Dios la ostentacion y aparatos de los grandes del mundo; de que el Omnipotente resiste á los soberbios y da su gracia á los humildes, y de que para confundir á los fuertes, arrogantes y soberbios hijos de la carne, se vale de lo mas flaco y plebeyo, como os lo he demostrado con la gloriosa y esclarecida santa Tecla, á quien acaso tuvo presente el Apóstol cuando dijo: *Dios escogió las cosas flacas del mundo para confundir las fuertes: Infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia.* Sois pues los mas á propósito para humillar la altivez de esos incrédulos é impíos que todo lo niegan, que nada creen, ó que todo lo reducen á duda. Ellos la echan de sabios, de doctos, de ilustrados y de inteligentes, se burlan de vuestra sencillez, y os tienen por estúpidos labriegos, y por patanes ilusos y fanáticos. Pero decidles vosotros, que de tiempo inmemorial acostumbraron vuestros mayores á venir á esta iglesia á solemnizar la fies-

ta de santa Tecla, y á encomendarse á su proteccion, y que siempre fueron consolados. Decidles con resolucion, que nuestro Dios es magnífico, fuerte y omnipotente, y que no pueden faltar sus palabras. Añadid que pronto, muy pronto verán lo que no quieren creer, y que en el infierno estarán diciendo eternamente, que ellos fueron los insensatos, miéntras que los devotos de santa Tecla son declarados amigos de Dios. Decidles..... pero callad; no habéis con las palabras, haced una explicacion enérgica con vuestras buenas obras, y vosotros conocereis que nuestro Dios ha resuelto tener sus complacencias con los pobres y desvalidos, con los moradores del campo y del desierto, con los humildes, sencillos y menesterosos, que creen, esperan y aman á nuestro Redentor. Sed cristianos como lo fueron vuestros padres.

Y vos, gloriosa santa Tecla, no dejéis sin consuelo á estas gentes: haced que vuelvan á sus casas resueltos á imitaros en la fe, en la esperanza y en la caridad. Conseguidles las gracias que necesitan para amar la pobreza, para aborrecer las pompas y vanidades del mundo, para servir al Señor en el estado en que los ha colocado la divina Providencia, y para ser el adorno de la iglesia santa con sus virtudes, y no los dejéis ir sin el gozo y alegría que infunde la gracia en los corazones de los justos. Así todos glorificarán al Señor que se sirvió de vuestra flaqueza para confundir al infierno, al mundo y al pecado, y se dispondrán para morir en santidad y merecer las promesas de Jesus en la gloria. Amen.

SERMON

DE SAN TELMO.

ALERE (DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)
VERITATIS

*Quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam;
intra in gaudium Domini tui.*

Porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu Señor.

S. Mateo, c. 25. v. 21.

El grande, el fuerte, el omnipotente y el excelso es el Dios de los cristianos. Sus juicios son adorables, rectos sus caminos, y admirable sobre toda ponderacion su providencia. En él se hallan escondidos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia. Es poderoso para sacar bienes de los mismos males, sabe hacer que las cosas mas perdidas y desatinadas cedan en provecho de los que quiere salvar, y en sus manos están la vida y la muerte, el consuelo y la afliccion, el precipitar en los infiernos, y el librar de ellos á quien le place. Esto es lo que de nuestro Dios se halla expreso en las santas Escrituras, lo que está escrito con caracteres eternos en los corazones de los fieles, y lo que se ve en la vida del glorioso san Telmo, objeto de nuestra veneracion en este dia.

¿Quién diria que un jóven ilustre, rico y poderoso, lleno de orgullo, de elevacion y de altivez, habia de caminar por las sendas de la vanidad hácia la perfeccion cristiana y santidad de los hijos de la gracia? ¿Quién pudiera creer que con san Telmo habria de suceder lo que con san Pablo, que saliendo de Jerusalem con ánimo resuelto de acabar con los cristianos en Damasco, entró en esta ciudad hecho un vaso de eleccion con

todos los dones y gracias propias de un apóstol de las gentes? Pues esto sin embargo es lo que vemos y admiramos en este santo prodigioso. Elevado á la honrosa dignidad de dean de la santa iglesia de Palencia, por favor de los grandes de la tierra, é inflamado su corazon con el honor de tan alto destino, dispuso celebrar este golpe de fortuna con brillante ostentacion. Salió en un brioso caballo por las calles de aquella poblacion acompañado de una numerosa comitiva... Pero el cielo ordenó que se desbocase el caballo y arrojase á nuestro gallardo jóven en un fétido é inmundo lodazal, del que salió hecho un monton de basura, sucio, asqueroso y objeto de las burlas y silbidos de la multitud escandalizada de su conducta indecorosa. Aquí tiene su principio la santidad asombrosa de san Telmo. Embravecido con santo enojo contra sí mismo; lleno de confusion al verse afrentado y burlado de esta manera, y en extremo corrido y avergonzado, prorumpió convertido y resuelto en estas expresiones: ¿Es este el pago que da el mundo á los que le siguen? ¿De esta manera trata á los que se ponen en sus manos, y buscan en él sus gozos y delectaciones? Pues no, no tiene ya que contarme entre sus adoradores: yo serviré á otro amo mas justo, al Dios que á todos llama y á nadie desecha. Oh! Si nosotros hiciéramos otro tanto, y nos decidiéramos á imitar á este gran santo, siguiendo sus doctrinas y conduciéndonos por sus ejemplos! En este caso el Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion nos echaria una mirada de consuelo, y á cada uno de nosotros diria en la hora de nuestra muerte lo que dijo á san Telmo: Porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu Señor. *Quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam; intra in gaudium Domini tui.* Seguid pues las doctrinas de este prodigioso santo, imitad sus ejemplos, y vuestra felicidad es cierta y segura, como os lo voy á manifestar en este breve rato.

Reina, madre y auxilio de los cristianos: miradnos como mirasteis á vuestro devoto san Telmo. Haced que descienda sobre mi alma la gracia que hizo de este admirable santo uno de los predicadores mas insignes que se han dejado ver en la nacion que por tantos títulos os pertenece. Disponed tambien los corazones de mis oyentes, para que escuchando estos con docilidad la divina palabra, y yo anunciándola con dignidad, seamos

todos fieles en lo poco, y merezcamos ser constituidos sobre lo mucho y entrar en el gozo eterno del Señor. Confiados en que vuestra piedad nos otorgará esta gracia, se llenan de júbilo nuestras almas y se unen al ángel del Señor para deciros : *Ave María.*

No hay cosa que haga mas fuerza en los corazones humanos que el ejemplo. A las palabras muchos resisten, pero á los ejemplos no tantos. El medio mas breve y eficaz para reformar las costumbres, hacer florecer la religion, triunfar la virtud, y renovar en la iglesia su primitivo esplendor, es el de los ejemplos de santidad con que los escogidos de Dios nos han enseñado á cumplir con los divinos preceptos, á ser fieles al Señor en lo poco, y hacernos dignos de ser constituidos sobre lo mucho. Propongámonos por ejemplares y modelos de nuestra conducta en cuanto sea compatible con nuestro estado, implorremos como ellos el divino auxilio, no apartemos nuestras almas del norte de nuestra salvacion, de la Madre de la gracia, del refugio de pecadores y de la consoladora de afligidos, la reina de los ángeles María santísima, y todos experimentaremos que es muy fácil, muy dulce y muy delicioso el llevar el suave yugo de la ley santa del Señor. Ensayémonos con el glorioso san Telmo, puesto que fué vano, audaz y atrevido en su juventud, como nosotros; y una vez que le seguimos en la vanidad, imitémosle en su conversion, en su arrepentimiento, en sus virtudes y cristiana perfeccion, y seremos fieles como él en lo poco, para ser constituidos en lo mucho, y entrar en el gozo de nuestro Señor. Un jóven que enmienda sus costumbres y abraza un tenor de vida arreglada al Evangelio, da una muda pero penetrante leccion de virtud; hace conocer á los compañeros de su disolucion la necesidad que tienen de ejecutar lo mismo que aquel practicó, y los precisa á imitarle, ó á perderse voluntariamente para siempre. Esto es lo que en este momento conocemos todos. Creo que no hay entre nosotros quien no esté persuadido de que en seguir las doctrinas y ejemplos de san Telmo consiste nuestra felicidad, y que en eludir y despreciar este deber está nuestra perdicion. Si es así ¿en qué nos detenemos? ¿A qué esperamos? ¿Aguardaremos á que el mundo se burle de nosotros y nos afrente con mas ri-

gor y sevicia que al santo que se nos propone por ejemplo de la renuncia del mundo, de sus pompas y vanidades? Por muy insensatos nos acreditaríamos en este caso. Resolvámonos pues; fijémonos en san Telmo; estudiemos los pasos de su vida para imitarlos en lo posible, y no temamos ni desconfiemos de la misericordia infinita del que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.

Humillado nuestro santo delante de ese mundo que tan mal paga á los que le sirven, y deseoso de desnudarse del hombre antiguo dejando todas sus concupiscencias, para vestirse del hombre nuevo con la estola de la gracia, abrazó la vida monástica tomando el santo hábito en la esclarecida orden de predicadores, con el fin de atender en ella al importante negocio de su salvacion. Hecho religioso del instituto del grande Ananías de los últimos siglos santo Domingo de Guzman, se propuso por modelo de todas sus operaciones á tan santo fundador, y le imitó con tanta perfeccion, que puede decirse con verdad que salió la copia en todo parecida al original. Su humildad, su devocion, su obediencia, su pobreza evangélica, su ardiente caridad, su oracion casi continua y su puntual asistencia á los oficios de la comunidad, acreditaron desde luego que su vocacion habia sido un especial llamamiento de la divina Providencia hácia su santificacion. Jamas disminuyó su fervor en la práctica de las virtudes: se mostró siempre fiel en lo poco que le confió Dios para que negociase y se hiciese digno de ser puesto sobre lo mucho, y no paró hasta que de virtud en virtud llegó al monte santo de la perfeccion en que le dijo el Glorificador de los santos: Entra en el gozo de tu Señor: *Intra in gaudium Domini tui.* Anímenos este ejemplo: caigamos en la cuenta y acreditémonos de cuerdos, como san Telmo, que guiado por los impulsos de la gracia dió de mano al mundo y á cuanto en él se aprecia por servir á Dios, siendo fiel en lo poco que se le confió; y Dios se portará con nosotros como se portó con su buen siervo. Mi padre san Bernardo dice, que siempre corre la memoria de los santos en bendicion, y que la iglesia nos los propone para que los imitemos en sus virtudes, invoquemos su proteccion y merezcamos con ellas las gracias necesarias para vivir santamente como ellos en la tierra, y llegar á acompañarlos en el cielo. Hagámoslo así imitando á san Telmo en la heroica resolucion de acogerse al pabellon de la clemen-

cia divina en que tuvo tan buena acogida, y contemos por segura nuestra felicidad.

Instruído san Telmo en las sagradas ciencias; versado en las santas Escrituras, y ardiendo en deseos de llenar el principal designio de su instituto, que es el de la predicacion de la divina palabra, pedia fervorosamente á su Dios los talentos necesarios para anunciar con dignidad y aprovechamiento de las almas las verdades evangélicas; y el Señor le concedió toda la ciencia, toda la virtud y toda la eficacia que conviene á los operarios apostólicos para que ejerzan dignamente las funciones de su ministerio. Con tan buenas disposiciones principió á predicar en varios pueblos de Castilla con tanto celo por el bien de las almas y gloria del Señor, que fueron numerosas y admirables las conversiones de pecadores arrepentidos, sin que hubiese alguno tan obstinado, que pudiera resistirse á la voz de su triunfante elocuencia. Predicaba no solo con las palabras, sino con su edificante ejemplo, mostrándose dulce, caritativo, mortificado, y tan virtuoso como debia serlo el que era tenido por una copia fiel de su padre santo Domingo. Movia á verdadera contricion con sus celosas exhortaciones, capaces de encender en amor de Dios á los mas endurecidos: era un verdadero varon apostólico de los que la divina Providencia suscita en el mundo para gloria y esplendor de su iglesia santa, llevaba la paz, el consuelo y la alegría santa á las familias con sus espirituales documentos de doctrinas celestiales y edificantes ejemplos, y á él se atribuían las reformas de costumbres, la práctica de las virtudes y el silencio de los vicios que se notaban en los pueblos de su predicacion.

Ya no cabia en Castilla san Telmo. El espíritu de Elías se habia apoderado de este predicador insigne; san Fernando, rey de España, quiso llevarle consigo en varias expediciones contra los moros, y en efecto le llevó, diciendo que mas confiaba en las oraciones del siervo de Dios, que en la fuerza material de su ejército. Detenerme á ponderar los fervorosos ruegos de este santo para que el Dios de los ejércitos concediese triunfos y victorias á las armas católicas contra las agarenas; á referir los frutos de sus eficaces predicaciones, de su continua asistencia al confesonario, de su celo y actividad en favor de las almas, sería un empeño embarazoso para mí, y de poca utilidad para vosotros: porque sabiendo que el célebre san Telmo se portó

en la importantísima conquista de Sevilla con toda la virtud, prudencia y direccion de un misionero apostólico, y que á la fidelidad de su ministerio correspondieron los frutos mas opimos y gratos á los ojos del Señor; ¿no será lo bastante para que os decidais á seguir é imitar á este santo, procurando ser fieles en el cumplimiento de vuestras obligaciones, para que Dios os haga reyes en el cielo y os diga: Entrad en el gozo del Señor? Pues esto, esto es lo que interesa, y á esto es á lo que se dirige todo lo que os diga de san Telmo, siempre fiel á las órdenes de su Dios. Las Andalucías y Castillas fueron ilustradas y favorecidas del cielo con las predicaciones, virtudes y ejemplos edificantes del glorioso san Telmo; pero faltaba Galicia, y en Galicia puede decirse que le preparaba el Omnipotente el teatro de sus mayores fatigas, de sus prodigios y milagros, de su vida admirable y *ruidosa* en buen sentido, si se me permite decirlo así. Riberas del Miño y del Havia, Lugo, Santiago, Pontevedra y Tuy ¿no podriais decirnos las portentosas conversiones que se verificaron á vuestra vista por el celo ardoroso de san Telmo? Si los naturales de esos paises oyeron y veneraron á este celestial predicador como un santo venido del cielo para su dicha y felicidad, no habrá dejado la tradicion piadosa de conservar noticias maravillosas de este santo prodigioso, y estas son las que yo os pido para provecho de mis oyentes; para que alaben á Dios en sus santos, y vean de lo que es capaz un hombre que se convierte á Dios, le busca y sigue por los caminos de la cruz, y se dedica eficaz y totalmente á ser fiel en lo poco para hacerse digno de ser puesto sobre lo mucho: *Quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam*. Ah! Yo os oigo referir, que al edificar san Telmo un puente sobre el Miño cerca del Rivadavia, salian los peces á la lengua del agua á fin de que tomara el santo los que necesitaba para alimentar á los operarios, y que los que quedaban no se movian si no les echaba su bendicion: que el varon de Dios trabajaba como un peon, sin dejar por esto de predicar á la multitud de gentes que de todas partes concurrían á oírle, como á un nuevo apóstol enviado por Dios para dicha y ventura de aquellas comarcas: que predicando un dia en La Romallosa, se levantó una furiosa tempestad que puso en consternacion al numeroso concurso que habia venido á oírle; que al huir todos á sus casas, les dijo san Telmo que se estuviesen quietos sin temor alguno, y

que levantando el brazo hacia las nubes, se dividieron en dos partes, descargando una grande inundacion sin que cayese una sola gota de agua sobre sus oyentes: que los mares alborotados y deshechos en terribles borrascas obedecian á la voz de este santo maravilloso, como á la de su divino Maestro: que él mandaba en los elementos, en las enfermedades, en los cielos, en la tierra y en los infiernos, y que era un Samuel en el santuario, un Elías en los campos, un Daniel en las ciudades, entre los poderosos un Eliseo, entre los pobres un piadoso Samaritano, con los pecadores un discípulo de Jesus, con los justos un ejemplar de cristiana perfeccion, y con todos un san Pablo hecho un todo para todos por ganarlos á Jesucristo: que constituido en Tuy con el fin de ejercer su ministerio apostólico en aquella ciudad y su comarca, sembró el trigo de la divina palabra entre aquellas gentes con tan buen éxito, que aun en el día de hoy se están cogiendo saludables frutos de bendicion en los fieles que se alimentan con la piedad y religion que con tanto fervor y caridad les predicó san Telmo: que... pero ¿cómo daros cuenta de lo que en aquellos países se refiere de este santo prodigioso? Si preguntamos á los navegantes que inspirados por el cielo se han acogido á la proteccion de san Telmo, ¿de cuántas tempestades sosegadas, de cuántos peligros vencidos, de cuántos naufragios librados, de cuántas aflicciones desvanecidas y de cuántos socorros maravillosos podrán darnos parte? Hablen todos los pueblos de nuestra costa: digan los de Vizcaya y Guipúzcoa, Lisboa, Bayona de Galicia, Vigo, la Coruña, el Ferrol... Basta, porque todos, todos nos manifestarán que san Telmo era el siervo fiel que sirvió á su Señor en lo que le confió, haciéndose digno de que Dios le pusiese sobre lo mucho y le dijese en la hora de su dichosa muerte: Entra en el gozo de tu Señor: *Intra in gaudium Domini tui.*

¿Quereis, señores, oír de la boca del divino Redentor de vuestras almas las palabras de vida eterna que dirige á los siervos fieles, que cumplen con sus preceptos en esta vida mortal? Pues fijad vuestra consideracion en san Telmo: seguid sus doctrinas: imitad sus ejemplos, implorad su proteccion, y no dudeis de nuestro Dios, que es muy rico para todos los que le invocan. Reflexionad sobre el pago que da el mundo á sus adoradores: sobre la tiranía con que los trata; sobre el infierno á que los conduce, y sobre los horrores que derrama sobre las

gentes todas, y resolveos á hacer con él lo que hizo san Telmo: desertar de sus banderas, renegar de su imperio, pasarse todo entero al reinado delicioso de la cruz de Jesucristo, en que todo es gracia, todo virtud y todo gloria. ¿No habeis visto como Dios hizo grande, fuerte y poderoso en obras, doctrinas y ejemplos á este admirable santo, desde el momento en que se resolvió á ser fiel á los llamamientos de su Dios? Pues otro tanto hará con vosotros en cuanto reconocidos, humillados y contritos recurrais al Dios de la consolacion pidiendo misericordia: en cuanto reconociendo vuestros propios intereses os convenzais de que solo siguiendo las doctrinas de san Telmo, é imitando sus ejemplos, podeis ser dichosos y felices, y os decidais á ser como el siervo bueno á quien dice Jesucristo: Porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu Señor. *Quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam; intra in gaudium Domini tui.*

Os he propuesto al glorioso san Telmo como al ejemplar y modelo de la conducta que debeis seguir, con el fin de que os decidais á seguir sus doctrinas é imitar sus ejemplos, para que asegureis vuestra dicha y felicidad en esta y en la otra vida. Si dais crédito á mis palabras y sois verdaderos devotos de este glorioso santo, nada tendrá que ver con vosotros ese mundo engañador que se complace en la ruina de sus adoradores: seréis amados de Dios y de los hombres: tendreis un gozo inefable, un placer divino en decir conmigo á nuestro abogado san Telmo:

Santo prodigioso, que siendo dócil á los impulsos de la gracia lograsteis triunfar con ella de los poderosos enemigos de nuestras almas; alcanzadnos del Dios que os premió con tanta munificencia los auxilios eficaces que necesitamos para seguir las doctrinas que nos predicasteis, é imitar los ejemplos que nos habeis ofrecido para enseñarnos á ser fieles al Señor. Miradnos desde el cielo con piedad. Recordad los peligros á que estamos expuestos en este valle de lágrimas, y protegednos, auxiliadnos, llenadnos de bienes celestiales, para que despreciando los terrenos por amor de nuestro Dios, seamos tan dichosos como el siervo á quien dice Jesucristo, juez de vivos y muertos: *Entra en el gozo de tu Señor.* Así sea.

SERMON

DE SANTA TERESA.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

Omnis gloria ejus filie regis ab intus.
Toda su gloria viene de su interior.

Salmo 44.

La mayor parte de los intérpretes atribuyen á la iglesia estas enfáticas palabras del salmo 44; porque contemplan que esta hija del Rey de la gloria, engendada entre los oprobios del Calvario é ignominia de la cruz del Salvador, no saca su mayor gloria y excelencia de la congregacion exterior de los fieles que la componen, sino de la union del culto interior que estos fieles dan á Dios, á quien adoran en espíritu y verdad. La majestad del sacerdocio, dice un sabio, la santidad de las ceremonias, la magnificencia de los templos, todo este aparato de la religion sensible y exterior, no es otra cosa que la imágen de la religion interior y espiritual, que se oculta en el corazon de los que la profesan. De aquí se sigue que el corazon viene á ser como sumario ó compendio de la religion; pues si está en gracia, hay en él un templo donde Dios habita, un altar donde es adorado, víctimas inmoladas, hostias é inciensos ofrecidos; y para decirlo de una vez, la realidad de la religion interior, en que consiste la principal belleza de la iglesia: *omnis gloria ejus filie regis ab intus.*

Pero sin violencia alguna pueden tambien aplicarse estas palabras á la vida cristiana, cuya mayor excelencia, perfeccion y

gloria dimana del interior. Por manera que para juzgar con seguridad del mérito de una vida, es necesario examinar todas las circunstancias en su principio, que es el corazon habitado por el Espíritu santo; porque es constante que los motivos ocultos del ánimo y sus intenciones secretas son las que comunican la perfeccion ó imperfecciones á los actos humanos segun la moral. Y hé aquí la causa por que me atrevo á ensayar el elogio de santa Teresa sobre estas palabras del Espíritu santo. Vosotros no ignorais cuántas falsas alabanzas ha dado mas de una vez la ignorancia á virtudes falsas; cuántos ejemplos de moderacion, de dulzura, de continencia, de paciencia y de clemencia no ha ofrecido la antigüedad pagana á nuestros ojos, que examinados á fondo, hallamos tenian origen de vicios reales, ocultos en un corazon criminal bajo los velos de la disimulacion, la singularidad ó la hipocresia, y solo manifiestos á Dios.

En vano pues la vida de santa Teresa ofreceria á nuestra vista un cúmulo de obras maravillosas y loables en el exterior, si su esplendor pudiera ser equívoco y sospechoso, por no sacar de su interior la mayor gloria: ni yo me atreveria á publicar hoy su elogio en la cátedra de la verdad, si la iglesia, que ha examinado la vida milagrosa de esta santa, no la hubiera aplicado con anticipacion las palabras de mi tema, que aunque comunes á las vírgenes en general, convienen particularmente á Teresa. En atencion pues á que la perfeccion de la vida interior consiste en el perfecto uso del corazon, y que este perfecto uso depende de la pureza del ánimo y su continuo ejercicio en anhelar por su Dios, no será fuera de propósito si yo os represento á Teresa atenta siempre á purificar su corazon, y á tenerle en continuo movimiento para avanzar en la perfeccion: dos breves reflexiones, materia de este elogio y objeto digno de vuestras atenciones. Pidamos las luces del Espíritu santo por la poderosa intercesion de su augusta Esposa. Saludémosla humildes con el ángel del Señor. *Ave Maria.*

El primer ejercicio de un alma que busca á Dios, debe ser purificar su corazon, despojándole de afectos criminales y de la levadura contagiosa del amor propio, capaz de corromper toda la masa ó sustancia de un recto corazon. El Señor habia formado el de Teresa exento y libre de ciertas debilidades or-

dinarias en las de su sexo : la habia, digo, dotado de una bondad generosa y compasiva, y de un valor invencible, capaz de emprender y ejecutar los mayores proyectos. Mas sobre todo, dice un autor de su vida, tenia un corazon á propósito para un amor noble y heróico, que libre de las debilidades vergonzosas que tantas veces corrompen la perfeccion y nobleza de esta passion, no era otra cosa en el corazon de Teresa que una fuerte inclinacion, capaz de entregarse toda entera á su amado.

¡Qué triunfos, señores, no consigue la gracia cuando halla ánimos tan bien dispuestos para recibir sus divinas influencias! Juzgado por el ejemplo de Teresa. Los primeros movimientos de su corazon ¿no fueron ardientes deseos del martirio? ¿No emprendió con este fin su viaje al África, para buscar ocasion entre los moros de derramar su sangre en defensa de la religion de Jesucristo, cuando las jóvenes de su edad apenas tenían de ella una leve tintura? ¿Y si Dios que la destinaba para modelo de santidad, no hubiera impedido su generosa resolucion, las primeras muestras de su amor no hubieran empezado por lo que hay mas perfecto y mas heróico en la religion, es decir, por el martirio?

Mas á pesar de una prueba tan heróica de su amor á Jesucristo, su divina Providencia, cuyos juicios son impenetrables, permitió incurriese en una fragilidad, origen de sus continuas lágrimas en lo sucesivo, como ella misma confiesa. Permittieronla leer algunos libros de aquellos que pintan las pasiones con los mas vivos colores, y que ocultan el vicio bajo el velo de educacion. Teresa, cuyo espíritu penetrante le manifestaba la belleza y energía de estos escritos, no tanto los miraba como materia de diversion, sino como una ocupacion seria é inocente, sin advertir que insensiblemente la conducia á la orilla del precipicio. Agregóse á este peligro la amistad de una parienta, que solo trataba de las diversiones y manejos del gran mundo. Por manera que ya no la disgustaban aquellas amistades que bajo el velo de trato de gentes puro é inocente, suelen ocultar una secreta corrupcion del corazon humano. Tales eran los lazos en que estaba enredada esta inocente paloma.

Pero Dios, que sabe sacar luz de las tinieblas mismas, y que humilla á sus escogidos para exaltarlos, permitió estos incidentes para purificar el corazon de su sierva. La casa religiosa en que la entraron sus padres para separarla del mundo, la hizo

perder en breve las funestas impresiones que habia en él concebido. Apartada del comercio de las gentes, despojada de todas las pompas y complacencias que ofrece el mundo encantador, conoce su vacío y vanidad; derrama copiosas lágrimas al acordarse del inminente riesgo de perderse en que habia estado; una larga y peligrosa enfermedad que le hizo conocer la vanidad del siglo, como sepultada entre las sombras de la muerte en que debe terminar; los violentos y dolorosos esfuerzos que hizo en casa de sus padres para deshacerse del amor de las criaturas y consagrarse enteramente á Dios en la flor de su edad; ¿no son otras tantas pruebas luminosas, que sirvieron en los designios de Dios para purificar el corazon de Teresa de las afecciones de la carne, de la sangre, y sobre todo de la independenciam y estimacion propia, que son dos grandes escollos de la vida espiritual?

Para preservativo de estos dos poderosos obstáculos se armó Teresa con el escudo de la obediencia y de la humildad. Con el socorro de estas virtudes fundamentales de la piedad cristiana purificó su corazon de todo afecto terreno. Oid cómo se explica la santa acerca de la obediencia. « La alta perfeccion, dice, no consiste en las consolaciones interiores, en las visiones, raptos y don de profecía, sino en conformarnos de tal suerte á la voluntad de Dios, que no pongamos diferencia entre lo dulce y lo amargo, cuando nos es presentado por sus manos. Fuera de esta voluntad general que el Señor ha manifestado á los hombres con respecto á la ley que les ha intimado, hay otra voluntad especial para cada uno de sus escogidos, que consiste en la senda particular por donde la divina Providencia los conduce al grado de perfeccion á que los destina, en cuya inteligencia hace el sabio consistir la prudencia de la salud: *sapientia callidi est intelligere viam suam*. Acerca de lo cual debemos tener presente, que no podemos conocer con seguridad esta senda oculta y casi imperceptible, como reflexiona un místico, sino por medio de los superiores, á quienes Dios ha dado parte de la autoridad y luces destinadas á su iglesia, para que nos manifiesten é intimen sus voluntades. Por manera que las almas que se conducen por su propio espíritu, están siempre en evidente riesgo de perderse, principalmente aquellas cuya senda tiene algo de singular y extraordinario. Todas pues de-

ben estar sujetas á la obediencia de los directores y prelados superiores de la iglesia. »

Apoyada en este sólido principio que inculca santa Teresa en sus obras, arregló la conducta de su vida. Meditaba con frecuencia el ejemplo de Jesucristo, obediente hasta la muerte. Contemplaba el augusto sacrificio de la cruz, este fecundo origen de infinitas gracias, al cual se ofreció voluntariamente el Hombre Dios por obedecer á su Padre celestial, para redimir al hombre con el precio infinito de su sangre. De aquí la veneracion profunda de Teresa á las potestades eclesiásticas, el sumo respeto á las ceremonias de la religion, la obediencia rendida á sus directores : de aquí la pública exposicion de su vida al exámen de la inquisicion de España, y aquel voto célebre que hizo de obedecer en todo al santo y hábil director que Dios la habia destinado; de aquí en fin aquella precaucion de no emprender jamas cosa alguna, aun para el culto de Dios, sin haber ántes informado á los obispos del territorio. Sobre la exactitud de Teresa en esta parte y su rendida obediencia, es digno de admiracion el siguiente caso.

Hábíala Dios revelado convenir á su honra y gloria que estableciese en cierta ciudad un convento de su órden : opónese el obispo de la diócesis, y Teresa suspende la ejecucion de la voluntad de Dios, que sabia por revelacion, para seguirla en la disposicion de su ministro. Verdadera imitadora del patriarca Abraham, que lleno de confianza en las promesas del Señor, no dudó marchar al punto á sacrificar su hijo único, en quien le habian sido hechas; Teresa llena de fe deja á la Providencia el cuidado de preparar la construccion del monasterio que Dios la habia revelado, y se sujeta con humildad á la autoridad del superior que en la ocasion lo rehusa. Como conocia la excelencia de esta virtud divina, uniendo al ejemplo sus exhortaciones, decia á sus religiosas : « tened presente que la obediencia no solo es el camino mas corto, sino el mas seguro para la perfeccion. ¡ Vos, Dios mio, disponeis las cosas de tal suerte, que sin saber cómo, nos hallamos por medio de la obediencia que suple por todo, mas perfectas y mas espirituales. »

Por esta entera renuncia de su voluntad propia purificó su corazon Teresa de todos los motivos imperfectos que se mezclan de ordinario en las buenas obras: por medio de esta hu-

milde sumision recibia del Señor muchos consuelos interiores; y por esta via pudo sufrir sin impaciencia ni murmuracion aquellas largas sequedades con que Dios la probó. Jesucristo sobre la cruz era el ejemplar de su paciencia en sus desconsuelos, y el modelo de su conformidad con la voluntad del Señor.

Jamas justo alguno sufrió una prueba mas larga y mas rigurosa de esta sustraccion de gracias sensibles que Teresa. Almas justas! representáosla durante muchos años en este estado, tanto mas exacta en cumplir con sus deberes, cuanto ménos consolaciones recibia; orando con frecuencia, ayunando, mortificando su carne sin recibir dulzura alguna sensible, sostenida únicamente por una fe heróica y una perfecta obediencia, que residian en la parte superior de su alma, y que la servian de muro inexpugnable contra los asaltos de la aridez, disgusto y desconfianza. Tan altamente persuadida estaba á que es mejor la obediencia que la víctima, segun la expresion del Espíritu santo.

A esta rendida obediencia unia Teresa la mas profunda humildad. Dios siempre justo, siempre misericordioso, en recompensa de haber probado á su sierva por mas de diez y ocho años en la mayor sequedad y desolacion, haciéndola vivir de la fe, se dignó visitarla con las mas dulces y repetidas consolaciones. Pero miéntras mas era favorecida del Señor, mucho mas se humillaba, sin cesar de trabajar por su eterna salud entre la esperanza y el miedo, conforme á la máxima del Apóstol. Su humildad la ocultaba las virtudes, y solo la hacia ver aquellas imperfecciones que son casi inseparables de la naturaleza corrompida. Este justo temor de ilusion la hacia consultar á los directores mas hábiles. Dios, que queria exaltarla por medio de la humillacion, la permitió consultar y sujetar el estado de su vida á dos personas de notoria erudicion y piedad. ¡ Qué incomprensibles son, Señor, los designios de vuestra providencia! Ambos por temor de la novedad de una vida tan singular, atribuyen á ilusion y engaño del demonio (que sabe trasformarse en ángel de luz) todo lo que el espíritu de Dios obraba mas digno de admiracion en nuestra santa. Por consiguiente la mandan resistir con todas sus fuerzas á las impresiones del Espíritu santo, y cerrar su alma á todas aquellas consolaciones interiores. Qué mas? Se le prohíbe la oracion, haciéndosela mirar como origen de las que creian ilusiones.

¡Qué conflicto, señores, para el corazón amante de Teresa! Qué prueba tan dura! ¡Pero qué mayor prueba de su humilde obediencia á los directores de su espíritu! ¿Quién no se admirará al verla graduar las apariciones del mismo Jesucristo, de fantasmas animadas por los demonios, y resistir con la señal de la cruz al Hombre Dios crucificado? ¡Qué nuevo género de combate en su corazón entre la gracia que le penetra é inunda con una dulzura sensible, y la obediencia que la hace mirar como sospechoso este favor divino! En esta dura lucha se propone Teresa conservar la sumisión á los superiores, pero sin renunciar la gratitud á las caricias de su Esposo. La resistencia forzada que oponía á las operaciones de Dios, dice un sabio, no la impedian ser colmada de consolaciones; y estos mismos consuelos que recibía sin saber cómo, no la privaban del mérito de su humilde obediencia; y tomando un partido admirable en coyuntura tan delicada, decía: « si es el demonio que pretende engañarme con sus ilusiones, yo de mi parte me esforzaré á burlarle por una piedad sincera; y este espíritu maligno, que solo emplea sus astucias porque abandone la virtud, detendrá el curso de una persecucion tan contraria á sus deseos, cuando vea que todos sus artificios solo sirven de hacerme mas aplicada á mis deberes. »

Así permaneció por algun tiempo. Pero el Señor no permitió que una esposa tan fiel desfalleciese en una senda tan tenebrosa y llena de confusion. Suscitó uno de estos hombres célebres por su santidad y sus luces, capaz de discernir las operaciones de su divino espíritu en esta alma escogida, y de asegurarla y consolarla en una afliccion tan extraordinaria. Este fué san Pedro de Alcántara, quien (después de haber hecho Dios pasar á Teresa por las duras pruebas del fuego y del agua) la desengañó y consoló, significándola que ya el Señor se dignaba conducirla al refrigerio de la paz. ¡Qué leccion tan importante de obediencia y de humilde conformidad á los designios de Dios no debe concebir vuestro espíritu en lo que acabais de oír! ¡Cuánto seria de desear que todos los que os habeis unido en este templo á oír elogios de santa Teresa, no contentos con ser ociosos admiradores de sus virtudes y rara santidad, arregla-seis vuestra vida sobre su ejemplo, para purificar vuestro corazón por medio de una fe humilde, de una obediencia y perfecta sumisión á los designios adorables de Dios, que prueba á

sus escogidos para exaltarlos, y que solo nos pide un corazón contrito, humillado y en continuo movimiento para unírsele como el de Teresa! Segunda parte de su elogio.

El corazón, señores, es un cierto principio de la vida natural, y cuando está adornado con la gracia, es como una especie de tabernáculo de la vida espiritual. De aquí se sigue que siendo necesario el movimiento ó agitacion del corazón para conservar aquella primera vida, es igualmente indispensable que se mueva con frecuencia hácia su Dios para conservacion y aumento de la vida espiritual. Este movimiento consiste esencialmente en el amor. Verdad constante que san Juan nos intima, cuando dice: el que no ama, está muerto: *qui non diligit, manet in morte*. Este amor, como reflexiona un místico, debe estar en el orden y grado que Dios le ha prescrito; porque así como los movimientos del corazón interrumpidos ó desarreglados turban la economía del cuerpo humano, y causan las fiebres y desfallecimientos que conducen á la muerte, del mismo modo los desarreglos é interrupciones del amor divino trastornan todo el orden que Dios ha establecido respecto del hombre espiritual, suspenden su progreso en la virtud, y forman estas pasiones peligrosas que san Ambrosio llama fiebres del alma, porque la consumen y devoran en lo espiritual de su adorno. La regla y la medida de este amor no pueden ser perfectas si no tienen por objeto la gloria de Dios y el bien del prójimo.

Hé aquí, señores, el continuo ejercicio, el perpetuo movimiento del corazón de Teresa. Mas ¡ó mi Dios! ¿quién es capaz de exponer los deliquios de esta vuestra esposa, herida y enferma de vuestro amor como la de los Cánticos? Hablo de aquellos desfallecimientos espirituales en que mas de una vez la hacia caer la dulce violencia de vuestro amor; de aquellas tiernas y amorosas lágrimas con que desahogaba su corazón, protestando su falta de gratitud y de reconocimiento á los favores de su amado Esposo; de los fuertes transportes de su alma hácia su Dios, que la conducian por decirlo así hasta las puertas del cielo, y que la hacian gemir con tristeza, como los israelitas sobre los rios de Babilonia á vista de la celestial Sion: de esta especie de convulsion que padecía su alma, purificada ya y confirmada en gracia, buscando únicamente, como se explica el real Profeta, su centro y su saciedad en la gloria. De estos.... Mas aun cuando yo fuese capaz de hacerlos una perfecta

descripcion de las agitaciones y continuos movimientos del corazon de Teresa hácia su Dios, ¿no seria en gran parte hablar de colores á un ciego?

Ah! ¿qué juicio formarían de este lenguaje del amor sagrado aquellas personas sensuales que están resueltas, como se explica un profeta, á tener siempre fijos sus ojos sobre la tierra? ¿Qué entenderían aquellos que están como absortos y sepultados en la consideracion de las cosas terrenas y perecederas, sin levantar jamas sus ojos y su mente al cielo? Nada digo de aquellos que entregados totalmente á las pompas y vanidades del siglo, á la soberbia de la vida, á la ambicion y demas pasiones vergonzosas y violentas que deshonoran el cristianismo, viven como si no hubiera eternidad ni un Dios remunerador, que juzgará un día á cada uno segun el mérito de sus obras, haciendo rodar á los piés de su trono á los que no le han amado en vida. Vosotras, almas justas, á quienes el Señor ha revelado el precio de su amor, comprendéis bien este idioma, el mérito del incendio de su corazon y los favores admirables que ha recibido de su amado; y esto mismo debe servir de ejemplo y de modelo para cumplir con perfeccion este primero y máximo precepto de la ley, y adelantar en la virtud.

Por lo que á vosotros hace, los que vivís en el mundo, aplicados á los estados honestos é indispensables de la sociedad, no penseis que la mano de Dios está abreviada. Todos en efecto podeis y debeis con su auxilio rendir al Señor el debido homenaje. A este fin os presento una breve instruccion sacada de las obras de santa Teresa. Esta doctora de la iglesia, apoyada sobre aquella sentencia de san Pablo: *quando comeis, quando bebeis, quando hagais cualquiera otra cosa, tened presente á Dios, y hacedlo todo en su nombre*, nos intima dos principios capaces de purificar los movimientos del corazon. El primero es, que siendo nuestro corazon formado para Dios, debemos referir al Señor todo lo que amamos fuera de él: es decir, que amemos las cosas en Dios, por Dios y para Dios, mirándole siempre como origen y fin de todas las cosas. El segundo principio consiste en regular todos nuestros afectos por el amor arreglado de nosotros mismos. Hay, dice san Agustín, un amor propio, que es un verdadero odio; y hay un santo odio de nosotros mismos, que es un verdadero amor. El que todo lo concede á sus pasiones, se ama mucho ménos que el que las rehusa. Este



con efecto se ama con verdad; porque el verdadero amor de sí mismo consiste en solicitar verdaderos bienes, y huir de los verdaderos males. Fijad estos principios en vuestro corazon, y no tendreis otro objeto en vuestras acciones que la gloria de Dios y el bien del prójimo, á imitacion de Teresa.

¿Quién pudiera detenerse á exponeros aquí con extension las diferentes maravillas que obró la ardiente caridad de nuestra santa! ¿Qué no podría deciros de aquel heroico esfuerzo que la animaba á pasar de una grande empresa á otra, dándole á veces vigor las mismas dificultades? ¿Qué de aquella paciencia é invencible constancia que la sostenian en sus mayores apuros, y que la hacian esperar en paz el cumplimiento de las promesas de Dios, aun cuando en apariencia se representaban imposibles? ¿Qué de aquellas expresiones abrasadas de amor divino, que encendian por todas partes centellas de fuego sagrado con que movia los corazones á penitencia? ¿Qué de aquellos consejos llenos de sabiduría y de prudencia, que dejó en sus obras á los superiores para la direccion de las almas que la Providencia confiò á su conducta? ¿Qué de estos ejemplos tan edificantes, de estas exhortaciones tan vivas, de estas oraciones tan fervorosas?

¿Mas quién podría reducir á un discurso lo que los historiadores de su vida apenas han podido compendiar en grandes volúmenes? ¿Cuántas veces desfallecia con David á vista de la multitud de pecadores que violaban la ley de Dios, y de la amarga paz con que yacian en tinieblas y entre las sombras de la muerte eterna? ¿Quién podría describir los gemidos dolorosos que arrojaba en su soledad esta inocente paloma, al considerar, dice un sabio, los daños que causaba la herejía en este siglo desgraciado, en que al parecer habia el Señor abandonado por algun tiempo su herencia al furor de sus enemigos? ¿Qué torrente de lágrimas no derramaba al considerar la multitud de templos profanados y arruinados por los herejes? ¿Qué movimientos de santa indignacion no agitaban su corazon al considerar las injurias que hacian á su dulce Esposo en el trono de su amor al hombre y de sus misericordias? ¿Qué espectáculo de tanta afliccion para el corazon compasivo y caritativo de Teresa!

¿Qué no podría deciros para complemento de este elogio del celo y ardiente caridad de Teresa en la grande obra de la san-

ta reforma del Carmelo? Mas dilatarme mucho seria abusar de vuestra atencion. Baste traer á vuestra memoria, que una sola mujer enferma, pobre, impedida á veces por los príncipes eclesiásticos y por los seculares, sin mas auxilios que su infatigable celo y la gracia de Dios que la sostenia, fundó treinta y dos monasterios bajo una regla austera, prudente y santa, que tan copiosos y hermosos frutos ha dado á la iglesia, á pesar de la corrupcion del siglo. Baste añadir que este sublime celo de Teresa por la casa y gloria del Señor, y su ardiente amor al prójimo, era una especie de flecha encendida que devoraba su corazon. De este incendio de caridad dimanó aquel su arduo voto de hacer siempre lo mas perfecto. Por manera que cuando se la presentaban dos actos de virtud, obraba siempre el mas heroico. Por esta constante preparacion de su voluntad amaba á Dios sin límites ni medida, conforme al consejo de san Bernardo, y al prójimo en Dios y por Dios, con la mas tierna compasion y caridad. ¡Qué hermosos fueron, ó mi Dios, los pasos de esta doctora de la paz, del amor y de la caridad! Su corazon conservó hasta el fin una entera y perfecta pureza de intencion para agradar al Señor únicamente; y para amarle sin reserva y sin division, tenia en continuo movimiento su corazon hácia su Dios: *omnis gloria ejus filie Regis ab intus.*

Solo resta, señores, que no seamos ociosos admiradores de las heroicas virtudes y admirable santidad de Teresa. Su pureza de intencion, el buen uso de su corazon y potencias, su constante aplicacion al amor de Dios y bien del prójimo, que segun el espíritu de la religion debe servirnos de modelo para arreglar nuestra vida, si no la imitamos, nos servirá de una terrible confusion en aquel momento decisivo de nuestra suerte eterna. Ella misma será en aquella hora fiscal del mal uso que hacemos de nuestro corazon, amando únicamente las cosas terrenas y frívolas. Ella acusará nuestra desidia y negligencia en buscar las sendas de la salud, el abandono del Señor y desprecio de sus gracias por una vil criatura, por un interes despreciable, por un vano fantasma del mundo, de sus pompas y frivolidades. Abandonad, os ruego, esas cisternas de aguas corrompidas, y buscad, como Teresa, las aguas saludables de Jesucristo, que saltan hasta la vida eterna, amándole de corazon sobre todas las cosas y alabándole por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DE SANTA TERESA DE JESUS.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Diffusa est gratia in labiis tuis; propterea benedixit te Deus in æternum.

Se derramó la gracia en tus labios; por eso te bendijo Dios para siempre.

Salmo 44. v. 3.

De dónde, señores, de dónde tanta celebridad y nombradía á santa Teresa de Jesus? ¿Por qué su memoria corre en bendicion por toda la carrera de los siglos, es aplaudida y admirada en todo el orbe cristiano, venerada con tanto respeto é invocada con tanta devocion por los fieles todos del universo? ¿Una monja pobre, humilde y penitente hecha maestra y doctora de los sabios, consejera de los reyes y príncipes, luz del mundo, antorcha de las almas, voz de virtud y magnificencia, conductora de un numeroso pueblo de escogidos, martillo contundente de los herejes, y el apoyo de la iglesia santa! ¿Una monja al frente de la sociedad dando á cuantas clases la componen lecciones de sabiduría y de virtud, enseñando á todos el camino del cielo, é inflamando los corazones en amor divino! ¿Una monja declarada compatrona de las Españas en el siglo diez y nueve! ¿No es esto estupendo, admirable y sorprendente? Que la ilustre familia del Carmelo bendijera á esta santa prodigiosa como á madre sobre toda ponderacion admirable y digna de la memoria de los buenos: que las gentes de piedad, de oracion, de mortificacion y penitencia se proster-

ta reforma del Carmelo? Mas dilatarme mucho seria abusar de vuestra atencion. Baste traer á vuestra memoria, que una sola mujer enferma, pobre, impedida á veces por los príncipes eclesiásticos y por los seculares, sin mas auxilios que su infatigable celo y la gracia de Dios que la sostenia, fundó treinta y dos monasterios bajo una regla austera, prudente y santa, que tan copiosos y hermosos frutos ha dado á la iglesia, á pesar de la corrupcion del siglo. Baste añadir que este sublime celo de Teresa por la casa y gloria del Señor, y su ardiente amor al prójimo, era una especie de flecha encendida que devoraba su corazon. De este incendio de caridad dimanó aquel su arduo voto de hacer siempre lo mas perfecto. Por manera que cuando se la presentaban dos actos de virtud, obraba siempre el mas heroico. Por esta constante preparacion de su voluntad amaba á Dios sin limites ni medida, conforme al consejo de san Bernardo, y al prójimo en Dios y por Dios, con la mas tierna compasion y caridad. ¡Qué hermosos fueron, ó mi Dios, los pasos de esta doctora de la paz, del amor y de la caridad! Su corazon conservó hasta el fin una entera y perfecta pureza de intencion para agradar al Señor únicamente; y para amarle sin reserva y sin division, tenia en continuo movimiento su corazon hácia su Dios: *omnis gloria ejus filie Regis ab intus.*

Solo resta, señores, que no seamos ociosos admiradores de las heroicas virtudes y admirable santidad de Teresa. Su pureza de intencion, el buen uso de su corazon y potencias, su constante aplicacion al amor de Dios y bien del prójimo, que segun el espíritu de la religion debe servirnos de modelo para arreglar nuestra vida, si no la imitamos, nos servirá de una terrible confusion en aquel momento decisivo de nuestra suerte eterna. Ella misma será en aquella hora fiscal del mal uso que hacemos de nuestro corazon, amando únicamente las cosas terrenas y frívolas. Ella acusará nuestra desidia y negligencia en buscar las sendas de la salud, el abandono del Señor y desprecio de sus gracias por una vil criatura, por un interes despreciable, por un vano fantasma del mundo, de sus pompas y frivolidades. Abandonad, os ruego, esas cisternas de aguas corrompidas, y buscad, como Teresa, las aguas saludables de Jesucristo, que saltan hasta la vida eterna, amándole de corazon sobre todas las cosas y alabándole por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DE SANTA TERESA DE JESUS.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Diffusa est gratia in labiis tuis; propterea benedixit te Deus in æternum.

Se derramó la gracia en tus labios; por eso te bendijo Dios para siempre.

Salmo 44. v. 3.

De dónde, señores, de dónde tanta celebridad y nombradía á santa Teresa de Jesus? ¿Por qué su memoria corre en bendicion por toda la carrera de los siglos, es aplaudida y admirada en todo el orbe cristiano, venerada con tanto respeto é invocada con tanta devocion por los fieles todos del universo? ¿Una monja pobre, humilde y penitente hecha maestra y doctora de los sabios, consejera de los reyes y príncipes, luz del mundo, antorcha de las almas, voz de virtud y magnificencia, conductora de un numeroso pueblo de escogidos, martillo contundente de los herejes, y el apoyo de la iglesia santa! ¿Una monja al frente de la sociedad dando á cuantas clases la componen lecciones de sabiduría y de virtud, enseñando á todos el camino del cielo, é inflamando los corazones en amor divino! ¿Una monja declarada compatrona de las Españas en el siglo diez y nueve! ¿No es esto estupendo, admirable y sorprendente? Que la ilustre familia del Carmelo bendijera á esta santa prodigiosa como á madre sobre toda ponderacion admirable y digna de la memoria de los buenos: que las gentes de piedad, de oracion, de mortificacion y penitencia se proster-

naran delante de esta doctora de la vida espiritual, invocaran con fervor su proteccion y engrandecieran su mérito, su poder, su excelencia y dignidad, nada mas propio, nada mas natural, nada mas justo y razonable. Pero que los sabios y prudentes de la tierra depongan sus errores para hacer justicia á esta maravilla española... que en las academias se defienda que ella es superior á los ingenios del siglo de Augusto... que los legisladores la consulten, la respeten las inteligencias, y la reconozcan por maestra todos los que discurren y racionan: esto es lo que no puede comprenderse en la época de defecion en que vivimos: esto es lo que me obliga á decir y preguntar: ¿De dónde tanto honor y gloria á nuestra esclarecida paisana santa Teresa de Jesus? ¿Quién pudo elevarla á un grado de perfeccion tan superior á nuestros alcances, tan eminente é inaccesible, que se pierde en la mansion de los serafines y querubines? Todos lo sabeis. De Jesus fué esta santa esclarecida: aquí está descubierto todo el origen de su mérito. El Salmista formó su elogio cuando dijo: Se derramó la gracia en tus labios: por esto te bendijo Dios para siempre. *Diffusa est gratia in labiis tuis: propterea benedixit te Deus in æternum.* Santa Teresa posee todas las gracias que la hacen tan admirable á los ojos de Dios y de los hombres por haber sido toda de Jesus: de aquí el ser bendita con las bendiciones de una eternidad gloriosa, como os lo voy á demostrar con sencillez, con naturalidad, con la ciencia de un corazon formado en la escuela del Evangelio, no con ese aparato de voces que ha inventado la sabiduría humana para profanar las cosas santas y deslumbrar á los incautos.

Reina de las vírgenes, maestra de los maestros en la ciencia de la salvacion, y doctora de los que enseñan las doctrinas celestiales: yo os invoco en este dia destinado á solemnizar la memoria de vuestra hija predilecta santa Teresa de Jesus. Del elogio de este prodigio de santidad pueden resultar bienes inmensos en favor de los hijos que os dió vuestro santísimo Jesus en los momentos supremos de consumir su sacrificio, y seria una lástima que por mi indignidad se perdieran los frutos de esta predicacion. Alejad de mí todo pensamiento humano: haced que enmudezca ántes que hablar como hombre carnal y terreno: apodérese de mi corazon el espíritu consolador que se sirve de la divina palabra como de una espada de fuego para

abrasar con los ardores de la caridad á los que quiere llevar á la ciudad santa, y sed conmigo lo que yo quisiera ser con vos al deciros con el ángel: *Ave Maria.*

Estar unida con Cristo como el sarmiento con la vid, y el miembro con su cabeza... Vivir alimentada con una caridad paciente, dulce y bienhechora, que de nada se resiente, que todo lo sufre con paciencia y á todos trata con benignidad obrando siempre el bien, porque le acompañan todas las virtudes... amar, en suma, á Jesus como á nuestro Dios, como á nuestro redentor, como á nuestro rey, como á nuestro mediador, como á nuestro salvador, y como á nuestro padre, es lo que necesita una persona cristiana para ser y llamarse toda de Jesus, como repetidas veces se dice en el Libro de la verdad, y lo experimenta el justo que puede decir con san Pablo: *No yo; sino Jesucristo es el que vive en mí.* Esta alma fiel es la que puede dirigir á Dios estas palabras de san Pedro: *Bien sabeis, Señor, que os amo:* ó estas de san Agustin: *Me atrevo á decir, Dios mio, que estoy cierto de que os ama mi alma.* El que así puede explicarse, y hace consistir su oracion en esta bella peticion de san Ignacio: *Dadme, Señor, solo tu amor con tu gracia, y estoy bastante rico,* es el hombre feliz que se reconoce, alaba y venera en nuestra santa y adorable religion: es el que ha encontrado el tesoro escondido á que Jesucristo asemeja el reino de los cielos, el que con semejante hallazgo tiene todos los bienes, todas las gracias, todas las dichas y felicidades de que son capaces los hijos de Dios en esta vida, porque aquel tesoro es la ley evangélica, segun san Ambrosio, es la sagrada Escritura, en sentir de san Agustin, es la iglesia, es el mismo cielo, es el divino Verbo escondido en nuestra humanidad, como lo dice san Ireneo. ¿Pero quién es el mortal dichoso poseído de ese amor celestial, alma y vida del que es todo de Jesus? ¿Podrá expresarse su nombre para llenarle de bendiciones y engrandecerle como es justo? Sí, señores, SANTA TERESA DE JESUS: este es el nombre glorioso de la que sumergida en el océano del amor inmenso del Dios que hace vírgenes y santos con su querer omnipotente, nos presenta hoy la iglesia para que celebremos su memoria, y nos aprovechemos de sus doctrinas y ejemplos para ser como ella una misma

cosa con Jesus. ¡Qué dicha la nuestra, si combatiendo al mundo, á nuestras pasiones y al infierno, nos dejamos conducir por la gracia que Dios concede á los humildes que le aman con toda su alma, con toda su mente, con todas sus potencias y sentidos! Haced, Dios mio, que este sea el objeto y fin de todo lo que van á pronunciar mis labios, y no me abandoneis en los brazos de mi impotencia y miseria.

Siempre amó santa Teresa á su divino Redentor. Indicio de este amor fué el impulso vehemente con que deseando padecer por Jesus, como los mártires, salió de la casa de sus padres siendo niña, con intencion de ir á la tierra de los moros, para que la atormentasen y cortasen la cabeza en testimonio de su fe y de su ardiente caridad. Abrasado en amor divino podia estar su corazon, cuando comprendiendo que habian de durar siempre las penas del infierno, y siempre las delicias de la gloria, se recogia en sí misma y repetia muchas veces aquel: *Para siempre, para siempre y para siempre*, que le mostró desde su niñez el camino de la verdad, como ella misma lo dice. Grande debió ser su fe, muy firme su esperanza y encendida su caridad, cuando viendo en su casa un cuadro en que se representaban Jesucristo ofreciendo agua viva á la Samaritana, y esta pidiéndola con fervor al Redentor, se arrodillaba y permanecia horas enteras delante de aquel misterioso cuadro, para meditar sobre su significado, y decir con toda la energía de un alma poseída de la gracia: *Señor, dame de esta agua que apaga la sed eternamente*. De muy esclarecida podrá calificarse la santidad de una niña á quien se vió embriagada en amor divino, elevada sobre la tierra cuando oraba, fuera de sí, y ocupada siempre y totalmente de su Jesus adorado. ¿Y de qué pronóstico feliz no debió ser para los fieles el ver á santa Teresa, que quedando sin madre á los doce años de su edad, acudió á la reina de las vírgenes María santísima suplicándola con muchas lágrimas que la adoptase por hija, obligándose á amarla y servirla en todos los días de su vida? Todos debieron tenerla por lo que era, y esperar de ella lo que fué. ¡Pero ó alteza de las riquezas de nuestro Dios! ¡Qué incomprensibles son sus juicios, y qué investigables son sus caminos! Santa Teresa en su infancia fué un prodigio de virtud y un dechado de santidad: sin embargo Dios permitió que nuestra heroína dejase la lectura de los libros santos y se entregase á la de los profanos de caballería y de

novelas amorosas; que se pronunciara por las galas, y se apoderase de su alma el deseo de sobresalir, de brillar y de ser amada del mundo; que viniese á ménos su primitivo fervor, y se hiciese peligrosísima su posicion. Es verdad que la misma santa dice que no tenia mala intencion, ni queria que nadie ofendiese á Dios por ella; pero bastó su distraccion para que se fuese oscureciendo aquella centella de gracia recién nacida que la hacia tan edificante, y dejase de percibir los ardores de la caridad latente y palpitante que se dejaba ver en su alma. La lectura de los malos libros hizo brotar en santa Teresa la vanidad, la demasia y desconcierto en el vestir, el deseo de conversar y tratar con las gentes, y hasta el gusto de ensayarse en lo que veía, oía y trataba, para venir á parar en amar todo lo que destruía el amor celestial que el divino espíritu habia infundido en su corazon. Esto aconteció á santa Teresa de Jesus. ¿Habrá quien se tenga por seguro á la vista de este ejemplar de debilidad humana? Santa Teresa abrasada con el fuego de la caridad, alimentada con el amor que da la vida á los santos, y ardiendo en deseos de ser toda de Jesus, cayó en una deplorable tibieza; se puso al borde del precipicio; hubo de ser presa del enemigo. Y nosotros habitualmente disipados, ¿no hemos de temblar, ni obrar nuestra justificacion con temor santo, como nos lo encarga el Apóstol? Reflexionad, almas justas: entrad en sano juicio, pecadores: oid todos ya las misericordias del Señor y los prodigios de su gracia.

Nuestro Dios habia escogido á santa Teresa para engrandecer su gloria, para derramar la gracia en sus labios, bendecirla y presentarla al mundo como uno de los astros mas brillantes del firmamento de su esposa santa. Permitted que su sierva cediera á las exigencias de su propia fragilidad; ¡pero cuántos bienes sacó su omnipotencia de este accidente en que no logró el infierno dominarla enteramente! Viendo el padre de santa Teresa que su hija andaba disipada, trató de poner remedio, pensó seriamente en atajar los progresos del mal, la puso al fin de educanda en un convento de Agustinas. En él con los buenos ejemplos, con las santas conversaciones, con los ejercicios de piedad, con la oracion, con la penitencia y con la gracia que la dirigia, consiguió Teresa arrojar de su corazon el espíritu de vanidad que pretendia dominarle; arraigar en su alma el amor divino que estaba ya como caído y rendido, y hacer que Jesus

y solo Jesus fuese el único dueño de su alma. Grandes y porfiadas fueron las batallas que tuvo que sostener contra el espíritu del mundo y el enemigo de toda santidad; pero al fin triunfó con la gracia, y con la asistencia del cielo volvió á ser aquella santa Teresa que en los dias de su inocencia repetia rebosando en amor divino: *Para siempre; para siempre*. Conoció un justo horror á las cosas de la tierra, y un deseo ardiente de aspirar á las del cielo: se resolvió á ser toda de Jesus, entró para conseguirlo en el monasterio de la Encarnacion de Ávila, del orden de nuestra Señora del Cármen, tomó en él el santo hábito, profesó la vida monástica, y aquí puede decirse que santa Teresa hecha hija del Carmelo, recibió el doble espíritu de su padre Elías, y principió á ser con él la admiracion de todo el mundo. Constituida en el santuario de la virtud, hizo su humildad que se horrorizase al contemplar que se hallaba en la casa del Señor una pecadora capaz de concitar la ira del Omnipotente contra aquella comunidad de santas penitentes; creía que tendrian que arrojarla al mar del siglo como á Jonas, y que no era posible que Dios la consintiera entre sus esposas. Sin embargo tenia fe, esperanza y caridad, y dirigida por estas virtudes se dedicó á llorar amargamente sus culpas, á hacer rigurosa penitencia, á hacerse fuerza por seguir á Jesucristo, á allanar todas las dificultades que le oponian el espíritu de la vanidad mundana, sus pasiones y el infierno, y á ser una copia fiel de las Magdalenas, Pelagias y Egipcíacas. Creció su fervor al experimentar la bondad con que el Señor la favorecia en sus santas resoluciones; y resuelta á cooperar por su parte para que los divinos auxilios ejerciesen en su alma toda su eficacia, no hubo virtud que no se apropiase, ni tentacion que no venciese. Atribuyan las mismas monjas su continuo llorar y su extraordinario retiro á la oracion, á un espíritu de singularidad y de amor propio tan repugnante en los profesores de los consejos evangélicos; arme el enemigo comun sus tramas y enredos, haga el infierno un esfuerzo supremo para retraerla de sus santos propósitos, y acudan en tropel confuso todas las tentaciones para detener el vuelo de este ángel en carne humana, que se remontaba en las alas del amor divino hácia el trono de la Divinidad; permita Dios cuanto puede permitir en su misericordia para probar la fidelidad de su sierva, que esta con la divina gracia, *yo soy Teresa de Jesus*, repetirá con firme propósito de

sufrir, de padecer, de servir y de agradar á su divino Esposo, y todo lo vencerá; triunfará gloriosamente de los enemigos de su alma, y ningun obstáculo pondrá á que Jesus habite en su corazon como en su templo, y la regale con las caricias que tanto deleitan á las almas justas.

¿No viven estas con el pan de la tribulacion y con las amarguras de la cruz? ¿No se les mostró el camino del cielo en el monte de la mirra y de los ajenjos? ¿Se conoce en la religion otra senda recta y segura que la que siguió Jesucristo? Pues por ella caminó á pié firme la que por esto mereció ser y llamarse *santa Teresa de Jesus*. Dios dispuso que por espacio de veinte años padeciese en la oracion las mayores angustias y sequedades. Mil veces, escribe la santa, hubiera elegido, si me fuera lícito, las mayores penitencias y martirios por librarme de la tristeza, del tedio y del trabajo que experimentaba en la oracion. Otras muchas deseaba que el reloj diese la hora por verme libre de su ejercicio: esto me afligia, me contristaba, me llenaba de pena; pero me perfeccionaba, porque me humillaba, me hacia deshacerme en lágrimas y llamar en mi ayuda al Dios que se complace en ver sufrir y padecer con paciencia y resignacion á los que le aman. ¡Qué lecciones estas para las esposas de Jesus! ¡Qué rasgos de virtud para los fieles que viven atribulados en este valle de lágrimas! Felices los que aprenden esta ciencia de los santos, y logran con ella su salvacion. Ya era tiempo de trasladar á santa Teresa á otra region mas elevada. Un dia fijó sus ojos en una imágen de Jesucristo crucificado, y fué tal su turbacion y sentimiento al ver al dueño de su alma tan maltratado por los pecadores, que hubo de morir de pena en fuerza de su amor. Se postró delante de su Dios puesto en la cruz, é inspirada por su caridad ardiente principió á decir al Señor: No, Dios mio, no me levantaré de aquí sin que me concedais la fortaleza necesaria para no volver á ofenderos. Sufra yo aunque sean los tormentos del infierno; pero que viva con vuestro amor; haced que siempre os ame, que siempre os sirva y agrade. Todo se lo concedió el Dios de paz y de toda consolacion, sacando á su amada esposa del lugar del llanto para que fuese grande y poderosa en el de los héroes mas esclarecidos de su religion. Desde aquel dia notó santa Teresa en su alma una nueva luz que le mostró con claridad la grandeza de la piedad divina, y de su propia miseria; las mise-

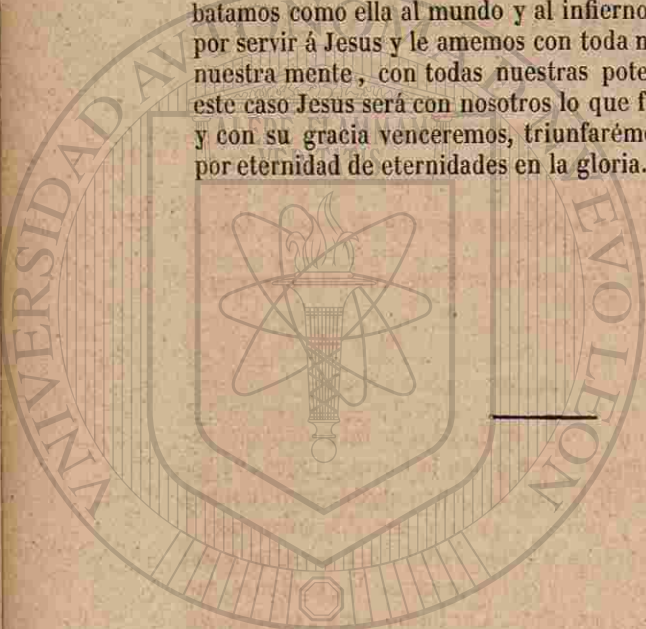
ricordias del Señor, su sabiduría infinita y su bondad inmensa; la fealdad del pecado y la hermosura de la virtud; la brillantez de la ley santa y los horrores que acompañan á su quebrantamiento. Entónces, señores, entónces era el ver á santa Teresa de Jesus pedir á todas las criaturas que se volviesen contra ella, y tomasen venganza de las injurias con que habia ofendido al Dios santo, bueno y omnipotente. Entónces era el ver á este serafín arrojarle en los brazos de su Redentor para que hiciese de ella lo que quisiese; obligarse con voto á hacer siempre lo mas perfecto; volar en la oracion hasta unirse con su amado de un modo superior á nuestra comprension: salir de ella mas humilde, mas obediente, mas fervorosa y mas santa, y decir extasiada en amor divino: Señor, morir ó padecer por vos. *Domine: aut mori, aut pati.* Entónces era ver á esta hija del Carmelo hecha toda de Jesus, ó un prodigio de santidad, una maravilla de nuestra religion, el ejemplar y modelo de las virtudes que deben adornar á las vírgenes del claustro. Entónces... pero entónces fué cuando Dios derramó de lleno su gracia en sus labios para bendecirla eternamente: entónces el Dios de las misericordias iluminó el entendimiento de santa Teresa con ilustraciones sobrenaturales, fortificó en la virtud su voluntad haciéndola superior á los embates del mundo y del infierno, y la dió la orden de reformar la orden de nuestra Señora del Cármen.

¡Reformar la orden del Cármen una monja del siglo XVI! Dios lo quiere así, y su voluntad es omnipotente. Habla santa Teresa de reforma, segun las órdenes que acababa de darle el cielo; pero el solo nombre de reforma irritó á todos, y todos la contradijeron con valentía y poder. Las quejas de las monjas de su convento, la resistencia de los padres carmelitas, la oposicion de la nobleza y de los magistrados, la murmuracion de los pueblos y la formal contradiccion de la ciudad metieron tanto ruido, que fué preciso á santa Teresa contemporizar y sobreeser en su empresa aplazándola para mas adelante. Miéntras tanto todo el mundo se desenfrenó contra la amada esposa de Jesus. Sátiras mordaces, interpretaciones malignas, feas y torpes calumnias, amenazas atroces, y hasta querer encarcelarla como á loca, y delatarla al santo tribunal de la inquisicion... pero santa Teresa obraba dirigida por su Jesus divino, y con la gracia que puso en sus labios venció todas las dificul-

tades y triunfó en el nombre del Señor. San Francisco de Borja, san Pedro de Alcántara, san Luis Beltran y otros grandes hombres eminentes en virtud y ciencia, vieron en la reforma de santa Teresa el espíritu del Señor. Se declararon por fin en su favor el papa, el obispo de Ávila y su mismo general, con cuyo permiso compró una casa para dar principio á la reforma. Llegó á manos de nuestra santa el breve de Pio IV para que pudiese reformar su orden del Cármen, y en poco tiempo logró establecer esa nueva religion tenida por uno de los principales ornamentos de la iglesia. En ménos de doce años fundó los conventos de san José de Ávila, de Medina del Campo, de Malagon, de Valladolid, Toledo, Pastrana, Salamanca, Alba, Segovia, Veas, Sevilla, Caravaca, Villanueva de la Serena, Palencia, Soria, Burgos y de Granada, sin que me sea posible haceros percibir los prodigios de confianza, de mortificacion, de celo y de paciencia con que llevó adelante sus proyectos, sin que las contradicciones del mundo y del infierno pudiesen detenerla ni arredrarla. Era toda de Jesus, de consiguiente no hubo santa mas ilustrada en los caminos de Dios, de mas perfeccion, de mas sabiduría celestial, de tantas luces, gracias y dones del cielo, ni de una humildad tan sólida y profunda. De aquí las bendiciones del Señor, la grandeza de su mérito, la excelencia de su espíritu, la celebridad de su nombre... Pero ahí están sus obras: ellas son el mejor panegírico de su excelente entendimiento, el mas vivo retrato de las sublimes virtudes de su abrasado corazon, el inestimable tesoro con que el Espíritu santo ha querido enriquecer á su iglesia. Leedlas los que podais, estudiadlas si no en la regular observancia de esa numerosa multitud de vírgenes que la siguen como á madre, maestra y doctora de su espíritu, procurad noticias de la vida que de sí misma escribió esta santa por mandato de sus superiores, y ellas os demostrarán que Dios derramó su gracia en sus labios, que bendijo sus obras, la hizo toda de Jesus y obradora de prodigios y maravillas, y fué la luz del mundo, la antorcha de las almas, la voz de virtud y magnificencia, la conductora de un gran pueblo de escogidos y el apoyo de la iglesia. Nada mas acierto á deciros. Todos sabeis como murió y fué trasladada al cielo esta santa prodigiosa, y ningun esfuerzo hay que hacer para convenceros de que por haber puesto Dios su gracia en los labios de santa Teresa, y ha-

ber sido esta admirable reformadora toda de Jesus, la bendijo y bendecirá eternamente el que la santificó y glorificó.

Solo falta que nos decidamos á imitar á esta maestra de las virtudes monásticas, á esta doctora de la perfeccion cristiana, á esta hija esclarecida del Carmelo y madre de tantos santos y santas como han florecido y florecen bajo su direccion, y combatamos como ella al mundo y al infierno, nos hagamos fuerza por servir á Jesus y le amemos con toda nuestra alma, con toda nuestra mente, con todas nuestras potencias y sentidos. En este caso Jesus será con nosotros lo que fué con santa Teresa, y con su gracia venceremos, triunfaremos y seremos benditos por eternidad de eternidades en la gloria. Amen.



SERMON

DE SAN TESIFONTE, OBISPO Y MÁRTIR.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

Me insulæ expectant ut adducam filios tuos de longe... nomini Domini... sancto Israel.

Me esperan las islas para que lleve á sus hijos al conocimiento del nombre santo de Dios.

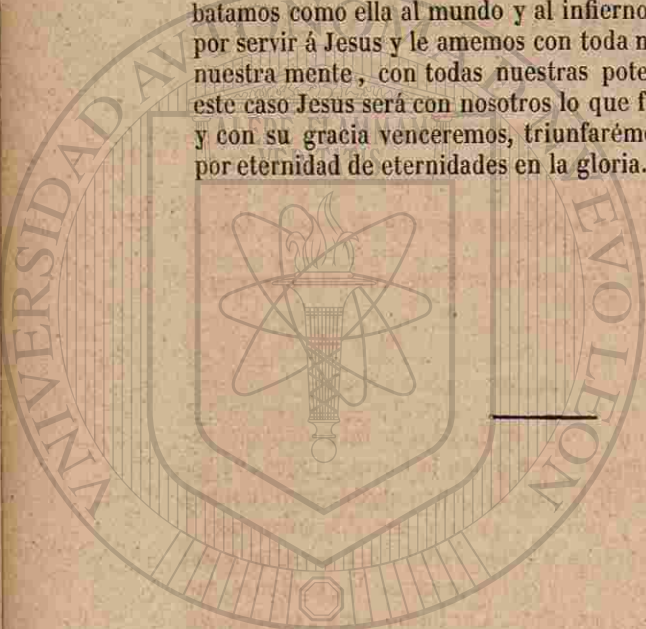
Isaias, c. 60. v. 9.

Un hombre en quien el espíritu de Dios ha infundido sus celestiales dones : un hombre para quien la tierra y todos sus tesoros y preciosidades no tienen atractivo alguno : un hombre muerto á los deleites y aun á sí mismo, sensible solamente á las lágrimas de los infelices y á la pérdida del pecador y del infiel ; este es el hombre por quien suspiran las naciones extranjeras : *me insulæ expectant*. Un hombre que conoce los tiempos y se acomoda á ellos, dispuesto á no omitir diligencia alguna por instruir al ignorante y ganar al pecador ; constante siempre en los trabajos y valeroso en los peligros ; siempre pronto á comprar aun á costa de su vida la salud de los pueblos que el Señor pone á su cargo ; este es el hombre que ha de conducir al santo Dios de Israel los hijos de los pueblos extraviados : *ut adducam filios tuos de longe... nomini Domini... sancto Israel*.

Este mismo es el hombre que halló España en el santo obispo y mártir cuya memoria celebramos. Sí : san Tesifonte instruido en la religion de Jesucristo con sus santos compañeros por el apóstol Santiago, hace admirar en su persona lo mas sublime de la ciencia de Dios, el mayor fervor de la caridad, las

ber sido esta admirable reformadora toda de Jesus, la bendijo y bendecirá eternamente el que la santificó y glorificó.

Solo falta que nos decidamos á imitar á esta maestra de las virtudes monásticas, á esta doctora de la perfeccion cristiana, á esta hija esclarecida del Carmelo y madre de tantos santos y santas como han florecido y florecen bajo su direccion, y combatamos como ella al mundo y al infierno, nos hagamos fuerza por servir á Jesus y le amemos con toda nuestra alma, con toda nuestra mente, con todas nuestras potencias y sentidos. En este caso Jesus será con nosotros lo que fué con santa Teresa, y con su gracia venceremos, triunfaremos y seremos benditos por eternidad de eternidades en la gloria. Amen.



SERMON

DE SAN TESIFONTE, OBISPO Y MÁRTIR.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

Me insulæ expectant ut adducam filios tuos de longe... nomini Domini... sancto Israel.

Me esperan las islas para que lleve á sus hijos al conocimiento del nombre santo de Dios.

Isaias, c. 60. v. 9.

Un hombre en quien el espíritu de Dios ha infundido sus celestiales dones : un hombre para quien la tierra y todos sus tesoros y preciosidades no tienen atractivo alguno : un hombre muerto á los deleites y aun á sí mismo, sensible solamente á las lágrimas de los infelices y á la pérdida del pecador y del infiel ; este es el hombre por quien suspiran las naciones extranjeras : *me insulæ expectant*. Un hombre que conoce los tiempos y se acomoda á ellos, dispuesto á no omitir diligencia alguna por instruir al ignorante y ganar al pecador ; constante siempre en los trabajos y valeroso en los peligros ; siempre pronto á comprar aun á costa de su vida la salud de los pueblos que el Señor pone á su cargo ; este es el hombre que ha de conducir al santo Dios de Israel los hijos de los pueblos extraviados : *ut adducam filios tuos de longe... nomini Domini... sancto Israel*.

Este mismo es el hombre que halló España en el santo obispo y mártir cuya memoria celebramos. Sí : san Tesifonte instruido en la religion de Jesucristo con sus santos compañeros por el apóstol Santiago, hace admirar en su persona lo mas sublime de la ciencia de Dios, el mayor fervor de la caridad, las

austeridades de la penitencia, la generosidad del celo, la grandeza de su espíritu apostólico : en una palabra, todo cuanto de él podían desear las naciones para que sus hijos fuesen conducidos al conocimiento del santo y verdadero Dios de Israel. Elegido por los mismos apóstoles para que llevase el nombre del Señor á los pueblos que vivían en las tinieblas de la idolatría y los errores de la superstición, hizo ver que ni la distancia de los lugares, ni la evidencia de los peligros, ni los rigores del trabajo, ni los horrores de la muerte eran capaces de amortiguar los ardores del celo santo que le consumía. Superior á todos los obstáculos, dirige sus pasos, extiende sus conquistas evangélicas á donde no había llegado el nombre de Jesús, y él solo pone en ejecución lo que muchos reyes ayudados de sus ejércitos no se hubieran atrevido á emprender. Hizo cuanto era necesario ejecutar para reducir los pueblos extraviados y sumidos en sus errores al conocimiento del verdadero Dios.

Creo que no tendré necesidad de otra cosa para formar su elogio, que decirlos y manifestar : que animado de la virtud de Dios, lleno del espíritu de un varón apostólico, desempeñó su ministerio ganando para Dios las naciones extrañas. *Me insulae expectant, ut adducam filios tuos de longe... nomini Domini... sancto Israel.* Este será el asunto de mi discurso y el objeto de vuestra atención.

Vos, Señor, conocéis bien mi insuficiencia y la incapacidad en que me hallo de llenar mis deseos; pero cuando os place, hasta del hombre más pequeño sabéis hacer un profeta ó un apóstol : en vuestros auxilios pongo toda mi confianza para el acierto, y confío con más seguridad pidiéndolos por la intercesión de vuestra Madre, á quien decimos : *Ave Maria.*

El celo de la conversión de las almas, el ejemplo que persuade y gana los corazones, el valor y la constancia que todo lo emprende y lo sufre por el bien de las almas, son los caracteres de un espíritu verdaderamente apostólico y las cualidades que aseguran los felices sucesos del sagrado ministerio. Pues estas son las que se descubren en san Tesifonte, y por las que toma trabajos dignos de un apóstol para reducir al conocimiento del verdadero y santo Dios de Israel á los pueblos extraviados.

Se oye la voz del Evangelio, y le abraza abandonando sus

comodidades y su misma patria. Sigue al apóstol que hizo resonar su voz en España, y aprende en su escuela aquella celestial doctrina que había de anunciar después con tanto fruto. ¿Dudaremos de su virtud, de su celo, de su deseo ardiente y fervoroso de ser útil á su Dios, cuando los mismos apóstoles le eligieron para venir á extender la semilla del Evangelio á nuestra España con sus dignos compañeros? ¿Dudaremos de sus relevantes méritos cuando en un siglo en que solo se atendía á la virtud, y la dignidad del obispado era una pesadísima carga y un preludio casi seguro del mártirio, fué elegido por el colegio apostólico para plantar la religión de la verdad en nuestra patria, que gemía en las tinieblas y el error? Admiraremos la resolución y los pasos de este esforzado militar de Jesucristo. Y vosotras, provincias de España, donde estaba enteramente eclipsada la ley del Señor, bendecidlos y alabadlos eternamente. Regocijaos, vosotros, pueblos ciegos y engañados, levanta vuestras cabezas, que ya se acerca vuestra redención, ya llega el que os la trae de parte de Dios.

Para daros una idea de los vicios que nuestro santo tuvo que combatir, no necesito detenerme á manifestar las detestables ceremonias y fiestas con que los habitantes de nuestra patria honraban á sus falsos dioses. Para conocer sus costumbres basta decir que sus fabulosas divinidades eran el apoyo de los deleites, el ejemplo y aliciente de la deshonestidad y el modelo de los crímenes. Que se proponían á sí mismas para que imitándolas recibiesen algún día la recompensa de sus torpezas; y que unos dioses tan criminales no podían ser adorados sino por medio de delitos, ni engendrar otras costumbres que las más corrompidas. Nuestro santo se presentó después de un dilatado y penoso viaje á las inmediaciones de Guadix con sus ilustres compañeros, y la furia de los idólatras ocupados en honrar con sus impurezas y bacanales á sus ídolos, hubiera concluido con sus vidas, si el Señor no hubiese interpuesto su poder haciendo que se desplomase el puente que mediaba entre unos y otros. Así logró penetrar en esta isla que le esperaba y había de rendirle el fruto correspondiente á su trabajo, y penetró hasta la antigua ciudad de Vergi, á que hoy corresponde la llamada Berga, que el Señor destinó para sus tareas apostólicas después de haberse separado de sus compañeros.

Conoceréis muy bien que para exterminar un culto general-

mente admitido y tan lisonjero á las pasiones; para abolir las tradiciones de los antepasados, las costumbres del país, las preocupaciones del nacimiento y la educacion, las opiniones de los maestros, las decisiones de los falsos sacerdotes, y establecer una religion nueva, rígida, austera y contraria á los placeres y costumbres envejecidas, era necesario todo el valor y constancia de un hombre lleno de celo y del espíritu de Dios. Conocereis bien que unas gentes tan ciegas amarian sus delitos, sus mismas tinieblas, sus intereses, y que mirarian con el mayor desprecio y tratarian con furia al que queria introducir una nueva religion. Pero se presenta Tesifonte encendido en el fuego celestial que abrasaba á los apóstoles, habla con una dulzura, una afabilidad y una paciencia inalterable, y aquellos mismos pueblos en que el vicio se habia establecido por costumbre, arraigado por la continuacion, fortificado por el ejemplo, apoyado por las leyes, autorizado, enseñado y aun consagrado por su propia religion; aquellos pueblos sumergidos en la ignorancia y las sombras de la muerte, oyen las palabras de salud, creen, y recobran una nueva vida dejando sus errores é ilustrándose con el conocimiento de Dios: aquellos hombres se trasforman en otros por el candor de su inocencia, por la pureza de sus costumbres, por un espíritu de retiro que solo los juntaba para orar en comun, y los apartaba de los espectáculos en donde pudieran avivarse las pasiones; por un espíritu de penitencia que los sepultaba, por decirlo así, en la ceniza y el cilicio, en los ayunos y asperezas continuas. Habla Tesifonte lleno de celo y anuncia las verdades de la religion de Jesus, y el Señor bendice sus trabajos, haciéndose aquellos pueblos tan obstinados en sus groseras supersticiones, dóciles y obedientes á su voz, y una tierra bendita que ha producido un abundante fruto de virtud y santidad por el celo de nuestro santo. A su voz se verificó lo que habia vaticinado Isaiás, que caerian los dioses de las naciones. Los ídolos se hicieron pedazos, los simulacros cayeron por tierra, y fueron despreciados y tenidos por inmundos por los mismos que los habian tributado honores divinos.

¿Pero es posible que un hombre solo sea bastante para tantas empresas? ¡Ay, hermanos míos! ¡Qué poco conocemos la virtud y actividad del celo que el Señor inspira y comunica á los que solo desean la gloria de su nombre! No la conocemos, porque léjos de excitar en nuestras almas este espíritu de celo,

siempre ó casi siempre le reprobamos. No nos admiremos de ver trabajar sin descanso y abrasados de celo á los que aman la casa de Dios; asombrémonos mas bien de que haya cristianos que miren con indiferencia y muchas veces hasta con desprecio los intereses de la fe. El incrédulo y libertino sacrifican su fortuna, su fama, estragan su salud, marchitan la flor de sus años por defender los delirios que les dicta un entendimiento rebelde y bullicioso, ¿y nosotros sepultados en el sueño de nuestra indolencia y pereza nos quedamos tranquilos y sin sentimiento alguno viendo echar por tierra los altares del Dios vivo y profanar su religion? Aprendamos en el ejemplo de nuestro santo que el carácter, el mérito de un hombre apostólico que desea ser útil á su Dios, es llenarse de celo por la conversion de las almas, olvidarse hasta de sí mismo y pensar y procurar solamente la salvacion de las almas.

Tambien debe ser su ciencia y el carácter principal de su talento presentar á los demas el ejemplo que persuade y gana los corazones. Sí, hermanos míos; la santidad de vida, la inocencia y pureza de costumbres ocupan el primer lugar en el desempeño del ministerio apostólico, sin que haya arbitrio para suplir estas virtudes con otros medios. No sucede en la ciencia de gobernar y dirigir á las almas lo que con el gobierno civil y político de los pueblos; este solo pide ingenio y aplicacion: pero ¿qué es todo esto cuando se trata de mudarlos ó convertirlos? Solo á la santidad está concedido el hacer santos: la virtud de los pastores es la fuente de donde se deriva la perfeccion del pueblo, y en vano se le predica, si en sus maestros no halla el ejemplo que debe seguir. En todo debes presentarte como un ejemplar de buenas obras, dice el Apóstol á su discípulo, y bien pudo oirlo de su boca san Tesifonte. Persuadido de esta verdad, en nuestra patria, así como Jeremías en Jerusalem, pinta á los idólatras el vicio con viveza, é inspira á todos horror á él. Deseoso de convertir los corazones, mas bien que de admirar á los entendimientos, no se vale del lenguaje persuasivo de la sabiduría humana, sino que con la perfeccion de sus virtudes, con los ejemplos admirables de sus penitencias, de su austeridad y pureza de costumbres, con aquella voz de majestad que derriba los cedros del Libano, con aquella voz de virtud grande que da el Señor á los que evangelizan con su vida y sus palabras, detiene la actividad de las llamas, destruyelas

montañas del siglo y anuncia la virtud de Dios y su poder. No procura granjearse los aplausos de los hombres, solo desea su conversión y que se acerquen á conocer y servir al verdadero Dios. A su voz y con su ejemplo se abrió el camino de las virtudes cristianas para los habitantes de Vergi y pueblos comarcanos. Se vió el poder de la gracia del Señor; se vieron muchos que abandonaron sus ídolos, su culto, su religion y sus vicios; se vieron hombres que desprendidos de las flaquezas de la humanidad imitaban en cuerpos frágiles la vida de los ángeles; se vieron descender á la tierra las virtudes del cielo. Se hizo amable el pudor; los deleites y los vicios se avergonzaron y escondieron perdiendo todo su atractivo. Se engendraron nuestros padres y maestros en la fe que nos han trasmitido de generacion en generacion, con la dulce memoria y gratitud á san Tesifonte. ¡Qué no puede el buen ejemplo asistido de la gracia! Se oyó su voz, se admiraron sus prodigios y al fin se imitaron sus ejemplos, y tuvo nuestro santo el consuelo de ver convertidos á Dios y contar entre sus discípulos á un número prodigioso de aquellos mismos que vivian en las sombras del error y de la muerte.

¿Qué le queda ya que desear á este dichoso obrero del Evangelio? ¿Creereis que oprimido con el peso de tantos trabajos irá á esperar la recompensa en un pacífico retiro? Esto es lo que dicta la naturaleza y lo que autoriza la misma virtud; pero este descanso es incompatible con el espíritu apostólico de que está animado san Tesifonte. Continúa sin descanso en el ejercicio de su ministerio, persuadiendo con sus ejemplos y su doctrina, y confirma su mision sufriendo con valor y constancia los tormentos y la muerte en defensa de las verdades que predica y para ganar almas á su Dios.

¡Hombres tímidos y apegados con exceso á la vida presente, no os asustéis de lo que vais á oír! Las pruebas y sacrificios de que voy á hablaros no se hicieron para las almas apocadas y cobardes; solamente son dignas de ellas las almas extraordinarias que aman y procuran la gloria de su Dios como san Tesifonte. Animado de aquel valor, aquella fortaleza y constancia que tantas veces habia recomendado Jesucristo, entra Tesifonte en el campo de batalla, se expone con la mayor serenidad é intrepidez á la rabia y furor de los enemigos del Señor. Se levantan contra él los adoradores pertinaces de los dioses del pa-

ganismo, porque ven que se arruina su culto y quedan abandonados sus templos y fiestas impúdicas. Pero ¿cuáles son las armas, las tropas auxiliares con que se prepara para esta empresa? Consideradle pobre, anciano, desfigurado con las vigili-
as y mortificaciones, solo ó casi solo, sin otra gente que otros hombres semejantes á él, y que como cabeza de todos ha de cargarse con los primeros golpes y sufrir las primeras furias de sus enemigos. ¿Esperará al ménos, para no caer en sus manos, socorros visibles de Dios omnipotente? Pero el Señor no quiere ya manifestar el poder de su brazo contra los enemigos de su nombre. Ya no se ve un Gedeon que marche intrépido protegido de Dios, y que infunda el espanto y terror por todas partes. Ya no se ve un Moises que impone leyes á la tierra y á los astros y confunde al Egipto con asombrosos prodigios. Ya no se ve un Jeremías colocado por Dios en Israel, como un muro de bronce donde se quebranten y perezcan las fuerzas poderosas de Judá. Se ha establecido una religion de paz. Jesucristo la ha plantado con su sangre y las conquistas no tienen que hacerse ya matando, sino muriendo. Tesifonte no es otra cosa que una víctima destinada á la muerte, con orden precisa de caminar al suplicio y seguir los pasos de su maestro Jesus. Se presenta para complacer el odio bárbaro y sanguinario de sus enemigos con la muerte que tanto le deseaban; ó diré mas bien: para llenarlos de confusion y terror con el nuevo espectáculo de un hombre que conserva toda la libertad de su espíritu y toda la tranquilidad de su alma, para mirar con ojos serenos á sus verdugos, burlarse de su cólera inútil, para alabar la misericordia de su Dios que le conforta, y para regocijarse en los tormentos mirándolos como la corona de su triunfo. Lleno de alegría ofrece á Jesucristo sus dolores y á Dios su agradecimiento, manifestando mas ansia de dar su vida por los que le persiguen, que la que tienen estos por quitársela. Se rinde y se despedaza su cuerpo á la violencia de los furiosos tormentos, y santamente ufano de sellar con su sangre la religion de Jesus crucificado, y de tener la dicha de dar su vida por él, vuelve su espíritu al que le habia criado: muere víctima de su fe y celo apostólico despues de haber reducido y ganado para Dios á muchos hijos de las naciones y pueblos extraviados: *Me insulae expectant ut adducam filios tuos de longe... nomini Domini... sancto Israel.*

¡Qué efectos no debe excitar en nuestros corazones esta sencilla relacion y recuerdo de nuestro santo y sus virtudes, ejemplos y muerte preciosa! Nosotros principalmente á quienes la gracia llamó al sagrado ministerio; nosotros que elegimos al Señor por nuestro patrimonio y nuestra herencia, estamos mas obligados á sostener nuestra religion con nuestro celo, con nuestro ejemplo, nuestra fidelidad en el desempeño de nuestras obligaciones y nuestro valor y disposicion para morir, si es necesario en su defensa. El sacerdocio es un ministerio de trabajos, pide un celo siempre activo, siempre vigilante. Así como la religion jamas está libre de enemigos y perseguidores, así tambien tiene siempre necesidad de apóstoles y varones celosos que la defiendan. Y en este siglo de irreligion y libertinaje, en este siglo en que el veneno mortífero de la impiedad se introduce hasta en el santuario, es de necesidad que los ministros de Jesucristo seamos celosos, vigilantes, ejemplares: y desengañémonos que un ministro de Dios que, como san Tesifonte, se llena de celo por su honor y gloria y se presenta sin temor á su defensa, es un objeto de admiracion y hace enmudecer á los mismos impíos. Los ministros del Dios vivo siempre serán respetados mientras se sepan hacer respetar llenando los deberes de su ministerio.

A vosotros tambien, cristianos todos, obliga ser celosos del nombre de Dios y defender su honor y gloria. A vosotros obliga tambien sostener la dignidad del nombre de cristianos y discípulos de Jesucristo. ¿No debereis avergonzaros de afrentar con vuestras costumbres el nombre y el carácter santo que os distingue de los demas pueblos que no conocen á su Dios? ¿No debereis ser agradecidos al don de Dios que os ha sacado de las tinieblas dejando sepultadas en ellas á otras naciones? El honor de la fe es un depósito que está en las manos de todos, y de él se nos ha de pedir una cuenta muy estrecha. Es una obligacion comun á todos los cristianos animarse mutuamente á conservar la fe, á practicar la virtud y evitar la irreligion y los escándalos. Todo hombre, dice san Agustin, está obligado á aprovechar á muchos, si puede; y cuando no pueda ser útil, por lo ménos debe serlo para sí mismo. Cada uno debe y puede imitar en su estado y condicion el celo y las virtudes del varon apostólico á quien veneramos en este día.

Acordémonos que por los esfuerzos de este glorioso santo

hemos venido á ser una estirpe escogida, una nacion santa, un pueblo de adquisicion ganado con la sangre de Jesucristo. Que los emperadores, las riquezas, el mundo entero no ha podido darnos ni honrarnos tanto como la predicacion de nuestro santo, porque por sus tareas hemos sido llamados á ser santos y herederos de la felicidad eterna de la gloria. No nos hagamos indignos de tanta dicha, no seamos ingratos á tanto beneficio. Roguemos á nuestro santo que nos alcance del Señor el ser fieles y constantes en nuestra religion santa, el servirle y adorarle sin temor á las persecuciones ni á los peligros, el que seamos unos cristianos, como lo hemos prometido, fieles, celosos, obedientes y sumisos á la ley de Dios, que le amemos en esta vida y podamos así prometernos gozarle en la otra. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA DE LA FESTIVIDAD

DE TODOS LOS SANTOS.⁽¹⁾

(DE TRONCOSO.)

Gaudete et exultate, quoniam merces vestra copiosa est in caelis.

Gozaos y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos.

S. Mateo, c. 5. v. 12.

Palabras consoladoras! Promesas inefables! Oh! ¡cuán grande debe ser en este día la satisfacción de los hijos de la iglesia al escuchar de la boca misma del eterno Renumerador lo que en persona de sus apóstoles dice á todos aquellos que caminando por sus huellas sufren en esta vida la persecucion, el odio, la calumnia y las desgracias todas á que está sujeta la virtud en un mundo corrompido é insensato! «Alegraos y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos.» Estas mismas expresiones son las que la bella madre de los predestinados dirige á todos sus hijos en esta augusta solemnidad que consagra á celebrar el eterno triunfo de los santos. Nos recuerda su gloria, nos pone á la vista su felicidad, nos reitera las mismas promesas que á ellos les hiciera el Salvador, para que animándonos á imitar sus virtudes, nos haga-

(1) Este discurso está escrito bajo la inspiracion de uno que sobre el mismo asunto predicó el célebre *P. Lenfant*, orador frances del siglo pasado, cuya elocuencia y sublimidad de ideas son bien conocidas de los hombres sabios y amantes del verdadero mérito.

mos dignos de ser participantes de su galardón: *Gaudete et exultate, quoniam merces vestra copiosa est in caelis.*

Ningun otro asunto pues debe formar la materia de mi discurso. La bienaventuranza de los santos es el objeto exclusivo que debe ocupar hoy toda nuestra atencion. Bien sé que no es posible formar una idea exacta de ella, porque está fuera del alcance de todas nuestras ideas. La felicidad de los predestinados es una verdad de que debe hacerse cargo el íntimo sentimiento, si bien jamas llegará á penetrarla á fondo por mas vivo y eficaz que sea. ¿Mas deberé por eso enmudecer? ¿Habré de pasar en silencio una materia de por sí tan eficaz para reanimar nuestros espíritus abatidos, por mas que esté convencido de la imposibilidad de hablar de ella dignamente? No, católicos, tanto ménos cuanto que esta misma imposibilidad de expresarse, es la prueba mas concluyente de la grandeza sin semejante del asunto. Y qué! ¿No habremos de subir á la cátedra del Espíritu santo mas que para asustar y aterrorizar á los pecadores, sin pensar en animar á los justos? ¿No es nuestro Dios el Dios de las misericordias igualmente que el Dios de las venganzas? Si pues anunciamos los severos castigos con que amenaza al crimen, ¿no es justo publiquemos tambien la bienaventuranza que tiene destinada á la virtud?

¡Dichoso yo si logro que las almas generosas y fieles sientan palpablemente las bellezas de la ley divina, haciéndolas entrever lo que deben esperar de su cumplimiento, de parte de aquel Dios que con magnificencia tanta premia á sus servidores en el cielo! A este fin me limitaré hoy á hablar de la bienaventuranza de los santos, fundado en algunas promesas con que Dios mismo se ha dignado anunciárnosla, de donde inferiremos que la palabra de Dios es el fundamento sólido de nuestra eterna felicidad en el cielo.

¡Oh Jesus, salvador de los hombres y remunerador eterno de los santos! Vos solo sois capaz de dar una justa idea de aquella inefable bienandanza que disfrutaban en el reino de la inmensidad los que vos escogisteis para ser vuestros amigos y socios de vuestra dicha. A vos pues pertenece en este día ser el verdadero panegirista de aquella gloria que el hombre viador es incapaz de comprender. Mas puesto que por el órgano de mi débil voz queréis sea anunciada á este pueblo fiel, dignaos poner en mis labios palabras dignas de objeto tan superior á

mismenguadas luces. Séaos grata la intercesion de vuestra amabilísima Madre, á quien interesamos en nuestro favor, postrándonos á sus plantas y dirigiéndola la salutacion del ángel: *Ave Maria*.

REFLEXION ÚNICA.

Aunque es innegable, segun el Apóstol, que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el entendimiento humano jamas pudo llegar á comprender la gloria destinada para los santos en el cielo; fundados, empero, en las palabras de Dios, podemos representárnosla como *un estado de perfecto sosiego y de paz interminable*, de donde desaparecieron todos los males; *de gloria y de triunfo con que se recompensan todos sus merecimientos; de vida y de inmortalidad* que satisface todos sus deseos. Tal es la idea que se nos da en el Apocalipsis de la bienaventuranza. « Hé aquí el tabernáculo de Dios entre los hombres. El Señor morará con ellos; ellos serán su pueblo, y él mismo será su Dios. « Él enjugará de sus ojos todas las lágrimas; no habrá ya muerte, ni llanto, ni gemidos, ni dolor, porque las cosas de ántes serán pasadas..... El que venciere poseerá todo esto, y yo seré su Dios, y él será mi hijo..... Allí no habrá jamas noche, el Señor los alumbrará, y reinarán por los siglos de los siglos » (1).

Y desde luego la gloria de los santos *es un estado de perfecto sosiego y de paz interminable*. Venid vosotros, los que llorais de continuo y os mirais agobiados bajo el peso de los infortunios y miserias que acompañan esta vida presente. Alzad los ojos y contemplad la asombrosa revolucion que se obra en el hombre tan luego como llega á pisar los umbrales de la ciudad santa. Allí fenecen para siempre las inquietudes, las agitaciones, las desgracias y los reveses. Allí el entendimiento no se ve ofuscado con las tinieblas de la incertidumbre y de la ignorancia, ni el corazon devorado por la tristeza y la amargura, ni agobiado el espíritu por la fatiga y el dolor. Allí no existen aquellos choques interiores de deseos que se destruyen recíprocamente, de temores y esperanzas que se hacen una guerra intestina, de pasiones que se inflaman y se irritan. Allí no hay pecados que llorar, ni esfuerzos extraños que vencer, ni enemi-

(1) *Apocal. c. 21 et 22.*

gos que temer, ni precauciones que tomar, ni sucesos que prevenir, ni recursos que conservar: *Mors non erit ultra, neque luctus, neque clamor, quia prima abierunt* (1). Buscad en el mundo esta total ausencia de las calamidades que le inundan... En vano. Si alguna vez nos hallamos deslumbrados por alguna momentánea ráfaga de felicidad, ¡cuán presto nos vemos envueltos en una negra nube de calamidades! Se logra disipar por algun tiempo las tristezas y el fastidio, pero luego vuelven á renacer con mas vehemencia; y segun el testimonio del hombre mas sabio y feliz del mundo, el estado presente no nos ofrece á todos mas que vanidad y afliccion (2). No así los santos que reinan en el cielo. Como ningun pecado puede entrar en aquella mansion feliz, tampoco pueden penetrar en ella sus tristes consecuencias. Solas las buenas obras siguen al justo, y á estas un reposo interminable (3).

¿Y qué reposo es este que disfrutan los bienaventurados? ¿Será acaso uno de aquellos sentimientos débiles semejante al que concebimos en la inaccion de un alma indolente cuya felicidad total consiste en no ser desdichada? Ah! no reduzcamos á un círculo tan estrecho la tranquilidad de los moradores del cielo. Ella es una tranquilidad real, positiva y perfecta, porque se funda en una completa satisfaccion de todos los deseos; es una calma precedida del trabajo, y que le sirve de galardón haciendo gozar á quien la posee de sus mas preciosos frutos; es un reposo que el Señor enriquece, segun la expresion de un profeta, con los tesoros de su abundancia, y que no pueden alterar los males temporales ni los gritos de la conciencia. Hé ahí una débil imagen de la paz que os está prometida en el cielo, almas justas, pero tímidas; almas llenas del amor divino, pero susceptibles á veces de una desconfianza excesiva; almas sobresaltadas con la incertidumbre de vuestro porvenir. Mirad al cielo! Allí únicamente podreis leer de un modo claro y seguro los inviolables títulos del amor que el Señor os tiene, y los derechos que podeis adquirir á su amistad y á aquella union inefable que os hará ser del Señor para siempre.

Feliz sin duda fué para el pueblo hebreo aquella memorable noche en que perseguido por el tirano Faraon, vió hundirse en las aguas del mar sus formidables huestes, y libre ya de las

(1) *Apocal. c. 21. v. 4.* (2) *Eccles. c. 2. v. 11.* (3) *Apocal. c. 14. v. 13.*

cadenas que le oprimieran, pudo dirigir sus pasos hacia la tierra de promision entonando himnos de gratitud á su divino libertador. Feliz fué para los habitantes de Betulia aquel dia en que próximos ya á ser víctimas del implacable Holoférnes, ven que de repente huye el enemigo despavorido, dejándoles en el campamento tesoros tan inmensos, que apenas pudieron recogerlos en treinta dias. Feliz fué en fin para los judíos dispersos en las provincias de Persia, aquel momento en que llegó á sus oídos la revocacion del cruel edicto que á todos condenaba á una muerte cierta é inevitable. Todos creyeron, segun la frase de la Escritura, que habian renacido á una nueva vida, segun que estaban consternados cuando recibieron esta nueva. Mas ¿á qué recordar estos sucesos? ¿Qué comparacion puede haber entre estas débiles imágenes de felicidad, y la verdadera dicha que disfrutan los bienaventurados en el cielo? La gracia de Dios con todos los bienes que la son consiguientes forman su patrimonio. Ya no tiene poder contra ellos el terrible enemigo que no cesaba de perseguirlos. Se acabó el tiempo de las dudas y de los temores, y llegó el del sosiego y la tranquilidad. Oh! Allí en aquella celestial morada, embriagados de las dulzuras que les causa la fruicion de la divina esencia, no cesan de exclamar con el Profeta: «Ahora, Señor, gozaremos del reposo que nos tenais preparado, y gustaremos los frutos de vuestra clemencia. Salvádonos has de las garras de la muerte; habeis enjugado nuestro llanto, y apartádonos de los lazos y escollos que nos rodeaban. En vos descansaremos para siempre (1).»

El estado de los bienaventurados en el cielo es tambien *un estado de gloria y de triunfo*. «Yo he visto, escribe el apóstol de Patmos, la nueva Jerusalem, la ciudad santa y gloriosa que descendia del cielo por la mano de Dios, semejante á una esposa engalanada para su esposo (2).» Y despues de haber descrito con los mas vivos colores su admirable belleza, añade de parte del que estaba sentado en el trono: «El que venciere, poseerá todas estas cosas.» *Qui vicerit, possidebit hæc* (3). ¿Y quién podrá dudar de esta gloria de los santos, viéndola reflejar continuamente aun en la misma tierra, morada de quebranto y de humillacion? ¿No veis como desde el momento en que

(1) *Psalm.* 114. (2) *Apocal.* c. 21. v. 2. (3) *Ibid.* v. 7.

la muerte franquea á los bienaventurados las puertas de la Jerusalem celeste, comienzan ya en la terrestre los himnos de prez y de alabanza y las demostraciones de júbilo universal? Su mismo sepulcro ¿no se convierte en trono en donde toda grandeza humana parece oscurecerse, á cuyo alrededor vienen á postrarse los poderosos del siglo y los señores del mundo, á tributar á su memoria los homenajes de respeto á que se hicieran acreedores por su virtud? Los tristes restos de la humanidad que en los demas hombres no presentan sino el lúgubre cuadro de la corrupcion, ¿no son en los santos objeto de una veneracion eterna? ¿Con qué avidez no concurren los mortales á los sitios depositarios de sus huesos sagrados! ¿con qué confianza no van á implorar su mediacion! ¿con qué ternura y devocion no les honran! ¿Qué satisfaccion no cabe á quien los posee! ¿Cuán dichosa no se cree la tierra á quien Dios confia ese precioso depósito! ¿Cómo se gloria de ello! ¿Con qué rapididad no se extiende la fama de sus maravillas! Y sin embargo, católicos, no es este el sitio de su glorioso triunfo. Ellos combatieron en la tierra, pero el cielo los recibe vencedores: solo allí logran un triunfo completo. *Qui vicerit, possidebit hæc.*

Allí es pues donde las almas entregadas al Cordero inmaculado obtienen la gloria de entrar en su comitiva; donde los corazones apacibles y humildes adquieren la verdadera grandeza, donde los hombres convertidos y penitentes disfrutan de la satisfaccion pura de sus voluntarias aflicciones; donde los verdaderos fieles que supieron adorar á Dios entre las tinieblas de la fe, llegan á contemplar sus perfecciones en toda su claridad; donde los que han participado de los padecimientos de Jesucristo se revisten de su inmortalidad y participan de su gloria y de su mismo trono.

No intentemos, católicos, realzar la magnificencia de esta gloria, tomando fuera de la mansion de los justos los rasgos para describirla. ¿De qué nos serviria para el caso el cuadro mas perfecto de la gloria humana? La de los santos es no solo una gloria personal concedida á sus merecimientos, sino tambien una gloria universal, puesto que siendo las virtudes las armas triunfadoras con que se abrieron paso para entrar en la celestial Jerusalem, todas ellas contribuyen á formar la corona que han de ceñir por toda la eternidad. Es una gloria inmensa que no cabe en el corto espacio del lugar ni en los estrechos

límites del tiempo, porque toma su inmensidad del mismo Dios cuya idea nos representa. Es una gloria que no desmerece con el transcurso de los siglos, porque nada se altera ni envejece en el cielo: y aunque sean muchos los que entran en su participación, el cielo es para cada uno de ellos su propia conquista. Es una gloria libre de las vicisitudes y de las pasiones humanas. Acá en la tierra la envidia ejerce el mas poderoso influjo; difícilmente se logra acallarla, y aun mas difícilmente se consigue hacerla contribuir al triunfo de la virtud; lo que no puede obtener por propio mérito, procura deprimirlo por medio de su malignidad; en su implacable furor halla siempre el desquite y la venganza. Solo los bienaventurados en el cielo tienen la gloria de ver contribuir á celebrar su triunfo á aquellos mismos á quienes les fueron negados los honores de él; de oír ensalzar sus virtudes por aquellos que las habían menospreciado; y de escuchar la confesion de su sabiduría y prudencia de boca de los que un día la habían tachado de locura. Es una gloria, en fin, que no admite preferencias en su distribución, que no puede usurparla la hipocresía, y á la cual no puede aspirar la vanidad. El soberano tasador de todos los objetos, el apreciador infalible de las acciones humanas, Dios, es quien la ordena y distribuye.

¿Qué galardón se ha dado, preguntó un día el rey Asuero, á aquel servidor mio cuya fidelidad consta en los anales de mi reino? Llega á su noticia que aquel generoso y fiel vasallo ha tenido que contentarse con la dulce recompensa de su propia lealtad; y enardecida en aquel momento su alma con el sentimiento digno de un gran rey, despliega toda su grandeza, y ordena que Mardoqueo participe en algun modo de los mismos honores de la majestad real.

¡Dios justo, remunerador de los hombres! ¿Cuál ha sido y es hoy día la suerte de la virtud en la tierra? Ah! Ella se mira envuelta en la oscuridad, ó sepultada en el olvido, ó sucumbiendo bajo el peso de la humillacion y de las desgracias. El mundo la desconoce, el infierno la persigue, y aun vos mismo, Señor, aunque siempre la amais, ¿no parece la abandonais en algunos momentos? Mas no, hermanos míos, no se ha olvidado Dios de sus escogidos. Allá en el cielo es donde abriendo el libro de la vida, en cuyas páginas están escritos los merecimientos de cada uno de sus fieles servidores, decreta lo que convie-

ne hacer en favor de los que quiere honrar; y aconsejándose con su fidelidad, con su justicia y liberalidad, á la vista del universo asombrado, hácelos participantes de los honores que exclusivamente les pertenecen, adórnalos con las vestiduras de su gloria, y los corona con su diadema.

¿Mas por qué me canso, amados oyentes, en pintaros la gloria de los santos? En vano intentaria yo explicaros no solo lo que ella es en sí, pero ni aun la idea que de ella podeis formar. Este es uno de aquellos asuntos que no admiten la explicacion de una lengua mortal, segun la frase del Apóstol (1). Oh ilustres conquistadores! ¿Cómo pudiera yo dejar de abismarme y confundirme á vista de vuestros triunfos? Sellaré mis labios, ó cuando mas me contentaré con volverme al Señor y exclamar con el Salmista: ¡Cuán excesivo es, Dios mio, el honor que habeis concedido á vuestros amigos! Su imperio ha llegado á ser sumamente poderoso (2). Volvamos pues, católicos, á ideas mas perceptibles, y sigamos alimentando en nosotros el deseo de obtener la bienaventuranza de los santos, considerándola por último como *un estado de vida y de inmortalidad*.

Hablo de vida, y de una vida eterna, á unos hombres que nada temen tanto como perder una existencia que no es en realidad, segun la expresion de san Gregorio, sino una proliza continuacion de la muerte. Yo os veo ocupados continuamente en conservarla, por mas convencidos que estéis de que su duracion ha de ser muy corta. Ah! ¿podeis contar en el número de los bienes una vida que cada instante os la puede arrebatar, cuando ni aun contar podeis por seguro el momento presente sino despues que ya ha pasado? Yo recorro en mi imaginacion las diversas clases de prosperidad que hacen un papel tan lucido en la escena del mundo. Veo los atractivos que tiene la grandeza para deslumbrar, los deleites que acompañan á la abundancia, lo honroso que es tener una grande reputacion, el placer y entretenimiento que proporciona el trato de gentes. Contemplo el lustre y esplendor del monarca, el brillo y lucimiento del héroe, la libertad del ciudadano y las distinciones que se merece el talento. Entró en aquellas habitaciones dichas y apacibles en que todos los miembros de una familia parecen no tener sino una sola alma y un solo corazón, y veo

(1) II. ad Cor. c. 23. v. 4. (2) Psalm. 138. v. 17.

padres bien avenidos, hijos bien educados, grandes herencias, proyectos lisonjeros, colocaciones ventajosas, una suerte feliz en todo, una estimación general; y sin atreverme á responder de la realidad del cuadro que acabo de bosquejar, quiero suponerle aun mas perfecto. Me paro á mirarle por un momento... mas ah! no me es posible fijar en él mi atención. Esta primera idea de una felicidad tan lisonjera me arrastra inevitablemente á la idea del hombre en quien toda ella se refunde. Advierto que este hombre es mortal; desde luego comienzo á dudar de su estabilidad, y á la duda se sigue la certidumbre de que no gozará de su dicha por largo tiempo. Un cortísimo número de años produce necesariamente mudanzas de gran consecuencia: una amarga separación entre los que se hallaban unidos con los vínculos mas estrechos; un despojo total de unos bienes en que se fundaban las esperanzas del porvenir; un abatimiento de vejez y de achaques consiguientes á ella que vienen á destruir la fuerza y lozanía de la juventud. Tristes resultados! El campo se presenta hermoso: sus calles y avenidas frondosas y risueñas, lisonjean la vista del que se lanza á la carrera; ¡pero cuán horrible es la perspectiva inevitable que le termina! ¡Siempre la funesta imagen de la muerte!!!

¿A qué pues se reduce esa supuesta felicidad de la vida, cuando para gozarla se hace preciso separar de ella la idea de la vida misma? Ser feliz sin poder estar seguro de vivir, vivir sin poder jamás llegar á ser feliz; tal es, humanos, vuestra situación en este mundo, donde el bien que se posee es un presagio infalible de la aflicción que se os prepara, pues que esta felicidad se ha de acabar. Pero fijad vuestra consideración en el cielo. Allí y solo allí ha posado de asiento la verdadera felicidad. Los santos que gozan de ella están seguros de que siempre la gozarán. Para ellos lo pasado nada ha tomado de lo presente, ni lo presente de lo porvenir. La eternidad toda entera les pertenece; y como esta no puede tener término, tampoco puede tenerle su dichosa suerte. Idea es esta tan magnífica y satisfactoria, que la fe se sirve de ella para alentar á los justos á merecer las divinas remuneraciones, poniendo ante sus ojos la dulce perspectiva de una vida eterna! *Regnabunt in sæcula sæculorum* (1).

(1) *Apocal. c. 22. v. 5.*

Mas ¡ay amados oyentes míos! Yo abro á vuestra vista aquella morada celestial que el profeta llama la tierra de los vivientes (1), y veo que vosotros vivis placenteros en esta region en donde habita la muerte. Ofrezco á vuestros deseos aquella herencia que el apóstol san Pedro os representa incorruptible é incontaminada (2), y os veo apegados á unos bienes que estáis próximos á perder. Convido á vuestros corazones á que se alimenten de aquella esperanza que el Sabio asegura estar llena de inmortalidad (3), y veo que el estrecho círculo de algunos años abraza hoy todas las vuestras. Excito vuestra alma á ocuparse de aquel dia para vosotros tan dichoso, cuya gloria eterna anuncia Daniel á los justos (4), y veo que todo vuestro ser se halla embargado en unos placeres efimeros y pasajeros. Por mí, católicos, yo siento con estas ideas encenderse en mi corazón el amor á esa vida real é imperecedera que los santos disfrutaban en la mansión divina. El íntimo sentimiento de mi existencia, el deseo natural de conservarla, la seguridad de su duración inmortal, la persuasión de que puedo vivir eternamente feliz, hacen en mí una impresión cuya viveza no puedo describir. Oh! ¡que no me sea lícito pasar inmediatamente á esa existencia eterna para poder desde allí desafiar á la muerte!

Y bien, católicos, á vista de esta eternidad de reposo, de gloria y de vida, ¿no comprendéis el gran consuelo y la satisfacción que proporciona esa religion que os la propone? ¿Pueden concebirse sentimientos y afectos mas nobles y generosos que los que ella inspira á los que forma segun su espíritu? ¿Quiénes son á vuestro juicio los que poseen mayor grandeza de corazón? los que limitan su ambición á unos objetos tan insubsistentes como ellos, ó los que miran con desprecio todo cuanto no es inmortal como esperan serlo ellos mismos un dia? ¿los que desean conquistar el cielo, ó los que sacrifican el cielo por conquistar la tierra? ¿los que hacen los mayores esfuerzos por existir en la memoria de los hombres durante algunos siglos, ó los que á nada ménos aspiran que á existir eternamente en la mansión del mismo Dios? ¿los que se hallan entretenidos con el mundo sensible y material, ó los que únicamente piensan en la eternidad? Las almas verdaderamente dignas de la

(1) *Psalm. 26. v. 13.* (2) *I. Petr. c. 1. v. 4.* (3) *Sap. c. 3. v. 4.*

(4) *Dan. c. 12. v. 3.*

sublimidad de su origen y del fin á que están destinadas son únicamente las que, bajo el modesto velo de la separación y del desprecio del mundo, vencen todos los obstáculos que él opone á su virtud; las que sufren en la tierra con firmeza y constancia todos los contratiempos y reveses, porque no conocen otra felicidad que la del cielo. A esta aspiraron los santos. Por lograrla sacrificaron sus pasiones, domaron sus apetitos, vencieron al mundo, al demonio y á sí mismos; y triunfando con las armas de la fe de todos los enemigos que se oponían á su salvación, hiciéronse dignos de una eternidad de reposo, de una eternidad de gloria, y de una eternidad de vida que no les será quitada mientras exista Dios.

Ambicionemos pues, católicos, esta bienaventuranza; emprendamos el camino de aquella Jerusalem celeste en donde están escritos nuestros nombres. No somos allí huéspedes, sino conciudadanos de los santos, domésticos de Dios, sus herederos y coherederos con Cristo de su misma gloria. La fortaleza nos franqueará las puertas de aquella ciudad, y la confianza nos abrirá paso hasta el trono del Eterno. En él gozaremos de aquella imperturbable dicha que constituye el galardón prometido á los que siguieron las huellas del Cordero y lavaron sus estolas en su sangre preciosísima. Peleemos pues con denuedo contra nuestros adversarios espirituales, seguros de que Dios que nos ve, no dejará sin recompensa nuestro valor. Estemos siempre prontos á ejecutar la voluntad del Señor con recta intención, con fe firme, con esperanza robusta, con perfecta caridad, observando todos los divinos preceptos con simplicidad de corazón, procurando que nada en nosotros falte para ser perfectos modelos de virtud y santidad. Estas son las huellas que nos dejaron trazadas los justos al volverse al seno de Dios, para que caminando por ellas nos hiciésemos dignos de su misma bienandanza. ¡Plegue al cielo que así lo hagamos! ¡Quiera el Señor que no sea para nosotros infructuoso el ejemplo de los que nos precedieron en la lucha!

Santos conquistadores! Atletas invencibles! ¡Moradores dichosos de la Jerusalem esposa del Cordero! Escuchad hoy los ruegos de los que todavía peregrinamos en esta mansión de quebranto. Somos viadores, y caminamos hácia la patria común de los predestinados; pero encontramos á cada paso escollos que entorpecen nuestra marcha. Tendednos una mano

auxiliadora, vosotros que libres ya de los peligros de la mortalidad, nada teneis que temer de un mundo á quien no pertenecéis. Presentad vuestros ruegos ante el trono de Dios en cuya presencia os gozais, para que fortaleciendo nuestra debilidad, nos haga expeditos para correr de virtud en virtud, hasta llegar á la cima del monte santo de Sion, en donde en vuestra compañía podamos cantar el himno de victoria por los siglos de los siglos.

SERMON

PARA EL DIA

DE TODOS LOS SANTOS.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Hi qui amicti sunt stolis albis, qui sunt, et unde venerunt? Et dixit mihi: hi sunt, qui venerunt de tribulatione magna.

Estos que están vestidos con estolas blancas, ¿quiénes son, y de dónde han venido?... Y me dijo: estos son los que han venido por medio de una grande tribulación.

Apoc. c. 7. v. 14.

Señores; no puede estar mas claro y terminante el oráculo divino, ni mas conocida y expresa la intencion de la iglesia, celebrando hoy la festividad de todos los santos. En un punto quiere esta santa madre reunir los méritos de todos sus hijos y poner en íntima relacion todos sus miembros: los de la iglesia triunfante presentándonos su gloria y señalándonos el camino por donde á ella subieron; los de la purgante diciéndonos sus penas y excitando nuestra compasion por ellos; y los de la militante, que somos nosotros, celebrando á aquellos y pidiendo su proteccion; doliéndonos con estos, enjugando sus lágrimas y mitigando sus aflicciones con nuestros sufragios. Hé aquí la economía divina de la santa iglesia; hé aquí un grande pensamiento, que solo le ha podido ser inspirado por el espíritu de la Sabiduría divina, que siempre la dirige y preside.

A nuestra vista despliega hoy aquel magnífico lienzo que vió san Juan, y nos refiere en el lugar citado del Apocalipsis. Aquella hermosísima pintura de la gloria hecha ante sus ojos por el pincel del mismo Dios, ó mas bien realidad descubierta misericordiosamente para su premio y encanto, y para utilidad y estímulo de los fieles, cuando elevándolo el Señor fuera de sus

sentidos y mas allá de la comun inteligencia, recorrió el velo misterioso que oculta á los ojos mortales el *Sancta Sanctorum* verdadero y real, donde habita el Excelso rodeado de todos los asistentes, grandes dignatarios, amigos y cortesanos del cielo, con mayor ostentacion y grandeza que todos los soberanos de la tierra juntos; y en tanta y tan sublime y resplandeciente gloria, que ningun ojo humano la pudiera ver ni soportar.

¿Veis ese astro luminoso en medio del universo, colgado del cordon de la omnipotencia, y que da vida y salud á toda la naturaleza? ¿Veis ese otro que recibe agradecido, cual dependiente doméstico, una parte de sus resplandores para esclarecer el turbion de la noche? ¿Veis ese sin número de antorchas que solo Dios cuenta y sabe llamar á cada una por su nombre? ¿Veis esa tachonada atmósfera vestida de azul tan encantador, tan sublime y poético? Pues esas son todas las galas y adornos que podemos ver de la exterior portada del palacio celestial. Su estructura, su magnificencia interior, las galas, officios y órden de sus moradores, nos lo va describiendo todo por menor el mismo apóstol profeta. Ciento cuarenta y cuatro mil señalados de entre todas las tribus de Israel, á quienes no es dado herir ni dañar, vió allí san Juan, ademas de los coros de ángeles y de otra gran trópa que nadie podia contar, compuesta de todos los pueblos, lenguas, tribus y naciones, todos en pié ante el trono y en presencia del Cordero, cubiertos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos, clamando todos: «Salud á nuestro Dios, que está sentado sobre el trono, y al Cordero: y todos los ángeles estaban en derredor del trono, y de los veinte y cuatro ancianos y de los cuatro animales simbólicos; y todos cayeron sobre sus rostros ante el trono, y adoraron á Dios: bendiccion, y claridad y sabiduria, y accion de gracias, honor y virtud y fortaleza á nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amen.»

Y siguió san Juan refiriendo su vision, y dice que uno de los ancianos le hizo entender que aquellos que se hallaban vestidos de estolas blancas, habian venido de una grande tribulacion, y lavado sus estolas y blanqueádoles en la sangre del Cordero: *Hi sunt qui venerunt de tribulatione magna.*

Pero quiénes son estos? Ah! Hermanos nuestros, hijos del mismo padre Adán pecador, formados del mismo barro, y vestidos de las mismas pasiones y miserias que nosotros. ¿Pues

qué, pensabais que no? ¿los teniais por descendientes y bajados del tercer cielo, habitantes en otra region mas pura, rodeados de ménos peligros, enriquecidos con otros privilegios, sostenidos con otras gracias, y alistados en otras banderas? Pues no. Os engañabais. Hijos de Adan pecador y pecadores, ellos tuvieron que pelear una buena pelea, como el Apóstol, y que llevar en su carne las mortificaciones del Salvador. Pero fueron pobres de espíritu, y humildes, pacíficos, misericordiosos y puros, lloraron en este mundo, tuvieron hambre y sed de justicia, y fueron perseguidos: en una palabra, los santos salieron del mundo para enseñar al mundo el camino del cielo.

A todos ellos se dirige y consagra la presente festividad, y á todos nosotros se nos ofrece y presenta su ejemplo y proteccion. Esta sublime idea de la santa iglesia es un gran consuelo para sus fieles hijos, porque viendo á sus hermanos en tan alto grado de gloria, se estimulan á imitarlos, y cuando se desalientan por las dificultades que al parecer ofrece la virtud perfecta, se animan con la esperanza de ser auxiliados por los que les dan el ejemplo. En una palabra, nos propone hoy la Iglesia: 1.º La imitacion de los santos; 2.º La proteccion de los santos.

Virgen purísima, Madre de Dios, reina de todos los santos, tú fuiste para todos la perpetua abogada y protectora durante la peregrinacion del mundo: pide hoy por nosotros ante el tribunal de la gracia como nuestra patrona y madre: alcánzame á mí la que necesito para alentar á los cristianos en la imitacion de los santos, miéntas te saludamos con reverencia y filial ternura. *Ave Maria.*

Si explanamos hoy nosotros las grandes ideas que concibe la iglesia para celebrar la festividad de los santos, habremos entrado completamente en sus intenciones y comprendido bien los términos en que nos dan y suministran ellos sus heróicos ejemplos. La iglesia ha creído con toda exactitud que no podía llenar mejor su intento, sino tomando del Evangelio las lecciones luminosas y divinas que el Salvador se dignó dar á sus discípulos, cuando en aquel sublime sermón del monte habló con todos y les manifestó clara y terminantemente los medios y caminos que hay en su santa ley trazados para subir á la pose-

sion de la bienaventuranza, exponiéndolos con tan elocuente sencillez, que desde luego quedaban al alcance de los mas rudos. Detengámonos en su inteligencia y explicacion primero, y apliquémoslos despues á las diversas jerarquías de los justos; y veremos si acaso es para nosotros mas difícil la empresa que lo fué para ellos.

Ya se sabe por el oráculo divino y por la razon que ninguno puede servir á un tiempo á dos señores, y que por lo mismo es imposible servir á Dios y al mundo á la vez; así pues, el que aspira al servicio de Dios y á conseguir su gloria, debe renunciar de hecho y de corazon todo lo que el mundo tiene de mas halagüeño y encantador; y no poseyendo nada, por lo ménos en su corazon y afecto, se podrá decir que es realmente pobre de espíritu. A este es á quien se le señala por premio el reino de los cielos, que es el complemento de la santidad; y se le señala ántes que á los otros, porque á decir verdad, su alma siempre fué de Dios y solo de Dios. A este desprendimiento va unida precisamente la humildad que, segun el padre san Agustin, es el sólido cimiento de todas las virtudes, y con ella se enlaza y hermana en indisoluble vínculo la mansedumbre y paz del corazon, que tranquilo y contento con el servicio de Dios, por nada se afana y en nada se envanece, porque todo lo desprecia, empezando por sí mismo. El que llega á este estado, puede creer sin vanidad que ha llegado á la perfecta imitacion de Cristo; puesto que este Señor lo que quiere que aprendamos de su escuela es la práctica de estas virtudes: *aprended de mí, dice, que soy manso y humilde de corazon.* A estos promete el Señor, en segundo lugar, la bienaventuranza, diciendo que poseerán la tierra prometida, esto es, la gloria. *Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum caelorum:* bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos, dice Jesucristo, lo primero; y luego inmediatamente añade: bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra: *Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram.*

Pasa adelante el Salvador en su inefable doctrina y dice: bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados; *Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur.* ¿Y quiénes son estos? indudablemente los pobres de espíritu y los humildes, á quienes el mundo desprecia y tiene en nada; porque ellos á su

vez tambien desprecian y tienen en ménos todo lo que el mundo posee y puede dar á sus amadores. Sus deseos únicos, sus anhelos todos son por la virtud sólida, por la salvacion, por su Dios; y de aquí sale otra categoría y rango de justos, que el Salvador señala. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos. ¿Y en dónde? En la morada de la justicia, en donde solo esta mora y habita; en la gloria. *Beati qui esuriunt, et sitiunt justitiam, quoniam saturabuntur.*

Sin embargo del desprendimiento de las cosas del mundo y su desprecio, que caracteriza á los dos primeros rangos, y el deseo y ansia por las del cielo, que señala á los dos segundos, hay otros que, si bien vuelven la cara hácia el cielo y desdeñan las cosas de la tierra, no por eso dejan de mirar á las personas, á las almas de sus prójimos y hermanos, que están en ella para compadecerlos y tratarlos con indulgencia, compasion y misericordia: de estos dice tambien Jesucristo, que son bienaventurados, y que alcanzarán misericordia: *Beati misericordes, quoniam ipsi misericordiam consequentur.*

Unida y como identificada con esta virtud está la sencillez y pureza del corazon, porque ¿quién mas puro y sencillo, quién mas candoroso y angelical que aquel que teniendo su espíritu adherido á Dios y separado del mundo, de ese mundo fatal que le desdeña y aun persigue, todavía se compadece de él y le hace bien? Esto es, cristianos, lo mas sublime y encantador que tiene la virtud: por esto les llama el Salvador bienaventurados, y les promete en recompensa que ellos han de ver á Dios: *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt.*

Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios, sigue Jesucristo. *Beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur.* ¿Y cómo no? Nuestro Dios es el Dios de la paz, y no solo son sus hijos necesariamente los pacíficos, sino que lo son solamente ellos y no otros. La disension, la discordia y la guerra son propiedad exclusiva de los hijos de Belial; los hijos de Dios tienen por patrimonio la paz, el sosiego y el reposo del alma, que nada desea, ni quiere, ni ambiciona, sino á Dios.

Pero como el mundo es siempre enemigo de la virtud verdadera, como esta le reprende mudamente sus necedades, sus

vicios, sus locuras y desórdenes, él está de continuo en actitud hostil contra la misma virtud y contra los que la siguen y practican; y hé aquí la última categoría y clase de justos, á quienes anuncia el Salvador la bienaventuranza. *Beati qui persecutionem patiuntur propter justitiam, quoniam ipsorum est regnum caelorum:* bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Y ved aquí tambien caracterizados los santos en el Evangelio y por la divina palabra de Jesucristo, en los mismos términos que lo hizo el ángel á san Juan en el Apocalipsis, segun yo lo presenté al principio: *hi sunt qui venerunt de tribulatione magna.*

En una palabra, los santos son pobres, humildes, mansos, tristes y llorosos en el mundo; pero compasivos, misericordiosos, sencillos, puros de corazon y pacíficos, siempre perseguidos y desechados del mundo, con cuyos vicios contrastan su vida y sus virtudes. ¿Y qué, no los estais viendo? No oís lo que de ellos canta hoy la iglesia? Los que abandonaron el mundo, sus riquezas y halagos, y cuanto él ofrece, por encerrarse en un claustro, retirarse á un desierto, y allí gemir bajo los rigores de la austeridad y penitencia, quedándose pobres, aunque eran ricos; los anacoretas, los cenobitas de que en algunos siglos se poblaron los desiertos; ¿no reciben ahora el premio de su pobreza, el engrandecimiento de su humildad, la corona de su mansedumbre, el consuelo de sus lágrimas en la gloria y alegría eterna de su Dios? Los ilustres confesores de Cristo, que fueron tan firmes en su fe y tan generosos de su propia sangre, que la derramaron en los tormentos y martirios, despues de haber andado de mil modos perseguidos, ¿no los veis ahora disfrutando el reino de los cielos que se les habia prometido? Las delicadas vírgenes, siempre retiradas, siempre en oracion y vela de su tesoro, siempre en guardia de sus sentidos, siempre dispuestas, esperando al Esposo celestial, venciendo al demonio, luchando con el mundo y las pasiones y triunfando de sí mismas, ¿no gozan ya de la vision de Dios, que es el galardón ofrecido á la pureza? Los pastores de las almas, que compadecidos de las ajenas miserias, se afanaron por ganarlas, los que repartieron sus bienes á los indigentes, los que aun humillados, perseguidos y llenos de ultrajes perdonaron, hicieron siempre bien y nunca mal, ¿no gozan ya

en la gloria el consuelo y la felicidad que aquí dispensaron á otros?

¿Pues acaso quiénes son los santos? ¿De dónde han venido, ó por mejor decir, desde dónde subieron al cielo? De aquí indudablemente, de entre nosotros, de este mundo. Los confesores, los mártires, las vírgenes, los anacoretas, los santos todos fueron como nosotros, hijos de Adán, llevaron nuestra carne, sufrieron nuestras fatigas y miserias, y tuvieron que pelear con los mismos enemigos y que vencer las mismas pasiones que nosotros. El mismo libro sagrado del Apocalipsis y el mismo san Juan que vió la vision de la gloria nos dicen, que aquellos ciento cuarenta y cuatro mil que llevaban la señal del Cordero se habian reunido de todas las tribus de los hijos de Israel. Y si no, ¿no sabeis que hasta nuestros nombres son los de ellos, nuestros oficios y destinos los que ejercieron y desempeñaron, nuestros pueblos donde nacieron y nuestras casas en que habitaron? Pues bien, señores; si de entre nosotros salieron los santos para ir al cielo, si de todos los reinos y naciones los hay, si todos los estados, clases, edades y condiciones los tienen, y si hoy en fin se nos presentan ellos y sus virtudes se nos recuerdan, y sus méritos se nos ofrecen, ¿cuál será nuestro deber? ¿Cuál la leccion que aprendamos? No otra que la imitacion de sus virtudes. Ellos no hicieron otra cosa que observar puntualmente el Evangelio; si le observamos tambien nosotros, indudablemente seremos santos como ellos.

Cuando se trata en el mundo de acciones heróicas, de aprender una ciencia ó un arte cualquiera, la resolucion mas animosa y valiente del amor propio, en lugar de acobardar, estimula á los hombres á que se esfuerceen sobre sí mismos para igualar á los otros, diciendo: « esto ó aquello ¿lo hace un hombre? Pues ¿por qué no lo he de hacer yo? » Lo mismo ni mas ni ménos es lo que exige de nosotros la imitacion de los santos. Y puesto que entre ellos hubo algunos que fueron pecadores ántes, hasta el exceso y el escándalo, y despues penitentes hasta el asombro, como un san Pablo, un san Agustin y una Magdalena, no debe acobardar á nadie su vida pasada, si la enmienda como estos, y repara con usuras sus quiebras. ¿Por qué no podré yo hacer lo que estas y estos? Hé aquí, cristianos, la estimulante pregunta que os debeis dirigir á vosotros mismos,

cuando reflexioneis sobre las virtudes de los santos y sobre la necesidad de imitarlos. Si las vírgenes del Señor guardaron sus sentidos con cien candados para que no entrase por ellos la corrupcion á su alma, si mortificaron su carne y castigaron su cuerpo hasta reducirlo á servidumbre, como el Apóstol, para que no se rebelase contra el espíritu, ¿por qué no podremos nosotros hacer lo mismo y seremos vírgenes? Si los anacoretas dejaron al mundo, se fueron al desierto para seguir á Jesucristo, ¿por qué no podremos dejarlo tambien nosotros? Si los confesores y mártires no temieron los tormentos, y dieron su vida generosamente ántes que faltar á los deberes de cristianos, en llegando el dia de la prueba, ¿hay razon para que no los imitemos nosotros? ¿Queremos llegar á la gloria que ellos? Pues no es otro el camino que el de imitarlos, dice san Agustin. El mismo Jesucristo, dice este santo Padre, fué el que ademas de exhortar á los mártires con su divina palabra, los afirmó tambien con su ejemplo. Nosotros pues tenemos uno y otro, el de Jesucristo y el de los santos: no hay mas remedio que imitarlos, y entónces santos seremos.

Pero aun tenemos todavía en nuestro favor y para conseguirlo otro auxilio que nos ayude y dé fortaleza; este es el de la proteccion de los mismos santos, que es el segundo motivo de la presente festividad, y el objeto asimismo de mi

SEGUNDA PARTE.

Dije al principio, señores, que la santa iglesia, estableciendo la solemnidad de este dia, quiso dar á sus hijos la idea grande y sublime de la divina sociedad á que pertenecen, presentando bajo un solo punto de vista toda la misma iglesia íntimamente enlazada por los dulces vínculos de la caridad. En relacion pues estamos los de la iglesia militante con los de la paciente, puesto que Dios acepta y recibe á favor y en beneficio de ellos las obras buenas que nosotros hacemos: en relacion tambien estamos con los de la triunfante, porque Dios se compadece de nuestras miserias y desgracias, por sus méritos, su intercesion y sus ruegos; y los del purgatorio vice-versa están en relacion con nosotros ahora para recibir auxilios, y mañana lo estarán para pagárnoslos como obra de gratitud y de justicia; y los de la gloria en fin tambien están con nosotros en comunión reci-

proca, porque pagan la devocion y afecto que les tenemos con su liberal y benéfica proteccion. Hasta el mismo Jesucristo, que es la cabeza invisible de todo el cuerpo de la iglesia, pide y supplica incesantemente al Padre, con gemidos inenarrables, por nosotros: estas proposiciones son otras tantas verdades y dogmas de fe católica, expresos en las santas Escrituras, transmitidos uniformemente por los padres y la tradicion, y enseñados y decididos en los concilios. Verdades! Pero ¡qué sublimes, qué importantes, qué consoladoras! ¡Quién desconfiará ya de ser santo con tantos y tales intercesores!

¡Oh religion católica! ¡oh religion santa de Jesucristo! ¡oh religion divina! solo tú eres la que ha proporcionado á los mortales tantas ventajas; la esperanza consoladora de ser algun dia ciudadanos del cielo, domésticos de Dios, y compañeros de los santos; y ahora en la vida presente ser ayudados de sus méritos, consolados con su proteccion y escudados con su defensa. ¿Qué tenemos ya que temer bajo el amparo de tales y tantos protectores, dice san Bernardo? Ellos saben los peligros que nos cercan, los obstáculos que se nos oponen, los enemigos que nos persiguen para retardar é impedir que entremos en el camino de la gloria: porque saben quiénes fueron los que se lo impedian á ellos; y siendo tan poderosos y teniendo ante Dios tanto valimiento y gracia, es indudable que nos alcanzarán la victoria de todos. ¿Es posible dudar de su solicitud y de su distinguido amor hácia nosotros? Los que durante su vida mortal se ocuparon tanto en la salvacion de las almas, los que velaron noche y dia por apacentar el rebaño de Cristo con sus doctrinas y ejemplos, ¿no cuidarán en el cielo de procurarles auxilios, armas y valor para el vencimiento de sus enemigos? No lo dudeis, cristianos; los santos son nuestros amigos, nuestros hermanos, y nadie como ellos se interesa en nuestro bien.

Pero aun hay otra reflexion que hacer para asegurarnos de su proteccion indudable y poderosa. El dogma católico de la comunión de los santos es el apoyo mas firme de esta proteccion. La iglesia cree y enseña á creer que aun en esta vida participan los fieles de las buenas obras que hacen sus hermanos, y que entre todos hay una comunicacion íntima y recíproca de méritos y de gracias contraídas ante Dios: pues bien, sube de punto y crece inmensamente esta participacion, cuando ya los que adquieren las gracias están libres de toda imperfeccion, de

todo peligro de pecar y desmerecer por una parte, y por otra no necesitan nada para sí, porque ya gozan y poseen el sumo bien, y están en el caso de cederlo á nosotros: con que, cristianos, sabed que los santos son validos de Dios, piden gracias al Señor, las obtienen, no las necesitan; luego son para nosotros.

Hay mas todavía. Enseñan los padres de la iglesia y los teólogos católicos, que el Señor concede en el cielo á los santos, como parte de su gloria accidental, el que vean y sepan el estado de los suyos en este mundo para que le pidan por ellos; pues el Señor quiere ser rogado. El sumo Pontífice ve desde la gloria el estado de la iglesia, el rey el de su reino, el padre el de su familia, el superior el de sus súbditos, y en fin cada cual el de aquellos que le pertenecen. Tan virtuosos, tan justos, tan caritativos como son, ni siquiera necesitan que les advirtamos en nuestras necesidades para pedir á Dios por nosotros y para nosotros el remedio; ¿y no pedirán y no conseguirán el mayor bien que necesitamos y nos interesa, que es el de nuestra salvacion, y el de que llegemos á acompañarlos allí, como ellos nos acompañaron en este mundo? Oh! No!

La santa iglesia es justamente esto lo que se propone en la festividad de este dia: los santos salieron del mundo como saldremos nosotros; vencieron al mundo como le podemos vencer nosotros, y fueron santos como lo seremos nosotros con su imitacion y su proteccion. Cada cual en su estado y en su clase debe proponerse por modelos para imitar y para protectores que invocar á aquellos santos que estuvieron en el mismo; que anduvieron igual camino y fueron rodeados de las mismas circunstancias, de los mismos bienes y de los mismos males; procuren hacer lo que ellos hicieron. No desconfíe, no dude, no tema; invóquelos, pídale y gane su proteccion con piedad y cariñosa devocion.

Sobre todo, cristianos, imitad, invocad, pedid y tened devocion á la Reina de todos los santos, para que nos proteja en la vida, nos ayude en la muerte y defienda en el juicio de Dios: *Regina sanctorum omnium, ora pro nobis*. Y con su proteccion el Redentor de los hombres será el que nos haga á todos santos y nos corone de gloria en la eternidad. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SANTO TOMAS APÓSTOL,

(DE TRONCOSO.)

Quia vidisti me, Thoma, credidisti: beati qui non viderunt et crediderunt.

Tú has creído, oh Tomas, porque me has visto: bienaventurados aquellos que sin haber visto han creído.

S. Juan, c. 20. v. 29.

Quando yo vengo á hacer el elogio de un apóstol, es decir, de uno de aquellos doce hombres portentosos escogidos por el Salvador del mundo para que fuesen como las doce puertas del templo de la verdad, segun la elegante alegoría de Ezequiel, por donde todo el universo debia entrar á la participacion de la gracia, tal vez juzgaréis inoportuno que funde mi discurso sobre una reconvenccion que á primera vista no aparece demasiado favorable á su fe. Sin embargo debo confesaros que he escogido de propósito el pasaje del Evangelio en que Jesucristo acusa la incredulidad de santo Tomas, como el mas á propósito para hacer brillar con nuevos resplandores su relevante mérito. ¡Cuánto mas hermosa aparece la luz del sol en un dia nebuloso, que cuando en un horizonte limpio y despejado hace gala de sus deslumbrantes rayos! Del mismo modo acontece á la fe. Bella sobre manera se ostenta en un alma que siempre creyó sin vacilar, aun cuando mil motivos de incertidumbre contribuían á hacerla desfallecer en sus creencias; pero todavía se muestra mas admirable en aquel que, si bien por algunos momentos cedió á una impresion de duda y per-

plejidad, sabe salvar todos los obstáculos, rasgar los velos que le impedian la vista del alma, y levantarse hasta la mayor altura de los misterios que enseña esa virtud divina.

No hay duda, católicos, que si solo se considera la incredulidad de nuestro ínclito apóstol santo Tomas segun lo que aparece, no nos es posible excusarla; pero mirada en sus efectos, ¿quién duda que estos no solamente fueron de suma utilidad para la fe y para la religion, sino que bastaron por sí solos para borrar para siempre aquella momentánea nota que hizo caer sobre su virtud? El gran padre san Gregorio no teme asegurar que la incredulidad del santo apóstol fué tanto mas provechosa á la fe de los demas discípulos, cuanto que dudando él, hizo que los demas se confirmasen en ella, removiendo de sus entendimientos todo obstáculo que pudiesen oponer contra lo que acababan de confesar. Oíd sus palabras: *Plus nobis Thomæ infidelitas ad fidem credentium discipulorum profuit; quia dum ille ad fidem palpando reducitur, nostra mens, omni dubitatione postposita, in fide solidatur* (1). Además, si como hombre débil se dejó arrastrar por un momento de un demasiado apego al testimonio de los sentidos; si en esto fué realmente culpable, como lo juzgan muchos santos doctores, á pesar del contrario sentir de san Ambrosio, san Agustín y san Cirilo, que atribuyen sus palabras mas bien á un extremado deseo de ver á su maestro que á una duda formal y positiva, ¿no se le vió inmediatamente confesar la divinidad del Salvador, y defenderla despues á costa de mil trabajos y de su propia vida?

Me he adelantado, señores, á hacer estas ligeras reflexiones antes de entrar en el fondo de mi discurso, porque hay desgraciadamente entre nosotros ciertos espíritus superficiales y nada reflexivos, que parando solamente la consideracion en aquellos defectos en que como hijos del primer culpable pudieron incurrir los santos, no profundizan las conseqüencias, ó mas bien parecen hacer completa abstraccion de sus virtudes para poder á mansalva hincar su venenoso diente en su vida, y hacerles aparecer ménos dignos del culto que les rinde el cristianismo. El cristianismo por el contrario, mas justo en sus fallos é imparcial en sus juicios, ni encubre los defectos, ni

(1) *Homil. 26 in Evangel. post med.*

abulta las virtudes; estas y aquellos los presenta bajo su verdadero punto de vista, y manifestándonos que sus héroes fueron capaces de pecar, para de este modo hacernos vivir en un santo temor y en una continua vigilancia sobre nosotros mismos, nos hace ver también que supieron resarcir sus pérdidas con mucho acrecentamiento, para que por este medio no desconfiemos de la misericordia del Señor, y sepamos que el mayor pecador puede llegar al apogeo de la santidad.

Fundado en estos principios, no dudaré proponeros al apóstol santo Tomas como un héroe de la religion, tanto mas digno de ser admirado, cuanto que si (permitiéndolo así el Señor) dudó por un momento de las verdades que le enseñara la fe, fué despues uno de los que con mas intrepidez las defendieron contra el furor de sus mas encarnizados enemigos. La incredulidad de santo Tomas, reparada con el mayor heroísmo, formará el asunto de mi discurso y de vuestra atencion.

Á vos, Jesus Salvador de los hombres, á vos pertenece ser hoy el panegirista de vuestro apóstol, pues que fuisteis el que con sola una palabra de vuestra divina boca le arrancasteis aquella confesion que tan provechosa ha sido para curar nuestra incredulidad. Hablad pues por mis labios, á fin que todo cuanto yo diga se refunda en gloria vuestra y mayor veneracion de nuestro santo. Aceptad la mediacion de vuestra Madre purísima que imploramos para el acierto, valiéndonos de aquellas sublimes palabras con que fué saludada en Nazaret por el ángel: *Ave Maria.*

REFLEXION ÚNICA.

Hasta llegar al punto principal del objeto de mi discurso, hay en la historia de nuestro insigne apóstol santo Tomas un espacio que debemos recorrer para mejor apreciar los hechos que constituyen su heroísmo. No es posible prescindir de aquella fe viva con que, llamado por el Salvador al apostolado, abandonó como los demás su barca, sus redes, su casa y su familia por seguir la vida abyecta y mortificada de su maestro. Tampoco es justo pasar en silencio el fervor especial con que se dedicó á acompañarle y servirle en todas sus expediciones, siendo uno de los que dieron pruebas mas positivas de su amor, de su constancia y de su fidelidad, aun despues que la mano

impia de Heródes sacrificó al Bautista al encono de una mujer invecunda; acontecimiento que sembró el terror entre los fieles, pero que no consiguió disminuir el número de los discípulos de Jesus. Pero el hecho que prueba mas indudablemente el carácter firme y decidido de santo Tomas, su grande fe y la magnanimidad de su corazon, fué aquel en que intimidados los demas discípulos á vista de la persecucion sangrienta de que era víctima su buen maestro, él solo se manifestó pronto á arrostrar con él todos los peligros y á participar de sus padecimientos. Acababan los judíos de dar un testimonio de su odio contra el Salvador, amenazándole con piedras porque habia declarado ser el Mesias prometido; habian jurado su exterminio, y buscaban una ocasion favorable para haberle á las manos, por lo que el Salvador juzgó prudente el retirarse hácia la parte opuesta del Jordan, en donde permaneció por algun tiempo (1). Avisado poco despues de que su amigo Lázaro se hallaba enfermo, proyectó volver á la Judea, á lo que los discípulos, acobardados por lo que poco ántes aconteciera, y temiendo por la suerte de su maestro, le dicen: «¿Cómo os atreveis á querer volver á Judea, cuando no ha mucho tiempo que los judíos quisieron apedrearos? (2).» En vano Jesucristo alienta á los tímidos discípulos. Estos no dejan de oponerse á su designio, manifestándole cuantas razones les sugiere su cobardía mezclada con el temor de ver comprometida la vida de aquel á quien tanto aman. Resuelto empero el Salvador á ir á resucitar á Lázaro, cuya muerte les declaró, levántase Tomas en medio de los demas discípulos, y lleno de un santo celo les dice como otro Matatías: «Vamos también nosotros, y si es necesario muramos con él (3).»

En vista de estos antecedentes, ¿quién hubiera llegado jamás á persuadirse que Tomas, tan pronto en seguir la voz de Jesucristo, tan fiel en acompañarle donde quiera que marchaba, tan fervoroso en ejecutar sus divinos preceptos, y tan animoso en insultar los peligros y la misma muerte por no apartarse de su lado, habia un día de vacilar en su fe, y resistirse á prestar asenso á lo que los profetas venian anunciando de largo tiempo y habia confirmado el mismo Salvador con sus oráculos? Pues así lo permitió la adorable Providencia para los

(1) Joan. c. 10. v. 31, 39 et 40. (2) *Ibid.* c. 21, v. 28. (3) *Ibid.* v. 16.

altísimos fines de su gloria. Ya el mediador eterno entre Dios y los hombres había consumado el gran sacrificio expiatorio por los pecados de todo el universo. Muriendo en una cruz, había satisfecho la divina justicia y dado cumplimiento á los preceptos del que le enviara al mundo. Dispersos los apóstoles y llenos de temor, lamentaban tan dura catástrofe, y no podían consolarse de la pérdida de su caro maestro. Entretanto los oráculos se habían cumplido, y el vencedor de la muerte y del infierno resucitó glorioso, saliendo del sepulcro y dejándose ver de su santísima Madre, de san Pedro, de la Magdalena y de algunos otros discípulos. Por donde quiera circulaba la fausta nueva de la resurrección, causando diversas impresiones en las almas á quienes llegaba. Los unos creían desde luego el hecho, los otros suspendían su asentimiento. En esta disposición se hallaban los discípulos en el cenáculo, cuando Jesucristo, penetrando en aquel sagrado recinto sin que se abriesen las puertas, les saluda, les muestra las manos y el costado, los llena de un gozo inefable, les infunde el Espíritu santo y les confiere la potestad de perdonar los pecados y de retener su absolución en caso necesario (1). Nuestro apóstol santo Tomas no se hallaba en aquel momento con los demás discípulos; mas no bien hubo llegado, cuando arrebatados de un santo placer, corren á él y le dicen: « ¡Hemos visto al Señor! (2). » ¿Quién no hubiera creído que una noticia tan fausta y lisonjera, dada nada ménos que por todo el colegio apostólico, por unos hombres veraces y que ningún interés podían tener en sorprender su credulidad, hiciera en el alma de Tomas una impresión fuerte y removiese de él todo motivo de duda? Pero ¡oh Señor! ¡Cuán incomprensibles son tus juicios! ¡Cuán investigables los caminos por donde conduces á tus siervos á los fines que te propones! Querías preparar á los hombres un antídoto precioso contra la incredulidad; querías hacer mas palpable el dogma de la resurrección; querías en fin que en ningún tiempo pudiese el mundo tener pretexto alguno ostensible para cohonestar su falta de fe, y te serviste de tu mismo apóstol para darnos las mas sublimes lecciones en este punto. Así es, Tomas duda de la resurrección del Salvador, á pesar de la aseveración formal de sus concolegas, que le dicen haberle visto y oído; protesta

(1) Joann. c. 20. v. 19 et seq. (2) Ibid. v. 25.

contra sus palabras; apela al testimonio de sus sentidos y dice: « ¡Interin no vea yo en sus manos la hendidura de los clavos, y no introduzca mi dedo en el agujero que en ellas hicieron, y mi mano en la llaga de su costado, no creeré (1). »

Oh Tomas! ¿es posible que así vaciles en tu fe? ¿Qué se ha hecho de aquella decisión con que un día desafiabas á la muerte por no faltar á la fidelidad jurada á tu divino maestro? ¿Has olvidado por ventura que las profecías todas están contestes acerca del grandioso acontecimiento de la resurrección de Jesús? ¿No le oíste á él mismo confirmar esta verdad en términos expresos? ¡Y juzgas ahora irrealizable lo que ántes creías sumamente fácil á la omnipotencia de Dios! ¡No te satisface el testimonio de tus hermanos, sino que quieres tú mismo ver y palpar lo que debieras desde luego creer!

Ello es, católicos, que nuestro apóstol no solo dudó, sino que, bien fuese por un exceso de deseo de ver á quien con tanto ardor había amado, como quieren algunos padres de la iglesia, ó bien por efecto de la natural desconfianza que engendra la noticia de un bien que con vivas ansias se apetece, segun juzgan otros, persistió en su primera idea de asegurarse por sí mismo de la realidad del hecho. Entónces fué cuando el Salvador, reproduciendo el primer milagro, volvió á entrar en el cenáculo á puertas cerradas, y dirigiéndose á Tomas le dijo: « Mete aquí tu dedo, y registra mis manos; mete la tuya en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel. (2) » Palabras sublimes! ¡Expresiones poderosas que bastaron para ahuyentar la desconfianza del discípulo incrédulo y hacer renacer en su alma toda su antigua fe! No bien Tomas ha escuchado la justa reconvencción de su divino maestro, cuando arrepentido de su infidelidad, prorrumpe en esta sublime exclamación, que es una confesión augusta de la divinidad: « ¡Oh Señor mio y Dios mio! » *Dominus meus, et Deus meus* (3). Que fué decir: « Yo os reconozco por el Unigénito del Padre, mi salvador, mi maestro, el mismo á quien me uní con la fe; á quien seguí movido de una sola insinuación de vuestros divinos labios; á quien he permanecido constantemente fiel, á pesar de mis momentáneas dudas; á quien he amado y amo mas que á todas las cosas: *Dominus meus, et Deus meus!* »

(1) Joann. c. 20. v. 25. (2) Ibid. v. 27. (3) Ibid. v. 28.

¿Quién no ve, católicos, en esta confesion de nuestro santo apóstol una reparacion la mas cumplida de su incredulidad? ¿Qué mas hizo el príncipe de los apóstoles despues de haber negado en el pretorio de un pontífice á su buen maestro? Ah! Si el padre san Agustin asegura que su infidelidad quedó perfectamente resarcida con aquella repetida aseveracion de que le amaba, ¿no deberemos juzgar lo mismo de santo Tomas, y decir que el Salvador se dió por satisfecho de verse llamado por él « Dios y Señor suyo » tan luego como le hizo reconocer su yerro? Nada importa que el divino maestro le dijese despues: « Tú has creído, oh Tomas, porque me has visto; bienaventurados los que sin ver han creído (1); pues como oportunamente observa el padre san Gregorio (2), la fe del santo apóstol en nada dependió del testimonio de los sentidos, en cuanto una cosa fué lo que vió y otra la que creyó. La divinidad no podia ser vista con los ojos de la carne: hacíase preciso un principio sobrenatural para elevarse á la creencia de los altísimos misterios que confesó. Él ve un hombre, y cree en un Dios; contempla unas llagas, y confiesa un ser infinito, eterno, inmortal y soberano, dueño de todo cuanto existe. Esta es una fe viva, generosa y digna de todo elogio.

Engrandezcamos, católicos, la misericordia de Dios, que tan maravillosamente se manifiesta en este hecho. No, no creais, dice el citado padre san Gregorio, que fuese un efecto casual el que aquel discípulo escogido por Jesucristo para ser uno de sus mas íntimos confidentes, testigo de todos sus prodigios y compañero inseparable en sus expediciones, no se hallase presente cuando por primera vez tuvo la dignacion de aparecer á los apóstoles en el cenáculo, y que viniendo despues oyese á sus hermanos, y oyendo dudase, y dudando palpase, y palpando creyese. Fué sí un acontecimiento dirigido por la providencia de aquel Dios clemente que se proponia curar las llagas de la humana infidelidad, haciendo que el discípulo leyese en las llagas de su maestro los testimonios auténticos de la divinidad. ¿Qué esfugio puede hallar ya la incredulidad de esos espíritus obstinados que se resisten á creer el dogma de la resurreccion gloriosa de Jesucristo, despues que este Salvador inefable vinculó al mundo una prueba tan decisiva en la

(1) Joann. c. 20. v. 29. (2) Homil. 26 in Evangel. post med.

persona de su santo apóstol? ¿Habrá quien á no estar dementado se atreva todavía á sujetar este grandioso acontecimiento al exámen de unos sentidos que se equivocan frecuentemente aun en las cosas mismas que caen bajo su dominio? ¿Hallaránse en el cristianismo hombres que como Tomas en los primeros momentos de su infidelidad digan: si no lo viere, si no lo palpase no lo creeré? ¿Será necesario que el Hombre Dios, renovando á cada momento los milagros de su misericordia, se haga visible á los incrédulos y les manifieste sus manos taladradas, sus piés traspasados y su costado abierto para convencerles de su error? Infelices si tal pretendiesen! Si permitió que Tomas dudase, fué para que ninguno en lo sucesivo pudiese dudar; si quiso que Tomas viese lo que ver no debia, fué para que ninguno despues de él osase desear satisfacer la curiosidad de un sentido que en manera alguna se amalgama con la fe; si dejó que Tomas palpase sus sacrosantas heridas, fué para que esto sirviese de ejemplo, al par que de una justa reconvencion á los que en los tiempos por venir opusiesen la menor dificultad á la verdad de este augusto misterio. Por eso añadí: ¡ Bienaventurados los que no vieron y creyeron! A nosotros se dirigen estas palabras, continúa el mencionado doctor (1); á nosotros, que sin haber contemplado en carne mortal al Salvador del mundo, permanecemos firmes en la creencia de su divinidad. ¡ Bienaventurados pues los que no vieron y creyeron; los que dóciles á la doctrina de la iglesia, órgano infalible de las eternas verdades, renuncian á sus sentidos y se adhieren firmemente á lo que esta madre sábia les propone por objeto de su fe! ¡ Bienaventurados los que no vieron y creyeron! ¿Y cómo pudiéramos gloriarnos de nuestra fe, si solo asintiésemos á aquellas cosas que no ofrecen repugnancia alguna con los principios naturales? ¿De qué nos serviría sujetar nuestro entendimiento á aquellas verdades que se deducen fácilmente de la contemplacion de las obras del Criador, si en aquellas que en manera alguna podemos conocer por induccion, manifestásemos duda y perplejidad, una vez que ya por medio de la revelacion nos hayan sido enseñadas como ciertas é infalibles? Ah! léjos de nosotros, cristianos, toda especie de incredulidad. Sometámonos gustosos al yugo de la fe, que si bien nos pro-

(1) S. Gregor. loc. cit.

pone objetos superiores á nuestra razon, no son empero contrarios á ella. Nuestro obsequio es muy racional, dice elocuentemente san Pablo; solo aquellos que tienen un interes directo en engañarse y engañar á sus semejantes, se atreverán á decir lo contrario. No los escuchemos; fijemos nuestra consideracion en nuestro ínclito apóstol santo Tomas; aprendamos en él á conocer nuestra debilidad, y reconozcamos de lo que somos capaces si el Señor nos abandonase por un momento á nuestro propio juicio. Sirvannos sus dudas para afirmar nuestras creencias; aprovechémonos de su error para abjurar los nuestros; y que su fe, despues de su caída, sea un motivo poderoso para afianzar la nuestra sobre los indestructibles principios de la revelacion, con exclusion omnímuda de todo testimonio exterior.

Oh! ¡cuán grande fué en efecto la fe de Tomas desde aquel momento, en que herido de las palabras del divino maestro, le confesó públicamente por su Dios y señor! ¡Con qué ardor se consagró á propagarla y á defenderla de los ataques del judaísmo y de la idolatría! Yo le veo salir del cenáculo en el gran día de Pentecostés, ardiendo en celo por la gloria de Jesus, todo lleno del Espiritu santo, y predicar ante el pueblo de Jerusalem su divinidad, sin temer la venganza de unos jueces que poco tiempo hacia le habian condenado como á malhechor, sin acobardarse por las amenazas de unos sacerdotes que acababan de delatarle como á perturbador y blasfemo, sin que le intimidase la presencia de unos verdugos por cuyas manos corria todavia la sangre del Justo. Yo le veo recorrer toda la Judea, introducirse en las ciudades, penetrar en las sinagogas, convocar al pueblo, al sabio, al ignorante, al pobre, al rico, á la mujer, al niño, y predicar á todos que aquel Jesus que como á reo de estado habian crucificado en Jerusalem, era el Mesías anunciado en los profetas, el Cristo, el Salvador, el Dios esperado por Israel para obrar la redencion de todo el mundo. Déjase inferir con qué unción hablaria de su resurrección gloriosa; con qué energía se opondria al error de los que de ella dudasen, habiendo sido testigo tan singular de aquel acontecimiento sorprendente. Ninguno mejor que santo Tomas podia decir á aquellas gentes obstinadas é infieles: Yo os anuncio un dogma que se resiste á vuestras carnales inteligencias, porque, enteramente materializados, habeis degenerado de la antigua fe de vuestros

padres; empero yo que por un momento dudé; yo á quien tambien era repugnante asentir á ello, si no me confirmaba por mis propios sentidos; yo he sido testigo ocular de este prodigio. Mis ojos han visto, mis manos han palpado á ese Hombre Dios, libre ya de las ataduras de la mortalidad, triunfante de la corrupcion del sepulcro y revestido de la gloria de su Padre.

Pero no era bastante para su celo el corto campo que le ofrecia la Palestina. Cuando un rio ha sido instantáneamente atajado por la presa, busca impaciente un sitio por donde respirar; sus olas braman, y chocando unas con otras, se disputan á porfia el momento de salvar la valla que las detiene; logran por fin romper el dique: entónces, corriendo con un ímpetu irresistible, todo lo arrastran en pos de sí. Del mismo modo nuestro celoso apóstol, limitado al estrecho círculo de la nacion judía, deseaba con ansia volar á otro terreno mas á propósito para satisfacer sus deseos de extender el imperio de la fe. Los encontrados choques que experimentaba su corazon le tenian en continuo padecimiento. Llegó por fin el dia en que los apóstoles se dividieron entre sí el universo para ir cada cual á derramar la semilla evangélica á aquella porcion que le cupiera en suerte. Entónces fué cuando Tomas, derramándose á manera de torrente por aquellas provincias sometidas á su celo apostólico, obró prodigios de heroísmo que manifestaron bien la fe colosal de que se habia llenado su alma despues de su momentánea infidelidad.

Seguid sus pasos y le vereis dirigirse hácia las regiones de oriente, en donde teniendo ocasion de hallarse con los tres reyes que en los dias del nacimiento del Mesías fueron á ofrecerle sus dones á la gruta de Belen, les refiere todo lo acaecido en Jerusalem respecto de aquel divino Salvador; les reengendra con las aguas saludables del bautismo y les asocia á su ministerio. Así lo afirma una tradicion que se remonta á los tiempos apostólicos (1). Seguidle, y le vereis recorrer la Etiopia y la Abisinia, evangelizar al partho, al medo y al persa; predicar en los pueblos de Carmania, de Hircania y de Bactriana; penetrar en la India, en la China y hasta en la isla de Zeylan, como lo aseguran los hombres mas eruditos y respetables, fundados en documentos nada sospechosos y en todos conceptos dignos de

(1) Croisset. Año cristiano, día 21 de diciembre.

fe (1). ¡Que no pueda yo representaros á Tomas trabajando dia y noche en la conversion de aquellos pueblos sentados en las sombras de la muerte, á donde jamas habia penetrado el menor rayo de aquella luz que habia venido á iluminar á todo el orbe! ¡Qué sorpresa para unos hombres que ni aun casi tenían el instinto de la humanidad, ver un mortal que de largas regiones venia á ellos arrastrado únicamente del deseo de hacerles felices, anunciándoles un redentor que á costa de su propia vida les comprara la libertad, la paz y la verdadera bienandanza! ¡Qué impresion tan favorable hizo desde luego en sus corazones la afabilidad, la modestia, la caridad, la abnegacion, y mas que todo el heroico desinterés con que ansioso únicamente del bien de unos seres extranjeros y desconocidos, y despreciador magnánimo del oro y de las comodidades, renunciara á su patria, á su familia y aun á sí propio por enseñarles una religion que prometia goces eternos á los que la abrazaban!

Con tan faustos precedentes ¿quién podria dudar del éxito favorable de las tareas de nuestro santo apóstol? Un hombre en quien se veian todos los caracteres de la beneficencia, en quien brillaban los rasgos mas sublimes de la caridad, en quien todo contribuía á hacerle amable á primera vista, no podia menos de ser escuchado con respeto y creído sin el menor recelo. Así que sus palabras, semejantes á la lluvia fecunda de un dia de primavera que por instantes hace brotar flores hermosas que convierten en vistosa alfombra el campo bien preparado, desde luego hicieron nacer en las almas de los idólatras que ya naturalmente le amaban, la fe en Jesucristo, y con esta las buenas obras, que son el fruto precioso de esta virtud. Aquí caían los templos consagrados por el fanatismo á unas deidades sangui-narias que se alimentaban de humanas víctimas: allí se abolian los augurios que hasta entónces se habian mirado como infalibles, no siendo sino invenciones diabólicas para alucinar á los incautos. Ora se levantaban altares á Jesucristo: ora se sustituían con el signo de la redencion aquellas señales distintivas del culto sacrilego. Donde quiera la fe triunfaba del error: por todas partes los sacerdotes del Dios vivo reemplazaban á los sacerdotes de los dioses falsos; no habia un lugar que ántes fuese objeto de abominacion, que no fuese convertido por To-

(1) *El mismo en el lug. cit.*

mas en santuario augusto en donde se rindiesen adoraciones á la Divinidad.

No fué ménos abundante el fruto de sus apostólicas tareas en los reinos de Grancanor, de Coulan, de Narsinga y en toda la costa de Coromandel, en donde, segun una tradicion constante, planteó el estandarte de la fe convirtiendo á todos sus moradores á la religion del Crucificado, como lo hiciera ya ántes en los vastos países de Cahadar, de Cabut, de Cafurstan y otros muchos de que hacen mencion los historiadores de la vida del santo apóstol. Todos convienen en que trabajó con un ardor infatigable en la propagacion del Evangelio; en que su celo no conocia límites; en que parecia multiplicarse en proporcion que crecian las necesidades de los nuevos cristianos; en que por donde quiera que pasó estableció iglesias, creó obispos, ordenó presbíteros y dió á los hijos que engendrara en Jesucristo pastores celosos que los alimentasen con los saludables pastos de la ciencia de Dios y la doctrina de los santos. Si contemplais sus milagros, creereis ver en Tomas aquel antiguo profeta del Carmelo que con sus palabras abría y cerraba los cielos, mandaba á los elementos, arrebatava al sepulcro sus víctimas, quebrantaba la pujanza de los reyes, y ungiéndolos, los hacia servir á la gloria del Señor (1). Buen testigo de esta verdad fué aquel rey de Meliapor, que habiéndose opuesto por instigacion de los Bracmanes á que santo Tomas edificase un templo á Jesucristo, no solamente dió su consentimiento en virtud de un prodigio que obró el santo apóstol en su presencia, conduciendo solo á un sitio dado una enorme viga que muchos elefantes no habian podido mover, sino que él mismo con toda su familia y una gran parte de su corte abandonó el culto pagano y abrazó la religion verdadera (2).

¿Qué mas le restaba por hacer al fervoroso apóstol para indemnizar al Señor de una infidelidad momentánea? ¿Cómo hubiera podido hacer mas positiva aquella fe heroica que manifestó en el cenáculo de Jerusalem, cuando á presencia del Salvador exclamó confundido de sus pasadas dudas, oh Señor mio y Dios mio? Tomas habia recorrido una gran porcion del mundo anunciando que Jesucristo era el único Dios á quien los hombres debian adorar; habia sometido reinos, provincias, ciu-

(1) *Eccli. c. 48.* (2) *Croisset, loc. cit.*

dades enteras al suave yugo del Evangelio; habia levantado templos, consagrado altares, y establecido el sacrificio perpetuo del cuerpo y sangre del Cordero sin mancha donde ántes no se veían sino aras impuras dedicadas al demonio, sacrificios inhumanos y víctimas sangrientas ofrecidas á la mas bárbara supersticion. Nada pues le faltaba para afianzar su obra sino ofrecerse á sí propio en holocausto aceptable en defensa de la fe. Ah! la víctima está pronta; los momentos se acercan; el odio de los sacerdotes paganos espía la ocasion favorable de ejecutar el mas negro designio. Ya el inocente apóstol camina sin saberlo al lugar destinado por la Providencia para el sacrificio. Al pié de una cruz que él mismo habia enarbolado y ante la que diariamente iba á ofrecer sus plegarias al Señor, es donde sus enemigos consuman la obra de tinieblas; allí se abalanzan furiosos sobre él, le pisan, le maltratan, y por último le atraviesan con las lanzas. La sangre del justo empapa aquel suelo que ántes habia regado con sus sudores; su espíritu se desprende del cuerpo, y penetra en la mansion eterna en donde ciñe la diadema de la inmortalidad. ¡Justa recompensa del que con tanto heroísmo supiera reparar por medio de la fe mas activa y fervorosa, un corto momento de pasajera incredulidad!

¿Quién de nosotros, amados oyentes, no se animará á merecer igual galardón? ¿Habrá alguno que se atreva á alimentar en su corazon la menor duda acerca de la divinidad del Salvador y de su religion augusta? Y si desgraciadamente hubiéremos incurrido en el error, ¿desconfiarémos de la clemencia de un Dios que tan admirablemente supo dirigir los medios al fin que se propusiera, y hacer de un Tomas incrédulo y pertinaz, un apóstol celoso, intrépido y fiel hasta la muerte? No, hermanos míos, no nos lancemos en los brazos de una desconfianza de todo punto mas funesta que la incredulidad misma. Tal vez en momentos de vértigo y de ilusion hayamos juzgado vanas supersticiones ó ensueños sin fundamento las verdades de nuestra religion, que ó no se acomodaban á nuestros intereses, ó estaban en colision con nuestras pasiones... ¡lamentable error! Acaso escuchando las impías declamaciones de ciegos panegiristas de la mentira, hemos dado entrada en nuestros corazones á dudas ó perplejidades acerca de los misterios que nos enseña la fe, y como Tomas hemos dicho: « Si no lo viere, no lo creeré. » Pues ni aun por eso desconfiemos; volvámonos á nuestro

Salvador por medio de un sincero arrepentimiento de nuestra infidelidad; hagamos una explícita confesion de nuestro error; proclamemos altamente nuestra adhesion á las verdades reveladas, diciendo como nuestro santo apóstol: ¡oh Señor mio y Dios mio! Hagamos eficaz nuestra fe con las obras, consagrándonos á servir á Jesucristo, á reparar nuestras ofensas por medio de las virtudes, y á propagar por todos los medios posibles las glorias de la cruz, y no dudemos que nuestra suerte será la misma que la del santo apóstol; la suerte feliz de los amigos de Dios.

Sé tú nuestro intercesor, ¡oh glorioso Tomas! Tú que experimentaste en tí mismo los efectos de la humana flaqueza, sabrás mejor que otros compadecerte de nuestra debilidad. No, no te olvides que somos unos seres frágiles expuestos á cada paso á tropezar en el error y á quedar para siempre hechos sus miserables víctimas. Consíguenos pues aquella fe robusta, que despejando instantáneamente tus dudas, te hizo emprender tantas conquistas, arrostrar tantos sinsabores, abrazar tan penosos trabajos y sufrir tan dolorosa muerte. Nosotros confesamos hoy en presencia de tus altares lo mismo que tú confesaste delante de tu divino maestro. Detestamos nuestras pasadas infidelidades; protestamos solemnemente contra nuestros antiguos errores; anatematizamos los extravíos de nuestro entendimiento, y declaramos que Jesucristo es nuestro Dios y Señor. ¡Ojalá que como tú sepamos sostener nuestra fe hasta el fin de nuestra existencia! Todo lo esperamos de aquel Jesus que es rico en misericordia, y de la mediacion tuya ante su excelso trono. Véanse cumplidos nuestros deseos, para que un dia podamos en tu compañía gozar de su inefable presencia, saciarnos de su divinidad y cantar sus bondades por los siglos en la mansion feliz de la gloria.

SERMON

DE SANTO TOMAS APÓSTOL.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Quia vidisti me, Thoma, credidisti: beati qui non viderunt et crediderunt.

Porque me has visto, Tomas, creíste: bienaventurados los que no vieron y creyeron.

S. Juan, c. 20. v. 29.

Al ocupar la cátedra del Espíritu santo, desde donde se dan á conocer por boca de los sacerdotes del Señor, no su doctrina ni sus pensamientos, sino los que la tradición constante de la iglesia nos enseña, se contrae un empeño tácito de ser fiel en la traslación de las doctrinas que en ella se enseñen, aunque alguna vez como cosas divinas hallen una explicación embarazosa en la inteligencia limitada del hombre.

No obstante este comun modo de obrar, cuando acuden á nuestra imaginación ideas que pueden conducir al mejor servicio de Dios, no deben ocultarse, porque agradable será á sus ojos todo aquello que pueda conducir á la conversión de mayor número de fieles á la penitencia y á la gracia.

Con el fin pues de explanar algunas ideas que me ocurren en obsequio del apóstol que tuvo el alto privilegio de introducir su mano en la herida de Jesucristo, me toca hacer os algunas prevenciones que no os serán desagradables ni infructuosas: no os serán desagradables, porque todo lo que sea adquirir noticias de algun hecho, es para nosotros entretenido, por la natural propensión de nuestro corazón; y no serán infruc-

tuosas, porque os harán conocer y apreciar mejor las altas miras que la providencia de Dios ha tenido en todas las ocasiones en que su presencia ha parecido en la tierra.

Generalmente al discurrir sobre el Evangelio y sobre los escritos de los santos padres, se emiten juicios lijeros, infiriendo de algunos hechos que en ellos se mencionan consecuencias impremeditadas que tienden á la destrucción de la fe. Tales son, por ejemplo, las acciones de los apóstoles ántes de recibir la gracia del Espíritu santo, y las posteriores á ella, porque en unas y otras hay ignorancia y debilidad en algunas ocasiones, como se puede notar en las preguntas que dirigian á su divino Maestro; y en otras muchas, como en la de santo Tomas cuando rehusaba creer (si no lo veía), la resurrección y aparición de Jesucristo, cuando sus compañeros se lo decían.

La ignorancia de la nueva ley y aun de otras cosas ántes que los apóstoles recibiesen en lenguas de fuego al Espíritu santo, y quedasen llenos de sabiduría, era no solo natural, sino muy propia y muy á propósito para que Dios diese á los sabios orgullosos la lección de que no eran necesarias universidades ni libros para que adquiriese sabiduría y ciencia aquel á quien él destinaba á ser sabio verdadero.

Otras razones análogas á estas se establecen respecto á conocimientos científicos ó propios de algunas cosas físicas y ajenas de moral, de las que se hablaba en el Evangelio en el lenguaje entónces conocido por los que le escuchaban, como por ejemplo, el sistema solar y otros del mismo género; pero unas y otras son sin fundamento; y porque se cree con los ojos mundanos y sin la gracia de la religion, como le sucedió á santo Tomas, ántes de recibirla, cuando sin ver no quiso creer la aparición y resurrección de Jesucristo su maestro.

La contestación á unas y otras razones, ya con relación á los apóstoles ántes de recibir la gracia, ya con relación á las ciencias físicas y materiales, es bien clara y bien patente. Jesucristo no vino al mundo para mudar la naturaleza del hombre, sino para perfeccionarla, y redimirle del pecado con su pasión y muerte; y tampoco vino mas que á explicar la moral, cuidándose poco de las verdaderas ó falsas teorías de otra ciencia bien poco importante cuando se trata de la salvación de las almas, en comparación de la religion y principios de moral, cuya perfección nadie ha podido dudar, nadie puede combatir como tenga

amor á la humanidad, como posea solo un poco de ese cariño á sus semejantes que muestran hasta los animales de una misma especie entre sí, y de cuyo ejemplo se separa el hombre que espía las ocasiones de atacar nuestra existencia física y moral.

Con las explicaciones que os he dado respecto á este punto, podré entrar con mas facilidad y con claridad en el elogio de nuestro santo Tomas, cuyo verdadero amor á Jesucristo ántes y despues de su muerte está demostrado en los diversos lugares del Evangelio que hacen referencia á él; y os hablaré tambien de los medios providenciales, por los que Dios nos instruye de ciertas cosas de difícil inteligencia sin ellos, y comprueba de una manera luminosa las verdades que pueden sernos útiles.

Estos dos puntos serán el objeto de mi discurso, que se inclinará á que seais de los bienaventurados que no vieron y creyeron, de quien habla Jesucristo en el Evangelio de hoy. *Beati qui non viderunt et crediderunt.*

Para conseguir este objeto tan agradable á Dios y tan útil á los hombres, cortos son los recursos de mi ingenio, si Dios con su infinita bondad no me auxilia con uno de los continuos favores que nos dispensa. Por lo que unido á vosotros le imploraré poniendo por intercesora á la virgen María, saludándola con las palabras del ángel, diciendo : *Ave María.*

Ya habeis oído, cristianos oyentes, que pensaba haceros conocer las virtudes de santo Tomas apóstol; que pensaba hablaros de los medios de que se vale la Providencia para instruirnos de lo que nos interesa, y que desearia que esto contribuyese á haceros del número de los que no vieron y creyeron; pero para que todo se cumpla conforme al mejor servicio de Dios, no basta que yo por su favor pueda desempeñar esta tarea superior á mis fuerzas; es preciso que vosotros me presteis atencion, y os poseais de un vivo deseo de ser felices y bienaventurados, segun Dios, no conforme el mundo suele interpretar esta palabra.

No son, no, como se piensa con envidia muchas veces, felices y bienaventurados en Dios, los que en opípara mesa se ríen de la miseria del pobre, ni los que bajo un techo dorado ven quemarse sin dar un paso la débil cabaña de una familia dilatada: lo son aquellos que conociendo á Dios le siguen como lo hizo

santo Tomas, y que cuando ignoran cómo lo han de hacer, preguntan cómo han de seguirle, no por curiosidad, sino con el fin de hacerlo del mejor modo posible.

Cuando Jesucristo despues de su predicacion y preparándose á la pasion, anunció á los apóstoles su muerte despues de la última cena, habló á sus discípulos con la ternura de un padre cariñoso, que dejando por necesidad á sus hijos les previene con sabios consejos los peligros que les amenazan, con el fin de que puedan evitarlos y remediarlos; y les dijo que iba á la casa de su Padre, donde habia diversas moradas, á prevenirles donde estuvieran viviendo eternamente dichosos. Las varias predicaciones que habia hecho Jesucristo, habian sido muy instructivas para los apóstoles: lo que les decia en aquellos momentos sobre su redencion y promesas de gloria para nosotros que estamos redimidos del pecado original é instruidos de nuestros deberes religiosos de cristianos, es tambien una cosa fácilmente comprendida; pero para los apóstoles no lo podia ser en aquella ocasion, porque la doctrina de los premios y castigos de la otra vida, establecidos para los que no marchan ó rehusan marchar por los senderos del Señor, tenia que ser difícilmente comprendida por los observantes de la antigua ley, en atencion á que no estaba á sus alcances, siendo unos hombres indoctos, y porque solo podian comprenderla con la luz de la gracia y la fe enseñada en la revelacion.

Por esta razon le habian preguntado á dónde iba, para seguirle, y santo Tomas le interrogó por la casa y alcázar del Padre de que les habia hablado, teniendo por objeto los apóstoles conocer el camino de su salvacion, y santo Tomas el punto donde se hallaba la casa ó alcázar, para encaminarse á él.

Santo Tomas, tratando de informarse de la celestial morada donde residia el eterno Padre, que él no concebía, demostró su amor á Jesucristo y su disposicion á seguirle donde quiera que fuese, no obstante los peligros que le habia anunciado anteriormente.

Conducta bien diferente en verdad de la que seguimos en general los que no nos cuidamos de que hay un cielo habitado por el Eterno, donde Jesucristo preparó deliciosas moradas á los que sepan seguirle y amarle. Nosotros abandonamos el pensamiento que nos puede conducir á conocer la habitacion del Eterno, pero buscamos los lugares donde podemos perder nues-

tras almas y ponerlas á disposicion del demonio, como lo demuestra esa pasion que tenemos por los entretenimientos frívolos y aun peligrosos, á costa del cumplimiento de nuestras obligaciones.

Bien solícitos buscamos dónde está el alcázar, donde reside nuestro enemigo, y bien léjos estamos de indagar dónde está el alcázar donde Dios reside, para encontrar los caminos que conducen á él, por peligrosos que sean, como lo procuró santo Tomas cuando ántes de la pasion y muerte que sufrió nuestro Redentor, le dijo: Señor, no sabemos dónde vais: ¿cómo pues podemos saber el camino?

En estas frases que nos traslada san Juan en su Evangelio (1), se ve toda el alma del apóstol, sencilla, firme y con todas las disposiciones para que recibiendo la gracia, fuese uno de los que predicasen y conociesen á Jesucristo en la tierra.

Pero nosotros, extinguido el pecado original, tan próximos á obtener un estado de gracia, como lo es un deseo firme de obtenerla, no tenemos á Dios ni el amor sensible ni la firmeza de santo Tomas, y correremos ansiosos los lupanares, las casas de juego, cuyas consecuencias, aun para la vida del mundo, son bastante perjudiciales. Si nos parásemos á considerar lo que son esas casas de prostitucion y de juego, que son los alcázares cuya situacion tratamos de adquirir, puede ser que alguna vez nos detuviéramos al umbral de su puerta: y quizá un arrepentimiento oportuno nos hiciera volver atras: no solo por temor de Dios, sino también por temor á las desdichas y males que vienen de la asistencia á semejantes sitios, donde todo se aventura á perder, y donde ninguna ganancia se puede prometer. En ellos pelagra la salud; peligran las comodidades de la vida; pelagra la honra; y lo que es mas doloroso, pelagra la salvacion de nuestras almas. Pelagra la salud, porque los excesos traen enfermedades: ¿y qué es lo que se hace en las casas de prostitucion y de juego mas que excesos? Todo es allí sin método ni medida: todas son sensaciones violentas y forzadas, porque no se encuentran los estímulos que nacen de las pasiones bien dirigidas, como que provienen de provocaciones antinaturales, y que repugnan á un alma, no digo cristiana, medianamente delicada que sea.

(1) Joann. c. 14.

En fin los resultados de la concurrencia bien los conoceis por desgracia, en punto á enfermedades, en los infelices que cual heridos por el dedo de Dios han apresurado la vejez y arrastran una existencia llena de dolores y de oprobiosas marcas. En cuanto á las comodidades de la vida, es bien conocido el resultado que tienen los extravíos de esta naturaleza. Siendo el trabajo el elemento de la riqueza del hombre, ya sea intelectual, ya sea material, sufre en la disipacion del juego una paralización completa; porque el que tiene agotadas sus fuerzas en las emociones violentas del juego y de la crápula, no está para trabajar; y el tiempo que en ello se emplea es ya una pérdida irreparable. Y la honra? Esta joya preciosa cuya destruccion es tan sensible; qué herida no sufre en el juego y la prostitucion! En cualquiera negocio de la vida en que se encuentre el hombre, la nota de disipado y jugador es un obstáculo para concluirlo. Si es un contrato interesado, se exigen dobles garantías al jugador y disipado que al que no lo es: si se trata de confiar una comision, todos rehusan hacerlo al que tiene fama de estar dominado por vicios tan incorregibles: si se trata del simple trato afectuoso de la amistad, todos huyen de aquel que tiene mala fama, por temor de que no recaiga en él la del amigo vicioso; y si se trata del verdadero negocio de nuestra vida, de nuestro destino futuro, ¿qué se prometen el jugador y el disipado, cuando les llegue la hora de dar cuenta de sus acciones? Entónces conocerá, y será tarde, que hubiera sido mas ventajoso tratar de averiguar dónde estaba la casa de Dios, que no andar en busca de las de juego y prostitucion.

Cuando Dios conoce el amor que se le tiene y el deseo de buscarle, no se ofende de la ignorancia, provenga del objeto que quiera, y acude pronto con la instruccion conveniente de lo que es interesante: así fué como contestó á santo Tomas con dulzura y de modo que pudiese comprender la unidad de su naturaleza con la del Padre, y que al alcázar de él se llegaba siguiendo su ejemplo y doctrina.

Al presente no está Jesucristo entre nosotros como lo estuvo en otro tiempo; pero nos consta por la revelacion y la religion divina que instituyó, que Dios reside en todas partes; y siempre que dudemos dónde está el camino que conduce al alcázar de su gloria, tenemos los sacerdotes sus ministros siempre dis-

puestos á darnos en su nombre las explicaciones é instruccion que sea necesario.

El mal nuestro no depende al presente de ignorancia; depende de la falta de voluntad en seguir á nuestro Dios; porque no poseemos el amor que le tenia santo Tomas cuando pretendia ilustrarse del punto donde pararia, para seguirle á costa de su vida si fuese necesario, á pesar de que todavía no habia sido dotado de la divina gracia que descendió sobre él desde que se completó el misterio de la redencion del género humano.

Santo Tomas, por lo que se infiere de los hechos que de su vida nos trasmite la iglesia, era uno de esos varones francos, sinceros, de condicion recta, y que no creía las cosas por creer; ántes dudaba, sin perjudicar el respeto que ellas mismas le inspiraban. Por esta razon, cuando los compañeros suyos le dijeron que Jesucristo habia resucitado y vuelto á aparecer entre ellos, él no los creyó, resistiéndose á la experiencia, no porque estuviese dudoso de la existencia de él en el mundo, ni de la bondad de su doctrina, sino porque no alcanzando su alma la necesidad de la resurreccion, acaso porque pudo evitar la muerte con su divino poder, para que no abusaran de él, con su sencilla franqueza esperó ver lo que sentia dentro de sí mismo.

Pero en esto, ademas de los impulsos naturales de santo Tomas, obraba una disposicion providencial de que él fué el instrumento, con el objeto de que apareciera mas clara y mas patente á los ojos de los demas la misma resurreccion de que él dudaba.

Pero ántes de tratar lo que conforme á mi propósito corresponde á la Providencia divina, os hablaré de hecho de que santo Tomas dudó, segun nos lo refiere san Juan: descubierta por Maria Magdalena la salida de nuestro Redentor del sepulcro, la notició á los apóstoles, los que estaban asombrados y sin saber á qué atribuir tan extraño suceso, hasta que estando juntos, ménos santo Tomas, se les apareció Jesus diciéndoles: paz hayais. Los demas discípulos, cuando Tomas volvió entre ellos, le contaron que habian visto á su divino Maestro, y él les dijo: «si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré;» y ocho dias despues, estando juntos los apóstoles y con ellos Tomas, se les apareció

Jesus por tercera vez, presentándose en medio de ellos en la habitacion cerrada en que se hallaban, sin abrir ni fracturar ninguna puerta, y dirigiéndose á Tomas, le dice: mete tu dedo en las heridas de mis manos, y trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel.

Este favor especial que hizo Jesus á santo Tomas, convenciéndole de una manera incontestable, fué bien singular, y así lo reconoció el apóstol cuando herido por tan afectuosa reprobacion exclamó: «Señor mio, Dios mio....» Este es el hecho que ocurrió con el apóstol santo Tomas, notable por mas de un concepto, y en especial, porque por el modo como pasó, demuestra la providencia de Dios, que tan atenta á las cosas del alma como á las del cuerpo, ha proveído auxilios á todo cuanto pudiera serle útil.

Los sucesos ocurridos durante la existencia de nuestro Salvador en la tierra son tan maravillosos y extranaturales, que no era extraño que, para aquellos contemporáneos que no estaban enterados del grande objeto y fin que tenían, ofreciesen motivos de dudas y cavilaciones, cuando aun entre nosotros no pueden ser explicados mas que por la fe y la revelacion. Pero al lado de este asombro, al lado de esta incomprendibilidad de cosas tan admirables, cual es la resurreccion de una persona muerta que habla y anda con el cuerpo lleno de las señales de sus padecimientos, vemos convencido al que dudaba, y confundidos los motivos que pudieran darse de incredulidad á otros.

Efectivamente, para los incrédulos, para los que quieren suponer una cosa inventada en los santos Evangelios, es un poderoso argumento el suceso de santo Tomas, que no hubiera sido referido si los Evangelios fuesen una invencion, ó si pudiesen serlo unos escritos que no tienen ninguno que se les asemeje en la originalidad, en el estilo, ni en ese espíritu de verdad que deja el alma satisfecha y tranquila respecto de la certeza de cuanto dicen.

Muchos siglos han pasado desde que se escribieron: infinitos enemigos de la iglesia y religion de Jesucristo han intentado borrar del catálogo de los escritos los Evangelios que son su fundamento; pero siempre han existido almas justas amantes de su Dios, que los han conservado puros en medio de las persecuciones, y los han arrancado á las injurias del tiempo con

ese sello de divina sabiduría que causa tan grande admiracion.

Pero dejando estas justas reflexiones que nos sugiere la idea de los combates dados á la verdad del Evangelio, volveremos á tratar de la Providencia divina, ostentada muy especialmente en la duda de la resurreccion que tuvo santo Tomas, y en el convencimiento que obtuvo depues por la presencia de las señales que exigia para creer. Si examinamos cuanto nos rodea, ya sean los seres vivientes, ya los vegetales, ya los objetos pasivos esparcidos por la tierra, nos ocurre con frecuencia la idea de decir: ¿para qué existirán tales ó cuales objetos? fijándonos, al hablar así, en aquellos cuyo destino no hemos podido llegar á penetrar. Así nos causan admiracion muchísimos acontecimientos que nuestro débil entendimiento no sabe explicarse á sí mismo, y de los que decimos: ¿para qué, ó cómo ha sucedido tal ó cual suceso? Pero en ello se encierra algo providencial, que debemos bendecir y alabar; porque se verifica con el objeto de que se cumplan los destinos materiales y morales de las cosas de este mundo. ¿Qué cosa hay mas admirable que la emigracion de ciertas aves, y aun animales de unos á otros climas, atravesando mares y montañas llenas de peligros? ¿Quién enseña á tales vivientes la calidad y circunstancias del país que van á buscar, los caminos que conducen á él, y el modo de proveer á las necesidades de un viaje peligroso y capaz de espantar al hombre mas determinado? La Providencia, amados oyentes, es la que obra estas maravillas: la Providencia es la que enseña á las aves el camino de su subsistencia, el instinto de ir á buscar un punto mas ventajoso que el que ocupan, y en el que si permaneciesen se ocasionaria su destruccion.

Pues lo mismo que se ven estos portentos de la Providencia en la parte material de los seres, se encuentra en la parte moral, como podemos verlo en esa multitud de hechos que nos enseñan las historias sagradas y profanas, cuyos resultados se perciben al cabo de infinitos años. Las consecuencias del Evangelio predicado por Jesucristo lo pueden demostrar, é instrumento providencial para afirmarnos en su creencia fué el glorioso apóstol cuya fiesta se celebra hoy, resistiéndose á creer sin una prueba, lo que para él podia ser creíble, atendidas las maravillas que habia visto obrar á su Maestro en la resurreccion de Lázaro y en los infinitos milagros con que acreditó su mision en la tierra.

La prueba de la resurreccion de Jesucristo dada á santo Tomas, no fué para él solo; se extendió á todos los que le rodeaban, y ha venido hasta nosotros, que con conocimiento de ella no podemos ménos de bendecir la beneficencia de Dios, que se hizo hombre, y padeció y murió por abrirnos un camino á la salvacion de nuestras almas. Pero ¿qué honra, qué predileccion obtuvo nuestro santo apóstol del Redentor del mundo! Pocas veces fué inexorable á quienes se acercaron á él durante su permanencia en la tierra; pero con nuestro santo Tomas estuvo por motivos providenciales indulgente y bondadoso. Le enseñó las llagas que habian hecho en sus manos los clavos del suplicio, y le introdujo en ellas sus dedos: le manifestó la herida de su costado y le introdujo en ella su mano, y arrancó de su alma incrédula la expresion de admiracion y arrepentimiento indicada en la frase: Señor mio! Dios mio!

Malos somos los hombres; graves son las culpas y pecados que pesan sobre nosotros; pero ¿quién habrá de cuantos me oyen, que tocando las llagas del Señor despues de haber presenciado en cierto modo su pasion, no quedase anonadado en su presencia? Podria suceder que el tiempo y las tentaciones influyeran en el ánimo de muchos pecadores lo bastante para desterrar de nosotros la memoria de tan raro acontecimiento, porque somos por desgracia harto olvidadizos de los beneficios que hemos recibido; pero en aquellos momentos, ante tan poderosas é irresistibles razones, y pruebas visibles y materiales, ¿quién habria que no exclamase: Señor mio! Dios mio!

Mas no dispensa ni puede dispensar Dios tan raros beneficios á todos, porque ni es necesario, ni todos son tan dignos de él como santo Tomas. Este santo apóstol dudó, es verdad, y mereció que Jesucristo le dijera: *Quia vidisti, Thoma, credidisti: beati qui non viderunt et crediderunt.* Porque viste, Tomas, creíste: bienaventurados los que no vieron y creyeron; pero también es verdad que creyó de veras, y que acreditó su fe por medio de un glorioso martirio, despues de predicar y convertir á innumerables gentes en el terreno idólatra donde fué á dar testimonio de lo que vió y creyó.

Él, despues de recibido con sus compañeros el Espíritu santo, emprendió su peregrinacion á países idólatras y feroces, cuya indole era sangrienta y ruda mas que la de los sujetos al imperio y dominacion romana. Él fué solo, sin mas armas que su

ardiente caridad; sin mas auxilio que su consagracion al servicio de Dios, á la nacion de los Partos, pueblo no domado, y cuyas costumbres eran contrarias á la doctrina evangélica; y entre aquellos feroces guerreros que peleaban con el enemigo huyendo y arrojando saetas, con su santidad, con su doctrina y con sus milagros convirtió á la fe á muchos de ellos, extendiéndola en tan apartadas regiones. Él visitó con igual objeto los medos, persas, hircanos y bactrianos, pueblos en otro tiempo de la dominacion de Darío, conquistados por Alejandro, y que divididos despues por sus capitanes, formaban estados y reinos considerables; y en todos estos dilatados países hizo conocida la doctrina evangélica á costa de infinitos trabajos y penalidades.

Pero no eran bastantes á su celo tantos países y terrenos como recorrió y que os he señalado: su amor á Dios, su deseo de compensar su duda conquistando infinitos creyentes, le lanzó á la India, país apénas conocido entre los antiguos, y donde la supersticion ha echado tan profundas raíces, que aun hoy se ven horrorosas consagraciones hechas á los ídolos mas monstruosos.

La historia no da detalles exactos sobre el modo como recibió nuestro santo el martirio, pero os los referiré conforme por la eficacia de la iglesia y esmero de los fieles convertidos se conserva. Influyendo la predicacion de santo Tomas en el ánimo de los reyes de Coromandel, estos llegaron á permitirle edificar una iglesia; y en un punto elevado colocó una cruz como símbolo del triunfo evangélico, á la manera que lo hacen con su bandera y estandarte los guerreros y campeones despues que conquistan una plaza. Pero; qué diferencia de trofeo á trofeo! El apóstol santo Tomas, decidido campeón del Evangelio, eleva una cruz, simbolo de la paz y de la union del cielo con la tierra; y los guerreros, que por seguir el impulso de sus desenfrenadas pasiones se arrojan á la pelea y al combate, la elevan como simbolo de muerte y de destruccion. Ante esta cruz, pues, iba nuestro santo á orar, y aprovechándose de esta piadosa costumbre, es como le formaron asechanzas sus enemigos los braçmanes ó sacerdotes idólatras del dios Braçma, é idearon darle muerte. Un día que como de costumbre iba á postarse á los piés de la cruz, imágen de la en que habia muerto aquel Jesus que con tanta bondad habia destruído las dudas de

su fe, le asaltan los partidarios de los sacerdotes de Braçma, arrojando sobre él piedras y toda clase de golpes, y le acabaron por último á lanzadas. Así concluyeron los días de este varón santo, y para mejor obsequiar su memoria os haré algunas reflexiones que servirán mejor al conocimiento de sus virtudes.

Allí atacó la idolatría; allí publicó la igualdad de la justicia de Dios para con los grandes y pequeños; y allí su doctrina excitó la ira de los príncipes, y por su sentencia fué condenado al martirio con que honró su apostolado en la ciudad de Calamina. Él fué, como dicen las tradiciones históricas de la iglesia, á la China, á la Abisinia, haciendo en todas partes infinitos milagros, fundando iglesias, ordenando sacerdotes y combatiendo las sectas idolátricas de los braçmanes, que hasta al presente tienen sumidos en la ignorancia aquellos fértiles países.

Si nosotros hubiéramos dudado alguna vez de los misterios y milagros que enseña nuestra ley, y convencidos por cualquiera medio acreditásemos como santo Tomas con un celo ardiente por la fe, el arrepentimiento de nuestras dudas, seguro es que Dios se gozase de nuestra conducta; pero no obramos nosotros como santo Tomas. No llegamos á dudar, y nunca acabamos de creer; porque si creyéramos ¿haríamos lo que hacemos? Si convencidos de que son desagradables á Dios nuestras malas acciones, insistimos en ellas y no mudamos nuestra conducta, ¿no acreditamos nuestra indignidad en recibir favores como el del santo apóstol, á quien Dios convenció de una manera tan prodigiosa y tan eficaz?

No es la duda el punto donde estriban nuestros pecados, no. Las heridas de nuestra alma por el pecado son de mas mala calidad. Nosotros dejamos de creer por indiferencia, por falta de deseo y por perversidad; y así no seremos, no, de los bienaventurados que no vieron y creyeron. *Beati qui non viderunt et crediderunt.*

En estos tiempos no podemos ver con los ojos de la cara lo que es necesario para creer; pero los ojos del alma campos inmensos tienen que mirar llenos de maravillas y portentos, que labren una convicción completa é igual á la de santo Tomas en nuestros corazones. Tenemos en los Libros santos la revelacion escrita; tenemos en la historia los efectos maravillosos de la fe; tenemos en la naturaleza que nos rodea y en la trabazon providencial de los seres que puede examinar nuestra vista,

cuanto puede satisfacer al alma mas llena de dudas. ¡Ojalá fuese duda solo lo que existe en nuestros corazones, como hubiese deseos de salir de ella! Porque entónces la historia del acontecimiento de santo Tomas, la meditacion y el estudio la destruirian, y la fe triunfante nos conduciría á ser como él confesores y mártires del Señor. Pero no queremos ser de los bienaventurados que no vieron y creyeron. Aunque creamos, aunque conozcamos los beneficios que Dios nos ha dispensado, nuestra malicia supera á la fe y la sofoca; y de este modo el libertinaje y la impudencia recorren la tierra ostentando en su frente una triunfante y desdeñosa mirada á la tímida y escondida virtud. Á esa virtud que solo se encuentra cuando se la busca, y que no busca como el vicio concurrencias numerosas en que se la vea ostentosa, como vemos que sucede en esa turba de hombres mundanos, que hacen alarde de los vicios que poseen, y tal vez tambien de los que no poseen: tal es su ceguedad.

Vosotros veis, como yo lo veo, muchos que no son tan viciosos quanto propagadores del vicio, y se muestran ávidos y ambiciosos de poseer todos cuantos existen. Unos dicen con énfasis: yo tengo mucho orgullo para hacer estas ó las otras acciones: yo poseo tales y cuales hábitos viciosos, y si hubiese mas, mas tendria: otros dicen: tengo la satisfaccion de haber conseguido una venganza, que quizá no ha llevado á cabo, y á este tenor todos los que pagan un tributo de adulacion á las malas costumbres, y consideran como mérito la posesion de las señales externas de los hábitos viciosos. Pero ¡qué doloroso es este estado de ceguedad! ¡qué criminal el extravío de los que sin dudar entre el mal y el bien, hacen ostentacion del mal, contrariando la natural inclinacion que tenemos de parecer mejores!

Tal estado es el triunfo mas completo que puede darse al demonio, y la rebelion mas completa á Dios: á ese Dios cuya benéfica providencia no se contentó con mandar lo bueno y prohibir lo malo, y con decir esto es verdad y esto es mentira; sino que nos dejó ejemplos como el de santo Tomas, en los que contando con la debilidad nuestra, quedan satisfechas todas las exigencias de la duda. Si alguno vacila en creer la resurreccion, se le puede decir: santo Tomas la dudó; pero la reconoció porque tocó las heridas de Jesus.

Y vosotros que me oís, que os llaman fieles de Jesucristo, participes de la comunidad de su iglesia y miembros de ella ¿habréis de continuar á la vista de tales pruebas de los sacrificios y bondad de Dios, proporcionando al enemigo comun de nuestras almas el triunfo de que no solo se obedezcan los impulsos viciosos que os inspira, sino que llegueis á ostentar lo que no poseis todavía? ¿Es de este modo como habeis de honrar á santo Tomas, que lavó la mancha de un momento de duda con una predicacion penosa y un martirio? ¿Es con costumbres viciosas como adquiriréis en el cielo un poderoso intercesor que os ayude á servir bien á Dios en esta vida y os abra el camino de la otra? No es viviendo con malas costumbres ni despreciando la virtud como se honra á los santos y se sirve á Dios. Vosotros lo sabeis; vosotros lo conoceis, y haceis muy mal de no aprovecharos de las palabras de consejo que oís del ilustre apóstol, que lanzándose en las naciones bárbaras é idólatras del Asia, no dudó recoger en ellas abundante mies para el reino de los cielos.

Ceded pues á ellas: honrad á santo Tomas, renunciando las pretensiones de ser incrédulos, y los vicios que poseeis: pensad que mayores testimonios que los de santo Tomas habeis recibido, naciendo cristianos, de la fe evangélica: creed aunque no veais con los ojos materiales de vuestro cuerpo, y de este modo sereis, como dijo Jesucristo, bienaventurados en esta vida y en la otra. Amen.

SERMON

DEL ANGÉLICO DOCTOR

SANTO TOMAS DE AQUINO,

QUE EN EL DÍA TERCERO DE LAS FUNCIONES DEL CAPÍTULO GENERAL DE LA ÓRDEN
DE SANTO DOMINGO, CELEBRADO EN ZARAGOZA EL 9 DE JUNIO DE 1832,

PREDICÓ

EL M. R. P. FR. JUAN DE DIOS PASTOR.

Fuit gratus Deo... et eruditus est omni sapientia.

Fué agradable á Dios... é instruído en toda la sabiduría.

Act. c. 7. v. 20 et 22.

El hombre virtuoso y sabio tiene derecho al aprecio del siglo que honra con sus virtudes y al reconocimiento del género humano que instruye con su doctrina. Es verdad que la ignorancia y la mediocridad siempre insolentes y orgullosas huyen de los talentos que temen, y persiguen el mérito que las atormenta y humilla; pero la posteridad mas justa venga al hombre grande de la ingratitude de su siglo, y la religion que jamas desampara á los que se han formado bajo su sombra augusta, levanta su voz para imponer silencio á las pasiones y marca con el sello de la inmortalidad la memoria del justo.

Moises lo fué: los acontecimientos de su vida son extraordinarios; arrojado en su infancia á las corrientes del Nilo, luchaba con la muerte cuando una particular Providencia le libertó de un modo maravilloso, para realizar los grandes designos á que estaba destinado en los acuerdos del Eterno: el lleno de virtudes con que contuvo la inmoralidad de un pueblo grosero,

que apenas conservaba algunos vestigios de la religion de sus padres; la grandeza de alma para no abatirse á vista de los repetidos obstáculos que se presentaban á sus empresas; la superioridad de talentos y sabiduría que hizo brillar en la corte de Faraon donde confundió los sabios; y en fin esos escritos pasmosos, los primeros del mundo, en los que se admira la teología mas sublime, la historia mas exacta y el cuerpo de legislación mas completo; todos estos rasgos que elevan á Moises sobre el comun de los hombres, los considera el autor sagrado para formar su elogio, y como si intentara desembarazarse pronto de la confusion que le causaba la multitud de tantos objetos, nos dice solamente que Moises agradó á Dios, y que fué un sabio en la ciencia de la religion y en la de los egipcios. *Fuit gratus Deo... et eruditus est omni sapientia.*

¿Podré yo, señores, decir lo mismo del santo cuyas glorias celebramos? Estoy persuadido que al insinuaros la sabiduría extraordinaria del caudillo de Israel, habreis fijado vuestras atenciones en los grandes talentos de Tomas de Aquino... Tomas he dicho, y con su nombre solo he pronunciado su mayor elogio; y cuando no lo fuera, el motivo que nos reúne en este sagrado recinto equivaldría al discurso mas elocuente.

Sabeis muy bien que las familias ilustres en sus grandes festividades exponen al público los retratos de sus antepasados, para recordar el origen de su nobleza, y los servicios hechos á la patria: pues la familia del gran Domingo de Guzman celebra en estos dias la eleccion de su nuevo jefe: ningun acontecimiento puede ser mas importante á una corporacion religiosa, que una eleccion acertada por la que renace, y que, si puedo decirlo así, es un bautismo legal que la regenera; de aquí es venir al templo á la presencia de aquel Dios de cuyas manos penden los destinos de los hombres, á rendirle el homenaje debido de su reconocimiento; y para dar á este acto religioso mayor solemnidad y pompa, quiere que entre los acentos del gozo resuenen los nombres de aquellos personajes ilustres que han ennoblecido á esta gran familia siempre fecunda y jamas inútil; y como el hijo sabio llena de alegría el corazon del padre, dice la Escritura, la memoria de Tomas debe aumentar el júbilo de esta madre venturosa que le ha formado en su seno, y que por lo mismo tiene derecho á las glorias de un tal hijo.

Mi encargo es manifestarlas esta mañana, y yo seria dichoso,

si siendo el intérprete de los sentimientos de mi provincia, pudiera satisfacer sus deseos y corresponder á vuestras esperanzas; pero ; cómo formar el elogio de un justo que es sabio, y sabio como Tomas, sin ser Tomas mismo! Sin embargo me atrevo á intentar tan noble esfuerzo, confiado en que ni su virtud, ni su ciencia necesitan de otro adorno que su sencillez majestuosa. El elogio que hace el Espíritu santo de Moises, me parece que por su misma generalidad es el mas á propósito para Tomas de Aquino, porque los grandes objetos no pueden ceñirse á los límites ordinarios.

En efecto : ¿ quién no admira la conducta singular y los variados sucesos que forman la historia de este sabio virtuoso? Un hombre opulento que abraza una pobreza voluntaria; un vástago de la familia de los césares que se oscurece; un ángel en su candor que se castiga; un solitario que se encuentra en el bullicio de las cortes; un Moises que ora; un Elías que confunde á los profetas falsos; un Pablo que predica y aterra; el oráculo de los reyes, el apoyo del Vaticano, el exterminador de la herejía, el doctor de la fe... Tomas parece que hizo propios los caracteres de todos los justos y los talentos de todos los sabios, y que fué un todos ellos, segun la hermosa expresion del cardenal Cayetano. Porque ¿ qué no hizo para agradar á Dios? ¿ qué no supo para defender la iglesia? Hizo todo lo que la religion puede exigir de un justo, y supo todo lo que la misma religion puede esperar de un sabio.

Yo temeria, señores, usar de este lenguaje, si no tuviera el honor de hablar á un auditorio tan ilustrado y piadoso; y si no viera por otra parte agotados los hipérboles para celebrar á mi doctor angélico. Cierto es que no se puede pintar al monarca de los astros sin la confusion de sus rayos y luces, ni al Océano sin la inmensidad de sus aguas; tampoco podré yo presentaros un bosquejo de Tomas de Aquino sin la variedad pasmosa de sus virtudes, y sin la portentosa fecundidad de sus talentos; con aquellas agradó á Dios y reformó su siglo; y con estos defendió á la religion y enseñó al mundo.

Bajo estos dos puntos de vista formaré su panegirico: los grandes objetos que presente, serán su principal adorno y la justificacion de mi insuficiencia. Ofrezcamos pues, señores, á este sabio virtuoso el justo homenaje de la alabanza pública, ménos para contribuir á su gloria que para satisfacer nuestra

piedad. El elogio de los hombres grandes es la leccion del mundo, y las circunstancias de nuestro siglo imperiosamente reclaman, que con el idioma de la verdad se elogie al sabio de la religion. ¡Ojalá que pudiera yo llenar debidamente tan sublime encargo! Para hacerlo con algun fruto imploremos la divina gracia por la intercesion de la Virgen. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Cuando una filosofia carnal y orgullosa se ha propuesto destruir al cristianismo con sus dogmas consoladores y la pureza de su moral, para sustituirle los sistemas del libertinaje y de las pasiones, tan vanos y fugaces como los sueños de la noche; debe servirle de confusion el ejemplo de Tomas de Aquino, que dirigido por el Evangelio hermoseó su vida con todo género de virtudes y brillantes acciones.

No esperéis que os hable de la nobleza de su cuna, y de sus enlaces con muchos de los reyes y emperadores de la Europa: quédense estas distinciones para otra clase de panegiricos, ó para los en que sea necesario cubrir defectos personales con los blasones de la ascendencia: el hombre justo no necesita de otros títulos que su virtud para ser noble y adquirirse el respeto hasta del mismo crimen: si hago mérito de los condes de Aquino, es para tributarles el elogio á que se hicieron acreedores por la buena educacion que proporcionaron á su hijo.

Afortunadamente miraban con horror la conducta criminal de muchos padres, que contentos con dar á sus hijos una tinctura superficial de religion, mas bien por decencia ó razon de estado que por hacerlos virtuosos, ponen todos sus esmeros en instruirlos en el ceremonial del gran mundo, sembrando por este medio en sus corazones tiernos el funesto gérmen del orgullo, del que brotan con la edad las pasiones que han de formar la historia de sus escándalos.

El conde de Aquino que conocia los deberes de un buen padre, y que amaba verdaderamente á Tomas, quiso preservarle de la corrupcion del siglo, ocultándole entre las sombras del santuario; y mas cuidadoso de ver en él una sencillez religiosa que un refinamiento mundano, se desprendió gustoso de este jóven Samuel, para que recibiera su educacion del virtuoso abad de Monte Casino, quien á su mucha celebridad añadia la

circunstancia de ser su inmediato pariente: eleccion la mas oportuna para que Tomas hiciera rápidos progresos en la virtud.

La antigüedad venerable de aquel monasterio célebre, los recuerdos majestuosos de los hombres grandes que se habian formado en su recinto, las cenizas preciosas que honraban aquel santuario de la piedad y de las ciencias, y el ejemplo vivo de sus mismos religiosos que expresaban en sus semblantes modestos el triunfo de las pasiones, la dignidad del justo y la dulce calma de una conciencia pura; este conjunto pues ofrecia al jóven discípulo el sublime espectáculo del Evangelio en acción, y la imagen animada de la virtud bajo sus principales caracteres. Todo, hasta el silencio mismo, hablaba á su corazon candoroso; todo le elevaba y engrandecía; y todo le llenaba de su Dios; así es que para amarle y seguirle no conoció las pausas de la primera edad, como del Bautista dijo san Ambrosio.

Pero dejemos estos primeros ensayos de su virtud naciente, para presentarle desde luego en otras escenas donde objetos mas grandes puedan descubrir su fondo. Pasados algunos años, le sacaron su padres del monasterio para establecerle en su palacio, donde le prodigaban sus caricias. Aquí todo es nuevo para Tomas, y todo ofrece á sus ojos inexpertos un contraste extraordinario, capaz de hacer vacilar la resolucion mas firme.

Acaba de salir de un claustro melancólico y solitario donde todo respira gravedad y tristeza: claustro semejante á una dilatada tumba habitada por errantes sombras, que vagan en la morada de la expiacion con el silencio de la muerte: y ahora repentinamente se encuentra en el seno de la suntuosidad y opulencia, de las diversiones y alegría, rodeado por todas partes de objetos halagüenos y de las ilusiones de la grandeza; situacion sin duda la mas peligrosa para un jóven; mas todo este brillo y pompa es un objeto indiferente para Tomas, y su corazon no se muda. Su padre que conocia sus talentos, le trasladó á Nápoles para que siguiera sus estudios, y su virtud tiene que triunfar de nuevos obstáculos.

El emperador Federico por motivos particulares de resentimiento suprimió la universidad de Bolonia, y en el año de 1224 mandó erigir la de Nápoles; la grandeza y hermosura de esta ciudad atrajo muy en breve toda la juventud de la Italia, y con ella el libertinaje y el desórden: de manera que se vió convertida en otra nueva Cartago, de cuyos escándalos tanto

se lamenta el padre san Agustin. ¿Qué firmeza no necesitaria Tomas para no ser arrastrado por el torrente? La seduccion, los malos ejemplos, los sarcasmos, y la disolucion impune y casi autorizada, todo se arma contra su inocencia y le brinda con el crimen: pero inmóvil como una roca en medio de las tempestades del océano, confunde con su conducta á aquella juventud insensata, que bebe con alegría en la copa de los placeres una muerte anticipada, y acaso una infelicidad sin término. Renovó en Nápoles el ejemplo de Tobías en Nínive, y el del gran Basilio en Atenas, que no conocia otras calles que las que le conducian al aula.

Estremecido á vista de tanto desórden, buscó el retiro: la soledad es el lugar propio de los sabios y de las almas tiernas; aquí se forman, aquí meditan y aquí se elevan: Tomas pretende incorporarse á los hijos de Domingo, que llenaba entonces la Europa con su nombre; muy léjos de ser esta resolucion hija de la lijereza, del capricho, ó de un fervor fugaz é indiscreto, fué el fruto de la meditacion, de los consejos y de aquellas inspiraciones de la gracia con que Dios previene y señala á esos hombres extraordinarios, que destina para consolar la iglesia y reformar los siglos.

Nada mas justo que una determinacion semejante, que la razon aprueba, la religion autoriza y la piedad recomienda. Pero... ¿lo creereis, señores? nada mas odioso y sensible que este acontecimiento para su familia. Apenas reciben la noticia, cuando se pasman todos, se inquietan y enfurecen. ¡Cómo...! exclaman llenos de turbacion. ¡Tomas con un hábito humilde! El hijo de los condes de Aquino sepultado en un claustro, frustrando las esperanzas que habian fundado sus padres en su mérito personal, para que diera nuevos esmaltes á los antiguos blasones de la casa en una carrera brillante cual corresponde á su grandeza! ¡Tomas...! ¡qué...! Tomas es un hijo desnaturalizado! ¡es un temerario que nos deprime y denigra! su determinacion es un delirio, un error, un delito! Caiga sobre ese insensato todo el peso de nuestra indignacion, y hágasele entrar en su deberes por cuantos medios sean posibles, y estén á nuestro alcance.

Representaos ahora, señores, lo que el orgullo y las pasiones exaltadas pueden inspirar de mas violento, y todo va á desplomarse sobre el virtuoso jóven. La condesa Teodora su madre

toma á su cargo separarle de tan piadoso designio, y al efecto sale precipitadamente para Nápoles; Tomas lo sabe, y huye á Paris; mas sus hermanos, que mandan en el ejército del emperador Federico, le salen al encuentro, le aseguran, y como si fuera un delincuente le conducen al palacio de Aquino. ¡Qué suerte, Dios mio, se le prepara á este desgraciado! Los profetas en los desiertos y los primeros fieles en las cárceles y subterráneos deben tener imitadores en todos tiempos, porque el hombre nunca será héroe sin sufrir desgracias y vencer peligros.

Colocado en el seno de su familia, no tiene donde volver su turbada vista: la consternacion y desasosiego están pintados en el semblante de sus domésticos, que con lenguaje mudo le informan del dolor que les causa su obstinacion y desvarío: sus amigos le hablan, sus parientes se interesan, sus hermanos le suplican, todos se comprometen á restablecer la tranquilidad en la agitada familia, y todos exigen de Tomas que mude de resolucion: pero Tomas no muda; dotado de un espíritu sublime y de un corazón grande y generoso, prueba necesidades mas poderosas que su existencia, y tiene deseos inmensos que no pueden saciar las grandezas humanas con sus ilusiones y encantos; busca á Dios, y le busca en el silencio; nada le separa de esta resolucion heroica: será causa de la afliccion de su familia; no importa; es piedad ser cruel en esta materia, dice san Gerónimo.

Su madre... ¡qué nombre tan dulce para un corazón sensible! Su madre es la primera que se presenta en la lid con todo el imperio que la naturaleza y la religion le conceden sobre un hijo; le habla, le insta, le ruega, le abraza, le acaricia... Pero Tomas con el semblante apacible de la inocencia permanece inmóvil; nada le turba: la diestra y seductora condesa empeñada en conseguir su triunfo, nada omite de cuanto puede ablandar el corazón del hijo: con este objeto, ya le pinta con los coloridos mas risueños los placeres, las abundancias, las dignidades y honores que le esperan, y que el mundo le ofrece con mano pródiga... Tomas con alma generosa los desprecia: ya despliega á su vista el cuadro horrible de la soledad del claustro, sus austeridades, sus vigiliass, sus privaciones, sus rigores... Tomas no se intimida: ya le persuade con su singularidad peligrosa contraria á la ley, á los ejemplos, á la elevacion y á los sentimientos de su familia... pero Tomas se

muestra inexorable: ya en fin pone en movimiento los giros animados del maternal cariño, las lágrimas, los desconsuelos, las congojas, la muerte, el sepulcro... Si, cruel, le dice, el sepulcro... el sepulcro será para esta triste madre el término fatal de tu inflexibilidad y resistencia... Tomas humedece sus mejillas, contesta con dignidad, conserva su firmeza, y tiene valor para dejarse aborrecer: pero no se ablanda, no se muda: ¡qué...! ¿no se muda? pues sepúltese este hijo indócil en una prision eterna: esto dice Teodora, y Tomas descende á la mansion del crimen.

Acaso extrañaréis semejante conducta en una madre, que parece desmiente su religiosidad, su educacion y finura, preciosos dotes de la primera nobleza: no hay duda que seria increíble, si no supiéramos que cuando una pasion es violenta, seca las fuentes de la sensibilidad, y deja al alma sin ternura: el orgullo ocupa el corazón de Teodora, y el orgullo no conoce sus yerros: deslumbrada con las ilusiones de su grandeza, no puede sufrir que nadie resista á sus mandatos: por otra parte es mujer y ha derramado lágrimas inútiles, este es un crimen que jamas se perdona: en este estado aunque la firmeza de Tomas sea una virtud, como su madre la mira por el prisma de la pasion, no ve otra cosa que la ennegrecida imagen del delito y del desprecio. Triunfe Teodora, y perezca Tomas si fuere necesario; tal es el fallo de la agitada familia.

Sus hermanos, animados de un furor extravagante y marcial, se ofrecen á vengar las estériles lágrimas de la apasionada madre, y apoyados en su cruel ternura reproducen sus tentativas. Pero ya no son lágrimas, no ruegos, no súplicas: injurias, amenazas, violencias y golpes espantosos es lo que prodigan aquellos hombres inhumanos á esta víctima inocente. Dos años, señores, dos años pasan, y la tempestad no cesa, los padecimientos se multiplican, y el cáliz amargo no se apura. Parece que todos los sentimientos de religion, de humanidad y aun de decencia se habian extinguido en la familia de los condes de Aquino, para transportar en ella las costumbres bárbaras de los primeros siglos: ¡anacronismo odioso, que no pocas veces reproducen el orgullo y las pasiones en los tiempos de civilizacion y cultura!

Pero las violencias jamas triunfan de la virtud sólida; esta es semejante á la antorcha amortiguada que con los sacudimien-

tos aparece en luz mas brillante y pura. Yo sé que la naturaleza y religion autorizan á los padres para que instruyan, dirijan y aconsejen á sus hijos durante la inexperiencia de su juventud, época fatal de indiscreciones y delirios : Tomas es jóven, su razon apénas se ha desligado de las fajas, si puedo explicarme así : él puede ignorar, atendido el órden comun de las cosas, si su conciencia le conduce bien, ó le extravía : si su firmeza es una obstinacion peligrosa, ó un valor que Dios le aprueba; si sus deseos son una ilusion de su ofuscada mente, ó los impulsos vigorosos de la gracia : convengo en que estas reflexiones son oportunas. Pero tambien es cierto que la correspondencia á la vocacion divina debe ser pronta y firme, sin que intervenga en ella la autoridad de los padres para impedir-la : porque la gracia tiene ciertos momentos felices, los cuales pasados, no vuelve con las mismas circunstancias : aquel jóven del Evangelio á quien llamó Jesucristo, y él se ofreció á seguirle, quiso ántes asistir al entierro de su padre, y aunque nada mas prudente y justo á los ojos del mundo, no se sabe que despues volviese. En estando el hombre moralmente cierto de que Dios le llama, no hay poder humano que le detenga : Tomas que ha hecho cuanto dicta la prudencia, tiene esta certeza; ademas que dos años de crueles pruebas era lo muy bastante para que su familia se convenciese de que su resolucion no era una lijereza, sino una particular inspiracion de la gracia; por consiguiente que aquella opresion y malos tratamientos eran producidos no por la razon ó la religion, sino por el orgullo humillado y enfurecido. Así es que sus hermanos han hecho punto de honor en salir vencedores, y están dispuestos á sacrificarlo todo hasta conseguir su intento y que Tomas se rinda. ¡Que Tomas se rinda! ¿y ya qué les queda que hacer con este atribulado jóven? ¿Se intenta acaso renovar el atentado de Caín, y que corra la sangre de este virtuoso Abel? No, no lo temais, se acabaron ya las violencias; el combate que se le prepara es mas delicado, pero mas seguro; David con toda su virtud, y Salomon con toda su sabiduría se rindieron en igual lucha. ¿Qué hará Tomas que se halla en la primavera de la edad y en la estacion de los placeres, con un corazon como abobado que no ha hecho uso de sus fuerzas, que no ha sentido las fuertes impresiones de la pasion, ni tanteado toda la extension de su imperio?

Señores, cuidado que yo no vengo á profanar el sagrado ministerio que ejerzo al presentaros el triunfo sublime de la virtud, no ménos edificante para nosotros que glorioso para Tomas : si un silencio escrupuloso ó una falsa delicadeza cerráran en esta ocasion mis labios, seria un injusto, y negaria á la castidad sus debidos homenajes; y así escuchadme sin recelo. Los hermanos de Tomas pretenden separarle de su vocacion haciéndole perder su pureza : al efecto hacen entrar en sus planes á una de esas hermosuras venales, que saben reunir á su infamia los atractivos seductores que en todos tiempos han hecho temblar la virtud mas robusta.

Dejadlos en esa conspiracion horrible, y figuraos á Tomas sepultado en aquella mansion lúgubre, donde reina un silencio melancólico, interrumpido solamente por los gemidos fervorosos que exhala su corazon inflamado. Pálido y triste con el peso de sus desgracias, cualquiera le tendria por la estatua del dolor colocada en una tumba desierta. Los furors del terror y los prestigios de la piedad y del misterio se reunen en aquella morada de las lágrimas y del luto, para ofrecer al mundo uno de aquellos espectáculos sublimes con que la religion confunde la inmoralidad de los siglos. Profundamente postrado en la presencia de su Dios, Tomas siente, Tomas se aflige, Tomas llora; es hombre : pero su alma hermosa respira pudor y gracias, melancolía y afectos; es la misma dignidad de la virtud. Él sabe con san Pablo que los que quieren vivir piadosamente en Jesucristo, han de sufrir persecuciones, y se resigna humilde : sabe tambien que el tiempo es el pórtico de la eternidad donde terminan los padecimientos del mundo, y dirigiendo por la fe sus miradas confusas al Dios que adora en aquel santuario inaccesible, contempla su majestad y se pasma : se considera á sí mismo, y su propia bajeza le abate : pero la caridad llena aquel vacío inmenso que media entre la grandeza del ser infinito y la nada del hombre; y Tomas se alienta, se inflama, y se estrecha con su Dios; quisiera exponerle sus quejas como Job; pero al contemplar pendientes en los muros de la celestial Jerusalem los ensangrentados trofeos del Calvario, Tomas tiembla y se ofrece como víctima. Padecer, morir, y encerrar su corazon en el de Cristo, como del Apóstol decia el Crisóstomo, esto es lo que desea, estas sus ansias, tales sus anhelos : ¡qué alma tan sublime! y qué cuadro tan interesante y tierno! Un Dios

que aprecia aquellas amorosas lágrimas; los celestiales espíritus que las elevan hasta su trono; la oscuridad silenciosa que las cubre; el lóbrego pavimento que las recoge, y los ardientes suspiros que las acompañan, forman un conjunto inexplicable que pasma, que estremece, que edifica y que ablandaría otros corazones que los de su familia.

Tal era la situación de Tomas cuando es interrumpido por el triste ruido del funesto cerrojo que se descorre; gira suavemente la puerta de su prisión sobre sus quicios; vuelve sus angustiados ojos y ve... ¡Gran Dios, adoro humilde los profundos arcanos de tu sabia providencia! Señores... una jóven hermosa con todos los atractivos que el pudor condena, se halla al lado del hijo de los condes de Aquino; se aprovecha de la inacción en que le han dejado la sorpresa y el espanto, y trata de abrirse paso á su corazón inexperto con la seducción de los halagos, los hechizos de las gracias y el imperio de la hermosura: el asustado Tomas tiembla, se estremece á vista de tan inesperada escena, y se queda en un estado casi completo de insensibilidad y aturdimiento. ¡Qué horror, Dios mio! ¿Qué hará este jóven que se halla entre las lágrimas de la virtud y las sonrisas del placer? Una mirada casual hizo de David un adúltero, una impresión pasajera turbó el reposo de un Gerónimo: ¿Qué hará Tomas, repito, sin la experiencia de David y sin la ancianidad del solitario de Belen? Una edad susceptible del fuego de las pasiones; un recinto solitario que puede hacerle menos tímido, y su debilidad mas secreta; una familia que le asegura no solo la impunidad del crimen, sino los aplausos á su flaqueza; una mujer comprometida en su triunfo; un... qué sé yo?... José huyó en un caso semejante, Tomas no puede. Susana dió voces en iguales circunstancias, á Tomas nadie le escucha; sin medios, sin recursos para evadirse, conoce todo lo peligroso de su situación; el mundo que le espera por los halagos de la culpa; Dios que le llama por medio de la virtud; una condescendencia que le pierde, una resistencia que le salva; los horrores de un desliz, los laureles de la victoria; todo lo conoce, todo lo medita en aquel solo momento; momento terrible del que pende su perdición ó su ventura, pero ¡cuán cierto es que el exceso de la desgracia da energía á la virtud, y que el trono de las misericordias es el puerto seguro en los grandes naufragios de la vida!

Tomas, lleno de una indignación santa, se arma de un tizon encendido, acomete á aquella mujer infame, la pone en vergonzosa fuga, y consigue el mas glorioso de los triunfos. Los celestiales espíritus que esperaban este feliz desenlace, descienden para coronar al vencedor, le ciñen con el cingulo de la pureza, y ponen término á sus infortunios. Las hermanas aprovechándose del vergonzoso aturdimiento de los autores del crimen, le arrojan por el muro del palacio, como en otro tiempo consiguió su libertad el Apóstol, y á imitación de la paloma del arca vuela Tomas á Nápoles á refugiarse en su convento, llevando la oliva de la pureza en señal de su victoria.

Los filósofos, que no ven en el hombre mas que los sentidos, profesan un odio implacable á la castidad, y mirarán con desprecio la conducta de Tomas en la ocasión presente: pero el que aprecie la virtud no puede ménos de admirar la dignidad del justo, y el imperio que adquiere sobre sus pasiones por el influjo de la gracia. Abrahan empuñando la cuchilla para inmolarse á su hijo; Job en el lecho del dolor y desamparo; David arrojado de su trono sin hallar asilo, con otros muchos ejemplos en que parece llegar hasta el extremo la opresión del justo, serian otros tantos escándalos de la Providencia, si no fuesen el triunfo magnífico de la gracia, la energía de las almas virtuosas, y las grandes lecciones que da Dios al género humano: el triunfo de Tomas fijó la atención de su siglo, y las circunstancias no pudieron ser mas oportunas: en los tiempos de relajación una virtud comun se mira con indiferencia: es necesaria una virtud robusta, y si puedo decirlo así, estrepitosa, que saque á los hombres de su letargo moral y los ponga en movimiento: la de Tomas lo fué: sus padecimientos crueles no pudieron ocultarse por mucho tiempo, porque la altura social de su familia y la singularidad bárbara de su atroz conducta, le dieron aquella publicidad é importancia que adquieren siempre los vicios ó las virtudes de las grandeza. Federico y su corte la desapruaban; la de Roma se horroriza; Inocencio IV, que falla á favor de Tomas y le protege; el pueblo que recibe con gusto y pasmo lo que es extraordinario y maravilloso; el prestigio y el respeto que producen en el corazón humano la inocencia triunfante del orgullo feroz y terco; y esa especie de majestad sombría que imprime la desgracia al justo perseguido; todo esto interesa á la multitud, y la dispone á reconocer el

imperio que tiene la virtud sobre nuestras pasiones y flaquezas. Tomas pues vino á ser en el concepto público un ser privilegiado y un objeto de admiracion, y con tan justo ascendiente reformó á su siglo.

Las costumbres se resentian de la licencia y ferocidad de los bárbaros, desde que ocuparon la Europa; la ignorancia se extendia á todas las clases del estado; esta calamidad general recibió nuevo aumento con aquel cisma horroroso, en que cuatro antipapas se sucedieron sin interrupcion, y corrompieron los pueblos para ponerlos de su parte, autorizando la rebeldía y los delitos; el emperador Federico, heredero de las pretensiones que hicieron tan calamitoso el reinado del famoso Enrique, se declaró por enemigo de la iglesia, invadió sus estados, usurpó sus derechos, persiguió á los papas, y como el crimen armado del poder no busca justos que le aconsejen, sino cómplices que le ayuden, no virtudes que edifiquen, sino masas que destruyan; debió ser y lo fué en efecto indulgente con los vicios, con la anarquía y con el crimen. Tal era la situacion del siglo XIII, siglo en que para pasar como virtuoso, bastaba ser malvado con decencia. Pero se ha reparado que los tiempos de grandes crímenes son casi siempre los de grandes virtudes. La naturaleza como agitada y conmovida despliega entónces su poder, y si aborta monstruos que destruyan, tambien produce hombres grandes que contengan; tal fué la suerte reservada á Tomas; jamas hombre alguno pudo presentarse con mayor prestigio. Los ministros del santuario, envueltos en el general trastorno, necesitaban de un guía que los condujese; Tomas predica, escribe, les traza la senda que deben seguir, y es el reformador de la disciplina eclesiástica. Guillermo de Santo Amor deprime al estado regular en sus escritos, y Tomas le confunde con su hábito y su pluma: la primera nobleza contaba entre sus privilegios el orgullo, la ambicion y el desenfreno; y Tomas con su abnegacion, su humildad y su pobreza les hace respetar las virtudes del Evangelio: la simonía habia adquirido una existencia casi legal, y el célebre Federico tenia formada su tarifa; pero renunciando Tomas la púrpura y la mitra de Nápoles, llenó de oprobio con su ejemplo aquellas maquinaciones sacrilegas, y puso un freno á los profanadores del santuario; las desavenencias entre el sacerdocio y el imperio clamaban por un hombre extraordinario que las calmase; y Tomas con el as-

cediente de sus virtudes se dejó ver en medio de tantos desórdenes como un faro luminoso entre los horrores de un desierto. Roma busca un sabio, y Tomas es el oráculo que se consulta. El rey de Francia anhela por un hombre grande á quien confie asuntos de la mayor importancia; Tomas se halla en Paris, y es el profeta que pronuncia; aquí fué donde por la primera vez en esas mansiones régias donde tienen su asiento la adulacion y la lisonja, se rindieron homenajes á las distracciones de un justo: es bien sabido aquel *conclusum est contra Manichæos*, con que Tomas interrumpió la mesa del monarca, y no lo es ménos el respeto que mereció á Luis un sabio ménos ocupado de las honras que le dispensaba, que en defender los derechos de la religion combatida.

Por último un siglo de errores y de vicios necesitaba de un apóstol, este es Tomas; parece un Pablo en la rapidez de sus viajes; es un Jonas que convierte pecadoras Ninives; es un Samuel lleno de dignidad para anunciar la cólera del cielo; es un Job invencible, un José casto, un Tobías afable, un Ezequiel modesto, un Moises en fin agradable á los ojos del Señor: *Fuit gratus Deo*: esto ofrecí en la primera parte: hablaré ahora de su ciencia que fué la

SEGUNDA PARTE.

Un sabio es la produccion mas sublime de la naturaleza; su número es muy corto, como para darnos á entender lo prolijo de su formacion; pero la humanidad los necesita de cuando en cuando para llenar el vacío de nuestras flaquezas, y la religion los reclama en los tiempos de sus tribulaciones, en cuyos casos jamas los escasea el cielo, y entónces no hay cosa mas grande que un sabio, que colocado en medio de su siglo fija la atencion del mundo. Consideremos á Tomas en esta elevacion majestuosa, y teniendo presentes las circunstancias de su tiempo, admiraremos la extension de sus conocimientos, la pureza de su doctrina y los triunfos que por ella consiguió la iglesia; este es, señores, uno de los cuadros magníficos que honran á la especie humana, y que despiertan en el corazon del hombre sentimientos de admiracion y reconocimiento; la voz de los siglos y de las naciones dictarán este elogio, sin reservarme otro mérito que ser su intérprete.

Es bien sabido que los bárbaros del Norte, destruyendo el Capitolio y rompiendo el cetro de los césares, trastornaron toda la Europa hasta en sus fundamentos. La invasión de aquellas hordas salvajes no fué otra cosa que una marcha rápida precedida del terror y la muerte, y acompañada de laureles y de triunfos. Se pasaron las naciones al verse repentinamente oprimidas con un cetro de hierro bajo la dictadura de los caprichos y de la ferocidad: y no ménos admirados los mismos bárbaros de la rapidez de sus conquistas y de la poca ó ninguna resistencia de los romanos, atribuyeron la debilidad y cobardía de estos á su gusto por las artes y las ciencias. Motivo suficiente en su concepto para que las detestasen con horror, y prohibieran á sus hijos toda especie de cultura como una afeminación peligrosa: de aquí provino aquella gloria extraña de honrarse con el nombre de bárbaros, título para ellos el mas lisonjero y glorioso, y que llevaron hasta el extremo de hacer alarde sus pequeños soberanos, llamados barones, de ignorar aun el arte mezquino de escribir.

Los usos, costumbres, inclinaciones y gustos del vencedor han sido siempre la regla de los vencidos; despreciada la literatura por aquellos conquistadores groseros y feroces, perseguidos los sabios, y recibiendo culto la ignorancia, ¿qué podía esperarse de unos pueblos subyugados que encontraban cerradas las fuentes de las ciencias, autorizado el suicidio de los talentos, y abierto el sepulcro á la razón? Bajo este sistema degradante corrian los siglos, y agolpando los unos sobre los otros el fondo de ignorancia que habian contraído en sus respectivas épocas, se formó una masa enorme de barbarie que oprimiendo los espíritus, los dejó en una especie de inmovilidad estúpida; enmudeció la Europa; se acobardó la virtud que gusta de las luces y las ciencias, y buscó la soledad llevandó consigo los preciosos monumentos de la antigüedad, para preservarlos del comun naufragio y consultarlos en el silencio. No trato, señores, de confundir en este cuadro triste las ciencias en comun y la literatura eclesiástica con la doctrina de la iglesia, cuya indefectibilidad está garantida por una palabra omnipotente: en medio de estas tinieblas resplandeció de un modo admirable la infalible promesa del Señor, conservando entre ellas, y haciendo llegar á nuestros tiempos su doctrina tan pura y tan limpia como salió de la boca de Jesucristo. No, ni extinguieron ni pu-

dieron extinguirse las lámparas del santuario; los pontífices, los concilios y los obispos conservaron esta luz y la propagaron.

Pero esta misma iglesia no podia ménos de gemir al ver difundirse aquellas espesas sombras por todo el occidente desde la irrupcion de los bárbaros; y ¿qué remedio podia aplicarse á este general embrutecimiento? Despues de extinguidas aquellas gloriosas lumbreras de los Crisóstomos, Gerónimos y Agustinos, aunque es verdad que se vieron brillar de cuando en cuando los Cirilos, Teodoretos, Leones y otros; pero jamas apareció la literatura sagrada con su antigua riqueza y esplendor: esos hombres privilegiados que se dejaban ver en la oscuridad de los siglos, eran los rayos fugitivos de una luz que se consume. La division del imperio por Teodosio en oriental y occidental, con la que quedó roto el comercio de los griegos con los latinos; las continuas invasiones y guerras siempre funestas á las ciencias; y la falta de medios para adquirirlas, como son las escuelas públicas, el estímulo, los libros y el papel, aumentaban las tinieblas y fijaban la ignorancia; ¿qué estudios podrian hacer los eclesiásticos de aquella edad, en que saqueadas sus iglesias y despojados de sus bienes, se veían en la necesidad de mantenerse del trabajo de sus manos? Eran pues tan pasmosos los progresos que hacia la barbarie cada dia, y se profundizaban tanto sus raíces, que no era posible arrancarlas en pocos años, ni bastaba la vida de un hombre aislado, por mas activo y eminente que fuese.

Y si no ¿cuáles fueron los resultados en el siglo VI de los vigorosos esfuerzos con que Casiodoro, Boecio y san Gregorio el Magno, auxiliados del poder supremo, se empeñaron en formar el gusto y fomentar el estudio de las ciencias; cuando el papa Agaton en el siguiente, en su carta sinódica dirigida á los padres del concilio VIº general y IIIº Constantinopolitano se lamenta con dolor de la rudeza y mucha ignorancia de los eclesiásticos del occidente, y desconfía del corto número que acompañan á sus legados, debiendo ser los mas eruditos que encontrase? Estos son los tristes resultados de aquellas laudables tentativas. No fueron mas felices las de Carlo Magno, Alcuino, Eginardo, Paulo Diácono y algunos otros justamente conocidos por hombres doctos, atendida la instruccion que se lograba entónces; cuando nos presenta la historia al siglo X para oprobio

de la razon humana; siglo *nullum indoctius vel infelicius*, el mas rudo é infeliz de cuantos le habian precedido, que dicen los sabios, así como el siguiente es llamado por Baronio *seculum ferreum*, siglo de hierro.

Tales fueron los progresos de la ignorancia, y tal el embrutecimiento que tenia encorvados los espíritus, y sin accion los talentos, cuando las Cruzadas y una feliz combinacion de sucesos empezaron á disipar en la Europa aquellas vergonzosas tinieblas, dándole á la razon nueva tendencia y energía. Estos primeros movimientos debieron ser débiles y perezosos, como los lánguidos esperezos de un enfermo muy postrado que empieza á salir de un letargo profundo. Pero el impulso estaba dado, y el tiempo auxiliado de algun genio superior y extraordinario debia reglar la marcha de los conocimientos humanos, y principalmente de la teología y ciencias eclesiásticas. En este estado llegó el siglo XIII, levantó la voz, presentó á Tomas, y guardó silencio.

Desde luego fijó este hombre la atencion pública; sus talentos llegaron á ser un problema *natura contentio*, como del gran Basilio decia el Nacienceno; tomó en la sociedad la elevacion que le correspondia, y se conoció que este era el sabio que el cielo compadecido destinaba para enjugar las lágrimas de la iglesia, sacar las ciencias del sepulcro donde yacian, ilustrar á un siglo inmoral y bárbaro, y dar lecciones al mundo: ¡empresa sublime! pero que su feliz resultado ofrece á la razon humana un cuadro magnífico que la honra.

Casi todos los hombres grandes nacen con una especie de instinto que los arrastra sin ser dueños de sujetarlo; este es uno de los enigmas inexplicables de la naturaleza. Hay algunos que dotados de una imaginacion sombría y de un pensamiento solitario, no salen fuera de sí mismos; allí se nutren, y allí se extinguen: son semejantes á aquellas divinidades del paganismo, que colocadas en los bosques pronunciaban sus oráculos en la oscuridad y las sombras. Hay otros, y son los mas, de un espíritu porfiado y fuerte, que apoderándose de un objeto científico, se ligan á él de tal manera, que jamas lo dejan hasta salir eminentes en aquella ciencia. Pero son muy raros aquellos cuyos talentos no conocen límites que los contengan, y abrazan todo lo que el espíritu humano puede pensar, como si hubieran nacido para engrandecer la razon del hombre.

Tal fué el instinto de Tomas: él siente una inquietud secreta que le devora, un peso importuno que le impele, y como si creyera que se habian confiado á sus manos las llaves del santuario de las ciencias, se acerca con pasos trémulos á este solitario recinto, ve los estragos que ha hecho la ignorancia, se propone repararlos en cuanto le sea posible; y al efecto se apodera de los monumentos que se habian salvado de aquel funesto naufragio. El pórtico y liceo le entregan sus producciones, el claustro los escritos de los padres, la piedad le inspira sus sentimientos, la religion sus verdades, la elocuencia sus brillos, y la iglesia la pluma para que la defienda. Leyó Tomas, y ya supo; se apoderó como por sorpresa de las ciencias, y fué un sabio; su memoria tenaz y feliz retenia para siempre lo que una vez leía, y la transformó en una biblioteca inmensa.

Registró las escuelas públicas, y en lugar de sabios, encontró gramáticos y dialécticos; no sin espanto vió que aquellos disputadores frívolos, á imitacion de los hijos de Israel en el desierto, tributaban un culto insensato á un ídolo extravagante; hablo de la veneracion que profesaban al filósofo de Estagira. Sí, Aristóteles era el Dios de las aulas: este el oráculo que se consultaba, y hasta los misterios de la religion eran despreciados si no se conformaban con su doctrina. Tan sacrilega apoteosis deshonoró á las ciencias y afligió á la iglesia. Arrio sacó sus errores de los escritos de este filósofo, dice san Ambrosio: Gilberto Porretano, Abelardo y Berengario extrajeron los suyos de la misma fuente. No sé si diga que los escritores antiguos temieron impugnar al maestro de Alejandro; sea de esto lo que fuere, Tomas no pudo permitir que permaneciese por mas tiempo recibiendo adoraciones tan impuro simulacro; é indignado como Moises á la vista del becerro que arrojó de sus aras, le redujó á polvo, y mezclado con agua lo dió á beber á los israelitas, del mismo modo Tomas deshizo al discípulo de Platon, le refundió, y aquellas doctrinas de que ántes se valian los enemigos de la religion para combatir sus verdades, mezcladas con el agua pura de las suyas, las presentó á los sabios para que las bebieran con seguridad.

Estos primeros ensayos de la fecundidad de su pluma fueron el feliz pronóstico de la inundacion pasmosa con que debia regar el campo de la iglesia. Ciertamente, señores, que ahora es cuando siento todo el peso del ministerio que se me ha en-

cargado : no se puede presentar á un orador una materia mas vasta ; es imposible decirlo todo , y nada quisiera omitir ; los escritos de Tomas existen , registradlos , y suplid con vuestra instruccion la rapidez de mi elogio . No se conoce un doctor que en tan corto tiempo haya escrito tanto . Filósofo , teólogo , juriscónsulto , humanista , político , escriturario , no hubo materia en que no ejercitase su valiente pluma , sin que bastasen cuatro amanuenses , á quienes dictaba á la vez sobre diversos asuntos , para agotar su fondo . San Gerónimo considerando la fecundidad de san Pablo , desahoga su admiracion llamándole biblioteca de la Divinidad ; yo llamaré á Tomas de Aquino una universidad completa ; porque ¿ qué no supo ? ¿ qué no hizo ? ¿ qué no escribió ?

Si el paganismo que se notaba en la Europa , efectó de las invasiones repetidas y de la mezcla de tantas naciones diferentes , necesitaba de un Tertuliano para que le confundiese con su apologético , Tomas escribe la Suma contra gentiles , obra prodigiosa solo comparable con la Ciudad de Dios del grande Agustino . Si explica la Escritura santa , parece que el Cordero del Apocalipsis tenia levantados en favor de este hombre los sellos de aquel libro adorable . Isaías por su oscuridad misteriosa y divina habia asustado á los antiguos padres , y contentándose con fijarse mas particularmente en algunos pasajes , le dejaron á la posteridad : Tomas le explica y en su elevacion majestuosa halló un Evangelio anticipado .

Los grandes ingenios comunmente son melancólicos ; acaso sería esta la razon porque gustaba de Jeremías y del santo Job , verdadero símbolo de la humanidad paciente , y empleó su pluma en expresar los lamentos del dolor y los cánticos del sepulcro . Si interpreta los Salmos , parece un Gerónimo en la gruta de Belen , ó el mismo David entonando himnos al Dios de sus padres entre el ruido de los torrentes y la soledad del desierto . Si escribe sobre las Epístolas de san Pablo , es un nuevo doctor de la gracia ; si sobre los Evangelios , es un océano de erudicion inmensa ; confiado en su memoria dictó esta grande obra sin registrar un libro , pero sin equivocar ninguno de los infinitos pasajes de los padres griegos y latinos de que se compone . Y ¿ qué diré del admirable Oficio del corpus , que Urbano IV le mandó componer para celebrar de un modo digno el sacramento augusto de nuestros altares ? Parece que el amor di-

vino se junta á sí mismo : y acaso no habrá un cristiano que pueda reprimir la expansion de su alma , al resonar en el templo esa secuencia y esos himnos sublimes donde se mezclan los sentimientos de piedad y las bellezas poéticas con la majestad del misterio que se adora . No penseis que trato de haceros un resumen de sus obras ; para esta empresa se necesitaba de Tomas mismo : pero no puedo dispensarme de hablar dos palabras acerca de su Suma .

Necesitaba la iglesia de un cuerpo unido y completo de teología metódica y sublime que desterrara la ignorancia , y fuera el baluarte contra la herejía . Los santos padres no escribieron ningun tratado seguido sobre esta facultad ; exposiciones , cartas , homilias é impugnaciones á los errores de su tiempo ; estas eran sus obras ; no se conocia la imprenta , y reducidas á manuscritos , era necesario para saber , reunir multitud de ellos , cuya adquisicion no era fácil , y aun cuando lo fuera , la pereza y la ignorancia los hacia inútiles . San Anselmo se propuso reparar esta falta y lo consiguió en parte ; siguió el célebre Abelardo perfeccionando el método , y su discípulo Pedro Lombardo adelantó un poco mas , pero se quedó muy corto ; sin embargo esta obra aunque tan mezquina mereció la celebridad y se tuvo por un portento . A Tomas de Aquino estaba reservado dar la perfeccion y complemento á esta grande empresa , tan necesaria á los sabios y á la iglesia : reunió un número prodigioso de manuscritos , los leyó todos , los supo todos y formó la Suma . Apareció en el mundo literario este monumento grande del ingenio humano : las universidades y colegios , los sabios y maestros , todos quedan suspensos al ver esta produccion inimitable , y como transportados á una region de ideas desconocidas , y atentos á un volumen inmenso de objetos que se desenvuelven á su vista de un modo nuevo , no saben dónde fijar su consideracion , sin que les embargue la sorpresa .

Por mí siempre que me ha ocupado esta reflexion , he juzgado realizarse con la Suma lo que dice Esdras de aquellos 70 volúmenes que debian comunicarse á los sabios ; porque si consideramos sus cuestiones , *in his enim est vena intellectus* ; vemos que el ingenio del autor es admirable por su invencion , orden , claridad , precision y fuerza : si buscamos el fondo de doctrina en la multitud de sus artículos , *et sapientiæ fons* , hallémos un raudal copioso de sabiduría ; en ellos se explican

con claridad y hermosura los dogmas y verdades santas de la religion; de ellos han tomado los teólogos que han escrito después, y ellos son como una gran biblioteca donde están reunidas las luces, el espíritu y los talentos de los padres y escritores de la antigüedad; y en fin si contemplamos la solidez de las respuestas con que deshace mas de quince mil argumentos, *et scientie flumen*, este es un torrente impetuoso que oprime, arrolla y destruye el error, al paso que derrama y fecundiza la verdad; parece que con esta obra se prefijaron los límites al entendimiento humano.

En efecto yo me figuro á Tomas que se presenta á la posteridad con la Suma en la mano y dice á los sabios: hombres grandes que me habeis seguido, teólogos y maestros que me habeis explicado, *docete me, et ego tacebo*; enseñadme, yo os escuchó en silencio: ¿qué adelantos habeis hecho en la ciencia de la religion? ¿qué nuevos descubrimientos en la teología? ¿qué verdades he omitido? ¿qué errores habeis encontrado? ¿qué defectos, en fin, habeis notado dignos de correccion y censura que me obliguen á retractarme ó arrepentirme? Si he ignorado alguna cosa, instruidme: *et si quid forte ignoravi, instruite me*. Esto dice Tomas; y bien, qué le responden? Todos enmudecen, todos le siguen, todos le admiran. Inocencio V dice, que la doctrina de Tomas excede á todas á excepcion de la canónica; Clemente VII le llama el fiel intérprete de los secretos de Dios; Clemente VIII asegura que no contiene error alguno; Juan XXII le llama el doctor de los doctores, y dice que cada uno de sus artículos es un milagro... yo seria demasiado molesto si reuniera los testimonios con que es aplaudida su doctrina.

Sin embargo la filosofía del siglo levanta la voz para hacerle despreciable por la falta de elegancia y delicadeza en su lenguaje, que llama inculto y bárbaro; ¡miserable recurso que supone un olvido total de la razon! No es el estilo de Tomas el que incomoda á la filosofía, es el fondo de su doctrina quien la atormenta, porque el desprecio es el placer estúpido y el mezquino desahogo del orgullo abatido. Cuando la verdad fastidia, solo se aprecian las frases, y nuestro siglo pone toda su consideracion y fija el mérito de los escritos en el brillo exterior y los adornos; sin advertir que incurre en la nota de ingrato y frívolo, como lo sería el que despreciase al hombre laborioso

que explota la mina para dejarnos el oro, y reserva sus elogios al artista que le da el brillo, y que acaso le adultera.

Cada siglo tiene su carácter particular y su tono al que deben conformarse los hombres grandes si quieren ser escuchados sin provocar su desprecio: obrar en sentido contrario al espíritu general, sería luchar con la naturaleza de las cosas y con el tiempo, que jamas se vencen. Tomas escribió en un siglo grosero que no conocia las gracias y precision del aticismo; su objeto era dar lecciones al mundo por medio de ideas claras y sencillas, que se sucedieran y enlazaran para convencer y estrechar el entendimiento hasta rendirlo, y por consiguiente su estilo debió ser la marcha desembarazada y noble de un sabio que habla de la verdad y la virtud con aquel sentimiento dulce que ellas inspiran.

Pero cuando Tomas mismo se reviste de la grandeza de la religion para celebrar el Sacramento augusto, ¿quién no admira la elevacion de sus pensamientos, la armonía de su lenguaje, la hermosura de sus expresiones, la uncion de sus afectos, y aquellos misterios del amor y de la elocuencia? Acaso esta produccion sublime abriera la senda que en el siglo siguiente tomaron los Dantes, Petrarca y Bocacios reconocidos por restauradores del buen gusto! Muy bien que la filosofía constituya todo el mérito en las gracias del lenguaje; es preciso adornar con flores la estatua para que no se note su desnudez y fealdad espantosa. Tomas, que no oculta errores, no necesita otro brillo que el de la verdad sencilla. Verdad que triunfa y que siempre será el recurso de los sabios.

Porque ¿cuál es el hombre que ha hablado mas profundamente de Dios y de sus atributos, ha penetrado con mas solidez los abismos insondables de sus misterios, ha disputado mas altamente de las virtudes, de sus actos y oficios? ¿Quién ha designado con mas precision y fuerza el origen y carácter de las pasiones, los secretos y deseos del corazon humano, y los contrastes entre sus acciones y sentimientos? Que me citen un hombre que haya dado un tono mas imponente á la verdad, á la moral y á la religion; un aire mas odioso y terrible al vicio; que haya enriquecido á la posteridad con mayor copia de conocimientos, ó haya confundido al error de un modo mas victorioso y completo

Habla de la divinidad de Jesucristo, y es un Atanasio con-

fundiendo á Arrio; explica la encarnacion del Verbo, y se reviste de la dignidad de los Cirilos contra los nestorianos y eutiquianos; pinta la caída de Adan, y la necesidad de la gracia, y parece un Agustino estrechando á los Celestios y Pelagios; manifiesta nuestra impotencia al bien sin el socorro del cielo, y es un Fulgencio ó Próspero postrando á los semi-pelagianos antiguos y modernos: es un Tertuliano en el conocimiento de las supersticiones paganas, es un Nacianceno en la teología, un Gerónimo en la interpretacion de las Escrituras, un Gregorio en la moral, un Bernardo en sus instrucciones y en la dulzura, es un... ¿pero á qué me canso? permitidme que repita otra vez la expresion de Cayetano: son todos los talentos de los padres renovados en Tomas: *intellectum omnium quodammodo sortitus est.*

Tales son los triunfos de la fecundidad de su pluma; triunfos que no se limitaron á su vida; porque el sabio no desaparece todo; mientras que sus cenizas yacen en el sepulcro, su alma circula por el mundo en sus escritos, y con ellos vence; así es que apenas ha habido un concilio despues de la muerte de Tomas, donde sus obras no hayan servido á los padres para sus decisiones: en el Florentino aterró por boca de un discípulo suyo al célebre Marcos de Éfeso, quien con la sutileza de un Platon y la verbosidad de un Demóstenes era el apoyo del cisma de los griegos; y en el Tridentino suministró con su doctrina los rayos formidables que se lanzaron por aquella respectable asamblea á los herejes proscriptos. Este es Tomas: aturdidos los sabios al contemplar este océano de sabiduría, no han podido contener su asombro; y no viendo mas que un hombre, se han compensado de tan fastidiosa evidencia con llamarle el Ángel de las escuelas; nombre que pronuncian con respeto las universidades y colegios siguiendo su doctrina; que han sancionado los sumos pontífices por el uso feliz que han hecho de ella; y que han recomendado los concilios valiéndose de su seguridad y pureza para arreglar sus decisiones. *Tolle Thomam*, decia un hereziarca del siglo XVI, quitadme á Tomas, y yo destruiré la iglesia: *Consulamus divum Thomam*, decian los padres del concilio de Trento en las materias que presentaban alguna duda; estas dos inscripciones honrarán para siempre su estatua: el odio de la herejía y el aprecio de la iglesia, son sin duda el mayor elogio que puede recibir un sabio; pero

Tomas, singular en todo, tiene uno tan sublime como augusto.

La humildad de este hombre le hacia ignorar un mérito que todos reconocian: acaso Dios temeroso, si puedo explicarme así, que pudiese naufragar en aquella inundacion prodigiosa de luces y de doctrina que habia derramado en su alma, le inspiró tal timidez y encogimiento, que jamas publicó ninguna de sus obras, sin que ántes las llevase á los piés del Crucificado á recibir su aprobacion, y entónces fué cuando oyó de la boca de Jesucristo aquel testimonio singular: *bene scripsisti de me Thoma.* ¿Qué consuelo para un hombre que enriqueció al mundo con 18 volúmenes en folio? Sí, 18 volúmenes en un siglo de ignorancia como el suyo, de un gusto tan depravado como groseras sus costumbres; ocupado frecuentemente en hacer viajes por la Europa y sin haber vivido mas que cuarenta y ocho años; ¡cuarenta y ocho años! no vivió mas, porque los monstruos son de corta duracion; la naturaleza se violenta en producirlos, y despues se cansa en conservarlos.

Para dejarnos tantos escritos fué necesario que el estudio absorbiese todos sus instantes: privado por la virtud del imperio de las pasiones, se formó una, cuya actividad se redoblabá por la supresion de las otras: y así aprovechó para las ciencias hasta aquellos momentos terribles que la naturaleza concede á las últimas convulsiones de la vida. Pasando al concilio de Leon por mandato de Gregorio X, le detuvo su última enfermedad en el monasterio de Fosanova, y cediendo á las súplicas de los monjes, explicó el sagrado libro de los Cantares desde el lecho de la muerte. Celebre la antigüedad la tranquilidad estóica y orgullosa de un Sócrates bebiendo entre sus amigos el vaso de cicuta: ¿podrá compararse con la calma feliz de Tomas, que unía los gemidos del dolor y las tristezas del sepulcro á la sonrisa de la virtud y á los dulces cánticos de una alma pura que se halla á los bordes de la eternidad para hundirse en ella? Así murió el justo que agradó á Dios y honró á su siglo: así desapareció el sabio que defendió á la iglesia y enseñó al mundo. *Fuit gratus Deo, etc.*

Discípulos de Tomas, habeis visto en vuestro digno maestro un hombre que despues de grabar en su corazon la imágen de la cruz, dirigió todos sus conatos á defender la pureza de la fe contra los herejes, la autoridad de la iglesia contra los cismáticos, y la moral del Evangelio contra el orgullo de los impíos;

esta fué su ocupacion, y esta debe ser la vuestra; porque en nuestro siglo se han reproducido todos los antiguos errores para formar ese código de inquietud, de destruccion y muerte que se llama filosofía. Orgullosa con algunos descubrimientos debidos al tiempo, que perfecciona con la lentitud de los siglos lo que está bajo su imperio, se ha propuesto refundir y trastornar al mundo moral y político hasta en sus fundamentos.

De aquí esos sistemas desconsoladores y absurdos que hacen consistir su mérito en oponerse abiertamente á los principios eternos de una sabiduría conservadora del universo; de aquí el dar á la razon humana un ensanche y autoridad desconocida, cuyos efectos son proteger la corrupcion y desórden, y si posible fuera, borrar del mundo la idea de una religion revelada; y de aquí esos amaños y estériles tentativas en sustituir el interes á la moral del Evangelio, las artes y la industria á la religion de Jesucristo, y arrancar á Dios de su imperio para reemplazarle por el simulacro estúpido de la nada, á quien el impío reconoce por único término de sus esperanzas. ¿Qué edificio, gran Dios, ha osado levantar el hombre sin contar con vos, ó mas bien para destruirlos, si pudiera! El orgullo ha formado el plan, la ignorancia le ejecuta, la verdad le reprueba, y el tiempo le destruye. Esta es la torre de Babel que se levanta atrevida para insultar al cielo: ántes de este monumento de vanidad y locura, no habia en el mundo mas que un idioma solo; pero despues de esta audaz empresa, todo es confusion y desórden: ¿cuál otro pudiera ser su resultado?

Los presentes filósofos, semejantes á los impíos de que habla el profeta Isaías (1), excluyendo á Dios de sus sistemas, se ven forzados á fundarlos en la nada, *confidunt in nihilo*: este es su Dios, la duda su símbolo, y las pasiones su ley. Garantidos con tal apoyo, que es el delirio de la razon, nos ofrecian ilustrar al mundo y sacar los pueblos de la oscuridad salvaje en que los habian sumido la supersticion y la ignorancia. En efecto: *speravimus lucem*, esperábamos los resultados felices de esos adelantamientos religiosos y políticos, y de esa ilustracion decantada que habia de hacer la felicidad y ventura de los naciones; llegaron pues, y ¿qué hemos visto? La historia de nuestros dias lo transmite á la posteridad con caracteres de sangre, y las lá-

(1) *Isaia. c. 59.*

grimas que aun derramamos no son bastantes para indemnizar al siglo de su credulidad y lijereza. Si, en lugar de la prometida luz, *ecce tenebræ*, no hemos visto sino turbacion y tinieblas, templos desplomados, tronos hundidos, sacudimientos espantosos, choques sangrientos de las pasiones exaltadas, lamentos tristes, lágrimas amargas, estragos y ruinas, cadalsos y tumbas: *ecce tenebræ*.

Sabios, las tinieblas permanecen porque existe la filosofía que las produce: la tempestad amenaza mientras dure el huracan que las forma; la nave de la iglesia se conmueve y agita, y aunque está segura de no padecer naufragios, afligida y llorosa reclama vuestra sabiduría y celo. Jonas dormia tranquilo en el fondo del bajel acometido por las olas; ¿imitaréis la conducta de este profeta delincuente y soñoliento? No, no se debe esperar de vuestra decision y energía, cuando la voz de la sociedad y de la religion os llama para su defensa y consuelo; de lo contrario sereis como todos, víctimas tristes del furor de las olas. ¿Qué puede intimidaros? ¿acaso los grandes talentos de los jefes de la filosofía? Pero los talentos sin religion son como los volcanes, que si arrojan luces, arrojan tambien grandes tinieblas: ademas que *impius ignorat scientiam*, el impío es un necio, dice la Escritura, no hay ciencia sin verdad, esta es Dios, y quien le niega, ignora; así es que el ateismo es la muerte de la inteligencia, y la extincion de la verdad y de la luz.

¿Temereis por ventura el brillante aparato con que se presenta la filosofía engalanada con la pompa del estilo y las gracias de la elocuencia? Tampoco; porque no es otra cosa que un cadáver fétido cubierto con un manto de púrpura, propio cuando mas para alucinar espíritus superficiales que perdonan la infeccion por la ilusion de los sentidos: acérquese el sabio, tóquela, y ella misma se desploma y deshace: la doctrina de Tomas es la religion explicada, su nombre solo aterra al impío, y por eso le odia; hágasele frente, y se verá que es seguro el vencimiento. Sabios, ¿dejaréis de hacerlo? cuando ya está descubierta la marcha de la impiedad y descornado el velo del prestigio; cuando el trastorno general que tanto agita la sociedad religiosa y política con esas teorías desorganizadoras que estremecen á la Europa entera; cuando la corrupcion de las costumbres domésticas, la relajacion del órden público y el desprecio de toda autoridad divina y humana son los frutos amar-

gos de esas doctrinas enemigas de la paz y del reposo; cuando la abominacion se lleva hasta el lugar santo, se insulta la creencia de los misterios de nuestra fe, se combaten los dogmas consoladores de la existencia de Dios y de una vida futura, se escarnece el culto y se persigue la moral en que se apoya el orden y perfecta armonía de los pueblos; cuando todo esto sucede á nuestra vista, y por otra parte vemos á Dios, que indignado con nuestros insultos y desprecios, derrama por el mundo el cáliz terrible de su cólera, amontona víctimas, difunde el espanto y se abren sepulcros inmensos en todas partes para tragar la generacion presente; á vista pues de este conjunto de males, ¿podrán los ministros del Señor permanecer indiferentes y apáticos? ¿Quedarán las lámparas de Israel ocultas entre la confusion y las tinieblas? Dios y el hombre, ved aquí el cristianismo todo: predicar las grandezas de aquel Señor; y enseñar á este sus deberes, es la obligacion del sabio; Tomas es el modelo; si no se puede igualar en su ciencia, puede imitarse en su celo: de este modo triunfará la religion y se practicarán las virtudes, que nos hagan felices en esta vida y en la eterna que deseamos, etc. Amen.

DISCURSO ^(*)

PARA EL DIA DEL ANGÉLICO DOCTOR

SANTO TOMAS DE AQUINO.

(DEL R. P. P. FR. RAMON CASAUS TÓRRES Y LAS PLAZAS.)

Vos estis sal terræ... vos estis lux mundi.

Vosotros sois la sal de la tierra y la luz del mundo.

S. Mateo, c. 5. v. 13 y 14.

No hay pintura mas bella y acabada de un perfecto doctor de la religion, que la que formó con su divino pincel el quinto doctor de la iglesia, exponiendo este mismo evangelio. Juntaré en uno sus hermosos rasgos, y me valdré de su expresion y colorido. Escuchadle: «Jesucristo nos enseña lo que ha de ser un doctor para desempeñar tan glorioso título; cuál debe ser su vida, cuál su enseñanza. Compárale primero con la sal, el mas útil de los condimentos; y con la luz, lo mas puro de entre las cosas visibles. Añade ha de ser como una ciudad bien murada, patente á la vista de todos, colocada en la cima de un monte, que sea firme é inexpugnable por arte y naturaleza, y sea como un sol que ilumine y vivifique al universo. Su vida ha de ser tan immaculada é irreprochable, que sirva de modelo á todos, que contribuya á preservarlos de la corrupcion del mundo profano, los defienda contra sus enemigos, y los inflame en divino amor. No le basta el estudiar mucho (aunque esto es in-

(*) Hubiéramos deseado abreviar este discurso pronunciado en el imperial convento de santo Domingo de Méjico á principios del presente siglo; pero hemos temido desfigurar su brillantéz, y desvirtuar los hermosos coloridos de su elocuencia, no ménos patente que la del sermón que precede del R. P. Pastor.

gos de esas doctrinas enemigas de la paz y del reposo; cuando la abominacion se lleva hasta el lugar santo, se insulta la creencia de los misterios de nuestra fe, se combaten los dogmas consoladores de la existencia de Dios y de una vida futura, se escarnece el culto y se persigue la moral en que se apoya el orden y perfecta armonía de los pueblos; cuando todo esto sucede á nuestra vista, y por otra parte vemos á Dios, que indignado con nuestros insultos y desprecios, derrama por el mundo el cáliz terrible de su cólera, amontona víctimas, difunde el espanto y se abren sepulcros inmensos en todas partes para tragar la generacion presente; á vista pues de este conjunto de males, ¿podrán los ministros del Señor permanecer indiferentes y apáticos? ¿Quedarán las lámparas de Israel ocultas entre la confusion y las tinieblas? Dios y el hombre, ved aquí el cristianismo todo: predicar las grandezas de aquel Señor; y enseñar á este sus deberes, es la obligacion del sabio; Tomas es el modelo; si no se puede igualar en su ciencia, puede imitarse en su celo: de este modo triunfará la religion y se practicarán las virtudes, que nos hagan felices en esta vida y en la eterna que deseamos, etc. Amen.

DISCURSO ^(*)

PARA EL DIA DEL ANGÉLICO DOCTOR

SANTO TOMAS DE AQUINO.

(DEL R. P. P. FR. RAMON CASAUS TÓRRES Y LAS PLAZAS.)

Vos estis sal terræ... vos estis lux mundi.

Vosotros sois la sal de la tierra y la luz del mundo.

S. Mateo, c. 5. v. 13 y 14.

No hay pintura mas bella y acabada de un perfecto doctor de la religion, que la que formó con su divino pincel el quinto doctor de la iglesia, exponiendo este mismo evangelio. Juntaré en uno sus hermosos rasgos, y me valdré de su expresion y colorido. Escuchadle: «Jesucristo nos enseña lo que ha de ser un doctor para desempeñar tan glorioso título; cuál debe ser su vida, cuál su enseñanza. Compárale primero con la sal, el mas útil de los condimentos; y con la luz, lo mas puro de entre las cosas visibles. Añade ha de ser como una ciudad bien murada, patente á la vista de todos, colocada en la cima de un monte, que sea firme é inexpugnable por arte y naturaleza, y sea como un sol que ilumine y vivifique al universo. Su vida ha de ser tan immaculada é irreprochable, que sirva de modelo á todos, que contribuya á preservarlos de la corrupcion del mundo profano, los defienda contra sus enemigos, y los inflame en divino amor. No le basta el estudiar mucho (aunque esto es in-

(*) Hubiéramos deseado abreviar este discurso pronunciado en el imperial convento de santo Domingo de Méjico á principios del presente siglo; pero hemos temido desfigurar su brillantéz, y desvirtuar los hermosos coloridos de su elocuencia, no ménos patente que la del sermón que precede del R. P. Pastor.

dispensable), ni consagrar todos los momentos á la investigacion de la verdad; porque, si ademas con humildad y piedad sincera, con fe viva y ardiente caridad no se allegare á la fuente de la luz, aunque hinchado con su ciencia, quedará en tinieblas, y será muy menguado todo su saber. Como la sal preserva de la corrupcion, así el doctor debe estar exento de toda infeccion y mancha á fin de que pueda con su ejemplo sanar las almas, como Eliseo sanó y purificó con sal las corrompidas aguas de Jericó. El agua de la tribulacion y el fuego de la caridad forman y fortalecen el pecho apostólico, al modo que la sal se forma y endurece con el agua del mar y con el calor del sol; y ¡ay de los pueblos, si con la tribulacion ó con la prosperidad se acobardare ó se desvaneciere el doctor cristiano! Por eso siendo él la luz del mundo por medio de la predicacion y enseñanza, su doctrina deberá ser estable, que jamas se separe de la verdad; clara, que disipe las tinieblas del error; útil, que busque la gloria de Dios, y no la suya personal; que alumbre en lo que se ha de creer, dirija en lo que se ha de obrar, manifieste los riesgos para que se eviten, exhorte, ruegue, amenace en nombre del Altísimo. Así fué edificado el mundo con la luz y ejemplos de los apóstoles, inflamado con su doctrina, colmado de buenas obras, excitado en sus negligencias, arrancado del poder del demonio, y alentado para la contemplacion de las cosas celestiales. Como una ciudadela inexpugnable, el doctor ha de ser seguro é inmóvil, de modo que por mas que detractores malignos quieran oscurecer sus glorias, su doctrina siempre sea la misma, firme é inconcusa, y que los agobie y oprima con el peso de su autoridad. Póngase en este castillo un fanal que alumbre y vivifique á los que lo buscan; y en estas cuatro imágenes de sal y de luz, de ciudadela y antorcha, teneis diseñado completamente el retrato de un doctor católico, cual lo quiere Dios, y cual lo necesita la religion.»

Señores, esta pintura se hizo en el siglo XIII, al cual honran hoy con los títulos de siglo oscuro, lleno de escoria y de supersticiosa piedad; y lo que es mas, quien la dibujó, la realizó perfectamente en su persona, y sin pensarlo hizo el retrato de sí mismo; teniendo la singular gloria de poseer á un mismo tiempo las grandes virtudes de los héroes de su siglo y unas luces mucho mas puras que esas de que se glorían y envanecen los del nuestro. Tomas, el divino Tomas (al pronunciar este nom-

bre, no sé si deba cubrirme por respeto el rostro, ó manifestar en él el júbilo de mi corazón), Tomas fué entre la oscuridad de aquel tiempo, y será, á pesar de los brillos de nuestra edad, *imagen viva del que se llama Señor de las virtudes y Dios de las ciencias*; es y será siempre el sol de la sabiduría cristiana, el escudo de la religion, el oráculo de la iglesia y de sus pontífices, el terror de los enemigos de la fe, el apoyo firme de los estados, el maestro y defensor de los príncipes, ángel de las escuelas, alma de las universidades, el Pablo, el Agustin para hablar de los arcanos de Dios, muy puro, muy humilde, muy santo entre los mayores sabios, y muy sabio entre los mas grandes santos.

¿Qué otra idea ni division mas propia que la que tú has formado, Tomas mío? Te alaban tus virtudes, te engrandecen tus escritos. Habla, habla por mi humilde boca, divino Tomas, y haz ver que tú llenaste del todo la bella imagen que formabas de un perfecto doctor: *sal y luz en su vida pura é incorrupta, y en su predicacion y enseñanza: castillo inexpugnable y antorcha luminosa y ardiente en sus escritos inmortales.*

Yo habré sido muy arrojado y temerario en solicitar tejer tu elogio: entónces no contaba con mis débiles fuerzas, sino con mi afectuosa y devota voluntad: y no pude resistirme á este secreto impulso de mi tierna y obligada gratitud. Y qué ¿este deseo no te será muy acepto, y el que yo aunque rudo, tosco y desaliñado, á nadie ceda en amor fogoso y veneracion profunda hácia tí, doctor mío, que ya de niño me encantabas, y me trajiste al claustro para ser mi maestro y conductor?

Pues ¡oh gracia de mi Dios! tan vigorosamente defendida por Tomas; él me enseña que tú eres necesaria y eficazísima de tuyo para toda buena obra: invócote humilde y necesitado, acudiendo á la reina de la gracia, madre y delicias de Tomas desde sus primeros años. Y para empeñarte en mi favor ¡oh Virgen santa! recuérdote cuando el recién nacido guardó primero y lloró, despues arrebató y se tragó la cédula en que estaba escrita esta salutacion del ángel: *Ave Maria.*

PRIMERA REFLEXION.

Veo, dice un filósofo, á la *virtud* y á la *verdad* como dos grandiosas estatuas levantadas sobre la superficie de la tierra, inmóviles en medio de las ruinas y desolaciones de cuanto las

rodea. Ellas á veces están cubiertas de nubes, y entónces andan los hombres en tinieblas : tales son los tiempos de ignorancia y de iniquidad, de fanatismo y de furor; mas llega el feliz momento en que se entreabre la nube, y al punto los hombres postrados en tierra reconocen la *verdad*, y pagan tributo á la *virtud*. ¿Y no es así como en el siglo XIII recorrió el Altísimo el denso velo que ocultaba á la pura virtud entre el horror y tumulto de las armas, y entre las olas de los pueblos corrompidos y amotinados; y como dejó ver á la verdad celeste coronada de resplandores, disipando por sí las sombras del error y de la ignorancia? ¿No es cierto que en uno juntó el cielo este espectáculo prodigioso; haciendo aun mas, el que ni la perversidad de los hombres, ni quinientos años de estudio y fatigas literarias hayan menoscabado la gloria, hayan minorado la grandiosidad del de Aquino, héroe nacido para ser dechado de virtud en todos los siglos, prodigio del saber hasta la posteridad mas apartada, hasta entre las naciones mas cultas y mas bárbaras de la tierra; coloso grande de la virtud, estatua sublime de la misma verdad, presentada al mundo por el Dios de la santidad y sabiduría? ¡Oh pueblos! oh generaciones! postraos y adorad esta maravillosa reunion de virtudes excelsas y de conocimientos vastísimos con que el cielo en el gran día de su misericordia enriquece ya de una vez á la tierra. Mirad respetuosos al que es *sal y luz en su vida pura é incorrupta, y en su predicacion y enseñanza*.

Entremos pues en este gran santuario del Señor; y aunque no sea yo capaz de medir la extension y grandeza de este vaso precioso de la clemencia soberana, guiado empero por la doctrina misma de Tomas, me atreveré á contemplar alguna parte de lo que era su heróica alma, y su puro, humilde y celoso corazon, adornado con las singulares virtudes simbolizadas en la *sal* y en la *luz*.

¡Títulos nobles de sus ascendientes, sangre imperial que corre por sus venas! ¿tendreis cabida en el elogio de un discípulo del Crucificado, que cuanto hay de mas grande y halagüeño en el mundo todo lo ha de sacrificar por el amor de la soledad y por la humildad de los claustros? Los nombres de Landulfo y Teodora, condes de Aquino, señores de Loreto, sus padres; los de los Caracciolos y Federicos, sus abuelos y tíos, ¿pudieran añadir algun grado de gloria al nombre inmortal de este héroe

de la religion? Por lo que á mí toca, no he pensado jamas el que solo los esclavos y viles aduladores de los grandes puedan detenerse en alabar á los hombres por la distincion de sus ilustres familias. Sé muy bien que la divina Providencia que ha levantado de la clase mas pobre los mas ricos santos, como eran los apóstoles, ha escogido tambien de entre los nobles almas heróicas para gloria de su religion; y ahora se complace en formar á este su siervo de la flor de la nobleza italiana, para que despues en la pobreza religiosa sea el mas celoso é imparcial defensor de la distincion de clases y jerarquías necesarias de todo punto, no solo en la iglesia, sino tambien en la humana sociedad, y confunda anticipadamente las ideas quiméricas y subversivas que para daño de tantos estados habian de nacer y propalarse al cabo de cinco siglos. El nombre pues de sus mayores imponia á Tomas la necesidad de ser grande en todo, y él oscureció con sus virtudes la gloria inmensa que desde la cuna habia recibido. No me detendré en los vaticinios de un santo anacoreta, que dice ha de ser la luz de la iglesia, que se llamará Tomas, nombre misterioso que significa abismo; abismo de santidad y de ciencia para animar á la virtud, y disipar tinieblas con sus ejemplos y doctrina.

Ah! Si poseyera yo la melosa elocuencia y el fuego poético con que el Nacienceno pintaba los primeros años de su vida, pasados dulcemente en la casa del Señor, segun la loable costumbre del siglo cuarto y siguientes; costumbre calumniada entónces por los gentiles y arrianos con los mismos sofismas que ahora repiten los mal iluminados seudopolíticos de este siglo, sofismas ya confutados por san Basilio, san Juan Crisóstomo, san Gerónimo, y disipados con la doctrina y práctica del Nacienceno y de Tomas; acomodaria á esta aquella pintura, y pondria en su boca iguales expresiones: «Como cordero sin mancilla, como el niño Samuel he pasado mi deliciosa infancia entre los siervos de Dios de Monte-Casino. Noche y dia les preguntaba cuánta era la grandeza del Señor á quien alababan sin cesar y á quien yo debia todo mi corazon: mis preguntas les parecian propias de un anciano venerable; y el amor de lo recto y verdadero iba en mí creciendo, *ut solent nubes ex nubibus* (1).» Pero si Tomas no habia explicado aún al mundo la alteza y perfecciones de Dios; si no habia escrito

(1) *Naz. Carm. 1 de vit. sua.*

sus obras teológicas, ¿quién podía satisfacer sus nobles ansias? ¿Quién sin Tomas conocería metódicamente en cuanto cabe los abismos de la Divinidad?

Desde la edad de cinco años habia gozado otros cinco de la silenciosa paz de Casino: tiempo era de que saliese á continuar sus estudios en alguna célebre universidad, y á consolar las tiernas lágrimas de la condesa su madre que queria verle. ¿Á dónde guías sus primeros pasos, oh providencia de mi Dios? ¡Oh castillo de Loreto, posesion de los condes de Aquino, que al fin del mismo siglo habias de ser buscado y escogido por la madre del Salvador, para ser la herencia mejor del cielo; ahora recibiste á Tomas niño, para que tal vez en los consejos del Altísimo el candor de su inocencia, sus asombrosas limosnas, sus humildes y fervorosas oraciones fueran otros tantos poderosos motivos que atrajesen á María á fijar allí su tabernáculo! Mas ¡ay! que hablando yo á fines del siglo de la impiedad y de las revoluciones, no tengo el consuelo de recrearme con estas dulces memorias, sino la pena de afligirme viéndolas despreciadas y escarnecidas, profanado el asilo inocente de Tomas y la casa santa que allí colocó María. Permitid esta digresion á mi dolor.

Si Tomas ha establecido sólidamente en muchos de sus escritos la cristiana obligacion de hacer todo cuanto es fruto de la reflexion, y de ordenar á Dios todas nuestras acciones; si ha decidido sabiamente que esta obligacion tan dulce como indispensable empieza apénas raya la luz de la razon, bien se puede asegurar que todo el curso de su vida fué confirmacion de su doctrina, y que cumplió siempre con estos esenciales deberes de nuestra religion. Además él sabia dar mérito, peso y grandeza á las cosas mas pequeñas é indiferentes por la santidad del motivo y disposiciones interiores con que las practicaba: en todas las cosas no veía ni amaba sino á Dios; solo temia el ofenderle; solo deseaba agradarle.

Nápoles necesita de sus ejemplos: Nápoles rica y hermosa corte, pero relajada y disoluta; Nápoles, segun el proverbio italiano de entónces, *el paraíso terrenal, pero habitado de demonios*. Este ángel los arrojará. Edifica y concierta á la juventud; admira á todos con su inmaculado candor; su hermosísimo rostro cubierto con el velo agradable de la modestia, roba los corazones castos; y los mismos catedráticos creen ver en sus au-

las aquel serafin de Dios adornado de la ciencia de los santos. Tanto los encantaba su dulzura y amabilidad. Para decirnos cómo estudiaba ya entónces, no era necesario sino copiar su opúsculo XXIX, donde enseña el método verdadero para llegar á la posesion de la sabiduría. Jóvenes amables que militais bajo sus ilustres banderas, vosotros sus alumnos, en quienes la religion y el estado tienen afianzadas sus mejores esperanzas, oid al ménos de su boca cuatro palabras importantes que os dirige: « Hablad poco: nunca respondais con precipitacion: amad el « retiro: orad mucho: huid de los pasatiempos y corrillos inútiles, y nunca intentéis penetrar arcanos superiores á vuestra « comprension. Si siguiereis estos consejos, vuestro estudio será « colmado de flores y frutos opimos, cuya fragancia se esparcirá por la viña del Señor. » Esto os lo dice Tomas, quien por propia experiencia supo cuán seguro es este sendero para llegar á ser sabio con utilidad de sí mismo.

De su aplicacion grande al estudio, y principalmente de su continuo orar, le nació aquel hastío á los honores que el mundo le preparaba, y aquella resolucion firme que le constituye el mártir de la vocacion religiosa. Ve que hay recien plantado un árbol de la vida y de la ciencia, que cubre ya con su fresca sombra todo el mundo conocido (no son estas expresiones de un hijo preocupado, que exagere los timbres de su familia; hablan así los romanos pontífices (1), y no lo niegan los enemigos de sus glorias): ve que hay un asilo nuevo para la inocencia, un órden de la verdad, fundado para anunciarla y defenderla en toda su pureza; y aquí es donde Tomas quiere refugiarse, donde entra.... Mas ¡ay de ti, jóven inocente! que se conjura contra ti cuanto de mas fuerte y terrible puede maquinarse el infierno. ¿Á dónde vuelas, infeliz Teodora, desceñido el cabello, lloroso el semblante y los ojos indignados? ¿Á quién buscas en Nápoles? ¿Á quién persigues en Roma? ¿Á quién mandas detener preso en Roca-Sica? ¿Tanto furor en un corazón materno? ¿Cuál es el enorme crimen del hijo mas amado?... ¡Oh Tomas mio! que tus dos hermanos guerreros quieren á fuerza, á viva fuerza quitarte el cingulo de la milicia de Domingo! ¿Cómo te defiendes, cómo recoges y te vistes esos preciosos trozos del hábito humilde, que con tanta gloria has

(1) V. Cl. Mamachi, *Annales ordin. prædic.* p. 204.

de defender en tus escritos, y cuya alteza de vida é irrevocable perpetuidad has de sostener vigorosamente contra cuanto puedan oponerle, ó el maligno encono de unos, ó la cavilosa veleidad de otros, mal contentos con la pobreza y humildad de este estado de perfeccion? No logran pues enternecer tu pecho diamantino las repetidas lágrimas de tu madre; tus cariñosas hermanas emplean todas las artes femeniles para ablandarte, y tú las ganas para la virtud; el despecho de tu padre no te mueve; pero ah! que el abismo ha jurado tu eterna perdicion, y encargado á Asmodeo la ejecucion del mas infame designio. Ya la serpiente ponzoñosa, disfrazada en Vénus lasciva, engalanada con los tristes despojos del penitente David y del sabio Salomon, llega á la venturosa cárcel, que es el paraíso de la inocencia. No la detienen los puros y santos pensamientos que están de atalaya á la puerta; no la contiene la postura humilde del jóven arrodillado, que exhala en humildes ruegos su corazon fervoroso. Concupiscencia era el traje de aquella Circe; sus caricias y halagos, su fingido y trémulo rubor, sus ojos y sus manos respiran concupiscencia; ya se atreve á proponer con disfraz manjares abominados por el casto cielo. ¿No entendeis sobrado este lenguaje, corazones impuros? Pues por vosotros es preciso abreviar la descripcion por no dar pábulo á imaginations tan combustibles. ¿Qué hará Tomas? No puede huir como el casto José; aunque clame como Susana, no será socorrido. Es verdad que cual roca no movida por la furia de los vientos, ni por el embate de las olas, oyó sin perturbarse ni entender los primeros discursos: mas ya aquella harpía habla mas.... lo que ella dijo no sé, ni quiero saberlo, ni lo sepais jamas, almas puras. Sabed solo que apénas conoce el santo intenciones dañinas, empuña un tizon encendido, y con mano denodada acométela, arrójala, diciendo: *huye, huye de aquí, furia mas que infernal, á los abismos.* ¡Ángeles de Dios! que asistiais gozosos á la pelea, y ya celebrabais este triunfo en el empíreo; vosotros que labrais con vuestras manos esa preciosa banda virginal, guarnecida de otras piedras mas brillantes y ricas que el diamante, que despide rayos de acendrada pureza, venid, venid á ceñírsela, para que quede en calma y paz perpetua. ¡Oh castidad siempre amable, virtud hija del cielo! por tí será Tomas el primero de los sabios; tales son los premios concedidos á tí sola. Alaba tú su vida, y el triunfo conseguido con la es-

pada de fuego por este encendido querubin que así guardó el paraíso de su alma; como de san Basilio lo decia el Nacienceno.

De aquí aquella inalterable paz de su alma, aquella noble y santa indiferencia que habia levantado su espíritu sobre todas las vicisitudes de la vida, como si ya hubiese entrado en la clase de los bienaventurados, quienes no pudiendo ser conmovidos ni alterados por objetos terrenos, adoran la justicia y sabiduría misericordiosa de Dios en la ejecucion de todos sus consejos. Poseía su alma tranquilamente entre las violentas sacudidas que hacian bambolear la Italia y el imperio de Alemania. Vió sin turbacion la ruina total de su amada patria, y el abatimiento de su ilustre familia. Vió á sus dos hermanos oficiales encarcelados y sacrificados al furor de Federico II, su pariente; de aquel príncipe, á tiempos generoso protector de la religion y de los sabios (1), que anulaba las leyes que habia malamente formado contra la libertad eclesiástica, y á tiempos sacrificándolo todo á la ambicion desmesurada, ó al excesivo amor de los placeres mas viles, perjuro, infiel á su palabra, implacable en sus iras y venganzas contra el romano pontífice, ya afectando el exterior de la religion para conseguir los fines de su política terrenal, ya violando sin pudor todas las leyes mas sagradas: digno en fin de los anatemas de la iglesia. Tomas oraba, y alcanzaba la eterna salvacion de sus oprimidos hermanos; gemia ante Dios, y el Señor mitigaba algun tanto sus castigos sobre la desastrada Italia; mirábalo todo con los ojos resignados de la religion, pero en medio de tantos sacrificios terribles á su compasiva sensibilidad, aunque voluntarios á su piedad heróica, lo que mas le dolia en su corazon era ver al imperio luchando bárbaramente contra el sacerdocio, queriendo oprimirle y sojuzgarle, obligando al vicario de Jesucristo á encender en el Vaticano los rayos del cielo, que fuera de las puertas de Roma se miraban y recibian con sacrilego desprecio. ¡Cuál era tu pena, ¡piadosísimo Tomas! al ver salir fugitivo de Roma al pastor supremo, yendo á buscar asilo en la entónces afortunada Francia! Solo tus lágrimas pudieran ahora llorar dignamente otras calamidades mas recias, y desastres en algo semejantes, pero en todo mas estupendos y dolorosos... Consuélate, iglesia santa! Por una parte el malvado

(1) *Muratori Antiquit. mediæ ævi Dissert. 71. p. 62 y sig.*

ministro de Federico vengará sus ultrajes; y por otra Tomas va á hacer oír los clamores de su celo, y el que era llamado *buey mudo* en las clases, ahora dará bramidos espantosos que llenen de terror las selvas y los poblados; hará ver cuáles son tus fueros sacrosantos; moverá el ánimo de san Luis rey de Francia á que restaure tu libertad, y á que contenga los furros de Federico. *Lux in doctrina et predicationibus.*

Pues qué ¿Tomas, el humilde Tomas va á la corte de un monarca? El que no admitía los mas altos honores de la religion, porque habia pedido á Dios por gran merced morir de religioso; el que sólo por obediencia recibió el cargo de enseñar y las ínfulas de doctorado; el que hubiera dado la corte mas brillante de Europa por las obras de san Juan Crisóstomo, ¿ahora admite gustoso la mesa y confianza de un rey? No, no temais por la humildad de Tomas: la iglesia cantará en elogio suyo. ¡Oh don de la divina gracia, que excedes todos los prodigios! Nunca sintió el aguijon de la soberbia ponzoñosa: *pestiferæ superbiæ nunquam persensit stimulum* (1). Nunca este héroe el mas aplaudido y el mas sabio, nunca se envaneó ni aceptó esas honrosas confianzas de los príncipes, sino para pagarles el primer tributo que se les debe, que es el tributo de la verdad, de la ingenua verdad, que rara vez, y eso con mil miedos se acerca á los palacios, porque los tienen por lo comun cogidos ó sitiados la adulacion y la mentira, peste perniciososa de las cortes, enemigas de la gloria de los príncipes, que merecen sus favores ocultándoles sus defectos y sus deberes, y cubriéndoles así de ignominia sempiterna. Nuestro santo al lado de san Luis no tiene otro oficio que el de santificarle mas y mas, ser severo inspector de su conducta, notar sin rodeos lo que ve defectuoso, y decirle lo que el público siempre respetable piensa, y lo que espera de su gobierno. Sentado á su mesa le ocupa enteramente el amor de la religion, y sin acordarse de los manjares, ni aun del rey que le obsequia, está fraguando en su entendimiento un rayo abrasador que allí mismo lanza con estruendo contra la herejía, y exclama: *no hay remedio, con esto quedan postrados los maniqueos!* Tú mismo, inmortal Luis, te complacerás ahora en el empíreo de que se celebre este rasgo sublime de la distraccion mas útil y glorio-

(1) En el rezo del orden de predicadores.

sa, pues le hiciste consignar en los fastos de tu imperio, empleando la pluma de tus ministros en hacer copiar al punto cuanto habia meditado el profundo ingenio de este ángel.

Mas ¿cómo puedo yo seguir uno á uno los pasos rápidos de esta luz brillante, que segun la expresion de los proverbios, iba creciendo y difundiéndose por todas partes hasta llegar al punto mas alto de la perfeccion, alumbrando los pueblos, dirigiendo con sus consejos los pastores y excitando mayor asombro todavia cuando se le ponian óbices para que no propagase su resplandor? Admirable se manifestó este hombre divino, cuando con el celo de los profetas iba por Italia y Francia anunciando las verdades eternas, en desempeño de la primera y mas importante obligacion de un instituto, que en su nombre de predicadores la recuerda incesantemente á sus hijos. Bien así como aquellos fuegos subterráneos, que despues de haber bramado algun tiempo en las entrañas de la tierra, rompen al fin por la cima de los montes, y corren en rios encendidos por llanuras inmensas, del mismo modo Tomas oculto en la soledad, precedido del ruido de su fama, hacia correr de sus labios un torrente de fuego, pero luminoso y vivificador, que arrebató felizmente los corazones de una multitud innumerable. ¿Cuántas veces le interrumpieron los sollozos, y cuántas otras las aclamaciones y vivas de sus numerosos auditorios! No sé que lograsen tanto los truenos de Demóstenes, ni los rayos de Pericles. Pero aun me asombra mucho mas en aquella ocasion, en que predicando en Paris el domingo de Ramos, cuando los oyentes se deshacian en amargo llanto, fué interrumpido con los gritos desaforados de *Guillot*, bedel de la universidad. Este mentecato ministril tenia orden de leer al concurso una sátira muy sangrienta contra la religion de santo Domingo. El santo oyó tranquilamente tan infame lectura, y luego siguió el hilo de su discurso, no solo sin dar la señal mas leve de resentimiento por la atrocidad de la injuria, pero sin decir ni una palabra para justificar su orden inocente. Silencio augusto y eloquentísimo que decia mucho mas por el honor del cuerpo ultrajado, y que obligó al papa informado del hecho á tomar la debida venganza, y castigar tan grave desacato (1).

Pues Tomas que en esta ocasion así calla, parte á Roma á

(1) *Histor. de la Iglesia Galic. t. 11. lib. 33.*

defender los órdenes mendicantes, cuando le llaman el interes de la verdad y la voz de sus superiores. No, no intento renovar una llaga ya cicatrizada; y si existieras aun, universidad primera del orbe, dirigiera hácia ti mis palabras, y diríate que expiaste gloriosamente tus primeros yerros, no tanto con confiar despues á Tomas la principal enseñanza, sino mucho mejor con aquella carta que dirigiste al capitulo general del orden de predicadores, donde dices: « que penetrada de dolor, que bañada en lágrimas, que entre suspiros y sollozos, manifiestas cuán sensible te ha sido la gran pérdida que ha tenido la iglesia de Jesucristo con haberse apagado esta luz brillante destinada á ilustrar todos los siglos: que la universidad de Paris sobremanera consternada solo puede consolarse con el tesoro de sus escritos, que continuarán alumbrando al universo. Porque si él fué viviendo la sal de la tierra con su vida pura é incorrupta, con las virtudes sublimes que le distinguieron sobre todos los sabios; si fué la luz de la Europa, del sacerdocio y del imperio con su predicacion y enseñanza, será siempre el alcázar inexpugnable y el sol mas resplandeciente de la iglesia católica. » Ah! esta sola consideracion puede tambien consolarnos, cuando ya se nos presentan objetos fúnebres y sombras pavorosas por la muerte de Tomas. Ahogaré mis lágrimas con el silencio. Y ya que hago bastantes sacrificios en favor de la brevedad, continuadme por otros cortos momentos vuestra benévola atencion; aunque creo que la memoria deleitosa de este héroe os hace no percibir mi fastidiosa morosidad.

SEGUNDA REFLEXION.

Si el Nilo vió en otro tiempo en sus riberas algunos negros habitantes de los desiertos insultar con gritos destemplados al astro del dia, miéntras este derramaba torrentes de luz sobre los oscuros blasfemadores, tambien se han visto oscuros, viles y envidiosos escritores asestar dardos inertes contra este sol brillante de la religion: hanse visto enemigos de la iglesia en el despecho de su furor blasfemar de la luz copiosa con que los deslumbraba y heria; acometer á este baluarte de la fe, del cual están colgados los mas ilustres trofeos de la verdad sacrosanta. Ah! en vano; esta es la ciudadela inexpugnable: acometedla, enemigos suyos, miéntras nos refugiamos en ella. Este es el

astro luminoso y benéfico del cielo de la iglesia: ¡buscad en él sombras, tirad á apagar los brillos de que se alimentan los verdaderos sabios! Nosotros nos iluminarémos con su claridad y resplandores, y él será tenido, mal que os pese, por muy sabio entre los mas grandes santos: es y será siempre *castillo inexpugnable y antorcha luminosa en sus escritos inmortales*.

Aun no habia muerto Tomas, y los reyes acudian á él pidiendo luces para gobernar bien sus estados; y esto fué ocasion venturosa de que él escribiera la grande obra de política, cimentada sobre las basas eternas de la justicia y del verdadero honor, de la religion y de la pública felicidad, que asegura los tronos de los reyes contra los atentados de los sofistas revoltosos (1) y sostiene los derechos de las naciones, diciendo á los príncipes lo que Dios exige de ellos como de padres pródigos, justos y benéficos, que no pueden ser dichosos sino por la dicha sólida de los pueblos sujetos á su mando, que son una sola numerosa familia, cuyo reposo deben asegurar, aliviar y socorrer sus penas, solazar á los miserables, y conservar para todos puro el sagrado depósito de la religion verdadera: esto enseñan las incomparables obras del *Gobierno de los príncipes* y del *Gobierno de los judíos*.

Aun vive Tomas, y las universidades esperan su dictámen para resolver cuestiones dificilísimas sobre los accidentes eucarísticos; los papas quieren tenerle por consejero, y recomiendan su gran sabiduría y virtud á los mismos émulos que experimentó poco adictos por ser *fraile* (2). Tomas vive cuando la herejía mas perniciosa y astuta de su siglo es condenada, así que él expone en Roma su humilde parecer. Tú tambien ¡amada patria mia, España venturosa, excitaste el celo infatigable de Tomas. Para limpiarte de las vilezas é inmundicias con que te habian afeado los moros y los judíos; para levantarte á este punto de majestad y de gloria en que te enseñoas pura y católica sobre todas las naciones del orbe, contribuyó mas que otro alguno el ángel de la sabiduría escribiendo á instancias del grande héroe de la nacion española san Raimundo de Peñafort la *Suma contra los gentiles*; obra que á nosotros nos

(1) *V. Lettre apologetique, etc., da Eusebio Eraniste.*

(2) *Alejandro IV en su Breve de 3 de marzo de 1256, mandando se le diese el grado de doctor.*

ilustró primero, y que traducida despues, como otras del santo, al griego, al hebreo, al siríaco y al armenio, derramó la luz por todo el oriente, y fué el escudo firme con que los primeros misioneros rechazaron los dardos del mahometismo y de la infidelidad. Aun hizo mas para beneficio de los orientales. Llegábanse aquellos dias felices en que los secuaces de Focio detestasen su funesto cisma, y volviesen al seno de una buena madre, á quien sin motivo habian abandonado y contra toda razon la habian despreciado y ultrajado. Ya el célebre tratado contra *los errores de los griegos* desde Roma y desde las manos del papa Urbano habia pasado á las del emperador de los griegos. Miguel Paleologo se instruí y encantaba con su lectura, é íbase madurando la grande obra de la *Reunion*, nuevo escrito del santo para dar el último golpe á los cismáticos. Pero la presencia de Tomas en el concilio será la luz mas hermosa para acabar de iluminarlos. Gregorio X, pontífice santo, le obliga á partir para Leon donde iba á celebrarse aquel sínodo tan memorable. Pero ah! Tomas muere en el camino, interpretando los dulces éxtasis de la celestial esposa, y exhalando él los tiernos suspiros de la mas encendida caridad. ¿Con que Dios no le dejó llegar á aquel augusto teatro de sus glorias, que lo habria sido de sus mayores triunfos? Sus trabajos pedian la merecida recompensa; y Dios le deparaba otro trofeo mas glorioso. Si: aquel mismo concilio oye luego de boca de san Buenaventura (1) el sublime elogio, que empieza; *Duélome de tu muerte, amigo y hermano mio Jonatás*. ¡Oh qué elogio! ¡cuánto honra la memoria de entrambos!

Apénas espira Tomas, cuando san Alberto el Magno cargado de años y de ilustres laureles, vuela desde Colonia á Paris para defender la doctrina de quien fué en la mocedad discípulo suyo, y despues siempre su maestro. ¡Qué espectáculo tan tierno fué el ver á un obispo de 80 años, oráculo de su siglo por su virtud y ciencia, y solo inferior á su discípulo, entrar en la universidad, convocar sus doctores, y despues de alabar al ángel de la teología, decirles que él estaba allí pronto y determinado á defender todos sus escritos, y á demostrarles que el carácter de todas las obras de Tomas era la verdad y la santidad! ¿Por qué no hablasteis en presencia de aquel atleta aguer-

(1) Sigo en este punto á Soanen en el panegirico de santo Tomas

rido, oscuros detractores? ¿Temiais el brazo y el brio de este Hércules literario, y esperabais circunstancias mas oportunas para morder la doctrina de Tomas? Pues de vuelta á Colonia hace san Alberto el mismo desafio á todos los literatos del orbe; y nadie se atrevió por entónces á desplegar sus labios. Habian de venir tiempos mas oscuros y dias mas revueltos, para que la ignorancia perdida en voces sutiles y en aéreos pensamientos, le opusiese objeciones, que eran sombras y crasas necedades de ella misma; y para que el error se atreviese á acometer de frente este firmísimo antemural de la iglesia.

En efecto, ven los siglos posteriores á la herejía mas descocada que nunca partir desde el centro de la Alemania con la blasfemia en la boca, la hacha de la discordia en la mano, llevando por todas partes el sacrilegio y la rebelion, el menosprecio de las leyes del cielo y de las potestades de la tierra; ven que se acerca por fin á este castillo inexpugnable, y por boca de unos lo llena de imprecaciones porque no puede rendirlo, y cansada ya de luchar, exclama por boca de otros: *¡quita á Tomas, y yo destruiré la iglesia: quita esta luz, y yo lo cubriré todo de tinieblas, y pelearé contra el mismo cielo!* « ¡Insensato Bucero! Yo diré mejor que tú: la iglesia, columna de la verdad, no depende de Tomas; pero para quitar del medio su doctrina, era necesario quitar la iglesia que la autoriza, defiende y ensalza: era necesario hacer callar los papas y concilios, los santos y los sabios, aun los profanos, que quedan sobrecogidos de admiracion y asombro cuando contemplan sus escritos. Porque todos á una voz publican que en ellos se ve una extension inmensa con una profundidad increíble, que es un verdadero mar de sabiduría, cuando por lo comun son los sabios al modo de los cuerpos que adquieren extension y superficie á expensas de la profundidad. Orden admirable en todas sus obras (1), particularmente en su *Suma teológica*: es una cadena de verdades enlazadas con método geométrico, que tienen el origen en el seno de Dios, y despues de abarcar todos los conocimientos religiosos de que es capaz el hombre, y Dios infundió á los ángeles, y las ideas todas que desde la creacion se habian propaga-

(1) Juicio formado por Duguet, referido por Racine, t. 6. *Histor. Ecclesiast.*, p. 74, y mas por extenso se verá esta misma confesion en el libro *Examen des défauts théologiques*, t. 2, sect. 11, c. 3.

do, vuelve á unirla con su eterno principio, porque siempre fué este el fin de los razonamientos de Tomas. Si la fe no me lo vedara, me atreveria casi á decir, que del alma de san Agustin y demas doctores de la iglesia se habia formado el alma de este sabio; pero es indudable que los encerró en su vastísimo entendimiento, poseyó la firmeza y valentía de los unos, la agudeza, perspicacia y suavidad de los otros y la erudicion de todos; y que los santos padres al pasar por sus labios y por su pluma, ganan mucho por la fuerza, claridad y brevedad que imprime en sus ideas. Testigos de esto sus ricos comentarios de la Escritura, especialmente de san Pablo, del divino Pablo, que no en vano visitó é instruyó alguna vez á este su intérprete. Testigos sus comentarios de los evangelios, llamados con razon *cadena de oro*, pues tanto los padres griegos como los latinos hablan á su vez como si solo tuvieran un solo pensar, y un mismo modo de expresarse con lenguaje conciso y terso sobremañera.

¿Atestiguaré con vuestro irrecusable testimonio, varones santísimos, Ignacio de Loyola, Felipe Neri, Carlos Borromeo, Pio V, Francisco de Sales, Borja, Gonzaga, Vicente Ferrer, Antonino de Florencia, Teresa de Jesus, Catalina de Sena, fundadores y reformadores integérrimos de tantas órdenes religiosas, y tú el postrero, José de Calasanz, y cuantos veneramos en los altares que se han distinguido por su gran saber en el curso de estos cinco últimos siglos? Pues vosotros estudiasteis y defendisteis públicamente, y mandasteis seguir y estudiar, y no dejabais de la mano la Suma y demas obras teológicas de Tomas como el compendio de todos los padres y el jugo mas sustancioso y útil de la sabiduría cristiana. Celebérrimos cardenales, Besarion, Osio, Baronio, Belarmino, Palavicino, Toledo, Aguirre, y qué sé yo cuántos mas, vosotros le llamabais flor y ornamento del orbe, luz brillante de la teología, y que él solo vale por todos: *instar omnium*. Labé, el gran jesuita Labé, afirma que Tomas penetró de los arcanos de Dios mas que los mismos ángeles, y que ya era ángel ántes de ser doctor angélico: *Angelus erat, antequam esset doctor angelicus*. ¡Asombroso Juan Pico de la Mirándula, portento de ingenio y de erudicion! tú no dejabas de leer y de alabar los escritos de nuestro santo, y escribías (1)

(1) En carta al P. Pablo Gentili, dominico. V. Echard, t. 1, p. 880.

que admirador respetuoso de su doctrina, deseabas tener á las manos todas las apologías escritas, para vindicarla de las calumnias. La asamblea general de los estados de Francia y su augusto soberano oyeron con placer en 1615, que el cardenal de Perron les asegurase que *la Suma de santo Tomas siempre habia sido tenida como oráculo de la sabiduría, adorada siempre en la universidad de Paris*.

¡Oh dias 17 y 18 de julio de 1323! dias eternamente memorables y gloriosos, cuando en la canonizacion de nuestro santo, la entónces afortunada Aviñon oyó á dos obispos de Inglaterra y á dos arzobispos de Francia y á un patriarca de Jerusalem publicar las alabanzas de este héroe incomparable; cuando el papa Juan XXII formó dos veces el singular elogio de la pureza de su doctrina y de la excelencia de sus escritos, concluyendo con afirmar que *habia obrado tantos portentos, cuantos artículos habia escrito!* Mas ¿qué espectáculo tan desusado es este que corona la gloria de aquellos dos dias? ¡Oh religion sacrosanta de Jesucristo! tú viste al primero de los emperadores cristianos, al religiosísimo Constantino predicar en Bizancio á la congregacion de los santos aquel noble discurso que aun conservamos: no sé que segunda vez tuvieras esta gloria y dulce consolacion, hasta que Roberto rey de Sicilia, pariente de santo Tomas y uno de los mas sabios monarcas de la tierra, desplegó sus labios llenos de majestad y decoro para celebrar en presencia del mismo papa y del senado mas augusto de la iglesia las virtudes del doctor angélico, asegurando que *con sus escritos continuaria en ser luz de todos los siglos*.

A mí me parece ver aquí quejosos mil célebres escritores, porque no refirió uno por uno los elogios que tributaron (1) á la memoria, y á las obras de este sabio; los del severo Erasmo, del elegante Vives, del tétrico Launoy, del profundo Leibnitz, del sólido Wolfio, del ameno Rapin, del erudito Muratori, de los Escarlios, Crocios, Hornios, Vosios, Pasquios, Budeos, Cartesios, Brukeros, Ginovesis, y qué sé yo de cuántos otros varones doctos de todos tiempos, de todas sectas y naciones; que no solo como de teólogo, sino como de filósofo y matemá-

(1) Pueden verse estos testimonios en el tomo 1º de la *Filosofía* del Cl. P. Roselli *quest. 1, art. 8, n. 96*, y en las *Reflexiones sobre el buen gusto*, por Muratori, c. 10.

tico, han aplaudido la solidez y agudeza, la claridad y extension de este sabio universal, que supo lo que no podía enseñarle su siglo, y desde entónces se levantó como una águila hasta la fuente de las luces que habian de esparcirse en el nuestro. Pues si Salomon disputó de todo, él cultivó y santificó todas las ciencias; escribió de estática, hidrostática, óptica, catóptrica, perspectiva, geometría, astronomía, geografía, música, acueductos y máquinas para conducir el agua, y esta última obra á petición de la universidad parisiense. En otro teatro pudiera muy bien convencer á los doctos de que su teoría sobre los colores es tan ingeniosa y mas sólida que la decantada del gran Neuton. Sí, tal habia de ser el sabio á quien Urbano IV mandase que cristianizara á Aristóteles, y que todas las ricas presecas del Egipto destinase al culto del Señor, y quitase de las manos á los enemigos de la fe las armas fuertes que hallaban para sofisticar en los escritos del mayor filósofo de la antigua Grecia. No le faltó para este efecto el conocimiento importante de aquella lengua armoniosa. Tal ordenó la Providencia soberana que fuese el destinado á ser alcázar y antorcha de la religion.

Los encomios que llevo ya insinuados no son de dominicanos, que puedan reputarse interesados en ponderar las glorias de su maestro; ni uno de ellos he referido, sino los de hombres que no se notarán de preocupados. Mas yo en un mar inmenso no sé qué rumbo siga, véome perdido, no atino el modo de recoger velas. Imagínome que todos los sabios se me acerean, y que quisieran detenerme, á fin de que oyese atento y repitiese con fidelidad sus expresiones. Lllaman mi principal atencion las del imparcial Tiraboschi en su *Historia de la literatura italiana*. « Sé muy bien, dice, que despues de todas las apologías hechas de santo Tomas, hay todavía muchos, y es probable que los haya en toda edad, que de él hablen con desprecio; y sin haber leído quizá jamas ni una sola línea suya, hacen burla como de un ruin escolástico indigno de obtener alabanza de un filósofo despreocupado; y sobre los elogios tributados á Tomas en todos tiempos y por toda clase de personas, responden así breve y magistralmente: *esos son sentimientos de hombres, ó supersticiosos, ó fanáticos*. Me guardaré muy bien de entrar en lid con esta raza de gente: mi dictámen sería recibido con risa. » Pudiera citar el bello elogio que ha hecho el se-

ñor Crevier (1), quien entre otras cosas refiere el dicho agudo del señor Fontenel, que vale por un encomio elocuentísimo, pues compara á santo Tomas con el reputado por restaurador de las ciencias. Empero bastará referir algo de lo que recientemente ha escrito un autor cuyo juicio espero no ha de ser desechado por los iluminados filósofos de nuestros dias: hablo del abad Yvon, célebre enciclopedista. « Despues de haber vencido, dice él (2) hablando de este santo doctor, los primeros « obstáculos, entró denodadamente en la carrera de las ciencias, y á manera de un torrente que ha roto todos los diques, « arrojóse casi con ímpetu por todo cuanto se le puso delante « en los dilatados campos de la filosofía y de la teología. Bien « presto se dejó atrás sus condiscípulos que ántes le habian menospreciado. Su autoridad entre los dominicos fué igual á la « admiracion con que le trataban. Los sumos pontífices le colmaron de elogios. Fué el mayor teólogo de su siglo, y lo hubiera sido tambien en aquellos siglos en que renació el gusto « de la bella literatura. En medio de la barbarie con que estaban inficionados los ingenios de entónces, se ve en sus libros « cierta elegancia de estilo no conocida en aquel tiempo. Estuvo « dotado de un juicio profundo, de un ingenio penetrante « que él perfeccionó con un continuo estudio y con una erudicion inmensa... Supo cubrir los defectos de la teología escolástica, de la cual ha sido el mayor ornamento, con una « grande abundancia de cosas bien pensadas, de las cuales no « fué deudor sino á su propio ingenio. » Estas son las mismas palabras de Yvon.

Y tras estos irrefragables testimonios y aseveraciones ingenuas, ¿no pudiera nuestro santo sostener la crítica y exámen de los que se precian de filósofos á usanza de este siglo, que por encender la antorcha de su falaz filosofía, quisieran apagar la luz de la fe y de la misma razon natural? Dije mal; me retracto solemnemente. Porque ¿cómo vosotros, aguiluchos literarios, ciegos é insensatos sofistas, fuerais aptos para contemplar de cerca la belleza y claridad de este sol de la iglesia? ¿Quiénes sois, rapaces insectos, enemigos declarados de Dios y de los hombres, quiénes sois para levantaros al estrellado firmamento,

(1) *Historia de la Universidad de Paris*, t. 1, p. 457.

(2) *Disc. sur l'hist. de l'Eglise*, t. 3, p. 23.

y allí medir y compasar la grandeza, el curso y beneficencia de este astro divino? Arrastraos vosotros por el asqueroso lodo; mofadle y desechadle, como lo habeis osado ya decir y hacer; el mayor elogio de Tomas será siempre vuestro desprecio. *Si requieverit, proderit illi* (1). Si no suena su nombre en esos turbulentos escritos de la impiedad y rebelion, cede en mucha gloria suya: *proderit illi*. Si las luces de Tomas no se avienen con las funestas tinieblas de los Bailes y Voltaires, de los Rousseaus y Diderots, y demas turba sacrilega, cede en su loor inmortal: *proderit illi*. Si el nombre y autoridad de Tomas no resuena en aquellas academias ántes tan sagradas y respetables, ahora tan corrompidas y profanadas, gran lauro para Tomas: *proderit illi*. Si su mismo sepulcro y cuerpo bendito ha sufrido los desacatos de muchos irreligiosos, gloria inmensa para Tomas: *proderit illi*; porque él es el enemigo mayor de los mayores enemigos de la religion de Jesucristo.

Mas ¿cómo los impíos filosofastros podrán hacer que no se oiga la voz fuerte, sonora y elocuentísima de tantos vicarios de Jesucristo, de los Juanes, Inocencios, Urbanos, Pios, Clementes, Alejandros, Benedictos, que le han colmado de elogios, llamándole ya el escudo, el atleta, el Hércules, el sol brillante de la religion; ya el maestro firme, segurísimo, divino en todo sin sombra de error, que en mas de dos mil artículos que dejó escritos, estampó mas de dos mil portentos? ¿Quién podrá jamas menoscabar los cumplidos encomios que le han tributado los pontífices en este mismo siglo desgraciado? Clemente XI y XII, Benedicto XIII, siguiendo la cadena no interrumpida de la tradicion de la santa sede á favor de la doctrina de santo Tomas, se constituyen ademas celosos apologistas suyos, particularmente en las materias de gracia y predestinacion, y abren los tesoros de la iglesia para quienes le estudian en las escuelas de Domingo. No podia omitir tus gravísimos testimonios, Benedicto XIV, sabio por antonomasia! tú protestas que cuanto sabes lo debes al doctor angélico, que siempre suscribes lleno de admiracion y respeto á su sentencia, y que sus escritos son mas refulgentes que el mismo sol: *sole clariora*. Vengo á ti, ¡tiernísimo Pio VI! el mas paciente y el mas atribulado quizá de los sucesores de san Pedro, y por lo mismo mas digno de nuestro

(1) *Eccli. c. 39.*

filial amor, y de una veneracion mas profunda; y arrasándose-me los ojos en lágrimas compasivas, me acuerdo de cuando en la ántes afortunada Minerva decias á todo el órden de predicadores: « Tomas es el doctor que todo lo confirma con la escritura y tradicion de los padres, es el sol de la sabiduría y el príncipe de los teólogos, que cuanto escribió mereció que Jesucristo mismo se lo confirmase y aprobase (1): por eso todos mis predecesores le han preconizado y recomendado como baluarte de la religion y astro luminoso de la iglesia. » Tomas en retorno y recompensa consuele ahora á Pio, y le dé esfuerzo para continuar resistiendo á unos enemigos feroces, cuyos ardidés y sofismas ya él dejó confutados en sus escritos inmortales.

Sí, se ha verificado lo que mucho ántes habia dicho san Pio V, que con la doctrina de Tomas se habian disipado y se disiparian los errores y herejías que vomitase el infierno. Traed sino aquí ese monton tenebroso de escritos llenos de impiedad é irreligion, con que se ha señalado sobre todas esta generacion depravada y sacrilega; abrid luego las obras de nuestro santo: ¿qué nuevo hallaréis en aquellos que no esté ya entre los argumentos de Tomas? Por eso se ha dicho con razon, que el patriarca de los incrédulos leía, no las respuestas, sino las objeciones del santo hasta las soluciones *exclusive*. Para mejor convencernos, poned aquí el diccionario infame de Baile, el diccionario filosófico de Voltaire, y la primera Enciclopedia, que son los tres grandes repertorios de iniquidad mas aplaudidos por el pseudofilosofismo. Hojead sus artículos de *Alma y su naturaleza, Dios y sus atributos, Jesucristo y su divinidad, Cristianismo y su establecimiento, Iglesia y sus ministros, sus derechos y sus bienes, Reyes y su autoridad, Libertad y sus fueros, Igualdad y su origen, Sociedades y su objeto, Celibatos, Consejos evangélicos, Virtud, Frailes, Monjas, etc., etc.*, y horrorizados con tanto sofisma, con tan negras blasfemias y diabólicas impiedades, tiradlos al fuego prontamente; buscad los correspondientes artículos y tratados en las obras del Doctor angélico, y encontraréis con asombro y consolacion vuestra, que quedaron ya hechos menudo polvo todos aquellos decantados argumen-

(1) *El P. Touron, lib. 5, c. 14, p. 670, prueba que en tres distintas ocasiones aprobó Jesucristo los escritos de santo Tomas.*

tos, y que ántes de ser combatidos, estaban asegurados los sacratísimos derechos de Dios, de Jesucristo, de los papas, de los reyes, de los pueblos, de los hombres en comun y en particular. De modo que quiso Dios, para confundir mejor á estos gigantes que intentan escalar el cielo y asaltar su trono, que Tomas les quitase hasta la mezquina, deplorable gloria de inventar argumentos contra la verdad sacrosanta.

Por eso á fin de evitar los escollos que hoy dia se presentan en el estudio de la política, del derecho de naturaleza y gentes, por lo que la malignidad de muchos autores ha esparcido de sedicioso en estas materias importantísimas, conviene recordar que Grocio, el mas sabio de los protestantes, aconsejaba á un ilustre personaje el estudio de la *Secunda Secundae* de santo Tomas. A lo cual persuadia tambien con ahinco el eruditísimo español Vargas, orador primero en el concilio de Trento, y después en la corte romana. Este pues, habiendo confesado que el Doctor angélico era su Hércules invencible en todas las dificultades, y que todo lo hallaba en él mas claro que la luz, concluye: « que Tomas *non minus theologis, quam jurisperitis est necessarius*, quienes si lo hubieran leído y entendido ¡oh buen Dios! de cuánta ignorancia y de cuántos yerros hubieran podido limpiar sus ánimos y sus libros (1)! » Si Bossuet, si el incomparable Bossuet ha de explicar el gran misterio de la libertad y de la gracia eficaz, si ha de destrozar el ídolo del *Quietismo* pernicioso, si ha de sofocar el monstruo horrendo de la irreligion en la cuna misma donde nace, Bossuet va á encender los rayos de su elocuencia triunfadora en el fuego santo que el cielo tiene depositado, como el mayor tesoro, en las muchas obras de Tomas; y Bossuet en fin toma á su cargo vindicar la integridad de su doctrina contra las cavilaciones de Ricardo Simon, y la pureza de su moral contra cierto anónimo, defensor inepto del teatro.

¿Y los hijos de Domingo, sucesores de los Justinos, Tertulianos, Atenágoras y Orígenes; y Tournon, Gazániga, Richard, Moniglia, Cóncina, Cerboni y Valsechi no publican altamente que Tomas reúne en sí la energía, profundidad y vehemencia en las pruebas de la religion que se ve en los primeros apolo-gistas, teniendo la ventaja de la brevedad en el decir y de la

(1) *De Episc. jurisdic., etc. Pontif. Max. autor. p. 85, año 1563.*

claridad en exponer los misterios mas profundos de la divina revelacion? Tantas y tan inimitables son las prendas que sorprenden á los doctos en la lectura de los escritos varios y muchísimos del Ángel de las escuelas.

Hagamos pues la debida justicia al tino de nuestros reyes católicos, cuando han mandado que en sus universidades se siga la doctrina de santo Tomas. « Sí, dice un sabio español; la « iglesia y el estado proponen por modelo de enseñanza la Su- « ma de santo Tomas, porque quieren y pretenden que sus hi- « jos y vasallos imiten principalmente su modestia, su adhe- « sion y constante amor á la religion, docilidad á los preceptos « de la iglesia, de su cabeza visible, de los obispos y demas ór- « denes de la jerarquía eclesiástica; que sean buenos vasallos, « sujetos á sus leyes y á los justos tributos que imponen; que « hablen con modestia de las personas constituídas en digni- « dad; que aprendan á dar á Dios lo que es de Dios, y al César « lo que es del César; que sepan los justos límites que hay en- « tre el sacerdocio y el imperio etc. (1). Y para ese siglo borras- « coso, inquieto, turbulento, que no deja cosa con cosa y todo « lo saca de sus quicios, no sé que haya nada tan necesario co- « mo la doctrina de este doctor; ni sé con qué pueda mejor « curarse ese electricismo y turbulencia de ideas, sino con el « peso, autoridad, modestia, dulzura y seguridad que insensi- « blemente destila la doctrina del santo en los tiernos ánimos « de la juventud. »

No tendria fin mi razonamiento si hubiese de decir cuanto de grande y magnífico pudiera en elogio de este héroe de la sabiduría cristiana. Pasaré en silencio lo que las mas célebres academias del orbe han determinado en honor suyo, lo que prescriben las constituciones y decretos de muchos órdenes religiosos, y lo que Enrique VIII de Inglaterra escribió ántes de su infeliz apostasia, defendiendo á santo Tomas contra el mordacísimo Lutero.

Omitiré hechos y dichos gloriosos del concilio de Florencia, cuando los mismos padres griegos le llamaban *non minus inter sanctos doctissimum, quam inter doctos sanctissimum*. Porque

(1) Véanse las Observaciones de un teólogo sobre las utilidades que saca la religion y el estado del estudio de la Suma de santo Tomas. Impreso en Madrid año 1795, p. 86 y 100.

en fin, tú te me presentas ¡augusto y sacrosanto concilio de Trento! para cerrar con sumo decoro mi discurso. Veo un espectáculo del que no sé haya habido ejemplar en los fastos de la iglesia; veo la Suma de santo Tomas sobre una misma mesa al lado de la sagrada Biblia, para ser consultada despues de esta; aun me asombro mas: miro en la sesion 21 suspensos los padres del concilio, cuando va á publicarse solemnemente un decreto. ¿Qué es esto, padres doctísimos? ¿Por qué titubeais? ¿Qué suspension es esa, espíritu divino, que allí presides? ¿Por qué los padres estudian y meditan los textos de las diversas obras del ángel maestro? Porque el arzobispo de Granada hace presente, que recela no ser del todo conforme el decreto á cierta expresion del santo. Léese públicamente el lugar indicado, y se difiere la publicacion para la sesion 29 habida dos meses despues, cuando del todo se desvanecieron las dudas ofrecidas ántes (1). Un orador elocuentísimo despliega allí sus labios, y díceles: « que despues de muerto santo Tomas, ningún concilio se ha celebrado sin la presencia de sus escritos; « que él es la piedra de toque en todas las dudas y controversias; que es la fuente pura á donde van á beber sus copiosos « raudales; que quien le tiene por patrono, no vacila, porque « sabe que la sentencia se ha de pronunciar en favor suyo. Y « así gracias inmortales os sean dadas, padres gravísimos, porque el nombre celeberrimo de Tomas por vuestro respeto y « autoridad lo haceis aun mas recomendable á la posteridad (2). »

Si como enseña el mismo santo, el doctor católico recibe la autoridad de su doctrina de la aprobacion de la iglesia; despues de tantos y tan ilustres testimonios, y de los mas magníficos elogios de papas y de concilios; despues de la sincera aprobacion de los mayores santos y mas ilustres sabios; despues de los encomios y alabanzas de escritores nada sospechosos, porque parecían poco adictos á un doctor tan religioso; ¿quién podrá poner en duda la solidez y firmeza de su doctrina, alcázar inexpugnable de la religion; la claridad brillante y las luces que ha propagado este astro luminoso del cielo de la iglesia? A él pues debereis acudir siempre vosotros, doctores respetables que me escuchais, para ser alumbrados y vivificados

(1) P. Touron, lib. 5, c. 7. (2) Concilios de Labé, t. 14, p. 1559.

con sus resplandores; y no solo ilustrados, sino tambien dulcemente consolados; pues en él hallaréis cánticos melodiosos con que se enajene é inflame devotamente vuestro corazon, y alabéis la grandeza y misericordia de nuestro redentor. Hablo de aquellos cantares divinos, que de boca de Tomas aprendieron los ángeles para entonarlos sin cesar en la celestial Jerusalem; que la iglesia pidió á Tomas (1), y son los mas repetidos en esta Sion santa, y con los que debemos endulzar nuestra amarga pena ahora que lloramos en la orilla de los aciagos rios de Babilonia.

¡Oh divino Tomas! perdona, perdona mi insuficiencia. Querria que tú hablastes por mis labios; pero ¡ah! mis labios eran no solo balbucientes, sino impuros para conseguir esta dicha.... Mas tú oyes mis humildes ruegos, y mi imaginacion arrebatándose, me hace ver como que se abre el empireo, y que desde el trono excelso de la sabiduría donde estás sentado, inclinas tus ojos benignos y nos hablas así con ternura incomparable: « Doctores míos, que os gloriais de seguir mis huellas, principalmente en el estudio de la religion y en el amor y respeto á la iglesia; bien veis los rápidos progresos que va haciendo ese falso espíritu filosófico del presente siglo; sabed pues su funesto origen. Si conviene que cada uno se instruya en lo que concierne á su creencia y culto, y al puesto, cargo ú oficio que ocupa y ejerce en la sociedad, y á lo que puedan adelantar las artes y la industria provechosa de los pueblos, no hay cosa mas perjudicial á estos mismos objetos como el que se abra indiferentemente á la multitud el interior santuario de la filosofia, de la política y de la teología. Para algunos talentos que no serán indignos de oír sus sublimes lecciones, ¿cuántos mas habrá que hagan muy mal uso con interpretaciones falsas y perniciosas? ¿No mirais el infame abuso que del saber se está haciendo contra la religion y contra el estado? ¿No veis esos espíritus frívolos, llenos de furor por arrojar veneno con sus lenguas y escritos contra cuanto habia de mas seguro y respetable? Oh! esa multitud de semisabios, propagada al modo de los insectos, no habia nacido sino para doblegar su altivo cuello bajo el yugo de la autoridad. ¿Dejaréis introducirse y extenderse esta licencia y desenfreno en vuestro imperio litera-

(1) *Officium sanctissimi Corporis Christi.*

rio? ¿No juntaréis vuestros esfuerzos y talentos para contener el daño que tanto cunde, y para combatir esa funestísima preocupación de que todos quieren ser sabios en todo? ¿No inflammaréis vuestro piadoso celo para reanimar en el corazón de todos, particularmente de esa amable juventud que ahora se educa á vuestra sombra, el amor, el sagrado amor, el amor santo de la religion, de la virtud y de la patria? Doctores! vosotros debéis además contener la relajacion de costumbres, causa de la impiedad y desercion de los pueblos, originada en gran parte de la connivencia de los falsos maestros, y del insufrible rigor de los que son tiranos de las conciencias (1). ¿Qué cosa tan monstruosa fuera ver el siglo de Tiberio en el reinado de Tito? Pues los mismos vicios que han derrocado los mas poderosos imperios, han de producir iguales desastrosos efectos en todos tiempos. ¡Oh sabios! ¡sal de la tierra, luz del mundo, ciudadelas de refugio, astros luminosos y benéficos! Así os llama Jesucristo : y sabéis muy bien que la sencillez, que la humildad, que la pureza y la ardiente piedad fué siempre el distintivo mejor de los mayores ingenios, y el carácter noble de los hombres mas grandes. Como estos héroes de la virtud y de la ciencia hermanadas, sed, sí, águilas que en vuestros discursos tomeis un vuelo rápido y sublime hasta el seno de Dios; mas para poseerlo, colocad vuestra principal gloria en imitar en vuestra fe y conducta la sencillez de la paloma. Así sereis de todas maneras dichosos y bienhadados; así contribuiréis á la felicidad y gloria de la religion y del estado, y así llegaréis á acompañarme en esta inmortalidad inmarcesible que me merecieron mis trabajos literarios y mis heróicas virtudes; la cual pido y deseo para los fieles imitadores de mi vida, y discípulos verdaderos de mi doctrina *sana, segura, limpia, sublime é incorruptible.* » Amen.

(1) Reflexión que hace el Ilmo. Bossuet contra estas dos clases de malos doctores en la oracion fúnebre de Nicolas Cornet, t. 8 de sus obras, p. 364 y siguiente.

SERMON

DE SANTO TOMAS DE CANTORBERI.

(DE FLECHIER.)

Usque ad mortem certa pro justitia, et Deus expugnavit pro te inimicos tuos.

Combate hasta la muerte por la justicia, y Dios vencerá por tí á tus enemigos.

Eclesiástico, c. 4. v. 33.

Qué difícil es, señores, alabar á los santos que se han elevado por la gracia de Jesucristo, no solamente sobre las fuerzas de la naturaleza, sino tambien sobre el uso de las virtudes comunes! El siglo no puede sufrir la condenacion de sus flaquezas y debilidades; y juzgando del Espíritu de Dios por la prudencia de la carne, halla no se qué exceso en todo lo que le sobrepuja y aventaja, y no gusta de que otros hayan hecho lo que él no se siente capaz de hacer por sí mismo. Ora sea esto ceguedad, ora sea orgullo, es manifiesta verdad que cada uno en lugar de ponerse en el estado del santo, quiere poner al santo en el suyo; y encargado un predicador de hacer un panegirico, se ve muchas veces reducido á hacer una apologia.

Esto es lo que me hace temer en este dia al haber de hacer el elogio de santo Tomas, cuyo intrépido valor y cuya inviolable fidelidad por los intereses de Jesucristo y de su iglesia tan altamente condenan nuestras relajaciones, nuestras infidelidades y nuestras flaquezas. Cuánto motivo tengo para sospechar que un celo tan ardiente os parezca, ó increíble, ó demasiado duro é inflexible! Por una parte vereis las iras de un rey colérico, el rigor del destierro, la violencia de las persecuciones,

rio? ¿No juntaréis vuestros esfuerzos y talentos para contener el daño que tanto cunde, y para combatir esa funestísima preocupación de que todos quieren ser sabios en todo? ¿No inflamaréis vuestro piadoso celo para reanimar en el corazón de todos, particularmente de esa amable juventud que ahora se educa á vuestra sombra, el amor, el sagrado amor, el amor santo de la religion, de la virtud y de la patria? Doctores! vosotros debéis además contener la relajacion de costumbres, causa de la impiedad y desercion de los pueblos, originada en gran parte de la connivencia de los falsos maestros, y del insufrible rigor de los que son tiranos de las conciencias (1). ¿Qué cosa tan monstruosa fuera ver el siglo de Tiberio en el reinado de Tito? Pues los mismos vicios que han derrocado los mas poderosos imperios, han de producir iguales desastrosos efectos en todos tiempos. ¡Oh sabios! ¡sal de la tierra, luz del mundo, ciudadelas de refugio, astros luminosos y benéficos! Así os llama Jesucristo : y sabéis muy bien que la sencillez, que la humildad, que la pureza y la ardiente piedad fué siempre el distintivo mejor de los mayores ingenios, y el carácter noble de los hombres mas grandes. Como estos héroes de la virtud y de la ciencia hermanadas, sed, sí, águilas que en vuestros discursos tomeis un vuelo rápido y sublime hasta el seno de Dios; mas para poseerlo, colocad vuestra principal gloria en imitar en vuestra fe y conducta la sencillez de la paloma. Así sereis de todas maneras dichosos y bienhadados; así contribuiréis á la felicidad y gloria de la religion y del estado, y así llegaréis á acompañarme en esta inmortalidad inmarcesible que me merecieron mis trabajos literarios y mis heróicas virtudes; la cual pido y deseo para los fieles imitadores de mi vida, y discípulos verdaderos de mi doctrina *sana, segura, limpia, sublime é incorruptible.* » Amen.

(1) Reflexión que hace el Ilmo. Bossuet contra estas dos clases de malos doctores en la oracion fúnebre de Nicolas Cornet, t. 8 de sus obras, p. 364 y siguiente.

SERMON

DE SANTO TOMAS DE CANTORBERI.

(DE FLECHIER.)

Usque ad mortem certa pro justitia, et Deus expugnavit pro te inimicos tuos.

Combate hasta la muerte por la justicia, y Dios vencerá por tí á tus enemigos.

Eclesiástico, c. 4. v. 33.

Qué difícil es, señores, alabar á los santos que se han elevado por la gracia de Jesucristo, no solamente sobre las fuerzas de la naturaleza, sino tambien sobre el uso de las virtudes comunes! El siglo no puede sufrir la condenacion de sus flaquezas y debilidades; y juzgando del Espíritu de Dios por la prudencia de la carne, halla no se qué exceso en todo lo que le sobrepuja y aventaja, y no gusta de que otros hayan hecho lo que él no se siente capaz de hacer por sí mismo. Ora sea esto ceguedad, ora sea orgullo, es manifiesta verdad que cada uno en lugar de ponerse en el estado del santo, quiere poner al santo en el suyo; y encargado un predicador de hacer un panegirico, se ve muchas veces reducido á hacer una apologia.

Esto es lo que me hace temer en este dia al haber de hacer el elogio de santo Tomas, cuyo intrépido valor y cuya inviolable fidelidad por los intereses de Jesucristo y de su iglesia tan altamente condenan nuestras relajaciones, nuestras infidelidades y nuestras flaquezas. Cuánto motivo tengo para sospechar que un celo tan ardiente os parezca, ó increíble, ó demasiado duro é inflexible! Por una parte vereis las iras de un rey colérico, el rigor del destierro, la violencia de las persecuciones,

y el abandono de todo el mundo; por otra parte una constancia sin aspereza, un valor sin orgullo, una paciencia sin vileza, y una sumision sin cobardía en un obispo oprimido. No obstante no creais, señores, que yo quiera elevar al santo á costa del rey; y que para aumentar la gloria del mártir ofenda la dignidad del perseguidor. Será preciso gobernarme por un justo medio para tratar los respetos que debo tener por la majestad real, y por la justicia que se le debe á la santidad. Al santo le llamaré mártir sin llamar tirano al rey; y dando el respeto y veneracion que son debidos á las potestades, daré el testimonio que debo á la verdad, haciéndoos ver sobre las palabras de mi tema: 1º á santo Tomas, que combate por la justicia: 2º á santo Tomas que muere por la justicia, y triunfa de sus enemigos despues de su muerte.

Estas serán las dos partes del elogio del santo. Quiera el cielo que nosotros saquemos de ellas importantes instrucciones para nuestra salvacion, asistidos de los auxilios del Espíritu de Dios por la intercesion de la santísima Virgen, á quien diremos con el ángel: *Ave Maria*.

PRIMERA PARTE.

Para haceros conocer el carácter de santo Tomas, ¿os diré acaso, señores, en primer lugar que nació en un país donde las frecuentes revoluciones han hecho ver grandes vicios y grandes virtudes? ¿Donde oprimida continuamente la religion, ha tenido necesidad de grandes defensores? ¿Y donde los reyes, aun en medio de la misma paz de la iglesia, han hecho algunas veces sus mártires? ¿Os diré despues que habiendo nacido de padres sabios y piadosos, fué formado en la virtud por los consejos y con los ejemplos de un arzobispo de Cantorberi, cuya sabiduría y piedad tanto ha alabado san Bernardo? ¿Y que una santa educacion sostuvo en él un feliz y noble nacimiento? Habíale dado Dios sobre todo un espíritu recto, equitativo, justo, enemigo de la simulacion y del engaño, y lleno de fortaleza, de verdad y celo de la justicia.

Y así, ¿es preciso llevar á los piés del soberano pontífice las quejas de la iglesia de Inglaterra contra el obispo de Vinches-ter, hermano del rey, quien por su calidad de príncipe de la sangre, y por la de legado de la santa sede, vano y altivo con

la gloria que le daba su nacimiento y con el poder que habia recibido del sumo pontífice, impuso á las iglesias de aquel reino nuevas é inusitadas servidumbres; y formando de aquella mezcla de poder espiritual y secular una dominacion tiránica, oprimia los prelados é insultaba á su arzobispo? Pues Tomas reprende su arrogancia, y hace que se revoque su legacia. ¿Es necesario contener los desórdenes de una corte ambiciosa y cruel? Pues Tomas viene á ser el protector de la inocencia perseguida, y se levanta contra la opresion y la violencia; mas celoso de la observancia de las leyes (no siendo mas que un particular) que los mismos magistrados que las forman y las mantienen; y mas celoso por la disciplina de la iglesia, aunque lego, que los mismos eclesiásticos que la profesan. ¿Conviene sostener los derechos de la dignidad real, y oponerse á la injusta pretension de Estéban, que contra todas las leyes del estado y de la razon quiere privar de la sucesion al legítimo heredero de la corona de Inglaterra? Pues Tomas conduce á su príncipe por la mano hasta ponerle sobre su trono, y permite Dios que trabaje en adquirirse por dueño y señor al mismo que algun dia habia de ser su perseguidor.

Ya sabeis, señores, que es de Enrique II de quien hablo. Era este un príncipe bien formado, hábil, valeroso, político, pero injusto en sus empresas; impaciente en sus deseos, furioso en sus iras, reduciéndolo todo á su interes, ó á su grandeza; juntando el artificio al atrevimiento y osadía, y encubriendo el mal que hacia con buenas apariencias; caminando á sus fines por medios injustos; introduciendo así en el estado como en la iglesia un nuevo gobierno, y no conociendo las leyes ni del uno ni del otro, sino en cuanto podian servir á su avaricia ó á su venganza; sujetándolo todo á sus gustos, y haciendo ver en toda su conducta, de cuántos desvarios es capaz una alma fiera y violenta á quien agitan las pasiones, á quien engañan los malos consejos, y á quien los mismos bienes irritan.

La reputacion de la bondad de Tomas y el deseo de ganarle con sus favores, obligaron al principio á este rey á darle señales de su confianza y de su estimacion. Para autorizar por medio de una eleccion universalmente aprobada los principios de su reinado, para obligar por el reconocimiento de sus beneficios un espíritu naturalmente indignado contra la injusticia, y para contener, ó para atraer por este ejemplo de sumision á los que

se podian atrever á oponerse á sus designios, le colmó de honores y de bienes; y creyendo poder hacerle injusto, emprendió hacerle grande. ¡Oh y lo que son las astucias y los rodeos de una política mundana, y hasta dónde llega la prudencia de los hijos del siglo!

Elevado Tomas casi á pesar suyo á la dignidad de canciller de Inglaterra, sirve al rey con sus consejos y con sus bienes. Pone todo su esfuerzo en esparcir por todo el reino un espíritu de justicia y de verdad; su casa es un asilo siempre abierto á la inocencia; los pobres hallan en ella la asistencia en sus necesidades; los débiles la protección contra los poderosos. Una piedad formada á prueba de todas las tentaciones del siglo, una prudencia capaz de manejar los mayores negocios, una firmeza ilustrada é inflexible le adquieren crédito y reputacion en la corte, le hacen admirar en los consejos, y le atraen las bendiciones del pueblo. Encargado por el rey de la educacion de su hijo, instruye á este príncipe jóven como quien debia servir de ley y de modelo á sus vasallos. Inspírale sentimientos dignos de su clase, imprímele en su espíritu la idea de una santa gloria, y le hace concebir que su verdadera grandeza consiste en servir á Dios y en temerle; propónele el ejemplo de sus predecesores, y le enseña á respetar la autoridad de la iglesia, á administrar justicia á sus pueblos, y á no olvidar jamas que si es el Señor de sus vasallos, tambien es vasallo de un Rey mas grande, y siervo de otro mas grande Señor.

¿Pues qué restaba que hacer para gloria de este santo hombre, sino elevarle á las dignidades de la iglesia, á fin de que sostuviese en ella sus intereses? El rey, ó por mejor decir, Dios es quien le llama á ellas. Ninguna cosa hay tan santa, ni tan grande en el orden del cristianismo como el oficio de los obispos y de los pastores evangélicos que el Espíritu santo ha establecido para gobernar su iglesia, para ser los ministros del Nuevo Testamento y de la reconciliacion de los hombres, los dispensadores de los sagrados misterios, y las luces que deben iluminar é inflamar al mundo. Son llamados á ser perfectos y á perfeccionar á los otros. No solamente los separa Dios de los pecadores, sino que tambien los saca del orden comun de los fieles para que sean santos, y para que trabajen en la santificacion de los pueblos, para que sean de Dios y le ofrezcan las almas que su providencia les ha encomendado.

Pero aunque la gracia del obispado sea siempre igual, no obstante se puede decir que obra con mas abundancia en el alma de aquellos á quienes Dios destina para defender la verdad, ó para mantener la disciplina de las costumbres en las mas difíciles y peligrosas ocasiones. Entónces es menester que el espíritu esté tan ilustrado de la luz divina, el corazon tan desprendido de los afectos humanos, el ánimo tan firme para resistir á la iniquidad, el celo tan ardiente para oponerse á las relajaciones, la caridad tan viva y tan eficaz, la templanza tan austera, la dulzura tan vigorosa, la severidad tan prudente y justa, y toda la vida tan pura y tan irreprochable, que parezca que Jesucristo los ha elegido para que sean las imágenes de su vida y los imitadores de su sacerdocio.

Y ved aquí, señores, que sin pensar en ello tengo hecha la pintura del santo á quien debo exponeros y presentaros delante de vuestros ojos, como un espejo de paciencia en las persecuciones, como un ejemplo de dulzura para con sus enemigos, como un modelo de virtudes episcopales, y como un glorioso mártir de la iglesia. ¿Pero y cuál fué el fundamento de esta perfeccion? La pureza de su vocacion en los empleos eclesiásticos. Porque no fué él quien eligió su ministerio, fué Dios quien le eligió para su ministro. Sus padres no le destinaron desde la cuna para las primeras dignidades de la iglesia por una ambicion del todo profana: su eleccion no fué un efecto de su ambicion, ni una recompensa de sus servicios, sino una señal manifiesta de su virtud conocida y una disposicion de la providencia de Dios, que quiso formar un defensor de su iglesia por la mano de un rey que no pensaba sino en oprimirla. ¿Y nos admiraremos nosotros, si habiendo entrado por este camino en los ministerios de Jesucristo, y sin alguna de aquellas ideas y fines humanos que se mezclan ordinariamente aun en las cosas mas sagradas, recibió del cielo las gracias necesarias para santificarse en él?

Veamos pues las circunstancias de su eleccion. Apenas habia vacado la silla de Cantorberi, cuando por una especie de milagro, y por una inspiracion divina, todo el mundo pone los ojos en Tomas, canciller y ministro del rey de Inglaterra; todos le dan á porfia sus votos. ¡Qué honorífica es, señores, esta pública aprobacion de todas las gentes! ¡Y qué rara vez sucede que los pueblos quieran confiar sus almas y sus conciencias á

aquellos hombres ménos dedicados á la religion que á la política, y que deseen tener á los que gobiernan el Estado por sus obispos!

Declaróse el rey casi al mismo tiempo que el reino. Juntanse los obispos, y están prontos á seguir sus intenciones; todo conspira unánimemente á la elevacion de un hombre de Dios, y él solo se tiene por indigno del órden y dignidad á que todos los demas le destinan. Él reflexiona sobre sí mismo, y desconfía de sus fuerzas: él abraza las rodillas al rey para pedirle la gracia de que le dispense: él le demuestra con una santa osadía, que un obispo es un defensor intrépido de las libertades eclesiásticas; que exige y vuelve á pedir los bienes usurpados; que separa los derechos del santuario de los de la corona; y que haciendo valer la verdad y la justicia que Dios le ha puesto en las manos, da al César lo que es del César, pero tambien hace dar á Dios lo que es de Dios. Recompensad, almas interesadas, recompensad con contemplaciones y adulaciones estudiadas los testimonios de estimacion y de benevolencia del príncipe; que Tomas le corresponde con una santa y generosa libertad, que es el carácter de un alma fiel y sincera.

Pero lágrimas, súplicas, demostraciones, todo es inútil; la órden del rey ¿qué digo yo? la órden de la providencia de Dios se pone en ejecucion. Vése elevado contra su voluntad á la primera silla del reino, y pasa desde la magistratura del siglo á los mas santos ministerios de Jesucristo. No atiende á la dignidad, solo mira á las obligaciones. No le mueve el esplendor, asómbrate sí el peligro. Penetrado de un santo terror, se dice sin cesar á sí mismo: ¿tengo yo por ventura bastante conocimiento de las cosas santas para instruir á los pueblos que Dios pone á mi cuidado? ¿Tengo yo bastante prudencia para los espíritus inquietos, interesados é infieles? ¿Tengo yo bastante fortaleza para resistir á las tempestades que se preparan, sin abandonar el timon? ¿Estoy yo dispuesto á sufrir las calumnias, las injurias y la misma muerte? Contemplándose de esta manera, no como un hombre á quien elevan sobre los otros, sino como un hombre á quien exponian á la obstinacion de las pasiones humanas, y que no estaba puesto á la cabeza del clero sino para ser la primera víctima de los grandes, y del rey mismo, cuyas usurpaciones é injusticias no debía sufrir.

No fueron en vano sus conjeturas. Apénas entró en la iglesia,

cuando le fué preciso defenderla. No es su consagracion solo una ceremonia exterior hecha con pompa y magnificencia; es una uncion interior que le dispone á romper animosa y valerosamente contra la iniquidad, y á rescatar á la esposa de Jesucristo de la esclavitud y servidumbre que se la impone: le habrá de costar su quietud y su sangre, si quiere cumplir con su ministerio.

La gracia del cristianismo, segun san Pablo, inclina el corazon de todos los fieles á un espíritu de mortificacion, cuanto á los afectos y los intereses del mundo. *Quedaron estos sepultados con el hombre viejo en las saludables aguas del bautismo* (1). *Murieron por él*, (2) *y su vida debe estar oculta en Dios con Jesucristo*. Pero la gracia de la dignidad episcopal imprime esta muerte con mas eficacia en cuanto al uso, aun el mas lícito, de las criaturas. Es necesario que mueran aun á los mas permitidos placeres por medio de la continencia; á las riquezas, por la distribucion de sus rentas en los pobres á quienes pertenecen; á la vanidad, para conformarse con Jesucristo, que no ha buscado su propia gloria, sino la de su Padre. Estas son las disposiciones de los obispos en el tiempo de la quietud y de la paz de la iglesia; pero en el tiempo de la tribulacion, y bajo los reinados violentos, el sacerdocio es una disposicion próxima para el martirio. Él es una participacion de la mision de Jesucristo, que está fundada sobre la ejecucion de las voluntades de su Padre, y sobre la efusion de su propia sangre.

A mí me parece que cuando santo Tomas recibe esta gracia, el espíritu de Dios le da estas instrucciones: Vé ahí oprimida mi iglesia; rompe sus cadenas y ponla en libertad. Restablece con tu valor el órden de la disciplina que un príncipe ambicioso y colérico tiene casi destruída. Renuncia tus pasiones, pero resiste á las de los otros: y acuérdate que se pierde la gracia de Dios usando cobardemente del favor de los hombres.

No estuvo muy distante la ocasion. Fundado el rey sobre costumbres, ó pretendidas, ó mal introducidas, emprende con escándalo hacerse dueño absoluto de la iglesia de su reino; elige prelados poco hábiles, para aprovecharse de su ignorancia ó de su cobardía. Deja vacantes los obispados, para aumentar su erario con las rentas caídas de estas iglesias abandonadas.

(1) *Rom. c. 6. v. 4. et Colos. c. 2. v. 12.* (2) *Colos. c. 3. v. 3.*

das, y para convertir en el uso de sus placeres y de sus pasiones la sustancia de los pobres y el patrimonio de Jesucristo. Impide á los sacerdotes y á los obispos que cumplan y ejerzan libremente sus funciones. Quiere abolir los tribunales eclesiásticos; y reduciéndolo todo á sus derechos ó á sus intereses particulares, llevárselo todo por autoridad, por usurpacion, por artificio y por violencia. Espera que Tomas, ministro de estado y de la iglesia á un mismo tiempo, halle medios y ajustes para sujetar al clero; que será mas canciller que obispo; que por su autoridad eclesiástica fortificará y defenderá la secular, y que en lugar de hacer servir su crédito y reputacion á la piedad, se servirá de su piedad para autorizar su reputacion.

Pero engánase á sí mismo, señores. El arzobispo luego hace dimision de su empleo, y se declara contra la usurpacion; cree muy bien que no puede servir á dos señores. Ya no es tiempo de llevar mas á los pueblos la voz y palabra del rey; llévala sí al mismo rey de parte de Jesucristo, y niega á los negocios del mundo un corazon que no se podia dividir. De aquí provienen la tibieza, las quejas, el odio del rey contra el santo, y la ambicion de establecer sus leyes á pesar suyo, y contra su misma voluntad. Júntase el odio de los grandes al del príncipe, ó por el amor y empeño á los mismos intereses, ó por una falsa complacencia. Ved aquí el origen de los destierros, de las persecuciones, y de los ultrajes. Ved aquí lo que abraza el reino, y ved aquí lo que forma un mártir.

El respeto, la discrecion y el reconocimiento contienen por algun tiempo el celo del santo. Tiene que defender la justicia; pero teme afligir á un príncipe á quien estima: si abandona la iglesia, es cobarde; si resiste á su bienhechor, se reprende de ingrato. No puede olvidar sus beneficios, ni disimular sus obligaciones. Sabe el reconocimiento que debe al rey, pero conoce la fidelidad que debe á Dios. Quisiera poder salvar su virtud de las sospechas de la ingratitud; y le pesa de no haber dicho á este príncipe lo que en otro tiempo decia Abrahan al rey de Sodomá: *Yo nada recibiré de vuestros presentes, no sea que digais: Yo soy quien enriqueció á Abrahan* (1), por no verse obligado por consideraciones de honor á condescender con sus gustos. Pero conserva firme su corazon contra todas estas suertes de

(1) *Genes. c. 14. v. 23.*

respetos y razones de Estado. Honra la grandeza del príncipe; pero se opone á su injusticia. Considera las gracias que ha recibido de él, como señales de bondad en su principio; pero como lazos armados á su conciencia en los fines; y el respeto no debilita ni acobarda en él el valor. Hay una magnanimidad cristiana, que elevándose sobre los temores y las complacencias humanas, despues de haber dado á las potestades de la tierra lo que les es debido segun las reglas de la Escritura, reconoce al mismo tiempo que no hay otro señor como Dios, ni mayor gloria que servirle y agradarle.

De este modo se gobierna santo Tomas. Los favores que el rey le habia hecho ablandaron su corazon, pero no doblaron su constancia. La piedad no dió lugar á la ambicion; renunció aquellos empleos que podian aficionarle al siglo; y no reservándose mas que el honor de ministro de Jesucristo, consideró el obispado como un título verdadero que le obligaba á la defensa de la justicia. Las instancias y solicitudes de sus amigos, las lágrimas de sus parientes, los consejos de los prudentes del siglo, y aun de los buenos, las consideraciones de la paz, el temor de suscitar turbaciones que seria difícil apaciguar, le inclinan algunas veces á ablandarse; pero luego condena su flaqueza y cobardía: y sin tener respeto á lo que la carne y la sangre le sugieren, sigue lo que le inspira el Espíritu de Dios.

Arrójase á los piés de su príncipe, y le hace presentes con mucho respeto sus obligaciones de religion. Los reyes, le dice unas veces, son los hijos de la iglesia, y tienen un derecho de proteccion para con ella, no un derecho de dominio y señorío sobre ella. No permita Dios que ellos toquen á los privilegios y á la independencia de los altares; que se atribuyan sobre los misterios de Jesucristo y sobre los derechos espirituales de su esposa una autoridad sacrilega; que cometan algun atentado sobre las leyes del reino del Hijo de Dios; y que preocupados de su propia grandeza se olviden y desconozcan á aquel que los ha hecho grandes. El Espíritu santo les advirtió, *que habian de caminar al resplandor de esta aurora* (1); y que su imperio floreceria por todas cuantas partes el sol registra desde su oriente á su ocaso; y que los sucesores de los que los persiguieron, se humillarían bajo sus leyes, bien léjos de imponerles nuevas servidumbres,

(1) *Isai. c. 60. v. 3.*

de anular su autoridad con la suya, y de hacer servir á su propia gloria los despojos del santuario.

Sus bienes sagrados, añadia, no pueden destinarse á usos inútiles y profanos. Los que los han dado, ó para consumir su virtud, ó para redimir sus pecados, han esperado ganar el cielo por la eficacia de nuestras oraciones, ó por el mérito de sus limosnas. Los que los poseen no deben considerarlos como motivos y materia de su fausto y de su orgullo, sino como medios de socorros y de caridad para con los pobres. Son ellos el patrimonio de Jesucristo, no el tesoro de los reyes de la tierra. Hay no sé qué de espiritual y de sagrado en estas riquezas eclesiásticas, que las distingue de las del siglo; y así como tienen su origen en la justicia y en la caridad, deben tener á la justicia y á la caridad por fin y por regla en la distribucion que se debe hacer de ellas.

Persuadido de estas santas máximas, y tocado del deseo de la salvacion del rey, le ofrece sus servicios, sus propios bienes y su vida. Acompaña una justa y prudente libertad con todas las suavidades y lenitivos que inspiran el respeto y la modestia. Pero ¿qué se puede esperar de un espíritu exasperado y duro, que todo lo reduce á sus gustos, que se justifica á sí mismo de todo el mal que hace, y que no escuchando ni los consejos de los prudentes y de los sabios, ni la voz de su conciencia, se permite á sí propio el ser injusto, y no puede sufrir que se lo contradigan y reprendan? Mantiene sus pasiones mil aduladores que le rodean; y para desacreditar á un hombre de bien, y hacer sospechosa su fidelidad, se valen de todo cuanto la envidia, la ambicion, ó la avaricia pueden inspirar á las almas criadas en el arte de la mentira y de los disfraces de la corte.

No os admireis ya, si Tomas llega á ser el objeto del odio y de las persecuciones del príncipe. ¿Y qué mas os diré yo? Arrojado de su patria, y lo que es mas, de su misma iglesia, errante y fugitivo, ya sobre las riberas del Tíber, ya sobre las del Sena, hallando por todas partes lazos tendidos y emboscadas armadas contra él; teniendo por destierro á la Francia, asilo ordinario de los prelados errantes; bendiciendo no obstante por todas partes á sus perseguidores, y ofreciendo por ellos á Dios todos sus trabajos en sacrificio, se disponia á morir por Jesucristo y por su iglesia, y á triunfar de sus enemigos con su paciencia y con su dulzura.

SEGUNDA PARTE.

Así como el principal motivo del Hijo de Dios en el misterio de la redencion, ha sido *mostrar el amor que tenia á su iglesia*, y su principal fin, *darse á sí mismo, y derramar hasta la última gota de su sangre para santificarla*, segun las palabras de san Pablo en su carta á los de Éfeso (1), así fundó la mision de sus apóstoles sobre la misma caridad; puesto que no pregunta á san Pedro si tiene firmeza, constancia, prudencia, sabiduría ó discrecion, sino si le tiene amor: *¿Pedro, me amas?* le dice. Pues este fué el carácter de santo Tomas en la serie de su ministerio; indiferente para sus intereses, y delicado sobre los de la iglesia, no puede sufrir que se la ofenda ni un ápice en su santidad é independencia.

Restablecido pues en su silla por las sollicitaciones del papa y del rey de Francia, despues de haber experimentado muchos años de persecucion, parece se podia decir que habia de gozar en reposo del fruto de sus pasados trabajos, ó por mejor decir, emplear lo que le restaba de fuerzas y de vida en trabajos mas útiles y ménos molestos. En efecto reformaba los abusos que se habian introducido en su diócesis por todo el tiempo de su ausencia: reparaba las ruinas de la disciplina, é instruía las almas que Jesucristo habia puesto á su cuidado, con su doctrina, con sus limosnas, con su caridad y con sus ejemplos; cuando viéndose precisado de improviso á oponerse á las extravagantes empresas, y á los envenenados movimientos de odio, de ira y de furor de algunos de sus miembros y compañeros, vuelve á caer en la agitacion y confusion. Renuévanse las cuestiones ántes apaciguadas: búscanse pretextos para perseguirle: siémbrense algunas discordias, y espárcense algunas semillas de odio que no podian acabar sino con su muerte.

Acúsasele de conjuracion, y renuévanse en el corazon del rey las llagas que el tiempo y el arrepentimiento parecian haber cerrado; vuelven á despertar sus antiguas preocupaciones con nuevas calumnias. No pudiendo ni queriendo conocer la verdad, este príncipe lijero y crédulo, creyendo culpado al arzobispo, y deseando que lo fuese para poder justificar sobre un

(1) *Ephes. c. 5. v. 25 et 26.*

delito imaginario la violencia de su conducta y procedimiento pasado, se propasaba á quejas y á reprensiones llenas de exceso; y en medio de los rabiosos ímpetus de su ciego furor, se quejaba algunas veces de que no tenia un vasallo bastantemente reconocido y fiel, que le vengase de un sacerdote obstinado y terco, que turbaba la paz de su vida.

Detente, príncipe, detente y vuelve á recoger, si puedes, ese discurso indiscreto. Acuérdate que *la palabra de un rey colérico y enojado viene á ser como una ley de parricida, y una reprensión cruel en su boca es una sentencia de muerte contra un inocente* (1). Piensa que tus deseos, por injustos que sean, valen por preceptos en las almas interesadas; y que por satisfacer á las pasiones de un señor enojado y furioso, todo adulador es capaz de llegar á ser homicida.

En efecto, no fué menester mas para los cortesanos aduladores y venales; conciben en su imaginacion y meditan en su ánimo el deseo de derramar la sangre del justo; piensan en las recompensas que esperan, y no en el delito que cometen. Tomas es el ungido del Señor; pero tambien es aborrecido del príncipe. Está inocente, es verdad; pero quiere el rey que sea culpado. Salen de la corte, pasan el mar, llegan, entran en la iglesia donde el santo está celebrando el oficio, y adelantándose hácia él con la ira en el corazón, con el fuego en los ojos, con el acero en la mano, sin respeto á los altares ni al santuario de Jesucristo, ni á sus ministros...

Vosotros, señores, creo entendeis lo restante, y yo quisiera poderme dispensar de representaros un espectáculo tan lastimoso. Pero por excusar vuestra compasion y piedad ¿ofenderia vuestra religion, y os ocultaria la gloria de un mártir, disimulando la crueldad de sus verdugos? Acércanse pues llevando en su rostro las señales de su bárbara resolueion. Trémulo el clero, ya se esparce, ya se vuelve á juntar confusamente: los sacerdotes temen el peligro en que se hallan: los asesinos mismos tienen horror al delito que van á cometer, y apoderados de un respetuoso asombro y terror á vista del arzobispo que les sale al encuentro, quedan turbados por algun tiempo: pero en fin habiendo ahogado el furor todos los sentimientos de respeto y de humanidad á un mismo tiempo, cada uno le hiere como á

(1) *Prov. c. 16. v. 14.*

porfia, y quiere tener la mayor parte en el delito, esperando tenerla tambien en la recompensa; y el santo, que espira á fuerza de sus repetidos golpes, se ofrece como una víctima pura á Jesucristo, que desde los altares era el admirador de su fidelidad y de su constancia.

Vosotros, señores, habeis quedado asombrados; pero recordad vuestras fuerzas, porque esta no es una muerte, es un martirio; no es el triunfo de los impíos, es sí el sacrificio de un santo á quien ellos oprimen. Su sangre derramada, bien lejos de profanar el templo de Dios, le santifica; y salpicando hasta el altar, parece que quiere ir á unirse con la sangre de Jesucristo, para alcanzar la gracia y el perdón de sus homicidas, y consumir en la union del sumo Sacerdote las funciones de su sacerdocio. En efecto, no pide ella venganza: habia empleado su celo contra los enemigos de la iglesia por toda su vida, y reune muriendo su caridad y su amor por la conversion de los suyos.

Mas no creais que esto fué sin fruto. Olvidad los excesos de la ira y las violencias del rey. A la primera noticia de esta muerte, reconoce por su mártir al que ántes habia tenido por su enemigo. Disípase todo su odio: renuévanse sus afectos y sus ternuras. Ya no es este aquel príncipe lleno de orgullo; es un penitente, que depuesto el ornato y magnificencia real, gime y llora en ceniza y en cilicio. Unas veces la fuerza de su dolor le ahoga las palabras en la boca; otras veces da gritos en demonstracion de su dolor y señal de su arrepentimiento. Enciérrase solo, y se cree indigno, no solamente de perdón, sino de consuelo; y trayendo siempre en su imaginacion impresa la pálida y triste imágen de un arzobispo asesinado: *¡Ay de mí!* (decia) *¡Ay de mí!* que he venido á ser el perseguidor de la iglesia, siendo cristiano. Yo soy un perfecto tirano; yo de mi mano he hecho ya mártires. Pero no se contenta con suspiros y con palabras: envía tambien embajadores al papa: protesta que no es el autor de aquel execrable delito y sacrilegio; reconoce y confiesa que hay en él alguna causa indirecta, y se sujeta á todos los rigores de una saludable penitencia. Arrójase á los piés de los legados; restituye todos los bienes de que habia despojado á la iglesia; anula todas las costumbres introducidas, y deroga todas sus ordenanzas contrarias á las libertades y á la disciplina eclesiástica; mantiene tropas para que sirvan en la

guerra santa; ayuna, ora, y nada omite de cuanto puede conducir á manifestar la sinceridad de su dolor y de su penitencia.

Mas aun no basta esta humillacion voluntaria; es necesario que expie y purgue sus pecados por una afliccion mas sensible. Notad, señores, aunque de paso, que hay en los pecados de los reyes como una duplicada malicia; una de corrupcion, que ofende su propia conciencia y los hace objetos del odio y de la justicia de Dios, aunque sean las imágenes visibles de su soberanía y de su poder invisible: otra malicia de comunicacion, que arrastra y lleva tras de sí á muchos por el peso de la autoridad, por la dependencia de los intereses, y por la fecundidad del ejemplo. A este modo tambien Dios, cuya sabiduría y prudencia proporciona las penas á los pecados, ejerce sobre ellos como dos especies ó suertes de justicia. La primera es una justicia de satisfaccion, por la cual quiere que hieran sus corazones, y que en el dolor interior de su alma, castiguen en sí mismos su propio desórden. La segunda es una justicia de reparacion, por la cual destruyan todas las resultas y efectos de sus pecados, y quebrantando altamente su orgullo, se hace dar por ellos mismos como una especie de homenaje público á vista de los demas hombres. Y así, aunque David se castigó él mismo su pecado, quiso Dios alligirle aun todavía con la rebelion de su hijo, y con las calamidades públicas de su reino, porque había dado ocasion de blasfemar el nombre del Señor (1).

Tal fué el estado á que se vió reducido Enrique II, rey de Inglaterra, por la coligacion de los príncipes vecinos, por la revolucion de sus pueblos, y por la rebelion de su propio hijo. Ved ahora, señores, cuán justos son los juicios de Dios. Había perseguido al que era su padre segun el espíritu, y él se ve perseguido por un hijo suyo segun la carne. Aquel que tan ambiciosamente buscaba poder extender sus derechos y autoridad real, se ve ahora á pique de perder el reino; y este codicioso usurpador de los bienes de la iglesia, apenas puede salvar una parte de su corona. Atacado de la parte de acá y de allá de los mares, despreciado de sus vasallos rebeldes, echado de sus principales ciudades, errante y fugitivo en sus mismos estados, busca un asilo seguro sobre el sepulcro de un santo, á quien él tan cruel-

(1) *II. Reg. c. 12. v. 14.*

mente ha perseguido; va á humillarse delante de sus cenizas, y á pedir perdon á un muerto: pasa un dia y una noche sobre su sepulcro, edificando á toda la iglesia en aquel mismo lugar en que tan indignamente la había ultrajado.

Pero no abandona Dios á este príncipe humillado: halla socorros donde ejerce su penitencia: su mártir llega á ser su intercesor: los reyes sus enemigos quedan, ó vencidos, ó prisioneros: los pueblos vuelven por sí mismos á la obediencia; y su hijo vuelve á entrar en su deber y obligacion.

Y ved aquí, señores, á la iglesia que triunfa por la paciencia de un santo, y por la penitencia de su perseguidor. Acaso me direis que su firmeza y su constancia fueron bien inflexibles; que hubo tambien algo de dureza en su celo; que tenia al parecer demasiada ambicion de ser mártir; que hay ciertas atenciones, y una especie de condescendencia tambien en los negocios de la religion, como en los del mundo; y que en fin, aunque el principio de su martirio sea glorioso, la causa no puede dejar de parecer un poco lijera. Pero sabia él muy bien que un obispo debe temer mas consentir en la opresion de la iglesia de Jesucristo, que atraerse la persecucion de los hombres. Animábase á sí mismo con la gloria de aquellos ilustres cristianos de los primeros siglos, que buscaban ellos mismos las ocasiones de derramar su sangre por la piedad y por la verdad de la religion.

Porque si el objeto es ménos importante, el valor siempre es el mismo; él es mártir de la disciplina, como los otros lo fueron de la fe; si ha dado su vida bajo la dominacion de un príncipe católico, por conservar los derechos y los privilegios de la iglesia; ¿qué no hubiera hecho bajo los tiranos é infieles, por conservar la pureza de su creencia y de su doctrina? ¿Con qué celo no se hubiera opuesto á los que profanasen los sagrados misterios? ¿Con qué fervor no hubiera trastornado y derribado los ídolos?

Yo no puedo ménos de hacer aquí una reflexion sobre nosotros y sobre nuestra flojedad y cobardía. Todos los dias oímos impiedades y blasfemias, y nos quedamos tranquilos. Nosotros sufrimos á sangre fria las bellas palabras que se dicen contra la religion, cuando toda ella se quiere convertir en burlas y chocarrerías. Nosotros abandonamos la verdad á la indiscrecion de los necios y de los impíos, á la censura de los espíritus

fuertes, al error de los herejes, á la irreligion de los mundanos y á las ilusiones de los hipócritas. ¿Y qué celo tendremos nosotros por las libertades y por el honor de la iglesia, puesto que tenemos tan poco por sus esenciales artículos ó creencias? La mayor parte de los cristianos no conocen ni entienden bajo el nombre de iglesia otra cosa que estos templos materiales, á los cuales van los pueblos á unir sus votos, ó á este conjunto de ceremonias santas, pero exteriores, que hieren su imaginacion y sus sentidos; pero no saben que hay tambien una iglesia, á la cual ha dado Jesucristo su verdad y la pureza de su disciplina, para la cual reserva su gloria y su felicidad; ó si la conocen lo bastante, hallan su verdad áspera y escabrosa á su condescendencia cobarde y floja, escandalosa su prosperidad, y muchas veces insufribles sus máximas. No obstante ella es la que nos ha concebido en su seno; la que nos ha criado con sus cuidados; la que nos alimenta con la sangre y con la sustancia de su Esposo; y la que nos eleva á las gloriosas esperanzas de la eternidad que yo os deseo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu santo. Amen.

SERMON

DE SANTO TOMAS DE VILLANUEVA,

ARZOBISPO DE VALENCIA.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Conservavit legem Excelsi.

Conservó la ley del Excelso.

Eclesiástico, c. 44. v. 20.

Falsa, señores, muy falsa es nuestra posicion. Estamos en grande peligro; vamos á perecer sin remedio; nuestra suerte tiene que ser muy desastrosa si no escuchamos dóciles la voz del santo obispo cuya memoria celebramos con tanta solemnidad en este dia. El espíritu del mundo es un espíritu de mentira, un espíritu de error, un espíritu de impostura, de relajacion y de hipocresía que todo lo domina y gobierna en el universo. Es el enemigo mas cruel de Jesucristo, y sin embargo vosotros sabeis muy bien que se le contempla, que se le sirve, que se le adula y que con él se consultan todos los negocios de la vida. Él es el que ha desterrado de la sociedad cristiana la modestia, la gravedad, la circunspeccion, la amable sencillez, la buena fe y la rectitud: ha extinguido en las gentes no solo las ideas mas claras del cristianismo y de la religion, sino las de la misma razon natural: no se contenta con tener entrada franca en los palacios de los grandes y poderosos para ejercer en ellos su imperio soberano; se introduce tambien en las condiciones particulares, en la plebe, en los mas santos estados, en las iglesias, y hasta en los mismos piés del santuario. Puede decirse que el espíritu del mundo todo lo ha invadido; que se ha introducido y se insinúa en todos los estados; que es una en-

fuertes, al error de los herejes, á la irreligion de los mundanos y á las ilusiones de los hipócritas. ¿Y qué celo tendremos nosotros por las libertades y por el honor de la iglesia, puesto que tenemos tan poco por sus esenciales artículos ó creencias? La mayor parte de los cristianos no conocen ni entienden bajo el nombre de iglesia otra cosa que estos templos materiales, á los cuales van los pueblos á unir sus votos, ó á este conjunto de ceremonias santas, pero exteriores, que hieren su imaginacion y sus sentidos; pero no saben que hay tambien una iglesia, á la cual ha dado Jesucristo su verdad y la pureza de su disciplina, para la cual reserva su gloria y su felicidad; ó si la conocen lo bastante, hallan su verdad áspera y escabrosa á su condescendencia cobarde y floja, escandalosa su prosperidad, y muchas veces insufribles sus máximas. No obstante ella es la que nos ha concebido en su seno; la que nos ha criado con sus cuidados; la que nos alimenta con la sangre y con la sustancia de su Esposo; y la que nos eleva á las gloriosas esperanzas de la eternidad que yo os deseo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu santo. Amen.

SERMON

DE SANTO TOMAS DE VILLANUEVA,

ARZOBISPO DE VALENCIA.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Conservavit legem Excelsi.

Conservó la ley del Excelso.

Eclesiástico, c. 44. v. 20.

Falsa, señores, muy falsa es nuestra posicion. Estamos en grande peligro; vamos á perecer sin remedio; nuestra suerte tiene que ser muy desastrosa si no escuchamos dóciles la voz del santo obispo cuya memoria celebramos con tanta solemnidad en este dia. El espíritu del mundo es un espíritu de mentira, un espíritu de error, un espíritu de impostura, de relajacion y de hipocresía que todo lo domina y gobierna en el universo. Es el enemigo mas cruel de Jesucristo, y sin embargo vosotros sabeis muy bien que se le contempla, que se le sirve, que se le adula y que con él se consultan todos los negocios de la vida. Él es el que ha desterrado de la sociedad cristiana la modestia, la gravedad, la circunspeccion, la amable sencillez, la buena fe y la rectitud: ha extinguido en las gentes no solo las ideas mas claras del cristianismo y de la religion, sino las de la misma razon natural: no se contenta con tener entrada franca en los palacios de los grandes y poderosos para ejercer en ellos su imperio soberano; se introduce tambien en las condiciones particulares, en la plebe, en los mas santos estados, en las iglesias, y hasta en los mismos piés del santuario. Puede decirse que el espíritu del mundo todo lo ha invadido; que se ha introducido y se insinúa en todos los estados; que es una en-

fermedad popular, una epidemia mortal y contagiosa de que á penas hay quien se liberte. Él se sube á los púlpitos, se manifiesta hasta en el modo de anunciar la divina palabra, se atreve á gritar y declamar contra sí mismo, tiene el descaro de romper la sagrada elocuencia con una estudiada afectacion sedienta de aplausos; su carácter es el de la pomposa ostentacion, el de la licencia, y el de la indevacion mas disoluta; se olvida enteramente de la simplicidad evangélica, y de aquí esa especie de irreligion que se ha domesticado en todas las clases y condiciones que forman la depravada sociedad en que vivimos. ¿Exagero por ventura? ¿Soy acaso furioso declamador enemigo de la tranquilidad y sosiego de las conciencias timoratas? En este caso primero lo han sido mi padre san Bernardo y el grande y esclarecido santo Tomas de Villanueva, ornamento del episcopado español y alegría de la iglesia católica, de donde he tomado las especies indicadas. Si me excedo en la descripción del mundo y de su dominacion, será falso todo lo que vemos y palpamos, será una decepcion todo lo que sobre este particular nos dice Jesucristo, y un engaño su Evangelio. Pero no es así. Lo cierto y ciertísimo es, que hay en el mundo falsas virtudes, falsa prudencia, falsa moderacion, falsa hombría de bien, falsa devocion, falsa humildad, falso celo, falsas limosnas, falsas conversiones y falsas penitencias, y que contra tanta falsedad tenemos á la vista un astro luminoso que nos hace percibir distintamente el bien y el mal, la luz y las tinieblas, el camino que conduce al cielo y el que lleva al infierno. Ahí está santo Tomas de Villanueva. El Omnipotente nos le presenta para que le miremos como al ejemplar y modelo de las virtudes cristianas que siempre triunfan de los vicios propios de los mundanos, y hacen que en todo tiempo se diga del virtuoso, lo que se dice del santo arzobispo de Valencia: que conservó la ley del Excelso. *Conservavit legem Excelsi*. Así os lo voy á demostrar, no con el espíritu del mundo, sino con el que inspira el Señor á sus siervos deseosos de engrandecer su santo nombre, y de hacer que eternamente sea glorificado en sus escogidos.

Para que así sea declaraos en mi favor, Virgen adorable. Dirigidme una mirada de interes y de ternura, pues que todos vuestros devotos se unen á mí para suplicároslo con la dulce salutation que oisteis al ángel cuando os dijo: *Ave Maria*.

Deseosos de dignidades, de aplausos y de riquezas mundanas: hombres que pasais por sabios y prudentes, y blasonais de un juicio recto, atended. Mirad que el espíritu de Dios nos dice, que solo es rico, digno de alabanza y dichoso, el que pasó sin mancha la carrera de su vida, el que no corrió ansioso tras el oro y la plata, el que no puso su esperanza en las riquezas, el que no tuvo asido su corazon al dinero, ni confió vanamente en sus tesoros. De este se añade en los Libros santos, que obró cosas maravillosas en su vida, que fué un milagro de la naturaleza y un prodigio de la gracia: que si recibió grandes talentos para negociar con ellos y ganar la gloria eterna, los acrecentó con su industria, y que al dar cuenta de ellos mereció que el Padre celestial le alabase, llamándole *siervo fiel digno de entrar en los gozos de su Señor* para ser dichoso, feliz y bienaventurado por eternidad de eternidades en el cielo. ¿Se hallan de estos hombres justos, virtuosos y santos en el mundo? Los crea vuestra filosofía, ó se forman en vuestra escuela? No me contesteis, porque sabido es de todos, que en la corrupcion, en lo terreno y carnal no puede hallarse el espíritu celestial y divino que todo lo santifica, como lo dice el Apóstol. Yo os diré para vuestra inteligencia y gobierno, que el glorioso santo Tomas de Villanueva fué el siervo bueno y fiel que habiendo recibido grandes talentos de Dios, los empleó en su santo servicio, los aumentó con sus virtudes, y al dar cuenta de ellos mereció que el mismo Dios alabase su fidelidad, la premiase con la gloria y ordenase que de él se diga en todo tiempo y lugar que conservó la ley santa del Señor. *Conservavit legem Excelsi*.

En efecto: los santos padres y expositores sagrados reducen á tres géneros de bienes los talentos que Dios entrega á los hombres para que con ellos negocien su salvacion: á saber: bienes de naturaleza, bienes de gracia y bienes de fortuna. De todos ha de pedirse cuenta. Para que vosotros la deis buena y merezeais el premio que Dios ofrece al siervo fiel que pudo hacer el mal y obró el bien, escuchad cómo la dió santo Tomas de Villanueva despues de haber manejado en provecho de su alma los talentos que recibió de su Señor. Fué rico nuestro santo en bienes de naturaleza, pues que su sangre ilustre y esclarecido linaje, su cuerpo airoso, su rostro agraciado, de estatura proporcionada, de un entendimiento claro y perspicaz, de un genial dulce y agradable con toda la reunion de dotes que

hacen á un hombre interesante entre los hombres, le colocaron en la altura en que son admiradas las notabilidades de esta especie por los que no entienden mas que de bellezas sensibles y materiales. Santo Tomas pudo hacer uso de estos bienes, como lo hacen esos Narcisos engreídos con las perfecciones que han recibido, y ser como ellos un incentivo del vicio, un depósito de corrupción, un instrumento de que se vale comunmente el ángel malo para perder las almas y llenar de víctimas el infierno; pero no lo hizo así. Este santo sacrificó á Dios todo lo que de Dios habia recibido; imploró humildemente la gracia, y con ella rindió sus pasiones hasta conseguir á fuerza de oracion, de ayunos y penitencias que la lozania de su cuerpo no pudiese eclipsar la pureza de su espíritu: triunfó de todo vicio sensual, como triunfa el sol de las tinieblas: siempre se manifestó tan puro y casto, que todos, hasta los mas libres, licenciosos y disolutos, le tenían por un hombre evangélico, nutrido y alimentado con el espíritu de aquel Señor que hace vírgenes de los que le aman, conservando en su corazon la ley santa del Excelso. Él, afable, tierno y cariñoso, socorria, consolaba y ayudaba con caridad ardiente á toda clase de necesitados; las mujeres hallaban en santo Tomas de Villanueva el remedio en sus necesidades temporales y espirituales; de continuo recurrían á él en sus apuros, como Tobías al ángel del Señor; siempre salían de su presencia socorridas y edificadas, porque conservando siempre en su corazon la ley santa del Excelso, obraba segun ella el bien, y huía del mal como del horroroso aspecto de un culebron, segun lo encarga el Sabio. Aquel entendimiento tan claro, profundo y perspicaz con que le enriqueció el cielo, le empleó en conocer y contemplar las perfecciones de Dios para amarle y servirle, y en provecho del prójimo. Ojalá pudiera yo hacer hablar á los que en Alcalá y Salamanca le vieron explicar filosofía y teología; pues ellos nos dirían que santo Tomas de Villanueva resolvía con facilidad las cuestiones mas difíciles, que aclaraba todas las dificultades, que instruía á la juventud en doctrina sana, para que jamas faltasen obreros celosos que trabajasen en la viña del Señor para bien y provecho de las almas. En el púlpito era un Ambrosio, un san Leon, un Crisóstomo y un Bernardo. En Salamanca le veían como á un ángel enviado del cielo para la reforma de aquella ciudad. Todos se admiraban de la facilidad con que enseñaba, de la efica-

cia con que persuadía, de aquel torrente de palabras no secas ni vacías, con que solamente es azotado el aire y entretenida la imaginacion, sino ricas, llenas de doctrina y espíritu, vivas y con virtud del cielo, con que ya atemorizaba, ya consolaba, ya movía á verdadera compuncion y lágrimas, ya á esperanza y alegría interior; encendía los corazones mas helados y ablandaba los mas duros, viéndose en todos sus oyentes todos los efectos propios de la palabra divina cuando esta es anunciada por un siervo fiel que tiene siempre presente la ley santa del Señor para obrar segun ella, como lo era nuestro santo. No es posible manifestar lo que santo Tomas de Villanueva trabajó en la reforma general de las costumbres, ni lo que esta adelantó con sus esfuerzos verdaderamente apostólicos. Baste decir que Carlos V le hizo su predicador, y que oyéndole predicar el emperador y la emperatriz, se sentían alumbrados y encendidos en amor divino, y la corte movida y arrebatada hácia el cumplimiento de los preceptos del Altísimo. Cumplió con su ministerio, y adelantó tanto en la perfeccion cristiana, que pudo disponerse para decir á Dios en el dia de la cuenta: « Señor; me habeis entregado talentos naturales, el ser, la vida, la hermosura, y un entendimiento claro, profundo y perspicaz; pero veis aquí que he negociado con ellos de suerte que los talentos del hombre os los vuelvo tan mejorados, que pudiera decirse que son prendas de algun ángel. Yo soy aquel de quien dijo el sabio: Conservó la ley del Excelso. *Conservavit legem Excelsi.* » Idólatras de vuestras perfecciones naturales, hombres y mujeres que os gloriais de los bienes de la naturaleza como si no los hubierais recibido, fijad vuestra consideracion en santo Tomas de Villanueva y él os enseñará á buscar la grandeza del espíritu, no la de la sangre; la del cielo, no la del suelo; la verdadera, no la engañosa; la eterna, no la temporal y transitoria del mundo.

Rico y poderoso en bienes de naturaleza habeis visto á santo Tomas de Villanueva; pero aun lo fué mas en los bienes de la gracia. Hombre de grande espíritu, no solo conservó la gracia santificante recibida en el bautismo; le adornó el cielo con dones del Espíritu santo, le formó en la escuela de la cruz, le enriqueció con virtudes heroicas, le dispuso como á un Samuel para que fuese la luz del santuario, y le hizo una copia fiel de los Isaías, Jeremías y Bautistas. Veamos cómo nuestro santo

negoció estos talentos y los hizo valer en los ojos del Señor, y propongámonosle por ejemplar y modelo de las virtudes que deben santificarnos. Nuestro santo, dice un sabio, vivía con la vida de la fe y con el celo de la caridad; su santidad iba acompañada de éxtasis maravillosos en la oración, del espíritu de profecía, de virtud sobre los demonios y de otras gracias que en él ponía el Señor para exaltación de su gloria, bien de su siervo y alegría de su iglesia. Sintióse llamado á ser fraile de san Agustín, pidió el santo hábito, y los padres del convento de Salamanca se lo dieron, bien convencidos de que con Tomas aportaban á su orden un gran santo. En el noviciado y después de profeso tenía confundidos á todos los religiosos, con ser muy ejemplares y observantes de sus santos institutos; se ejercitaba en la continua oración, en la lección de los Libros sagrados y de las obras de los santos padres, especialmente de san Bernardo, de quien fué muy aficionado y parecido en el ingenio, en la dulzura y en el espíritu. Guardaba ejemplar silencio y recogimiento, abstinencia y templanza en la comida, ayunaba, maceraba su cuerpo y crecía de día en día en todo género de virtudes. Á los 32 años se ordenó de sacerdote, y fué tan fervoroso en el santo sacrificio, que acostumbraba decir con frecuencia: *El sacerdote que diciendo misa todos los días no se halla mejorado y mas adelantado en la virtud, está muy malo.* Su predicación era la de los Ambrosios, Crisóstomos y Bernardos. Oía en confesión á todas las gentes, y á todas ayudaba á llorar sus culpas entrándolas en los caminos de la penitencia; adelantó extraordinariamente en la reforma de las costumbres; parecía un ángel en el convento y un apóstol enviado del cielo en la ciudad. Fué prior de varios conventos, y provincial primero de la provincia de Andalucía y después de la de Castilla. Cuantos le trataron no acababan de ponderar el sufrimiento y la mansedumbre con que llevaba las imperfecciones de todos, y la particular gracia y don del cielo que tuvo en saberse acomodar á todos y en medirse con cada uno, como Eliseo, para darles la vida espiritual. Con su ejemplo y gran prudencia iba por los conventos ganando muchas almas caídas, obligándolas á servir al Señor en santidad.

Sabedor el emperador Carlos V de su mucha religión y prudencia, de su caridad, celo y demás cualidades sacerdotales, le nombró arzobispo de Granada. Pero fueron tales las razones

que expuso la humildad de nuestro santo para eximirse de aquella carga, que el monarca vino en admitirle la renuncia. Ne sucedió así cuando fué propuesto para el arzobispado de Valencia. Dios le tenía destinado para que floreciese en aquella diócesis como una palma de santidad, y no hubo remedio, su provincial le mandó que aceptase aquel cargo apostólico y le desempeñase como lo manda san Pablo, y así lo hizo. Se consagró de obispo en Valladolid, y al punto partió á Valencia que, como Jerusalem, había llegado á un estado tan lastimoso, que necesitaba, para no ser confundida como Sodoma y Gomorra, de un Jeremías que animado de un celo santo hiciese hablar á las lágrimas y á los ejemplos de santidad heroica para ablandar la dureza de los corazones, hacer frente á la relajación, corregir, enmendar y dirigir á las almas por la senda recta de la virtud. Valencia como Neocesarea, Milan y Constantinopla, necesitaba de un obispo parecido á los Gregorios, Ambrosios y Crisóstomos, y Dios en su misericordia se le concedió dándole al esclarecido y admirable santo Tomas de Villanueva. Este ejemplar de penitencia, de humildad, de celo activo y de caridad ardiente llegó á Valencia como un ángel de paz, anunció á todos la salud del cielo, trabajó como fiel siervo del Señor en la viña que se le confió, convirtió multitud de pecadores, hermosteó su diócesis con los justos fervorosos que se formaron en su escuela, exterminó los vicios, hizo florecer las virtudes, fué como Timoteo y Tito fiel observador de los preceptos que intimó san Pablo á los obispos, é hizo tan buen uso de los bienes de la gracia con que le enriqueció el cielo, que bien puede asegurarse que al dar cuenta de esta partida se halló en el caso de decir: Señor, muchos talentos me habeis entregado, pero veis aquí otros tantos que he grangeado con ellos. Al oír esto el dador de todo don perfecto y Dios de la santidad, declaró por siervo fiel á nuestro santo, le introdujo en la mansión de los gozos eternos, y dispuso que su memoria pasase en bendición por la carrera de los siglos con este lema glorioso: Conservó la ley del Excelso. *Conservavit legem Excelsi.*

Últimamente nuestro santo Tomas de Villanueva fué rico en bienes que se llaman de fortuna, puesto que el arzobispado de Valencia es uno de los mas ricos y opulentos de España. Pero ¿qué uso hizo de estos bienes? El que hace un fiel administrador de los que le confía su verdadero dueño con cuenta y ra-

zon. Díganlo los valencianos; hable Paulo V, que al beatificar á ese santo arzobispo mandó que en todos sus retratos se le pintase con una bolsa en la mano y rodeado de pobres; vengan aquí los ocho mil y quinientos necesitados que regaron con sus lágrimas la gloriosa tumba del santo ya difunto, y no falten las autoridades, los sabios, ni los que entienden de piedad, y todos nos dirán que santo Tomas de Villanueva fué un pobre evangélico por derramar el bálsamo de su misericordia sobre las llagas de la pobreza de sus ovejas; que muy instruído en los concilios y constituciones apostólicas, decia con frecuencia que las rentas de los obispados no son del dominio de los obispos; que estos son meros administradores, y que cuando con ellas socorren á los pobres, no hacen precisamente una obra de misericordia, sino que pagan una deuda de justicia, como lo decia el gran padre san Gregorio: *Justitiæ debitum potius solvimus, quam misericordiæ opus implemus*. Bien convencido nuestro santo de esta obligacion: sabiendo, como sabia, que las obras de misericordia forman en parte el carácter de los discípulos de Jesus, y que dirigidas por la caridad son propias de los hijos de la gracia: habiéndose propuesto desde su niñez seguir las máximas cristianas y pelear con valor y constancia para humillar y tener á sus piés el infernal espíritu del mundo que todo lo subvierte y trastorna: abriéndose camino la religion por entre las mas densas tinieblas, y oyéndose su voz apacible aun en el mayor estruendo de ese mundo estrepitoso que todo lo mete á barullo, porque no se perciba su sinrazon: dirigido en fin por la gracia que le confortaba: ¿no habria de hacer buen uso de los bienes de fortuna que puso en sus manos el Señor de todo lo criado para que con ellos socorriese las necesidades, edificase al mundo, ganase almas para el cielo y asegurase su propia salvacion? Ahora deberia principiar mi sermón para referiros los prodigios y maravillas que obró la caridad de santo Tomas de Villanueva con los pobres y necesitados. Aquí deberia yo extenderme sobre la paternal solicitud con que averiguaba la necesidad y penuria de sus ovejas para correr á remediarlas; sobre la vida pobre llena de escaseces y privaciones que tenia el santo prelado por acudir con sus rentas al alivio del rebaño que debia alimentar, y sobre el espíritu de piedad con que, imitando al Redentor, atendia á los que lo necesitaban. Pero son demasiado públicos los hechos misericordio-

sos del esclarecido arzobispo de Valencia, la fama se ha encargado de conservarlos frescos en la memoria de los fieles, vosotros los habeis oído repetidas veces, los sabeis muy bien, y yo solo podré deciros, que si Jesucristo siendo rico se hizo menesteroso, para que con sus faltas nos enriqueciésemos nosotros, como lo dice el Apóstol, esto mismo lo hizo este santo prodigioso, de quien con verdad puede decirse: que fué el mas pobre de su arzobispado, pues que por huir del vicio de la propiedad tan contrario á pobreza monástica que habia profesado, hizo cesion de su misma cama, pidiendo por el amor de Dios que se la prestasen para morir en ella. Usó pues este santo de los bienes de fortuna que le confió el Padre celestial, segun los preceptos evangélicos; agenció con ellos un caudal copioso de virtudes y se halló en disposicion de decir al Señor como los siervos fieles de que nos habla Jesucristo: « Señor, muchos bienes de fortuna me habeis dado para negociar con ellos mi propia salvacion; os los devuelvo mejorados, y os pido la recompensa que habeis ofrecido á los que son fieles en lo poco, constituyéndolos dueños sobre lo mucho.» No faltaron las promesas infalibles del Dios de la verdad. Se dió por satisfecho con la cuenta que le dió su fiel siervo de los bienes de naturaleza, de gracia y de fortuna con que le habia enriquecido, y le premió con la gloria eterna que tiene prometida á los que huyendo del mundo, de sus pompas y vanidades, siguen á Jesus por los caminos de la cruz en que abunda la gracia, florecen las virtudes y se halla la verdadera santidad y grandeza. Santo Tomas de Villanueva fué un santo esclarecido, porque no prestó sus oídos á los engañosos silbidos de ese mundo pervertido, hijo del error, de la mentira y del pecado: porque su conversacion, su vida y sus costumbres jamas se conformaron con el espíritu de altivez y de soberbia de los hijos del siglo, como lo manda san Pablo: porque unido en caridad con su Dios, no tenia otra voluntad mas que la de Dios mismo; porque, en una palabra, siempre conservó la ley del Excelso. *Conservavit legem Excelsi.*

Ahora bien, amables oyentes: el Omnipotente nos presenta á este admirable santo para que le miremos como á nuestro padre, como á nuestro maestro, como al ejemplar y modelo de las virtudes cristianas que deben santificarnos; y si queremos salvarnos, tenemos necesariamente que divorciarnos con el

mundo, huir de sus prácticas, usos y costumbres, adherirnos con todas las veras de un corazón contrito y humillado á los preceptos evangélicos, y conservar la ley santa del Señor. No hay medio. O seguir al mundo, y condenarse : ó imitar al glorioso santo Tomas de Villanueva en sus virtudes, y merecer que nuestro Redentor nos declare siervos fieles dignos de entrar á ser felices en los gozos eternos. Esta es la alternativa que nos propone nuestra santa y adorable religion. Escoged : y una vez que celebráis con tanta solemnidad la memoria del héroe de vuestra devoción, el glorioso santo Tomas de Villanueva, acudid á su protección, invocadle en vuestras necesidades, pedidle que os alcance la gracia de conversión y penitencia que hace santos de pecadores, procurad imitarle en sus virtudes, preparaos con obras de piedad y misericordia para dar cuenta al Señor de los talentos que os ha entregado, para que negociéis con ellos vuestra salvación, y esperad con confianza la hora en que el Juez de vivos y muertos os diga : *Venid, benditos de mi Padre, venid á poseer el reino de los cielos, que á todos deseo. Amen.*

SERMON

DE SANTO TOMAS DE VILLANUEVA.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

Ipsa erat lucerna ardens et lucens.

Él era una antorcha que ardia y alumbraba.

S. Juan, c. 5. v. 35.

De poco ó nada sirve la ciencia que infla, si falta la caridad que edifica. La erudición mas profunda, la mayor extensión de ideas, el ingenio mas brillante, la mas viva y ardiente imaginación, son cosas despreciables á los ojos de Dios, si el corazón no está animado é inflamado de aquel amor que santifica los talentos, haciéndolos dóciles á la iglesia y útiles al estado. La ciencia sin caridad solo produce sabios orgullosos y astros errantes, maestros del vicio y del error. En efecto, por mas que el antiguo paganismo y el nuevo filosofismo de nuestros días lúgubres hayan hecho y hagan ostentación de sus pretendidos sabios, si los examinamos de cerca, los hallamos envueltos en las mas espesas tinieblas de ignorancia en materia de religion y de costumbres. Semejantes á esos fuegos fatuos que durante la noche brillan sobre el borde de los precipicios, sus luces solo pueden servir de conducir á su eterna perdición y ruina á los que temerariamente los sigan.

Pero la caridad con la ciencia producen en la sociedad sabios humildes, defensores de la verdad y de la virtud. Los doctores de la iglesia y sus prelados santos han acreditado en todo tiempo esta verdad. La caridad misma que abrasaba su corazón iluminó á los fieles. Su sabiduría era una luz brillante por la vivacidad de su amor, y resplandeciente por el esplendor de su doctrina : *ardens et lucens.*

mundo, huir de sus prácticas, usos y costumbres, adherirnos con todas las veras de un corazón contrito y humillado á los preceptos evangélicos, y conservar la ley santa del Señor. No hay medio. O seguir al mundo, y condenarse : ó imitar al glorioso santo Tomas de Villanueva en sus virtudes, y merecer que nuestro Redentor nos declare siervos fieles dignos de entrar á ser felices en los gozos eternos. Esta es la alternativa que nos propone nuestra santa y adorable religion. Escoged : y una vez que celebráis con tanta solemnidad la memoria del héroe de vuestra devoción, el glorioso santo Tomas de Villanueva, acudid á su protección, invocadle en vuestras necesidades, pedidle que os alcance la gracia de conversión y penitencia que hace santos de pecadores, procurad imitarle en sus virtudes, preparaos con obras de piedad y misericordia para dar cuenta al Señor de los talentos que os ha entregado, para que negociéis con ellos vuestra salvación, y esperad con confianza la hora en que el Juez de vivos y muertos os diga : *Venid, benditos de mi Padre, venid á poseer el reino de los cielos, que á todos deseo. Amen.*

SERMON

DE SANTO TOMAS DE VILLANUEVA.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

Ipsa erat lucerna ardens et lucens.

Él era una antorcha que ardia y alumbraba.

S. Juan, c. 5. v. 35.

De poco ó nada sirve la ciencia que infla, si falta la caridad que edifica. La erudición mas profunda, la mayor extensión de ideas, el ingenio mas brillante, la mas viva y ardiente imaginación, son cosas despreciables á los ojos de Dios, si el corazón no está animado é inflamado de aquel amor que santifica los talentos, haciéndolos dóciles á la iglesia y útiles al estado. La ciencia sin caridad solo produce sabios orgullosos y astros errantes, maestros del vicio y del error. En efecto, por mas que el antiguo paganismo y el nuevo filosofismo de nuestros días lúgubres hayan hecho y hagan ostentación de sus pretendidos sabios, si los examinamos de cerca, los hallamos envueltos en las mas espesas tinieblas de ignorancia en materia de religion y de costumbres. Semejantes á esos fuegos fatuos que durante la noche brillan sobre el borde de los precipicios, sus luces solo pueden servir de conducir á su eterna perdición y ruina á los que temerariamente los sigan.

Pero la caridad con la ciencia producen en la sociedad sabios humildes, defensores de la verdad y de la virtud. Los doctores de la iglesia y sus prelados santos han acreditado en todo tiempo esta verdad. La caridad misma que abrasaba su corazón iluminó á los fieles. Su sabiduría era una luz brillante por la vivacidad de su amor, y resplandeciente por el esplendor de su doctrina : *ardens et lucens.*

Entre estos hermosos luminares de la iglesia merece muy distinguido lugar santo Tomas de Villanueva, cuya memoria celebramos. Fiel discípulo de los Crisóstomos, Naciancenos, Ambrosios, Agustinos, y sobre todo del supremo de los pastores Jesucristo: 1.º Edificó á la iglesia con su caridad. 2.º La iluminó con su doctrina: dos breves reflexiones que dividen justamente la materia de su elogio, dignas de esta cátedra, de vuestras atenciones y de mis endeblen conatos. Ayudadme todos á pedir las luces del Espíritu santo postrándoos con sumision y rendimiento ante aquel augusto y soberano Señor sacramentado, principio, fuente y origen de toda gracia. *Ave María.*

El fuego del amor de Dios y de su caridad con el prójimo, que abrasó el corazon de Tomas desde su tierna infancia, animó en lo sucesivo sus palabras, sus obras y sus escritos. La caridad de Jesucristo dirige todas sus acciones, y á ellas consagra todos sus trabajos. Hijo de padres no ménos recomendables por su piedad que por su sangre, y educado en el santo temor de Dios, se propuso desde sus primeros años ofrecerle su amante corazon en holocausto y sacrificio.

Como el Señor le eligió para antorcha brillante de su santuario, le previno desde luego con bendiciones de suavidad y de dulzura, y con dones singulares de naturaleza y de gracia, para hacerle capaz de los altos fines á que le destinaba. Su carácter benéfico, afable, dócil, obediente á sus padres, lleno de respeto á los mayores y de mansedumbre para con los iguales, le hacian apreciable á la sociedad. Su aplicacion al templo, su adhesion á las obras de misericordia, su ternura y frecuencia en la oracion, su modestia en acciones y palabras, sus expresiones de edificacion, le hacian pasar por un ángel en carne humana, como á otro san Luis Gonzaga.

Con la edad crecian á proporcion sus ardientes deseos de emplearse únicamente en el servicio de Dios. Cristo crucificado fué siempre su libro abierto. Aquí aprendió aquella rendida humildad que le hacia considerarse como el ínfimo de los hombres y el mayor de los pecadores. Aquí aprendió el desprecio de todo lo mundano, para buscar únicamente los bienes eternos. Aquí leía continuamente los inefables caracteres de aquella divina y ardiente caridad que le condujo á derramar

por la salud del hombre hasta la última gota de su sangre. De su costado abierto veía salir aquel fuego divino que vino á traer al mundo para que ardiese sin cesar en el corazon de todos sus hijos. Desde esta cátedra del amor de Jesucristo oyó una dulce y penetrante voz, que como en otro tiempo al grande Antonio y al serafín Francisco, le decia: el que quiera venir detras de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame. Tomas oye la voz de Dios como otro Samuel, y obedece como otro Pablo.

En efecto, cual ciervo herido, que busca con lijereza las fuentes de las aguas, huyendo del tumulto del mundo y de sus vanidades, se dirige Tomas con pasos de gigante á buscar asilo entre los eremitas del gran padre Agustino. Viste con edificacion su santo hábito, y profesa su sagrada regla en el año mismo en que el pérfido Lutero apostató de su religion y de la iglesia.

¡Qué sacrificio, señores, qué holocausto ofrece en esta ocasion Tomas, tan agradable al cielo! Desde este momento se considera como un hombre nuevo, que despojado del viejo Adán, se reviste de Jesucristo. A este mira como su única herencia; y su conversacion, á imitacion de san Pablo, es con el cielo. Ensayó un género de vida austera, mortificada, penitente. La oracion, el ayuno, la disciplina, el cilicio servian á Tomas de ejercicio continuo para domar su cuerpo y reducirle á servidumbre á imitacion del Apóstol, y como un escudo inexpugnable contra los ataques del comun enemigo, que le hacia la mas cruda guerra. El celo de la honra de Dios y la caridad con sus hermanos le devora, y obtenida licencia de sus superiores, sale á evangelizar el reino de Dios.

¿Mas quién será capaz de reducir al compendio de una breve oracion los esfuerzos de su celo y de su misericordia? ¿Qué solicitud igual á la de un hombre que pasaba el dia en el trabajo y la noche sin reposo; que pasaba por sí solo á predicar al pueblo, á catequizar los rudos, á dirigir los perfectos, al socorro de los pobres, al alivio de los enfermos? ¿Quién está doliente, decia con san Pablo, y yo no me abraso? ¿Quién con necesidad, quién herido, y no le alivio como piadoso samaritano? ¡Qué hermosos fueron, mi Dios, los pasos de este evangelista de la misericordia y de la paz! ¡De cuánto provecho no sería su ministerio en España en estos dias lúgubres, para im-

poner silencio á tanto impío que pretenden arruinar la iglesia y el estado por sus mas profundos cimientos!

Pero tanta luz no pudo estar oculta mucho tiempo sin ministerio público. Como Dios le destinaba al candelero de su iglesia, movió el ánimo de Carlos V, justo apreciador del mérito de los sugetos y celoso defensor de la iglesia católica, á presentar á Tomas para arzobispo de Granada. Mas no fué posible reducirle á su admision. Protestó con humildad ser inepto para el ministerio, é indigno de tan sublime dignidad. ¡Felices tiempos aquellos en que los empleos buscaban á los hombres mas dignos, y en que estos se excusaban por humildad, creyéndose incapaces de su desempeño!

Mas estaba de Dios que Tomas luciese con esplendor sobre el candelero de su iglesia, para ejemplar de pastores caritativos. Vacó á poco tiempo el arzobispado de Valencia, y nuestro santo es obligado á su admision por obediencia. Hé aquí cómo el Señor le proporciona cierta especie de fruicion en derramar á manos llenas la limosna. La misericordia con los pobres, que habia crecido con él desde su infancia, era, para decirlo así, su virtud característica y favorita; pues la herencia toda de sus padres y cuanto adquirió durante su larga vida lo distribuyó en limosnas. Las gruesas rentas de su mitra, de que tanto murmuran nuestros liberales ó libertinos, porque las apetecerian para sí, no tuvieron otro destino.

Considerándose como Job por padre de los pobres, no solo les daba lo que tenia, sino tambien lo que no tenia, á imitacion de san Ambrosio; es decir, que estaba siempre abrumado con deudas por alimentar á los necesitados. ¿Cuántas veces no consiguió del Señor que multiplicase los panes como en el desierto, y llenase de trigo los alfolíes que acababan de evacuar los pobres? ¿Pero qué digo? ¿Ignorais por ventura, que hasta la cama en que murió la habia dado poco ántes de limosna, y que no se tranquilizó hasta saber de su mayordomo haberse ya repartido el último maravedí á los pobres de Jesucristo? Tal era el ardor de misericordia y caridad que abrasaba su corazón: *erat lucerna ardens*. Ni fué inferior el esplendor de su doctrina: segunda reflexion, que paso á exponer con brevedad.

El principio de la sabiduría, dice el Espíritu santo, es el temor de Dios. Apoyado Tomas sobre este sólido fundamento, manifestó desde luego señales nada equívocas de su disposi-

cion para las ciencias. Dotado por el Señor de un ingenio singular, de una viveza extraordinaria, de un talento profundo, dió bien presto á conocer que estaba destinado para vaso de eleccion y de sabiduría: bien presto aprendió las primeras letras y los arcanos misterios de nuestra religion. Conociendo sus padres las brillantes disposiciones de Tomas para las artes y ciencias sublimes, y deseando fuese útil á la iglesia y á la patria, le enviaron al colegio mayor de san Ildefonso, fundado poco ántes en Alcalá de Henáres á expensas del célebre cardenal Jiménez de Cisneros, para que se instruyese en estudios mayores. Aquí empezó Tomas á desplegar sus luces y á difundir los rayos de su rara elocuencia, aventajándose en breve, como otro Saulo, á todos sus coetáneos, no solo en las ciencias sublimes, sino tambien en la de la salud.

La temprana muerte de su padre le hizo volver á Fuenllana su patria. Mas concluído el funeral, y repartida su herencia toda á los pobres, vuelve Tomas al colegio, concluye la carrera de los estudios; y al punto es destinado por el claustro á enseñar filosofia en aquel emporio de las ciencias. A poco tiempo fué llamado por la universidad de Salamanca á enseñar la teología. En estos dos célebres teatros de las ciencias, admirados á la sazón del orbe literario, explanó estas facultades con aprovechamiento de los discípulos y asombro de aquellos consumados maestros, que tanto esplendor dieron en el siglo XVI á la iglesia de España y al estado. Pero al mismo tiempo pedia Tomas al Señor con suma instancia, y la humildad mas profunda, la ciencia de los santos.

Agitado de estos ardientes deseos, emprende la generosa resolucion de huir del mundo, de sus aplausos y vanidades, y buscar asilo, como he dicho, entre los hijos de Agastino, familia esclarecida que bajo la regla y proteccion de tal padre, ha dado tantos mártires, confesores y vírgenes al cielo, tantos pontífices á la iglesia, tantos teólogos á los concilios, tantos sabios al orbe literario, tantos triunfos á la religion, tantos héroes al estado; dignos hijos de tan ilustre padre. Tomas medita sus admirables escritos; se aplica con tesson á imitar sus virtudes y su celo por la religion; declara cruda guerra á la herejía é impiedad; predica oportuna é importunamente, segun el precepto del Apóstol, contra el error y la relajacion de las costumbres.

Demóstenes y Tulios, ¿cuándo vuestra elocuencia logró semejante séquito? Los templos y las plazas eran estrecho ámbito al concurso de los oyentes de Tomas, que interrumpian á veces la oracion con sollozos y gritos de penitencia. Su profunda erudicion en la Escritura, en la tradicion, en los concilios y en los padres, la gravedad de sus sentencias, junto con la dulzura y energía que Dios habia depositado en sus labios, le hacian triunfar del corazon mas obstinado. ¿Qué de herejes no convirtió á la fe? ¿qué de mahometanos al seno de la iglesia? ¿qué de pecadores á verdadera penitencia? La usura, el dolo, la rapiña, la maledicencia, la injusticia, los odios, la mala fe, la impostura, los escándalos, desaparecen fugitivos al oír el eco de su voz, animada por el espíritu de Dios. Gemirás cada dia, horrible iniquidad, cuando se presente á tu memoria ese tu irreconciliable enemigo.

¿Cuánto no trabajó de palabra y por escrito, por renovar la hermosa faz de la iglesia de España con sus colores primitivos? Castilla la Vieja y Nueva, ó por mejor decir, el reino casi todo oyeron con edificacion á este varon apostólico de los últimos siglos. Todo el tiempo de sus prelacías en la órden y los once años que tuvo á su cargo el arzobispado de Valencia, los empleó en un continuo apostolado para responder á Dios de su grey. ¿Qué de sínodos no celebró para reforma del clero y de los pueblos? ¿qué de instrucciones pastorales para arreglo de las costumbres y exterminio de los vicios? ¿qué de sermones no predicaba diariamente para intimar el amor de Dios y el precepto de la limosna? Varias de sus obras que conservamos en el dia con veneracion son testimonio auténtico de estas verdades; y miéntras duraren los anales de la iglesia admiraremos á santo Tomas de Villanueva como un hermoso luminar que la hizo resplandecer con su caridad ardiente y con sus luces: *ipse erat lucerna ardens et lucens.*

He aquí, amados oyentes, un rudo bosquejo de vuestro padre y titular. Su vida desde su tierna infancia hasta el fin de sus felices dias fué un continuo ejercicio para la bienaventuranza. El amor de Dios y la caridad con el prójimo, en que consiste toda la ley de Jesucristo, fué el único objeto de sus operaciones y el blanco de sus admirables luces. Si os gloriais pues de tal padre, imitad sus virtudes. Arda vuestro corazon en el amor de vuestro patrono; y si vuestras manos no pueden

ser tan francas como las de Tomas para alivio del pobre, ni vuestras luces difundirse para instruccion del pueblo, ayudad á todos con vuestras fervorosas oraciones.

¡Vos, Señor, sacerdote santo, cordero inmaculado, que quitas los pecados del mundo; caridad por esencia y bondad por naturaleza, arrojad ya sobre nosotros una mirada favorable! Cese por vuestra misericordia el bien merecido castigo de nuestras culpas. Pecamos, hemos cometido iniquidades, hemos abusado de vuestra paciencia: pero estamos, Señor, arrepentidos, y volvemos como hijos pródigos á implorar vuestra clemencia. Aplicadnos vuestra infinita misericordia. Confesamos no ser dignos de ella; mas sois nuestro Padre: usad con nosotros de vuestra bondad. No veamos ya, Señor, entrar en vuestros templos incircuncisos de corazon que los profanen, que os ultrajen y se burlen de vuestra augusta religion y sacramentos. Moved, Señor, nuestros corazones, atraedlos con vuestra voz fuerte y penetrante, para que os conozcamos y confesemos que solo á vos se debe el honor, la virtud, la gloria, la fortaleza y la accion de gracias por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

PARA EL DIA

DE SAN TORCUATO,

PATRONO DEL OBISPADO DE GUADIX.

(DE BOCANEGRA.)

Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus.

Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre y á su madre, á su mujer y á sus hijos, á sus hermanos y hermanas, y aun á su vida misma, no puede ser mi discípulo.

S. Lucas, c. 14. v. 26.

Admirable serie de circunstancias teje hoy Cristo en nuestro Evangelio, para constituir á un hombre en el feliz estado de discípulo suyo. Dice que si alguno quiere aspirar á esta excelencia, ha de aborrecer á su padre y á su madre, á su mujer y á sus hijos, á sus hermanos y hermanas, y últimamente (para privarle de todo amor) dice que hasta su misma vida ha de proli-tuir. Nada ménos pide su Majestad para este título honroso, que es propio blason de los que todo lo renuncian por seguirle: y así el que de esta forma no aborreciese, no podrá tener lugar en esta clase.

¿Pero habrá, Señor, algun hombre tan animoso que pueda hacer ese sacrificio? ¿Habrá quien forcejando con toda la oposición de la naturaleza, con los estímulos del parentesco, con los halagüenos atractivos del amor natural, pueda conseguir tal triunfo de sí mismo? Parece que en el presente estado de la naturaleza humana, en el que dominada por la culpa del pri-

mer hombre se halla tan débil para el bien, es demasiado pedirle una heroicidad tan ajena de su actual constitucion.

Pero no os asusteis, hijos míos, al ver que sois ineptos para tan grande hazaña como la que Cristo os pide hoy para entrar en su escuela. Como en la casa de su Padre, que es la otra vida, hay diversas mansiones; así en la suya de este mundo hay diferentes clases. Una es de los que llama para guardar sus preceptos: otra de los que escoge para seguir sus consejos. Una de los que abrazan la vida comun, que no reprobó su Majestad, ántes la autorizó y practicó: otra de los que aspiran á la mas alta y singular, que pide en los que la eligen mayor desasimiento y desnudez. En la primera está el comun de los cristianos; y para serlo basta ser obedientes y humildes. En la segunda están los campeones, como son los apóstoles, y todos los que siguiendo sus mismas huellas se empeñaron con valentía en imitar sus hazañas.

De esta clase fué nuestro glorioso patrono, de quien hoy celebramos el dia y á quien consagramos la presente fiesta. ¿Os parece si se apropian bien á Torcuato todas las calidades de especial discípulo de Cristo? ¿Le falta algo á vuestro entender para serlo de superior orden? ¿Podrá ponerse en el número de los apóstoles mas elevados, de los caudillos mas insignes, de los maestros mas eminentes? Confieso con ingenuidad que no hallo motivo para negarle este honor. Y si no, decidme: ¿á quién hasta ahora se comunicó en mas alto grado la virtud de plantar la fe y sembrar el Evangelio? Leed las Actas, desenvolved los fastos, consultad los martirologios, y hallaréis que ninguno excedió á nuestro santo, ni en la gracia de enseñar, ni en la fuerza de persuadir, ni en el celo de instruir, ni en el suceso de convencer.

Apénas oyó el Evangelio por el ministerio de Santiago, nuestro comun patrono, cuando poniendo en accion toda la luz, que desde entónces le comunicó el divino Sol de justicia Cristo, empezó este guerrero á ejercitar su apostolado; y buscando la gloria del Señor en la conversion de las naciones, corrió infatigable toda la tierra, hasta que arribando á nuestro país, donde le estaba destinada su silla, conoció que este rebaño era el que ya debia cultivar, y donde principalmente habia de emplear su sudor. Este pues muchas veces feliz y en todos modos afortunado terreno, fué el que eligió para cátedra nuestro santo, donde

por superior instinto hizo su principal asiento, y del que quiso ser particular patrono; santificándolo con sus pisadas, beneficiándolo con su riego, ilustrándolo con su doctrina y consagrándolo con su martirio.

Así plantó Torcuato esta santa iglesia; pues para merecer el título de apóstol y patrono suyo era menester que la esmaltase con su sangre, ya que la había regado con su sudor. Para adquirir derecho de patronato en alguna iglesia son menester, según los teólogos y canonistas, dos indispensables circunstancias: fundación y dotación; y habiendo de hacer especial asunto del patronato de nuestro santo, oiréis hoy cómo fundó la iglesia de Guadix y cómo la dotó: dos puntos que dividirán la idea, y para cuya expresión es menester mucha gracia. Pidámosla, y sea por medio de la Virgen nuestra señora, saludándola con el ángel y diciéndola: *Ave María*.

PARTE PRIMERA.

Que sea nuestro san Torcuato primer fundador y erector de la iglesia de Guadix, es una cosa ya tan supuesta en la historia eclesiástica de España, que nadie se atreverá á ponerlo en duda. Pero para que la gloria de nuestro santo tenga todos los esmaltes que corresponden á su mérito, desenvolvamos las circunstancias de esta fundación, y veamos cómo se condujo este gran gigante de la gracia en su principio, progreso y fin.

Eligió pues el Señor á Torcuato para que fundase esta iglesia: convirtiéndole, según no vulgar conjetura, en Zaragoza su patria por el ministerio de Santiago el Mayor, nuestro comun apóstol: de aquel Santiago digo que se apellida en la Escritura Hijo del Trueno; pues un héroe que se destinaba á tan difícil conquista, no debía recibir la luz de otro que de un rayo. Fué pues Santiago el Mayor el Elías de este Eliseo, á quien se comunicó para la predicación un doble espíritu; ó un Ananías, á quien como otro Pablo fué enviado de Dios nuestro patrono para saber sus fines y recibir sus leyes. Intimósele que era un vaso de elección escogido por la Providencia para llevar el nombre de Cristo delante de los soberanos. ¿Y qué os parece que haría este nuevo discípulo luego que entendió su vocación? No se escondió como Jonas, cuando se le mandó ir á predicar

á los ninivitas: no se encogió como Moises, cuando se le ordenó ir á librar los hebreos: no representó su pequeñez como Jeremías, cuando se le intimó ir contra la casa de Judá; sino mostrándose dócil y pronto como Abrahán cuando se le mandó salir de la ciudad de Ur, sin oposición, sin dificultad, sin resistencia dejó su patria, sus parientes y todo cuanto tenía, y ejecutó prontamente las órdenes de Dios. Así mereció como Abrahán las bendiciones celestiales, y que su semilla se multiplicase como las estrellas.

Contemplad al santo Abrahán dejando su país á la mas leve insinuación de Dios, y caminando hácia donde él le llamaba, sin rumbo, sin destino y sin objeto; y vereis con cuánta razón le veneran los siglos por un héroe grande, por un patriarca y por un hombre destinado desde el principio para que fuese padre de la fe. Sal de tu tierra (1), le dice Dios, olvida tu patria, niega tu sangre, renuncia tu familia, y ven á un sitio que yo te mostraré, el cual has de santificar con tus ejemplos, y has de instruir en la fe de tu Dios. Pues ved aquí casi á la letra lo que intimó después el Evangelio á san Torcuato, y con cuya pronta ejecución mereció el nombre de especial discípulo de Cristo; pues obedeciendo la orden no con ménos prontitud que Abrahán, inmediatamente dejó su tierra, olvidó su casa, abandonó su familia, y se dispuso á caminar hácia donde él le condujese. ¡Qué conformidad tan prodigiosa entre Torcuato y Abrahán! ¡Y qué admirable similitud entre una y otra vocación! O parece que san Lucas formó este Evangelio por el Génesis; ó que el Génesis fué un anticipado Evangelio.

Y ved aquí ya á nuestro santo glorioso escogido con especial cuidado para que fundase esta iglesia, para que plantase en ella el Evangelio, y para que testificase la verdad en este país inculto, donde reinaba el engaño, y no se conocía al verdadero Dios. Solo esto, oyentes míos, era sobrada materia de su elogio; porque decir que Torcuato fué un hombre escogido de Dios para dar testimonio de la verdad, y plantar en las naciones idólatras la verdadera fe, es con un golpe de pincel acabar su retrato, y con dos palabras solas hacer su panegírico; porque es decir que Torcuato encerraba aquella muchedumbre de talentos diferentes que pide un ministerio tan glorioso: es de-

(1) *Gen. c. 12. v. 1.*

cir que estaba lleno de virtud, de ciencia, de sabiduría, de fortaleza, de celo, de poder, de autoridad: es decir en fin que fué prevenido desde sus tiernos años de las luces mas vivas, de las prendas mas excelentes, de las calidades mas nobles.

Es verdad que Dios, cuya gracia, como dice san Pedro (1), tiene muchas formas y se comunica de modos diferentes, no siempre supone las mismas disposiciones y circunstancias en los sujetos que elige para sus fines. Sé muy bien que esta gracia se halla alguna vez sin talentos, y aun con disposiciones muy opuestas al ministerio para que Dios llama. A Moises le escogió para que llevase su palabra á Faraon y á los egipcios; y al mismo tiempo por una rara inescrutable providencia le entorpeció la lengua con que habia de predicar esa misma palabra. Jeremías fué enviado á predicar á las naciones, y á oponerse á toda la casa de Israel; y él mismo dice de sí ser todavía un niño que no sabia hablar. Los apóstoles fueron destinados á esclarecer, instruir y enseñar toda la tierra; y no obstante fueron unos hombres idiotas, rudos, terrestres y groseros, sin elocuencia, sin estudio, sin apoyo y sin autoridad. Conducta extraordinaria de Dios, dice san Agustin, á fin que por la desproporcion que hay entre los instrumentos de que se sirve y las cosas en que los emplea, se atienda mas á la luz de las verdades que nos propone, que al modo con que las anuncia.

Pero aunque esto sea así, no es dudable que estos mismos hombres, tan desproporcionados en su principio para las grandes obras de Dios, se elevan por su gracia á un grado de perfeccion tan eminente, que despues que son elegidos para algun oficio, nada les falta de lo necesario; y así esos mismos hombres que ántes de su vocacion eran en realidad ineptos, ignorantes y rudos, despues fueron por la gracia tan llenos de sabiduría, que admiraron las naciones, confundieron los filósofos y no hubo sabio en las universidades que no se rindiese á sus argumentos.

No se sabe hasta ahora si Torcuato ántes de su destino á la predicacion fué de la clase de los sabios ó de los ignorantes. Sabemos segun la expresada opinion (2), que fué un cesarAugustano ilustre, nacido en el gentilismo, y educado en sus errores; pero se ignora todavía si fué ó no hombre de escuela.

(1) *I. Petri c. 4. v. 20.* (2) *Caralaps. in Histor. Hologuer.*

Pudo estar adornado con las luces de la filosofia, con los primores de la retórica, con los principios de la matemática; porque con los engaños de la idolatría no estaban reñidos ni los elementos de Euclides, ni los descubrimientos de Aristóteles, ni las elegancias de Ciceron: y así nuestro héroe, aunque gentil, pudo ser muy consumado en todas las ciencias y artes. Pero en caso de no serlo (lo que no nos consta por la penuria de noticias), nada de eso le haria falta para cumplir su vocacion; porque aquel Señor que sabe cuando le agrada hacer elocuentes las lenguas de los niños (1), supuestas las congruas disposiciones y talentos, con que para este fin le prevendria su Majestad, sabria colmarle en un instante de tal suerte de sus celestiales dones, que podria decir de sí lo que Isaías dijo de Cristo: *Descansó en mí y sobre mí el espíritu de sabiduría y de entendimiento, el espíritu de consejo y de fortaleza, el espíritu de ciencia y de piedad, y finalmente el espíritu de temor de Dios* (2). De este modo formó el Señor el espíritu de Torcuato para fiarle tan grande empresa; y de este modo unió su espíritu con el de Cristo, para que comunicándolo con generosidad á los que habia de convertir por su predicacion, pudiese fundar en este país una iglesia que á todas excediese en la hermosura de la gracia, y en quien se deleitase Dios como en su esposa.

¿ Pero qué no costó á Torcuato esta plantacion ó este establecimiento? ¿ Qué no pisó de abrojos y de espinas? ¿ Qué no venció de dificultades? No cabe esto en la ponderacion, católicos. Un hombre solo, sin báculo, sin zurrón, sin calzado, sin vestido, entre una nacion bárbara y cruel, llena de supersticion y de engaño; ¿ qué no tendria que sufrir para su conquista? Nada hay tan admirable en la iglesia, dice san Juan Crisóstomo, como el modo de fundarla y plantarla (3). Doce hombres sin estudio, sin proteccion, sin valimiento, sin riquezas, fueron los que emprendieron una obra tan vasta. Dividiéronse los doce por toda la tierra: ¿ á qué? A anunciar una nueva doctrina, que combatia todas las otras; que desacreditaba todas las demas religiones; que derribaba los ídolos adorados en todas partes; que prohibia los excesos; que reprimia las pasiones; que refrenaba las costumbres; que mortificaba la carne; que trastornaba todas las cosas. Con estas circunstancias, todas tan notables como veis,

(1) *Psalm. 8. v. 3.* (2) *Isai. c. 11. v. 11.* (3) *Chrysost. t. 1. inít.*

¿no es digno de admirarse este establecimiento de la iglesia? Porque ¿cuánto costaría á los apóstoles tan difícil conquista? ¿Cuántas contradicciones sufrirían de los tiranos? ¿Cuántos combates de los poderosos? ¿Cuántas persecuciones de los ministros de los ídolos, cuyo culto iban á arrancar para plantar la verdadera fe? Pero estos ignorantes triunfan al fin de todas las coronas, desprecian el furor de los príncipes, se burlan de los verdugos, cierran la boca á los doctores, y atraen á sí la inclinacion de los pueblos: los mejores idólatras ceden á sus discursos, y todos se rinden al resplandor de sus milagros, haciendo triunfar maravillosamente la cruz, y que quedase Cristo reconocido por único y verdadero Dios.

¿Qué mejor dibujo puedo yo poneros á la vista para hacer os entender lo que trabajó Torcuato en la fundacion de esta iglesia? ¿Y qué mejor espejo os puedo proponer para que veais su conducta, su celo, su fortaleza, su constancia, su don de milagros y todas las demas perfecciones que deben adornar á un apóstol? Él desterró la idolatría de unos países cuyas gentes eran las mas tenaces y porfiadas en mantener el error de sus mayores: *Gentes veterum errorum alioqui tenacissimas* (1). Pues para esto, ¿qué dones de Dios no serian menester? ¿Qué milagros no convendría obrar? ¿Cuántas veces repetiría Dios por su mano el de que cayese fuego del cielo como en tiempo de Elías, para confundir los sacerdotes idólatras? ¿Cuántas el de abrirse la tierra, como cuando castigó Dios al rebelde Datan? ¿Cuántas el de dividirse el piélago, como cuando naufragaron los egipcios? A lo ménos de este último ya tenemos noticia en nuestras historias, como lo acredita el caso sucedido en el rio Fardes.

Todos lo sabeis. ¿Pues á quién no constará la entrada de nuestro santo y sus compañeros en la ciudad antigua á tiempo que los infieles hacian una fiesta á sus dioses (2)? ¿Quién ignora la persecucion que les movieron al verlos en tan desconocido traje? ¿La repentina ruina del puente tan famoso, despues de haberle repasado los nuevos peregrinos? La total destruccion de los idólatras, parte por las piedras, parte por las aguas? Y últimamente la conversion de la ciudad, á ejemplo de aque-

(1) *Offic. hujus diei excerpt. ex fragm. Complut.*

(2) *In eodem fragm. Complut. et in Offic. Sancti.*

lla noble senadora, que á vista del milagro se redujo prontamente á la fe? Nadie ignora esto, oyentes míos; pero yo os quiero ahora preguntar: ¿No es este otro suceso muy semejante al de Faraon? ¿No es idénticamente el mismo milagro que para defender á su pueblo obró Dios contra los egipcios, dejando pasar indemne por entre las aguas del mar á toda la casa de Israel, y anegando en las mismas todo el ejército de Faraon? ¿No pudo nuestro santo y sus compañeros quitar de la boca á María aquel cántico de accion de gracias con que entonó en la orilla opuesta el triunfo con que habia magnificado Dios su misericordia? *Cantemus Domino: gloriosè enim magnificatus est* (1). No tiene duda. Y si este prodigio tan asombroso se repitió en esta ocasion para gloria de san Torcuato y sus compañeros; ¿cómo no se repetirían otros muchos que fueron ostension del divino poder en todas las edades, para lograr el fin de fundar en el mundo una iglesia, que era mayor obra para Dios que el sacar á su pueblo por entre las ondas del mar? Mayor obra digo, oyentes míos, y creedlo así; pues era mas dura esclavitud la que padecian los gentiles en las manos de Lucifer, que la que sufrieron los hebreos bajo el imperio de Faraon.

En fin, repito lo que dije. Habia Dios escogido á Torcuato para fundar la iglesia de Acci: luego en esta misma eleccion le comunicó la gracia de milagros y todos los dones de espíritu que eran menester para tan grande empresa. Esto es, le dió la gracia de iluminar ciegos, de enderezar cojos, de levantar tullidos, de curar paralíticos, de limpiar leprosos, de resucitar muertos, de librar endemoniados; y así debemos decir que con este grande héroe no guardó el Señor aquel peso y medida que regularmente usa en la distribucion de sus dones. En el orden regular la Sabiduría divina reparte las gracias segun las diversas funciones á que destina los sugetos; por lo que á uno concede el don de ciencia, á otro el de entendimiento, á otro el de sabiduría y así de los demas. Uno recibe el don de fe para hablar á los hombres. A uno se comunica el don de discernir espíritus, á otro el de hacer milagros: á uno el de profecía, á otro el de revelacion; y en fin á cada uno distribuye su Majestad aquella gracia que conviene para sus ideas, y con que ha de conseguir

(1) *Exod. c. 15. v. 21.*

el bien de nuestras almas, que es el objeto de sus piadosas intenciones: *Unicuique datur manifestatio spiritus ad utilitatem*, que dijo el Apóstol (1).

Pero cuando Dios quiere hacer un hombre especial y capaz de los grandes designios que tiene sobre él, recoge y junta en uno solo todas las gracias y dones diferentes que tiene repartidos entre muchos; y haciéndolo todo con el peso y medida propia de su prudencia, le comunica el don de milagros, para forzar los infieles á abrazar una religion que ellos desprecian: el don de ciencia, para convencer con razones incontrastables á los incrédulos y libertinos: el don de fe, para que jamas titubee en las adversidades y contradicciones: el don de la palabra, para enseñar á los ignorantes y reducir los relapsos: el don de las virtudes, para edificar al pueblo con sus ejemplos: y así de otros particulares dones que reparte con discrecion la Sabiduría divina á estos hombres evangélicos, haciéndolos á un mismo tiempo obradores de milagros, predicadores, doctores, apóstoles, profetas, y aun podemos decir omnipotentes.

De esta clase es preciso decir que fué san Torcuato; porque para el alto destino que Dios le dió de fundador y apóstol: para la grande empresa de arrancar y plantar, de edificar y destruir, que es anexa indispensablemente á este ministerio, no bastó hacerle columna de hierro y muro de bronce, como á Jeremias: no dotado de una elegancia áulica, como á Isaías; no elevado á la alteza de las visiones, como á Ezequiel; fué necesario juntar en él todas las gracias y recoger en su espíritu todos los dones que estuvieron repartidos en todos los héroes: por eso dije al principio de este discurso que en el nombre de fundador está cifrada y compendiada toda la gloria de Torcuato. Pero pues ya hemos visto cómo mereció el título de patrono por la fundacion, veamos cómo lo adquirió tambien por la dotacion.

PARTE SEGUNDA.

A la accion de fundar se sigue la de dotar, como á la de criar la de conservar. Seria una fundacion muy imperfecta cuando no la acompañase una dotacion proporcionada: así como no

(1) *I. ad Corinth. c. 12. v. 7.*

hubiera andado Dios tan pródigo como era justo en la fundacion ó creacion del universo, si despues de haberle dado un ser tan portentoso y sacádole de la nada, no le hubiera provisto de su subsistencia, dotando todas las cosas de aquella admirable virtud con que conservan este ser, haciéndose por su armonia y conformidad único objeto de las complacencias de Dios: *Vidit Deus cuncta quæ fecerat, et erant valdè bona* (1). Bastaba esta bondad que vió el Señor en sus criaturas para hacer empeño de protegerlas y conservarlas; pero á mas de ser buenas, tenian tambien las circunstancias de propias; esto es, de ser hechuras de sus manos, y en cuya formacion habia empleado el trabajo de seis dias. Digo trabajo en la sana inteligencia que sabeis, y en el mismo sentido en que se dice de Dios que descansó: *El requievit Deus*.

Sobre este principio contemplemos ahora á san Torcuato despues de concluida y perfeccionada su fundacion. Su complacencia en la conversion de Luparia y de toda la ciudad á imitacion de esta senadora: la que despues le resultó de la pronta ereccion de templo y pila de bautismo (que fué la primera que hubo en este reino), todo á beneficio del primer milagro sucedido en el rio Fárdes, fueron solamente un preludio de las que habia de tener nuestro héroe, cuando llegase á la conclusion de esta obra, en que así le empezaba á asistir la gracia divina. Y así contemplémosle despues de aquellos penosos dias que gastó en abrir las zanjas de este edificio espiritual. De esta torre, digo, para la que pide tanta computacion de gastos nuestro Evangelio, y cuya edificacion confió Dios á nuestro santo con la seguridad de que la habia de concluir con el mayor honor: no permitiendo que los que le viesen emprender esta obra tan difícil pudiesen burlarse de él, diciendo que la habia llegado á empezar y no la habia podido consumir. Considerémosle despues de haber derramado tantos sudores, de haber sufrido tantas fatigas, de haber vencido tantas dificultades; y finalmente despues de haber superado tantos monstruos como en esta difícil conquista se opondrian á la introduccion de la fe, sin duda mucho mas voraces que los toros de la matrona Lupa, y que la serpiente del Padron, á quien amansó y venció nuestro santo y sus compañeros con

(1) *Genes. c. 1. v. 31.*

sola la señal de la cruz, matando á esta y obligando á aquellos á que uncidos sin resistencia á un carro, condujesen á Compostela el cuerpo del santo apóstol que habian traído de Jerusalem para darle sepulcro en nuestro país (1). O para decirlo mejor, contemplémosle despues de haber fundado para Dios un nuevo cielo y una nueva tierra, en nada inferior á la que en su Apocalipsis nos describe san Juan : *Vidi cælum novum, et terram novam* (2). No obra de seis dias, como la que expresa el libro del Génesis, sino de muchos meses y de muchos años : no extraída de la nada, que no pudo hacer resistencia al divino poder ; sino del albedrío humano, siempre rebelde al espíritu de Dios, especialmente en unos hombres idólatras, indóciles y tenaces, en quien cada progreso era un triunfo, porque cada paso era un peligro. Contemplemos pues así á este guerrero prodigioso, y veremos con cuánto empeño cuidaria de conservar su grey, y cuánta seria su complacencia al ver acabada esta fundacion. Á proporcion de este júbilo seria el dote con que la procuró asegurar nuestro santo.

Y cuál fué este? preguntaréis. Digo que este dote es la misma aplicacion y conato con que se empeña este gran fundador en ampararnos con su patrocinio. Y si no, decidme : ¿á qué atribuí las felicidades que gozáis? ¿á qué los bienes que poseéis? ¿á qué la oportunidad de las lluvias? ¿á qué la abundancia de las cosechas? ¿Quién media cuando Dios nos azota? ¿Quién como otro Moises detiene el brazo cuando nos castiga? ¿Quién nos libra de la hambre, de la langosta, de la enfermedad y otras plagas que suelen afligir nuestra region? Pues no es otro que san Torcuato, quien para eso nos dejó el dote de su patrocinio. Por esta causa quiso derramar su sangre en esta tierra y teñir con ella los postes de este edificio espiritual ; al modo que se hizo en Egipto con la sangre del cordero para librar á los israelitas del ángel exterminador (3). Á este fin tambien quiso que su sagrado cuerpo fuese sepultado cerca de esta ciudad, dándonos esa prenda segura de que siempre nos habia de proteger. Pues la sangre de este glorioso mártir y el sitio donde estuvo su sepulcro, han sido, son y serán el mayor escudo de su grey y el mejor lenitivo de la divina indig-

(1) Echever. *Hist. de S. Indal.* fol. 54. (2) *Apocal.* c. 21. v. 1.

(3) *Exod.* c. 12. v. 22.

nacion ; como lo son en Roma, segun el Crisóstomo para defender el romano imperio, los famosos sepulcros de san Pedro y san Pablo.

Sí, oyentes míos, creedlo así : porque ¿cómo no respetará Dios las cenizas de un mártir tan glorioso? ¿Cómo no se moverá á piedad al ver un monumento tan digno de respeto? Parece que oigo decir á Dios, hablando con nuestro santo, lo mismo que por boca del Crisóstomo decia á los apóstoles puestos en su sepulcro. Ea, Torcuato, rodea y fortalece tu ciudad, protege y patrocina esa nueva Sion (1) ; esto es, defiéndela con tus ruegos, socórrela con tus oraciones, abroquelala con tus súplicas ; para que si me enojo en algun tiempo y resuelvo destruirla por sus pecados, al ver tus sagradas reliquias y esas señales todavia sangrientas que me testifican tu amor, venza la misericordia á la ira, y atendiendo á tus intercesiones, suspenda la venganza contra tus clientes ; pues cuando veo llorar al sacerdocio y al reino, y que se acogen á tu proteccion, oponiendo á mis rigores tu sepulcro, al instante me compadezco y hago memoria de aquella mi voz paternal : *Protegam urbem hanc, propter David servum meum, et Aaron sanctum meum.*

Tanto como esto nos defiende el sepulcro de Torcuato ; que aun por eso nació en él aquella oliva, que es símbolo de la paz y misericordia (1). Y aunque no veais hoy repetido el admirable portento de florecerse y dar fruto en el dia consagrado á este glorioso mártir, no por eso imagineis que ya perdió su significacion esta oliva milagrosa. Siempre será nuestra defensa y siempre contendrá los rigores de la divina ira. Nuestros pecados la agostan, para que no florezca ni nos consuele ; pero siempre será iris de paz que nos libre de los enojos de Dios. En el sepulcro del santo tiene echada su raíz : pues á vista de esto ¿qué hay que temer? Siempre dará abundantemente el aceite de la caridad ; porque siempre nuestro santo será oliva fructífera en la casa del Señor.

Pero gran Dios, ¿por qué hemos de estar privados de tan preciosas reliquias, teniendo como tenemos tanto derecho á ellas? Si es dote nuestro, no solo la sangre sino tambien el cuerpo de nuestro santo, ¿por qué nuestra herencia ha de ha-

(1) *Urban VII in Orat. actionis gratiarum post miss.*

(2) *P. Florez. t. 7. c. 2.*

ber pasado á los extranjeros y hemos de carecer de tan rico tesoro? Todos lloramos como María al rededor de este sepulcro y decimos como ella: *Tulerunt Dominum de monumento* (1); pero no tenemos la fortuna que ella tuvo de encontrar lo que buscamos. Ella con su perseverancia y su llanto encontró por fin á su Señor, aunque en otra figura; pero nosotros por mas que busquemos y lloremos no encontramos á nuestro santo. ¿Qué es esto, Dios mio? ¿Por qué permitisteis este robo, para que ahora tengamos este desconsuelo?

Pero, oyentes míos, no os quejeis así, que es muy grave la causa que hay para que el cuerpo de nuestro santo descansa hoy en otra region. No llameis hurto á lo que fué justicia, ni deis el nombre de rapto á lo que hicieron por pura obligacion nuestros mayores. Una de las que tenian los clientes á sus padrinos, segun el derecho antiguo de los romanos practicado desde el tiempo de Rómulo, era el rescatarlos y ponerlos en libertad cuando estaban cautivos; y como por la inundacion general que padeció España de los sarracenos llegó á estarlo en efecto nuestro glorioso santo (2), fué preciso para desempeñar esta obligacion que sus clientes, en consecuencia del expresado derecho, procurasen sacarle de la esclavitud y restituirle á su primera libertad. Este es el motivo de que el cuerpo de nuestro santo esté hoy fuera de este hemisferio: y esta es tambien la razon de que sus fieles discípulos le sacasen de su sepulcro para trasladarle á otro depósito, llevando sus sagrados huesos á aquella tierra afortunada á donde los habia destinado la Providencia divina: al modo que los israelitas condujeron los del patriarca José á la tierra de promision, sacándolos para esto de la padecida cautividad (3); porque ni era conveniente que los huesos de José estuviesen entre los egipcios, ni que los de nuestro santo permaneciesen entre los moros. Pero no imagineis que la distancia de estos huesos disminuya un punto el patrocinio de nuestro santo, ni que por estar ya sin ellos su monumento deje Dios de sernos por él igualmente propicio. Desde todas partes nos defenderán y protegerán esas santas reliquias; porque en todas partes las mirará el Señor como nuestras, siendo el principal dote de esta fundacion que nos dejó Torcuato por su caridad.

(1) *Joann. c. 20. v. 13.* (2) *Florez, t. 5. de la Esp. sag. c. 5. § 2.*
 (3) *Ewod. c. 13. v. 19.*

Para que os persuadais de lo dicho y fundeis mas vuestra esperanza, sirvaos de estribo el siguiente suceso (1). Ya sabeis que el sitio adonde se trasladó el cuerpo de nuestro patrono fué la iglesia de santa Coloma, sita en el reino de Galicia, que como yacia allí cerca el del apóstol Santiago, era razon que no distasen entre sí mucho el discípulo y el maestro. Intentó san Rudesindo (cuyo era aquel territorio, ó por donacion real ó por herencia de sus padres) que se trasladase la sagrada urna á su convento de Celanova, así por la mayor decencia, como por tener mas inmediata tan preciosa reliquia. Mandó ponerla sobre un carro, al que se uncieron unos bueyes muy fuertes y de mucho poder; pero por especial providencia se mantuvo tan inmóvil la sagrada urna, que por mas que los bueyes tiraron, no la pudieron arrancar. No conociendo todavía el misterio, forzaron á los brutos con mayor estímulo para que moviesen el carro; pero ellos, quebrando á un tiempo las cuerdas con que estaban uncidos, se soltaron y huyeron precipitados á los montes. Admirado del suceso se puso en oracion san Rudesindo para saber del Señor cuál era su voluntad; y le dió á entender que Torcuato no queria desamparar aquella poblacion, donde se le habia dado tanto culto y donde habia encontrado tan buen alojamiento: por lo que ya que se trasladaban sus huesos á otro depósito, tenia por bien dejar allí su sepulcro, para que fuese á sus honradores de perpetuo amparo.

De hecho sucede así, oyentes míos; pues aquella urna sacrosanta es hoy todo el asilo de aquella tierra (2). No llega á ella algun afligido que no vuelva enteramente consolado. Los polvos que sacan de allí sus devotos, curan de innumerables accidentes, al modo que en los primeros siglos era el fruto de nuestra oliva el sanalotodo ó la medicina universal de todos los males; pero para el flujo de sangre tiene una virtud específica, siempre segura en sus aplicaciones, segun la experiencia de aquellos pueblos. Pues yo quiero ahora preguntaros: si así mira san Torcuato por los que no fueron sus hijos, sino solamente sus aposentadores; ¿cuánto mas mirará por vosotros, á quien engendró por el Evangelio, y por cuya conversion padeció en vida tantos trabajos? Si á aquellos, porque los hospedaron con amor, dispensa tan á manos llenas su patrocinio; ¿cuánto mas

(1) *Florez, t. 7. c. 4. fol. 27.* (2) *P. Florez, t. 7. c. 4.*

lo dispensará á vosotros, que le amais y venerais como á primer maestro? Finalmente, si aquel sepulcro instable y como prestado es tan gran defensivo para todas las cuitas; ¿el nuestro permanente y propio, qué deberá ser para nuestras dolencias?

Elegad pues á él con veneracion y confianza, que no sereis defraudados en vuestras súplicas. Tenemos un patrono, que no ménos que Onias protege á su amada grey: un fundador, que á imitacion de Cristo dió la vida por su rebaño, y con su sangre misma dotó y enriqueció á esta su esposa: un heróico discípulo, que por seguir á su maestro dejó á su padre y á su madre, su familia y todo cuanto tenia propio: un apóstol insigne, obrador de milagros, domador de fieras, destruidor de ídolos y artífice de las mas grandes obras; en quien juntó Dios todos los dones que habia repartido en todos los héroes: un tesoro riquísimo, manantial de gracias y favores, donde todos encuentran consuelo, nadie desden: una medicina universal, donde el ciego encuentra vista, el cojo rectitud, el manco expedicion, el endemoniado libertad. En fin un padre, un amigo, un pastor, una estrella, una luz, una guia, que conduciéndonos siempre por las sendas seguras de la gracia, nos facilita los coronas eternas de la gloria. Yo os la deseo. Amen.

SERMON

DE SANTO TORIBIO,

PATRONO Y OBISPO DE ASTORGA.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

Ecce ego mitto vos sicut oves in medio luporum.

Yo os envío como á ovejas en medio de los lobos.

S. Mateo, c. 10. v. 16.

Habia venido Jesucristo á establecer un nuevo reinado, y ordenó un nuevo género de conquista. No empleó para reducir á los pueblos á su ley y su obediencia la fuerza de las armas, sino la predicacion de su doctrina. No envió á los pueblos y ciudades á sus discípulos con grandes riquezas ni con ejércitos imponentes; los mandó pobres, sin provisiones y sin apoyos ni recursos humanos, como á ovejas en medio de los lobos: *Ecce ego mitto vos sicut oves in medio luporum.* El reinado de Jesucristo se estableció por fin: las ovejas vencieron á los lobos. Los apóstoles y discípulos de Jesus llevaron por los pueblos y naciones enemigas é idólatras la luz del Evangelio, y con su prudencia, con su simplicidad, con su vida irreprochable, con su doctrina confirmada con milagros y con su misma muerte lograron el triunfo, y que la religion de Jesus se estableciese.

He aquí, hermanos míos, los medios de que se vale el Señor en todos los siglos para conservar su religion, y las armas de que quiere que se provean los obispos y pastores á quienes elige para gobernar y regir su iglesia: los envía como á ovejas en medio de los lobos; los pone en un puesto elevado para que vigilen, amonesten, arguyan, reprendan, instruyan y conserven el depósito de la fe que se les confía, sin temor á las potestades

lo dispensará á vosotros, que le amais y venerais como á primer maestro? Finalmente, si aquel sepulcro instable y como prestado es tan gran defensivo para todas las cuitas; ¿el nuestro permanente y propio, qué deberá ser para nuestras dolencias?

Elegad pues á él con veneracion y confianza, que no sereis defraudados en vuestras súplicas. Tenemos un patrono, que no ménos que Onias protege á su amada grey: un fundador, que á imitacion de Cristo dió la vida por su rebaño, y con su sangre misma dotó y enriqueció á esta su esposa: un heróico discípulo, que por seguir á su maestro dejó á su padre y á su madre, su familia y todo cuanto tenia propio: un apóstol insigne, obrador de milagros, domador de fieras, destruidor de ídolos y artífice de las mas grandes obras; en quien juntó Dios todos los dones que habia repartido en todos los héroes: un tesoro riquísimo, manantial de gracias y favores, donde todos encuentran consuelo, nadie desden: una medicina universal, donde el ciego encuentra vista, el cojo rectitud, el manco expedicion, el endemoniado libertad. En fin un padre, un amigo, un pastor, una estrella, una luz, una guia, que conduciéndonos siempre por las sendas seguras de la gracia, nos facilita los coronas eternas de la gloria. Yo os la deseo. Amen.

SERMON

DE SANTO TORIBIO,

PATRONO Y OBISPO DE ASTORGA.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

Ecce ego mitto vos sicut oves in medio luporum.

Yo os envío como á ovejas en medio de los lobos.

S. Mateo, c. 10. v. 16.

Habia venido Jesucristo á establecer un nuevo reinado, y ordenó un nuevo género de conquista. No empleó para reducir á los pueblos á su ley y su obediencia la fuerza de las armas, sino la predicacion de su doctrina. No envió á los pueblos y ciudades á sus discípulos con grandes riquezas ni con ejércitos imponentes; los mandó pobres, sin provisiones y sin apoyos ni recursos humanos, como á ovejas en medio de los lobos: *Ecce ego mitto vos sicut oves in medio luporum.* El reinado de Jesucristo se estableció por fin: las ovejas vencieron á los lobos. Los apóstoles y discípulos de Jesus llevaron por los pueblos y naciones enemigas é idólatras la luz del Evangelio, y con su prudencia, con su simplicidad, con su vida irreprochable, con su doctrina confirmada con milagros y con su misma muerte lograron el triunfo, y que la religion de Jesus se estableciese.

He aquí, hermanos míos, los medios de que se vale el Señor en todos los siglos para conservar su religion, y las armas de que quiere que se provean los obispos y pastores á quienes elige para gobernar y regir su iglesia: los envía como á ovejas en medio de los lobos; los pone en un puesto elevado para que vigilen, amonesten, arguyan, reprendan, instruyan y conserven el depósito de la fe que se les confía, sin temor á las potestades

enemigas y á los huracanes que ha de levantar contra ellos el infierno, la herejía, la envidia y las pasiones desenfrenadas, y para que triunfen y llenen los deberes de su ministerio no pone á sus órdenes los ejércitos ni la espada en sus manos, quiere solo que sean prudentes como la serpiente y sencillos como la paloma: que sean los ejemplares de su rebaño predicando y enseñando con paciencia la doctrina sana: que sean de una vida santa, pura y sin mancha; que sean irrepreensibles y trabajen con sus palabras y sus ejemplos para edificar á los demas; que se consideren como ministros y encargados del mismo Dios á quien han de dar estrecha cuenta de las almas que se confían á su cuidado, y á quienes deben apacentar con los pastos saludables y apartar de los caminos que llevan á la perdicion.

¿No voy insensiblemente haciendo el elogio de nuestro santo patrono y obispo santo Toribio, ornamento de nuestros altares, gloria de nuestro pueblo, honor de nuestra patria y alegría de todo el mundo cristiano? ¿No reconocemos en este objeto de nuestros obsequios un obispo segun los deseos del Señor? Para ejercer con celo y fidelidad su ministerio, para conservar el reinado de Jesucristo, para desarraigar la mala semilla de la porcion del campo del padre de familias que se confió á su custodia; para argüir, reprender, exhortar, enseñar, corregir y llevar por los senderos derechos á sus ovejas, ¿se valió de otras armas que de las de su conducta irrepreensible, sus ejemplos edificantes y su doctrina sana?

Al contemplar á un varon que jamas se apartó de los caminos del Señor, á un varon que todo lo sacrificó por seguir con mas facilidad y perfeccion al Señor; á un varon que se fortifica y robustece en la virtud en aquellos mismos lugares en que consumó los misterios de nuestra redencion el Señor; á un varon á quien el Señor saca de su oscuridad, hace pública su virtud por repetidos milagros y pone como una luz sobre el candelero para que alumbre á todos los de su casa; á un varon tan lleno de celo por la causa del Señor, y que tan debidamente llena los officios de obispo, no sé cómo reducir á los estrechos limites de un discurso su elogio, ni cómo satisfacer vuestra devota ansia de oír las glorias de vuestro patrono. Me limitaré á deciros: que una vida pura le sirvió de preparacion para llegar á ser obispo, y que desempeñó fielmente su ministerio valiéndose de su misma pureza, inocencia y santidad.

Espíritu divino, que formabais en el corazon de santo Toribio aquellos movimientos de una caridad tan vigilante é ingeniosa; que poniais en sus labios aquellas palabras de espíritu y de vida que infundian en los corazones deseos sinceros de conversion y de penitencia; que ablandabais con sus edificantes ejemplos á los mas obstinados y humillabais las altiveces de los espíritus soberbios; que le inspirasteis los medios de renovar el fervor de los fieles de la primitiva iglesia; haced que mi mismo corazon sea tocado y movido con la relacion que voy á hacer de sus virtudes, y que excite en mis oyentes un santo fervor que los mueva á imitar los ejemplos y seguir la doctrina de nuestro santo obispo y patrono. Para esto interponemos la intercesion de María santísima y la saludamos con la devocion posible: *Ave María.*

Ecce ego mitto vos...

Con sobrada razon encarga el Apóstol que los obispos, los que han de ser puestos al frente de las iglesias para regirlas y gobernarlas, sean irrepreensibles y sin nota alguna de crimen. Los sagrados cánones prohiben ordenar á aquellos que por algun pecado público ó por una vida relajada han escandalizado á sus hermanos, por mas que tengan grandes deseos de trabajar en su salvacion y en la conversion de los otros. Quieren que la inocencia y pureza de vida sea el escalon para subir al obispado, y temen que la memoria y el conocimiento de las flaquezas de los superiores disminuya el respeto que se debe tener á la dignidad y la persona. Creen que no pueden tener toda la libertad necesaria para reprender á los que incurran en los mismos defectos que ellos han cometido, y que Dios no sufrirá cerca de sus altares ni una vida impura, ni una reputacion manchada.

¿Qué importa que para daros noticias de nuestro santo obispo no me sea posible señalaros el pueblo que le vió nacer, ni la nobleza, nombres ni cualidades de sus padres y ascendientes de que nos han privado la oscuridad de los tiempos y las repetidas persecuciones que ha sufrido nuestra religion y nuestra patria? ¿Interesa algo, ni aumentará en algo la gloria de nuestro santo nada de cuanto hay en el mundo, cuando lo despreció todo, lo

renunció todo y se despojó de todo? ¿No vendría á ser una extravagancia hacer parte del elogio de nuestro santo del pueblo de su naturaleza, cuando él despreció al mundo entero, y se contempló como extranjero y peregrino en la tierra, caminando á la patria de la gloria donde estaban su corazon y sus deseos?

Lo que el tiempo ni las persecuciones no han podido quitarnos es, la noticia de su inocencia y santidad que ha pasado con asombro de generacion en generacion. Tenemos los testimonios suficientes para saber que fué natural de Galicia, hijo de unos padres afortunados, porque sabemos que quedando sin padres en su juventud, no se entregó al desenfreno, la disipacion y la licencia en aquella edad de los peligros y con medios abundantes para contentar sus pasiones, sino que los renunció todos, vendió todos sus bienes y los distribuyó á los pobres por seguir con mas facilidad á Jesucristo, sin entristecerse ni acobardarse como el jóven del Evangelio, por este consejo de perfeccion del mismo Jesucristo. Habia empleado sus primeros años en el estudio de las ciencias despues de haber recibido una educacion cristiana y esmerada, y no dejaba de conocer los peligros del mundo de cuya corrupcion se habia preservado. Teme tomar sobre sí la carga pesada de los bienes de la tierra; su alma se eleva hasta los cielos y se alimenta con la contemplacion de las dulzuras de la gloria. ¿Cómo no habian de serle desabridos los bienes terrenos, cuando solo aspiraba á los celestiales? Resuelve sin vacilar hacerse pobre, desprenderse de sus riquezas, ó mas bien trasportarlas al cielo depositándolas en las manos de los pobres, y seguir sin embarazos á Jesucristo aumentando las riquezas de su alma. El mundo censurará esta conducta llamándola fanatismo y locura: nuestro siglo que no conoce ni aspira sino al aumento y adquisicion de los bienes terrenos, sin perdonar medio alguno por ilícito y reprobado que sea, no acertará á conocer cómo es capaz un alma de abrigar una resolucion semejante; pero nosotros diremos: que por estos caminos queria el Señor que su siervo conservase su virtud y pureza y se perfeccionase para llegar á aquel destino y dignidad para que le habia elegido: que así convenia para que fuese irrepreensible, y quedando su alma enteramente vacía de los bienes y afectos de la tierra, se llenase de los dones del cielo: diremos que el hombre animal y terreno no puede ni acierta

á comprender el valor de los bienes celestiales, ni las heróicas y acertadas resoluciones de los siervos de Dios: diremos que á santo Toribio, jóven, rico, favorecido y halagado de la fortuna, le pareció poco desprenderse de sus bienes; que se desprendió de sus amigos, de sus parientes, de su patria, y se encaminó... ¿á dónde? El ansia que devora su alma es el adelantar en la virtud y la ciencia de los santos, y poniendo toda su confianza en Dios, emprende la larga y penosa peregrinacion á los santos lugares de Jerusalem. Allí despues de los trabajos y molestias de su viaje, á la vista de aquellos lugares santos que el Salvador santificó con sus plantas y regó con su sangre para obrar el inapreciable misterio de la redencion del mundo, se llenaba su alma de fervor y de afectos llenos de piedad. Allí se fortificaba su espíritu contra las tentaciones del orgullo y las adulaciones del mundo. Allí tomaba fuerzas para resistir al torrente de la corrupcion y de las malas costumbres. Allí recogia las gracias que habian de sostenerle contra los honores y deleites que pudieran engañarle. Allí, contemplando á un Dios Hombre desnudo, maltratado, injuriado y muerto en una cruz por los pecados de los hombres, se daba el parabien y se afianzaba en la resolucion de seguir á Jesucristo por el camino de la desnudez, de los trabajos y la cruz. Allí se desnudaba hasta de sus mismos afectos para no tener otros que á Jesus crucificado. Allí conoció muy pronto el obispo de Jerusalem la virtud y mérito de Toribio, y le encomendó el cuidado del depósito de las preciosas reliquias pertenecientes á la pasion de nuestro Redentor Jesucristo. Allí permaneció cinco años siendo cada vez mayor su fervor, su devocion, su ternura y el aprovechamiento de su alma.

Muy pronto habia de ser prostituída aquella ciudad santa. En los juicios incomprensibles de Dios estaba decretado que habian de ser profanados aquellos templos, perseguidos sus sacerdotes y robadas aquellas santas preciosidades; y el Señor que velaba sobre su siervo y le tenia destinado para sus fines, le inspiró la resolucion de volverse á su patria trayendo consigo gran parte del tesoro inestimable que custodiaba, para librarle de las profanaciones de los bárbaros.

No pretende hacer ostencion ni hacerse admirar de sus paisanos con la relacion de sus viajes. Se reduce á vivir en la

pobreza y en la práctica de sus ejercicios de piedad sin cuidarse de los aplausos del mundo; pero es demasiado brillante su virtud para poder permanecer oculta mucho tiempo. Las gentes recurren á encomendarse á las oraciones de este pobre sacerdote, y el cielo se declara en su favor obrando por su intercesion repetidos milagros. La hija del rey de los suevos, que en el siglo V dominaban la Galicia, sanó milagrosamente de una grave enfermedad por los ruegos de santo Toribio, como ántes habia sucedido con otros enfermos. La fama de su virtud y santidad se extendia por todas partes. Los fieles le ofrecian sus limosnas, y con ellas edificó un templo y colocó en él para la veneracion pública las reliquias que habia traído de Jerusalem. La iglesia de Astorga quedó sin obispo. ¿Esperais oír que santo Toribio emplee su astucia, su valimiento, sus relaciones para entrar en esta dignidad? Este es uno de aquellos ejemplares admirables en que los ministros de la iglesia deben aprender que nada hay mas temible que la pesada carga de ser pastor del rebaño de Jesucristo, y que debe estimarse por una dicha el vivir reducido cada uno á cuidar de sí solo: que ninguno debe entrar en el santuario sino á la fuerza, por decirlo así, y cuando sean tan patentes las señales de que es Dios el que le llama á la dignidad, que vendria á ser un crimen el resistirse. ¿Cuál fué su temor cuando el clero y el pueblo le aclamaron por su obispo, cuando tenia por demasiada carga el ser sacerdote? ¿De qué artes tuvieron que valerse para persuadirle que aceptase esta dignidad? Pide como el mayor beneficio que le concedan vivir en su oscuridad y retiro, meditando con tranquilidad las verdades eternas y ejerciendo en sí mismo las austeridades y penitencias. Todos confiesan y publican que es digno del episcopado, y él solo se tiene por indigno de él. Esta es la idea que se forman los justos de este terrible ministerio, que no puede desempeñarse sin unas gracias muy especiales; y estas gracias no las da Dios á los que le ambicionan y procuran, sino á los que le temen, á los que se estremecen á la vista de tan pesada carga y que no la aceptarían si no temiesen desagradar á Dios no sometiéndose á su voluntad. Así fué como entró santo Toribio en el episcopado y como se dispuso para llegar á él, siendo toda su preparacion una vida pura, santa é irreprochable, sin que tuviera parte alguna en su ele-

vacion la prudencia humana ni los motivos terrenos. Y desempeñó fielmente su ministerio conservando su inocencia y santidad.

Si en el siglo de santo Toribio ni en el nuestro no entran los obispos como los apóstoles á vivir entre los lobos y á tener que sostener una guerra abierta contra los infieles y los enemigos de nuestra religion, nunca les faltan inquietudes, porque nunca faltan lobos que tienen ansia por devorar el rebaño de Jesucristo: nunca faltan errores que cortar, impiedades que reprimir, licencias y relajaciones que refrenar; nunca faltan peligros que temer. ¿Cómo habia de creer santo Toribio que sobre todo habia de hallar peligros en los falsos hermanos? ¿Que habia de tener que hacer frente á la mas injuriosa calumnia? Rogato, diácono de la iglesia de Astorga, ambicionaba ser elegido obispo, y resentido contra santo Toribio porque el pueblo puso sus miras en él, despreciando sus pretensiones poco cristianas, determinó deshonrarle y perseguirle por todos los medios. No solo le desacreditó en sus conversaciones familiares y privadas abatiendo su mérito con palabras injuriosas, sino que le acusó públicamente de adúltero. ¡Cuál seria la afliccion de su alma viendo manchada su reputacion y enervada su autoridad por no ser tenido por irreprochable é inocente? ¿Cómo podria desempeñar fielmente su ministerio, cuando podria ser redargüido con un crimen tan escandaloso? ¿Cuántas lágrimas derramaria en la presencia del Señor, y con qué fervor y qué instancias le suplicaria que protegiese su inocencia y pusiese de manifesto su virtud tan feamente ennegrecida? El Señor oyó sus ruegos y no permitió el triunfo de la perversidad; inspiró al santo obispo una segura confianza en su misericordia, y lleno de aquella fe que obra prodigios y traspasa los montes, determinó dar una prueba de su inocencia quedandó esta victoriosa, y patente el crimen de su calumniador. En un dia de grande concurso manifestó con abundancia de lágrimas en su misma iglesia el estado en que se habia puesto su reputacion, y volviendo sus ojos á Dios, imploró sus auxilios para el buen éxito de su defensa. Mandó traer al altar una porcion de fuego, y tomando con sus sagradas manos muchas ascuas encendidas, las envolvió en el roquete que tenia puesto, y entonando el salmo de David: *Exurgat Deus et dissipentur omnes inimici ejus*, dió vuelta á la iglesia llevando las ascuas en el roquete sin que

este, ni las manos del santo obispo padeciesen lesion alguna, como lo presenció todo el pueblo, con lo que y la muerte repentina del calumniador que confesó su delito, reconocieron y publicaron todos la inocencia y virtud del santo obispo.

Desde entónces reconocido mas y mas y confiado en los auxilios de su Dios, ya no podian ser débiles ni infructuosas sus exhortaciones y tareas apostólicas, y se valió de su virtud y sus buenos ejemplos para desempeñar sin descanso con la mayor fidelidad su ministerio. No era de aquellos superiores duros y altaneros poseídos de aquel espíritu de dominacion que reprueba el apóstol san Pedro: de aquellos que no conocen la clemencia y están siempre dispuestos á reprender con fiereza. Amonestaba con amor de padre, corregía á los que cometian algun delito, haciéndolos entender que no llevaba otro deseo que el de su salvacion. No era tampoco de aquellos superiores débiles y flojos que siguen el ejemplo del sumo sacerdote Heli, á quienes la Escritura santa llama *perros mudos*. Sabia reprimir la soberbia de los hijos de Levi, reprimir agriamente y castigar á aquellos que no merecian indulgencia; no condescender ni contemporizar con las costumbres introducidas en contra de la ley. Fué firme en la doctrina sana, y declaró la guerra no ménos á los vicios que á los errores y herejías con un celo santo.

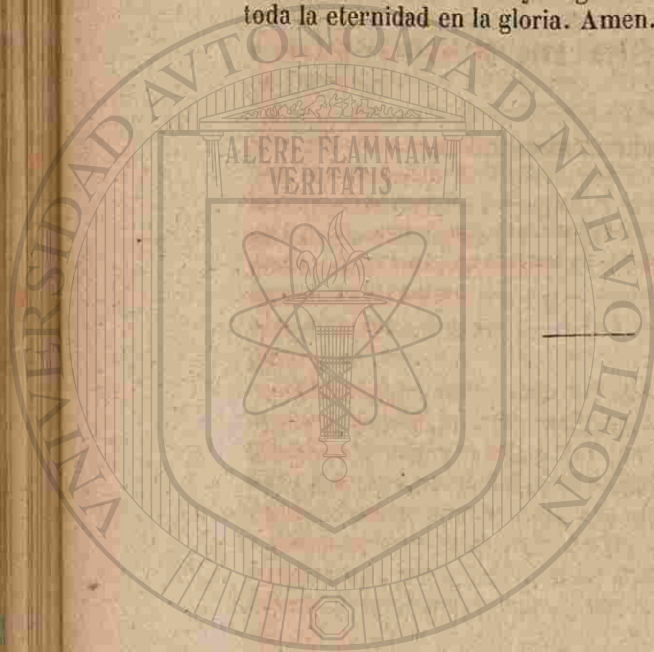
Aprovechándose de los conocimientos que tomó en su peregrinacion de las costumbres y disciplina de las iglesias por donde pasó, arregló la de la suya. Le pareció poco extender su celo para sofocar la herejía de los priscilianistas á todo su obispado, avisó á los demas obispos despertando su celo y poniéndolos en continua vigilancia sobre las astucias de los errores de estos herejes; deseoso de arrancar toda la zizaña, reunió en un libro todos los errores de esta secta, descubrió el veneno que contenian, impugnó con su celestial sabiduría todas sus blasfemias, y respondió á sus argumentos capciosos. No solo comunicó su escrito á los obispos, sino que para remediar con mas eficacia el mal, envió un diácono de su iglesia al sumo pontífice Leon, llamado el Grande, á quien entregó el conmonitorio que habia trabajado y de quien recibió los mayores elogios por su celo en trabajar por la fe católica. El tiempo nos ha privado de este precioso tesoro de doctrina. Por sus instancias y celo infatigable se reunió, segun lo dispuesto por el

sumo pontífice, un concilio nacional en Toledo, y no pudiendo concurrir á él los obispos de Galicia, celebraron estos otro en Braga, en los que se reprodujo la regla de fe establecida en el concilio del año 400, y se hizo enmudecer á los herejes, que se salvaron huyendo á Lusitania. Fué enviado como una oveja entre los lobos que por todas partes amenazaban su ruina, pero con su virtud, su prudencia, su vida pura y santa que daba una fuerza irresistible á su infatigable celo, llenó fielmente los deberes de su obispado, así como su pureza y virtud fué lo que le sirvió de preparacion para llegar á él. Los concilios á instancias de santo Toribio, combatian la herejía y la depravacion de las costumbres por sus decisiones y sus cánones, y santo Toribio la combatia al mismo tiempo con sus ayunos, sus oraciones y con el ejemplo de una vida pura, santa y llena de virtudes.

Justo era que recibiese la recompensa prometida al siervo fiel, y el Señor le llamó para sí, sin que sepamos las circunstancias particulares de su muerte, ocurrida tal vez en la desolacion de Astorga entre las prisiones y malos tratamientos de los vencedores en el año 456; pero conservamos para nuestro consuelo el precioso tesoro de sus reliquias en la iglesia de san Martin y ahora de santo Toribio de Liébana, por cuyo medio obra el Señor grandes milagros. Sabemos que reina con Dios en los cielos. ¿Y se olvidará en aquella patria celestial de los que vivimos aun rodeados de lobos y amenazados por enemigos poderosos que desean nuestra ruina? ¿Se habrá concluído su celo por la salvacion de las almas y la pureza de la fe y de las costumbres? Su virtud, su pureza é inocencia, ¿no tendrán eficacia para persuadirnos que la inocencia y rectitud es el camino para llegar á los altos destinos á que nos lleve la Providencia, y que con la vida pura y santa triunfaremos de nuestros enemigos, desempeñaremos fielmente las obligaciones de nuestro respectivo estado y nos haremos poderosos y fuertes para trabajar en bien de las cosas de Dios? He aquí, amados mios, el ejemplo grande que nos da nuestro santo y la resolucion que debemos tomar á la vez que deseamos honrarle y celebrar sus glorias: el ser irreprehensibles y producirnos con pureza y rectitud cristiana en el desempeño de nuestras obligaciones.

Nuestra flaqueza y debilidad, nuestras faltas y tal vez nues-

tros crímenes, os son conocidos, glorioso santo y abogado nuestro; pero deseamos imitaros y emprender una vida de virtud y santidad: interceded con el Señor para que nos favorezca y ayude con sus auxilios: esto pedimos con preferencia á todos los bienes de la tierra, porque con esto serviremos fielmente á nuestro Dios y llegaremos á alabarle con vos por toda la eternidad en la gloria. Amen.



SERMON

DE SANTO TORIBIO DE MOGROVEJO.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

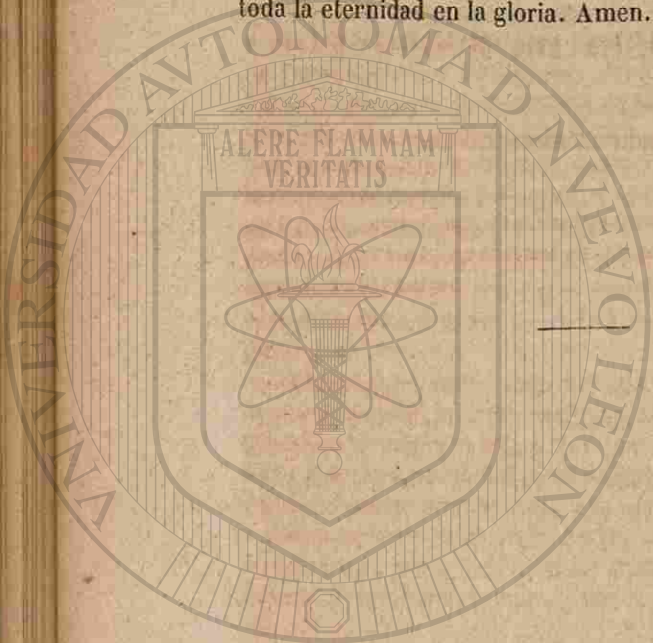
Deus locutus est in sancto suo.

Dios nos ha hablado en su santo.

Salmo 107, v. 8.

Honrados, nobles y piadosos oyentes: ¡qué paz tan dulce, qué alegría tan pura, qué consuelo tan cumplido, qué gozo tan exquisito, y qué satisfacción tan particular deja percibirse en vuestros corazones! Grande sin duda es vuestra dicha y ventura: porque ¿no es cierto que el júbilo y el placer recrean vuestras almas, que nuestro pueblo se parece á la Jerusalem santa en los días de sus danzas y regocijos, y que al veros como se os ve, pudiera decirse que se os ha infundido el espíritu festivo con que David saltando de gozo delante del Arca de la alianza alababa, bendecía y glorificaba al Dios de la virtud, del poder, de la majestad y de la gloria? Así debe ser, así es efectivamente; una vez que este es el día destinado para celebrar con toda pompa y solemnidad la memoria de uno de esos prodigios que tanto lustre, decoro y brillo dan á la religión de nuestros padres. Sí, señores: hoy en nuestra patria no se piensa mas que en alabar y bendecir al Dios que se ha dignado sacar de nuestra estirpe uno de los mayores santos que venera la iglesia en sus altares. El Omnipotente ha engrandecido nuestra tierra haciéndola brotar un hermoso renuevo del árbol de vida eterna: nos ha llenado de gloria; y todos, todos nos hemos propuesto ofrecerle alabanzas, honor y acción de gracias. ¿No es de santo Toribio de Mogrovejo esa prodigiosa

tros crímenes, os son conocidos, glorioso santo y abogado nuestro; pero deseamos imitaros y emprender una vida de virtud y santidad: interceded con el Señor para que nos favorezca y ayude con sus auxilios: esto pedimos con preferencia á todos los bienes de la tierra, porque con esto serviremos fielmente á nuestro Dios y llegaremos á alabarle con vos por toda la eternidad en la gloria. Amen.



SERMON

DE SANTO TORIBIO DE MOGROVEJO.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Deus locutus est in sancto suo.

Dios nos ha hablado en su santo.

Salmo 107, v. 8.

Honrados, nobles y piadosos oyentes: ¡qué paz tan dulce, qué alegría tan pura, qué consuelo tan cumplido, qué gozo tan exquisito, y qué satisfacción tan particular deja percibirse en vuestros corazones! Grande sin duda es vuestra dicha y ventura: porque ¿no es cierto que el júbilo y el placer recrean vuestras almas, que nuestro pueblo se parece á la Jerusalem santa en los días de sus danzas y regocijos, y que al veros como se os ve, pudiera decirse que se os ha infundido el espíritu festivo con que David saltando de gozo delante del Arca de la alianza alababa, bendecía y glorificaba al Dios de la virtud, del poder, de la majestad y de la gloria? Así debe ser, así es efectivamente; una vez que este es el día destinado para celebrar con toda pompa y solemnidad la memoria de uno de esos prodigios que tanto lustre, decoro y brillo dan á la religión de nuestros padres. Sí, señores: hoy en nuestra patria no se piensa mas que en alabar y bendecir al Dios que se ha dignado sacar de nuestra estirpe uno de los mayores santos que venera la iglesia en sus altares. El Omnipotente ha engrandecido nuestra tierra haciéndola brotar un hermoso renuevo del árbol de vida eterna: nos ha llenado de gloria; y todos, todos nos hemos propuesto ofrecerle alabanzas, honor y acción de gracias. ¿No es de santo Toribio de Mogrovejo esa prodigiosa

imágen que nos recuerda al varon consumado en todo género de virtudes y letras, el que llenó de admiracion al mundo con su santidad y llevó al otro lado de los mares con la cruz de Jesucristo todos los dones del cielo? Suya es; y ella nos excita la verdadera devocion que se ha apoderado de nosotros: ella nos conmueve tierna y piadosamente; es la nube fecunda que nos llena de bendiciones celestiales, y no hay que dudarlo, desde ella nos ha hablado nuestro Dios. *Deus locutus est in sancto suo.*

La prodigiosa vida del esclarecido y admirable Mogrovejo, glorioso vástago de nuestros progenitores, es la voz que nos dirige el Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion para nuestra dicha y felicidad, y á mí me ha tocado la suerte de hacérsola escuchar. Yo hablaré de nuestro santo, y ojalá que lo haga inspirado por la gracia que hace elocuentes á los que se dejan dirigir por sus celestiales influencias. Os le haré ver adornado con todas las virtudes de un digno sucesor de los apóstoles.

Sed conmigo, Reina de todos los santos. Apoderaos de mi espíritu; moved mis labios; apartad de mí el lenguaje de la sabiduría humana; aficionadme al de la simplicidad evangélica, y vean los sabios del mundo que no se ha evacuado la virtud omnipotente de la cruz. Os lo pedimos todos confiados en vuestra piedad y clemencia, en la experencia que nos ha hecho conocer que jamas dejais de favorecer á los que os saludan diciéndoos devotamente con el ángel: *Ave Maria.*

Mayorga: no serás computada entre las poblaciones ménos dignas de Leon y de Castilla: de ti salió el gran Toribio de Mogrovejo; presenciaste los prodigios de su infantil inocencia; te pertenece la gloria de tener por hijo al héroe de nuestra mayor veneracion, y todos te felicitamos. Valladolid: gloriáte de haber presenciado los primeros pasos que dió en la virtud y en las ciencias nuestro admirable Mogrovejo, cuando matriculado en tu universidad adquiriste derechos sobre hombre tan eminente. Si le tuviste por erudito en las ciencias, por sabio en las bellas artes, por docto en el derecho civil y canónico, y por una especialidad en todos los ramos del saber humano, tambien debiste tomar acta de su edificante conducta, de

su virtud esclarecida, de la frecuencia con que arrodillado al pié de los altares ratificaba la solemne y sagrada renuncia que en su nombre hicieron los padrinos de su bautismo obligándole á vivir divorciado con el mundo, sus pompas y vanidades. ¿Cuántas veces al querer hablar á sus discípulos, que le respetaban como á un oráculo, principiaba diciéndoles: Somos cristianos: Jesucristo es nuestro Dios, nuestro legislador, nuestro maestro y la luz indeficiente en quien se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia! ¿Con qué celo ardoroso no defendia, que el principio de la verdadera sabiduría radica en el santo temor de Dios, como lo dice el Sabio? ¿Qué indicios de santidad no vieron los valisoletanos en el destinado por Dios para ilustrar al mundo con sus virtudes, con su sabiduría y con su ciencia? Conserva estos datos en tus archivos, ó en la tradicion, y trasmite al traves de los siglos la grandeza incipiente de nuestro santo en el centro de esa poblacion de tantos recuerdos históricos, para que las generaciones futuras se solacen como nosotros en la memoria del varon apostólico que ha llenado de honor á nuestra gente, y ahórranos el trabajo de la indagacion. Salamanca: ¿No conservas el catálogo de los hombres grandes y eminentes que te elevaron hasta la gloria de ser reconocida en todo el universo por el emporio de las ciencias? Pues en él encontrarás con notas honrosas al gran Toribio que mueve mi lengua en este dia. Añade á tus blasones los que te ofrece Mogrovejo: en el colegio llamado de Oviedo tienes la historia de un colegial mayor tenido por un Daniel dando consejos en medio de los ancianos; por un Jonas predicando penitencia; por un Onías enseñando la ley santa del Señor, por un Salomon señalando las vias de la ciencia que conducen al cielo. Es el gran santo que nació en Mayorga. Coimbra: recuerda que algun dia te gloriabas enriquecida con las prendas del esclarecido castellano, que llamó el rey Juan III de Portugal para hacer célebre tu universidad con los maestros mas célebres de la Europa: no olvides que el gran Toribio brilló entre tus hombres doctos como el sol entre los demas astros; ni pierdas jamas la memoria del que con sus virtudes te ilustró mas que los Leivas, Silvas y Pereiras. Granada: ¿podrás decirnos lo que nuestro glorioso santo obró en tu seno, cuando desempeñó con tanto acierto, sabiduría y virtud el honroso cargo de inquisidor, con que le decoró el rey mas

poderoso que ha tenido nuestra España? ¡O si te fuera dado el darnos una idea del camino templado de la justicia y de la misericordia que practicó con tanta prudencia y discrecion, con tanta sabiduría como virtud, el hombre grande que sacó el Omnipotente de nuestra Castilla! Tú acaso le pusiste el primero en la lista de los hombres sabios y virtuosos que el rey Felipe II tenia en su libro secreto, para echar mano de ellos en las provisiones de los altos empleos y elevadas dignidades. No solo hallaste inocente é irreprochable su conducta cuando varios de sus compañeros, por no tenerla, fueron depuestos y desterrados, sino que le llenaste de alabanzas, asegurando que era el hombre sabio y virtuoso de su siglo. De aquí... de aquí el haber sido propuesto para el arzobispado de Lima, en cuyo destino habia Dios decretado que fuese un varon apostólico capaz de convertir los salvajes mas feroces en dóciles discípulos del Evangelio, de derrocar la sensualidad del trono usurpado al noble espiritualismo de nuestra santa y adorable religion, y hacer que al culto grosero de los sentidos sucediese el solemne imperio de la razon sostenida, ilustrada y defendida por la fe.

Sí, señores: arzobispo de Lima fué nombrado el virtuoso, sabio é ilustrado Mogrovejo, cuando sumido en los abismos de su humildad no se consideraba digno de recibir los órdenes sagrados, y servir en el santuario del Dios vivo como un simple acólito. En vano hizo renuncia alegando para que se le admitiese, que era muy jóven, que carecia de las prendas necesarias para ser un buen obispo, que no estaba ordenado mas que de primera tonsura, en una palabra, que era absolutamente inepto para la dignidad que queria conferírsele, sin los méritos y virtudes que piden los sagrados cánones en los que han de ser promovidos al episcopado. Nadie resiste á la voluntad del que tiene en su mano á todo el universo. Las excusas de Toribio no sirvieron mas que para confirmar al rey en el concepto que habia formado del gran mérito de nuestro santo, á quien escribió diciéndole que se sometiese á las órdenes del Señor en cuyas manos están los corazones de los hombres. « ¡Yo sucesor de los apóstoles! Yo el depositario de la fe y el maestro de los maestros del pueblo santo! ¡Yo la sal de la tierra, el confidente del Eterno y el dispensador de sus adorables misterios! Yo arzobispo de Lima! No: no puede ser esto. » Así soliloquiaba el gran Toribio en su humildad, paréciendole imposible que Dios

se valiese de él para los oficios de los Pablos, Ambrosios, Agustinos y Crisóstomos: se apoderó de su alma una grande melancolia, se desmejoró y puso en peligro su salud: pero nuestro Dios es sabio, fuerte y omnipotente, y se hace obedecer de la vida y de la muerte, de los vientos, de los mares, de los cielos, de la tierra y de cuantas cosas hay en ellos. Viendo ciertos amigos de nuestro santo, que conocian su carácter y virtud, la insistencia é impenetrabilidad en que permanecia, se acercaron á él y le dijeron. « ¿Qué es esto, Toribio? ¿Se te figura que el arzobispado de Lima, en el estado en que se halla, es un cargo de honor, de interes y de grandeza humana? Pues no; no lo es mas que de penalidades, de angustias y de trabajos. Allí hay infinitas ovejas que jamas han oído la voz de su pastor: piden pan muchos hijos del Padre celestial, y no hay quien se lo parta: el no admitir el arzobispado de Lima, es lo mismo que preferir tu propia conveniencia al trabajo que pide el que dispone, como le place, de todas las criaturas. Sigue negándote, como el príncipe de los apóstoles se negó á dar los piés para que los lavase el Señor: pero al oír que el Omnipotente te excluye de su reino, si no te prestas á que en ti se haga su santísima voluntad, ¿seguirás negándote? Dios te llama, y tú no le respondes. Te busca, y no sales á su encuentro. Te envía como á una oveja á tratar y vivir entre los lobos, y te niegas, te escondes, huyes como Jonas, y consientes en que perezca Nínive; en que no se salven los ciento cincuenta mil inocentes que aun no han pecado en aquella ciudad populosa. Alegas tu insuficiencia; pero tambien la alegaron Moises, Jeremías y Ezequiel, y de nada les sirvió: obedecieron la voz de Dios, y con su virtud fueron los dioses de la tierra. Dices que no sirves para obispo: pero ¿lo sabes tú mejor que Dios? ¿Sabes de lo que es capaz el hombre con la gracia del Dios que le conforta? Pregúntaselo á san Pablo. Imita al niño Samuel, que decia al Señor: *Habla, que tu siervo te escucha*. Sigue á Dios hasta mas allá del Océano: bendígale tu alma en todo el lugar de su dominacion: lleva el Evangelio hasta los términos de la tierra, y haz que su nombre sea bendito entre todas las gentes que fueron redimidas con la sangre del Cordero inmaculado. »; ¿Qué razones estas para un santo que no deseaba mas que aquellas cosas de que pudieran resultar su propia mortificacion, el honor de Dios y el provecho del prójimo! En cuanto

las oyó Toribio, bajó la cabeza y se humilló : exploró la voluntad de Dios con muchos ejercicios espirituales y fervorosas oraciones ; su caridad le abrió el paso hasta el trono de la Divinidad, y en él parece que escuchó esta voz omnipotente : *Serás arzobispo de Lima.* No hay ya mas que callar y obedecer. Pero ¿no es ahora cuando puedes decir con el Salmista : Señor, no temeré los males, porque tú estás conmigo ? *Non timebo mala, quoniam tu mecum es?*

Ya está resignado el gran Toribio. Admitió el arzobispado para el que le destinó el cielo ; pero mientras se despachaban las bulas en Roma vino á Mayorga á despedirse de su madre, de sus hermanos y parientes, y á decir *Adios para siempre* á sus queridos castellanos. Marcha en paz, varon justo : sigue la voz del Dios que te dirige : tan solamente te pedimos que no nos olvides ; que cuando asistas con los ángeles á la presencia del Dios grande, le hables en favor nuestro y le digas, que no nos deje en el tiempo de la afliccion. Se ausentó del país natal nuestro amable Mogrovejo : se consagró de obispo en Sevilla ; se embarcó en Cádiz, y despues de una navegacion feliz, llegó al puerto llamado *Nombre de Dios* en la América occidental. No le sucedió así en los caminos que hay que pasar hasta llegar á Panamá ; porque teniendo que atravesar lugares fragosísimos, profundos pantanos, rios caudalosos y sitios peligrosísimos, se vió varias veces á pique de perder la vida, si Dios no le guardara para los designios de su adorable providencia. Llegó al fin á Lima el 21 de mayo de 1581. Fué recibido con brillante ostentacion y magnificencia por la nobleza de la ciudad, el estado eclesiástico y una numerosa multitud de gentes que ansiaban por ver al pastor virtuoso que les mandaba el cielo. Todos concibieron de él las mas ventajosas esperanzas ; todos al ver al enviado de Dios se confirmaron en la idea que de sus virtudes habia anticipado la fama. Nuestro santo recibió con gratitud los honores, obsequios y aplausos de sus hijos, pero convencia á su alma de que las glorias pasajeras no deben ocupar el corazon en que reina Jesucristo. Sosegadas las cosas, entró en cuentas consigo mismo y principió á decirse : ¿A qué has venido, Toribio ? ¿Qué comision te se ha confiado ? ¿Qué cargos tienes que cumplir ? Ah ! Tú debes responder al Juez supremo del numeroso rebaño que el Padre celestial ha puesto á tu cuidado. Debes ser irrepreensible, y ejemplo de virtud á los fieles. Ser como

san Pablo, un todo para todos por ganarlos á Jesucristo : no vivir tú, sino hacer que Jesus viva en tí. De este modo se excitaba el gran Toribio á cumplir santa y virtuosamente con su ministerio pastoral. Así se disponia para las empresas apostólicas que emprendió su celo y realizó su caridad. Todo lo arreglaba en la oracion nutrida con la mas constante penitencia. Dios era su alma, su vida, su corazon y su todo. *Dios mio, y todas las cosas,* repetía con san Agustin ; y vigorizada su alma con la gracia del que la concede al que se la pide con rectitud de corazon, ordenó ante todas cosas su familia ; no permitiendo en ella mas que personas de conocida probidad y virtuosas costumbres ; visitó por sí mismo la mayor parte de su dilatada diócesis, llamando muy particularmente su atencion las casas de misericordia, los hospitales, la instruccion de los indios que habitaban en los parajes mas remotos, y la propagacion de la fe con todas sus consecuencias.

Arreglada su casa en sus familiares, en sus tribunales, en sí mismo y en sus súbditos, trató de reformar la disciplina de su iglesia notablemente relajada con la turbulencia de los tiempos. Reunió los obispos sufragáneos de Lima en concilio. Se hicieron muchos decretos y constituciones santísimas, que fueron aprobadas por la Silla apostólica, y mandadas observar por el real consejo de las Indias. Trabajó en la fundacion de los seminarios conciliares de que trata el Tridentino, allanando con su celo, constancia, energía, prudencia y discrecion las casi invencibles dificultades que se oponian á sus planes y proyectos de acendrada caridad. Edificó monasterios á las esposas de Jesus ; destinó lugares de piedad para las doncellas desvalidas ; dispuso hospitales y hospicios para la manutencion de los huérfanos y curacion de los enfermos ; invertía las rentas cuantiosísimas de su obispado en socorro y alivio de los pobres necesitados y decia con el Apóstol : *Por amor de Jesucristo reputé por perjudicial lo que parecia ventajoso para mi.* Un trabajo incesante y un cuidado continuo sobre su propia santificacion y la de sus prójimos, eran los dos ejes sobre que rodaba la vida de este santo prelado, digno sucesor de los apóstoles, honra de la nacion española y gloria de nuestras Castillas. Deseaba conocer una por una á todas sus ovejas, si fuera posible, y á este fin emprendió tres veces la visita de su obispado. Atravesaba inmensos espacios cubiertos de espesas selvas, de pantanos peli-

grosos y de horrorosos precipicios. Ne se arredra su caridad por los montes intrincados, por las montañas inaccesibles, por las fieras y la barbarie de las gentes. Animado con el espíritu de los apóstoles que le dirigia, buscaba diligente á sus ovejas por las quebradas y grutas en que vivian á manera de brutos; allí las enseñaba, allí las agasajaba, allí se complacia, como el buen padre que llena de bienes á sus hijos, y entonces era cuando daba por bien empleados los trabajos que le habian conducido al inefable consuelo de ver á sus ovejas y encaminarlas por sí mismo á la grey del Pastor eterno de nuestras almas, Jesucristo. Oh! y con qué gozo de su alma llevaba este nuevo Pablo la luz del Evangelio para iluminar á tantas gentes como en aquellas regiones desconocidas vivian en las tinieblas y sombras del pecado! No le faltaron contradicciones, malos tratamientos, oprobios, injurias y desprecios que sufrir: pero, ¿qué mayor honra, se decia á sí mismo, qué gloria mayor, qué mayor ventaja ni qué bien mas sólido y verdadero, que el padecer y ser maltratados por el nombre de Jesus? ¿No salian alegres y contentos los apóstoles del concilio ó Sanedrín de los judíos, por haber sido hallados dignos de padecer por Jesucristo? Pues estos son mis modelos, estos mis maestros, estos los guías de mi conducta. Siguiéndolos, voy seguro: imitándolos no yerro: movido y dirigido por el mismo espíritu, conozco que mi oficio no es otro que el de sufrir y evangelizar, el de enseñar á las gentes los caminos de su salvación, el de dar mi vida por mis ovejas, y el de conducirme como digno ministro de Jesus, y dispensador de los misterios de Dios. El divino Maestro nos ha dicho: Si el mundo os aborrece á vosotros, tened entendido que primero me aborreció á mí. ¿Nos habíamos de olvidar de este divino recuerdo, capaz de dar fuerzas y de animar al mas cobarde? ¡Ay Dios mio! Dispuesto estoy á ir por vos á la cárcel y á la muerte. ¡Qué heroicidad! Con ella todo lo venció nuestro gran Toribio: triunfó del infierno, de la idolatría, del espíritu, de las pasiones, de los enemigos interiores y exteriores, y dió á conocer á las gentes de un Nuevo Mundo, que la cruz es la cifra sagrada de nuestra felicidad, el árbol santo cuya lozanía jamas alcanzarán á marchitar el trascurso de los siglos ni las tempestades de la maldad. Fué en todo un obispo adornado con las virtudes propias de su dignidad, un digno sucesor de los apóstoles, un discípulo de Jesucristo. Como tal vivió; como

tal murió, y yo estoy en el caso de deciros: ¿no habeis notado al gran Toribio Mogrovejo virtuoso en su infancia, virtuoso en su juventud, virtuoso en todos los estados y condiciones en que le puso la divina Providencia, y virtuoso al salir de esta vida para el cielo? Pues Dios nos ha hablado en su santo. *Deus locutus est in sancto suo.*

Dios en su misericordia sacó de nuestros mismos hogares un hombre en todo semejante á nosotros: un hombre que fué educado en nuestros hábitos y costumbres; un hombre sujeto á las mismas miserias, á las mismas pasiones, á los mismos peligros y quebrantos que nosotros. Sus padres, como los nuestros, han enseñado á sus hijos una misma doctrina: una es la fe, uno el bautismo, y uno mismo el Dios de todos. Sin embargo santo Toribio Mogrovejo siempre fué virtuoso, siempre anduvo por la senda recta que conduce al cielo: Dios puso sobre sus hombros una carga pesadísima: imploró las fuerzas de la gracia, y con ellas obró cosas grandes y prodigiosas. Admiró con sus virtudes á los virtuosos: fué el maestro de los sabios que temen á Dios: ilustró á todo el universo con sus luces celestiales, con la santidad de su vida y con su caridad prodigiosa, y él es el que Dios nos propone para que le sigamos é imitemos; para que considerando su virtud, nos convenzamos de que ella es la única que puede hacernos honrados, nobles y piadosos como lo fueron nuestros padres. *Deus locutus est in sancto suo.* Dios nos habla en nuestro patrono, en nuestro abogado y paisano santo Toribio Mogrovejo; y felices los que encomendados á su protección para conseguir los auxilios de la gracia se afician á imitarle en las virtudes que le hicieron tan admirable y esclarecido en la tierra: porque este será el mejor medio de solemnizar la memoria de un santo que nos ha enseñado con su vida prodigiosa á ser virtuosos aquí, y bienaventurados en la gloria, que á todos deseo. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SANTA VERÓNICA DE JULIANI.

(DE TRONCOSO.)

*Quæsi vi sponsam mihi eam assumere, et amator factus sum
formæ illius.*

La busqué para tomarla por esposa, y quedé enamorado de su hermosura.

Sabid., c. 8. v. 2.

Entre los títulos con que Dios honra á las almas justas que abrazan la práctica de los consejos evangélicos, ninguno hay tan tierno y expresivo como el de esposa, título con que distingue á las puras vírgenes que á él se unen por medio de un amor santo y entrañable. Este es el testimonio mas inequívoco de una union fuerte, indisoluble y perpetua con que se enlazan el corazon de Dios y el de la criatura. Un alma que se desposa con Jesucristo, deja de pertenecer al mundo, renuncia cuanto pueden ofrecer de mas placentero y agradable las criaturas, se eleva sobre las cosas del tiempo, y morando en el cielo en un cuerpo terrestre, se asocia á los espíritus invisibles que disfrutan de la inmensurable eternidad. Que Dios se complazca en esta union amorosa y perfecta con las almas inocentes, manifiéstanlo en mil pasajes los divinos Libros. Pero entre todos el Cántico de los Cánticos es el monumento mas irrefragable del placer con que el Señor ambiciona este desposorio divino. ¡Con qué palabras tan tiernas no manifiesta el amor de que está consumido su corazon! ¡qué expresiones no adopta

para atraer á sí al objeto de sus castas delicias! Ora bajo el emblema de un pastor, convida á la esposa á que siga las huellas de su ganado y conduzca sus cabritillos hácia su hermoso aprisco. Ora cual amante apasionado y celoso, prorrumpe en suaves afectos y la dice: «Heriste mi corazon, oh esposa amada, con una sola mirada tuya, con una trenza de tú cuello; tus labios son un panal que destila miel, y el olor de tus vestidos es semejante al perfume del incienso.» Unas veces la compara á un huerto cerrado, otras á una fuente sellada, ya al verjel ameno do brotan toda especie de olorosas plantas y deliciosos frutos, ya á una paloma cándida y sin hiel. Ultimamente, encareciendo la perfeccion de esta union santa y amorosa, concluye diciendo que aun cuando el hombre diere todo cuanto posee por llegar á obtenerla, seria reputado por nada, porque su amor es mas fuerte que la muerte misma, y los incendios de su pecho semejantes á un volcan inmenso que no podrian extinguir todas las aguas de los rios.

Ved aquí, católicos, una alegoría sublime que expresa cuán grande sea el amor de Jesucristo hácia las almas; cuán entrañable el deseo de unirse á ellas por medio de un desposorio de voluntad y de afectos; cuán ardientes sus celos por poseer solo y sin reserva alguna el corazon de sus criaturas. Muchas sin duda han sido las almas que heridas de los punzadores dardos del amor de este divino esposo, se le han consagrado desde sus mas tiernos años, y unídose á él por medio de una correspondencia la mas perfecta á sus divinos llamamientos. Empero la vírgen ilustre que es hoy objeto de nuestros cultos, merece una especial mencion por hallarse en ella, á mas de las gracias y dones comunes en las demas esposas del Cordero divino, unos rasgos tan particulares, unos caracteres tan singulares y portentosos, que no pueden ménos de excitar la admiracion y el entusiasmo. Muchas son ciertamente las reinas que adornan la corte del rey de las eternidades; innumerables las esposas que rodean el tálamo del divino esposo (1). Las Brígidas, las Teresas, las Gertrúdis, las Catalinas, las Ildegardas... mil y mil otras que mi memoria no recuerda en este momento, son otras tantas almas que por su adhesion constante á Jesucristo merecieron ser admitidas á los castos abrazos del inmortal esposo.

(1) Cant. 6. v. 7.

Mas ; oh inmortal Verónica de Juliani ! Tus glorias en nada podrán ser oscurecidas por el brillo que despiden esas almas grandes y generosas. Ellas mismas te aclamarán dichosísima y te colmarán de alabanzas.

Y con justicia, católicos, pues en Verónica de Juliani se vieron reunidas las virtudes de las unas, los éxtasis y carismas de las otras, y el amor de todas. Si la comparais con las Catalinas, no echaréis ménos en ella la impresion de las sacratísimas llagas del Salvador ; si con las Teresas, tambien en ella admiraréis la transverberacion de su costado ; si con las Brígidas, la vereis no ménos que ella experimentar los dolores todos de la pasion ; si con las Ildegardas... Dejemos empero estas gracias extraordinarias, y contemplemos la interior belleza del corazon de nuestra ilustre virgen. De ella muy particularmente puede decirse que Jesucristo, prendado y fuertemente enamorado de su hermosura, la buscó con avidez para tomarla por esposa : *Quasi sponsum mihi eam assumere, et amator factus sum formæ illius.* ¿Y habrá quien pueda tachar de exagerada esta proposicion ? Hinquen norabuena su venenoso diente los prudentes segun la carne en la inclita Verónica de Juliani al verla desde su cuna rodeada de tantos favores celestiales. Duden si quieren de la realidad de los prodigiosos hechos que señalaron el curso de su vida, los que acostumbran á medir el poder de la gracia segun los cálculos de la ciencia humana. Los destemplados gritos de la impiedad jamas podrán sofocar la voz de la iglesia, que despues de sujetar por tres veces á un escrupuloso exámen ante el incorruptible tribunal de sagrados ritos los dones con que fué enriquecida y las virtudes con que ella adornó su corazon, pronunció un fallo que hará para siempre enmudecer á los émulos de sus glorias. Dejemos pues que la incredulidad sacie su venenosa saña con invectivas y sarcasmos ; nosotros entre tanto, registrando los principales rasgos de la historia de nuestra heroína, admiraremos en ella una esposa de Jesucristo que respondiendo con la mayor prontitud al llamamiento de su divino esposo, y uniéndose á él por medio del amor mas constante, mereció ser correspondida con las gracias mas singulares y con un amor sin límites. Verónica de Juliani nos ofrecerá en el mundo el modelo de una inocencia que arrebató el corazon de Jesucristo, y le hace desearla por esposa : *Quasi sponsum mihi eam assumere*; y en la religion : un dechado de

virtud y perfeccion cuya hermosura obliga á Jesucristo á manifestarla su amor con toda especie de celestiales carismas ; *et amator factus sum formæ illius.* Estas dos sencillas reflexiones dividirán todo el asunto. Imploramos los divinos auxilios por la mediacion de la Reina de las vírgenes, dirigiéndola la saluacion angélica. *Ave Maria.*

PRIMERA REFLEXION.

Cuando un alma es destinada en los eternos designios de Dios para grandes empresas, grandes son en proporcion las gracias que se le conceden. Este principio de mi angélico doctor se verifica en toda su verdad en la gloriosa virgen cuyo elogio vamos á bosquejar. La ciudad de Mercatelo su patria admiró en el nacimiento de esta niña cosas tan singulares y portentosas, que desde luego infirió qué estaba escogida por el supremo Criador para lustre, gloria y ornamento de la iglesia católica. Al contemplar en un ser débil y todavía balbuciente un carácter dulce y amable, un genial quieto y pacífico, una alegría imperturbable y exenta de las impertinencias inseparables de la tierna infancia, sus virtuosos padres pudieron justamente lisonjearse de que habian recibido del cielo un don inestimable. Sobre todo acreciase su admiracion al notar que en ciertos dias de la semana, no solamente no se acercaba al pecho, sino que rehusaba recibir el nutrimento propio de su edad, á no ser una vez por la mañana y otra por la tarde, y esto en cortísima cantidad. ¡Oh Dios protector de la infancia ! Extendad vuestra poderosa diestra sobre esa criatura en quien ya se advierten señales inequívocas de ser destinada á formar coro con las esposas del Cordero ! ¡Tomadla bajo vuestros auspicios, pues vuestro es su corazon, vuestras sus potencias y todo su ser ! ¡ Lanzad léjos de ella el espíritu mundanal ; ahuyentad el genio de la corrupcion ; no permitais que se acerque á su cuna ese Leviatan soberbio, que tan solícito se muestra de la perdicion de los humanos !

Mas no hay por qué temer que se malogre esta tierna planta. Regada con las aguas puras de una educacion virtuosa, frutos tempranos brotará, que serán sobremanera gratos al Señor. ¡Y cuán precoces fueron efectivamente los frutos de la inocente virtud de Verónica ! Si la hubierais visto á la edad de cinco

meses desprenderse de los brazos de su madre, y ponerse por sí sola en pié ante un cuadro que representaba el augustísimo misterio de la Trinidad beatísima, puntualmente en el día de esta solemne festividad (1); si cuando apenas contaba tres años la hubierais contemplado embelesada en hermoear con sus propios adornos una imágen de María, y obsequiándola con toda especie de inocentes cariños; si en aquella época en que la criatura desconoce de todo punto sus destinos y es incapaz de distinguir el precio de la virtud, hubierais notado el anhelo con que deseaba agrandar á Jesus y á su benditísima Madre, y el esmero con que evitaba cuanto su tierna inteligencia juzgaba no ser de su buen agrado, no dudo que, arrebatados á vista de tanta inocencia, y admirados de unos preludios tan felices, hubierais presagiado lo que en tiempo debia ser la virgen de Mercatelo.

No era posible que el Señor se mostrase indiferente á los obsequios de un corazón inocente, que sin conocerle le amaba ya hasta con delirio. Jesucristo se complace en el alma de Verónica, y desde luego la elige por esposa suya. Como el esposo de los Cánticos, llámala á sí por medio de mil señales y prodigios. Ora haciéndola oír su melodiosa voz desde la imágen objeto de las delicias de su amada niña, la dice: « Mucho te amo; pero mira que no has de poner tu amor en otro, sino todo en mí (2). » Ora apareciéndosela entre las flores del jardín do afanosa trabajaba para embellecer su querida imágen, la dice: « Yo soy la flor del campo (3). » La inocente niña siente arder en su tiernecito pecho un fuego que no conoce; ama á Jesucristo sin saber casi quién es; y le ama tan entrañablemente, que al ver que no la es posible gozar como quisiera de su amable presencia, se aflige, llora inconsolable, corre á precipitarse ante su imágen embelesadora, prorrumpe en cariñosas quejas porque se la ha escapado de entre las manos y vuelto á las de su madre, y protesta que no podrá vivir sin él.

Quizás habrá quien juzgue que estos afectos de la niña Verónica no fuesen sino pueriles ilusiones, indignas de fijar la atención de un entendimiento recto y despreocupado; mas no será así, si se hace atención á las acciones con que ya desde entón-

(1) *Salvatori. Vid. de la B. Verón. de Juliani, c. 1. p. 4. Edic. Madrid, año 1808.* (2) *Ibid. c. 2. p. 7.* (3) *Ibid.*

ces comenzaba á distinguirse entre las de su edad, y que prueban que Dios, que tenia respecto de ella pensamientos de paz y designios de un orden superior, la habia dado un conocimiento precoz de sus perfecciones y de las bellezas de la virtud. La beneficencia con los menesterosos, los deseos de mortificación y penitencia, el recogimiento y silencio continuo, la sumision y humildad profundísima que manifestaba á sus mayores, el gusto y afición á las obras de piedad y á los ejercicios de religion, tales eran sus entretenimientos, estas sus ocupaciones en los momentos que la obediencia no la prescribia algun deber doméstico. Empero llegaba un tiempo en que Verónica debia desarrollar una virtud mas sólida, y ofrecerse á la faz del mundo como un modelo de inocencia y decoro virginal, capaz de enamorar el corazón de Jesucristo y de determinarle á elegirla definitivamente por esposa, en cumplimiento de la palabra que siendo mas tierna la habia empeñado. Una voz celestial retiene en los oídos de la sencilla virgen en medio de sus virtuosas ocupaciones: « ¡Esposa mia, la cruz te aguarda! » ¿ La cruz? Sí, católicos, y Placencia es el Calvario en donde nuestra heroína debe probar sus amargos frutos. Allí es conducida por el autor de sus dias; y no bien ha fijado su pié dentro de sus muros, cuando por segunda vez escucha un acento que la dice: « ¡A la guerra! ¡A la guerra! » Tal vez la inexperta doncella desconociendo entónces el verdadero sentido de estas palabras, juzga que se refieren á la guerra de que los placentinos se veían á la sazón amenazados, y por un inocente impulso, quiere adiestrarse en el manejo de las armas para contribuir á la defensa del país. ¡Oh alma sencilla! No son carnales las armas de que debes usar en el combate que te se prepara; porque los enemigos que han de acometerte, no son hombres que intenten expugnar los muros de esa ciudad en que vives, sino emisarios del enemigo infernal que á todo precio procurarán triunfar de tu inocencia y hacerte víctima de su furor. Embraza pues el escudo de la fe, y pertrecha tu corazón de las almas espirituales, en quienes reside un poder sobrehumano para triunfar en Dios de las arterias del mundo, de la carne y del averno, y destruir sus planes de exterminio.

Así lo entendió Verónica por boca del mismo Jesucristo; y en su consecuencia la oracion ferviente y continua y la frecuencia de sacramentos fueron las especiales armas con que se

aprestó para la lucha que de cerca la amenazaba. ¡Cuán grande era el fervor! ¡qué sobrehumana la fortaleza que la inspiraba la sagrada comunión! Al separarse del celestial convite, sentíase abrasada en un volcán de abrasadoras llamas, engrandeciase su corazón, su valor se acrecentaba extraordinariamente, y podía como san Pablo desafiar á la muerte, á la vida, á la tribulación, á la angustia, al mundo y al infierno juntos, á que probasen contra ella sus armas, segura de que nada en el cielo ni en la tierra sería capaz de apartarla del amor de su dulce Jesús. Llegó pues el momento de combatir. Su mismo padre es el que la hace la más cruda guerra. Deseoso de inspirar á su hija el afecto hácia un jóven que la pretendía por esposa, válese de todos los medios imaginables para llegar al logro de su designio. Ya la obliga á engalanarse más que las demás hermanas, para mejor hacer lucir las gracias que naturaleza había derramado en su semblante: ya la proporciona diversiones y placeres de todo género, para aficionarla al mundo y á sus encantos; y unas veces por sí, otras por medio de sus amigos, siempre, en cualquier ocasión, aprovechaba cuantas circunstancias pudiesen favorecer su empresa. Largo y cruel martirio padeció la inocente y virtuosa vírgen al ver que por todas vías la asediaban para arrancarle el tesoro más precioso que poseía. Ni su profunda humildad, ni su sufrido silencio, ni súplicas, ni ruegos, ni lágrimas bastaron para desimpresionar á su padre de aquella idea para ella tan funesta. Solo Jesucristo era su consuelo; ante sus divinos piés hallaba únicamente reposo su alma angustiadísima. Allí derramando virginal llanto, renovaba sus protestas de fidelidad eterna; y allí Jesucristo, que prendado de la inocencia de su corazón, la quería por esposa, confortábala y la revestía de un valor heróico para resistir á los continuos y recios combates que daban á su inocencia. Intenten ahora hacerla olvidar su vocación al estado religioso, privándola de toda comunicación que pueda fomentar sus deseos. No por esto se desanima y acobarda. «Monja he de ser, decía con resolución, llena siempre de una encantadora humildad; vos lo vereis, padre mío; inútilmente quereis que mi corazón se mude; no es posible; de día en día se acrecientan mis deseos.» Tal vez el mal aconsejado padre apelará á otros medios, ora violentos, ora suaves, para vencer á su hija; empleará el artificio manifestándola que siendo tanto su amor hácia ella, no le será posible vivir en su

ausencia, y que no sería creíble que intentase privarle de este consuelo en su ancianidad. Mas Verónica, sin dejarse conmovér de este lenguaje seductor, contesta: «¿Cómo quereis, padre mío, que así lo haga, si el Señor me quiere para esposa suya? Él es mi supremo padre á quien yo no ménos que vos debemos obedecer, y así es preciso que os conforméis con su divina voluntad.»

Ya parecía haber conseguido el triunfo apetecido nuestra vírgen magnánima. Al ver al autor de sus días conmovido con su respuesta, lisonjeábase de haber rendido aquella fortaleza al parecer inexpugnable; pero se engaña: todavía la faltan combates que sufrir para completar su victoria. Conducida á Mercatelo á casa de un tío suyo, ve levantarse nuevas borrascas contra su inocencia. Sus domésticos son otros tantos enemigos de su vocación; sus mismas hermanas la hablan un lenguaje mundanal, que la disgusta sobre manera. Si pide licencia para visitar el monasterio de santa Clara, se le niega bajo las más severas leyes; si se entrega á los ejercicios de piedad, se procura distraerla de ellos con ocupaciones de diversa especie; si habla de asuntos que digan relación á sus deseos, se le impone el más estricto silencio. ¡Jesús dulcísimo! ¿Es posible que de esta suerte ha de padecer inconsolable la que vos habeis escogido para esposa? ¿Habrà de naufragar en las aguas de la tribulación? ¡Vedla enferma de amor, que desfallece y muere porque no llega el día de lanzarse en vuestros amorosos brazos! ¡Romped vos las cadenas que oprimen el cuello de esa hija de Sion!

Quebrantáronse en efecto los hierros; cesó el cautiverio; llegó el día deseado de la libertad. Verónica triunfa de la oposición del mundo; su inocencia incontrastable vence los obstáculos que se presentan á la realización de sus deseos. En el momento mismo en que creía engalanarse con los laureles del triunfo, el demonio redobla sus ardides; pero Dios á su vez hace un prodigio, y Verónica con indefinible gozo de su alma abandona el mundo en donde había sido un modelo de inocencia que la hizo digna de que Jesucristo la eligiese por su esposa, y entra en el monasterio de religiosas capuchinas de Castelo, para ser entre las hijas del serafín llagado, un dechado de virtud y perfección, cuya hermosura obliga á Jesucristo á manifestarla su amor con toda especie de celestiales carismas. Ved aquí lo que vais á oír en la

SEGUNDA REFLEXION.

No es cosa extraña, católicos oyentes, que Jesucristo se muestre tan amante de las almas puras é inocentes, cuando él mismo ha protestado que tiene sus delicias en morar con los hijos de los hombres. Si aun con los mismos pecadores se manifiesta tan cariñoso y tierno, ¿qué no hará con aquellos que procuran corresponder á sus divinas inspiraciones, y fieles en practicar sus divinos preceptos, viven para él únicamente, sin desear otra cosa que aquello que es de su divino agrado? Sube empero de todo punto este amor de Jesucristo respecto de aquellas almas que, renunciando heroicamente á todo lo visible, y fijando sus pensamientos en lo invisible é imperecedero, se sacrifican ante las aras del amor como hostias de placacion y de alabanza, y se unen con los lazos indisolubles de los votos religiosos al esposo inmortal de las vírgenes. ¡Cuán perfecto fué el sacrificio de la ilustre Verónica de Juliani desde el momento en que se vió dentro de los atrios del Señor! ¿Qué hay ya para mí en el cielo (pudo muy bien decir con el Profeta), ni qué puede ofrecerme la tierra capaz de llenar mis deseos, fuera de tí, oh esposo de mi alma? Mícarne desfallece, y mi corazón se pierde en tu divino seno; porque tú solo eres mi Dios y mi herencia para siempre (1).

Diríase ciertamente que la inocente virgen Verónica dejó de vivir para sí tan luego como fué recibida en el número de las hijas del seráfico patriarca; pues, á imitacion de este grande héroe, todos los momentos de su existencia fueron en lo sucesivo consagrados exclusivamente á Jesucristo, sin que en sus pensamientos, ni en sus afectos ni en sus operaciones tuviera otro objeto que la voluntad santísima del que la eligiera para esposa suya. Sujeta en un todo á la direccion del mismo Jesucristo, que la dió las reglas espirituales que debía observar para caminar á la mayor perfeccion, sin perjuicio empero de someterse á la voluntad del que en nombre suyo dirigia su conciencia en el tribunal sagrado, jamas ejecutó cosa alguna por su propio movimiento, aun cuando la pareciese ser buena y perfecta. Sus superiores eran para ella como otras tantas divinidades, cuyas

(1) *Psalm. 72. v. 25 et 26.*

palabras eran oráculos, y cuyas insinuaciones respetaba como otros tantos preceptos. Inútilmente intentó el enemigo comun apartarla del verdadero camino, revistiéndose de todas formas y adoptando cuantos disfraces juzgó podian contribuir al logro de sus infernales designios. Ora se la aparece bajo el aspecto de su misma maestra, y la aconseja y manda que se abstenga de dar cuenta á su director del estado de su conciencia, y que ella misma se dirija por el camino comun de la virtud. Ora revisitiéndose de la imágen del mismo Salvador, la presenta un gran libro, y la dice que allí únicamente es donde debe buscar las reglas de la perfeccion. Verónica, ilustrada del cielo, penetra los amaños del demonio, y con heroica resolucion le dice: « ¡Apártate, bestia infernal: yo no necesito de tus libros, ni quiero otro que el del Crucificado y la voluntad de Dios! »

Con tan felices auspicios Verónica no podia ménos de correr con pasos agigantados en la perfeccion religiosa. Si se contempla su fe, era tan héroica, que ni aun escuchar queria la menor palabra que se dirigiese á inquirir el modo ó el por qué de algun misterio; diciendo con entereza, que á la criatura solo toca creer y no indagar. Digna por cierto de que el Señor, á quien en todo momento tenia presente en su memoria, se dejase ver frecuentemente á su lado, conversando con ella con admirable familiaridad. Si se hace atencion á su esperanza, esta jamas pudo ser turbada á pesar de los recios ataques y de las continuas tentaciones con que se vió combatida. En medio de sus mayores angustias, ved aquí cómo se expresaba aquella grande alma: « Cuanto mas pienso en la grandeza de Dios, mas valor saco para combatir contra todo el infierno. Sé bien que nada soy, nada puedo, nada valgo; y así siempre estoy firme en la consideracion de mi nada; y mientras mas profundizo en el abismo de mi nada, mas llevada me siento á la consideracion de los divinos atributos. Deténgome en el de la divina misericordia, y allí como en un espejo veo resplandecer el amor y caridad de Dios en los beneficios que me ha hecho y hace de continuo... En su caridad y amor espero cuando tengo esta vista de mi nada, y de que nada puedo sin la gracia de mi Dios (1). » Concedid, si os es posible, expresiones mas subli-

(1) *Salvatori en la vida de la santa, refiriéndose á sus escritos, lib. 3. c. 2. pág. 214.*

mes y que mejor persuadan su imperturbable esperanza en Dios. Y su caridad? Ah! ¿quién no la vió inflamada siempre en un fuego consumidor que la hacia salir fuera de sí misma, y convidar á las criaturas todas á alabar, engrandecer y amar á su Dios? ¿Cómo se complacia en llamar á Jesucristo esposo de su alma! ¿Cuán elocuente era su voz toda vez que hablaba de las perfecciones y atributos de la Divinidad! Díganlo sus mismas religiosas, que al oirla discurrir acerca del amor divino, se deshacían en copioso llanto, se sentían abrasadas en una llama consumidora, y juzgaban ver en Verónica un ángel ó un serafin celeste. ¿Cómo era posible que el divino esposo no correspondiese á este amor de su esposa con un amor singular y sin límites?

Temo, señores, que la maledicencia de ciertos espíritus carnales y materializados no me tachen de preocupado y visionario, si refiero algunos de los carismas con que fué enriquecida el alma de esta virgen insigne. Empero ¿cómo pudiera yo privar á las almas verdaderamente virtuosas del grato placer de oírlos? No lo haré pues: hablaré, y si el mundo no entiende este lenguaje, comprenderánlo los que como Verónica saben amar á Jesucristo. Al modo que el Salvador, queriendo oír de la boca de su querido apóstol san Pedro una confesion de su heroica caridad, le preguntó un día por tres veces: «¿Pedro, me amas?», tambien apareciéndose á nuestra ilustre virgen en un día de Pascua, la dirigió estas palabras: «¿De quién es ese corazon?... Vuestro es, Señor, respondió Verónica... ¿De quién es ese corazon?, repuso Jesucristo... Vuestro es, volvió á contestar la virgen amorosa... ¿De quién es ese corazon?, preguntó por tercera vez el divino esposo, y respondióle: Vuestro es, Dios mio.» Jesus tomándole en sus manos, dijo; pues si es mio, yo le colocaré donde debe estar, y mostrándola su divino corazon, puso sobre él el de su esposa, quedando esta abismada en un volcan de amor (1).

¿Cuál sería en adelante la vida de Verónica, sino una vida de amor, de cruz, de mortificacion, una vida de semejanza con aquel que habia tomado posesion de su corazon de un modo tan extraordinario? Su desprendimiento fué universal. Contenta con el hábito mas pobre y remendado, en nada se distinguia de

(1) *Salvatori en el lug. cit. c. 2. pág. 217.*

sus súbditas, siendo superiora, mas que en su mayor abatimiento, y en una humildad profundísima que la hacia admirar de todas. Su mortificacion fué inimitable. Una túnica erizada de espinas cubria sus virginales miembros; sangrientas disciplinas despedazaban su cuerpo; láminas candentes abrasaban su pecho. Ora se lanzaba en medio de punzadores abrojos hasta regar el suelo con su sangre y quedar casi exánime; ora se picaba con manojos de alfileres y se rasgaba con peines de hierro; ya pasaba horas enteras suspendida de una cuerda que ataba á sus muñecas; ya... Dios mio! ¿Solo vos podeis infundir un valor semejante en un sexo tan débil. Solo vos pudisteis inspirar á Verónica un fervor que hubiera pasmado á los mismos mártires! ¿Y á quién no hubiera pasmado ver á la santa virgen hecha una viva imágen de toda la pasion de Jesucristo? Aquí la contemplaréis ceñidas sus sienes por manos del Salvador con una corona de espinas, cuyo dolor intensísimo experimentó todos los días de su vida: allí vereis traspasado su pecho con un dardo que le hizo brotar sangre en abundancia, y dejó impresa para siempre una llaga indeleble: ya taladrados sus piés y manos con unos clavos que, aunque espirituales, fueron en sus efectos tan dolorosos como si hubiesen sido de hierro: ya en fin sus miembros afligidos con todos los dolores, y su alma angustiada con todas las amarguras que el Salvador sufriera desde el huerto hasta el Calvario.

Oh esposo de sangre! ¿Bien podeis asegurar que sois todo de vuestra esposa Verónica! Y Verónica á su vez ¿no podrá tambien decir que es toda vuestra? ¿Qué la falta para ser la imágen perfectísima de la cruz? El cáliz que la manifestasteis un día en señal de que la destinabais á beber con vos el amargo licor de los padecimientos, ¿no lo ha apurado ya hasta las heces? ¿Queda en su cuerpo parte alguna que no esté marcada con el sello de vuestra pasion acerbísima? ¿No la habeis visto ya hecha una mujer de dolores? ¿Qué resta para completar el divino desposorio que con ella hicisteis, y la donacion perfecta que ella os hiciera de su amante corazon? Tiempo es ya que la conduzcais al monte santo á coronarla con la diadema inmortal, entre las esposas del eterno Cordero, en donde sin cesar entone el himno perpetuo de bendicion y gloria con los ángeles y bienaventurados.

Llegó este día, católicos; Jesucristo, satisfecho de la virtud

heróica de su esposa, y tiernamente prendado de la hermosura de su alma, la llevó para sí, despues de haberla colmado de toda especie de dones que la hicieron admirar de cuantos llegaron á conocerla. No solo en su vida, sí que tambien despues de su preciosa muerte, su memoria fué grata en todo el orbe católico. Los prodigios sin cuento que ilustraron su sepulcro, extendieron la fama de su santidad hasta los mas remotos climas. La voz del Vaticano declaró sus virtudes en grado heróico, y hechos los competentes exámenes, y aprobados los milagros obrados por su intercesion, por la santidad de Pio VII, fué beatificada solemnemente, y colocadas sus imágenes en los altares para recibir el culto de los fieles. No bastaba esto para completar la gloria de la ilustre vírgen de Mercatelo. Los pueblos ansiaban el momento de verrealizada la solemne canonizacion de una bienaventurada, que por donde quiera hacia brillar prodigios sin cuento y derramaba gracias extraordinarias en cuantos á su mediacion acudian. No tardó este en llegar. Nuestro inmortal pontífice Gregorio XVI ha llenado cumplidamente los deseos de toda la iglesia. Nuestra insigne vírgen ha recibido los honores de santa, y tal la aclaman ya los fieles hijos del cristianismo.

¡Oh feliz y mil veces dichosa Verónica de Juliani! Recibe el tributo de alabanza que hoy te ofrece este piadoso pueblo congregado á celebrar tus virtudes, y á dar gracias al cielo por los beneficios que por tu intercesion recibimos. No olvides á estos tus devotos que llenos de confianza derraman ante tu altar fervientes plegarias en favor de la iglesia, de la religion y de este suelo tan fecundo en religioso ardor por su religion, como en desgracias é infortunios. Consíguenos de Jesucristo, que tan apasionado se mostró de tu corazon, y que te eligió por esposa suya, fidelidad para servirle hasta la muerte; á fin de que esta sea el momento dichoso de nuestro tránsito á la inmortal Jerusalen de la gloria.

SERMON

DE SAN VICENTE FERRER.⁽¹⁾

(DE CLIMENT.)

Non potest civitas absconbi supra montem posita.

Una ciudad que está puesta sobre un monte, no puede esconderse.

S. Mateo, c. 5. v. 14.

No siempre han de ser indóciles los israelitas, Ilustrísimo Señor. No siempre ha de ser su cerviz inflexible al yugo de los divinos preceptos. Mande Moises en el Levítico que celebren con la mayor solemnidad la Neomenia del sétimo mes, que en este dia se abstengan del trabajo, que ofrezcan á Dios holocaustos, que toquen clarines ó trompetas armoniosas. Mande David en sus Salmos lo mismo, diciéndoles que ese precepto les impuso el Dios de Jacob; que yo salgo fiador de su obediencia. Porque contemplo que tienen presente en su memoria el beneficio que, segun entiende mi angélico maestro santo Tomas, se les acuerda en este dia haberles hecho Dios, enviando un ángel del cielo para que detuviera el brazo de Abraham, cuando estaba para descargar el golpe sobre el cuello de Isaac. Y porque tambien contemplo que están inclinados y prontos á cumplir lo que Moises y David les mandan.

Por la misma razon, oyentes míos, no tengo el menor reparo de exhortaros á que hagais en este dia lo que hacian en aquel los israelitas. Porque ¿no le consagrais al culto de un santo que naciendo en nuestra patria la acarreó el mayor ho-

(1) Predicado en la metropolitana de Valencia en el dia de su festa.

heróica de su esposa, y tiernamente prendado de la hermosura de su alma, la llevó para sí, despues de haberla colmado de toda especie de dones que la hicieron admirar de cuantos llegaron á conocerla. No solo en su vida, sí que tambien despues de su preciosa muerte, su memoria fué grata en todo el orbe católico. Los prodigios sin cuento que ilustraron su sepulcro, extendieron la fama de su santidad hasta los mas remotos climas. La voz del Vaticano declaró sus virtudes en grado heróico, y hechos los competentes exámenes, y aprobados los milagros obrados por su intercesion, por la santidad de Pio VII, fué beatificada solemnemente, y colocadas sus imágenes en los altares para recibir el culto de los fieles. No bastaba esto para completar la gloria de la ilustre vírgen de Mercatelo. Los pueblos ansiaban el momento de verrealizada la solemne canonizacion de una bienaventurada, que por donde quiera hacia brillar prodigios sin cuento y derramaba gracias extraordinarias en cuantos á su mediacion acudian. No tardó este en llegar. Nuestro inmortal pontífice Gregorio XVI ha llenado cumplidamente los deseos de toda la iglesia. Nuestra insigne vírgen ha recibido los honores de santa, y tal la aclaman ya los fieles hijos del cristianismo.

¡Oh feliz y mil veces dichosa Verónica de Juliani! Recibe el tributo de alabanza que hoy te ofrece este piadoso pueblo congregado á celebrar tus virtudes, y á dar gracias al cielo por los beneficios que por tu intercesion recibimos. No olvides á estos tus devotos que llenos de confianza derraman ante tu altar fervientes plegarias en favor de la iglesia, de la religion y de este suelo tan fecundo en religioso ardor por su religion, como en desgracias é infortunios. Consíguenos de Jesucristo, que tan apasionado se mostró de tu corazon, y que te eligió por esposa suya, fidelidad para servirle hasta la muerte; á fin de que esta sea el momento dichoso de nuestro tránsito á la inmortal Jerusalen de la gloria.

SERMON

DE SAN VICENTE FERRER.⁽¹⁾

(DE CLIMENT.)

Non potest civitas absconbi supra montem posita.

Una ciudad que está puesta sobre un monte, no puede esconderse.

S. Mateo, c. 5. v. 14.

No siempre han de ser indóciles los israelitas, Ilustrísimo Señor. No siempre ha de ser su cerviz inflexible al yugo de los divinos preceptos. Mande Moises en el Levítico que celebren con la mayor solemnidad la Neomenia del sétimo mes, que en este dia se abstengan del trabajo, que ofrezcan á Dios holocaustos, que toquen clarines ó trompetas armoniosas. Mande David en sus Salmos lo mismo, diciéndoles que ese precepto les impuso el Dios de Jacob; que yo salgo fiador de su obediencia. Porque contemplo que tienen presente en su memoria el beneficio que, segun entiende mi angélico maestro santo Tomas, se les acuerda en este dia haberles hecho Dios, enviando un ángel del cielo para que detuviera el brazo de Abraham, cuando estaba para descargar el golpe sobre el cuello de Isaac. Y porque tambien contemplo que están inclinados y prontos á cumplir lo que Moises y David les mandan.

Por la misma razon, oyentes míos, no tengo el menor reparo de exhortaros á que hagais en este dia lo que hacian en aquel los israelitas. Porque ¿no le consagrais al culto de un santo que naciendo en nuestra patria la acarreó el mayor ho-

(1) Predicado en la metropolitana de Valencia en el dia de su festa.

nor, la mayor gloria y la mayor dicha? ¿No es nuestro paisano san Vicente Ferrer un ángel tutelar, que ha detenido muchas veces, no el brazo de Abrahan sino el del mismo Dios, cuando, justamente irritado, estaba para sacrificar á su venganza nuestras vidas y las de nuestros padres? Y por otra parte ¿no estoy viendo que en este día suspendeis el trabajo, que frecuentais los templos, que rebosa en vuestros rostros la alegría del corazon? ¿Cómo pues he de presumir que desatendais mis ruegos? Ea, os digo con confianza, y con las palabras del real Profeta: solemnizad esta insigne fiesta: vosotros sois los mas obligados: á vosotros se dirige el precepto.

Pero no quisiera, señores, que en todo os asemejarais á los israelitas, que ejecutando sin violencia y con gusto cuantas ceremonias exteriores prescribia la sinagoga en sus fiestas, no se conformaban con su espíritu: sus demostraciones eran mas profanas que sagradas, mas bien acciones de irreverencia que actos de religion; supuesto que Dios se explicó por Isaías (1) diciéndoles: me son abominables vuestros inciensos: no puedo sufrir vuestras Neomenias: son inicuos vuestros cultos: *Incesum abominatio est mihi: Neomeniam non feram: iniqui sunt cultus vestri*. No quisiera, digo, que imitarais á los israelitas en el sacrilego modo de celebrar las fiestas; y que por eso os hicierais reos de la indignacion de Dios, que debeis aplacar en este día por la intercesion de san Vicente. No. No ha de reducirse la devocion que le teneis á exterioridades, y ménos á exterioridades que le son injuriosas, y solamente sirven para profanar esta sagrada festividad.

Porque bien sabeis, señores, que el precepto que nos obliga á santificar los domingos y días de fiesta nos manda una cosa y nos prohíbe otra. Nos manda dar á Dios el debido culto con sacrificios, oraciones y otros actos de la virtud de la religion; y para que podamos practicarlos nos prohíbe las obras serviles ó mecánicas que se ejercitan con las fuerzas del cuerpo. Y aun con mas rigor que estas prohibia la antigua disciplina eclesiástica á los cristianos las diversiones mundanas: porque se miraban y deben mirarse ó como pecados, ó como peligros manifiestos de cometer pecados; que son, como se explica santo Tomas, las obras mas serviles, la esclavitud mas ignominiosa, lo

(1) *Isai. c. 1. v. 10.*

que mas nos aparta del servicio de Dios, y lo que mas se opone á la santificacion de nuestras almas y de las fiestas. De suerte que en sentir del mismo santo doctor, quebrantan mas este precepto los que destinan los dias festivos para ir á las casas del juego, de la conversacion y á los teatros, en que ofenden á Dios con blasfemias y con torpezas, que no los que trabajan en el campo.

Son discípulos de Epicuro los que piensan que el descanso corporal que prescribe la iglesia en los dias festivos tiene por fin, no el ejercicio de las virtudes, sino el infame desahogo de las pasiones: son sacrilegos los que juzgan que este día con especialidad deben celebrarle con juegos, con devaneos, con escandalosos desacatos. ¿Acaso es san Vicente algun dios de la gentilidad? ¿Ha de ser este día época fatal en que comience á triunfar la vanidad, la gula, la lascivia, de la humildad, de la parsimonia y de la modestia cristiana? ¿Ha de ser hoy Valencia semejante á Roma idólatra de Baco? ¿Ni aun los templos han de ser sagrado en donde se recoja la piedad? ¿Han de verse en ellos torpes irreverencias? ¿Han de oirse descompuestas risadas? ¡Qué desórden! ¡Qué mal conocen á nuestro santo los que por obsequiarle le tributan tan profanos é inicuos cultos! Teman el castigo de la mano de quien esperan recibir el premio. Teman no les consuma Vicente con aquel fuego infernal que consumió á dos jóvenes que ofendian á Dios, al mismo tiempo que le estaban oyendo declamar contra los vicios. Pues en el cielo no ménos que en la tierra abomina de las abominaciones que se cometen con el pretexto de su devocion.

Pero vosotros, fieles míos, que venis á este templo á venerar á nuestro santo cristianamente, y atraídos de un verdadero espíritu de religion; depuesto todo temor, alegraos con la mas santa alegría, hija de la confianza que debe daros su poderoso patrocinio y el testimonio de vuestra propia conciencia, que limpia de las culpas es, á juicio de san Agustin, la mayor disposicion para celebrar las sagradas festividades. Y aun si quereis seguir el consejo de este gran padre de la iglesia, procurad que la veneracion que profesais á Vicente llegue á ser perfecta, pasando á ser imitacion de sus virtudes. Yo me empeño en cuanto esté de mi parte á contribuir al logro de vuestro designio, proponiéndosle esta mañana por ejemplo de humildad y de penitencia.

San Mateo compara á Vicente en nuestro Evangelio á una ciudad, que erigida sobre el monte mas elevado, desde muy léjos se descubre. *Non potest civitas abscondi supra montem posita.* Pero yo no me atrevo á subir á su cumbre, á entrar en ella; en el alma, digo, de un doctor, de un taumaturgo, de un profeta, de un apóstol, para ver el palacio mismo de la sabiduría, el trono de la omnipotencia, el tribunal de la misericordia, los consejos de la divina Providencia. Porque esta empresa es superior á mis fuerzas. Ni aun me atrevo á poner los ojos en sus muros llenos de esmeraldas, de diamantes, de topacios y de zafiros: porque estas piedras preciosas que vió san Juan en la Jerusalem triunfante, símbolos de la caridad, del celo, de la sabiduría, de la fortaleza y de las demas virtudes que adornaron el alma de Vicente, despiden de sí tantas luces, que me deslumbran y deslumbrarán á cualquiera que tenga la vista ménos perspicaz que el águila del Apocalipsis. Bajaré pues la vista, me arrimaré á la falda de aquel monte, registraré los cimientos sobre que estriba fábrica tan excelsa, y la senda por donde subió Vicente á transformarse en ciudad tan prodigiosa, y confío encontrar luego con su humildad y con su penitencia. Porque la humildad es, como enseña san Agustín, el fundamento de la perfeccion. La penitencia, segun san Bernardo, es el camino que guía á la cumbre de la santidad; y así sin apartarme de aquella ciudad, ni del asunto que me he propuesto, puedo haceros ver en lo dilatado del generoso ánimo de Vicente las estrecheces de su humildad; y entre los atractivos de un genio dulce los rigores de su penitencia. Atendedme, os ruego, y admiraréis en nuestro gran santo un humilde magnánimo, y un penitente afable.

PRIMERA PARTE.

Tal vez os parecerá temeridad el que me haya empeñado á manifestar la virtud de la humildad de san Vicente: porque á vuestro juicio se hallarán en su vida pocos hechos que la comprueben. Esta virtud, me direis, es muy propia de los pecadores, á quienes su misma conciencia aflige, el peso de sus pecados abate, y obliga á que arrepentidos reconozcan la miseria de su estado: ó á lo mas podrá encontrarse la humildad en aquellos santos que, escondiéndose en los desiertos, sepultándose en las cuevas, ó retirándose á los claustros, huyen de las

honras y dignidades del mundo, cierran todas las puertas y las ventanas por donde se introduce el sutil aire de la vanidad.

No hay duda, señores, que estos viven ménos expuestos al riesgo de desvanecerse; pero por lo mismo su humildad es ménos heróica que la de aquellos que no la pierden entre los aplausos. ¿Quién celebra la habilidad de un piloto que gobierna con acierto su bajel en la bonanza del mar? Pero ¿quién no admira la destreza del otro que en la mas deshecha borrasca librándole del naufragio le conduce al puerto? ¿Quién cree que son hondas las raíces del tomillo, porque no le arranca un aire impetuoso? Pero ¿quién duda de la robustez de un cedro que colocado sobre la cumbre de un monte, no le dobla un furioso torbellino? Cuantos viven por su insuficiencia ó su desgracia desatendidos del mundo, son como hierbas que arrimadas á la tierra, solo nacen para ser pisadas: son como naves que calmando el aire, no se mueven; y así no es mucho que ellos no se ensoberbezcan. Pero es de admirar que Vicente se mantuviera humilde, combatido de los mas violentos soplos de la vanidad: pues fué como el mas elevado cedro del Líbano, como la nave de mas alto bordo: sobresalió tanto en el mérito y en la gloria entre los mas célebres varones de su siglo, cuanto se descuella un cipres entre débiles mimbres.

Y no podeis pensar, señores, que son hipóboles mis expresiones. Porque ¿no estais viendo que apenas nace Vicente, se conmueve Valencia admirada de los extraordinarios favores que le dispensa el cielo? ¿Y que al mismo paso que va creciendo en los años, crece en la estimacion de sus paisanos? ¿No estais viendo que á pesar de los esfuerzos con que su humildad pretende ocultarle á los ojos del mundo, retirándose á los claustros de este venerable insigne convento de Predicadores, la fama toma de su cuenta y logra divulgar la excelencia de sus virtudes por todo el orbe? ¿Hay en el nacion tan bárbara que no le conozca y le venere? España, Francia, Italia, Alemania, Inglaterra van á porfia en obsequiarle: Granada, cuando mas ciega en las supersticiones mahometanas, abre los ojos para verle y aclamarle profeta. Y entre los particulares ¿se encuentra alguno que deje de venerarle? Los pontífices le ruegan que admita el capelo y las mitras de Lérida y de Valencia. Cuatro reyes y dos reinas le eligen árbitro de sus conciencias y de sus voluntades. Los príncipes soberanos salen de sus palacios, y toman-

do del diestro del jumentillo en que va montado, le introducen triunfante en sus cortes. El vulgo por su naturaleza vario é inconstante, deja de serlo en su obsequio: pues entre tantos no se halla un malignante, que descubriendo en él alguna falta ó seña de vanidad le llame hipócrita.

Así, señores, os hago ver sin detenerme á ponderar sucesos que claramente convencen, que fué tan inmensa la gloria, como profunda la humildad de Vicente. Porque deseo llegar y llevaros á aquel célebre congreso de Caspe, en que se me representa como uno de los nueve jueces diputados para señalar sucesor en la corona de Aragon al difunto rey don Martin. Pero ¿qué digo uno de los nueve? Se me representa como único elector: pues los demas, venerándole intérprete de la divina voluntad, desfieren en todo á su dictámen, suscriben sin la menor réplica su voto, habiéndole ántes dicho lo que los israelitas á Samuel: señálanos el rey que nos ha de gobernar (1): *Constitue nobis regem, qui judicet nos*. Y así como aquel profeta, advertido por divina inspiracion de los méritos de Saúl, le declaró en los campos de Masfa rey de Israel; así tambien Vicente desde un elevado teatro, en presencia de toda la nobleza de estos reinos y de los embajadores de tantos príncipes pretendientes, aclamó rey de Aragon á don Fernando, infante de Castilla.

Parece que Dios constituyó á nuestro santo como á Jeremías, superior á todos los reinos y reyes de la tierra (2). *Ecce constitui te super gentes et super regna*. Pues no bien acaba de dar en Caspe una corona, cuando pasa á Perpiñan á quitar una tiara. Solo en los reinos de España era reconocido Benedicto pontífice sumo. A ménos que el rey de Aragon no le negara la obediencia, no podia acabarse aquel cruel cisma que por mas de cuarenta años tuvo rasgada, ya en dos, ya en tres pedazos la túnica inconsútil de la iglesia. Batallaban en el corazon de aquel príncipe el celo de la religion y la ley del agradecimiento. Quisiera cumplir á un tiempo con las obligaciones de católico, y de amigo y deudor de Benedicto; y hubiera pasado aquel nudo á hacerse indisoluble, si no le hubiera cortado la espada de la voz de nuestro santo. Lo mismo fué decirle al rey que habia llegado ya el caso de negar la obediencia á aquel

(1) *I. Reg. c. 8. v. 5.* (2) *Jerem. c. 6. v. 10.*

terco infeliz prelado, que ejecutarlo toda España, y aparecer el arco iris que aseguró la paz de la iglesia. Entónces se le dobló á Vicente la estimacion en el mundo; entónces le escribió aquel gran canceller de Paris Juan Gerson con el mismo respeto que pudiera á san Pablo; entónces le consultó el concilio de Constanza sus dudas, bajando el mismo cielo estrellado á men-digar las luces de este resplandeciente sol de la iglesia.

Subió tan alto el mérito de nuestro santo en el concepto de todos, que fuera ménos temeridad que en Luzbel pretender entrarse por fuerza en los cielos, y colocar su trono junto al del Altísimo (1). Pero estuvo tan léjos Vicente de ensoberberse, que si á aquel espíritu rebelde se le hubiera de haber señalado un custodio, no pudiera haberse escogido otro mas á propósito que nuestro santo. Por ventura le hubiera contenido en el respeto debido á su Criador el ejemplo de este corazon reverente, que de un puñado de barro supo erigirle á su Dios un templo; se hubiera confundido al oírle decir, que se reputaba estiércol vilísimo, abominable, indigno del hábito de Domingo; se hubiera humillado al verle retroceder de los umbrales de un cementerio, y arrodillarse para besar la tierra que cubria los cuerpos de unos monjes venerables. ¿Puede hallarse humildad mas profunda, ni mas acrisolada al fuego de los aplausos? ¿Juzgais necesario para prueba de sus quilates, que se le aplique otra nueva piedra de toque? ¿Quereis ver humilde á Vicente en honras inauditas y aun imposibles? Decídmelo, señores, no tengais reparo; que me será fácil satisfaceros: porque puedo todavía deciros que vence Vicente un imposible, que falsifica aquel adagio, aquella máxima de Jesucristo (2): *Non est propheta sine honore, nisi in patria sua*. Pues es venerado profeta en su patria, entra en ella bajo palio, en procesion solemne, acompañado de su magistrado y de toda la nobleza, con mas vítores y aclamaciones del pueblo que Alejandro en Babilonia.

No puedo sufrir en verdad se diga que salió Vicente enojado de Valencia, que la trató de ingrata, que la amenazó con que no gozaria sus reliquias, cuando no hubo jamas santo ni mas venerado, ni mas amante de su patria. Bien acreditan los valencianos su veneracion con las demostraciones con que le reci-

(1) *Isai. c. 14. v. 13.* (2) *Matth. c. 13. v. 57.*

ben, con el gusto con que le entregan el absoluto dominio de sus haciendas y de sus vidas, y con las lágrimas que derraman al despedirse. Bien acredita Vicente su fino amor con las ansias que enfermo en Vanez tiene, con los esfuerzos que hace por volver á morir en Valencia.

Dígase pues que fué Roma ingrata con los Escipiones, Cartago con los Anibales, Atenas con los Aristides, Judea con sus profetas y con Jesucristo; pero no se diga que fué ingrata Valencia con Vicente. La gloria que no logró Cristo en Judea, la concedió á Vicente en su patria, ó para premio, ó para prueba de su humildad. El mismo confesó que este fué el mas fiero asalto que le dió la vanidad, por aquellas palabras: *Va, y viene*; pero él mismo nos aseguró de su resistencia, por las otras: *Aunque por la gracia de Dios, no se detiene*. ¿No habeis visto cuando el mar en una tempestad se abre en calles, y el bajel que corre tormenta, ya sube á encallar en las nubes, ya baja á estrellarse en las arenas? Pues así la vida de Vicente fué un mar siempre tempestuoso, en que las olas de los aplausos se seguian unas á otras, y entre ellas se sepultaba nuestro santo en los abismos de la nada, traído de la consideracion de su frágil naturaleza, para despues dejarse ver en la cumbre de la gloria.

En semejantes borrascas unos no escarmientan, sino que muy satisfechos de sí mismos, por su propio capricho se engolfan mas en el mar de las glorias del mundo, sin reparar en lo débil de sus virtudes; y naufragan en castigo de su temeraria presuncion: otros se acobardan tanto, que por desconfiados, dan en el extremo de la pusilanimidad: muchos de estos pasan plaza de humildes, y no son sino viles y pusilánimes; creen que Dios les premiará su retiro, su inaccion ó su pereza, sin advertir que merecen el mismo severo castigo que dió el Padre de familias al siervo del Evangelio, por haber escondido en la tierra el caudal que le fió, para que le empleara en beneficio suyo y del prójimo, y para mayor gloria de su dueño. Nadie debe fiarse en sus fuerzas, pero ménos debe hacer inútiles los dones con que le ha enriquecido el cielo. De estos dos extremos igualmente viciosos nos libran las virtudes de la humildad y magnanimidad, que aunque parecen opuestas, están tan hermanadas, que hubo quien dudó si una sola bastaba á contentarnos entre lo vano y apocado. La magnanimidad, segun enseña santo Tomas, alienta á merecer y admitir los honores

proporcionados al mérito, y no se halla sino en los muy virtuosos: *Solum competit magnis virtuosis*: porque reside en un ánimo sereno, superior, y desprendido de viles y terrenos afectos.

Esta virtud llegó en Vicente á aquel supremo y heróico grado en que, en sentir del mismo angélico Doctor, pasan las virtudes á ser dones del Espíritu santo: y sucede cuando ya no se gobierna el hombre por las leyes ordinarias de la razon, sino por divino superior instinto. Por eso al modo que en algunos cristianos de los primeros siglos de la iglesia, el esperar constantes el martirio, presentarse ante el tirano y arrojarse en las hogueras, se atribuía al don de fortaleza; así tambien el haber nuestro santo no solo admitido, sino deseado los honores que habeis oído, se debe atribuir al don de magnanimidad. Porque ¿son los aplausos ménos tiranos enemigos de la humildad que los Nerones y Dioclecianos de la vida? ¿Interesaba mas la gloria de Dios en la intrepidez con que aquellos héroes buscaban el martirio, que en la animosidad con que nuestro santo apetecia los aplausos? Todos los dirigia la magnanimidad de Vicente á la mayor gloria de Dios, y en su obsequio padecia su humildad un martirio. Bien lo manifestó al entrar en esta ciudad la modestia de su semblante y el temblor de todo su cuerpo. Bien lo publicaron las voces con que entre los victores del pueblo clamaba afligido con el real Profeta (1): *Non nobis Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam*. Ceda todo, Señor, en mayor gloria de tu nombre. Se consideraba Vicente legado á *latere* y plenipotenciario de Cristo para tratar las paces entre Dios y los hombres; y por su carácter no podia excusar aquellos honores en que se interesaba la gloria de su soberano; pero apenas cumplia con las funciones públicas de su ministerio, apenas se desnudaba aquel traje de majestad, se recogia á su celda, y postrado á los piés de un crucifijo se aniquilaba en su presencia, temia no quedara en su corazon algun apego á la vanagloria, y buscaba como el penitente rey la humildad entre los ayunos y mortificaciones: *Humiliabam in jejunió animam meam* (2). Se miraba entónces como pecador, vestido de rebeldes infames pasiones, y las domaba con el azote de la mas áspera penitencia, como veréis en mi

(1) *Psalm.* 113. v. 1. (2) *Psalm.* 34. v. 13.

PARTE SEGUNDA.

Entre todas las virtudes escogió el real profeta David la humildad y la penitencia para ofrecer á Dios un sacrificio. No buscó como en los solemnes sacrificios de la ley antigua, la caridad en lo tierno, ó la pureza en lo cándido de la víctima, sino que echó mano de un corazón cárdeno por la penitencia y amortiguado por la humildad, asegurándonos que no puede dejar de ser acepto á Dios el sacrificio de un corazón humilde y penitente: *Cor contritum et humiliatum Deus non despiciet* (1). Pero no nos dijo qué tierra produce estas víctimas tan agradables á Dios. ¿Por ventura se encontrarán en el estéril país de los pecadores, que obstinados ni benefician la lluvia de las divinas gracias, ni producen frutos de penitencia? ¿Acaso se hallarán entre aquellos que sin incomodarse ni hacerse violencia creen satisfacer sus pecados con los ejercicios de una tibia piedad? ¿Entre aquellos que hechos á las delicias y á los regalos, se horrorizan de oír el nombre de penitencia; la destierran de las ciudades, é infamemente sin pensarlo renuncian á favor de los anacoretas el derecho que penitentes tendrían al reino de los cielos?

Si hubiéramos de tomar el consejo que estos nos dan, era preciso entrar en los desiertos, para encontrar en el Bautista, en Pablo, en Antonio ó en sus discípulos un corazón humilde y penitente. Pero en verdad no es menester, oyentes míos. Porque para su desengaño, para vuestro ejemplo y para mayor maravilla, vereis en el jardín del mundo entre flores y suavidades, los abrojos y las espinas de la penitencia. Vereis en los claustros y en los palacios á nuestro santo penitente. Apenas vistió el sagrado hábito de Domingo, comenzó á atormentar su cuerpo con tan ásperas penitencias, que llegó á asustar al demonio, no ménos que Antonio desde la Tebaida. «¿Quién es «este jóven?, decía el maligno espíritu. ¿No bien acaba de «pronunciar los votos de religion y ya es profeso ó consumado «en todo género de virtudes? ¿Ya desde ahora se propone por «ejemplar á su patriarca, para hacerme tan cruel guerra como «aquel invicto batallador de la iglesia? ¿Ya pretende con el

(1) *Psalm.* 50. v. 15.

«ejemplo introducir la reforma en los claustros? Cuando la «peste de este siglo décimocuarto ha quitado la vida de la «mayor parte de los hombres y el vigor á las leyes eclesiásticas, y ha secularizado, digámoslo así, las religiones mas austeras, dejándolas solamente con la sombra y con la apariencia ¿quiere restituir la antigua observancia? No. No ha de «permitirle mi soberanía: he de desvanecer esta tempestad «que amaga contra mi imperio: he de rendir á este jóven por «sorpresa.» Dijo el demonio; y disfrazado de ermitaño entró en su celda á persuadirle que mitigara los rigores de la penitencia, que no ajara la tierna flor de su edad, que diera al tiempo lo que es del tiempo, que guardara la mortificación para los últimos años de su vida, que pasara la juventud entre comodidades y regalos, que despues de haber naufragado en las culpas podía asirse de la tabla de la penitencia.

¡O cuántos en el mundo hablan este lenguaje del demonio! ¡Oh y cuántos jóvenes dejándose persuadir de razones tan halagüeñas difieren la penitencia, y mueren impenitentes! Por cierto que no imitan á nuestro santo, que luego que oyó al demonio, por mas que le viera con la máscara de padre del yermo, le tuvo por padre de la mentira, y en lugar de crearle hizo entónces el propósito de doblar y de no interrumpir jamas la penitencia. Aun en los palacios de los mayores príncipes fué tan abstinentemente como Daniel en el de Nabuco. Pues si alguna vez condescendiendo á sus ruegos, se sentó á comer en su compañía, fué protestando ántes como aquel profeta, que no habían de darle sino un plato de legumbres. Y en todo el discurso de su vida, sano ó enfermo, no comió otra cosa que un plato de legumbres al día; llegando con esto á serle tan connatural el ayuno, que lo mismo fué darle con engaño la duquesa de Bretaña, su enfermera, una taza de caldo, que darle un veneno.

Y fué, señores, igual á la mortificación del gusto, la de todos sus sentidos. ¿No llevó siempre su cuerpo ceñido con ásperos cilicios? ¿No fué su cama el suelo, su almohada una piedra, ó por gran descanso la sagrada Biblia? ¿No fué su sueño tan moderado que siempre se levantó á media noche á rezar maitines, empleando lo restante hasta la mañana en la oración, ó en el estudio? ¿Y á los ayunos y á las vigiliass no añadió todos los días, no una ni dos, sino muchas sangrientas disciplinas? Yo discurro que el corazón de Vicente, oro finísimo por

su caridad, se labró al golpe de los azotes vaso escogido del Señor, para llevar y difundir como Pablo por todo el occidente el suavísimo óleo de la santidad.

¿Qué impresion harían en todos las palabras con que les predicaba penitencia, después de haber con ella castigado su cuerpo como el Apóstol? (1) *Castigo corpus meum*. ¿Qué corazón obstinado podría resistir á la eficacia de su persuasión? ¿Qué mucho que según nos refiere el santo, fuesen en cierta ocasión setenta mil los arrepentidos, siendo setenta mil los oyentes, si á más de la fuerza de su ejemplo, no se oían de su boca discursos que movieran á risa, ó causaran una admiración estéril, sino ayes, lamentos, declamaciones contra el pecado, y amenazas de la divina Justicia? Conocía muy bien Vicente que en el villano corazón de los hombres no hace tanta impresión el amor de la divina bondad, como el temor del castigo ó la esperanza del premio; por eso siempre les proponía á Dios ofendido, irritado juez de sus delitos. Y esto con tal energía, que unos creían hallarse ya delante del tribunal del juicio, otros entre los temblores de su cuerpo pensaban que se abría la tierra para tragarlos.

Pero al mismo tiempo se condolia del infeliz estado de los pecadores, y llorando amargamente como si fuera uno de ellos, con sus lágrimas sacaba lágrimas de las mismas peñas. Entonces les decía lo mismo que Pablo á los corintios: Me alegro de veros tristes, porque vuestra tristeza nacida de vuestro arrepentimiento, es seguro pronóstico de la mayor alegría. Ea, alentaos: no desconfiéis de la divina misericordia. Yo os prometo que amanecerá en vuestras almas el sol de justicia, que serenando con su gracia la tempestad de vuestras conciencias, os dará aquella paz interior que no puede dar el mundo. De esta suerte templando el rigor con la dulzura, poseído del espíritu de penitencia, y adornado con la virtud de la afabilidad, reprendía los pecados y halagaba á los pecadores.

Hay en el mundo algunos que aspirando á ser Catones de la república, paran en ridículos é insufribles. Son fieras bajo el disfraz de penitentes: huyen de los hombres, y se hacen inhumanos: con el pretexto de reformarlos los persiguen: con austeridades indiscretas, haciendo odiosa é inaccesible la vir-

(1) *Ad Cor. c. 9. v. 27.*

tud, antes transforman á los hombres en demonios por la desesperación, que en ángeles por la penitencia. Su conducta tiene gran parte de orgullo; no juzgan buenos, llaman malos á todos los que no son de su genio. Ellos bien pueden ser semejantes á la azucena del campo, con quien compara el Espíritu santo al alma justa: *sicut lilium inter spinas* (1); pero lo serán, no en lo agradable de la azucena, sino en lo áspero de las espinas que la circuyen. Hay otros, y son muchísimos, que estudian en la escuela del César, cómo captar el aura popular. Ambiciosos de la dignidad y de su conveniencia, por no disgustar á los poderosos, no los reprenden. Y cuando son notorias, enormes sus maldades, no pudiendo cohonestarlas, se ingenian por disminuirlas ó con el pretexto de la fragilidad ó con pudo ser que no lo advirtieran. ¡Qué engañosa política! ¡Qué vil condescendencia! Ay! me lamentaré con Isaias. ¡Ay de aquellos que llamais bueno á lo malo! que endulzais lo más amargo! que con el sobrescrito de afables y compasivos lisonjeais el desordenado apetito de los hombres! *Vae qui dicitis malum bonum, ponentes dulce in amarum* (2).

Nuestro gran santo, señores, sin mezcla de estos vicios tuvo juntas las virtudes que admiró Roma divididas en Catón y César. Por eso fué tan bien visto y venerado de los nobles como de los plebeyos, de los justos como de los pecadores: supo ejercitar la virtud de la afabilidad, del mismo modo que lo aprendió en la suma teológica de su angélico maestro santo Tomás; ya alegrando á unos para alentarlos, ya entristeciendo á otros para corregirlos. Ganó la voluntad de todos conformándose con sus costumbres, pero no con sus defectos, sin ser altivo entre españoles, ligero entre franceses, astuto entre italianos, fiero entre ingleses, bárbaro entre alemanes, fué español, fué francés, fué italiano, fué inglés, fué alemán para cada una de estas naciones: fué, para decirlo con san Pablo (3), todo para todos, por salvar á todos.

Vierais que las señoras más delicadas, los príncipes más poderosos, los maestros más sabios deponían las galas, los adornos, las insignias para seguir á Vicente vestidos del saco y del cilicio: vierais que personas de todas clases formaban en su seguimiento una república vaga y penitente: no es de ad-

(1) *Cant. c. 2. v. 2.* (2) *Is. c. 5. v. 20.* (3) *I. Cor. c. 9. v. 22.*

mirar que al imperio de su voz obedecieran los elementos, los demonios, la enfermedad y la muerte; porque es mayor maravilla el que alumbrara Vicente los ciegos entendimientos de los herejes waldenses, que redujera á nuestra fe millares de pecadores. Es mayor maravilla que transformar las ciudades mas licenciosas en Tebaidas de penitentes.

¡O si renaciera Vicente al mundo, para que experimentarais en vosotros mismos los efectos maravillosos de su espíritu afable y penitente! ¡O si desde este púlpito, como en otro tiempo, os predicara humildad y penitencia! ¡Cómo arrojarais las galas profanas, insignias de vuestra vanidad! ¡Cómo os abrazarais con la cruz de la mortificación en castigo de vuestras pasadas culpas!

Pero qué ¿las palabras de Vicente, aunque proferidas por mi torpe lengua, perdieron toda la fuerza que tuvieron en su boca? Qué ¿el diseño que os he dado de su humildad y penitencia no basta á moveros á la imitación? Ay de mí! Malogróse mi trabajo, frustráronse mis deseos. Porque mi idea no fué otra que la de vuestro aprovechamiento; y á este fin os he referido las acciones que comprueban la humildad y penitencia de Vicente, con individualidad que habrá parecido nimia y fastidiosa á los que tienen el gusto muy delicado. Pero poco importa, como vosotros salgais de este templo humildes y penitentes; y debéis salir, á ménos que no degeneréis de devotos de san Vicente. ¿Le venerais por vuestro especial patrono? ¿Queréis venerarle de veras? Pues tened vergüenza, os diré con san Agustín, de venerar á quien no pensais imitar. Tened vergüenza de mezclaros con la tropa de tantos impíos que con su vanidad y disolucion insultan á Vicente en este día. No salgais del templo ántes de ofrecer á Dios en obsequio de nuestro santo el sacrificio de vuestro espíritu atribulado con el conocimiento de vuestras culpas: *Sacrificium Deo spiritus contribulatus*. Mirando vuestra miseria y la gran majestad de Dios ofendido, postrados á los piés de Jesucristo, humillaos, compungíos. Prometemos, Señor, resistir á los impulsos de la vanidad, sofocar los desahogos del apetito con la humildad y penitencia. ¡Vos airado contra mí! Me pesa de todo corazón: ¡Vos misericordioso conmigo! Os amo de todo corazón. Perdonadme, Señor, misericordia.

SERMON

DE SAN VICENTE FERRER.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

Dedit illi scientiam sanctorum, honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius.

El Señor le dió la ciencia de los santos, le sacó lleno de gloria en sus trabajos y le colmó de bendiciones.

Sabiduria, c. 10. v. 10.

Si hubiera de juzgar de san Vicente Ferrer como él juzgó de sí mismo; si no nos quedase otra pintura de su virtud que la que él nos hizo; si no hubiéramos de atenernos á otras palabras que á las suyas con respecto á su propia persona, en vano, hermanos míos, en vano nos reuniríamos hoy á oír su elogio con tanto regocijo y con una impaciencia tan santa como si fuera la primera vez que se anunciásen sus grandes méritos y virtudes, que se han publicado por el espacio de cuatro siglos y siempre han sido oídas con placer. Yo no podría deciros otra cosa sino que por grande que fué delante de Dios y de los hombres, siempre fué pequeño y lleno de defectos á sus ojos; que mereció las mayores alabanzas, y jamas sufrió ninguna, ni se tuvo por acreedor á alguna; que tuvo á sus virtudes por defectuosas y á sus faltas por verdaderas y detestables; que todo el mundo le tuvo por santo, y que á él solo le pareció que no lo era. Ninguna cosa le parecía tan poco apreciable como la estimación que se hacía de su persona. Toda cuanta gloria le resultó de parte de los hombres, le parecía vana, y la reputación de su santidad y virtud sirvió de molestia á su virtud misma. No se complacia en los honores, temia siempre que se le alabase para

mirar que al imperio de su voz obedecieran los elementos, los demonios, la enfermedad y la muerte; porque es mayor maravilla el que alumbrara Vicente los ciegos entendimientos de los herejes waldenses, que redujera á nuestra fe millares de pecadores. Es mayor maravilla que transformar las ciudades mas licenciosas en Tebaidas de penitentes.

¡O si renaciera Vicente al mundo, para que experimentarais en vosotros mismos los efectos maravillosos de su espíritu afable y penitente! ¡O si desde este púlpito, como en otro tiempo, os predicara humildad y penitencia! ¡Cómo arrojarais las galas profanas, insignias de vuestra vanidad! ¡Cómo os abrazarais con la cruz de la mortificación en castigo de vuestras pasadas culpas!

Pero qué ¿las palabras de Vicente, aunque proferidas por mi torpe lengua, perdieron toda la fuerza que tuvieron en su boca? Qué ¿el diseño que os he dado de su humildad y penitencia no basta á moveros á la imitación? Ay de mí! Malogróse mi trabajo, frustráronse mis deseos. Porque mi idea no fué otra que la de vuestro aprovechamiento; y á este fin os he referido las acciones que comprueban la humildad y penitencia de Vicente, con individualidad que habrá parecido nimia y fastidiosa á los que tienen el gusto muy delicado. Pero poco importa, como vosotros salgais de este templo humildes y penitentes; y debéis salir, á ménos que no degeneréis de devotos de san Vicente. ¿Le venerais por vuestro especial patrono? ¿Queréis venerarle de veras? Pues tened vergüenza, os diré con san Agustín, de venerar á quien no pensais imitar. Tened vergüenza de mezclaros con la tropa de tantos impíos que con su vanidad y disolucion insultan á Vicente en este día. No salgais del templo ántes de ofrecer á Dios en obsequio de nuestro santo el sacrificio de vuestro espíritu atribulado con el conocimiento de vuestras culpas: *Sacrificium Deo spiritus contribulatus*. Mirando vuestra miseria y la gran majestad de Dios ofendido, postrados á los piés de Jesucristo, humillaos, compungios. Prometemos, Señor, resistir á los impulsos de la vanidad, sofocar los desahogos del apetito con la humildad y penitencia. ¡Vos airado contra mí! Me pesa de todo corazón: ¡Vos misericordioso conmigo! Os amo de todo corazón. Perdonadme, Señor, misericordia.

SERMON

DE SAN VICENTE FERRER.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

Dedit illi scientiam sanctorum, honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius.

El Señor le dió la ciencia de los santos, le sacó lleno de gloria en sus trabajos y le colmó de bendiciones.

Sabiduria, c. 10. v. 10.

Si hubiera de juzgar de san Vicente Ferrer como él juzgó de sí mismo; si no nos quedase otra pintura de su virtud que la que él nos hizo; si no hubiéramos de atenernos á otras palabras que á las suyas con respecto á su propia persona, en vano, hermanos míos, en vano nos reuniríamos hoy á oír su elogio con tanto regocijo y con una impaciencia tan santa como si fuera la primera vez que se anunciásen sus grandes méritos y virtudes, que se han publicado por el espacio de cuatro siglos y siempre han sido oídas con placer. Yo no podría deciros otra cosa sino que por grande que fué delante de Dios y de los hombres, siempre fué pequeño y lleno de defectos á sus ojos; que mereció las mayores alabanzas, y jamas sufrió ninguna, ni se tuvo por acreedor á alguna; que tuvo á sus virtudes por defectuosas y á sus faltas por verdaderas y detestables; que todo el mundo le tuvo por santo, y que á él solo le pareció que no lo era. Ninguna cosa le parecía tan poco apreciable como la estimación que se hacía de su persona. Toda cuanta gloria le resultó de parte de los hombres, le parecía vana, y la reputación de su santidad y virtud sirvió de molestia á su virtud misma. No se complacia en los honores, temia siempre que se le alabase para

engañarle ó que se engañasen los que le alababan. Del favorable juicio de sus amigos apela al testimonio de su tímida conciencia, y cree que los otros le alaban por conjetura ó por opinion, y que él se desacredita á sí por propio y verdadero conocimiento. Teme que cuanto bueno se dice de él sea un lazo que se prepara á su vigilante humildad, ó una caridad que se ejerce con él á expensas de la verdad y de la justicia.

¿Reverenciaré con un respetuoso silencio lo que este santo tuvo el valor de ocultar por una santa modestia? ¿Suspendere su elogio por no ofender á su humildad? Pero la humildad no tiene ya derecho sobre las virtudes que se han consumado. No, no temeré alabar al Señor en sus santos, cuando él mismo les ha dado despues de su muerte la alabanza y el premio que les es debido. No temo publicar desde este sagrado sitio en que se anuncia la palabra de Dios, el elogio y las grandes virtudes de san Vicente Ferrer, porque sé que nos es lícito á los ministros del Evangelio publicar las buenas obras que practicaron en este mundo los justos, para alabar á Dios en ellos y por ellos, para que se regocijen los pueblos oyendo alabar á los santos, y para que se animen los fieles con su ejemplo á seguir por el camino de las virtudes que ha de conducirlos á la gloria de Dios. No temo deciros, que podemos y debemos congratularnos con el agradable recuerdo de la vida, virtudes y milagros de san Vicente Ferrer, reconociendo en este héroe de nuestra religion un hombre lleno de la ciencia de Dios y revestido de la gloria y del poder de Dios en todas sus empresas, bajo cuyo aspecto voy á presentárosle en mi discurso, para que no solo seamos admiradores de sus méritos, sino tambien imitadores de sus ejemplos y virtudes. Temo solamente que las alabanzas de este gran santo, honor de nuestra patria, gloria de nuestra religion, apóstol de su siglo y ejemplar poderoso de cuantos le contemplan, pierdan toda su eficacia en la boca de un pecador.

Vos, Virgen santísima, mirasteis como á hijo á san Vicente Ferrer: él os honró como á su madre. Vos fuisteis el objeto de su tierna piedad y devocion desde sus primeros años. Él os atrajo una multitud de adoradores y siervos, y redujo á vuestra veneración y obediencia á innumerables hijos extraviados. Interesaos en que publique con fruto sus virtudes, y que mis oyentes aprovechen con sus grandes ejemplos. Todo puede facilitarlos la gracia y los auxilios del Señor, y os suplicamos que

intercedais para que nos la conceda diciéndoos con el interes y la posible devocion: *Ave Maria.*

He aquí, hermanos míos, la conducta que de ordinario observa el Señor con sus escogidos, cuando para gloria suya y conservacion de su iglesia quiere suscitar aun en los tiempos de error y de discordia hombres capaces de sostener su verdad y restablecer su disciplina: los ilustra con sus luces para que se persuadan profundamente ellos mismos de lo que deben enseñar á los demas. Los honra delante de los hombres para darles mayor autoridad y mayor crédito cuando conviene edificar ó destruir, arraigar las buenas costumbres, ó detener los escándalos del siglo; y los recompensa con el buen éxito que da á sus trabajos y las bendiciones que derrama sobre sus palabras y sus obras. He aquí lo que observó el Señor con san Vicente Ferrer, á quien eligió para apóstol de su siglo. Le dió la ciencia de los santos: *Dedit illi scientiam sanctorum.* Le dió un ascendiente poderoso sobre las potestades de la tierra y le recompensó por fin echando la bendicion á sus trabajos y haciendo que viesen todos sus buenas intenciones cumplidas por su gracia: *honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius.*

Nacido en la ciudad de Valencia en el año de 1357, de unos padres cristianos y piadosos, recibió una esmerada educacion á que contribuyó mucho el ingenio vivo y penetrante, la memoria feliz y las demas bellas cualidades é inclinaciones que se descubrieron en él desde los principios. Á los doce años comenzó á estudiar la filosofia, y á los catorce la sagrada teología, pudiendo llamarse maestro á los diez y siete años. Pero el estudio y la ciencia de san Vicente Ferrer no era un conjunto de estériles y vanos conocimientos que se adquiere por el trabajo, que se alimenta de la curiosidad, que engendra el orgullo y altanería, que ordinariamente cae en el error y la contradiccion, y que segun san Agustin, puede ser de algun adorno para el espíritu, pero de ningun socorro para el corazon. Era una ciencia que tiene su origen de la de Dios; que se forma en el corazon, mas bien que en el espíritu; que se adquiere por la oracion, se conserva por la humildad y produce la caridad y la justicia. Era una ciencia del alma, porque con ella conocia el precio y la dignidad de la misma alma criada á imágen y se-

mejanza de Dios : la ciencia de la salvacion, porque descubria por ella su importancia y los medios para conseguirla : la ciencia de los santos en que aprendia cómo habia de llegar á serlo. Así es que creciendo en sabiduría, crecia tambien en santidad. El estudio no le impedía la devocion y el ejercicio de las virtudes. En aquella edad en que por lo regular es comun la dissipacion y la licencia, vivia entregado á la frecuente contemplacion de la pasion de Jesucristo y á la devocion mas tierna y afectuosa á María santísima, sin dar entrada en su alma á otras impresiones ni deseos. Conocia bien que la ciencia de la salvacion es la mas interesante, que en Jesus crucificado se aprende la verdadera sabiduría, que se ignora todo si se olvida al Señor y su santa ley, y así el estudio de las ciencias interrumpia muy poco ó nada su oracion. « ¿Quieres estudiar con fruto? nos dejó escrito este mismo santo en su Tratado de la vida espiritual, *pues procura que la devocion acompañe siempre al estudio*. Consulta mas con el Espíritu santo que con los libros, y pide incesantemente á Dios la inteligencia de lo que lees. « ¿Te cansa, te fatiga el estudio? Pues descansa de tiempo en tiempo en las sagradas llagas de Jesucristo : algunos instantes de reposo en su sagrado corazón añaden nueva fuerza y nueva luz al entendimiento. Interrumpe la aplicacion con breves pero fervorosas jaculatorias. No des principio ni pongas fin á la tarea del estudio sin la oracion, porque la sabiduría es don del Padre de las luces, y de ningun modo es obra de nuestro ingenio ni de nuestro trabajo. »

Bien pronto conoció por experiencia propia la necesidad de velar sobre su alma. Conoció que no habia medio mas seguro para vencer al mundo que huir de él. Ni la inocencia y pureza de su vida, ni la bondad de su natural, ni la santidad de su educacion le parecieron capaces de mantenerle en sus buenos propósitos. Contempló el retiro, miró con desden las esperanzas de una fortuna risueña y de una futura felicidad que el mundo le prometia, y temiendo no ser engañado, quiso él mismo engañarle con su renuncia y abandono. Afortunadamente no tuvo que vencer la contradiccion y repugnancia que suelen hallar estas resoluciones por parte de los mismos padres y parientes : á los diez y siete años, concluidos sus estudios, le manifestó su padre el intento que tenia de colocarle bien en el mundo, si era gustoso de tomar el estado eclesiástico ó reli-

gioso, y se llenó de gozo y comprendió el misterioso sueño que habia tenido algunos dias ántes del nacimiento de su hijo, cuando oyó de su boca la resolucion que habia tomado de entrar religioso en el instituto de santo Domingo. El mismo padre le presentó al prior del convento de Valencia, y este le recibió como un don especial venido del cielo.

¿Buscará Vicente en el retiro y la austeridad del claustro las comodidades y regalos que ha abandonado en el mundo y en la casa de sus padres? Renunciando á las dignidades del siglo, ¿gustará honrarse con su piedad y aspirará á los puestos distinguidos de su órden? ¿Pretenderá elevarse por el camino del estado religioso, y valerse de él para llegar á donde no podria quedándose en el mundo? No, hermanos míos : san Vicente no busca ni apetece la ciencia vana del mundo, la prudencia del siglo que hincha y todo lo ordena al aumento y consecucion de los bienes terrenos y perecederos; busca la ciencia de los santos que solo solicita granjear la salvacion. En el claustro, libre ya del bullicio y peligros del mundo, redobla mas y mas su oracion, sus vigias, su recogimiento, aspira sin cansarse á ser un religioso perfecto tomando por modelo al gran padre santo Domingo, á desempeñar fielmente todos los deberes de su estado. Allí, solo con su Dios, contempla las verdades eternas que habia de anunciar despues al mundo. A los piés de Jesus crucificado permanece inmóvil en la consideracion de los misterios de nuestra religion de que estaba poseído. Allí busca con humildad y con un profundo recogimiento el sentido y la inteligencia de los textos de la Escritura sagrada.

He aquí, hermanos míos, lo que ordinariamente nos impide adelantar en el conocimiento de Dios y de sus verdades eternas : la amplia libertad que damos á nuestros sentidos. Por ellos se derrama el espíritu y se entrega á tantos objetos de vanidad que le detienen y le disipan. Por ellos pasan al alma tantas imágenes y figuras diferentes que la ocupan y la inquietan, y de aquí nace que poniendo nuestra aplicacion en esta diversidad de representaciones y de pensamientos mundanos, ni somos dignos, ni somos capaces de concebir los de Dios. San Vicente vivia en un perfecto recogimiento : apenas permitia á sus sentidos las funciones necesarias al comercio de la vida y trato humano. Su alma atenta y recogida en sí misma, no se servia de ellos sino para los oficios de piedad. Como no vivia

mas que por el espíritu y como todo su espíritu le tenia puesto en Dios, viendo, no veía; oyendo, no oía; y comiendo, no hallaba gusto. La naturaleza toda llegó á ser para él como invisible. Su curiosidad no solo estaba mortificada sino que puede decirse que estaba muerta. Jamas interrumpieron el curso de su oración aquellas distracciones importunas, que á pesar del deseo y de la voluntad, casi siempre y como por necesidad perturbaban la imaginacion y la memoria. ¿Nos admiraremos ya de que con esta entera aplicacion de su espíritu, amontonase aquellos tesoros de ciencia y sabiduría que comunicó despues con tanta edificacion y tanta eficacia?

No quiero pasar adelante sin hacer observar la diferencia que se advierte entre la ciencia que se adquiere por el estudio y la que es inspirada de Dios. La primera no tiene aquella fuerza secreta que persuade, convence y mueve á la voluntad. Ella produce una vana admiracion y no una persuasion eficaz; hace ostentacion de mucha doctrina y de profundidad de conocimientos, pero no causa ni obra conversion alguna. Pero la ciencia que Dios inspira, se hace escuchar con atencion; pasa al espíritu de los que la oyen; los convierte y reduce á creer; casi necesariamente los obliga á asentir á la verdad, y arrastra insensible y poderosamente la voluntad á obrar el bien. Tal era la ciencia enteramente divina de san Vicente Ferrer. Si exhorta á sus religiosos, los penetra, los trasporta y los inflama. Si se aplica á la conversion de las gentes del mundo, infunde en sus almas el temor de los juicios de Dios y los atrae al camino de la penitencia y de la perfeccion cristiana. ¡Espada cortante de la palabra de Dios! Tú llegabas desde la boca de san Vicente Ferrer hasta la separacion del alma; tú penetrabas hasta en medio de los huesos, en las medulas y en las partes mas secretas del corazon; tú separabas al padre del hijo y al hijo del padre; tú rompías los lazos de la carne y de la sangre, del amor propio y de la naturaleza. Representémonos aquel concurso de pueblos que salian por todas partes á aprovecharse de las instrucciones de este santo hombre: aquel auditorio cristiano á quien juntaba la reputacion del predicador, y á un predicador á quien el celo de la salvacion de los hombres habia hecho salir de su claustro para anunciar la verdad y predicar la penitencia, y aprendamos vosotros y yo nuestras obligaciones.

No iban allí los oyentes para aumentar el concurso, sino para

ser convencidos y para instruirse; no para honrar al ministro de la palabra de Dios, sino para aprovecharse de su ministerio. Consideraban el sermon como una exhortacion que debian oír con respeto, y no como una simple relacion de que pudieran ser jueces. No era su ánimo notar las faltas del predicador, sino corregir sus propios defectos. No convertian aquellas asambleas de piedad, de modestia, de silencio y compuncion en concurrencias tumultuosas de vanidad, de curiosidad y de lisonja. No buscaban aquellas pinturas agradables de los vicios dominantes en que á cada uno le parece ver el retrato del otro y no el de sí mismo; donde se forma una especie de placer aun de sus mismos pecados, por las aplicaciones malignas que se hacen sobre los de los otros, y donde las prudentes repreensiones del predicador se convierten en murmuraciones secretas y en sátiras contra el prójimo. Ellos venian dóciles y se volvan contritos y humillados, y las lágrimas que derramaban eran el mejor elogio del sermon que acababan de oír. Los ricos hacian un sacrificio voluntario de sus bienes: los pobres quedaban contentos con su pobreza. Veíase abandonar el lujo y las galas por vestir el cilicio; humillarse bajo el yugo de la obediencia cabezas formadas para mandar; poblábanse los claustros, y el mundo y el demonio perdian la autoridad y el dominio que ejercian sobre las almas.

Por su parte el predicador era digno de su empleo. No se habia ingerido en el ministerio evangélico ántes de haberse purificado en el retiro, y no se atrevia á hablar de Dios ántes de haberle escuchado por largo tiempo en el secreto y el silencio. Por grandes talentos que tuvo para hacerse estimar, predicó á Jesucristo y no se predicó á sí mismo. No se propuso la predicacion como un medio de distinguirse ó como un resorte para llegar á las dignidades de la iglesia. Jamas se le vió solicitar á los oyentes para que le aplaudiesen, ni afanarse por sostener una dudosa reputacion. No desmintió jamas con sus costumbres la santidad de sus palabras: siempre estuvo dispuesto á practicar en el retiro lo que acababa de enseñar en las cátedras de la iglesia. Buscó, no en sus propias invenciones, sino en las fuentes puras de la Escritura y en su frecuente oracion y contemplacion, con qué convencer y con qué mover á los pecadores. ¿Qué afectos pues tan maravillosos no debia producir en los ánimos una doctrina celestial en su origen, ilustrada, poderosa

fiel en su dispensacion y anunciada con un celo tan santo y un desinterés apostólico?

¿Extrañaremos ya que fuese árbitro de los grandes sucesos de su siglo y que se pidiese su consejo, y esperase su resolución en los intrincados asuntos de la iglesia y del estado? ¿Extrañaremos que con esta ciencia unida siempre á la austeridad, mortificación y penitencias rigurosas, obrase tantas conversiones y saliese triunfante de los peligros y tentaciones de que se valía con frecuencia el espíritu tentador para derribarle, humillando á sus piés y haciendo derramar lágrimas de compuncion y arrepentimiento á las mismas mujeres perdidas que se le acercaron con la mayor desenvoltura para pervertirle? Tal era san Vicente en la sublimidad de su ciencia, y bien podemos congratularnos y gloriarnos reconociendo en él un hombre lleno de la ciencia de Dios: *Dedit illi scientiam sanctorum*. Veamos ahora cómo fué revestido de la gloria y poder de Dios en todas sus empresas.

Si la vida del hombre es una guerra continua sobre la tierra, hemos de convenir en que la de los santos es una vida de trabajos, no solo por la oposicion y alarma que tienen que sostener contra sus propios deseos y los movimientos desordenados de su concupiscencia, sino tambien por los empeños arduos y laboriosos en que se ponen cuando Dios por su providencia los llama á la reforma de costumbres de su pueblo ó al restablecimiento del orden y de la paz de su iglesia. Sin embargo este trabajo siempre va acompañado de grandeza, de gloria y de la bendición de Dios. El resplandor de la virtud, mas tarde ó mas temprano penetra los velos con que se la oculta, y llega á ser honrada delante de los hombres por mucho cuidado que ella tenga en ocultarse en sí misma; y en los empleos y ministerios sagrados, dice san Juan Crisóstomo, hay un honor no soberbio, sino venerable, no para alimentar el orgullo por medio de las complacencias mundanas, sino para suavizar el trabajo por las consolaciones espirituales, y que sirve para dar á la santidad el peso y reputacion que ella se merece. Esta verdad se ve de manifesto en san Vicente Ferrer. Es un religioso retirado del mundo y se le ve ocupado en los negocios públicos, honrado de las potestades del mundo y autorizado sobre todas las condiciones del cristianismo. La humildad, la penitencia, el deseo de asegurar su salvacion eterna le habian hecho tomar la resolu-

cion de amortajarse vivo y ocultarse en un convento; y la obediencia y la caridad le hacen volver á salir y darse á la luz del mundo. Tan pronto oculto bajo el celemin para poseer su alma en quietud y obrar su salvacion con temblor; y tan pronto puesto sobre el candelero para alumbrar á toda la casa, dándose á todos sin pararse y sin distraerse; ocupado sin disipacion; solitario sin ociosidad; dispuesto siempre para obrar cuando la Providencia le llama para ello; pronto para la contemplacion cuando la misma Providencia le detiene en ella, tan pronto para el prójimo, tan pronto para sí mismo, y siempre para Dios; pensando en las necesidades públicas como si hubiera sido encargado de la salvacion de todas las almas, y velando sobre sí como si no tuviese que salvar mas que la suya.

Sus superiores le nombraron maestro de filosofía á los veinticuatro años. Viendo el celo y acierto con que desempeñaba este encargo en Valencia, le enviaron con el mismo á Barcelona y despues á Lérida, donde recibió el grado de doctor por mano del cardenal delegado de la santa Sede en España, Pedro de Luna. Vuelto á Valencia, explicó Teología y Escritura. Comenzó á predicar, y las grandes conversiones que hizo dieron á conocer que Dios habia enviado en él al mundo un nuevo apóstol. Se conocia bien que su elocuencia no era mundana, y que no tenia otro principio que en el estudio del mismo Jesus crucificado. Su reputacion se extendia por todas partes, y crecia al mismo tiempo su humildad. Se aumentaba con sus trabajos apostólicos su trato con las gentes, y se aumentaban á la vez sus penitencias, sin eximirse en nada de la observancia de su regla.

El cardenal Pedro de Luna, que en el cisma que en aquel siglo alligó á la iglesia, fué electo papa en Aviñon y tomó el nombre de Benedicto XIII, llamó á san Vicente y le nombró confesor suyo y maestro del sacro palacio. ¿Con qué constancia renunció las dignidades de la iglesia que tan generosamente se le ofrecieron y que tanto podian lisonjearle? ¿Con qué fervor oraba y gemia delante de Dios, y exhortaba continuamente al desinterés y la union que tan necesaria era en la iglesia? ¿Cuántos viajes hizo al Aragon, Cataluña y Francia con diferentes legacias al emperador Sigismundo y al rey Carlos VI, y cuánto contribuyó á que se convocase un concilio general que pusiese término al cisma? ¿Con qué resolucion se separó de su

mismo protector Benedicto XIII, luego que le halló indócil á someterse á la decision del concilio, como hicieron sus competidores, y se conservó tenaz en su pretension? ¿Qué cuidados no tomó para restablecer la unidad y la paz en el rebaño de Jesucristo? ¿Cuánto trabajó cuando los parlamentos y juntas le eligieron por una de las nueve personas graves y respetables que habian de dirimir y fallar sobre el derecho de sucesion á la corona de Aragon, en que fué declarado por rey por unánime consentimiento don Fernando de Castilla? ¿Qué grande es vuestra gloria y vuestro poder, Dios mio! ¿Qué admirable sois en vuestros santos! Os valeis para los asuntos mas arduos de los elementos mas débiles, y cuando quereis honrar á vuestros siervos, á su voz se contiene la prudencia humana, se apaciguan las pasiones y se consigue la paz. Así lo vemos en san Vicente Ferrer. Habla este humilde y pobre religioso, y obedecen sus disposiciones y sacrifican sus deseos y sus intereses los grandes y poderosos del mundo. Vos sois, Señor, el que dáis gloria y honor á sus trabajos y haceis respetable su virtud: *Honestavit illum in laboribus*. Y vos sois tambien el que disteis el complemento y bendicion á todas sus empresas: *Et complevit labores illius*.

Una maligna enfermedad le puso á punto de espirar en Avignon, cuando apareciéndosele Jesucristo le mandó que fuese como un apóstol á predicar por todas partes. Se levanta repentina y milagrosamente, y nada fué capaz de detenerle, así como no hubo peligro que le arredrara para hacer sus misiones por toda la Europa; y la Europa oyendo su voz mudó muy pronto de costumbres. Viósele ir de iglesia en iglesia, de provincia en provincia, de nacion en nacion. Cataluña, Aragon, Valencia, Murcia, Granada, Andalucía, Leon, Castilla, Asturias, apenas hay pueblo que no se glorié de haber resonado en su recinto la voz de san Vicente, que llamaba á penitencia y amenazaba como el Bautista con la proximidad de la segur que ha de cortar el árbol, con la muerte y el juicio terrible que nos espera; que no haya oído la voz de san Vicente que le exhortaba al temor santo de Dios. La Francia, el Languedoc, la Provenza, el Delfinado, la Italia, el Piamonte, la Lombardia, la Saboya, la Alemania... No es posible referir sus viajes ni sus prodigiosas y multiplicadas conversiones. No tiene que vencer este nuevo apóstol la resistencia de las potestades ni las persecucio-

nes de los pueblos. El Señor bendice sus trabajos y le comunica su poder en sus empresas. Las gentes salen en tropas á recibirle como á un enviado del Señor, y salen acompañándole á millares las personas cuando pasa de una ciudad á otra. No es un conquistador terreno que deja en pos de sí la desolacion, el luto, las lágrimas y calamidades; es un ministro del Dios de paz, y solo se oyen donde quiera que predica los llantos de la penitencia y del arrepentimiento, la reconciliacion de los enemigos, la restitution de lo mal habido; solo se ven conversiones admirables debidas no tanto á los milagros que obra en todas partes como á su vida santa, ejemplar y llena de virtudes. El rey de Inglaterra y el duque de Bretaña le escribieron en los términos mas respetuosos para que pasase á sus estados á ejercer tambien su caridad apostólica, y aunque recibió los mayores obsequios y atenciones, jamas se dejó dominar del amor propio, ni mitigó sus austeridades y penitencias. En todas partes predicaba y todos le entendian, resultando así no ménos la reforma de costumbres de los cristianos, que la conversion de los judíos, moros, turcos; siendo prodigioso el número de los que sacó de las tinieblas de la infidelidad.

Entre tanta fatiga y tanta austeridad vivia como por milagro. Llegó el tiempo de conceder el descanso y la recompensa á este siervo fiel, y el Señor le envió una muerte preciosa á los setenta años de su edad, dejando su cuerpo en Vannes, y tomando su alma para introducirla en los gozos eternos. Un nuevo discurso sería necesario para referir las magníficas exequias que le mandó hacer el duque de Bretaña, el ansia por ver el santo cadáver, por tocar su cuerpo, por gozar algunas de sus reliquias. La duquesa lavó sus piés con sus mismas manos y Dios obró muchos milagros por aquella agua. Todos lamentaban la pérdida del santo, y el papa Calixto III le canonizó solemnemente; y podemos ya sin ofender su modestia gloriarnos de llamarle santo, de tenerle por nuestro patrono, y congratularnos con la memoria de su vida y sus milagros, trasmitiendo su historia y su elogio de generacion á generacion.

Pero es preciso que le imitemos. Los ejemplos de su vida, que en otro tiempo fueron sus obligaciones, ¿no nos dan á entender las nuestras? Bien sé que no á todos toca enseñar con eficacia, reprender con fuerza, formar grandes empresas, atraer á los pueblos enteros á la penitencia: pero á todos toca estu-

díar la ciencia de su salvación y procurar entrar por los caminos de Dios; á todos toca el ser contenidos en sus juicios, mortificados en su vida, moderados en sus pasiones, humildes en sus sentimientos, apacibles y caritativos en el trato con nuestros prójimos. ¿No nos exhorta todavía con sus obras? Si sus palabras movían á tantos corazones, ¿no moverán sus obras á los nuestros? Aquellos ejemplos que corrigieron tantas malas costumbres, aquella piedad tan viva y tan tierna, que hizo á tantos religiosos y penitentes, los sentimientos de aquella grande alma y el premio que ahora disfruta, ¿no harán alguna impresión en nosotros?

Interceded, glorioso patrono nuestro, con el Padre de las misericordias y dador de toda gracia para que nos dé la de imitaros, la paz y prosperidad en esta vuestra patria, y el que le gocemos despues con vos en la gloria. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN VICENTE LEVITA Y MÁRTIR,

PATRON DE HUESCA.

(DE TRONCOSO.)

Magnificabitur Christus in corpore meo, sive per vitam sive per mortem.

Jesucristo será glorificado en mi cuerpo, ya sea en la vida ya sea en la muerte.

S. Pablo á los filip. c. 1. v. 20.

Son tantos los testimonios que comprueban la divinidad de la religion católica, tan gloriosos los triunfos que ha reportado del infierno, que no es posible lanzar una ojeada reflexiva sobre la historia de los pasados siglos sin experimentar una religiosa veneracion hácia esa hija del cielo. Por donde quiera que fijamos el pié, pisamos un suelo regado con la sangre de mártires invictos, que en todas épocas han glorificado á Jesucristo y ensalzado su nombre augusto, ora sea en su vida, ora sea en su muerte. Hay empero algunos pueblos en donde la gloria de la cruz se ha ostentado mas brillante y esplendorosa; y entre estos, España, pueblo de predileccion, tierra clásica del cristianismo, ha merecido un lugar muy distinguido por los héroes que ha producido para gloria de la fe y honor eterno de la iglesia. El solo nombre de Vicente bastaria para evidenciar esta verdad tan satisfactoria para nuestra católica nacion. No hay rincon del globo en donde no se pronuncie con gloria, y en que no se tributen los mas solemnes obsequios á su memo-

díar la ciencia de su salvación y procurar entrar por los caminos de Dios; á todos toca el ser contenidos en sus juicios, mortificados en su vida, moderados en sus pasiones, humildes en sus sentimientos, apacibles y caritativos en el trato con nuestros prójimos. ¿No nos exhorta todavía con sus obras? Si sus palabras movían á tantos corazones, ¿no moverán sus obras á los nuestros? Aquellos ejemplos que corrigieron tantas malas costumbres, aquella piedad tan viva y tan tierna, que hizo á tantos religiosos y penitentes, los sentimientos de aquella grande alma y el premio que ahora disfruta, ¿no harán alguna impresión en nosotros?

Interceded, glorioso patrono nuestro, con el Padre de las misericordias y dador de toda gracia para que nos dé la de imitaros, la paz y prosperidad en esta vuestra patria, y el que le gocemos despues con vos en la gloria. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN VICENTE LEVITA Y MÁRTIR,

PATRON DE HUESCA.

(DE TRONCOSO.)

Magnificabitur Christus in corpore meo, sive per vitam sive per mortem.

Jesucristo será glorificado en mi cuerpo, ya sea en la vida ya sea en la muerte.

S. Pablo á los filip. c. 1. v. 20.

Son tantos los testimonios que comprueban la divinidad de la religion católica, tan gloriosos los triunfos que ha reportado del infierno, que no es posible lanzar una ojeada reflexiva sobre la historia de los pasados siglos sin experimentar una religiosa veneracion hácia esa hija del cielo. Por donde quiera que fijamos el pié, pisamos un suelo regado con la sangre de mártires invictos, que en todas épocas han glorificado á Jesucristo y ensalzado su nombre augusto, ora sea en su vida, ora sea en su muerte. Hay empero algunos pueblos en donde la gloria de la cruz se ha ostentado mas brillante y esplendorosa; y entre estos, España, pueblo de predileccion, tierra clásica del cristianismo, ha merecido un lugar muy distinguido por los héroes que ha producido para gloria de la fe y honor eterno de la iglesia. El solo nombre de Vicente bastaria para evidenciar esta verdad tan satisfactoria para nuestra católica nacion. No hay rincon del globo en donde no se pronuncie con gloria, y en que no se tributen los mas solemnes obsequios á su memo-

ria. Su valor en defender los dogmas católicos, su decision en oponerse á los desmanes del paganismo, su intrepidez en exponerse á los mas crueles suplicios, su constancia en sufrir los dolores mas acerbos, han excitado la admiracion universal. Las plumas mas elocuentes se han empleado en elogiar á este insigne español. Las voces de los Agustinos, de los Leones, de los Paulinos y Prudencios, han hecho resonar sus alabanzas en los mas augustos templos del cristianismo; y ora en dulces y bien rimadas versificaciones, ora en elegantes y limados discursos, le han aclamado defensor incomparable de la fe, columna indestructible de la iglesia, ornamento y gloria del pueblo español (1).

Sí, nación feliz, suelo venturoso, tú entre todos los pueblos del orbe tienes la dicha incomparable de poseer esa preciosa margarita. Aun cuando no te cupiese la dulce satisfaccion de ser madre de tantos mártires insignes, que en los horrores de la mas cruda guerra contra el Crucificado supieron distinguirse en valor para defender su divinidad, bastariate haber dado á luz á ese insigne levita, que tanta gloria ha dado á su divino maestro, ya en lo prodigioso de su vida, ya en lo portentoso de su muerte. ¿Hubo jamas un triunfo tan admirable como el suyo? Toda su gloriosa carrera ¿no fué una victoria constante y no interrumpida contra el error y la perversidad? Venció en las palabras, venció en las penas, venció en la confesion, venció en la tribulacion, venció en las llamas, venció en las olas, venció en los tormentos, y venció en su muerte (2). Su cuerpo fué una hostia pura é inmaculada, una oblacion aceptable, un sacrificio de alabanza y glorificacion perpetua ofrecido á Jesucristo, para que en los siglos porvenir fuese ensalzado su santo nombre y engrandecida su religion en toda la tierra. Ninguno con mas derecho que este invencible mártir pudo apropiarse las palabras del apóstol que puse por encabezamiento del presente discurso: *Magnificabitur Christus in corpore meo, sive per vitam, sive per mortem.*

Inútilmente nos detendriamos en trazar un largo y pomposo exordio, teniendo ya á nuestra vista el rumbo que debemos

(1) *August. Serm. de S. Vincent. S. Leo. Id. Prudent. Carm. 5. et act. ap. Ruinard.*

(2) *D. August. Serm. 274 et 275. in fest. S. mart. Vinc.*

seguir en el elogio de nuestro héroe. Decir que fué en su vida y en su muerte un espectáculo digno de la admiracion de los hombres, de la confusion de los demonios, de la alegría de los ángeles y de las complacencias de Dios; decir que hizo enmudecer al error, que hizo huir á la idolatría, que llenó de despecho á los tiranos y causó el mayor asombro á toda la naturaleza; decir en fin que vivió sobrehumanamente, que padeció y murió milagrosamente.... cuantos elogios pudieran reunirse para trazar el panegírico de Vicente, los hallo reasumidos en las citadas palabras de san Pablo, y en su consecuencia, he aquí lo que me propongo probar en esta mañana: Vicente engrandeció la religion de Jesucristo, y dió el testimonio mas auténtico de su divinidad: primero, en su vida, confesando la fe y sosteniéndola con admirable constancia en medio de los mas inauditos tormentos. Segundo, en su muerte, haciendo brillar en ella los mas sorprendentes prodigios. *Magnificabitur Christus in corpore meo etc.*

¡Oh Dios de los mártires, y remunerador de los que sufren por la justicia! Vos cuya gloria tanto se manifiesta en la vida y en la muerte de nuestro insigne héroe, derramad en mis labios la unción y gracia necesarias para elogiar dignamente al que vos os dignasteis ensalzar á la gloria de los escogidos, haciéndole un prodigio de valor y de constancia que hoy llena de admiracion á todo el orbe cristiano. Todos prosternados ante vuestro divino solio unimos nuestros acentos, y confiados en la mediacion poderosísima de vuestra divina madre, volvemos hácia ella nuestras plegarias y la decimos con el ángel: *Ave Maria.*

PRIMERA REFLEXION.

Al proponer á vuestra consideracion, amados oyentes, la vida prodigiosa de nuestro insigne mártir san Vicente como un testimonio irrecusable de la divinidad de la religion, preciso me es repetiros las palabras del padre san Agustín sobre este mismo asunto, cuando decia: « Si en la paciencia invicta del héroe solo haceis atencion al hombre, no podrá ménos de pareceros increíble; pero si elevais vuestros pensamientos sobre lo terrestre, y considerais el poder divino, dejará de pareceros

admirable. » ¿Y quién dejaría de reconocer la mano de Dios y la acción de su poder sin límites en los hechos mas que humanos que nos ofrece la historia de este ilustre discípulo de Jesucristo? Huesca, en cuyo seno vió la luz de padres no ménos recomendables por su virtud que por su noble sangre, pudiera mejor que nosotros referir lo que desde su infancia fué este ser portentoso. Bástanos empero saber que desde sus mas tiernos años fué puesto bajo la dirección del nunca bien elogiado obispo de Zaragoza san Valerio; que fué por él imbuido en los misterios de la religión y en las humanas letras, y que su aprovechamiento y costumbres puras é intachables le hicieron acreedor á que el santo prelado le hiciese diácono de su iglesia y coadjutor suyo en el ministerio de la predicación, á que por sí mismo no podía atender en razón de su edad avanzada. Con éxito feliz desempeñaba el jóven Vicente este cargo. Sus palabras eran de una fuerza irresistible para convertir á la fe católica á los infieles, no ménos que para sostener á los fieles en sus creencias. Sus virtudes mas poderosas aun que sus palabras, atraían de continuo un sin número de personas deseosas de alistarse bajo los estandartes de Cristo, y de seguir sus huellas á precio de su misma vida. Consumado en la ciencia de los santos y lleno de la fortaleza del espíritu del Señor, no cesaba un solo momento de anunciar á Jacob sus crímenes, tronando contra el vicio y la inmoralidad, y elevando su voz contra el error y las supersticiones del gentilismo.

Érase á la sazón el año 303 de la era cristiana. El monstruo de la persecución comenzaba á hacer resonar en España sus horribles bramidos, y las primeras víctimas en que quiso ensangrentarse fueron Valerio y su diácono Vicente. Daciano, gobernador de la provincia de Tarragona, á cuya jurisdicción pertenecía Zaragoza, expide una orden para que cargados de hierros los santos confesores, sean al punto conducidos á su presencia. Vedlos ya ante el tribunal del gobernador. No se amedrente vuestro corazón, católicos oyentes, al ver á esas dos víctimas en las manos de un tirano implacable. Dios es quien los sostiene, y ni la tribulación, ni la angustia, ni los peligros, ni las persecuciones, ni el hierro, ni las llamas, serán capaces de separarlos de la caridad de Cristo que arde en sus pechos. Pero ántes de usar de estos medios de violencia, Daciano emplea otro no ménos peligroso para almas no tan grandes y ge-

nerosas como las de estos dos héroes. Revístese de un carácter suave é insinuante, y cual si solo abrigase en su corazón sentimientos de tierna compasión, intenta ablandar la constancia del uno representándole que su edad y sus fatigas exigian de justicia el descanso y la tranquilidad; y vencer el valor del otro ofreciéndole gloria, honor, prosperidades, y todo género de placeres, si se sometía á las órdenes de los emperadores y sacrificaba á los ídolos.

¡Qué cuadro tan patético y embelesador se ofreció entonces á los ojos de Dios! Un anciano abrumado bajo el enorme peso de los años y que apenas puede sostener sus miembros debilitados en fuerza de los ayunos y austeridades, y un jóven robusto, lleno de vida y de vigor, que le sirve de apoyo y de intérprete de sus sentimientos, ambos en presencia de un juez inicuo que espera una contestación que debe decidir el triunfo de la fe ó la victoria del error. ¿Quién será de los dos el que tomará la palabra? El carácter augusto de que estaba revestido Valerio, su edad venerable y demas circunstancias que le acompañaban, dábanle un derecho á ser el primero en responder al gobernador; empero no pudiendo expresarse con facilidad á causa del impedimento de su lengua, comete este negocio á su virtuoso diácono; Vicente toma por los dos la palabra, y dirigiéndose á Daciano le dice: «En vano, Señor, os cansaréis en persuadirnos á abjurar nuestra fe, á la que firmemente adheridos están nuestros corazones. No nos acobardan los padecimientos ni nos amedrenta la muerte: pues estamos persuadidos á que no hay gloria mayor, ni honor mas duradero, ni placer tan delicioso, ni riqueza mas estimable que sacrificar por Jesucristo verdadero Dios y hombre, una vida que de él hubimos.» De este modo nuestro ilustre levita comenzó á glorificar y ensalzar á Jesucristo en su vida, dando en presencia de Daciano el testimonio mas auténtico de su fe y de la divinidad de la religión. ¡Y cuán prodigiosas no fueron las pruebas que de ella dió despues de esta primera confesión! Separado para siempre de su amado padre que habia sido condenado á un destierro perpetuo en punición de su constancia, quedó Vicente hecho el blanco de todo el furor de los ministros de Satanás. Manda Daciano que se preparen los mas exquisitos tormentos para vengar en el cuerpo del jóven levita la injuria irrogada á los dioses. Menguado! Él ignora que va á ser el instrumento de

la gloria del Dios verdadero, y que aquel cuerpo en quien se dispone á cebar su crueldad, es una hostia destinada á engrandecer la religion de Jesucristo y á extender por donde quiera la gloria de su divinidad. En efecto, Vicente es extendido en el potro: crujen horriblemente los huesós del invencible mártir, dislócense todos sus miembros, y no hay parte alguna en él que no experimente los mas vivos y acerbos dolores. » Mas no por eso desmiente en lo mas mínimo su imperturbable serenidad, ni la angelical alegría de su semblante padece la menor alteracion. Risueño en medio de tantos padecimientos, no cesa de alabar á su Dios y pronunciar su dulce nombre. En vano desgarran sus espaldas con garfios de hierro hasta descubrir las costillas: los pedazos de carne vense aquí y allí diseminados, y la sangre baña todo el suelo; pero Vicente siempre permanece el mismo; ni un quejido se oye de sus labios, ni una lágrima humedece sus párpados, ninguna alteracion hay en su rostro, ni tristeza en su corazon. Cuando mas, le oireis repetir como el ilustre Macabeo: « Del cielo recibí estos miembros del cuerpo: mas ahora los desprecio por amor de las leyes de mi Dios, de cuya mano espero volver á recibirlos (1).

Vierais al tirano arder en cólera al verse burlado por el santo mártir; vierais al mártir apostrofar al tirano y darle en rostro con su debilidad; vierais á la crueldad inventando nuevos géneros de tormento para saciar la venganza. ¿Mas qué podrás hacer ¡oh ciego Daciano! contra ese justo á quien la mano de Dios sostiene? ¿Volverás á renovar las frias heridas que las uñas aceradas abrieran en su cuerpo para avivar mas el dolor? Nada es eso para el que está llagado del amor de Jesucristo, y solo desea glorificarle y engrandecer su fe. Corra en buen hora otra vez la sangre del mártir. Descúbranse sus palpitantes entrañas; vuelvan á cebarse en su carne las tenazas, los garfios y cuantos instrumentos inventarse puedan para afligir su sensibilidad. La gracia es mas poderosa que la naturaleza; la fe es superior á las fuerzas humanas, y Cristo que en Vicente padece, tiene dispuestos triunfos todavía mayores, victorias mas gloriosas que ha de reportar contra el error y la maldad.

En efecto, católicos, persuadido Daciano de que en la constancia de Vicente habia algo de sobrenatural, sin que por eso

(1) II. Machab, c. 7. v. 11

pudiese decidirse á confesar su derrota, da tregua á los tormentos, y solo exige del santo mártir que le entregue los libros sagrados para arrojarlos á las llamas. ¡Nuevo género de impiedad! ¿Cómo podria esperarse que aquel que con valor y magnanimidad tan inconcebibles sufriera la dislocacion de sus miembros y el desgarramiento cruel de sus entrañas por sostener la fe de su divino maestro, se atreviese á poner en manos de un tirano los monumentos depositarios de esta misma fe? « En manera alguna, contesta impávido Vicente; cébense en buen hora las llamas en este cuerpo mio y consumen el sacrificio de alabanza que ha comenzado; pero no esperes que exponga yo este sagrado depósito de mis creencias á ser el escarnio y la burla de los enemigos de mi Dios y Señor. »

¡Oh Vicente magnánimo! tú serás escuchado; cumplirse han tus deseos y tus ansias de padecer. Ya está preparado el fuego; extendidas están las parrillas y prestos los verdugos para colocar sobre ellas tus atormentados miembros. Ejecútase al punto el mandato del gobernador. Vicente es extendido en aquel instrumento erizado de puntas que atraviesan su carne: aplícanse al pecho y costados planchas de bronce hechas ascuas; avívanse las brasas con puñados de sal que los verdugos arrojan frecuentemente; la grasa que destila el santo cuerpo añade nueva fuerza á aquel elemento; nada se ve sino fuego, sangre, horror. ¡Oh Dios omnipotente! ¿Es posible que vuestro siervo pueda sobrevivir á un tormento tan activo? Pero ¡oh Señor! olvidábame que vos sois el que en Babilonia fortalecisteis á tres jóvenes que por vuestro amor fueron lanzados en un horno, haciendo que de él saliesen intactos y sin la menor lesion; y tal es el prodigio que veo renovado en Valencia en la persona del jóven Vicente mártir. Sí católicos, Vicente vive en medio de aquel fuego consumidor; Vicente alaba á Dios entre las llamas; Vicente vence, triunfa, y á despecho del error y de la tiranía glorifica en su cuerpo á Jesucristo. ¡El infierno brama; el gentilismo reconoce al obrador de tamañas maravillas; los ídolos se llenan de infamia; su culto cae en el mayor descrédito; la admiracion universal sucede al odio implacable que ántes reinaba contra el santo mártir; y el gobernador espumando de cólera, se mira precisado á quitar de la vista del público un espectáculo que no puede ménos de acarrear las mas tristes consecuencias á la falsa religion del imperio.

Mas no por eso evitará Daciano los efectos de la gracia que obra en Vicente, ni será ménos glorificado el Señor en su cuerpo, porque le oculte en donde no puedan penetrar ojos humanos. Arrójenle en buen hora en una oscura prision, en un lecho de cascotes y pedazos de hierro; dense órdenes severas para que no se le suministre el menor alimento; prohibasele toda especie de alivio; ¡oh ciego paganismo! ¡cómo añades sin saber nuevos laureles á la diadema que el cielo prepara para tu víctima! ¡Y cuál te engañas si crees que Dios no puede penetrar en tus cárceles, romper los hierros y alimentar á sus servidores con un manjar que solo ellos pueden gustar! Sí, el Señor que condujo á su siervo por los rectos senderos de la inocencia y de la virtud; que le comunicó la ciencia de los santos, le asistió cuando sus enemigos intentaban sorprenderle con sus fraudes, le guardó de sus enemigos y le hizo salir vencedor en la gran lucha, no le desamparará en su nuevo conflicto: con él descenderá á la hoya, le seguirá á la prision, y en medio de las cadenas ni un instante se apartará de su lado; él le dará el poder contra los que le deprimieron, y multiplicando en su cuerpo los prodigios, convencerá de mentirosos á los que le infamaron y le procurará una gloria eterna.

Así fué, católicos. No bien Vicente hubo entrado en aquella mansion de horror, cuando de repente se vió iluminada con una luz celestial; el alma del mártir vióse inundada de un placer divino, su cuerpo lleno de vida y de una nueva robustez, y exhalando por donde quiera un olor fragante que convirtió aquella hedionda prision en un jardin ameno y delicioso. Coros angélicos descenden de la region etérea y entonan himnos y cánticos de triunfo y de alegría. Percíbese por todas partes la melodiosa armonía de aquellas invisibles inteligencias; los guardas de la prision llénanse de sorpresa; descenden... y al ver á Vicente sin la menor señal de sus heridas, rodeado de resplandores, y convertidos los pedazos de hierro que le sirvieran de lecho en rosas olorosas y fragantes, no pueden ménos de engrandecer al Dios verdadero que tan poderoso se muestra en el cuerpo de su siervo. Conviértense á la fe de Jesucristo, pós-transe á los piés del mártir, se arrepienten de haber sido los ministros de la venganza de un tirano impío, y salen de allí proclamando en alta voz las maravillas que acaban de presenciar.

¿Qué esperas ya, oh implacable Daciano? Lucharás todavía

contra el poder divino? ¿Permanecerás aun en tu ciega obstinacion? ¿Qué medios adoptarás ya para conseguir el triunfo que deseas? Los tormentos han cedido ante la fortaleza divina de que está revestido Vicente. El furor se ha amansado en presencia de su inalterable constancia. La rabia, el encono, la atrocidad cansándose han de probar inútilmente sus fuerzas. ¿Qué pues te resta? ¡Ah católicos! ¡Cuán fecundo es el error para inventar ardidés! El inicuo juez que habia ya apurado todos los medios de afligir á su víctima, y que léjos de conseguir el objeto que se propusiera, veía burladas sus esperanzas y trastornados sus designios, adopta la resolucion mas extraña; y con admiracion de todos, dispone que el mártir sea colocado en un mullido lecho, y que se le prodigue toda especie de cuidados sin omitir nada de cuanto pueda contribuir á su perfecta curacion. Pero en vano; llegado es ya el momento en que Jesucristo, que tan engrandecido ha sido en la vida del mártir Vicente por la constancia con que ha confesado la fe en medio de los tormentos, lo sea tambien en su muerte haciendo brillar en ella los mas sorprendentes prodigios. Ved aquí el asunto de la

SEGUNDA REFLEXION.

No hay quien pueda dudar que la vida de nuestro héroe por donde quiera que se considere, fué un portento continuado. Si se reflexiona lo que padeció, si se hace atencion á la muchedumbre y variedad de tormentos con que fué afligido, á la crueldad de los suplicios, á la acerbidad de las llagas y á la intensidad de los dolores, preciso es reconocer ó que Vicente era mas que hombre, ó que no pudo sobrevivir sin una asistencia del poder divino. Pues no se ostenta ménos portentosa la muerte de este héroe singular, tanto en la causa que la motivara, como en los efectos que á ella se siguieron. ¿Qué causa produjo la muerte de Vicente? ¡Oh Dios, cuán incomprensibles son tus juicios! ¡Cuán extranjeros á los humanos cálculos los medios de que te sirves para ensalzar y glorificar tu santo nombre! Tú hiciste impenetrable el cuerpo de tu siervo á los acerados garfios; hicístele incombustible á la voracidad de las llamas; le diste una fuerza sobrehumana para tolerar la dislocacion de sus miembros; le revestiste de un valor superior á la naturaleza para resistir la impresion dolorosísima de las planchas encen-

didias; en una palabra, le hiciste inmortal en medio de la muerte; y ahora entre las delicias del regalo, entre la molición y sensualidad de las blandas plumas, en medio de la cuidadosa solitud de criados complacientes, en el seno del placer y de los goces le haces hallar amargura, y padecimiento, y dolor!

Así fué en efecto, amados oyentes; trasladado Vicente de la prisión al lugar destinado para ser curado y regalado conforme á la orden del gobernador, acuden en tropel multitud prodigiosa de fieles de todas edades y sexos, que rodeando su lecho le dan el parabien de su constancia, imprimen en aquellas nobles cicatrices ósculos afectuosos y tiernos, le acarician, le consuelan y le rinden todo género de homenajes y obsequios. Empero no bien los miembros del mártir han tocado aquel blando lecho, cuando, así como si le hubieran colocado en el suplicio mas activo y cruel, exhala su último aliento y vuela á recibir la corona inmortal que Dios le tiene preparada, interin su cuerpo permanece todavía para dar nuevos testimonios de la divinidad.

Daciano burlado en sus proyectos, se ensaña contra el santo cadáver; y ya que no le habia sido posible doblegar aquella alma magnánima y generosa á adoptar las impías supersticiones del paganismo, intenta privar á sus restos mortales del honor que el cristianismo rinde á los que por su causa sacrifican la vida del tiempo. Al efecto manda que el santo cadáver sea arrastrado por el suelo y expuesto á la voracidad de las fieras en medio del campo. Pero en vano; Dios dueño y árbitro supremo de los animales no ménos que de los elementos, dispone que un cuervo le sirva de guarda y le defienda de las otras bestias. Así se ejecuta, y el cuerpo de Vicente permanece ileso bajo la salvaguardia de aquel animal, instrumento de las supremas voluntades del cielo. ¡Oh impudente furor! exclama el padre san Leon, oh locura inconcebible! Un cuervo obedece, un lobo venera al santo mártir, y Daciano todavía le persigue, y lleno de ferocidad no se avergüenza de luchar inútilmente contra aquel que se mira protegido por la misma ferocidad domesticada (1).

Tampoco se da por satisfecha su rabia con este nuevo triun-

(1) *¡Oh impudens furor, et stulta vesania! Corvus obsequitur, lupus veneratur, Dacianus persequitur nec erubescit velle se adhuc ferox perdere quem mansuefacta bestialis feritas satagebat protegere. (S. Leo. Serm. 13 in nat. S. Vincent. mart.)*

fo que sobre él ha conseguido Vicente muerto, ni por eso desiste de sus proyectos aquel hombre inhumano. Ordena que el santo cuerpo sea llevado á alta mar y allí lanzado en lo profundo de las aguas. ¡Triste recurso! ¡Impotentes designios! Pues qué ¿Dios no es el que con su mano omnipotente encerró en su ámbito á los mares, y el que con ley fija é inalterable circunscribió sus términos? ¿No es Dios el que puso sus diques al Océano cuando se derramaba por fuera como quien sale del seno de su madre, le encerró dentro de sus límites, púsole cerrojos y compuertas, y le dijo: «Hasta aquí llegarás, y no pasarás mas adelante: y aquí quebrantarás tus hinchadas olas (2)?» ¿Cómo pues, dice el citado padre, hubieran servido las aguas para vencer al soldado de Jesucristo, no habiendo sido suficiente la tierra? No; allí como aquí la mano prepotente del Excelso manifiesta su gloria y poderío, y con la misma facilidad que le sacara victorioso de los dientes de las bestias famélicas, extráele de las soberbias ondas del mar, para que así como su espíritu reposaba en el cielo, posase tambien su cuerpo en el sepulcro. De este modo el ilustre defensor de la verdad, ni es vencido por la fuerza de los tormentos ni abatido por la angustia de una tenebrosa prisión, ni despedazado por las bestias, ni ocultado por las aguas. Conducido por estas á la ribera, su gloria se propaga por donde quiera: y así como en todas partes habia confesado el nombre de la divinidad, experimentó en todos tiempos y ocasiones los efectos de la divina bondad (2).

¿Quién habrá ya, pregunta el doctísimo Agustino (3), que á vista de tantos prodigios deje de reconocer y admirar en el cuerpo de Vicente la gloria de Jesucristo? ¿Qué es lo que en este martirio se ofrece á vuestra consideracion? Un juez feroz, un verdugo sanguinario y un mártir invencible, en cuyo cuerpo se ceban los tormentos, se causan las fuerzas de los tiranos, y duran todavía los miembros para sufrir de nuevo todo género de martirios. Veis á la impiedad que persiste en su obstinacion á pesar de los mayores prodigios, veis á la debilidad que no cede ante el aterrador espectáculo de los mas horrorosos suplicios, ¿y no veis la mano de Dios, no advertís la accion de la divinidad que brilla en estos hechos portentosos? ¿Cómo hu-

(1) *Job. c. 38. (2) S. Leo. loc. supr. cit.*

(3) *S. August. Serm. 276 et 277 in fest. S. Vinc. mart.*

biera podido sobrevivir un polvo corruptible á tan crueles y desapiadados tormentos, si no hubiera habitado Dios en él? Fuerza es reconocer, y alabar y engrandecer en todo esto á aquel Señor que llamando á Vicente á la fe, le dió el valor para sufrir por ella, segun aquello del apóstol: «A vosotros se os ha dado no solo el creer en Cristo, sino tambien el padecer por Cristo.» Uno y otro recibió Vicente, y por eso tuvo en las palabras la confianza, y la tolerancia en los padecimientos.

Pero ya todo pasó, hermanos míos, concluyóse la ira de Daciano, y tuvo término el dolor de Vicente: y solo resta á este una gloria inmarcesible, y á aquel un perdurable tormento. Hé aquí lo que debe llamar enérgicamente vuestra atencion. Reflexionadlo pues, y preguntaos á vosotros mismos: si nuestro ilustre mártir, vencido por el temor de los tormentos, hubiera negado á Jesucristo, ¿qué seria de él en el dia de la resurreccion? Su cuerpo hoy dia tan glorioso, veríase rodeado de fuego inextinguible; y su alma, en vez de abrevarse de las eternas delicias del cielo, abrevariase de pena sin fin, y de amargura indefinible; pues escrito está: «El que se avergonzare de confesar mi nombre delante de los hombres, será desconocido y negado por mí en presencia de mi padre que está en los cielos (1).» Mas no le negó Vicente, ántes le engrandeció en su cuerpo, ora sea en vida, ora sea en muerte, y por eso se mira él tambien engrandecido y glorificado no solo en el cielo, si que tambien en la tierra. ¿Qué region hay en el mundo, qué provincia en que no se pronuncie el nombre de nuestro insigne mártir con veneracion y entusiasmo? Donde quiera que el cristianismo ha llegado á penetrar, ¿no se celebra con gloria su admirable triunfo? El mismo imperio romano por cuyos emperadores fué condenado á sufrir tormentos tan inconcebibles, ¿no le ha elevado templos y dedicado magníficos altares?

A tí empero, ¡oh España! pertenece la parte mas especial de este triunfo: á tí cumple sobre todo gloriarte de haber producido ese portento que admira el orbe. Gloríate pues en buen hora, engalánate hoy con las vestiduras de júbilo y placer; lanza el dolor, y celebra gozosa la memoria de ese héroe invencible que tanto te ilustró, y que mientras el sol gire en derredor del mundo, formará uno de los mas gratos recuerdos de tu histo-

(1) *Matth. c. 10. v. 33.*

ria. Pasarán los siglos; las dinastías se cambiarán; sucederánse las generaciones; y el nombre de Vicente escrito con caracteres mas duraderos que el tiempo, permanecerá lleno de honor y colmado de elogios hasta en el seno mismo de la eternidad.

Sí, ¡grande y sin par Vicente! grato es y singularmente dulce tu nombre á nuestros oídos. Nuestro corazon se dilata, y elévase nuestro espíritu al recordar que nacido en nuestro suelo, fuiste uno de los mas insignes varones que ha conocido el mundo; uno de los mas acérrimos defensores de la fe, y acaso en quien mas glorificado fué Jesucristo, tanto por lo portentoso de tu vida, como por lo prodigioso de tu muerte. Admite hoy gustoso el testimonio de nuestro amor y veneracion: séante gratos nuestros obsequios, y no sean estériles nuestras súplicas. Ruega al que tan invencible te hiciera en los tormentos, que nos comunique la fortaleza necesaria para confesarle en todo trance, y á despecho de los porfiados esfuerzos que hace el error para inducirnos á una vergonzosa apostasia. Consiguenos la gracia de permanecer fieles á los principios de nuestra santa religion y á los dogmas inconcusos que á nuestra fe propone la iglesia católica: para que saliendo vencedores de la terrible lucha que sostenemos con el mundo, con el demonio y con nuestra propia carne, glorifiquemos como tú en vida y en muerte á Jesucristo, y merezcamos ser glorificados por él en la mansion de la inmortalidad.

SERMON

DE SAN VICENTE MÁRTIR.

ALERE FLAMMAM
VERITATI (DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

*Factus est Dominus protector meus : salvum me fecit quoniam
coluit me.*

El Señor se ha declarado mi protector : me ha salvado porque me
quiso.

Salmo 17. v. 10 y 20.

La gratitud nacional siempre ha procurado eternizar la memoria de los héroes que se sacrificaron por su patria. Los Fabios, los Aristides y Cimones en Roma y en Atenas : los Leónidas, los Pausanias y Aníbalas en Esparta y en Cartago : los Sócrates, los Demócritos, Diógenes y Anacársis en todo el mundo merecieron que sus nombres esculpidos con caracteres indelebles en el templo de la fama, fuesen pronunciados en todos los tiempos y lugares con entusiasmo. Mínos en Creta, Pitágoras en Crotona, Arquitas en Tarento, Zoroastro en la Persia, Zeemólxis en la Escitia, Confucio en la China y Osiris en el Egipto ¿no han tenido templos magníficos, suntuosos mauseolos y sublimes inteligencias ocupadas en formar sus apoteós y en cantar su epitalamio? La mitología de los gentiles con sus dioses penates, con sus genios y falsas divinidades, demuestra que la gratitud es una necesidad en las almas agradecidas. Viajad por el mundo, recorred las extremidades de la tierra, observad los monumentos públicos que hallareis en to-

das partes, preguntad á los sabios, y todos os dirán que la tumba de los hombres grandes es siempre gloriosa para sus descendientes y compatriotas : que jamas muere el hombre virtuoso, puesto que siempre vive en la memoria de los buenos. Dejad si no este terreno á los filósofos que no saben salir de lo profano, transportaos por un momento á las regiones en que la Divinidad tiene su asiento, consultad la sagrada historia, y en ella vereis los ejemplares mas elocuentes y expresivos del agradecimiento popular hácia los que han hecho bienes á su patria. Judit, ¿ qué bendiciones no mereció del pueblo de Betulia por haber salvado á su nacion afligida? SALVE, decian transportados de gozo aquellos agradecidos ciudadanos, SALVE, gloria de Jerusalem, alegría de Israel, honor, lustre y magnificencia de nuestro pueblo : SALVE, bendita seas para siempre porque no has temido exponer tu vida por nosotros : porque viendo las angustias y tribulacion de tu gente has acudido con peligro tuyo á impedir la ruina y perdicion de nuestra patria. Jamas se apartará tu nombre de nuestra memoria, ántes bien será alabado por todas las generaciones; todos te bendeciremos, porque nuestro Dios te escogió por instrumento de su poder en favor nuestro. Matatías y sus hijos : ¿ qué lauros no han merecido de su posteridad agradecida por aquel inflamado patriotismo y celo religioso con que oponiéndose á las vejaciones y exigencias del impío Antioco, dieron el grito eléctrico de « á las armas para defender la ley santa del Señor? » Siempre el nombre de Matatías se pronunciará con bendicion : al oirlo, todos dirán entusiasmados : Looor al ilustre Macabeo que resistió á todo el poder de los reyes de la Siria.

Pero todo esto, amables oyentes, ¿ qué viene á ser en comparacion de las glorias que hoy se cantan en este santo templo en loor del esclarecido mártir san Vicente? Una sombra, una figura, un indicante y nada mas. San Vicente peleó frente á frente con todo el poder del infierno, sufrió cuantos tormentos pudo inventar la fiereza humana, se deleitó en medio de los tormentos mas acerbos, venció al tirano mas cruel que se conoce, triunfó de las furias infernales, nos enseñó á batirlas y aniquilarlas, y dió tal lustre á nuestra religion adorable, que seria poco el imitar á los que victorearon á Judit y alabaron á Matatías para significar el agradecimiento de que deben estar

poseídas nuestras almas en favor de este mártir del Señor. Él cortó la cabeza del infernal Holoférnes que tenia proyectado nuestro exterminio, aterró á todas las malignas potestades que trataban de nuestra ruina y perdicion, fijó entre nosotros la bandera que condujo á nuestros padres á los combates mas interesantes en defensa de su fe, atrajo en fin sobre nuestra patria las bendiciones del cielo. Y si en todos los pueblos de la tierra se pronuncia con grata emocion el nombre de san Vicente mártir; si hasta en los mas remotos climas es conocido por el mártir español, y ningun cristiano le nombra sin sentir una influencia celestial... los españoles que le reconocemos como paisano, ¿qué no deberemos hacer para manifestar la consideracion que nos merece este glorioso adalid, honra y gloria de nuestro pueblo? Todo, santo mio, todo es poco para vuestros merecimientos y para nuestros deseos. Os amamos con el amor que tienen los buenos hijos á sus padres, con el que tienen los fieles á su religion, con el que inspira la gracia á los que con espíritu religioso celebran las solemnidades de los mártires del Señor, y todos quisiéramos ver cumplidos los votos que formamos de alabaros, de ensalzaros, de engrandeceros y de glorificaros. Para esto me propongo demostrar en este breve rato, que Jesus en vuestra persona, y vos en Jesus habeis ofrecido al mundo una prueba decisiva de que la gracia es omnipotente en el que como vos puede decir: el Señor se ha declarado mi protector: él me salvó porque me quiso.

Factus est Dominus protector meus: saluum me fecit quoniam voluit me.

Virgen santa: protegedme en la resolucion que he formado de defender nuestra religion divina con el martirio del invicto san Vicente. Dirigid mi alma, mi lengua, mis potencias y sentidos para que acierte á hablar dignamente del gran mártir de Valencia, y no aparteis vuestro rostro de los que os saludamos llena de gracia diciéndoos con el ángel: *Ave Maria.*

Grande, dice san Agustín, es el espectáculo que ofrece á los ojos de la fe el glorioso san Vicente en todas partes invicto. Él venció en las palabras, en los tormentos, en la confesion y en la tribulacion: venció despedazado, abrasado en el fuego y sumergido en los abismos del mar: venció vivo y triunfó muer-

to. Ni las uñas y peines de hierro, ni el ecúleo, ni las planchas encendidas, ni las sartenes de fuego, ni el dolor de los miembros dilacerados, ni la ferocidad de los verdugos, ni las entrañas abiertas que se derretian con las llamas, ni los mas exquisitos tormentos pudieron vencer á Vicente protegido por Jesus. Revestido con la armadura de la fe, alentado con las dulzuras de la esperanza y encendido con la caridad mas acendrada, acomete con valor desconocido á todo el poder de la tierra y del infierno, prosterna la naturaleza á los piés de la gracia, vence obstáculos insuperables, y hace ver al mundo que en religion no hay imposibles: que Jesus todo lo puede, y que con él siempre se triunfa. Escuchad si no, y vereis que si aparecen increíbles los hechos de san Vicente en el orden de la naturaleza, ellos sin embargo dejan de ser maravillosos en el de la gracia: que al observar la conducta de este santo cualquiera dirá, que en él es uno el que habla, y otro el que padece; que si el cuerpo sufre, el alma se recrea; que si la carne y los huesos se calcinan, se consumen y destruyen, el espíritu se purifica, se diviniza y se reconcentra en Dios; que el que defiende á la religion, desafía al tirano, provoca los tormentos y halla placer en ellos, no es un hombre aislado, sino un hijo fiel de aquel Dios que declarado su protector le conducia por el camino de los prodigios y maravillas al templo de la inmortalidad gloriosa.

Nacido Vicente en Huesca y criado en Zaragoza, se dió á conocer en sus primeros años por su inclinacion á las obras de piedad y de virtud, y por su aplicacion al estudio de las letras: ordenado de diácono por el santo obispo Valerio y encargado de predicar, desempeñó su ministerio con el celo de un san Pablo y con el espíritu de un san Estéban: perseguido por el cruel Daciano, defendió la religion santa como un apóstol, padeció por ella los mas atroces tormentos y patentizó al mundo que la gracia es omnipotente y que con ella son flores los trabajos, deliciosos los padecimientos y gloriosa la muerte. Llegó el comisionado de los Dioclecianos y Maximianos á Zaragoza, resuelto á exterminar la raza santa; prende á Valerio y á Vicente, los lleva cargados de hierro á Valencia para juzgarlos, y aquí principian los prodigios y maravillas, la lucha mas empeñada entre el cielo y el infierno, el encuentro de la naturaleza con la virtud del signo de nuestra redencion. Comparecen

en el tribunal del tirano los santos españoles, y... « Valerio, dice el juez inicuo, Valerio, ¿quieres obedecer á los emperadores y adorar á los dioses que ellos adoran? » El anciano Valerio impedido del uso de la lengua, apénas pudo contestar; pero con su licencia dijo san Vicente : « Padre mio : yo que he predicado en vuestro nombre á nuestro Jesus divino levantaré la voz para quebrantar la cabeza de esta serpiente infernal; yo abatiré con la gracia el orgullo y altivez de este Goliath confiado en sus fuerzas impotentes; y le haré entender que contra nuestro Dios no hay ciencia, consejo ni fuerza en la tierra. Daciano insensato, entiende que nosotros somos cristianos incapaces de adorar á esos dioses que han fabricado vuestras manos y de nada pueden servirnos : que reconocemos, bendecimos, adoramos y glorificamos á nuestro Señor Jesucristo hijo del eterno Padre, su esplendor y sabiduría, que ha criado los cielos y la tierra, que con singular providencia dirige y gobierna esta máquina del mundo, y que con un amor incomprensible sufrió, padeció y murió en una cruz afrentosa por salvarnos y redimirnos, por hacernos eternamente felices en la gloria. A este Dios de bondad inmensa alabamos, bendecimos y adoramos : por él estamos dispuestos y preparados á sufrir los dolores y tormentos del infierno : haz alarde de tus fuerzas, busca verdugos, inventa suplicios, atormenta, hiere y mata, pero no cuentes con el triunfo que Jesus reserva para los suyos. »

Con estas palabras se llenaron de gozo los cristianos que las oyeron, y Daciano de indignacion, de furor y rabia. Manda que pongan al santo en el ecúleo, que le descoynten los miembros y le atormenten sin piedad; y así se ejecuta : ordena que con garfios y uñas de hierro le rasguen y despedacen el cuerpo, que le desuellen vivo y empleen contra él toda la crueldad posible; y así se hace; pero Vicente lleno de placer y como si gozara en el dolor, decia con sorprendente serenidad : « Gracias, Daciano, gracias te doy porque me proporcionas lo que siempre tanto he deseado. ¿Qué importan estos tormentos para los que deseo sufrir por mi Jesus adorado? Inventa otros mayores, y atormentame cuanto puedas, porque yo ardo en sed de padecer por el que me redimió en la cruz. » Dispone que le pongan desnudo en una cama de hierro ardiendo; que le abrasen los costados con planchas encendidas; que echen

grandes granos de sal en el fuego para que saltando sea herido el santo, y al pié de la letra se hace todo lo que acaba de mandar el tirano. Corre la sangre que salia de sus entrañas derretidas; se le ven las carnes tostadas y consumidas, y los huesos denegridos y quemados; pero Vicente en medio de tan crueles tormentos estaba lleno de gozo y alegría, y no parecia sino que tenia los tormentos por regalos, el fuego por refrigerios y la muerte por vida. Y á vista de esto, amados oyentes, ¿no podremos decir con el grande Agustino que padecia la carne del levita santo y que hablaba su espíritu; y que en el martirio de Vicente debemos considerar la paciencia del hombre y la fortaleza de Dios; los horrores de los tormentos y la virtud de la gracia que los vence; los asombrosos dolores del mártir y la caridad que los hace suaves y deliciosos, para dar gracias á Dios que triunfa en san Vicente, y alabar á san Vicente que vence con la gracia de su Dios? ¿Pueden oirse los combates, triunfos y victorias de este esclarecido mártir de Jesucristo, sin confesar la divinidad de nuestra religion, y sin decir que nuestro Dios es admirable en sus santos? Reflexionadlo y dejadme seguir.

Vencido y desesperado Daciano, hace conducir á Vicente á una hedionda cárcel sembrada de agudos pedazos de teja, con orden de que le arrastren sobre ellos, para que no quedase parte de su cuerpo sin un nuevo y agudo dolor : los verdugos hieren, despedazan y atormentan de nuevo con infernal fiereza al santo mártir, repiten sus crueldades, se ensañan contra Vicente llenándole de penas, y al fin se retiran cansados de atormentar, dejando casi muerto al invicto soldado de Jesus en aquel inmundo y asqueroso calabozo. Pero Dios ¿ha abandonado jamas á los suyos? ¿Ha perecido un solo cabello de los que han amado á Jesus y padecido por su nombre? Nunca, amados míos, nunca desampara nuestro Dios á los que confían en él. El Omnipotente que habia favorecido á san Vicente con la constancia y alegría en sus tormentos, con el deseo de padecer mas y mas por su amor, y con las gloriosas victorias conseguidas en los mas terribles combates, quiere ahora hacerle un regalo digno de su bondad inmensa, y librarle de sus penas con asombro de sus enemigos : baja del empyreo una multitud de ángeles santos á recrear á san Vicente : las músicas celestiales, la luz, la fragancia y el olor suavísimo convierten la cár-

cel en una morada del cielo, y todo es allí placer, gozo, alegría y gloria. Se turban los centinelas, se alarman los guardas, se alborotan todos creyendo que huía san Vicente; pero san Vicente con aspecto angelical dirige su voz de virtud á los contrabados y les dice: « No, hermanos míos no huyo. Entrad, gustad parte del consuelo que Dios me ha enviado, y conoced la grandeza de mi Señor Jesucristo. Avisad á Daciano y decidle de mi parte, que apareje nuevos tormentos, porque ya estoy sano y bueno para sufrirlos. » Muchos se convirtieron á Dios confesando á Jesucristo á la vista de estos prodigios. Daciano se asombra, advierte que los tormentos temen á Vicente, y cambiando su crueldad por la blandura, su rigor por los halagos y su ferocidad por la condescendencia, trata de engañarle con caricias. Usa de todos esos artificios que tan bien comprende nuestro siglo: dispone que pongan á Vicente en una blanda y regalada cama; que se le trate con delicadeza esmerada y se le prodiguen finezas, obsequios y atenciones.. Mas el santo, que aborrecia mas las delicias que las penas, y el regalo mas que el tormento, en cuanto se vió en el lecho del deleite, murió, y subió al cielo á recibir la corona inmortal que Dios tiene preparada para premiar á los que por él pierden su alma en esta vida. Murió san Vicente mártir: pero demostrando que la gracia es omnipotente; que Jesus triunfa en sus siervos y sus siervos en Jesus; y que al lado del que protege y salva á los justos, son nada las persecuciones, los dolores y tormentos que tanto horrorizan á la naturaleza.

Murió nuestro patron esclarecido; pero padeciendo por la fe y defendiéndola á costa de su sangre; provocando la ferocidad del tirano, y teniéndose por feliz y dichoso en sufrir los mas crueles tormentos por Jesus: ¿no llenó de bienes á su patria y de dones celestiales á nuestra nación católica? ¿No ha merecido el honor de ser el caudillo de los héroes con que se honra la iglesia española? Ah! mi alma se complace en creer que san Vicente es un manantial fecundo de bienes para su gente, pues á él debemos en gran parte los beneficios que nos proporciona la religion que defendió en la tortura, y que no hay español que no le diga agradecido: « tú eres el honor de nuestro linaje, la gloria de nuestro pueblo y el blason mas estimable de nuestra nobleza. »

Ni creais, piadosos oyentes, que los triunfos de san Vicente

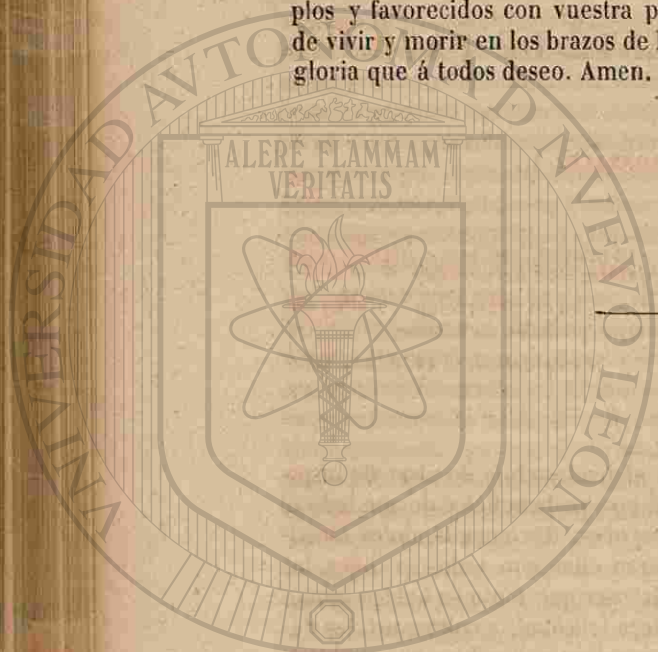
se acabaron con su muerte. Venció tambien despues de muerto al feroz Daciano, como lo dice mi melifluo padre san Bernardo (1): porque si el cadáver del santo es arrojado á las aves del cielo y á las bestias feroces, un cuervo grande se encarga de defenderle, un lobo le reverencia y todos los animales le respetan. Si Daciano se obstina en quitar á la veneracion de los cristianos el sagrado cuerpo del glorioso san Vicente, y cosido en un cuero de buey lleno de piedras manda sumergirle en los abismos del mar, las olas le traen plácida y suavemente á la ribera, y le colocan fuera de las aguas cubriéndole con arena: el santo mártir aparece á una buena mujer, le revela el sitio en donde estaba su cuerpo, y aquella devota señora le da honrosa sepultura fuera de los muros de Valencia, en donde despues se edificó una iglesia en honor del ínclito san Vicente, honra y gloria del pueblo español, feliz y dichoso con las peleas, victorias, triunfos y trofeos de este menospreciador del tirano, de este vencedor de los tormentos, de este triunfador de la muerte, del mundo, del demonio y del infierno con solo decir humildemente: « El Señor se ha declarado mi protector; él me salvó porque me quiso. *Factus est Dominus protector meus: saluum me fecit quoniam voluit me.* »

He concluído, señores, el elogio del glorioso san Vicente. Pero cómo bajar de este púlpito sin haceros notar que en la historia de su martirio tenemos todas las pruebas que pueden necesitarse para demostrar la dignidad de nuestra religion adorable? ¿Pueden comprenderse las penas, dolores y tormentos de este santo singular sin una virtud divina? Caben en lo natural la fortaleza con que defendió la fe, la constancia con que padeció por Jesus, y el amor y caridad con que deseaba vivir y morir por el que amaba su alma y ocupaba su corazon? Que conteste vuestro buen sentido religioso, miéntras que para concluir digo con el mas profundo respeto, con la veneracion mas sumisa:

Alcanzadnos, mártir prodigioso, alcanzadnos del que os protegió y salvó la gracia que todo lo puede, la virtud que siempre triunfa y la caridad victoriosa que hace fáciles los imposibles de los hombres. Que domine en nuestros corazones el Redentor de nuestras almas, y vea el mundo que los que nos preciamos de

(1) Serm. 66.

ser tus devotos participamos de las virtudes que os hicieron tan célebre en la historia de los santos que derramaron su sangre por el Cordero sin mancha. Miradnos desde el cielo como á vástagos de vuestra pasión gloriosa, y haced que vean los fieles que de vuestra muerte nacieron las vidas de los que os imitan, veneran y respetan; para que animados con vuestros ejemplos y favorecidos con vuestra protección, tengamos la dicha de vivir y morir en los brazos de la gracia, prenda segura de la gloria que á todos deseo. Amen.



SERMON I.

DE SAN VICENTE DE PAÚL. (*)

(DE GONZÁLEZ.)

Laudemus viros gloriosos... in generatione sua... illi viri misericordix sunt, quorum pietates non defuerunt.

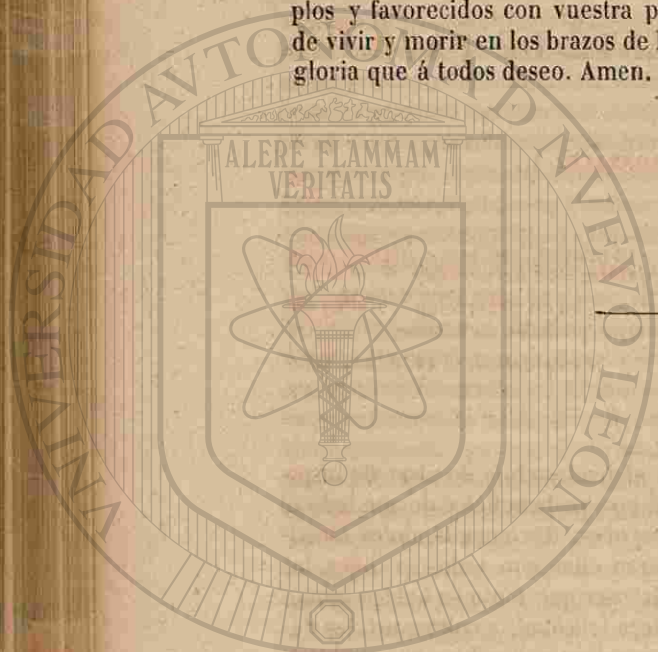
Alabemos á los varones ilustres... en su generacion... : ellos son varones misericordiosos, cuyas piedades no faltaron.

Eclesiástico, c. 44. v. 1 y 10.

Con estas palabras trataba el piadoso hijo de Sirac de inspirar á los hebreos su gratitud por los beneficios de que todo el pueblo era deudor á sus mayores. Recomendándoles individualmente, para que lo hicieran ellos con todos sus hijos, los ilustres patriarcas y demas héroes que tanto se habían esmerado en procurarles la verdadera felicidad, « colmamos, les decian, de alabanzas y bendiciones á unos hombres que supieron hacerse acreedores á esta gloria : ellos adquirieron para sí y dejaron por herencia á todos sus descendientes el tesoro inapreciable de la virtud; dignos son por tanto de que resuene en todas partes el eco de sus proezas, y de que la iglesia publique con entusiasmo las obras que les dieron derecho á ser elogiados por todos : donde quiera que se encuentre su posteridad se hallarán indefectiblemente los bienes que se adquirieron con su celo; estos son los verdaderos héroes de la misericordia y beneficencia, cuyas piedades ni se han acabado ni se disminuirán en tiempo alguno. »

(*) Predicado en la iglesia del hospital de la Misericordia de Segovia.

ser tus devotos participamos de las virtudes que os hicieron tan célebre en la historia de los santos que derramaron su sangre por el Cordero sin mancha. Miradnos desde el cielo como á vástagos de vuestra pasión gloriosa, y haced que vean los fieles que de vuestra muerte nacieron las vidas de los que os imitan, veneran y respetan; para que animados con vuestros ejemplos y favorecidos con vuestra protección, tengamos la dicha de vivir y morir en los brazos de la gracia, prenda segura de la gloria que á todos deseo. Amen.



SERMON I.

DE SAN VICENTE DE PAÚL. (*)

(DE GONZÁLEZ.)

Laudemus viros gloriosos... in generatione sua... illi viri misericordiae sunt, quorum pietates non defuerunt.

Alabemos á los varones ilustres... en su generacion... : ellos son varones misericordiosos, cuyas piedades no faltaron.

Eclesiástico, c. 44. v. 1 y 10.

Con estas palabras trataba el piadoso hijo de Sirac de inspirar á los hebreos su gratitud por los beneficios de que todo el pueblo era deudor á sus mayores. Recomendándoles individualmente, para que lo hicieran ellos con todos sus hijos, los ilustres patriarcas y demas héroes que tanto se habían esmerado en procurarles la verdadera felicidad, « colmamos, les decian, de alabanzas y bendiciones á unos hombres que supieron hacerse acreedores á esta gloria : ellos adquirieron para sí y dejaron por herencia á todos sus descendientes el tesoro inapreciable de la virtud; dignos son por tanto de que resuene en todas partes el eco de sus proezas, y de que la iglesia publique con entusiasmo las obras que les dieron derecho á ser elogiados por todos : donde quiera que se encuentre su posteridad se hallarán indefectiblemente los bienes que se adquirieron con su celo; estos son los verdaderos héroes de la misericordia y beneficencia, cuyas piedades ni se han acabado ni se disminuirán en tiempo alguno. »

(*) Predicado en la iglesia del hospital de la Misericordia de Segovia.

Yo no sé que puedan aplicarse con mas exactitud estos elogios en la ley de gracia que al héroe de la caridad á cuya memoria tributa la caridad misma en este dia los honores solemnes que le son debidos : nadie mas acreedor á las alabanzas de todos los hombres que un Vicente, cuya prodigiosa beneficencia se extiende á todos sin excepcion. Yo procuraré pues fomentar en vosotros un deseo sincero de publicar sus elogios y de imitar sus virtudes. No me esmeraré en embellecer mi discurso con las flores de una elocuencia estudiada, porque sobre ser sus hechos tan heróicos que arrebatan por sí mismos el amor y la emulacion, desagradaria al santo que con tanto empeño procuró desterrar en su vida este vicio, exhortando á la humildad á los celosos operarios que él destinó al ministerio de la predicacion. Bien penetrado de los sentimientos del santo, trataré de imitarle en lo posible.

Confieso, Dios mio, mi pequeñez é insuficiencia; sin embargo, si yo busco mi propia gloria, haced que sea públicamente confundido para mi desengaño; pero dignaos asistirme con vuestras soberanas luces para que pueda promover el honor de vuestro siervo y la edificacion de mi auditorio. Este os pide rendido la misma gracia por la intercesion de la mas caritativa y benéfica de las criaturas, á quien saludamos devotamente con las palabras del ángel : *Ave María.*

Ardua empresa es, segun los maestros de la elocuencia, evitar la oscuridad y confusion queriendo reducir á un breve compendio la historia de una larga vida en que no hay un solo momento que no ofrezca nuevas maravillas; difícil es á un panegirista elegir entre tantos objetos como pueden conducir á la gloria de su héroe, y siempre le quedará el recelo de que lo que omite serviría para engrandecerle mucho mas que lo que dice. En este conflicto me determiné á no hablar en este dia sino de la beneficencia de Vicente, mas no por eso salvo los obstáculos. En una vida de ochenta y seis años consumida toda en los ejercicios de la mas ardiente caridad, siempre será mas sin comparacion alguna lo que deje sepultado en el silencio que lo que pueda declarar con las palabras. Nada diré de las ocupaciones de su niñez en que ponía todas sus delicias en el socorro de los pobres, reservando para ellos una parte considerable de su ali-

mento, y aun despojándose de sus vestidos para cubrir su desnudez : mas ¿ pasará en silencio las reflexiones que en el ejercicio de pastor le inspiraba la Providencia, por cuyo medio inflamaba su tierno corazon en la llama de la caridad? La vista del ganado que irremediamente pereceria sin la vigilancia del pastor, oh! con qué viveza le declaraba las cualidades que deben adornar á los ministros á quienes encarga Dios el cuidado de su grey! La imágen interesante de aquel pastor que tiene que olvidarse de sí mismo para cuidar que nada falte á su rebaño; que busca sin descanso la oveja extraviada; que se ve inundado del mas delicioso placer al encontrarla; que olvidado de su fatiga y desfallecimiento la coloca sobre sus hombros hasta que la vuelve á su redil.....

Oh! Providencia divina! por qué medios tan eficaces como suaves vas preparando esta grande alma para el elevado ministerio del sacerdocio á que la tienes destinada! Gloríate, iglesia santa, al considerar el tesoro que te prepara en Vicente tu divino esposo : no temas que sea conducido al altar este nuevo Aaron por el deseo de las comodidades, del ocio, de los placeres, de los honores, de las riquezas, no; Vicente será un sacerdote segun el espíritu del Señor; un sacerdote..... ¿por qué, viéndolos ya verificados, no podremos aplicarle proporcionalmente los felices anuncios que hizo Isaías á los hebreos cuando les pronosticó la venida del Precursor? *Erunt prava in directa*, les dijo : por su ministerio se enderezarán las cosas mas torcidas, se suavizarán los caminos mas ásperos, se convertirán en amenos y deliciosos jardines los áridos desiertos en que solo se veían la espina y el abrojo, se allanará para todos los mortales la senda de la vida y se les proporcionará el fruto de la redencion.

Al desenvolver estas ideas me veo constituido en medio de un intrincado laberinto. Qué objetos tan importantes; qué escenas tan tiernas no llaman mi atencion hácia todas partes! El huérfano desvalido, la doncella expuesta, el anciano achacoso, el rústico ignorante, el jóven abandonado, el enfermo sin auxilio, el apestado de quien todos huyen, el hambriento, el desnudo, el encarcelado, el pecador reconocido, todos, todos levantan al cielo sus manos agradecidas; sus lenguas pronuncian con entusiasmo el nombre de Vicente : Vicente, dicen, enjugó nuestras lágrimas; Vicente remedió nuestra necesidad; Vicen-

te nos sacó del peligro; Vicente nos arrancó de las garras de la muerte; Vicente nos condujo con seguridad al puerto de la salud; Vicente nos descubrió el camino de la verdadera dicha.

Con efecto; desde que, visto el prodigioso efecto de la caridad con que á imitacion del Salvador cargó voluntariamente con el pecado ajeno, se hace como otro Apóstol anatema por sus hermanos, y se ofrece á emplearse toda su vida en el alivio de los menesterosos; ¿qué necesidad hubo tan escondida que no descubriese su celo? ¿qué enfermedad en que no tomara una parte bien activa? ¿qué escándalo á cuyo remedio no acudiese su ardiente caridad? No hablemos de la parroquia de Clichy, en la que tuvo los primeros ensayos su pastoral ministerio; en la que venció con extraordinaria facilidad dificultades insuperables, y en la que se atrajo ya la admiracion y los elogios de cuantos le conocieron, que fueron los que experimentaron los efectos de su beneficencia: pasemos en silencio su morada en el palacio de los señores de Gondi, en el que á una multitud de beneficios propios de su caridad, añadió el raro espectáculo de hacer que un señor principal y su digna esposa la condesa, no contentos con emplear sus tesoros en el socorro de los miserables, tuvieran la mayor complacencia en visitar continuamente y asistir por sí mismos á los pobres enfermos de sus estados; y en el que el fruto palpable de su celo sacerdotal le proporcionó ocasion de dar principio á la mision que con tanta gloria de Dios, y con tan gran provecho de las almas ejerció por todo el discurso de su vida, y sigue ejerciendo por sus hijos á quienes procuró comunicar su mismo espíritu; pasemos á Chatillon, aquel infortunado pueblo, á quien la proximidad al foco del ateismo y del libertinaje tenia ya tristemente contagiado; cuyos habitantes, abandonados á los desórdenes de una vida licenciosa, bebían ya con placer los errores y la apostasía que siguen ordinariamente á la corrupcion del corazon; y cuyos sacerdotes, léjos de atajar el mal, fomentaban el desorden con sus escándalos; aquel pueblo en que pudiera decirse que la vista penetrante del Señor no alcanzaba á descubrir un solo hombre que obrara el bien; Chatillon experimenta la mas rápida y prodigiosa trasformacion por el celo de Vicente. El clero arreglado, abolidos los escándalos, reformados los abusos, convertidos los herejes, transformados en héroes los mas obstinados pecadores, las mujeres mas escandalosas hechas la edificacion de todos;

todo es debido á su ferviente caridad: parece imposible que en pocos meses se obraran tantos prodigios. ¿Quién sino Vicente hubiera osado acometer tan ardua empresa? Al ver las abundantes lágrimas con que lamentan inconsolables su pérdida los infelices moradores, que sin haber tenido tiempo para conocerle, le tuvieron para experimentar el influjo de su ilimitada beneficencia, decidme: ¿exageraba cuando comparándole con el Bautista, os decia que su celo habia de enderezar los mas tortuosos caminos?

Los caminos, digo; porque no se crea que se limitó su influjo á este solo pueblo: con igual suceso renueva sus trabajos en Villepreux, en Sens, en Beauvais, en Soissons, en el cuartel de San German en que parecia estar reunido el ateismo con el libertinaje, en toda la Francia, en la Polonia, en todo el cristianismo y aun entre los mismos idólatras; en todas partes, sin exceptuar los lugares en que se reunia la tropa mas desarreglada y licenciosa, los presidiarios y salteadores; en todas partes trabaja con fruto; en todas partes obra conversiones admirables y prodigiosas: *erunt prava in directa*. Pero ¿y qué extraño, si el atractivo de su caridad era irresistible; si con un amor entrañable consolaba á todos los infelices dulcificando sus trabajos? Él se conmueve, se horroriza al ver las principales obras de la Omnipotencia, los hombres comprados con la sangre de Jesucristo tratados de un modo nada conforme á los principios de la religion, y que no puede conciliarse con las leyes de la humanidad; sepultados en profundas y fétidas cavernas, desmayados por la necesidad, consumidos de insectos y miseria, oprimidos con trabajos insoportables y vejados con castigos inventados solo para las fieras. Semejantes hombres habituados al crimen, rodeados de forajidos, sin oír otra cosa que blasfemias é imprecaciones, colocados al borde de la desesperacion y sin haber quien alargue la mano para impedir el precipicio, ah! qué cruel espectáculo para un corazon abrasado de la llama del amor; qué agudo pesar para un alma tan sensible como la de Vicente, no hallarse con recursos para remediar tantos males! Mas ¿cuándo faltaron á la sólida virtud?

No, inhumanos avarientos, no, crueles egoístas; no alegueis la escasez de medios para cohonestar vuestra fiereza; Vicente solo, pobre y sin recurso alguno provee á una multitud de alimento ménos escaso, de vestido ménos indecente, de comisio-

nados mas piadosos; los consuela, los alivia, los atrae, se hace amar de todos, se hace dueño absoluto de sus corazones, y cuando ha conseguido esto les inspira los consuelos y verdades de la religion, los exhorta, los convierte; hace suceder la mas humilde resignacion á la desesperacion mas horrible, la oracion á la blasfemia, la penitencia á los delitos; de suerte que al oír sus oraciones, al verlos frecuentar los sacramentos y practicar las virtudes, pudiera decirse que se habia trasformado en convento de austeros cenobitas la que hace pocos momentos era morada de facinerosos, de hombres sin religion, sin ley y sin conciencia: *erunt prava in directa, et aspera in vias planas*: sola la caridad de Vicente hubiera podido completar y aun emprender semejante prodigio; sola su caridad, no soy libre para omitirlo: si mil veces lo habeis oído, otras tantas habreis prorumpido admirados: *laudemus viros gloriosos... illi viri miser cordie sunt.*

Vicente, no pudiendo ménos de mirar con particular interes á uno de aquellos infelices que se halla abatido de una tristeza mas terrible y peligrosa, se le acerca, fondea su corazon, descubre un hombre de buena índole y educacion á quien un acoloramiento juvenil habia arrastrado á aquel abismo de tormentos; averigua que la causa de su abatimiento es la triste memoria de una esposa y de unos hijos inocentes, expuestos á morir de dolor y de miseria, y á los que de ningun modo puede aliviar en su desgracia. Informado de esto, separa las dificultades, allana todos los caminos, lo compone con el superior del distrito, y consigue la libertad: pero cómo? ah! las palabras me faltan al declararlo: jamas he podido recordar este suceso sin enternecerme. Qué espectáculo tan glorioso! qué sacrificio tan acepto á los divinos ojos, y tan semejante al de nuestro divino Salvador! El venturoso delincuente se pasma al ver á Vicente, que viniendo de improvísio y de incógnito con el superior, hace trasladar á sus manos las cadenas, á sus piés los grillos, á sus espaldas los malos tratamientos, á su cuerpo los trabajos que á él le oprimian, y compra con la esclavitud propia su libertad. Qué! aun dudas? ¿te parece soñada tu libertad como á san Pedro? Postrado está en tu presencia el ángel libertador; corre, corre presuroso y hallarás franqueadas las puertas; vuela para llevar tan feliz nueva á tu desconsolada esposa, á tus inocentes hijos; divúlgala por todo el universo para

que todos le alaben, le colmen de bendiciones y promuevan la gloria de tu Redentor: *laudemus viros gloriosos.*

Creeréis tal vez que no puede decirse mas? pues aun no he dado principio á la historia de su beneficencia; mas ya que no sea posible otra cosa, quiero dar una rápida ojeada por la carrera de su vida, para que veais realizada por la caridad sola de nuestro santo una empresa que los mas moderados graduaron de temeraria, cual fué la de socorrer temporal y espiritualmente en Macon una multitud enorme de mendigos, acostumbrados al pillaje, á la obscenidad, á todos los desórdenes, por un método tan admirable, que le atrae la gratitud de los vecinos que ven por este medio aseguradas su fortuna y su existencia; empresa que le mereció la aprobacion de la asamblea del clero, proponiéndola ademas por modelo á todos los obispos del reino. Aquí veremos erigido como por milagro un gran edificio, blanco al principio de las mas espantosas contradicciones, y objeto despues de los mas justos elogios; en que aseguran su salvacion una multitud de mujeres perdidas que, ó cansadas ó desengañadas de su vida escandalosa, buscaban con ansia este puerto de salud en los naufragios que ya miraban como inevitables: allí veremos reunidos por la mano de Vicente en el memorable hospital de San Lázaro, aumentado y enriquecido por su celo, los ejercicios todos de la mas asombrosa beneficencia; el alivio de los infelices delincuentes; las conferencias del clero que tanto honor han hecho á la iglesia de Francia; los ejercicios espirituales en que hallaban con la mayor facilidad los pecadores las puertas de la penitencia; los justos el camino de la perfeccion, los tibios el fervor, y todos la mejora de costumbres: allí se ejercitaban cerca de mil personas. En una parte se ofrecerán á nuestra vista hasta ciento sesenta doncellas y un número proporcionado de jóvenes abandonados, recogidos, mantenidos y cuidados por Vicente para libertarlos de los peligros consiguientes al abandono de aquella edad: en otra, sin poderme detener á hablar de las Hijas de la Cruz y de la Providencia, se nos pondrá delante uno de los establecimientos mas interesantes á la humanidad, á la sociedad y á la religion; el hospital de los niños expósitos, en que cuida con tanto esmero de la vida natural, política y cristiana de tantos millares de infelices que temporal y eternamente perecerian, sin este medio, víctimas de la fiereza de sus padres, de los criminales

autores de su inocente vida. Veremos toda la Lorena, reducida hasta entónces á un estado mas deplorable todavía que la desventurada Jerusalem, repentina y abundantemente socorrida de víveres, de ropas, de medicinas, de todo género de auxilios que se repiten en una porcion innumerable de aldeas, villas y ciudades de las provincias de Picardía y Champaña, en cuyo auxilio se consumió en muy poco tiempo la enorme suma de 1,600,000 libras en dinero, 14,000 varas de paño y otras inmensas cantidades empleadas en reparar y embellecer los templos, y en socorrer ocultamente una infinidad de particulares. Veremos un hospital en que se reúnen hasta cuarenta ancianos inhábiles para trabajar, y que sin embargo se emplean gustosos con proporcion á sus fuerzas en utilidad propia y ajena; y otro para recoger, alimentar y hacer útiles á la sociedad cuarenta mil mendigos. Veremos...

Pero es abusar demasiado de vuestra paciencia: por desgracia ya nada veremos, porque la plaga desoladora de la rebelion y de la anarquía lo taló todo en pocos momentos, arrancó hasta la raíz, se empeñó en borrar de la memoria de los hombres cuantos beneficios pudieran recordarles el benigno influjo, el poder colosal, la divinidad palpable de la religion. Ya nada veremos: digo mal; volviendo al principio veo con placer la sentencia del Eclesiástico que nos dice (1): *cum semine eorum permanent bona*: donde quiera que se hallen los hijos del justo, allí se hallarán los efectos prodigiosos de su virtud. Si la Francia quiso echar el sello á su depravacion, y con escándalo del universo entero arrojó de sus inocentes asilos, so pretexto de humanidad y filantropía, á las únicas personas que practicaban ya sin ofensa de nadie la beneficencia con todos, la España, y con especialidad la provincia que habia contribuido á las primeras instrucciones de Vicente, protege, fomenta, multiplica con el mayor esmero los establecimientos de sus hijas, de las hijas de la caridad verdaderamente dignas de este nombre; de las hijas que bebieron y conservan todo el espíritu de su bienaventurado padre; de las hijas que sirvieron de instrumento á Vicente para todas sus benéficas y caritativas empresas; de las hijas que tanto honor hacen á su padre, y que con tan feliz suceso renuevan en todas partes los prodigios de su

(1) C. 14. v. 11.

caridad: *cum semine eorum permanent bona*; de estas hijas tan justamente amadas en donde quiera que se experimentan sus servicios, y tan ansiosamente suspiradas en donde aun no han tenido la dicha de experimentarlos; de estas hijas que reuniendo, como su glorioso patriarca, el espíritu de un Juan de Dios con el de un Camilo de Lelis, el de un José de Calasanz con el de un Domingo de Guzman, el de un Francisco de Sales con el de un Tobías, el de Marta con el de María, ejercen con tanta humildad como placer los oficios de la caridad con todos los miserables; los asisten con un amor incomparable aun en las mas fétidas enfermedades; y derraman sobre sus almas unos consuelos verdaderamente celestiales; trabajan sin cesar día y noche para su alivio, y día y noche consumen en una fervorosa oración. Al mismo tiempo que se esmeran en la limpieza de sus cuerpos, ponen todo su conato en la pureza de sus almas: aquí instruyen al ignorante, allí exhortan al moribundo; en una parte se las ve precaver la recaída del convaleciente, en otra ejercer los oficios de la piedad con los difuntos: *cum semine eorum permanent bona*.

Hablad vosotros los que habeis recibido y estais recibiendo tantos beneficios de su mano generosa: vosotros, pobrecitos enfermos, ¿en dónde habeis sido asistidos con mas exactitud y caridad? Inocentes expósitos, sencillas educandas, ah! vuestras lenguas tiernezas publicarán con la mayor elocuencia la gloria de Vicente, y harán ver que sus hijas llevan consigo á todas partes su celo y su beneficencia. Sed agradecidos y rogad incesantemente al Señor por la conservacion de un instituto en que tanto interesan la humanidad, el estado y la religion: pedidle que ablande los corazones inaccesibles á los clamores de la miseria.

Oh! que no tuviera yo la energía de este mismo héroe cuyas virtudes publico, cuando vió expuesto á sofocarse en la cuna uno de los establecimientos mas propios de su celo! Pero no os pido un entero desprendimiento de vuestras fortunas, solo sí que deis un destino útil á lo que no necesitais para vuestras principales necesidades. No olvideis que los infelices que tan imperiosamente reclaman vuestra piedad, son hermanos vuestros y miembros de la misma religion; que á proporcion que se aumenta el número de los necesitados, disminuyen los recursos para remediarlos, y que guardando vuestros te-

soros perecerá con ellos vuestra memoria, y empleándolos en obras de misericordia os haríais inmortales en la presencia de Dios y en la memoria de los hombres, y los recibiríais prodigiosamente multiplicados como Vicente en el momento mas terrible.

No puedo mas. Dignaos, Señor, darnos un nuevo testimonio del aprecio que haceis de la caridad y misericordia, derramando vuestra bendición sobre esas almas justas que tienen por divisa estas virtudes; recibid benigno el continuado sacrificio que os hacen de todo cuanto pudiera llamar su atención en el mundo, y no permitais que pierda alguna por su desgracia el fruto de tantas y tan heroicas virtudes: haced que se verifiquen en ellas las palabras consoladoras del Eclesiástico: *hæreditas sancta nepotes eorum*; formad de cada una un prodigio de virtud como lo hicisteis con su santo padre; hacedlas como él dignas de eterna memoria, y dirigidlas á la cumbre de la perfección por el escabroso camino en que las habeis colocado: dadnos, en fin, á todos el espíritu de una caridad verdadera con que nos hagamos dignos de la verdadera felicidad. Amen.

SERMON II.

DE SAN VICENTE DE PAÚL.^(*)

(DE GONZÁLEZ.)

Humiliavit semetipsum... propter quod et Deus exaltavit illum.

Se humilló á si mismo... por lo que le exaltó Dios.

S. Pablo á los filipenses, c. 2. v. 8 y 9.

Si la vez primera que publiqué en este mismo lugar las glorias del héroe que veneramos con tanta solemnidad al presente, hubiera sospechado que habria de continuar en lo sucesivo desempeñando tan difícil ministerio, no hubiera experimentado tanta dificultad en la eleccion del asunto que debia proponer. Justamente admirado al ver reunido en su alma lo mas sólido y elevado de las virtudes, temia hacer un agravio á su mérito si pasaba en silencio alguna de las acciones y circunstancias que contribuyeron á su engrandecimiento, y temerario deseaba compendiar en una no muy difusa oracion lo que ni han podido alabar suficientemente los sabios, ni admirar los simples fieles en el largo periodo de dos siglos y medio. Temerario, digo, porque ¿quién es capaz de desenvolver en un solo discurso las ideas que todo el orbe cristiano tiene formadas de ese prodigio de misericordia, de ese portentoso de amor, de ese modelo de caridad, de ese dechado de virtud; mas claro, de Vicente de Paúl? Confieso con ingenuidad que yo no lo soy.

(*) Predicado en la iglesia del hospital de la Misericordia de Segovia.

soros perecerá con ellos vuestra memoria, y empleándolos en obras de misericordia os haríais inmortales en la presencia de Dios y en la memoria de los hombres, y los recibiríais prodigiosamente multiplicados como Vicente en el momento mas terrible.

No puedo mas. Dignaos, Señor, darnos un nuevo testimonio del aprecio que haceis de la caridad y misericordia, derramando vuestra bendicion sobre esas almas justas que tienen por divisa estas virtudes; recibid benigno el continuado sacrificio que os hacen de todo cuanto pudiera llamar su atencion en el mundo, y no permitais que pierda alguna por su desgracia el fruto de tantas y tan heróicas virtudes: haced que se verifiquen en ellas las palabras consoladoras del Eclesiástico: *hæreditas sancta nepotes eorum*; formad de cada una un prodigio de virtud como lo hicisteis con su santo padre; hacedlas como él dignas de eterna memoria, y dirigidlas á la cumbre de la perfeccion por el escabroso camino en que las habeis colocado: dadnos, en fin, á todos el espíritu de una caridad verdadera con que nos hagamos dignos de la verdadera felicidad. Amen.

SERMON II.

DE SAN VICENTE DE PAÚL.^(*)

(DE GONZÁLEZ.)

Humiliavit semetipsum... propter quod et Deus exaltavit illum.

Se humilló á si mismo... por lo que le exaltó Dios.

S. Pablo á los filipenses, c. 2. v. 8 y 9.

Si la vez primera que publiqué en este mismo lugar las glorias del héroe que veneramos con tanta solemnidad al presente, hubiera sospechado que habria de continuar en lo sucesivo desempeñando tan difícil ministerio, no hubiera experimentado tanta dificultad en la eleccion del asunto que debia proponer. Justamente admirado al ver reunido en su alma lo mas sólido y elevado de las virtudes, temia hacer un agravio á su mérito si pasaba en silencio alguna de las acciones y circunstancias que contribuyeron á su engrandecimiento, y temerario deseaba compendiar en una no muy difusa oracion lo que ni han podido alabar suficientemente los sabios, ni admirar los simples fieles en el largo periodo de dos siglos y medio. Temerario, digo, porque ¿quién es capaz de desenvolver en un solo discurso las ideas que todo el orbe cristiano tiene formadas de ese prodigio de misericordia, de ese portentoso de amor, de ese modelo de caridad, de ese dechado de virtud; mas claro, de Vicente de Paúl? Confieso con ingenuidad que yo no lo soy.

(*) Predicado en la iglesia del hospital de la Misericordia de Segovia.

Si mi talento, ó venerado y amabilísimo refugio de todos los miserables ! si mi capacidad fuera proporcionada al concepto que tengo formado de vuestra virtud, y al afecto que naturalmente os profesa mi corazón, el discurso que voy á pronunciar en vuestro elogio sería una obra acabada de elocuencia; mas siendo las fuerzas tan inferiores á la voluntad, habré de limitarme necesariamente á una sola de las virtudes que adornaron vuestra grande alma.

Voy pues, amados hermanos míos, á llamar hoy vuestra atención hácia una virtud tan rara como necesaria en el hombre pecador; hácia aquella virtud sublime á que con tanta energía nos exhorta ese Dios Hombre abatido, anonadado por nuestro amor y para nuestro ejemplo; hácia la humildad que tan singularmente nos ha recomendado el mejor de los maestros con las palabras y con las obras, y que con tanta exactitud procuró imitar Vicente, á quien no extrañaréis por lo mismo que aplique en la parte posible el sentido de las palabras en que compendió el Apóstol todo el mérito y toda la gloria de nuestro divino Salvador: *humiliavit semetipsum..... propter quod et Deus exaltavit illum*. La grandeza, la elevación, la gloria del nombre de Vicente son proporcionadas al heroísmo de su humildad: á esto limitaré su elogio.

Vos, Dios mío, que penetráis el fondo de mi corazón, sabéis bien el deseo que me anima del acierto, pero tampoco podeis desconocer mi insuficiencia para realizarlo si no me dispensáis vuestros auxilios. Venga sobre mí un rayo de vuestra luz, como os lo pedimos todos por la intercesión de vuestra humildísima Madre. *Ave Maria*.

Todos los males y miserias del hombre proceden de la soberbia; todos sus méritos, todas sus glorias han de tener por tanto su origen en la humildad. El padre detestable de la soberbia pretende cegar á los mortales para que, no viendo la miseria, la debilidad y dependencia de su naturaleza, y el mérito de su culpa, aspiren ansiosos al cumplimiento de todos sus deseos, á los honores, á los placeres, al mando, á la independencia; ese divino maestro de la humildad se despoja voluntariamente de todas las insignias de su grandeza, y con su doctrina y ejemplos les inspira la necesidad de conocerse á sí

mismos: de contemplar que de suyo nada tienen sino la defectibilidad, la nada, el pecado; que todo cuanto pueda haber en ellos ha de ser una pura gracia que no merecen; que deben desconfiar de sí mismos, resignarse en las determinaciones de la Providencia, y léjos de apetecer cuanto pueda servir de fomento á sus pasiones, alejarlo de sí cuidadosamente; en una palabra, proponerse por modelo al Santo de los santos, que abatiéndose por su voluntad se hizo acreedor á una gloria infinita, mirando con horror el orgullo escandaloso de Lucifer, que por el injusto empeño de engrandecerse fué precipitado en el abismo de la ignominia y de la miseria.

Este es precisamente el retrato de Vicente de Paúl: en los consejos de la eterna sabiduría estaba escogido para fiel discípulo del humildísimo Jesús, y para que empezara á ser semejante en todo, dispone que nazca, como él, de padres pobres y desconocidos, en una choza pobre y humilde, en un ángulo oscuro de una pequeña aldea. Nada ven sus ojos que pueda servir de pábulo á la vanidad; y si el santo Job pudo gloriarse de que desde su juventud habia crecido con él la misericordia, yo no tengo reparo en asegurar que con Vicente nace, se aumenta, se robustece, se perfecciona la humildad. Léjos de quejarse de la condicion en que le colocó la Providencia, como que se glorió de ella toda la vida, y aun le parece demasiado ventajosa en proporcion á su mérito. La vista de los animales á cuya custodia se dedicó luego que pudo usar con alguna libertad de sus miembros, le instruye, le confunde, le da una idea de la degradación é ignominia de la especie humana. Los brutos sin razon, dice para sí, han sido fieles á su Criador, obedientes á su voluntad; han conservado el orden en que les colocó la mano todopoderosa; solo el hombre tan privilegiado de Dios en la creación ha perdido por su orgullo la dignidad y perfección que recibió con la naturaleza; solo él se ha envilecido, degradado, precipitado en el abismo de la ignominia, abdicado todos sus derechos; solo él se ha hecho indigno de todo, ménos del desprecio, del odio, de la persecución de todo el universo: las criaturas todas deben armarse contra él para vengar la injuria del Criador omnipotente contra quien ha tenido la osadía de rebelarse; justo es que viva esclavo del trabajo, del dolor, de la enfermedad, de la muerte y de todos los males; que viva sujeto á todos los hombres y aun á los brutos el insensato que

ha pretendido sacudir el yugo suave del Señor absoluto de todo lo criado, y negarle la obediencia.

Lleno de estas ideas, y sabiendo por el Evangelio que el único medio de recobrar el honor, la gracia, los derechos de que ha despojado al hombre su orgullo, es hacerse inferior á todos por el mas humilde abatimiento, y que para enseñarnos el camino de la gloria se abatió el Unigénito de Dios, y se hizo voluntariamente siervo de todos sus hermanos, Vicente se resuelve á seguir este ejemplo y consagrarse todo al servicio de sus semejantes; y para que su sacrificio sea mas completo y agradable al Señor, elige por objeto de su celo los seres mas viles y miserables de la sociedad.

Qué ejemplo, señores! ¿Somos capaces de recordarle sin avergonzarnos, sin estremecernos? Si nos sentimos animados de algun celo por el bien de las almas, ¿quiénes son por lo comun los que preferimos? Ay! qué puntualidad, qué diligencia, qué esmero, por no decir mas, cuando se trata del poderoso, del caballero, del grande, de todos aquellos en que pueden hallar algun apoyo el interes y la ambicion! Mas para con el pobre, con el miserable, con el desvalido; qué lentitud! qué tedio! cuántas excusas! Sepárese la obligacion de una rigurosa justicia y podrá Jeremías bañado en lágrimas repetir sus amargos lamentos (1): *parvuli petierunt panem et non erat qui frangerit eis*: como si el alma del pobre no estuviera marcada con la sangre del Cordero; como si la gloria del sacerdocio se oscureciera con la santificacion del desdichado!

De otro modo bien diverso se condujo Vicente, elevado al sagrado ministerio del altar por uno de los designios nada vulgares de la Providencia. Sigamos sus pasos y quedarémos admirados y cubiertos de confusion: sigámosle, pero desprendámonos ántes del espíritu del mundo, de la delicadeza, del miedo, de la vanidad; abatamos considerablemente nuestro orgullo; alejémosnos de los lugares en que tienen su asiento la disipacion, los placeres, el ocio, la molicie; previas estas disposiciones, sigámosle y le hallarémos como en su centro entre los labradores en el campo, entre los pobres en las chozas, entre los mendigos enfermos en los hospitales, entre los malhechores en las galeras y presidios, en donde no puedan tener cebo al-

(1) *Tren. 4. c. 4.*

guno las pasiones, ni su excesiva misericordia esperar la mas leve recompensa; le hallarémos contra su voluntad en las ciudades mas populosas, en las cortes, en los palacios, en los consejos de los reyes; pero le hallarémos siempre predicando, ejerciendo la humildad, empleándose particularísimamente en el servicio de los ínfimos criados y dependientes; arrancando el ídolo de la soberbia del corazon de los grandes, haciéndoles mirar con desprecio ese vano fantasma del pundonor y exponerse al desprecio, á la infamia para con el mundo, perdonando con generosidad, léjos de vengar las injurias; abogando por el huérfano, por la viuda, por el menestero, y haciendo prevalecer en todo las voces de la justicia contra los gritos de la ambicion y de la intriga. La vista misma de la grandeza, de la opulencia, del fausto le hacia mas amable el abatimiento, la sencillez y la pobreza. Dueño, ó por los ménos libre administrador de los empleos, dignidades y riquezas de toda la Francia, jamas se aplicó ninguno, porque no se contemplaba digno de la mas leve distincion. Ni la falta de fuerzas, ni la debilidad de su salud, ni el bien de la congregacion, este velo especioso con que tantos otros procuran cohonestar sus miras interesadas, nada, nada pudo abrir en su corazon la entrada al espíritu del mundo. Él queria á sus sacerdotes humildes, pobres, enteramente desprendidos de todo lo terreno, y se persuadia á que el mas terrible de los peligros á que podia exponerlos, era proporcionarles alguna prosperidad cuyo fundamento no fuese la sólida virtud. Las alabanzas que por todas partes le tributaban la gratitud y la justicia eran un tormento para su corazon, que las consideraba como el escollo mas digno de temerse; y así sucedia que en las dudas, en las disputas ó competencias parecia inclinarse siempre á favor de los otros, testificando un concepto el mas ventajoso de sus cualidades, sin hablar de las suyas no siendo con indiferencia; tal era la desconfianza que tenia de sí mismo. Esta le hacia consultar ántes de resolver en todos los asuntos, y jamas tuvo por indecoroso aconsejarse de sus propios súbditos, haciéndose por este medio inferior á los mismos que por su profesion se habian obligado á obedecerle ciegamente.

Mas para poder asegurar el acierto no creyó suficiente la consulta, quiso ademas tener á la vista un modelo perfectísimo á quien poder imitar sin peligro de equivocarse; un dechado el

mas excelente de todas las virtudes; la vida ejemplarísima del infinitamente santo. Este era el libro en que estudiaba; esta la regla con que medía todas sus obras. Nunca tomó resolución alguna sin atender á lo que había hecho ó haría en semejantes circunstancias el mas humilde, el mas sabio, el mas justo de todos los hombres, el Verbo eterno hecho hombre. Vivió siempre, como este, en la mas ciega y sumisa obediencia á las autoridades, segun lo manifestó con particularidad en el nacimiento y propagación de aquella funesta herejía, parto de la soberbia, y cuyo principal dogma era el de abolir toda superioridad y dependencia: sufrió, como él, sin la menor alteración los dicterios, los insultos, las calumnias, persuadido á que su honor no exigía satisfacción alguna aun de las mas infamatorias: vivió, como él, en el abatimiento, en la pobreza, en el retiro, á no ser cuando el celo de la gloria de Dios requería su presencia en público: buscó, como él, la compañía de los niños, de los ignorantes, de los indigentes, de los enfermos, porque en estas clases podía ejercer su caridad con mas fruto y sin riesgo de envanecerse; y si no pudo pasar, como él, cuarenta dias en el desierto privado de todo alimento, pasó con alegría mucho tiempo con una cortísima porción de pan de cebada, para que no faltase el socorro á las necesidades urgentísimas de sus hermanos. Aun pudiera decir mucho mas, porque si bien no hay ni es posible que haya criatura alguna capaz de igualar y mucho ménos de exceder al Criador en la menor cosa, pero no fué conveniente que ese Hombre Dios pusiera por obra algunas cosas extraordinarias y maravillosas que nos aconsejó de palabra; así es que en la noche de su pasión recibió una bofetada que, si no pudo turbar la quietud y serenidad de su espíritu, le obligó á dirigirse al agresor reconviniéndole con unas palabras amorosas y dulces, pero severas y justas; Vicente recibe la misma injuria, é inalterable como si no fuera sensible, como si no conociera otra gloria que la de ser ofendido y afrentado, se postra delante de su ofensor y le presenta la otra mejilla, dispuesto á recibir el mismo ultraje con una tranquilidad inimitable, por la que se atrae la admiración, el amor, las alabanzas de aquel, y consigue su arrepentimiento.

Por último, porque no es posible referirlo todo; el heroísmo de su humildad llegó á donde puede llegar. Un Juan de Dios expone su vida por salvar la de los pobres enfermos; un Nolas-

co, un Pedro Pascual, un Juan de Mata y sus hijos se privan de su libertad para comprar la de sus hermanos; pero solo Vicente, despues del Salvador, ha tenido el heroísmo de cargar sobre sí la maldición, la infamia, el oprobio; solo él ha querido pasar por un foragido, malhechor, indigno de la sociedad y acreedor á los trabajos, afrentas y penas con que se castigan los delitos mas enormes y perjudiciales: *et cum iniquis reputatus est*: Vicente echa sobre sí las cadenas, el trabajo, la nota, la infamia de un reo condenado á las galeras, ocupa su lugar, desempeña su deber, sufre su castigo... Permitidme, cristianos, suspender mi narración; mi corazón demasiado sensible no puede resistir esta escena, y seguramente no la hubiera tocado si no fuera en mi concepto el rasgo mas brillante, el mayor esfuerzo de la humildad, lo mas arduo, lo mas heroico á que puede llegar en una alma cristiana el empeño de imitar á Jesucristo.

Parece que no puede decirse mas: los actos verdaderamente singulares de su virtud, cuyo número es igual al de los momentos de una vida, ¿qué nueva impresión podrán hacer en quien le haya visto preso, encadenado, confundido con la chusma de los infames galeotes? ¿Queréis que os insinúe por complemento que su amor á la humildad no se contentaba con ejercerla él mismo, sino que le hacia procurar con la mayor eficacia que la ejercieran todos sus hermanos? Examinad atentamente sus escritos, las respuestas á las interesantes consultas que se le hacian de todas partes, sus discursos, sus sesiones, sus conferencias; preguntad á cuantos tuvieron la dicha de conocerle; á los sacerdotes que se dispusieron en sus casas para tan elevado ministerio; á los innumerables pecadores que en sus ejercicios aprendieron el camino del cielo; á tantos establecimientos piadosos como le deben su existencia, y particularmente á los sacerdotes de la misión, á las Hijas de la caridad...

A dónde voy á parar? Veisme aquí colocado en un nuevo apuro, en el que el hablar es un crimen y el callar un imposible: reclaman imperiosamente sus derechos la humildad por un lado, y por otro la justicia. Yo no puedo ménos de observar esta, pero trataré de no ofender á aquella. Es indispensable que las hijas me permitan este pequeño desahogo en obsequio de la verdad, porque así lo exige la gloria del padre. Yo, señoras, no pretendo penetrar el interior de vuestro recinto, á fin

de ver y sacar á luz las obras para que no consentís mas testigos que al Juez supremo, que las ve con perfeccion y las recompensará un dia en presencia de los ángeles y de los hombres; ni hablaré de los deberes que vuestra profesion os impone y que procurais tener escondidos, temiendo no se marche su belleza con el aire pestífero de la publicidad; consideraré solo lo que no es posible tener oculto; lo que por necesidad practicáis en presencia de cuantos quieran verlo; los ejercicios públicos de vuestro instituto, por los que con tanta propiedad os honrais con el nombre de siervas de los pobres enfermos; la generosa humildad con que renunciando al mundo os consagrais en obsequio de la humanidad á los ejercicios mas repugnantes á la naturaleza, mas opuestos al amor propio, mas perjudiciales á vuestra conservacion. Los Benitos y Basilios, los Agustinos y Bernardos, los Franciscos y Domingos, los Camilos y las Teresas dieron á sus hijos excelentes documentos de contemplacion, de retiro, de austeridades y penitencias, de trabajo y privaciones, de caridad y desinterés, de todas las virtudes; pero estaba reservado á Vicente practicar y prescribir los ejercicios de la humildad en toda su perfeccion. En prueba de ello basta ver á las Hijas de la caridad ejerciendo los oficios de la mas tierna madre con esos infelices hijos del pecado; asistiendo con una paciencia, con una fortaleza, con un amor inimitable al asqueroso mendigo lleno de miseria, cubierto de llagas, exhalando á todas partes miasmas insufribles, pestíferos, conductores del contagio, de la enfermedad y de la muerte; cuidando de su limpieza, de su alimento, de su curacion, de su alma, con un esmero...

Mas para qué molestar á mi auditorio con la relacion de lo que está viendo á cada paso? Y qué recompensa está reservada para tan humildes, dolorosos y continuos sacrificios? ¿Qué honores, qué empleos, qué dignidades, qué placeres esperais, señoras, despues de tantos trabajos? Ah! lo diré sin reparo: no, en esta vida no esperais sino mayores humillaciones, mortificaciones mas sensibles, privaciones mas repugnantes. Pero no desmayeis por eso; seguid constantes el camino que habeis emprendido: *merces vestra copiosa est in cælis*: hay un Dios justo que asegura el ciento por uno á sus fieles servidores, y vuestro glorioso patriarca que lo sabia muy bien, quiere que acrecenteis los méritos para asegurar la corona. Qué gloria no

disfruta este prodigio de humildad, y cuánto no se interesa por haceros participantes de la misma! ¡Qué bendiciones, qué alabanzas, qué acciones de gracias no le tributan tantos millones de infelices prodigiosamente socorridos por su mano! Los clamores y lágrimas de los inocentes parvulitos, de los ancianos achacosos, de los miserables enfermos, de todos los indigentes; el júbilo con que resuena su nombre en la Lorena, en la Francia, del otro lado de los mares; la alegre solemnidad con que olvidadas por un momento de sus austeridades, de su retiro y pobreza celebran sus triunfos todas sus congregaciones; la propagacion admirable del instituto de la Caridad, que se solicita con indecible ansia donde quiera que es conocido.... ah! con razon dijo el Apóstol que quien se humilla voluntariamente, será exaltado y glorificado por el Señor. Continudad pues, y continuemos todos en la humillacion para como Vicente ser exaltados. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN VICENTE DE PAÚL.

(DE TRONCOSO.)

Tibi derelictus est pauper; orphano tu eris adjutor.

Á cargo tuyo está la tutela del pobre; tú eres el amparo del huérfano.

Salmo 10. v. 14.

Cuando el cristianismo ha proclamado que el poderoso principio de la fe es el único origen de la verdadera beneficencia, no ha hecho sino repetir lo que á través de siglos y generaciones venia anunciando al universo la voz de los profetas, encargados de preparar los caminos de la benignidad y humanidad del Dios salvador, que en carne mortal debia aparecer en la plenitud del tiempo. Parece que toda la economía admirable del reinado de Jesucristo estaba basada sobre el indestructible cimiento de la justicia que habia de ejercer en favor de los pobres, y de su benignísima caridad para con los huérfanos y desvalidos. David, describiendo en el tipo de Salomon rey de Israel el reino del Salomon pacífico que debia ser el monarca universal de los siglos, representale dominando de un mar á otro, y desde el rio hasta el extremo del orbe de la tierra, haciendo florecer la justicia para con el pobre, humillando á los opresores de los desvalidos, y arrancando á estos de la tiranía de los poderosos: *Judicabit pauperes populi.... liberabit pauperem à potente, et pauperem cui non erat adjutor* (1).

(1) *Psalm. 71. v. 4 et 12.*

Empeñada empero la soberbia del hombre en atribuirse la gloria de las grandes acciones que han inmortalizado esta religion, dada al mundo para formar su dicha y labrar su eterno porvenir, no ha dudado llevar su temeraria osadía hasta negar los hechos mas concluyentes, lanzándose en los brazos de un pirronismo insensato que le degrada y condena. Porque los hechos trasmitidos hasta nosotros por el canal de la tradicion constante y de la historia imparcial, subsisten hoy en toda su fuerza y vigor, á pesar del egoísmo de la humana ciencia y de los tiros de la mordacidad. Todo el universo prueba hasta la evidencia que solo el cristianismo pudo realizar el gran problema de regeneracion universal á que los hombres y los pueblos aspiraban por un movimiento irresistible, desde que aislados por el orgullo del profanador del Eden, y enteramente separados por el temerario proyecto de los artifices de Babel, se hallaron sin lazos que les estrechasen en mutua reciprocidad de miras, de intereses y de afectos. El egoísmo lo habia dislocado todo, y sola la caridad, el amor podia reformarlo; y esta virtud es la que formando aquel vínculo de perfeccion que une á los hombres con Dios y con sus semejantes, crea las sociedades, protege los imperios, defiende los derechos de la humanidad y hace felices á los pueblos. El cristianismo pues, oponiéndose al egoísmo, á la opresion, á la tiranía y á las demas pasiones que ponian ántes un muro de separacion entre los hombres de diferente condicion, los estrecha á todos con lazos comunes; y el desvalido, el pobre, el infortunado, el huérfano, objetos ántes de una insensibilidad brutal, son bajo la égida de esta religion de humanidad y de amor objetos de una singular solicitud. De ella, como de su ilustre y divino fundador dijo el Salmista, debemos nosotros decir: A ti se ha encomendado la tutela del pobre, tú eres el amparo del huérfano: *Tibi derelictus est pauper; orphano tu eris adjutor.*

Aunque ninguna prueba existiese de esta verdad incontestable, bastaríanos fijar nuestra atencion en ese personaje ilustre que hoy venimos á solemnizar en este augusto templo. Tú solo, ¡oh sin par Vicente de Paúl! eres suficiente para evidenciar el poderoso influjo de esa religion, cuyas glorias has inmortalizado con tu nombre. Escogido por el Señor para ser el padre de los huérfanos y el protector de los infelices, tú has reasumido en tu persona la historia y los elogios de esa religion

de amor y de misericordia. Tú hablas á nombre de todos los siglos; porque los siglos no han ofrecido jamas un espectáculo tan sorprendente y majestuoso, que, como tus acciones, hiciera enmudecer á la misma impiedad.

¿Y quién duda que la impiedad se ha visto en la precision de tributar elogios á la memoria del insigne Vicente de Paúl? ¿A quién sino á el es deudora la humanidad de las instituciones mas filantrópicas, en la justa y verdadera acepcion de este término de que tanto ha abusado la humana arrogancia? ¿Quién la ha legado monumentos mas preciosos y ejemplos mas brillantes de heróica beneficencia? ¿Quién enjugó mas lágrimas? Quién consoló mas corazones? ¿Quién, en suma, supo como Vicente de Paúl perpetuar su caridad insigne en tantas sociedades que contrabalanceasen los esfuerzos del egoísmo filosófico, y el furor de la incredulidad?..... Oh héroe invicto! aunque mi lengua intentase enmudecer y ocultar los grandes hechos que ilustran tu memoria, hablarian por mí millares de ancianos de quien fuiste el apoyo; de viudas de quien te constituiste protector; de pobres y desvalidos cuyo amparo fuiste; de huérfanos y abandonados que te aclamarian su padre amoroso y su insigne bienhechor; y estos y mil monumentos elevados por tu genio creador alzarian hoy la voz en loor tuyo, y bendecirian tu memoria exclamando: *Tibi derelictus est pauper; orphano tu eris adjutor*. Justo es pues, católicos, que yo contribuya con mis débiles luces á hacer apreciar á la sociedad, al mundo todo, los servicios incalculables que al mundo, á la sociedad y á la iglesia prestara un hombre, que por sus acciones ha merecido ser mirado como el *verdadero padre de los pobres y el tutor insigne de los huérfanos*. Bajo este sencillo carácter contemplaréis la accion poderosa del cristianismo personificada en Vicente de Paúl. *Ave Maria*.

REFLEXION UNICA.

Casi tocaba á su término el siglo XVI, manchado con todos los horrores que la herejía, el espíritu de rebelion y el asqueroso cisma le habian legado; cuando un astro benéfico, penetrando á través de un horizonte preñado de densos nubarrones, aparecia sobre una de las humildes aldeas de la diócesis de Dax en la falda de los Pirineos, anunciando á los mortales

el reinado de la caridad y de la verdadera beneficencia. Un hijo de unos pobres labradores nacia en el mundo para ser el símbolo visible de la divina Providencia, y el instrumento de sus divinas misericordias. Este era Vicente de Paúl, á quien aquel Dios que es por excelencia el padre de los pobres y el protector de los huérfanos, habia de legar todo su espíritu, para enjugar el llanto y calmar los infortunios que aquejaban á la triste humanidad. No os sorprenda el verle en el campo ocupado en apacentar una grey inocente; la misma ocupacion llenó los primeros años de un David, y no por eso dejó de ser un dia monarca de todo el pueblo de Israel. Vicente de Paúl no nace para reinar sobre naciones poderosas, ni para mandar ejércitos formidables; pero él debe dominar los corazones, y lanzar en todo el universo un grito, á cuyo eco huestes innumerables de héroes se levantarán para pelear en los campos del Dios de Sabaot las batallas del Señor, y llevar sus rápidas conquistas hasta las extremidades del mundo conocido. Si ahora le contemplais con emocion entre las asperezas de los montes, trepando riscos y atravesando valles, entonando himnos al Criador, y convidando á las criaturas á engrandecer al Dios de la naturaleza en una edad en que casi ignora su mismo ser, no tardaréis en verle trocar el cayado por los libros, y partir presuroso á la capital del Languedoc, á dar principio á una carrera que en pocos dias perfeccionará cual colosal gigante. Allí imbuido en la ciencia sagrada, y hecho participante por Dios de sus eternos designios, arde en deseos de consagrar sus dias á labrar la dicha de sus semejantes. Elevado al sacerdocio, es un Moises cuyos suspiros tienden únicamente á la salvacion de su pueblo. La caridad de Cristo le urge como á otro Pablo (1); pero como él, debe ántes experimentar toda clase de infortunios por el nombre de su Dios. ¡Providencia admirable! tú querias que ese hombre á quien eligieras para curar las profundas heridas del corazon humano, pasase ántes por el crisol de la adversidad, para que mejor aprendiese á simpatizar con las miserias de sus hermanos!

Entre todas las miserias que pueden afligir al hombre en la tierra, ninguna hay comparable al cautiverio; porque de él son inseparables todas las demas; pues ved ahí el primer en-

(1) II. Corinth. c. 5. v. 14.

sayo de la caridad de este hombre apostólico. Regresaba en una ocasion desde Marsella á Narbona. Confiada su frágil existencia á las olas del mar, no bien ha salido del puerto, cuando herido por una flecha, nadando en su propia sangre, es hecho presa de piratas berberiscos; y cuando vuelve en sí del estado de mortal languidez á que le redujeran sus padecimientos, se encuentra en las playas de Túnez cargado de pesadas cadenas, y vendido á un cruel renegado que ejerce sobre él todos los horrores de la mas bárbara tiranía. Mas no por eso desfallecerá la constancia del invicto cautivo. Si alguna vez, sentado sobre las riberas de aquella triste é infiel Babilonia, entona los lúgubres cánticos de Sion, no es porque su corazon sea capaz de abatirse en los padecimientos: su gloria, su vida y su felicidad están cifradas en la cruz de su Salvador. No extrañéis tampoco que lanzando miradas expresivas hácia aquel suelo que le vió nacer, sienta humedecerse sus párpados con el llanto de la amargura; tambien los hijos de Israel lloraban, porque ausentes de su país natal, carecían en aquella tierra proscrita y malaventurada de su templo, de sus sacrificios, y de sus augustas solemnidades (1). Vicente de Paúl no se aflige por la ausencia de la madre patria, porque su patria verdadera es el cielo; afligese empero porque no le es permitido dar á la caridad que abrasa su pecho toda la expansion que le inspira su alma grande y generosa. Pero... ¡vencerás, glorioso atleta! y en medio de tu innoble cautiverio, sabrás atar á tu mismo tirano al carro de tu triunfo. Vedle, católicos, cuál surca los mares en una frágil lancha. Ese hombre que veis dirigiendo su rumbo hácia las aguas del Tirreno, es el ilustre vencedor del mismo bajo cuya esclavitud gimiera. Su dulzura, sus virtudes, su paciencia heroica han movido profundamente el corazon de aquel apóstata de la religion. Las cadenas de Vicente de Paúl han triunfado de la cimitarra; y aquella cabeza mancillada con el turbante, signo de su infidelidad, vá á postrarse ante el padre comun de los fieles y á ser de nuevo incorporado en el seno de aquella iglesia madre de quien fué cobarde tráfuga. Llor eterno! ilustre forzado; tú has sabido romper tus hierros, llevando cautiva la misma cautividad. Corre, vuela al seno de tu patria; saluda con emocion ese suelo que te espera impa-

(1) *Psalm. 136. v. 1.*

ciente; hácia ti tienden sus vacilantes manos millares de infelices que deben hallar en ti un padre benéfico y un insigne protector. Viudas desconsoladas, huérfanos solitarios, pobres abandonados, madres sin proteccion, hijos sin porvenir, jóvenes cuya virtud pelagra, ancianos cuya existencia sucumbe, niños cuya inocencia es objeto de las mas cruel insensibilidad; hé ahí los mas apreciables y caros objetos de tu paternal solicitud; á ti está reservado el mejorar la suerte de esos seres desgraciados, víctimas infelices del egoísmo y de la inhumanidad: *Tibi derelictus est pauper: orphano tu eris adjutor.*

Y en efecto, católicos, hasta el tiempo de Vicente de Paúl los socorros que la caridad cristiana derramaba sobre los desgraciados, ni eran fijos ni tenían carácter alguno de estabilidad. Solo ese genio benéfico se atrevió á acometer una empresa cuya sola idea hubiera bastado para hacer desfallecer el ánimo mas emprendedor. Ya en dos parroquias de las cuales habia sido digno pastor, habia zanjado los cimientos de su grande obra, instituyendo asociaciones útiles, destinadas á servir á los enfermos, á alimentar los pobres y socorrer los desgraciados. El cielo se complacia en derramar abundantemente sus bendiciones sobre estos primeros ensayos de su caritativo celo, que extendiendo su benéfico influjo por las principales ciudades de Francia, hacia brotar instituciones de igual clase en las villas, en los pueblos y hasta en las mas humildes aldeas. Por do quiera que Vicente de Paúl pasaba, la miseria y el dolor desaparecian á impulso de su heroica beneficencia. Pero esto no era sino el manso arroyuelo del libro del Eclesiástico, que en breve debia convertirse en un grande y caudaloso rio; era la piedra misteriosa de Daniel, que dando por el pié al informe coloso del egoísmo, vendria á ser una gran montaña, cuya elevacion dominaria toda la tierra.

Así fué; Vicente de Paúl, secundado en sus vastas miras por la divina Providencia, zanja los cimientos de una institucion tan elevada en sus fines, tan extensa en sus efectos, y en sus servicios tan colosal y gigantesca, que el mundo todo no ha podido dispensarse de tributarla los mas justos elogios. Ya habeis podido comprender que hablo de esa sociedad de heroínas incomparables, que conocidas bajo el nombre de Hermanas de la Caridad, no han cesado de prestar á la humanidad afligida desde el instante de su fundacion, servicios, que si bien el uni-

verso admira, jamas empero supo ni sabrá dignamente apreciar. Ah! católicos, ¿habeis jamas reflexionado atentamente, ni estudiado con detenimiento el carácter del heroísmo de esos ángeles de paz? La hermana de la caridad ha abandonado en la flor de su juventud una familia querida, padres cariñosos, tiernos hermanitos, amigas amorosas; ha dicho un eterno adios al mundo y á sus mas inocentes placeres: ha renunciado á la brillante perspectiva de un enlace ventajoso que hubiera fijado de una manera estable su porvenir. Tal vez la caridad que dictaba su generoso sacrificio ha hecho enmudecer en su corazon una inclinacion secreta; tal vez ha sacrificado al Dios de los pobres un amor sencillo, puro, respetable, y que hubiera labrado su felicidad. Ella ha cubierto su existencia bajo un nombre religioso; y sola, ignorada en medio del mundo, su única ambicion es rivalizar en méritos y virtudes con los habitantes del cielo. Mas no por eso creais que su vida esté concretada al ejercicio de las virtudes internas, y sujeta á la inaccion. ¿Veis aquella jóven agraciada que á la cabeza de un moribundo le dirige palabras amorosas y edificantes, y con un semblante risueño y angelical parece quiere trasladar á aquel corazon ulcerado los afectos de su inocente corazon? Es una hermana de la caridad, hija digna de Vicente de Paúl; el ángel de la inocencia que conduce como por la mano al criminal espirante, para manifestarle el camino que conduce al reino de la inmortalidad. ¿Veis aquella otra que cubierta con un cándido velo, penetra en el asilo de la infeccion y del horror, en donde una madre afligida, rodeada de hijos extenuados, pálidos y macilentos, llora inconsolable, reducida á la mas extrema mendicidad? Ah! Ella es la hija de Vicente de Paúl, la hermana de la caridad, el agente, el simbolo visible de la divina Providencia, que va á derramar sobre aquellas familias socorros abundantes, junto con las mas dulces expresiones de consuelo, ocultando con un secreto misterioso el heroísmo de su beneficencia. ¿Veis aquella que, solícita no ménos que amorosa, se ocupa en asear la cama de un enfermo, en preparar con cuidado los remedios prescritos por el facultativo, y á su hora se acerca al paciente para suministrarle cuanto le es necesario, para reanimar su languidez y devolverle la salud? Es tambien una hija de Vicente de Paúl, que mirando en aquel ser infortunado un amigo, un padre, un hermano, porque su caridad se extiende á todos indistintamen-

te, toma parte en sus dolores, sufre por sus males, y solo desea suavizarlos sin otro interes que el de ejercer su beneficencia. Tambien lo es aquella que rodeada de un crecido número de niñas pobres, y á veces groseras y asquerosas, se consagra á instruir las como una madre cariñosa en todo género de labores propias de su sexo y en los rudimentos de la religion. Tal vez estas mismas olvidarán un día los servicios de sus insignes bienhechoras; mas no importa: ellas llenan un deber que voluntariamente se han impuesto á sí mismas; y como no esperan otra recompensa que la del cielo, allí únicamente dirigen sus miradas, hácia allí encaminan sus suspiros, y allí van á perderse los deseos de su corazon.

¡Hombre incomparable! Hé ahí tu obra: tus hijas cuentan bien tu heroísmo; ellas son un elogio permanente de tus grandes acciones, y ellas solas bastarán para perpetuar tu memoria. ¿Y á quién, católicos, es deudora la humanidad de todos los grandes servicios que esos ángeles en carne derraman por todo el universo, sino á ese hombre singular, que cual astro benéfico apareció en el hemisferio católico, para mejorar la suerte de toda la humanidad? Dígalo si no este instituto altamente civilizador que hoy tenemos á la vista y que debe llamar de una manera especial toda nuestra atencion. Ah! jóvenes amables, niñas inocentes, tiernos infantitos, hablad por mí en este momento, y dispensadme del empeño de trazar el elogio de esa institucion grande, que haciéndoos olvidar las amarguras del abandono en que yaciais, víctimas de la indiferencia de padres criminales y desnaturalizados, os hizo encontrar en esos ángeles humanados otras tantas madres cariñosas, que no ménos que si hubieseis salido de sus propias entrañas, se ocupan constantemente en labrar vuestra felicidad! ¿No es verdad que toda vuestra dicha la debeis al inmortal Vicente de Paúl? ¡Oh, cuán infatigablemente no hubo de trabajar este invicto héroe para llevar á cabo una empresa tan inmensa! Sola su paciencia y su caridad ardentísima pudieron sostenerle contra los obstáculos sin cuento que se opusieron á su marcha en la realizacion de ese gran proyecto. Pero la caridad no se cansa: todo lo sufre, todo lo espera, todo lo acomete. Vicente habla; y á su voz las cancilleras de Francia, las duquesas de Mantua, y las mas ilustres notabilidades se asocian á sus deseos, secundan sus miras, y no contentas con derramar largamente sus liberalidades,

constituyense ellas mismas las servidoras de la infancia abandonada. Bien pronto se erigen vastos y cómodos edificios para depositar esos seres infortunados cuya sola presencia hace conmover las entrañas mas empedernidas. Si multiplicándose extraordinariamente el número de niños abandonados, escasean los recursos, no por eso desfallece la grande alma de Vicente de Paúl. Convoca una asamblea general de todas las asociadas á esa obra insigne; las reúne en medio del espectáculo mas aflictivo y desconsolador, á presencia de centenares de criaturas hambrientas la mayor parte, desnudas, cadavéricas y exhaustas; y con voz sentida y sonoro acento, las dirige un discurso patético. Las lágrimas de Vicente Paúl arrancan sollozos y profundos suspiros de todos los circunstantes; todos lloran á presencia de un cuadro que la vista no puede sufrir, porque despedaza el corazón de aquellas madres. Pero sobre todo fué general la conmoción cuando nuestro incomparable héroe, movido de un sentimiento sobrenatural, pronunció estas palabras: «Señoras, en vuestras manos está la vida ó la muerte de estos seres desgraciados: tiempo es que pronuncieis una sentencia definitiva; ó compadecidas de su situación los adoptais, y entonces vivirán; ó cerrais vuestros pechos á la misericordia, y en ese caso vosotras responderéis de su muerte.»

No habia aun acabado de pronunciar estas expresiones, cuando haciendo henchir el aire con los gemidos y compasivos sollozos que la caridad arranca de sus pechos, cada cual se apresura á desprenderse de sus mas caros objetos; los anillos preciosos, las joyas, los brillantes, los adornos de mayor precio se depositan en las manos de Vicente de Paúl. Un grito unánime, un comun sentimiento, una misma voz se oye por do quiera en favor de la infancia abandonada. ¡La caridad ha triunfado!..... Sí, héroe insigne, genio de la beneficencia, á ti es debida una victoria tan sublime. Ese grito que lanzaste hace dos siglos, ha salvado á todas las generaciones de niños infelices que sin tí hubieran perecido entre los horrores del abandono y de la angustia. ¡Cuántos millares de víctimas arrancaste en un momento de entre las fauces de la muerte! Si la Francia vió elevarse en su seno mas de trescientos asilos de beneficencia; si la Italia, la España, y hasta la Polonia han abierto gustosas sus puertas á esa institucion benéfica, y levantado edificios destinados á mejorar la suerte de esa clase abandonada; si ahora tus ilus-

tres cooperadoras, herederas de tu celo y de tu caridad infatigable, pisan las arenosas llanuras del Africa, y llamadas con entusiasmo desde mas allá de los mares, son recibidas en triunfo en la América, á ti debe la humanidad tan relevantes servicios. Justo era pues que las generaciones supiesen apreciarlos. ¿Y cómo hubieran podido desconocer lo que los mismos corifeos de la impiedad no han podido ménos de celebrar con los mas magníficos elogios? «Tal vez (decia Voltaire) no hay cosa mas grande sobre la tierra, que el sacrificio que un sexo delicado hace de la belleza, de la juventud, y comunmente de un nacimiento ilustre, para fijar su morada en los asilos de la indigencia, del infortunio y de todas las miserias cuya sola vista es tan repugnante al orgullo del hombre.» «No hay algo, (dijo el memorable Heliot) que al ver las hijas de Vicente de Paúl ocupadas en servir los enfermos, curar sus llagas y ejercer en su obsequio los mas humildes servicios, no las contemple como otras tantas víctimas, que por un exceso de amor y de caridad desprecian la muerte por socorrer á sus hermanos en medio de la infeccion y de todo género de horrores.» (1)

¿Qué falta pues á este héroe incomparable para merecer el dictado honroso de padre de los pobres y protector de los huérfanos y de los desvalidos? Recordad aunque rápidamente los servicios inmensos que prestó á su patria, cuando los ejércitos de cinco naciones diferentes se disputaban la posesion de la Lorena y del ducado de Bar, llevando por todas partes el fuego, la desolacion y el espanto. Aquí le vereis recogiendo con sus propias manos millares de cadáveres, que hacinados en los campos, todo lo infestan con su hedor pestilente: allí prodigando recursos á un sin número de enfermos, atacados del contagio producido por el hambre y demas miserias que arrastra consigo el genio de la guerra; por una parte le contemplaréis enviando ejércitos enteros de sacerdotes y santas vírgenes, prontos á sacrificar sus vidas en obsequio de sus semejantes, en los campamentos no ménos que en el seno de las ciudades: por otra, luchando contra los azotes reunidos de la peste, de la guerra y del hambre, y vencéndolos heroicamente con las armas de su infatigable caridad. ¿Y quién como Vicente de Paúl

(1) *Histoire des bienfaits du christianisme, chap. VIII, pag. 141, édit. de Paris, 1823.*

supo proveer durante veinte años consecutivos á todas las necesidades de veinte y cinco ciudades y de un doble número de pueblos y aldeas afligidas del hambre mas atroz? ¿Quién como él pudo diariamente distribuir la subsistencia necesaria á quince mil pobres durante el prolongado sitio de Paris? ¿Quién... Mas, qué! ¿pretenderia yo reducir á guarismos los hechos heroicos de Vicente de Paúl? No es posible; fuerza es pasar en silencio lo que su caridad heroica hizo en favor de los emigrados que de diversas partes de la Europa venian á refugiarse á la sazón, y en especialidad con los ingleses, que huyendo de la persecución de Cronwel, buscaban un asilo en la caridad de Vicente de Paúl. Nada es posible decir del heroismo con que él y sus fervorosos hijos se lanzaban sobre frágiles lanchas para ir á llevar víveres á los habitantes de Genevillers, inundados por las aguas del Sena, que desbordando con furor, habianle convertido en un lago inmenso. Ni es dable contar el número de hospitales y asilos de diferentes clases que fundó para consolar toda suerte de infortunios y enfermedades; ni los brillantes efectos de aquellas misiones que fundara, y de cuyo seno salieron ejércitos de fervorosos sacerdotes, que ora á la cabecera de los enfermos, ora al lado de los criminales; ya en los campamentos de los soldados, ya en las cabañas de los salvajes, en todas partes, siempre prontos á servir á sus semejantes, tantos servicios han prestado y prestan actualmente en las diversas regiones del globo. Ah! la voz de los Bossuets, de los Fenelones, de los Flechiers, y de los mas insignes talentos de la Europa han celebrado en elocuentes páginas las glorias de Vicente de Paúl; y mas que todo, esos monumentos que por do quiera se admiran como frutos de su caridad heroica, elevados por su genio emprendedor, hablan un lenguaje que ni el tiempo, ni las revoluciones, ni todas las vicisitudes humanas han podido todavía sofocar. Irlanda, Polonia, Escocia y hasta el monte Libano, fueron durante su vida objetos de su benéfica solicitud: á todas cual águila generosa extendió las alas de su caridad: y esta extendida hoy por sus hijos é hijas hasta los últimos confines del globo, hace esculpir su nombre en mármoles preciosos, en dorados bronce, en majestuosos frontispicios y aún mas en el corazón de todos los hombres juiciosos y pensadores. No hay uno solo que, arrastrado de la convicción irresistible de sus grandes acciones, no reconozca que sola la reli-

gion puede hacer todo cuanto es imposible á todos los esfuerzos humanos; y que Vicente de Paúl fué un hombre sobre quien el Señor hizo reposar todo su poder, y en cuyas manos depositó sus inestimables tesoros, para que fuese el padre universal de todos los pobres, el protector de los huérfanos y la providencia visible para todo género de necesidades.

Optad á este título tan glorioso, vosotras, dignas hijas de ese hombre insigne; vuestra verdadera grandeza está cifrada en la imitación de sus virtudes, y sobre todo de su heroica caridad. No os desvieis pues un ápice de las huellas que os ha dejado marcadas. Sublime es por cierto vuestra misión; en vuestras manos está el porvenir de todos estos seres desgraciados; su vida ó su muerte depende de vosotras... Ah! ¿y dejariais perecer víctimas del abandono á esas criaturas que mirándose en el mundo solas y sin conocer los autores de su existencia, os tienden sus vacilantes manos y con acento enternecedor os dicen: vosotras sois nuestros padres, los caudillos de nuestra virginidad y el apoyo de nuestra infancia? No, heroínas ilustres, no serán estériles los acentos de esas tiernas criaturas; vosotras sereis en efecto sus guías, sus conductoras, sus ángeles tutelares; no las abandonaréis jamas hasta crearlas un porvenir seguro, hasta ponerlas en estado de hacer su propia felicidad en el tiempo y en la eternidad.

Y tú, genio benéfico, que el mundo vió nacer para tanta gloria del cristianismo y bien de la humanidad abandonada; déjate mover del llanto de esos infortunados seres, que solo en ti fundan su esperanza y el consuelo de su orfandad. Continúa desde el cielo la misión augusta que en la tierra comenzaste, siendo en todo tiempo el padre de los pobres y el protector incansable de los huérfanos y desvalidos. Haz que prosperen los establecimientos que la caridad de tus hijos levantara como otros tantos trofeos consagrados á perpetuar la memoria de tu heroísmo y los prodigios de tu beneficencia. Bendice sus empresas, colma sus deseos, aumenta sus conquistas; para que extendiéndose por todo el orbe tu sagrado instituto, bendiga y alabe al Señor donde quiera la afligida humanidad. Imitemos todos tus virtudes, llenémonos de tu celo, ejerzamos tu caridad, para de este modo merecer la bienaventuranza que disfrutas en la feliz eternidad.

SERMON

DE SAN ZOILO MÁRTIR.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

Nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit, ipsum solum manet; si autem mortuum fuerit, multum fructum affert.

Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere y se destruye, queda él solo; pero si muere, produce mucho fruto.

San Juan, c. 12. v. 24 y 25.

Esta semejanza, hermanos míos, que el divino Jesus se aplicó á sí mismo, valiéndose de ella para hacer ver á los judíos y gentiles, que contra todo el modo de pensar presuntuoso y soberbio de los hombres, sus abatimientos, sus humillaciones, los desprecios, tormentos y muerte afrentosa que habia de sufrir obrarian nada ménos que su exaltacion, su gloria y la conversion del mundo, es la mas á propósito para daros á conocer el mérito de ese glorioso santo, de vuestro patrono san Zoilo cuya memoria venerais con la iglesia en este dia.

A la manera de un grano de trigo arrojado á la tierra sufre los desprecios, las prisiones, los azotes, los mas atroces tormentos; pero muriendo sin abandonar su religion y su fe, produce un fruto abundante, ganando para siempre su alma, siendo el atleta de sus veinte compañeros mártires, el honor de la ciudad de Córdoba, la gloria de Carrion, de Medina Sidonia, de Pamplona; el asilo y protector de los necesitados y el ejemplar de todos los cristianos.

Me basta, hermanos míos, hacer una lijera relacion de su martirio y de la historia de sus reliquias para comprobar cuanto digo, y que debe servir, no ménos para formar su elogio, que

para encenderos en un deseo vivo y sincero de mortificaros y de vivir y morir como san Zoilo, por Jesucristo y en Jesucristo, para producir frutos abundantes de vida eterna.

Ved á lo que quisiera principalmente encaminar mi discurso, convenciéndoos y alentándoos con el ejemplo de este glorioso santo á despreciar las comodidades, los regalos, los placeres, la vida misma por ganar y seguir á Jesucristo. Dad, Señor, la virtud y eficacia necesaria á mis palabras, sin la que solo serán un sonido estéril que pasa y se olvida sin dejar señal alguna. Obradlo todo con vuestra gracia, que os pedimos por la intercesion de María santísima: *Ave María.*

Si nuestras esperanzas se limitasen á este mundo, seríamos, como dice el Apóstol, los hombres mas miserables, y concluiríamos con la muerte una vida de pesares, amarguras y tristezas que nosotros nos aumentamos; pero Jesucristo nos enseñó que nuestro reino no es de este mundo, que la muerte no nos despoja, sino que nos enriquece; que el sepulcro en donde desaparecen todas las glorias de la tierra, es el principio de la felicidad de los justos que han sabido hacerse dignos de su Dios, y que si en este destierro sufrimos la persecucion, los tormentos y la muerte en honor de la virtud, hace en nosotros lo que en un grano de trigo que se siembra y brota de nuevo produciendo un fruto abundante. De aquí es que léjos de abrigar en nosotros un excesivo amor propio, un apego á los regalos y comodidades de la vida presente, á los intereses y placeres, debemos aplicarnos las consecuencias que de esta celestial doctrina inferia el mismo Salvador: el que ama con exceso su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, la conserva para la vida eterna. Si alguno quiere servir á Dios, que se resuelva á seguirle, y donde él está, estará tambien su siervo.

Ved la regla á que ajustó su vida el glorioso san Zoilo. En lo mas florido de su juventud se hallaba en la ciudad de Córdoba, de España, donde nació de unos padres muy ilustres y afortunados, cuando afligió á la iglesia la mas terrible persecucion bajo el imperio de Diocleciano. Sus virtudes, su desprendimiento de las cosas terrenas, su modestia y compostura, sus vivos deseos de tener la gloria de perderlo todo en defensa de

su fe, su abierta resolución por declararse y vivir según la religión de Jesucristo en que había sido educado por sus padres desde su infancia, le descubrieron bien pronto, y fueron la causa de que los ministros de la impiedad le delatasen al juez como reo de la que llamaban superstición del cristianismo. Este, después de haberle puesto en la prisión con otros muchos cristianos, se dirigió á él lisonjeándose que si lograba pervertirle, vencería en uno á muchos, porque no dudaba que los demás seguirían el ejemplo de un joven tan noble, tan ilustre y tan recomendable en toda la ciudad.

Los impíos, dice el Profeta real, tienen su lengua dedicada al dolo y á la mentira y ocultan debajo de sus labios el veneno de los áspides. Hermano mio muy amado, le dice el juez, valiéndose de esta astucia infernal para alucinar á un joven delicado, y á quien el mundo nada había negado de lo que llama fortuna; hermano mio, los infames consejos han pervertido los primeros años de tu vida, y es razón perdonarte porque aun no tienes la prudencia y madurez de que tu edad no es susceptible; pero de aquí adelante no debes quebrantar las santas leyes de los emperadores. Mira por tu reputación y que no padezca por ti el borron de la infamia la nobleza de tu esclarecido linaje. ¿Qué esperas de ser cristiano? ¿No son abatidos de mil maneras? ¿No fueron unos crucificados, otros entregados á las fieras, atados á los troncos y muertos con el fuego, con las saetas y la espada? Siguiendo mis consejos puedes gozar honores con abundancia y ser ensalzado en el mismo palacio. ¡Terrible asechanza, hermanos míos! mas fuerte que los mismos tormentos. Tentación en que es necesaria toda la virtud de un santo para triunfar. ¿No son estas las mismas razones que mueven á muchos cristianos, aun en nuestros días, para apartarse de sus deberes y seguir las máximas del vicio y del pecado? Quieren salvarse, dicen que aman á Dios y que desean vivir y morir en su religión; pero si hay que sacrificar sus intereses, sus gustos, si se les ofrecen honores, ventajas, colocaciones y destinos lucrativos, ó se les amenaza con los castigos y prisiones, todo se olvida y abandona sin temor, y se bebe con placer y sin repugnancia la copa que contiene el veneno que mata para siempre á las almas. Pero... ¿qué impresión hizo en san Zoilo? Conoce el peligro, siente toda la fuerza de las lisonjas con que se le quiere pervertir, se contempla

muy próximo á perderlo todo y á ser sacrificado por su fe. Pero... ¿Se arredra, vacila, se detiene, medita siquiera para elegir entre su Dios y el emperador, entre el cielo y la tierra, entre su gloria y su condenación? ¡Ay, hermanos míos! Inflammado en el divino amor, lleno de aquella sabiduría prometida por Jesucristo á los suyos, á que no pueden resistir todos los enemigos de la cruz: Hasta aquí, ó juez, le dice, hasta aquí he guardado silencio oyendo tus lisonjas; pero debo corresponder á mi fe si mandas que responda; ¿qué extraño es que persigan los infieles á los cristianos, si no temieron condenar al Redentor del mundo? ¿Qué extraño es, cuando el mismo Jesucristo previno á sus discípulos y les dijo: que si á él le persiguieron, también á ellos los habían de perseguir? Acordándose de esto los apóstoles, iban á padecer llenos de gozo por ser tenidos por dignos de sufrir contumelias por el nombre de Jesus. Por eso los mártires padecieron escarnios, azotes, carceles y tormentos; pero fueron sacados de la tierra y lavaron en la sangre del Cordero sus estolas. Y los que asienten al culto de los ídolos por el torpe deseo de gozar de esta vida perecedera, pierden de un modo irreparable la esperanza de la vida eterna.

Cuando no aprovecha al impío la astucia de sus palabras, abandona la blandura y lisonja, y de su boca, dice el mismo real Profeta, salen maldiciones y amargas burlas, y se le ve correr precipitado á derramar la sangre del inocente. Enfurecido el juez, interrumpe una respuesta tan inesperada, y abandonando su disimulo y condescendencia, le dice: A los que seguís la secta de ese Cristo no se os ha de responder con palabras, sino con tormentos; porque tal es vuestra ceguedad, que ni aun quereis mirar por vosotros mismos. Elige luego qué juzgas mejor: ó vivir con nosotros entre honores, si sacrificas á los dioses, ó morir á fuerza de tormentos si desprecias las dignidades imperiales. — Cuanto mas persigas mi cuerpo, respondió el intrépido y constante joven, cuanto mas persigas mi cuerpo, que por ahora se sujeta á tu brazo, tanto mas se acrecienta y ensalza mi gloria que desprecia tus amenazas, porque el Señor nos dejó mandado que no temamos á los que solo pueden quitar la vida del cuerpo y no la del alma, sino al que tiene poder de perder alma y cuerpo dándonos pena eterna.

Nuestros tormentos se han de acabar en breve; pero los vuestros sabemos todos los fieles que no han de tener fin.

Mandó el juez que le azotasen sin piedad; pero los golpes aumentan su fervor y dan pábulo á su caridad y su fe. Discorrid, dice el bárbaro, algun tormento extraordinario, ya que no alcanzan los suplicios regulares; y un sayon ejecuta la inaudita crueldad de abrir al santo mancebo por la espalda y sacarle los riñones. El Señor que obra maravillas en sus santos, hizo la admirable de que perseverase vivo san Zoilo despues de este martirio, sobreviviendo su fe á su muerte, y presentándose así al juez á echarle en cara su flaqueza; y el bárbaro, léjos de abrir sus ojos y buscar y adorar al verdadero Dios, se enciende en ira y cólera, olvida la gravedad de su carácter, desenvaina su espada, se arroja sobre el valeroso, al mismo tiempo que humilde y manso san Zoilo, y él mismo le corta la cabeza y hace que en seguida degüellen á los veinte santos confesores que tenia encarcelados por la fe.

Así, hermanos míos, así despreció san Zoilo su vida para ganarla, y á la manera de un grano de trigo arrojado á la tierra, pasó por la tribulacion, los tormentos y la muerte, pero produjo un fruto abundante de vida eterna en sí mismo y en sus prójimos. Porque aborreció su vida en este mundo, la conservó para el cielo; y porque como siervo fiel siguió á su Señor, el Señor le llevó consigo concediéndole la gloria de ser honrado no solamente en el cielo, sino tambien en la tierra.

Cuando el impío y malvado sale de este mundo, no deja en pos de sí sino la execracion y el aborrecimiento; pero la memoria del justo que sirvió á su Dios, dice el Profeta, será eterna; su sepulcro será glorioso, y su nombre pasará con elogio de generacion en generacion. Así lo quiso manifestar el Señor en san Zoilo, quien vive aun y es honrado entre los hombres, produciendo frutos de salud y santidad en los que invocan y veneran su nombre y sus reliquias, que la divina Providencia ha conservado milagrosamente y son el honor y la gloria con que se regocijan muchos pueblos. Luego que el santo fué degollado con sus veinte compañeros, los sepultaron entre los cuerpos de los gentiles para que los cristianos no pudiesen distinguirlos. Así permaneció el cuerpo de san Zoilo hasta los años de 613, que reinando Sisebuto y siendo obispo de Córdoba Agapito, segundo de este nombre, que despues fué santo,

quiso Dios revelar una noche á este digno prelado el sitio donde yacia el santo cuerpo, declarando el nombre de quien era, con todas las circunstancias de su martirio. Instruido el santo obispo con tan celestial aviso, fué á la mañana siguiente acompañado del clero y de los fieles, y tomando la azada y cavando con sus propias manos, descubrió con gozo general lo que buscaba. Llevaron el cuerpo de san Zoilo á la iglesia de san Félix, donde fué colocado honrosamente; pero no siendo el templo tan grande como deseaba la devocion del obispo y correspondía á un mártir tan ilustre, levantó un magnífico templo dedicado al santo, haciendo tambien un monasterio con habitacion para cien monjes, que diesen culto á Dios en honra y gloria de aquel mártir.

No me permite la estrechez de un discurso hacer relacion de los muchos santos y varones virtuosos y sabios, que florecieron en este monasterio al abrigo y bajo la proteccion de san Zoilo, así como en otros muchos que han florecido en España con el nombre de este esclarecido santo; y me limitaré á continuar la historia de sus reliquias.

En Córdoba se conservó el cuerpo de san Zoilo en el monasterio de su nombre hasta cerca del año 1070, en que fué trasladado por el conde Fernan Gómez á Carrion de los Condes. Habiendo este pasado á Córdoba á servir al rey moro en las guerras que entónces tenia con otros moros enemigos suyos, al tiempo de volverse á su casa, quiso el rey remunerarle con dones por su buen servicio, y le dijo entónces el conde: que mas que el oro y la plata, de que no necesitaba, estimaria que mandase le diesen el cuerpo de san Zoilo. No tuvo reparo el rey moro en entregársele, y gozoso el conde le recibió, encaminándose á Carrion y experimentando en el camino un notable milagro. Por miedo de los moros y los judíos no queria hospedarse sino en pueblos murados, y con invocar á san Zoilo se abrian las puertas sin necesidad de guardas. En Carrion depositó el santo cuerpo en el monasterio de monjes benedictinos que acababan de fundar sus padres, y que tomó el titulo de san Zoilo, donde se conserva, obrando continuamente el Señor prodigios de todo género en bien de los enfermos y necesitados que se acogen á la intercesion de este santo.

Antes de esta traslacion envió san Eugenio, siendo obispo de Córdoba, la canilla de un brazo á Pamplona. Otra reliquia se

envió á Medina Sidonia. El Conde dejó reliquia en Córdoba, y en el año 1714 se mandó desde Carrion otra á la misma ciudad, para mas autenticidad y que fuese mas individualmente conocida. Y tambien se han distribuido otras muchas para satisfacer la devocion de los fieles y gozar por su mediacion los auxilios del cielo, y experimentar los prodigios que el Señor obra no solo por medio de las reliquias, sino tambien de las aguas de un pozó que se conserva en Córdoba, donde segun tradicion fueron arrojados los riñones del santo; y los que las usan con fe, sienten el alivio de las enfermedades de riñones, fiebres y otras dolencias.

Murió san Zoilo á fuerza de tormentos sin abandonar su fe, y ved cómo ha producido y produce todos los dias abundante fruto, ganando para siempre su alma, siendo el capitán esforzado de sus compañeros, el honor de Córdoba, Carrion, Pamplona, Medina Sidonia y otros pueblos que se glorían con sus reliquias, el recurso y amparo de los afligidos y enfermos, el titular á cuyo abrigo han florecido muchos santos monjes, y el ejemplar de todos los cristianos. Sí, hermanos míos, el ejemplar de todos los cristianos, porque la relacion que habeis oído de su martirio no debe servir para satisfacer vuestra curiosidad sino principalmente para que entendais que estais obligados á imitarle; para que como él os apliqueis á vosotros mismos los preceptos del Evangelio que hablan con todos, y vivais persuadidos de que la ley del Señor es siempre la misma y que por consiguiente no podeis gozar la gloria sin aborrecer, como san Zoilo, vuestra vida, sin la abnegacion propia, sin la mortificacion y la penitencia. Sensible es, dice el padre san Agustin, perder y renunciar á lo que se ama, pero ¿no vemos al labrador que pierde lo que siembra? Lo desparrama, lo desprecia, lo abandona debajo de la tierra... dejad que pase el invierno y la primavera, y vereis en el verano á aquel mismo labrador salir lleno de gozo á coger multiplicado lo que derramó. Pues así el martirio, si fuese necesario, y si no la penitencia y mortificacion cristiana, prueban si el hombre ama ó no su vida como debe: así el morir, el mortificarse, el renunciar á los placeres del mundo y de la carne por servir á Jesucristo, obra en nosotros y produce despues del invierno de esta vida el fruto de una vida eterna y de unos deleites sin fin.

Pudiera deterneme á manifestaros que fuera de este camino

que condujo al cielo á san Zoilo, no hay otro para entrar en la gloria: pudiera alentarnos con su ejemplo y con sus recompensas, que son las que tiene ofrecidas á todos los que le sirven: *Ubi ego sum, illic et minister meus erit.* Pero lo dejo á vuestra consideracion despues de lo dicho, y os encargo que hagais cuanto esté de vuestra parte para llegar al cielo, porque, ¿de qué os servirá que ganeis todo el mundo si perdeis un alma que Dios os ha dado? Valeos de la intercesion poderosa de san Zoilo, que tanto se complace en rogar por los que le invocan, atendiendo á sus necesidades espirituales y temporales. Cuantas veces entreis en este templo, no os olvideis de recordar su vida y sus virtudes, y de pedirle su mediacion con el Señor para que os haga dignos de ser santos.

Rogad, glorioso san Zoilo, por vuestros devotos, y que no perezca ninguno de los que os invocan: alcanzadles con vuestra intercesion lo que no pueden con sus méritos, y que despues de una vida pacífica y santa celebren vuestra festividad, y alaben con vos en la gloria al Señor de todos por los siglos de los siglos. Amen.

SUPLEMENTO.^(*)

SERMON

DE SAN AMBROSIO.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Beatus quem elegisti et assumpsisti.

Bienaventurado aquel que escogiste y elevaste.

Salmo 54. v. 5.

Bienaventurado, dichoso y feliz sobre toda ponderacion aquel á quien llamó el Señor á la participacion de su poder, y le hizo brillar en su iglesia santa. Él será alabado con magníficos elogios por la Sabiduría eterna : el Espíritu santo nos le propondrá por ejemplar y modelo de santidad, y siempre, siempre se hablará de él con veneracion, con honor y respeto en las asambleas de los justos. La virtud mas heróica y purificada adornará su alma ; serán puestas sus luces sobre los mas altos candeleros, y todo á su lado será felicidad, todo prodigios y maravillas. Esto cabalmente es lo que deja verse en el esclarecido y admirable san Ambrosio. Este célebre doctor de la iglesia, escogido por Dios para ser la sal de la tierra y la luz del mundo, puesto en la silla episcopal de Milan para conducir por los caminos de la gracia al pueblo que se le confió, correspondió con la pureza de su doctrina, con la integridad de sus costumbres

(*) Ponemos á continuacion varios Sermones publicados últimamente en España, que no llegaron á tiempo para poderlos insertar en sus respectivos lugares.

y con el esplendor de sus ejemplos, á la eminencia y superioridad de su jerarquía; sirvió de triaca contra el error, y de remedio eficaz contra el contagio: fué un astro lleno de luces puras, vivas y brillantes, y sus influencias sobre el orbe cristiano fueron de una consecuencia tan inmensa, que solo podrán vislumbrarla los que iluminados por la fe sepan, que este santo glorioso fué uno de los instrumentos ordinarios de que se sirve el Omnipotente para obrar los mayores milagros y portentos en favor de su esposa inmaculada. San Ambrosio fué *aquel gran sacerdote que en sus días agradó al Señor*, aquel sabio que con la dulzura de su carácter supo domar las pasiones y domesticar los naturales mas ásperos, desabrídos y feroces; ablandar los corazones mas duros, rendir á los rebeldes mas contumaces, y avasallar á los altivos y soberbios hijos de ese mundo entregado á un réprobo sentido por sus crímenes, torpezas y maldades. De aquí el que los fieles contemplándole en su ministerio, prorumpían gozosos en esta exclamacion del real Profeta: Dichoso una y mil veces aquel á quien vos, Dios de la eternidad, elegiste para lucir y brillar con sus virtudes y eminente santidad en medio de tu Sion amada, la iglesia santa. *Beatus quem elegisti, et assumpsisti.*

Digámoslo así todos en loor del esclarecido obispo de Milan, cuya memoria celebramos en este día, y convenzámonos de que son incomprensibles los bienes, las gracias, los favores y beneficios que Dios concede á los devotos de este santo admirable y prodigioso. ¿No sabeis todos que san Ambrosio es capaz de sanar á los enfermos, de ilustrar á los ignorantes, de dirigirnos al cielo con sus doctrinas, con sus ejemplos y con su poder, y de inclinarnos hácia las virtudes propias de los hijos de la gracia? Pues aunque no sea mas que por nuestro propio interes, solemnicemos con devocion los presentes cultos, y no desdigan nuestras obras de la edificante compostura que se nota en el ilustre concurso que se reúne hoy en este santo templo. Pero cuidado, señores; porque si la tibieza en unos, la indevocion en otros, y el indiferentismo en algunos llegaran á querer asociarse en este lugar santo con la piedad y religion de las almas fervorosas, preciso es que entiendan todos, que yo no he subido hoy á este púlpito sino para demostrar, que san Ambrosio, elegido por Dios, es el que enseña á todos con sus doctrinas y ejemplos á ser fieles á la gracia del Señor, á

cumplir con las obligaciones de nuestro estado, y á vivir y morir como verdaderos hijos del Padre celestial y miembros del cuerpo místico que tiene á Jesucristo por cabeza.

Virgen adorable: hoy es la víspera del gran día en que la iglesia santa solemniza con himnos de júbilo y general accion de gracias vuestra inmaculada Concepcion. En ella no ve nuestra fe mas que pureza, santidad, gracia, perfeccion y gloria. Nosotros os recordamos el primer instante de vuestro ser natural. Para conseguir vuestra proteccion tenemos un placer inaplicable en llamaros *hermosa, pura, amada, y sin mancha de pecado original*, y en saludosos llena de gracia diciéndoos con el ángel: *Ave Maria.*

El lenguaje de los milagros, de los prodigios y maravillas es propio y peculiar de la Divinidad. Con él declara Dios á los hombres los incomprensibles y adorables designios de su providencia, les infunde amor y respeto á sus órdenes soberanas, los obliga á retroceder en los caminos del crimen, á entrar en la senda recta de la virtud, á ser dóciles á los gritos de la razon ilustrada con las luces de la fe y á bendecir su bondad inmensa, su sabiduría infinita, su omnipotencia y todos sus divinos atributos. Con la voz de los milagros ha extendido la fe su dominacion por todo el universo. Con ella se ha abierto paso nuestra religion santa por las mas bárbaras regiones y por los desiertos mas inaccesibles: ha triunfado de cuantos obstáculos le ha puesto el mundo con sus máximas perniciosas, el demonio con sus diabólicas instigaciones, y la carne con sus desordenados apetitos, y ha hecho ver á los hombres todos, que tiene poder y virtud para hacer apóstoles de pescadores groseros é ignorantes; serafines fervorosos de las Magdalenas, Pelagias y Egipcias pecadoras; vasos de eleccion de los Saulos, perseguidores de la iglesia santa; doctores esclarecidos y prelados santos de los Ciprianos y Agustinos familiarizados con la vanidad y con la estúpida ciencia de las pasiones; y obispos virtuosos, celosos, edificantes y llenos de perfecciones evangélicas de los Ambrosios dedicados á la elocuencia del foro y al régimen civil de los pueblos. Los milagros, los prodigios y maravillas acompañan siempre á las obras de la gracia: con ellos enseña el Maestro de la verdad la ciencia de la salvacion, el arte de

vivir en la carne segun las reglas del espíritu, y los caminos que conducen á la cima del monte santo de la perfeccion cristiana en que se forman los héroes, cuya memoria correrá en bendicion por todos los siglos y generaciones, hasta fijarse en el trono de la gloria por perpetuas eternidades. Los milagros en fin todo lo ponen en evidencia, son la voz de Dios que no puede engañarse ni engañarnos, y debemos escucharla para seguirla, y no errar en el importantísimo negocio de nuestra salvacion. Yo os lo propongo en este dia, para que entendais que el grande Ambrosio elegido por Dios es el que nos enseña á ser fieles á la gracia que se apoderó de nuestras almas en el bautismo; y á vosotros toca oirme con atencion, y ser dóciles á la divina palabra con que el Señor quiere llamaros hácia su reino eterno de la gloria.

El nacimiento de este santo fué acompañado de un presagio seguro de su futura elocuencia. Estando en la cuna posó en su boca un enjambre de abejas; lo observó su padre con atencion, y viendo que aquellos animalitos misteriosos se remontaron hácia el cielo dejando al niño no solo sin lesion, sino con una suavidad meliflua y con una hermosura angelical, exclamó y dijo con una especie de presentimiento profético, que yo no sé calificar: *Este tierno infante está sin duda destinado para cosas grandes. Será, si Dios le conserva la vida, un hombre muy elocuente*: y así efectivamente lo fué con el tiempo, aventajando en sabiduría y elocuencia al filósofo Platon, de quien se escribe que le aconteció un caso semejante. Se educó al lado de los hombres de mas valor que se conocian en Roma, y desde luego se dejó ver y admirar como un filósofo profundo, como un orador elocuente, como un abogado de primera nota. Peroró por algun tiempo en los tribunales con tanta elocuencia y majestad, que el famoso Anicio Probo, prefecto del pretorio, le escogió por su asesor, nombrándole poco despues gobernador de Milan, de Génova, de Parma, de Bolonia y de Módena. Al ir á desempeñar Ambrosio estos cargos honoríficos, salió de Roma tan virtuoso como pudiera haber salido de un convento de cenobitas, porque fué piadoso, recogido, y emulador de las virtudes de su hermana santa Marcelina, que habia hecho profesion de virginidad recibiendo el velo de mano del papa Liberio. Llegó á Milan resuelto á gobernar, no como juez, sino como padre. Halló aquella ciudad dividida en bandos y contiendas;

pero se portó con tanta cordura, y supo ganar tan bien los corazones de todos, que no se hallaba uno que no le respetase. Muere el obispo Auxencio, cabeza de los arrianos; se reúne el pueblo en la iglesia para nombrar obispo; asiste á ella san Ambrosio como gobernador civil encargado de conservar el orden amenazado por la disidencia é intereses encontrados de los partidos, y cuando todos se disponian para la votacion, levantó la voz un niño de pecho, y dijo clara y distintamente: *Ambrosio obispo*. ¡Cosa admirable! Al oir esta voz milagrosa, se unieron todas las voluntades, y todos, todos, *nemine discrepante*, eligieron por aclamacion obispo de Milan á san Ambrosio. No se halló uno que no reconociese en esta unanimidad la mano poderosa del Señor. Los santos al frente de los fieles se reunieron para decir llenos de gozo: Bienaventurado, Dios eterno, aquel á quien escogiste para brillar con sus luces celestiales en los candeleros del santuario; *Beatus quem elegisti et assumpsisti*. Ambrosio solo fué el que se negó, por su humildad, á reconocer la voluntad del Omnipotente; él fué el único que necesitó de milagros y mas milagros para persuadirse de que era llamado al episcopado como Aaron. Jamas habló con mas fuerza y elocuencia que cuando alegó sus razones, sus ruegos, sus mismas lágrimas y su renuncia, para convencer á las gentes que la eleccion de obispo en su persona no podia ser legítima y verdadera, porque no estaba bautizado. Nadie dió crédito á sus palabras: todos las tradujeron en su verdadero sentido diciendo, que su empeño en rehusar la dignidad le hacia mas digno de ella. Huye y se retira Ambrosio, viendo que nada adelantaba; se dirige apresurado á Pavía para ocultarse en aquella ciudad; camina con velocidad toda una noche; pero cuando por la mañana creyó hallarse muy distante de Milan, se halló á sus puertas. Se ocultó sin embargo en casa de un amigo suyo; pero dando orden el emperador Valentiniano para que le bautizasen, ordenasen y consagrasen de obispo, fué descubierto: una luz celestial le hizo conocer la voluntad de Dios, los milagros le convencieron, y los milagros hicieron del gobernador civil de Milan un santo obispo, un doctor de la iglesia, un ejemplar de virtudes cristianas y un modelo de preladós. San Ambrosio sentado en su silla episcopal, no pensó mas que en cumplir fiel y santamente con su ministerio: entregó á los pobres el oro y plata que tenia; donó á la iglesia sus posesiones y heredades,

se dedicó á enseñar á todos con sus doctrinas y ejemplos á ser fieles á la gracia, á cumplir con las obligaciones de su estado, y á vivir y morir como verdaderos hijos de Jesus, y los efectos correspondieron al celo y santidad de este ornamento del episcopado.

Todos los domingos predicaba, dando un pasto celestial á sus ovejas, y siendo sus sermones tan llenos de espíritu, de doctrina y elocuencia, que pocos le escuchaban sin persuadirse, y convertirse. En ellos se proponia reducir las almas al Señor mas bien por la dulzura, por la fuerza de sus razones, por la oracion y por las lágrimas, que por la elegancia y copia de sus palabras. De estos medios se valió para vencer y triunfar de la lógica peligrosa del hijo de santa Mónica. San Ambrosio engendró en la fe al grande Agustin; al virtuoso obispo de Milan debe el cristianismo el astro que desde Hipona iluminó al mundo disipando las tinieblas del error. Esto solo bastaria para probar, que el célebre doctor y esclarecido obispo de Milan fué un vaso de eleccion destinado á llenar de bienes, de gracias y beneficios al orbe cristiano. Porque san Ambrosio y san Agustin ¿no son dos fuertes columnas en que el Omnipotente quiso sustentar su iglesia santa? Estos dos doctores esclarecidos ¿no reasumieron en sus personas y doctrinas toda la moral cristiana, todas las consecuencias prácticas del Evangelio, los tesoros de la ciencia de la salvacion, y cuanto necesita un hombre para ser un héroe de perfeccion evangélica? ¿Qué santo despues de aquellos santos no aprendió de ellos á obrar y á enseñar hasta poder ser llamado grande en el reino de los cielos? Si el hijo sabio da honor á su padre, como lo dice Salomon en sus proverbios (1), ¿qué gloria no resulta á san Ambrosio de haber tenido por hijo espiritual á san Agustin? Sin duda la que todos conceden al maestro que enseña y doctrina bien á sus discípulos; la que llena de gozo al padre que ve retratada su virtud en el hijo que ha engendrado y educado; la que Dios quiere significar con la corona de santidad que se digna poner sobre la mitra de un obispo elegido como Aaron, celoso como un apóstol, y edificante como el que es el digno objeto de nuestros cultos en este día.

San Ambrosio para corresponder á la gracia del Señor estu-

(1) Prov. c. 10. v. 1.

diaba mucho, pero oraba mas; mortificaba su cuerpo con ayunos y abstinencias prodigiosas; consolaba á los afligidos, remediaba á los necesitados; era un padre dulce y un pastor vigilante de todos sus diocesanos; tenia por maestro á Jesucristo, y por su poderosa auxiliadora á la reina de los ángeles María santísima, de quien fué devotísimo, como deja verse en sus escritos; su celo y solicitud por el bien de las almas que se le habian encomendado, no reconocian límites. En cumplir con su oficio pastoral, segun los designios de Dios, ponía el mayor cuidado; á este fin se dirigian sus desvelos; por esto procuró adornar su alma con todas las virtudes propias de su ministerio, y unir á la predicacion de la palabra, la poderosa y eficaz del ejemplo. Fué tan humilde, que con tenerle todos por un oráculo de sabiduría y por un varon elocuentísimo, siempre daba á censurar las obras que escribia, sujetando su juicio, y repitiendo que recibia un gran favor y beneficio cuando se le advertia de alguna falta ó descuido, tan fáciles en todos los que escriben. Tuvo á su lado á san Simpliciano, varon perfecto de conocida santidad y doctrina, de quien san Agustin hace tan honorífica mencion, y con sus consejos hizo en Milan lo que muchos santos pontífices hicieron en Roma. Fué tan misericordioso y liberal con los pobres, que por remediarlos y rescatar á los cautivos vendió hasta los vasos sagrados de la iglesia diciendo, *que el santuario tenia oro, no para guardarlo, sino para distribuirlo y gastarlo en las necesidades de los pobres* (1). Lo que alabó mucho é imitó despues san Agustin, sirviendo estos ejemplos de ejemplar y modelo á tantos santos como han brillado con sus virtudes en nuestra adorable religion. Siempre que se ofrecia ocasion exhortaba á las doncellas á que conservasen su virginal pureza, á los casados á vivir con la santidad de los que representan la union que tiene Jesucristo con su iglesia, y á las viudas á portarse como lo previene el grande Apóstol de las gentes. Se compadecia mucho de los pecadores, y como su divino Maestro, les daba la mano para animarlos á hacer penitencia. Cuando alguno le confesaba sus pecados, le trataba con grande amor y ternura, y derramaba tantas lágrimas y elocuencia celestial, que ablandaba los corazones mas empedernidos y los obligaba

(1) Lib. 2, offic. c. 28.

á humillarse delante del Señor como el publicano. Así enseñaba este santo padre á sus hijos á ser fieles á la gracia, á cumplir con sus obligaciones, y á vivir y morir como verdaderos hijos del Padre celestial. Pero como para que estas enseñanzas no se perdiesen, era necesario desarraigar abusos, destruir supersticiones, eliminar resabios gentílicos, realizar reformas, confundir á los herejes, defender con mano fuerte y poderosa los derechos del santuario, y hacer que fuese en la sociedad una verdad práctica la que pronunció la sabiduría eterna cuando dijo: *Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios*, se propuso san Ambrosio demostrar á la faz del mundo que era un centinela fiel en el campo del Señor, un digno sucesor de los apóstoles, un dechado de perfecciones evangélicas, un modelo de santos obispos, un doctor inspirado por el Espíritu santo, puesto por Dios en su iglesia para los altos fines de su providencia. ¡Qué lástima el que sea yo el encargado de manifestaros la grandeza de este varon elegido por Dios para ilustrar al mundo con sus doctrinas celestiales y con sus santos ejemplos! Un san Agustín debería ocupar este púlpito, para que como testigo presencial de las virtudes de su padre y maestro san Ambrosio, os hiciese percibir lo que mi insuficiencia no acierta á declarar.

En este caso, el dos veces hijo de santa Mónica os diría con la invencible fuerza de sus razones, que el grande Ambrosio autorizado y escogido como Jeremías para plantar, destruir y edificar, sin temor á los reyes y poderosos del mundo, fué fiel á la gracia del Señor, arrostrando dificultades, venciendo imposibles, sobreponiéndose al poder del infierno coligado con las potestades de la tierra, y haciendo ver á todas las generaciones lo que puede y vale un hombre ayudado, favorecido y sostenido por el Dios del universo: os diría, que declarado el emperador Valente protector de la herejía arriana, atrajo sobre sí y sobre sus pueblos el enojo del Dios que en nada cede de sus derechos; y que para atajar los estragos compuso el grande Ambrosio el excelente tratado de la Fe contra los errores de los orientales, citado con tantos elogios en el concilio general de Éfeso: que hizo convocar un concilio en Aquileya, en donde confundió á Secundino y Paladio, presbíteros arrianos, que fueron condenados: que temiendo que en Sirmio, metrópoli de Panonia, pusiesen los arrianos un obispo de su secta, pasó

allá para impedirlo, y hacer que se eligiese á un católico, como así se verificó, á pesar de los esfuerzos de la emperatriz Justina, tenaz protectora de su secta arriana y enemiga declarada de nuestro santo: que si el eunuco Caligono, camarero del emperador, arriano declarado, se presentó al santo obispo de Milan amenazándole con que le cortaría la cabeza si seguía menospreciando las órdenes de su majestad arriana, san Ambrosio le contestó con valor apostólico: *Si Dios permite que se cumpla tu amenaza, yo padeceré como obispo, y tú obrarás como eunuco*. Que si declarada abiertamente la persecucion, tratan de obligar al grande Ambrosio á recibir los decretos del conciliábulo de Rímíni, ó á dejar su silla de Milan, el santo contestó con decision, que segun un edicto del emperador Valentiniano, en las causas de fe no debe de ser el juez de inferior condicion que las partes: que á los obispos tocaba juzgar á los emperadores cristianos en causas de religion; pero que nunca estos emperadores habian tenido facultad para juzgar á los obispos en las cosas concernientes á su ministerio sagrado; que el lego jamas debe echar mano del incensario. Os diría... Pero, aunque puedo asegurar que el grande Agustino al hablar de su padre san Ambrosio no dejaria de hacer mérito de las especies indicadas, ¿quien será capaz de decir lo que diría aquel santo doctor en loor del que le engendró en la fe, y le acompañó á componer el célebre cántico *Te Deum laudamus*, para dar gracias á Dios por los favores y beneficios que á manos llenas derrama sobre los mortales? Esto es sobre mi comprension. Mi capacidad no llega mas que á deciros: que habiéndose mostrado san Ambrosio tan amante de su Dios; tan abrasado con la llama de la caridad; tan celoso por la honra y gloria del Señor y bien de las almas; tan lleno de virtudes, y con ellas tan superior á los enemigos de nuestra salvacion, estamos en el caso de contemplarle como al maestro que nos enseña con sus doctrinas y ejemplos á ser fieles á la gracia, cumpliendo con nuestras obligaciones, y de decir llenos de gratitud: Señor, reconocemos y confesamos al ver á san Ambrosio, que es bienaventurado, feliz y dichoso aquel á quien escogiste para iluminar á tu pueblo, y dirigirlo por los caminos de la virtud á tu reino. *Beatus quem elegisti et assumpsisti*. Para probar este deber y acabar de demostrar lo que me he propuesto demostraros os diré, que siempre se halló san Ambro-

sio en donde precisaba su presencia para enseñar á su pueblo, para defender el Evangelio y confundir á sus enemigos. ¿Tratan de huir las gentes de Milan temerosas del ejército del tirano Máximo? Pues san Ambrosio se presenta delante de la multitud y la dice: *¿Para qué huyes de tu patria, pueblo de Dios? Si quieres ser salvo, huye de tus pecados. Si dejares de pecar, el enemigo será vencido.* ¿Se atreve el apóstata Joviniano á enseñar doctrinas nuevas, y á impugnar escandalosamente las instituciones monásticas? Pues el grande obispo de Milan le arroja de su diócesis, avisa á sus amigos, interesa á Pamaquio y á san Gerónimo, hace que el papa Siricio convoque al clero de Roma para condenar las doctrinas heterodoxas del renegado, é influye con el emperador Honorio para que destierre al nuevo hereje á una isla apartada. ¿Manda el emperador Teodosio pasar á cuchillo á los habitantes de Tesalónica, en donde murieron siete mil personas sin tener cuenta de quién era culpado, y quién inocente? Pues san Ambrosio tuvo valor y constancia para negar al emperador su entrada en la iglesia; para reprenderle por su rigor; para convencerle con su elocuencia celestial de la necesidad que tenía de seguir los pasos de David penitente, y para no admitirle en el lugar sagrado hasta que expió sus pecados con la mas edificante penitencia. ¿Necesitan los hombres milagros, prodigios y maravillas para creer y rendirse á la verdad de nuestra fe? Pues que acudan á san Ambrosio y le verán tan prodigioso como Moises, hecho el Taumaturgo de su siglo.

Vengan los hombres todos al grande obispo de Milan, y observarán que esparciendo por todo el universo los resplandores de sus esclarecidas virtudes y los rayos de su celestial doctrina; quebrantando á los herejes, espantando á los tiranos, humillando á los príncipes de la tierra, peleando como esforzado soldado de Jesus en las batallas del Señor, y enseñando á todos con sus doctrinas y ejemplos, fué toda su vida un continuado milagro, la admiracion del mundo, el horror del infierno, el consuelo de la iglesia, el modelo de los obispos santos, y la confianza de todos los justos y pecadores. ¿Deseais acaso aprender á morir como hijos del Padre celestial y hermanos de Jesucristo? Pues venid todos, y ved como san Ambrosio tendido en el lecho de la muerte, levanta su corazon á Dios para entregarle su alma con el amor y confianza de un justo esclarecido. Los diáconos

y familiares se unen á varios caballeros enviados por el emperador Honorio para suplicarle que alcanzase de Dios la gracia de diferirle la muerte: pero el santo les contestó: *No tengo de qué avergonzarme mientras que he vivido con vosotros; pero tampoco temo morir, porque tenemos un buen Señor.* Asistió á san Ambrosio en su última enfermedad san Basiano, obispo de Lodi, y una vez orando con él vió á Jesucristo venir á visitarle. Recibió con fervorosa devocion los santos sacramentos, invocó los dulcísimos nombres de Jesus y de María, encomendó su espíritu al Señor, y murió como mueren los santos. Imitad todos á este doctor y maestro de la verdad en su vida y en su muerte: gobernaos por sus enseñanzas; aprended á ser fieles á la gracia, á cumplir con vuestras obligaciones, á posponerlo todo á la honra y gloria del Señor, y á confiar en la misericordia infinita de Dios; y Dios os defenderá, os librárá de todos los peligros de alma y cuerpo, os hará invencibles á vuestros enemigos, os dará la muerte de los justos y la gloria de los santos, que á todos deseo. Amen.

SERMON

DE SAN ANTOLIN,

PATRON DE PALENCIA.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Pes meus stetit in directo : in ecclesiis benedicam te Domine.

Mi pié estuvo firme en el camino recto : yo, Señor, te alabaré en las iglesias.

Salmo 25. v. 12.

Plausible es la alegría de los que glorifican al Señor por los prodigios que ha obrado en favor de su pueblo : laudable y meritoria es la solemnidad con que se celebran las bendiciones que sobre los suyos derrama nuestro Dios : es muy edificante la aptitud religiosa de esa multitud de fieles congregados en este santo templo para decir al Dios de nuestros padres : que son infinitamente perfectos todos sus divinos atributos ; pero que *sus misericordias exceden á todas sus obras* (1) : que *la tierra está llena de ellas* (2), y que *en el cielo también se hallan* (3). Recordad si no la magnificencia, la suntuosidad y pompa con que el rey mas sabio y poderoso del mundo trasladó y colocó el Arca de la alianza en el templo que la habia edificado, y vereis cómo se conduce el cielo con los que en la tierra alaban y bendicen el poder, la bondad y clemencia del Omnipotente. « El rey, el senado, la nobleza y el gran pueblo de Israel y de Judá concurrieron á la fiesta engalanados con sus mas precio-

(1) Psalm. 144. v. 9. (2) Psalm. 32. v. 5. (3) Psalm. 35. v. 6.

« sos adornos. En medio de aquella inmensa multitud se veían « tres numerosos coros de excelentes cantores dirigidos por los « famosos Asaf, Eman é Iditum. Ciento veinte trompetas tocadas por otros tantos diestrísimos sacerdotes con los armoniosos conciertos de címbalos, de salterios, de órganos y de cítaras con las voces mas melodiosas que acaso se han oído entre los hombres, daban á la funcion religiosa un carácter « digno y majestuoso, el mas á propósito para elevar los corazones á la contemplacion de las delicias celestiales. Los fieles « gozosos y llenos de devocion repetian con voz sonora, dulce « y penetrante : *Confesad al Señor, porque es bueno : porque su « misericordia no tiene fin*, y entónces dejó verse la gloria de « Dios á manera de una nube densa que cubria todo el templo (1). »

¿Qué os parece de esto, sabios y piadosos oyentes? ¿No hallais en este grande acontecimiento alguna analogía, semejanza ó representacion de lo que en estos momentos presenciamos en este santo templo? Si todo lo que se ha escrito ha sido para nuestra instruccion, segun san Pablo : si lo ocurrido en los siglos pasados ha servido para anunciar lo que habia de pasar en los futuros, y la historia de lo venidero está trazada en el libro eterno de nuestra fe, ¿no deberemos á la vista de lo indicado, elevar nuestro espíritu hasta la sublimidad de los objetos de nuestro culto, para percibir los frutos de vida eterna que les son propios, segun la ordenacion divina? Nada mas justo. Reunámonos, como los israelitas al rededor de Salomon, al lado de ese respetable príncipe de la iglesia que preside estos solemnes cultos, y hagamos un esfuerzo religioso para celebrar con dignidad la memoria del héroe de nuestra devocion, el bendito san Antolin, glorioso mártir del Señor. A este santo ha encargado Dios el cuidado y direccion de nuestras almas hácia el cielo. Él, para que le sigamos, nos dice con su vida y con su muerte : *Mi pié estuvo firme en el camino recto : Pes meus stetit in directo*. Añada cada uno de nosotros : *Yo, Señor, te alabaré en las iglesias : in ecclesiis benedicam te, Domine*, y nuestro Dios vendrá infaliblemente á habitar en nuestras almas, como os lo manifestará al hablaros de nuestro patrono y abogado san Antolin.

(1) II. Paralip. c. 5.

Dios de luz indefectible, que iluminais á los que os piden la ciencia que necesitan para conoceros, amaros y servirnos, y á ninguno impropereis porque recurra á vos, manantial de todo bien : señaladme el rumbo que debo tomar para hacer entender á mis oyentes, que su dicha y felicidad consisten en merecer la proteccion de san Antolin, imitándole en sus virtudes, y proponiéndose alabaros en las iglesias. Vuestra gracia, Señor : vuestra gracia, y con ella nada mas necesitamos. Os la pedimos recurriendo y diciendo á vuestra Madre y Señora nuestra : *Ave María.*

¡Vé! Qué expresivo y enérgico es el lenguaje del cielo ! ¡Qué demostraciones tan perfectas hace la gracia cuando en ello se interesan la memoria de los justos y el esplendor y hermosura de nuestra santa y adorable religion ! Nace san Antolin en los primeros siglos de la iglesia en la Galia narbonense, es convertido á la fe, bautizado en su infancia, educado cristianamente y promovido al sacerdocio. Predica á los idólatras el Evangelio; padece, como san Pablo, todo género de trabajos en el ejercicio de su apostólico ministerio; vence la astucia y la seducción de los enemigos de la verdad; triunfa en los tormentos con la gracia que le confortaba; derrama su sangre y muere en defensa de la fe; vuela su bendita alma á la region de los bienaventurados, y su cuerpo queda al cuidado de la divina Providencia. Esto, y nada mas es lo que sabemos de este santo. La historia, para dar lugar á los prodigios y maravillas que habia de producir este dia de solemnidad entre nosotros, nos ha negado sus luces; apagó su antorcha para que no viésemos clara y distintamente los pormenores y circunstancias de la vida, del martirio y del sepulcro de nuestro patrono, y como que se contentó con decirnos : san Antolin vivió á pié firme en el camino recto, y mereció morir con el valor y la gracia de los mártires. Nada mas se nos dice; y aunque esto pudiera bastar para que alabásemos y glorificásemos al Dios que es admirable en sus santos, no es lo suficiente para establecer ese culto magnífico, suntuoso y de primera clase con que honramos su memoria, diciendo y cantando armoniosamente, como los israelitas en el templo de Salomon : *Confesad al Señor, porque es bueno : porque su misericordia no tiene fin.* San Antolin alcanzó la palma

del martirio. ¿En dónde, cómo y cuándo? No se sabe. Su sagrado cuerpo ¿qué destino tuvo en la tierra? Se ignora absolutamente. Al cielo toca revelarlo; Dios tiene que hablar para sacar á su siervo fiel de la oscuridad y ponerle como astro luminoso en una tierra escogida. Feliz el pueblo que le posea; mas feliz el que le venere; felicísimo el que viendo que anduvo á pié firme en el camino recto, dice resuelto y decidido : Señor, yo os bendeciré, alabaré y glorificaré en vuestras iglesias. ¿Qué pueblo será este? Bien lo sabeis. Palencia; Palencia es el pueblo dichoso que cifra su grandeza, su brillantez, su felicidad, sus blasones, su honra y su gloria en san Antolin. San Antolin moraba en nuestra tierra sin saberlo nuestros padres; teníamos sin nuestra noticia un tesoro de valor inmenso entre nosotros; pasábamos una vida pobre y angustiosa siendo los mas ricos de la corona de Castilla y de Navarra; la luz estaba casi á nuestra vista, y andábamos en tinieblas. El suelo que pisamos era un lugar inculto, despoblado, lleno de malezas, guarida de fieras, y un horroroso desierto; pero estaba en él san Antolin en una cueva, y sobre esta cueva está esta suntuosa y magnífica catedral; una ciudad ilustre la rodea; un pueblo fiel la ennoblece; Dios con toda su majestad habita entre nosotros, y nosotros estamos en el caso de cantar himnos de júbilo y alegría, de dar gracias á nuestro Dios, y de decir con toda la grandeza y solemnidad posible : *Confesad al Señor, porque es bueno; porque su misericordia no tiene fin.*

A esto somos hoy convocados á este santo templo : pero una vez que David y Salomon acostumbraron á referir al pueblo escogido los prodigios, milagros y maravillas que Dios obró en favor suyo, para excitarle á rendirle gracias y mostrarse reconocido, escuchad lo que sabeis, lo que habeis oído á vuestros mayores, y lo que veis y palpáis en estos sitios misteriosos. El rey don Sancho cazaba en esta tierra fragosa, cuando en ella se abrigan las fieras, sin que se viese la huella humana, que siempre les es tan contraria : hirió á un jabalí, el animal se refugió en esa cueva que miramos con tanto respeto y veneracion : le siguió el cazador regio, entró tras la bestia en el centro del subterráneo; arrojó un venablo para herir al jabalí, pero Dios hirió al rey, y el animal huyó protegido por su Criador. Viéndose tan maltratado el monarca, entra en lo interior de la cueva; reconoce en ella una iglesia, ve un altar con una inscrip-

cion que decía : ESTE ALTAR ES DE SAN ANTOLIN, MARTIR : Hace oracion al santo, queda sano é inspirado ; y este es el momento en que fecha la era de nuestra ventura, de nuestra dicha y felicidad. El cielo se declaró en favor nuestro disponiendo el hallazgo del santo que habria de llenar este país de fieles capaces de regocijar al cielo con sus virtudes, y ahí tenéis el origen de esta poblacion, de esta iglesia, de esta solemnidad, de todo lo que en estos momentos perciben nuestros sentidos y contemplan nuestras almas. San Antolin puede decirse que fué el fundador glorioso de Palencia ; á él debemos toda nuestra gloria y grandeza ; le somos deudores de todos los bienes de que nos ha colmado la divina Providencia, y sin él, claro está que no tendríamos esta hermosa catedral, que no poseeríamos el pastor que nos dirige, el respetable cabildo que nos edifica ; los ministros del Señor que nos suministran la gracia de los sacramentos ; las autoridades civiles y militares, que velan sobre nosotros y nos protegen ; ni las demas preciosidades que hacen tan apacible, dulce y deliciosa nuestra vida. San Antolin ha hecho que nos aficionemos á las virtudes sociales que exigen de nosotros la religion santa que profesamos, y la sociedad culta en que vivimos, y con su poderosa proteccion debemos estar tan contentos como Betulia con Judit, como el pueblo santo con Ester, como los Tobías con el ángel del Señor, como Palestina con Elías, como Jerusalem con sus profetas, como Roma con sus patronos, y como los fieles con el ángel que los defiende. Nuestro Dios derrama con abundancia, por medio de su siervo y mártir esclarecido, sus bendiciones sobre todos los que con devoción y ternura acuden á cantar sus alabanzas á este santo templo, y nada mas se nos pide sino que nos regocijemos en el Señor con fe viva, con esperanza firme y con caridad ardiente.

Acerquémonos fervorosos á ese sagrado tabernáculo que escogió el Omnipotente para habitar entre nosotros ; postrémonos ante ese altar augusto en que se halla la realidad de que fué sombra y figura la antigua Arca de la alianza, y liquidemos nuestras almas en afectuosos movimientos de amor divino : honremos á nuestro Dios con devotos afectos de caridad : adoremos los altos consejos de su misericordiosa sabiduría, y proveámonos de las armas necesarias para hacer que resplandezca la verdad y sean confundidos los maestros del engaño. Dios

nos ha dado con san Antolin el ángel tutelar que debe conducirnos por la senda recta del Evangelio hácia la patria de los gozos eternos : nos ha proporcionado su especial Providencia este templo augusto, para que en él dirijamos nuestras súplicas, prometiéndole escucharlas benigno ; y aquí, Señores, aquí debemos pedirle con rectitud de corazon, que avive el celo de nuestros pastores ; que sean probadas y purificadas sus ovejas ; que los humildes ejerciten su reconocimiento ; que los soberbios abatan su altivez y orgullo ; que se renueve y refresque el amor de la sana doctrina ; que sea impugnada y detestada cualquiera otra contraria á la de nuestra iglesia católica, apostólica, romana, y que nuestra conducta sea en todo conforme con la de nuestro patrono san Antolin, tan virtuoso y lleno de perfeccion, que fué hallado digno en los ojos del Señor de ser puesto á la cabeza de los fieles de esta diócesis, para dirigirlos al cielo con estas solas palabras : *Mi pié estuvo firme en el camino recto : Pes meus stetit in directo.* Procuremos imitar y seguir la voz de virtud y de magnificencia que sale de los labios de ese amigo del Señor, que tuvo el valor de morir por su redentor y maestro : seamos dóciles á las inspiraciones de la gracia que vocea, clama y nos dice que nos unamos con los lazos de la caridad al Dios que llena con la majestad de su gloria este santo templo, y hagamos lo que los israelitas en el de Salomon : manifestar nuestra gratitud al Señor, que en su misericordia nos ha llenado de tantas gracias, favores y beneficios. Digamos en fin con firme resolucion : Yo, Señor, os bendeciré, os alabaré y os glorificaré en las iglesias : *In ecclesiis benedicam te, Domine,* y nuestro Dios se manifestará en nuestro favor, como se manifestó en el de los que festivos engrandecieron sus misericordias en el templo del hijo de David.

Estos son los designios de nuestro Dios en los milagros, prodigios y maravillas que ha obrado en beneficio nuestro. Por nosotros los hombres y por nuestra salud descendió de los cielos á la tierra nuestro Redentor ; por nosotros vivió, resucitó y está sentado á la diestra de Dios padre todopoderoso ; por el bien de nuestras almas, y por facilitarnos la entrada en la corte celestial se dignó darnos al glorioso san Antolin, y con él todos los bienes, todas las dichas y felicidad que pueden satisfacer al corazon humano. Con que seamos agradecidos al Dios que tanto nos ama, celebrando la presente festividad con el es-

piritu de religion y santidad propio de los hijos de la iglesia. Consideremos y meditemos las tres cosas que debemos tener presentes en las fiestas de los santos, como nos lo encarga mi melifluo padre san Bernardo, y hagámonos dignos de que se muestre la gloria de Dios en nuestras almas, como se manifestó en el templo de Salomon, cuando con tanta pompa y solemnidad cantaba el pueblo las misericordias del Señor. Debemos, dice el doctor melifluo, meditar sobre la ayuda y auxilio que el santo de nuestra devocion puede dispensarnos desde el cielo: sobre los ejemplos de virtud y santidad que nos dejó para que los sigamos y nos santifiquemos como él; y sobre nuestra propia confusion al ver que vivimos en una tibieza miserable, en una negligencia peligrosa y en una vergonzosa desnudez de virtudes y santos ejercicios. Si lo hacemos así, ¡ó gozo inefable! Al cantar y decir que confesemos al Señor porque es bueno, pediremos gracias á san Antolin, y él nos las alcanzará del Dios por quien tuvo la dicha de morir defendiendo los sacrosantos derechos de la divinidad: consideraremos su vida, y al ver que con ella nos dice: *Mi pié estuvo firme en el camino recto*, procuraremos imitarle haciendo que á nuestra tibieza suceda el fervor, á nuestra disipacion la devocion, á nuestros vicios las virtudes y á nuestra impiedad la fe viva siempre, victoriosa y triunfante: reflexionaremos en fin sobre san Antolin y sobre nosotros mismos, haremos comparaciones, nos confundiremos, y en esta saludable confusion lograremos que el espíritu de humildad venga á dominar nuestras almas, para que sumisa y respetuosamente pueda cada uno de nosotros decir con decision: Señor, yo os bendeciré, os alabaré y os glorificaré en las iglesias. *In ecclesiis benedicam te, Domine.*

Sea este, sabios y piadosos oyentes, el último resultado de la solemnidad con que celebramos la inmensa bondad del Dios que en su misericordia nos ha dado al glorioso san Antolin para que nos defienda, proteja y ampare; y confiemos en que saldrán de este templo para sus casas, los pecadores justificados, como el publicano; los justos mas llenos de santidad y justicia, como el santo Simeon y la religiosa Ana; curados los enfermos; los afligidos consolados; y todos contentos y satisfechos por haber venido á esta santa iglesia á confesar pública y solemnemente, que es bueno nuestro Dios, porque su misericordia no tiene fin.

Estos son, Dios omnipotente, los sentimientos de nuestras almas en estos felices momentos de piedad y devocion con que os veneramos y glorificamos en esta santa iglesia. Sostenednos en los sinceros propósitos que formamos de seguir las huellas de nuestro patrono por el camino cierto y seguro de la salvacion. Haced que no nos veamos hartos de alabar y bendecir vuestra divina bondad. Enseñadnos á agradecer vuestras misericordias, á amaros y serviros con todas nuestras fuerzas, potencias y sentidos para que tengamos la dicha de poder decir como nuestro san Antolin: *Mi pié estuvo firme en el camino recto*, y vos seais engrandecido con nuestras virtudes en la tierra y con nuestras perpetuas alabanzas en el cielo. Amen.

SERMON

DE SAN ATILANO.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Cogitavi dies antiquos : et annos æternos in mente habui.

Pensé en los días antiguos, y tuve en la mente los años eternos.

Salmo 76. v. 6.

¿Con que no es un delirio el decir que somos eternos, ni un sueño de nuestro orgullo el asegurar que solo en Dios se halla la medida de nuestra duracion, el precio de nuestra virtud y el modelo de nuestra existencia? ¿Con que es verdad que estamos destinados á no perecer jamas, á sobrevivir, como Dios, á la ruina de todos los imperios, á la destruccion de todas sus grandezas y aniquilamiento de todas las pasiones, á la extincion de todos los astros, y al regreso de toda la naturaleza á la noche de la nada...? ¿Y es cierto que en medio de todas cuantas vicisitudes experimentemos en esta vida, siempre que perseveremos fieles en adorar al Señor, se verificará indefectiblemente nuestra incorporacion en la unidad del mismo Dios, centro de delicias, de gloria y de felicidad...? ¿Qué pensamiento este, amables oyentes! ¿Qué pensamiento este! Él hizo santo al héroe de nuestra devocion, al grande prior de Moreruela, al admirable obispo de Zamora, al glorioso san Atilano, honor de Tarazona, ornamento de la iglesia española, y consuelo de nuestra gente.

Fué hijo de las oraciones de sus padres, educado con el esmero de la piedad cristiana, y puesto al estudio de las ciencias: pero al principiarlo oyó una voz interior, enérgica, persuasiva llena de virtud que le decía: « Abre á tus ideas é inclinaciones

una carrera mas basta: repara en la eternidad; sondea los abismos; medita sobre esta palabra eternidad, y ella te enseñará la ciencia y la virtud. Recapacita sobre una eterna felicidad, felicidad verdadera, felicidad inmensa, infinita é inalterable como el mismo Dios; y si la quieres, si la deseas y tu alma anhela por poseerla, deja las sombras, apártate de las apariencias ilusorias, huye del engaño, y entra en el reino de la verdad, en el corazon del Evangelio. » Nada mas necesitó la gracia para hacer suyo al jóven Atilano. La idea de la eternidad se apoderó de su inocente alma: ella le hizo penitente cenobita en sus primeros años, virtuoso anacoreta en edad mas avanzada, ejemplar obispo en el último tercio de su vida, y santo esclarecido mientras pudo decir como el real Profeta: Pensé en los días antiguos, y tuve en la mente los años eternos. *Cogitavi dies antiquos : et annos æternos in mente habui.* No: no es esta la filosofía del siglo XIX: esa filosofía opuesta al cristianismo en que nadie puede alistarse sin hacerse blasfemo: esa filosofía carnal y terrena que llena al mundo de males, y á sus profesores de remordimientos. Pero es una filosofía cuyo carácter consiste en la averiguacion de la verdad y en el amor á la sabiduría; es una filosofía que hace sabios, virtuosos y felices á los hombres en esta y en la otra vida, como se ve en el glorioso san Atilano, suscitado por Dios y puesto en el mundo para hacernos inteligentes, y obligarnos á pensar como él en aquella eternidad que se pierde en infinitudes inconcebibles que confunden nuestra imaginacion cuando quiere figurársela, como voy á demostrarlo, advirtiendo que este púlpito no es el de los Afeneos, el de los Pórticos ó Liceos en que se enseña la fastuosidad de la ciencia que deslumbra y engaña, sino el destinado para arrojarse rayos de luz, chispas de electricidad divina, y verdades con la virtud de hacer justos á los que las escuchan con docilidad y las conservan en su corazon para conducirse con ellas.

Reina del cielo: desde la eternidad os preordinó el Omnipotente para madre suya: en la tierra vivisteis siempre de las ideas de la eternidad, y en ella teneis vuestra morada dichosa, feliz y bienaventurada. San Atilano, vuestro siervo, os imitó en lo que le fué posible, y en la eternidad se halla engolfado en el gozo de su Señor. Haced que nos acontezca esto mismo á los que reconociéndoos por el auxilio de los cristianos, nos llenamos de gozo con solo deciros con el ángel: *Ave María.*

Las estatuas de los conquistadores, de los héroes y grandes del mundo serán sepultadas igualmente en un abismo, al momento en que desaparezca de la tierra el último de los escogidos. Entónces la mayor dominacion y grandeza quedarán oscurecidas con el resplandor de la dignidad régia y eterna de que será revestido el humilde y oscuro discípulo de la cruz y de la penitencia: entónces principiarán la fama y la gloria de los héroes de la gracia y de la eternidad: entónces se hará entender sensible y palpablemente á los hombres, que si el universo había sido un espectáculo augusto y digno de los esmeros de su Criador, no fueron la causa sus grandes imperios, la magnificencia de sus ciudades, ni la celebridad de sus dominadores, sino que toda su gloria le provenia de estar destinado para servir de tránsito á los ciudadanos del imperio de la eternidad; de ser el lugar de las pruebas, de las tribulaciones y de las lágrimas cuya amargura tiene la virtud de elevar á los justos á la participacion de la gloria y de la eternidad de Dios. Entónces se verá que los humildes hijos de la fe eran el único apoyo de todas las obras de la creacion; que sus oraciones y suspiros habian tenido mas parte en la suerte de los estados, que toda la política de los que creen gobernar el universo, y poder ser los árbitros del destino de los pueblos; y que el hombre justo es el ser mas grande y excelente á los ojos del Señor, en cuya inmensidad se abismará para ser dichoso, feliz y bienaventurado con la dicha, con la felicidad y con la bienaventuranza del mismo Dios. Entónces... pero decidme, necios partidarios de las pasiones y de las puerilidades de un mundo falaz y perecedero: ¿se hallan estas especies en vuestras enciclopedias, en vuestros libros de elocuencia humana, ó en esas escuelas de fastuosidad y de lujo, en que se forman los sabios encargados de cubrir al mundo con las tinieblas de su ignorancia? ¿No es para vosotros exótico todo lo que voy predicando? Pues entrad en el santuario de la verdad; consultad con veneracion y respeto las santas Escrituras; estudiad el Evangelio; fijad vuestra vista en el glorioso san Atilano, y en estos depósitos sagrados hallaréis todo lo que os dejo indicado; todo lo que os conviene saber para obrar el bien y huir del mal; todo lo que los fieles debieran tener presente para conducirse sobria, justa y piadosamente, como lo encarga el Apóstol y lo mandan todas las leyes conocidas.

San Atilano salió de la inmensidad del Criador predestinado para la gracia: vió á Dios en la naturaleza y le bendijo: contemplóle redimiendo, santificando y dirigiendo á los hombres hácia el cielo, y le adoró: escuchó sus preceptos y se propuso observarlos con el divino auxilio: comprendió su origen, su tránsito y su destino: fijó su mente en la eternidad, y formando un juicio recto sobre lo temporal y eterno en que habria de imprimir su planta, se enardeció su espíritu, se elevó su alma, y echando una mirada investigadora sobre lo pasado, sobre lo presente y lo futuro, se resolvió en afectuosos movimientos de temor santo y de amor divino, y dijo fervoroso: « Pero Dios mio: ¿no sois vos nuestro único bien, nuestro refugio, nuestra salud, nuestro asilo, nuestra gloria y nuestro todo? ¿No nos llamais con la voz poderosa de vuestra caridad inmensa, con la de vuestra gracia eficaz, con la de vuestros beneficios y con la de la irresistible de la eternidad? Pues yo os escucho: yo os sigo, yo me propongo meditar sobre los dias antiguos y tener presentes los años eternos, y no apartarme un ápice de vuestra ley santa. Si es necesario para no perderos apartarme del seno de mi familia, dejar mi patria, sepultarme en horrosos desiertos, teñir las rocas con la sangre de mis maceraciones, y que las montañas y cavernas resuenen con mis profundos llantos y gemidos, aquí me teneis, ni un momento me detengo en decidirme. ¿Quién, Dios santo, misericordioso y justiciero; quién puede sostener la idea de una alma inmortal destinada á gozar de la gloria y esencia del Ser infinito, hecha víctima indestructible de vuestra cólera é indignacion? Una felicidad eterna y una eternidad lamentable, desgraciada, espantosa, llena de horror y de desesperacion...! Ya estoy decidido. Dadme, Dios mio, alas de paloma para volar y esconderme en el desierto: haced que no piense mas que en vos, Dios del tiempo y de la eternidad, y no dejéis expuesta mi debilidad á las olas borrascosas de un mundo agitado por los vientos furiosos de falsas doctrinas, ni á la calma letárgica de un indiferentismo criminal propio de los réprobos. Virgen adorable, ángeles del cielo, santos de la corte celestial y justos de la tierra: yo os invoco, imploro vuestro auxilio, y confiado en vuestra caridad incomprensible voy á buscar al Dios de la consolacion en el silencio del desierto, imágen de la eternidad.» Así se explicó san Atilano á la entrada de su vida en el uso com-

pleto de su razon. No esperéis verle mas en el mundo como hombre de pecado, porque la idea de la eternidad le va á transformar en un ángel de luz capaz de iluminar con sus ejemplos á los fieles hijos de la gracia.

Ved cómo nuestro santo huye á los quince años de su edad de la casa paterna, y se refugia al asilo seguro de un monasterio del orden esclarecido de mi padre san Benito, cerca de Tarazona: cómo consagrado con los votos monásticos acreditó con su fervor, con su observancia regular, con su eminente virtud y con su admirable ejemplo la verdad de su vocacion, la firmeza de sus propósitos y los deseos ardorosos de ser absorbido en la inmensidad del Eterno, principio, medio, objeto y fin de todas sus obras, palabras y pensamientos, y como su Redentor glorioso, magnífico, grande y omnipotente difunde en el corazon de su siervo aquel calor divino que es en cierto modo parte de su felicidad infinita y eterna... Ah! Los hombres no saben qué nombre dar á esta efusion de la gloria de Dios en una alma penitente; la excelencia de esta comunicacion divina es superior á su capacidad; no puede expresarse sino con el silencio, con el respeto y la profunda adoracion del que la siente y se sacia con ella como el contemplativo san Atilano, á quien todo parecia poco por ganar la amistad de Jesucristo. Pensaba de continuo en la eternidad: decia con el Apóstol, que no tenían proporcion las penitencias, los trabajos y penalidades de esta vida con el premio de la gloria eterna ofrecido á los hijos de la fe, y de aquí el deseo de adelantar en la perfeccion por lo mas perfecto del cristianismo. Penetró en el monasterio del penitente Atilano la fama de santidad en que vivia san Froilan, siendo la admiracion de cuantos tenían noticia de sus austeridades y prodigiosas penitencias hácia las montañas de Leon: quiso nuestro santo asociarse á aquella antorcha, y aprovecharse de la llama celestial que descendia del seno de la eternidad al alma de su siervo para iluminar á los mortales en su tenebrosa peregrinacion: consultó con el cielo; pidió y obtuvo licencia de su prelado, y marchó á buscar á san Froilan, como Naaman, siro, á Eliseo, ó como el grande Antonio á san Pablo, primer ermitaño. Le encontró al fin; y ¿no habeis observado cómo se unen el iman y el hierro, cómo simpatizan entre sí las semejanzas, y cómo corren uniformes las aguas hácia su centro? ¿No sabeis cómo las virtudes se en-

lazan, se estrechan, se fortifican, se comunican su energía, y hacen una alianza difícil de romperse, como lo dice el doctor meliflúo? Pues estos símiles os harán conocer lo que pasó en la primera vista que tuvieron san Atilano y san Froilan. Un mismo espíritu los animaba y dirigía, un mismo pensamiento los ocupaba, un mismo objeto los llamaba, y un mismo fin los movia. Ambos se consideraron como dos gotas de agua destinadas á caer en el océano inmenso de la eternidad; se propusieron meditar la ley santa del Señor, pensar en los dias antiguos, y tener en su mente los años eternos para excitarse á los rigores de la evangélica mortificacion, á las austeridades de la penitencia y á los ejercicios asombrosos de los anacoretas. Miraban á Dios como á su Padre y se deleitaban de verle ostentar ante todas las grandezas de la tierra el magnífico esplendor de su poder y la gloria de su imperio eterno. Amaban, servian y hacian la voluntad del Padre celestial: eran fieles hijos del Evangelio, la gracia los inspiraba, se formaban en la virtud; y considerad aquí, señores, considerad aquí dos justos con la paz que anunció la milicia celestial á los hombres de buena voluntad, y haced comparaciones. ¿Puede un vil esclavo de sus pasiones mirar cara á cara el aparato que rodea al trono de su Criador, y permanecer tranquilo á la vista de Dios que bambolea los desiertos y estremece los cimientos de las montañas? Si el Señor que me ha criado y sondea los corazones viene sobre mí cuando la iniquidad me ha separado de su escogida é inmortal familia, y airado me arroja al país tenebroso de los que maldecirán para siempre el dia en que nacieron...! Si llevo á morir en mi pecado... Dios mio! Qué ideas estas para un hombre de mundo! Ellas hacen que su tiempo sea tiempo de horror, de espanto, de remordimientos, de negros disgustos y de una vergüenza afflictiva é ignominiosa, al paso que el hombre de la eternidad adorando y sirviendo en espíritu y en verdad al Dios en quien es, en quien vive, en quien se mueve, en quien cree, en quien espera y á quien ama, es el hombre de los gozos verdaderos, de la alegría pura, de los deleites inenarrables que causan las señales de la pasion de Jesucristo en los que llevan su cruz con buena voluntad, y se complacen en padecer y sufrir por el que los llama hácia la inmensidad de su gloria. ¡O hombres del tiempo, de la ciencia humana, del mundo, de sus pompas y vanidades; y hombres de la eterni-

dad, del Evangelio, de la gracia y de la virtud! ¿Quién puede contemplaros con las luces de la razón y de la fe sin tener lástima y compasión de los hijos del pecado, y sin venerar á los que sacrificados por su Dios le ofrecen el incienso de su virtud en olor de suavidad, como lo dice el Sabio?

¡San Froilan con san Atilano, y san Atilano con san Froilan, en la mansión de un horroroso desierto, entregados á las dulzuras de la penitencia y á los consuelos de la oración! El mismo mundo admiraba en ellos lo más sagrado y venerable que había sobre la tierra, honraba en los escogidos del Señor el santuario de la gloria y de la luz que ilumina á todo el hombre que viene al mundo, como lo dice el Evangelista. Las gentes atraídas por la santidad de los anacoretas de las riberas del Esla, acudían á los héroes solitarios, imploraban su caridad, reclamaban en clase de hijos del Crucificado sus auxilios, se ofrecían á vivir como ellos con los alimentos de vida eterna, que llevan á los que los gustan á la inmensidad de los gozos del Señor, y no, no hallaron en nuestros santos unos corazones de bronce, ó unas entrañas de fiera como las de los tigres de la Hircania. Inspirados del cielo edificaron el célebre monasterio de Moreruela: se reunieron en él más de doscientos monjes bajo la regla del gran padre san Benito: san Froilan fué su abad, y san Atilano su prior. Esto basta para que formeis la alta idea de perfección á que fueron llamados todos los santos cenobitas que se apartaron del mundo, para pensar en los días antiguos y tener en su mente los años eternos en los silenciosos bosques de Moreruela. Pero no quería Dios que estuviesen ocultas las principales antorchas de santidad con que se dignó iluminar á nuestra feliz España, en los tiempos de sus mayores calamidades y desgracias. San Froilan fué puesto en la silla episcopal de Leon, y san Atilano en la de Zamora.

Obispos los humildes penitentes del desierto! Escogidos los últimos hijos de la casa de José para regir y gobernar el pueblo santo! ¡Qué adorables son los designios de nuestro Dios! Ya, Dios mío, han dejado de ser vuestros siervos san Froilan y san Atilano, los llamais vuestros amigos: habeis puesto en ellos todo cuanto una naturaleza mortal puede llevar de vuestra gloria, de vuestra magnificencia y de vuestro poder sobre el corazón y pensamientos de los hombres: son, como vuestro

amado Hijo, el reflejo de vuestro resplandor, la reproducción de vuestra excelencia infinita, la figura de vuestra impenetrable sustancia; y adoran vuestra providencia, obedecen vuestra voz, dejan su amada soledad y marchan á cumplir vuestras órdenes celestiales. Dejemos á san Froilan ir á Leon á ser una copia fiel de los Ambrosios, Agustinos y Crisóstomos, y sigamos á san Atilano.

Entra este santo en Zamora, no como hombre sujeto á las humanas miserias, sino como un enviado del Señor revestido con su infinita dignidad, y autorizado para obrar en su nombre como príncipe de la paz, como padre del futuro siglo, y como árbitro de los señores de la tierra. Se hace presente á sus ovejas, las trata con la mayor dulzura; les manifiesta su entrañable amor y benevolencia; se ofrece como buen pastor á dirigir á todos sus súbditos por los caminos de la virtud á la feliz eternidad; se hace dueño de los corazones de sus hijos, y fácil fué con la gracia del Señor á su infatigable celo, el reformar las costumbres, el reedificar los templos destruídos por los moros, y el restablecer la disciplina de la iglesia, bastante relajada, á la pureza de los antiguos cánones. Hizo cuanto le inspiró el Señor en favor de la grey que se le había confiado; pero como todo lo obraba bajo la impresión de la eternidad en que se ocupaba su alma, y miraba su salvación como el único negocio importante de la vida, determinó ir en peregrinación á visitar los santos lugares que venera la cristiandad, y traer de ellos para sí y para su pueblo gracias abundantes con que poder arribar á la gloria. Bendijo á sus diocesanos, y dejando arreglada la administración espiritual y temporal de su santa iglesia, salió en hábito de pobre de Zamora, llegó al puente que hay sobre el Duero, arrojó á las aguas su anillo pastoral diciendo: *Cuando te vuelva á ver estaré seguro de que Dios me ha perdonado*, y pidiendo una limosna de puerta en puerta no paró hasta que con la mayor devoción visitó los lugares sagrados que se había propuesto visitar. Dos años ocupó en este penoso trabajo; consultó como acostumbraba con el cielo, é inspirado se volvió á su obispado con deseos de agradar á su Dios, de ser útil y provechoso á los fieles, y de preparar su alma para la morada de los benditos del Señor. Llega á un arbal de Zamora al tiempo de oscurecer, pasa la noche en la ermita de san Vicente, y el día siguiente fué el día de los pro-

digios y maravillas, el día de mayor júbilo y alegría, el día de las revelaciones del Dios de la eternidad. Traen los ermitaños unos peces, los entregan á su huésped Atilano, sin saber quién era, para que los limpie; toma un cuchillo, y al querer sacar á un pez las tripas, sacó de entre ellas el anillo episcopal que había arrojado al rio al tiempo de salir á su peregrinacion. Entonces fué cuando puesto de rodillas y levantando las manos, la vista y el alma á los cielos, dijo lleno de amor y de agradecimiento: « Bendito sea el Señor Dios de Israel, que visitó é hizo la redencion de su siervo: engrandezcan todos los que le conocen sus misericordias, porque las derrama con tiempo oportuno, ensalza á los que le temen, y jamas confunde á los que esperan en él. Cuando, Dios mio, merecí yo ver tus divinos auxilios en medio de mi tribulacion! Bendito seas eternamente, porque tú solo obras semejantes maravillas y consuelas de este modo á los que te sirven con corazon contrito y humillado. » Acabada esta oracion, se vió el santo milagrosamente vestido con las ropas pontificales; se tocaron por si solas todas las campanas de Zamora; infundieron un gozo celestial en los corazones de las gentes; se difundió por todas partes la voz de que había llegado el santo obispo, y todos, todos sin quedar uno solo fueron á recibir á su prelado y á llevarle en triunfo á la casa del Señor.

Así demostró Dios la santidad de san Atilano: de este modo manifestó lo agradables que le habian sido sus pasos, y las virtudes que adquieren los que se proponen pensar en los días antiguos y tienen siempre en la mente los años eternos. Aun vivió nuestro santo siete años con sus amados zamoranos, derramando sobre ellos las mayores gracias y beneficios. Pero al fin llegó el gran día del premio y de las recompensas; murió con la paz de los justos, voló su bendita alma á la mansion de la gloria, y yo estoy en mi derecho para decir á cuantos me escuchan: Señores, el pensamiento de la eternidad hizo santo á san Atilano. Sea tambien el vuestro, y sereis salvos y recompensados como él.

Y vos, santo mio, atended á mi confusion, dulcificad la amargura de mi alma. A vos os elevó la idea de la eternidad hácia el cielo; á mí me abate, me oprime, me hiere mortalmente, me degrada y me confunde la idea de lo caduco, de lo carnal y terreno en que viven con ignominia los hijos del tiem-

po de corrupcion, que ha de pasar como la luz del rayo para no volverse á ver jamas. Alcanzadme del Padre de las misericordias la gracia de conversion y penitencia que hace ángeles de pecadores, y haced que todos os imitemos pensando de continuo en la eternidad en esta vida, para que seamos felices con vos en la inmensidad de la gloria. Amen.

SERMON

DE SANTO DOMINGO DE SÍLOS.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

Ipsa quasi signum in dextera manu.

El fué como un milagro en la mano del Señor.

Eclesiástico, c. 49. v. 13.

No es posible recordar el nombre de santo Domingo de Sílos sin traer á la memoria un prodigioso número de milagros, una multitud de maravillas obradas por su mano, al Taumaturgo de su siglo y una de aquellas almas grandes que en los tiempos decretados por la Sabiduría eterna extrae el Señor del tesoro de sus misericordias para hacer ostension á los ojos del mundo de su inmenso poder comunicado á un hombre mortal, y para que conozcan todos, con el ejemplo de estos dioses visibles, segun la expresion de la Escritura, el poder, la grandeza y el imperio absoluto de Dios invisible y eterno.

¿Qué habré yo de decir en su elogio si he de medir la grandeza y extension de sus méritos por la multitud de sus milagros? ¿Si por su poder he de daros á conocer su virtud? Pero él fué un milagro mayor todavía que todos los milagros que obró. *Ipsa quasi signum in dextera manu.* Olvidemos, si es posible, la asombrosa multitud de prodigios que obró y cuya memoria permanecerá grabada eternamente en nuestra patria, que los recordará siempre con gratitud: considerémosle á él solo, contemplémosle en sí mismo y hallaremos motivos poderosos para admirarle y elogiárle; no indagemos lo que él hizo, bástenos saber lo que fué; ó más bien, no separemos lo que Dios quiso juntar: consideremos á un mismo tiempo así lo que

obró como lo que fué; sus milagros y sus virtudes, porque estas de aquellos y aquellos de estas reciben y se comunican mutuamente un nuevo lustre y una nueva gloria. No fueron sus milagros menores que sus virtudes. No sé si acertaré como deseo á formar su elogio y á presentaros el verdadero carácter de nuestro santo, manifestándoos que su virtud comunicó mayor autoridad á sus milagros; que los milagros de santo Domingo de Sílos fueron acreditados y probados por su virtud, y que su virtud debe una parte principalísima de su mérito á sus milagros; ó lo que es lo mismo, que estos contribuyeron al aumento y perfeccion de su virtud.

Las maravillas de vuestro poder, Dios mio, son las que voy á anunciar al hablar de las grandes virtudes y milagros de vuestro siervo. ¿Cómo podré llenar mi deber, ni cumplir mi deseo sin el auxilio de vuestra poderosa gracia? Vos, Señor, conoceis mi pequeñez, y esta confesion de nuestra humildad y nuestra nada es un medio seguro para que os movais á favorecernos, y mucho más si os lo suplicamos por la intercesion de vuestra santísima Madre, á quien decimos con el ángel: *Ave Maria.*

En todos los tiempos hallamos justos en quienes el Todopoderoso substituyó la virtud de su brazo; pero lo hizo con mas economía en ciertos dias, en ciertos momentos; al paso que á santo Domingo de Sílos parece que se la comunicó sin medida y sin reserva. Ella empieza con él, por decirlo así; no fenece sino con él; ella baja con él al sepulcro, y desde las mismas entrañas de la tierra que le contiene parece que manda á la naturaleza y esta se muestra dócil y obediente á sus órdenes. El Omnipotente habla por la boca de santo Domingo de Sílos. El siervo de Dios manda, y todo escucha la voz de sus deseos y se apresura á obrar los milagros que pide. Seguidle los pasos de su vida, y hallaréis que todos los lugares donde residió se hicieron famosos y venerables á los tiempos venideros por los repetidos milagros que obró en ellos. Hallaréis infinitos enfermos, ciegos, cojos y tullidos que todos los dias sanaban por su intercesion. Hallaréis infinitos cautivos cristianos que encomendándose á este siervo de Dios desde sus mazmorras se hallaban libres á las mismas puertas del monasterio de Sílos, dejando allí en testimonio las cadenas, grillos, hierros y demas instru-

mentos de su cautiverio. ¡Qué espectáculo tan consolador y edificante! Una multitud de enfermos y afligidos espera á las puertas del monasterio todos los dias para ver al venerable Domingo y pedirle el socorro de sus males, y todos salen consolados y socorridos; oyen su voz y esta penetra sus corazones. Bendicen al Señor y vuelven con deseos de servirle y reconocidos á sus favores. Habla Domingo, y no solo desaparecen las enfermedades, sino que se aborrecen y detestan los pecados, sanan los cuerpos y reciben la gracia las almas.

No, no es posible, amados míos, el que yo os haga una puntual relacion de sus milagros; para referir la historia de sus prodigios era necesario referir la historia de todos los dias de su vida; lo que quiero manifestaros, es que estos milagros por estupendos y admirables que sean, no deben admirarnos en santo Domingo de Silos. Porque sin detenerme á confundir esa altanería desdeñosa, esa soberbia incredulidad de tantos filósofos impíos, que fundan su mérito extravagante y su gloria ignominiosa en no dar crédito á ningun testimonio, en no ceder á autoridad alguna, como si no fuese señal de un entendimiento corto y estúpido así el no prestar asenso á lo que es verdadero, como el adoptar lo que es falso, y no creer nada, como el creerlo todo; sin detenerme á hacerlos ver la desatinada crítica de este siglo frívolo y caprichoso, que niega á los milagros de los últimos tiempos la fe que presta á los prodigios de los primeros siglos, como si nuestro Dios no fuese el mismo Dios que el de nuestros padres; sin detenerme á desvanecer las vanas sospechas y los recelos tímidos de una desconfianza excesiva, no tengo necesidad para comprobar los milagros de santo Domingo de Silos sino de sus mismas virtudes, en las que encuentro la prueba mas decisiva é incontrastable de sus prodigios tan multiplicados y asombrosos.

Admirables fueron por su multitud, por su variedad, por su singularidad, tanto que parece que exceden á lo que puede creerse; pues sin embargo no excedieron á sus grandes virtudes. Siendo santo Domingo lo que era, era como natural que hiciese todo lo que hizo. Segun el plan de providencia que guarda Dios con sus escogidos, la abundancia y plenitud de los milagros debía concederse á aquella abundancia y plenitud de santidad que resplandecía en santo Domingo de Silos. El Señor tiene prometido cumplir la voluntad de los que cumplen la suya,

oir y satisfacer los deseos del alma fiel que ejecuta los de su espíritu y los de su gracia: *Voluntatem timentium se faciet* (1). Pues segun esto, ya no debe asombrarnos que santo Domingo obre tantos milagros; lo que nos debe asombrar es que poseyese tantas virtudes, porque informados de su santidad no debe causarnos extrañeza lo que se nos dice del poder maravilloso que Dios le comunicó. Lo que sabemos y nos consta de su santidad, nos certifica lo que se nos dice de sus acciones prodigiosas é ilustres. Pues bien, hermanos míos, si santo Domingo de Silos obró los milagros que ilustraron á los mayores hombres, poseyó tambien las virtudes en que florecieron los mayores santos.

¿Admiramos en ciertas almas aquel fervor temprano que santificó las primicias de su vida? Pues el corazon de santo Domingo de Silos vivió ajeno de la ponzoña del vicio; obedeció con prontitud á los llamamientos de la gracia. Sus cristianos padres, descendientes de los señores de Vizcaya y de los reyes de Navarra, le vieron crecer á su lado y caminar por la senda de la virtud sin declinar á la diestra ni á la siniestra. En la villa de Cañas, cerca de santo Domingo de la Calzada, donde nació, se hicieron admirar sus costumbres que nada tuvieron de pueril y de aquellos juegos que parecen tan inseparables y tan propios de la edad de los niños. Su única diversion, todo su recreo y sus ansias eran ir á la iglesia con sus padres y derramar allí su corazon en la presencia del Señor, ofreciéndose todo á su servicio. La santidad de Domingo de Silos parece que se anticipa á sus años. Su corazon dócil y tierno se dirige y encamina desde la mas tierna edad á vos, Dios mio, que tanto os complacis en los inocentes obsequios de vuestro siervo. Sus primeros suspiros os imploran, sus primeras lágrimas corren por vos, y el primer empleo que hace de su corazon es entregárosle enteramente. Apenas conoce la penitencia, y ya es penitente. Apenas conoce al mundo y ya le teme, se retira, y evita sus peligros. Elige el empleo de guardar el ganado de sus padres, porque le parece el mas propio para conservar la inocencia y unirse mas estrechamente con su Dios. En los ejercicios de la vida pastoril dejaba que penetrasen en su alma las inspiraciones de la divina gracia; nada queria, á nada aspiraba sino á

(1) *Psalm. 144. v. 19.*

santificarse, estaba lleno de sed de la perfeccion cristiana, y creía que nada habia hecho si algo le quedaba que hacer, ó que carecia de todas las virtudes si habia alguna que no poseyese en su plenitud. Conoció que en el recinto del santuario, á la sombra del tabernáculo como otro Samuel podria alimentarse de la piedad y dar frutos mas pingües que en el mundo profano, empapado en los hálitos envenenados de las concupiscencias y vanidades, y dedicándose al estudio de las letras, llegó por su ciencia y su virtud al estado del sacerdocio sin salir de la casa de sus padres. Su compostura, su celo, su recogimiento le señalan por el modelo y ejemplar de su pueblo; él es la admiracion y edificacion de sus vecinos; él los contiene y refrena con su presencia, los enseña con sus palabras y su doctrina, los corrige con sus amonestaciones paternales, los consuela en sus trabajos, los ayuda en sus desgracias, nada parece que le falta de lo que constituye á una alma justa y privilegiada y á un ministro celoso de Jesucristo: pero santo Domingo cuantas mas virtudes adquiere, ménos le parece que posee; quanto mas se acerca á la perfeccion, suspira tanto mas y se lamenta por no haberla aun comenzado.

¿Admiramos á aquellas almas desasidas del mundo, muertas al mundo, que no apetecen sino el retiro y soledad, que no suspiran sino por su Dios y no quieren ser conocidas sino de Dios? Pues Domingo de Sílos, despues de haber permanecido año y medio, ya sacerdote, en la casa de sus padres siendo la luz y ejemplo de todos, pareciéndole que en la vida solitaria hallaria mas pronto la perfeccion á que aspiraba, se huyó sin dar noticia á nadie á un desierto. ¿Huye acaso por evitar las venganzas y tormentos de los emperadores impíos y tiranos? Pero Domingo no huiria, y se consolaria de la pena de vivir en el mundo con la esperanza de dar la vida por Jesucristo, si hubiera en sus dias verdugos que atormentasen á los siervos de Jesucristo. ¿Es acaso algun pecador insigne y arrepentido que va como las Tais y las Pelagias á llorar sus maldades, á curar las llagas de su corazon con la quietud de la soledad, y hacer un divorcio eterno con el mundo en castigo de haberle amado con exceso y haber gozado de sus placeres impuros? No, Domingo no es reo sino de aquellos defectos que el mas santo no puede evitar, porque es hombre: las lágrimas que humedecen y riegan el desierto que habita, no son hijas del remordimiento y el

pesar, sino de su amor á Dios. Este es el único impulso que le lleva al desierto. Allí se ocupa en una vida áspera y espantosa, si miramos á los rigores con que aflige á sus carnes; pero la mas dulce y tranquila, si atendemos á los favores con que le regalaba el cielo. Allí vive entregado todo á su Dios sin mas esperanzas, sin mas deleites que buscarle con amor y con los ejercicios de su fervorosa piedad. Allí vive extenuado con los ayunos, consumido con las vigiliias, inundado en lágrimas, vestido de un tosco saco mas bien para mortificarse que para defenderse de las inclemencias de las estaciones, alimentado con las yerbas que crecian entre las peñas, no para prolongar los dias de su vida, sino para prolongar sus penitencias. Allí se contempla poco seguro, desconfia de sí mismo, cree que quedaria siempre muy á los principios de la perfeccion cristiana, si no se pone bajo la direccion de algun maestro espiritual.

Espiritu tentador que tan sagazmente acometes á los justos y los despojas de su justicia, introduciendo en sus almas un orgullo, un amor propio, una vanidad y soberbia casi imperceptible; no, no triunfarás de Domingo de Sílos. Está profundamente radicado en la humildad, en una humildad constante y activa; quanto mas adelanta en la virtud, mas se reputa por la misma miseria y fragilidad, mas desconfia de sí mismo, y despues de año y medio entre los horrores del desierto, se dirige al monasterio de san Millan de la Cogulla en que florecia la observancia de la regla de san Benito, para aprender con la voz y el ejemplo de aquellos monjes los caminos de Dios.

Bien pronto conocieron estos que la humildad, la paciencia, la mortificacion, la caridad y todas las virtudes que forman á un religioso perfecto se hallaban en santo Domingo, y se daban el parabien de haberle admitido en el número de sus hermanos. El abad para probar su obediencia le nombró superior del monasterio de santa Maria de Cañas, que se hallaba arruinado, sin hacienda, sin provisiones y sin recurso alguno; pero la verdadera obediencia ni conoce dificultades, ni manifiesta repugnancia. Luego que pasó á su destino, se ocupaba en el trabajo de manos con sus súbditos para ganar la subsistencia precisa, sin alterar por eso la observancia religiosa. Muy pronto se extendió la fama de sus virtudes y milagros; de todas partes acudian personas virtuosas á visitarle y á ofrecerle sus limosnas, y no habian pasado dos años cuando ya se restauró

el monasterio, se levantó el claustro, se acabó la iglesia, se enriqueció de ornamentos, se alhajaron los oficinas. Muy pronto empezaron á acudir á aquel santuario muchas gentes á abrazar la vida monástica bajo la direccion de santo Domingo, y entre el crecido número de los nuevos monjes fueron algunos hermanos de santo Domingo y su mismo padre, que perseveraron y murieron en él santamente. Así bendecía Dios tan prodigiosamente los trabajos de su siervo.

El abad de san Millan, ambicioso de tenerle en su monasterio, conociendo su mérito, le mandó volver á él, y por consentimiento de todos los monjes fué nombrado prior. Por su santidad se hacia venerar de todos, se hacia amar de todos por su caridad, y por su ejemplo hacia que todos adelantasen en la perfeccion cristiana. Él fué como un milagro en la mano de Dios. ¿No es una gran virtud, un milagro del poder de Dios el resistir á las ambiciosas y sacrílegas pretensiones de los poderosos del mundo, y no dejarse llevar vilmente del miedo, de la adulacion, de las esperanzas ó respetos humanos á que se sacrifican con tanta frecuencia aun los mas sagrados deberes? Pues santo Domingo resistió respetuosamente al rey don García que reinaba en la Rioja, y queria que el prior de san Millan le diese las riquezas y posesiones del monasterio, y le dijo: que ni parecia bien que S. M. las pidiese, ni él tenia poder para darle lo que una vez se habia consagrado á Dios. A las amenazas del rey solo contestó, que si Dios le permitia ponerlas en ejecucion, él tendria la gloria de padecer por su causa. Esta persecucion movida por el espíritu infernal para turbar la paz del monasterio, obligó á Domingo á ausentarse y no ser ocasion de las molestias que sufrían sus hermanos, y despidiéndose de todos con humildad, se pasó á Búrgos, donde reinaba Fernando I, y fué recibido con veneracion de todos por la fama de su santidad y prudencia, que se habia hecho célebre en todo el mundo. Vivió algun tiempo en un sitio retirado junto al convento de san Agustin, y despues pasó al monasterio de Sílos, uno de los mas célebres, pero arruinado ya casi enteramente en lo espiritual y temporal. El rey D. Fernando y D. Jimeno, obispo de Búrgos, pusieron sus ojos en Domingo para encomendarle el monasterio y evitar por este medio su total ruina. Domingo fué el reparador del antiguo lustre de aquella casa. Él empezó practicando lo que queria que practicasen los demas; animaba á los

flacos, consolaba á los tristes; el Señor bendijo sus desvelos, y muy pronto se enriquecieron los monjes de virtudes y el monasterio de bienes que les daba el Señor por añadidura. El rey le ofrece provisiones, los necesitados concurren á buscar en Domingo de Sílos el alivio de sus males, y todos sanan de sus dolencias. Crecen y se aumentan prodigiosamente las liberalidades de todo género de personas agradecidas á los beneficios que reciben del siervo del Señor: todos ansian por verle; le invocan, y basta para que cobren la salud y la libertad de sus prisiones. ¿Qué debe extrañarnos que obrase tantos milagros, si tuvo tantas virtudes? ¿Que le obedeciesen las enfermedades y los elementos, si él obedecía á Dios y era fiel y puntual en servirle? ¿Que Dios le concediese el don de hacer milagros, si su santidad era digna de ellos, y parece que su Majestad nada podia negarle segun el órden de su Providencia de atender siempre á la voluntad y las súplicas de los que le aman? ¿Qué debe extrañarnos que obrase los milagros que obraron los mayores santos, si tuvo las virtudes de los mayores justos? La abstinencia de Sanson; la inocencia de los niños de Babilonia; la fidelidad de los profetas en el cumplimiento de la ley del Señor, y aquella entereza contra las pretensiones de los reyes del mundo; la confianza en Dios y la ardiente fe de los mas milagrosos. Él fué como un milagro en la mano del Señor: *Ipse quasi signum in dextera manu*. Su heroica virtud acreditó y probó sus milagros, y estos contribuyeron al aumento y perfeccion de su virtud, como voy á manifestároslo brevemente.

¿Qué uso hizo santo Domingo del don de hacer milagros que el Señor le concedió? ¿Le expusieron al peligro de perder su virtud? Viéndose admirado y aplaudido de los hombres, ¿dejó de ser humilde en la presencia de su Dios? ¡Ay, hermanos míos! ¿Qué cuadro tan consolador y edificante se presenta á mi alma! Cuando los pueblos atraídos de la fama de los milagros de Domingo concurrían á su monasterio, salía este á sus puertas, no para recibir unos aplausos mundanos y llamar las atenciones, sino lleno de mansedumbre y caridad á derramar sus consuelos sobre los afligidos. Entónces tomaba ocasion de los milagros que el Señor obraba por su medio para predicarles la omnipotencia y las dulces misericordias de su Dios. Aprovechaba aquellas favorables circunstancias para persuadir á los entendimientos é inclinar á las voluntades de todos á que si-

guiesen la ley del Señor. Ponderaba lo caduco y perecedero de esta vida, las excelencias de la virtud, la gloria, el premio eterno destinado para todos los que amen de veras á Dios. Era un Moises explicando la ley en la ribera del mar que acababa de sorber el poder de los egipcios. A su alrededor se hallaban hombres á quienes acababa de restituir la vista, la libertad del cautiverio, los miembros perdidos, la paz interior; hombres íntimamente penetrados de gozo y gratitud, ¿qué negarán á un hombre que tanto bien les hace y que no les pide otra retribucion ni otro pago, sino el que amen y sirvan á aquel Dios que le concedió á él todo cuanto les dispensa?

Por todas partes se ve la mudanza de costumbres, se oyen las conversaciones religiosas, se renueva la fe y la piedad, se afirma la religion con los milagros de Domingo de Sílos, y se afianza la veneracion y respeto. Los reyes, los grandes y los pueblos, todos quieren manifestar su gratitud, ofrecer sus dones al siervo de Dios y enriquecer el monasterio con concesiones, privilegios y limosnas. Miétras tanto, léjos de deslumbrarse, se mira como un indigno pecador, sus acciones son una serie de abatimientos, no hay que hablarle de dignidades y distinciones; en medio de sus hijos, aunque todos son sus discípulos, los mira y venera como á sus maestros; se los propone por modelos y ejemplares; se olvida de su autoridad y siente que haya quien se acuerde de ella. Digo mal, se acuerda sí, pero es para elegir la celda mas pobre, para ocuparse en los oficios mas bajos. De todos sus títulos de padre, de maestro, de superior; de todos sus aplausos y glorias se reserva solamente el derecho de humillarse y olvidarse de sí mismo. Tales son los efectos que causan en Domingo los honores que por todas partes le cercan, las alabanzas y bendiciones que escucha á todas horas. Y si la santidad y virtudes de santo Domingo fueron la prueba y el argumento mas convincente de sus multiplicados milagros, podemos decir tambien que los milagros de santo Domingo de Sílos fueron la perfeccion de su santidad y de sus virtudes, porque procuró servirse para gloria de Dios del crédito y autoridad que de sus milagros le resultaba para con los hombres, y preservó sus virtudes del peligro á que le exponian sus mismos milagros: porque aquel justo, admiracion de los pueblos, á quien las gentes piadosas preparaban ya altares y disponian templos, no apartó sus ojos de su nada y su fragili-

dad, y supo referirlo todo á su Dios; y así sus milagros contribuyeron al aumento y perfeccion de su virtud. Confesemos con placer que el glorioso santo Domingo de Sílos fué como un milagro en la mano del Señor. *Ipse quasi signum in dextera manu.*

Gozad ya, santo esclarecido, las dulzuras y placeres del descanso y bienaventuranza eterna á que entrasteis como siervo fiel despues de una muerte pacífica y dichosa; pero no os olvidéis de los que os invocamos desde este lugar de destierro y de miserias. Vuestro sepulcro es el lugar de refugio de los necesitados, él se ha hecho glorioso por los milagros que habeis obrado despues de muerto. Justo es que yo publique, aunque todos lo sepamos, que á vuestra intercesion se debe el nacimiento del gran Domingo de Guzman y los consuelos con que recreasteis á su madre la beata Juana de Aza, que oraba prostrada junto á vuestras reliquias. Alcanzadnos que imitemos vuestras virtudes, la pureza y santidad de vuestra costumbres, la humildad, el rendimiento á la voluntad de Dios que tanto os engrandeció, el olvido de nosotros mismos, el celo por la honra y gloria del Señor, procurando que todos le alaben y bendigan, para que lleguemos á gozarle despues en la gloria. Amen.

SERMON

DE SAN EUGENIO,

PRIMER ARZOBISPO Y PATRON DE TOLEDO.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

Justorum autem semita, quasi lux splendens procedit et crescit usque ad perfectam diem.

El camino de los justos es como la luz resplandeciente, que sale, crece y llega á formar un día perfecto.

Proverb. c. 4. v. 18.

¿Cómo es posible penetrar por entre la oscuridad de los tiempos y presentaros despues de tantos siglos noticias exactas del nacimiento, patria, educacion, obras y virtudes del glorioso san Eugenio primer prelado y apóstol de Toledo, cuya santa memoria celebramos en este día? Pero ¿qué importa? La vida del justo no es como la de los impíos que no duermen sin mancharse con iniquidades; no está llena de tinieblas como la de los malvados sin que se sepa cuál es su fin; no se alimenta con el pan de la corrupcion y el vino de la iniquidad; es como una luz resplandeciente, dice el Espíritu santo, que á la manera del sol, sale, crece y se aumenta hasta que llega á formar un día perfecto. Las vicisitudes y trastornos tan generales y continuos de nuestra patria, la distancia de tantos siglos desde que para nuestra dicha se dejó ver en nuestro suelo, tantas irrupciones, calamidades y desgracias como despues de san Eugenio han afligido á nuestra nacion, no han podido borrar la dulce y consoladora noticia de que él fué el que trajo la luz del Evangelio á la ciudad y provincia de Toledo, el que fundó la iglesia de Toledo y fué su primer pastor y prelado. Que instruído en Roma en la fe por los mismos apóstoles san Pedro y san Pablo,

fué despues elegido y ordenado de obispo por el papa san Clemente, y habiendo acompañado á san Dionisio y otros varones apostólicos hasta París, el amor á su patria y á esta dichosa provincia que le vió nacer, y la misericordia de Dios que queria sacarla de las tinieblas de la idolatría en que estaba sepultada, le condujo á Toledo para ser la luz que luciese y alumbrase, el apóstol que la evangelizase la paz y los bienes del cielo, el portador de la ley de Jesucristo, el primer sacerdote, el primer obispo, el primer cristiano de nuestra provincia y el que nos ganó para Jesucristo á costa de fatigas, de virtudes, de milagros, de trabajos, de ejemplos, sin perdonar medio alguno para plantar en nuestro suelo la religion que cultivó y vió crecer por espacio de mas de veinte años; y despues confirmó su fe con un glorioso martirio, y regó la religion con su sangre, muriendo á manos del mismo gobernador y tirano de las Galias que sacrificó á san Dionisio.

¿Qué mas necesitamos para celebrar con el mayor regocijo y tributar los obsequios de la piadosa veneracion á la memoria de nuestro santo patrono? Pero yo hablo segun el lenguaje del mundo y me olvido de que soy un ministro del Evangelio, que me dirijo á un pueblo fiel y cristiano. San Eugenio salió de este mundo y desapareció de entre nosotros, pero vive en el reino de los escogidos, está en la mansion de los santos, nos contempla como á su rebaño, y desde el cielo en que disfruta el premio inamisible de sus trabajos intercede y suplica á Dios por nosotros. ¿Qué debo yo hacer en este día sino representaros la inmensa gloria que posee y su intercesion poderosa para con Dios en favor nuestro? Nada mas propio para excitarnos á honrarle, á aspirar á su dicha por la imitacion de sus virtudes, á aprovecharnos de las luces y gracias de la fe de que le somos deudores y á procurar su valimiento y pedirle su intercesion. Ved á lo que voy á reducir mi discurso, que el Señor quiera que ceda en honor suyo y bien de nuestras almas. Pidámosle para esto los auxilios de su gracia por la intercesion de su santísima Madre á quien saludaremos con el ángel: *Ave Maria.*

Alegrémonos en el Señor, hermanos míos, alegrémonos porque entre los continuos beneficios de su piedad nos concedió un hombre por cuyas palabras y ejemplos pudiesen salvarse

muchos. Otra vez digo alegrémonos, porque habiendo perdido su vida este hombre entre los tormentos, fué puesto á la diestra del trono de Dios para que por su intercesion se salven muchos mas. Somos muchos los que necesitamos la conmiseracion y misericordia de Dios para que nos perdone nuestros pecados, y tenemos un piadoso abogado que ocupa un lugar muy propio y tiene tiempo para interceder por nosotros, un tiempo tranquilo y exento de todo negocio molesto. Se dejó ver en la tierra para servirnos de luz, de guia y de ejemplo, y ahora está en los cielos para ayudarnos con su patrocinio. Aquí nos instruyó para conseguir la vida; desde allí nos convida á la gloria.

Ahora es un mediador para que lleguemos al reino, el que ántes nos exhortó y animó á las buenas obras y trabajos para conseguirle. San Eugenio, nuestro glorioso patrono, es este buen mediador que no pidiendo ya nada para sí, todo desea trasferirnoslo á nosotros, el afecto de él, que es quien suplica, y el fruto de sus suplicaciones. ¿Qué ha de pedir ya para sí, si de nada necesita? El Señor le conserva, le vivifica y le hace bienaventurado en su gloria, y colocado en el lugar de la pascua, nada podrá ya faltarle. Hoy celebramos el dia de su glorioso tránsito, el dia de la alegría de su corazon; gocémosnos y alegrémonos en él. Entró ya en el lugar del poder del Señor, alegrémonos, porque ya es mas poderoso para salvarnos.

Hoy habiendo dejado tan gloriosamente el peso del cuerpo, que parecia lo único que le estorbaba la entrada en la gloria, con tanto mas gozo, cuanto mas expedito, penetró en la region de los santos y se hizo igual á los santos en la gloria. Hoy desde el último y mas humilde lugar que eligió para sí en este mundo, segun el consejo del divino Salvador, llamándole el gran padre de familias como á amigo verdadero, le mandó pasar mas adelante y subir mas arriba llenándole de gloria delante de todos los convidados. Hoy habiendo menospreciado al mundo, habiendo triunfado del espíritu infernal, príncipe de este mundo, y tentador infatigable, subió vencedor á recibir de mano del Señor la corona de la victoria. Subió cargado con la riqueza inmensa de sus méritos, esclarecido con sus triunfos y glorioso con sus milagros. Consumó los trabajos de su carrera y los sudores de su milicia, y es recompensado con largueza y premiado con la corona de justicia. Su alma demora, ¿sabeis dónde? Con Abraham, con Isaac y con Jacob en el reino de los

cielos. Ocupa un trono excelso, lleno de resplandor y de gozo, cercado de aromas y rodeado de flores; un trono todo suyo, vacío de cuidados, exento de penas, lleno de delicias, afluyente de placeres, abundante de descanso y quietud para entregarse del todo á la contemplacion de la sabiduría eterna. El que estuvo sentado y llorando á las orillas del rio de Babilonia, ahora está sentado al borde de la fuente de la vida, y su conversacion es junto al torrente de placeres cuyo ímpetu alegra á la ciudad de Dios. Halló ya la fuente de los huertos, el pozo de las aguas saludables y cristalinas, y como la Samaritana bebe de aquella agua que da el Señor y que apaga la sed para siempre. Ahora recibe del fruto de sus manos, son alabadas en público sus obras y se gloria con el testimonio de su misma conciencia. Está sentado entre los ángeles, porque se ha hecho digno de su compañía con sus fervorosos deseos, con el resplandor de su pureza y con la blancura y decoro de su castidad. En medio de los apóstoles, porque evangelizó á nuestra patria con una gracia apostólica, sufriendo los trabajos y molestias tan grandes del ministerio apostólico en los primitivos tiempos. Tampoco tiene por qué separarse del coro de los profetas, porque aquel Jesus y Salvador á quien ellos anunciaron y cuyas obras predijeron, le glorificó, le llevó en su cuerpo conformándose con Jesucristo y le anunció á los pueblos que yacian en las tinieblas y sombras de la muerte. ¿Podrá ménos de saltar de gozo entre el número de los victoriosos y triunfantes mártires, el que en el largo tiempo de su vida ofreció á Dios la hostia viviente de su cuerpo y consumó su carrera á manos de los verdugos enemigos de Jesucristo? Este esforzado y veterano militar de la milicia de Jesucristo está sentado en la gloria de Dios disfrutando el premio de sus servicios, y gozando el descanso y suavidad en una paz y sosiego inamisible é imperturbable, seguro enteramente por lo que toca á sí mismo; pero solícito y cuidadoso de nosotros.

Con el peso y corrupcion de la carne, con el cuerpo mortal y terreno no se despojó ni desnudó de las entrañas de piedad, y al vestirse la estola de gloria no se olvidó de nuestra miseria ni se puso una vestidura de olvido que le hiciese renunciar á su propia misericordia. La tierra en que habita el alma de san Eugenio nuestro patrono, no es por cierto la tierra del olvido, no es tierra de trabajo y labor para estar ocupado en él, no es,

en una palabra, la tierra, es el cielo. Y qué ¿la mansion celestial endurece á las almas que tienen la incomparable dicha de entrar en su seno, las priva de la memoria ó las despoja de la piedad? Hermanos míos, la latitud inmensa del cielo dilata y da ensanches á los corazones, pero no los coarta ni estrecha; alegra á las almas, pero no las priva de la razon, no destruye ni aniquila las afecciones, sino que las extiende.

En la luz inextinguible de Dios, con la vision clara y perfecta de Dios, la memoria se serena, pero no se oscurece. En la luz de Dios y su vision beatifica se aprende lo que no se sabe, pero lo que se sabe no se olvida. Aquellos espíritus superiores y bienaventurados que desde el principio habitan los cielos, ¿acaso porque habitan los cielos miran con desprecio á la tierra? ¿No es mas cierto que la visitan y frecuentan? ¿Acaso porque siempre están viendo y gozando la presencia del Padre, dejan de cumplir los ministerios de piedad? No, porque todos los espíritus son administradores prontos á ser enviados á procurar el bien y servir á aquellos que están destinados á negociar la herencia de la salud. Ahora bien, amados míos; los ángeles mismos se mueven, se inquietan, por decirlo así, por atender y socorrer á los hombres, ¿y los que fueron hombres como nosotros, los que vivieron con nosotros, los que salieron de entre nosotros, los que tanto trabajaron y se afanaron por nosotros, se olvidarán de nosotros y no sabrán ya compadecerse de aquellos con quienes ellos y como ellos padecieron? Los que no saben ya lo que es dolor, sienten sin embargo nuestros dolores, y los que pasaron por grandes tribulaciones no dejan de reconocer y de interesarse por aquellos que se encuentran en el estado en que ellos se hallaron. Los justos, dice el real Profeta, tienen sus ojos puestos en mí; esperando que el Señor me recompense mis trabajos: *Me expectant justí; donec retribuas mihi*. Pues san Eugenio es un justo, y nos mira y sigue muy de cerca esperando que el Señor nos recompense. No es como el copero de Faraon, que despues de haber entrado en la gracia de su Señor, la retuvo para sí y se olvidó de su profeta, sin acordarse del que quedaba cautivo y preso. Es un siervo de Jesucristo, un ministro de Jesucristo, un apóstol de Jesucristo, que imita y sigue siempre á Jesucristo. No se olvidó Jesucristo de su promesa, y al compañero de su pasion, al que murió en la cruz á su lado, no le negó la compañía y entrada con él en

su reino. El discípulo no obra jamas contra lo que dispone el maestro, y san Eugenio como discípulo y siervo fiel no puede hacer otra cosa sino lo que viere obrar á su maestro.

Habiendo entrado ya en los cielos que como Estéban veía ántes abiertos con sus ojos bienaventurados, ve ahora cara á cara á su Dios y contempla su gloria, absorto sí, pero en manera alguna olvidado del clamor de los pobres que gemimos en el destierro. Se trasforma de claridad en claridad, pero no se olvida jamas de aquella tierra que regó con su sudor y fertilizó con su apostólico ministerio, de aquella tierra que iluminó con la antorcha de la fe y encendió con el fuego que trajo Jesucristo del cielo. ¡O espíritu feliz y bienaventurado! Yo no podré decir lo que hizo en la tierra mas recomendable tu santidad, si el copioso fruto de tus tareas, el respeto y veneracion de los idólatras convertidos, el miedo y pavor, odio y persecucion de los malos, la caridad y misericordia con todos, la austeridad y penitencia, la pobreza y la abnegacion, el celo por la salud de las almas; la oracion frecuente, el ansia del martirio, la fortaleza en los trabajos y los tormentos, el poder contra los espíritus infernales ó el don de obrar milagros. ¡O santidad admirable hasta de los mismos ángeles! Viviendo en la tierra tenia toda su conversacion en el cielo, vivió crucificado con Jesucristo, lleno de amor y celo por Jesucristo; no fué suficiente creer en Jesucristo, romper los lazos y ataduras del mundo, renunciar los placeres, diversiones, comodidades y regalos del mundo, sino que quiso ser ministro de Jesucristo, predicar á Jesucristo y anunciar á esta provincia sumergida en las supersticiones la religion de la salud y de vida, el nombre de Jesus y con Jesus todas las cosas que podemos apetecer, arrojando peligros, persecuciones y trabajos sin número; quiso sellar con su sangre su fe despues de haber preparado para su Señor un pueblo perfecto. Nos amasteis, glorioso santo, nos amasteis y os sacrificasteis por nosotros miéntas vivisteis en la tierra y fuisteis el que ilustrasteis á nuestra religion con la luz de la fe y regenerasteis en Jesucristo con el bautismo á nuestros ascendientes. ¿Dejaréis de mirar propicio y de dispensar vuestra proteccion poderosa á los miserables é incautos que vivimos intrincados entre los lazos y peligros del mundo, á los que somos fruto de la viña que plantó y cultivó vuestra diestra? Jefe esforzado de la milicia de Jesucristo que has conmu-

tado los trabajos de la guerra y la pelea por la paz y felicidad angélica en que ahora descansas, favorece con tu proteccion á esta patria tuya y porcion de tu heredad que entre las hostilidades con los enemigos de sus almas se ocupa en alabarte, recordar tus triunfos, bendecir tu memoria y celebrar tus virtudes en testimonio de su gratitud y gloriándose de reconocerte por su patrono. Ya que triunfaste y á fuerza de violencia arrebataste el reino de los cielos, mira á los que gemimos en la tierra, y que sea la consumacion de tus triunfos el que te acompañemos en la gloria. Triunfa tambien de nosotros alcanzándonos el que podamos librarnos de las astucias y vencer el poder de nuestros enemigos. ¡Qué dulce, qué suave, qué consolatorio nos es en este lugar de peligros y con este cuerpo de muerte el honrarte, el cantar tus alabanzas y dirigirte nuestras súplicas! El nombre de nuestro patrono, del que nos engendró en Jesucristo, del que tanto amó á nuestra patria, que atravesó los mares, los collados y los montes por venir á darla la verdadera ilustracion, la salud y la vida, resonará siempre con gusto y se entonará con placer en nuestros templos, templos de Dios vivo, que nos consagró san Eugenio. Su memoria y su nombre será dulce como el nombre de la libertad es dulce en los labios de los cautivos.

Ea pues, poderoso atleta, dulce patrono, abogado fiel, dispensadnos vuestra ayuda para que podamos nosotros gozarnos de nuestra libertad, y vos congratularos por vuestro completo triunfo. Sí, porque triunfo vuestro completo será el que no se pierda ninguno de los que el Padre os encomendó, el que vivamos, no solo en la fe que nos anunciasteis sino en la caridad de Dios, en su santo servicio, en el camino de sus mandamientos que nos enseñasteis con vuestras palabras y ejemplos y el que muramos en paz y recibamos la gloria.

Señor y Dios omnipotente, hemos pecado y nos hemos hecho unos hijos ingratos, pero nos acercaremos á vos por medio de san Eugenio que nos dió el que os conociéramos y enseñó el modo de servirnos. Él vencerá vuestra ira y nos restituirá á vuestra gracia. Él no se olvida de nosotros y nosotros nos acogemos á su poderosa intercesion, resueltos ya á no hacernos indignos de ella, procurando imitarle y seguir una vida segun nos enseñó. Así viviremos seguros; así tendremos quien abogue y defienda nuestra causa en el cielo, quien nos alcance las fuer-

zas para la lucha que tenemos que sostener en la tierra; así tendremos confianza y miraremos sin susto el juicio tremendo que nos espera, y despues de haber honrado y venerado á nuestro patrono san Eugenio, le honraremos para siempre y bendeciremos con él á Dios en el cielo por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DE SANTA EULALIA DE MÉRIDA.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

Inveni quem diligit anima mea; tenui eum, nec dimittam.
Encontré al amado de mi alma; asile y no le dejaré.

Cánt. c. 3. v. 4.

La divina Providencia que tan de cerca vela sobre cada uno de nosotros, nos ha reunido de distintos lugares y nos ha fijado en esta parroquia bajo la protección de la gloriosa santa Eulalia, para que nos encomendemos á su intercesión en el cielo, para que tengamos una abogada especial que ruegue por nosotros y para que fijando nuestra consideración en la vida de esta dichosa virgen y mártir, imitemos sus virtudes y aspiremos á conseguir la vida eterna, que es la ciencia, el asunto interesante, el único negocio de que debe cuidar todo cristiano. Hoy que celebramos y honramos su memoria, que nos reunimos á recordar sus triunfos y á solemnizar su fiesta ¿qué debo yo hacer en cumplimiento de mi ministerio estando al frente de vosotros para conducirlos á la salvación, sino valerme del ejemplo de nuestra santa patrona para daros lecciones prácticas de virtud, destruir vuestras frívolas excusas y pretextos y alentaros é inflamaros en el amor de Dios con el que todo se vence y todo se consigue?

En el discurso del año me ha tocado explicaros las verdades inefables de nuestra religión, los premios y castigos eternos, la necesidad de cumplir la ley del Señor, los medios de que debéis valeros para ser buenos cristianos y llegar á ser santos y dichosos para siempre en el cielo, como Dios quiere que lo

seáis; hoy me toca tomaros por la mano, daros una lección práctica en un ejemplo que no podrá menos de haceros ver que es posible y fácil con la ayuda de Dios el cumplimiento de los deberes que nos impone el Evangelio. Me toca haceros ver que la religión que profesamos no es impracticable, y convencersos con el ejemplo de una criatura tan tierna, tan frágil y tímida como nosotros, que practicó lo que nosotros hallamos como imposible practicar: de una criatura que confunde todas nuestras excusas, porque en los umbrales de su vida la admiró la España victoriosa del mundo, de los placeres, de sí misma y de los tiranos y los tormentos. Me toca valerme del ejemplo de nuestra patrona santa Eulalia.

Encontrando á su Dios en las aguas del bautismo que sus cristianos padres cuidaron que se la administrase en los primeros días de su vida, nada fué ya capaz de apartarla de este celestial Esposo: le halló, y no le desamparó jamás. *Inveni quem diligit anima mea, tenui eum, nec dimittam.* Precauciones, ruegos, lágrimas, promesas, amenazas, todo fué nada, saltó de alegría en medio de los tormentos, y apresuró con una santa impaciencia la lentitud de las llamas para consumir su sacrificio y celebrar las bodas eternas con su celestial Esposo. Nuestra patrona santa Eulalia cubrirá de vergüenza nuestra falta de mortificación, nuestra ociosidad y nuestra pereza. Haré su elogio, si no de un modo digno de sus grandes méritos, por lo menos útil y provechoso á nuestras almas, destruyendo con su ejemplo los frívolos pretextos que alegamos para no entrar ni seguir por las sendas de la perfección, de nuestra edad, de nuestra flaqueza, de nuestro temperamento y de nuestras costumbres. El ejemplo de perfección evangélica de nuestra santa patrona destruye todas las excusas de nuestras imperfecciones. Ved, hijos míos, á lo que voy á encaminar mi discurso, y el pasto de salud que quiero proporcionaros en este día.

Para que yo obre con acierto, soberano Señor, derramad sobre nosotros vuestra santa y divina unción: haced por vuestra gracia que este vuestro pueblo acogido á la protección de santa Eulalia se encienda en vivos deseos de imitarla. Muévaos á acceder á nuestras súplicas la intercesión de vuestra Madre, á quien decimos con el ángel: *Ave María.*

La edad, el sexo, la flaqueza de nuestra complexión, la in-

compatibilidad del Evangelio con el mundo, ved aquí las excusas con que generalmente queremos acreditar nuestra ociosidad é indolencia en el servicio de Dios... Bajo estos especiosos pretextos, digo, tratamos de sustraernos de la obligacion de vivir conformes con el Evangelio y de negarnos á la perfeccion con que nos brinda, como si el Evangelio no fuera ley para nosotros, solo porque nosotros no quisiéramos que lo fuese. Recorramos los sucesos de trece años escasos, edad completa de nuestra patrona santa Eulalia, y ellos nos harán ver que son vanas é insignificantes todas nuestras disculpas.

Para la observancia de las obligaciones del cristiano, oímos decir con tono enfático, y á fuerza de oírlo nos lo vamos persuadiendo, oímos decir, repito, que para observar la ley del Evangelio es necesario una madurez de entendimiento, una firmeza incontrastable, una perseverancia y sufrimiento de los trabajos y mortificaciones, un imperio sobre todas las pasiones y sobre nosotros mismos, que no parece puede convenir á una juventud tierna, delicada y fácil de dejarse engañar, y en la que no estando aun moderadas las pasiones con la reflexión y la experiencia, parece que salen en tropel del corazon con tal ímpetu, que seria inútil oporterle fuerza alguna: que es preciso dejar apagar estos primeros ardores y esperar á que la razon estando mas sosegada sea capaz de mas seriedad y solidez. Segun el dictámen del mundo á que nos acomodamos con gusto, parece que hay una edad determinada para las pasiones, y que el pudor y la regularidad de vida solamente son virtud cuando una edad mas avanzada nos los hace necesarios, ó cuando los respetos humanos nos obligan á abrazarlos. Santa Eulalia, gloria y ornamento de la ciudad de Mérida en España, que la vió nacer, en la flor de sus años no conoce tesoro mas precioso que su inocencia. Adornada de todos aquellos talentos y dotes que suelen servir para perderla, atiende con la mayor vigilancia á conservarla. Cree firmemente que todas las edades pertenecen igualmente á aquel Señor que es dueño de los tiempos y de la eternidad, y el único privilegio que concede á su juventud, es el cuidado mas atento en huir y apartarse de las ocasiones, en allanarse los caminos para lo sucesivo, y en estrecharse con su Dios, para no desampararle jamas. *Tenui eum, nec dimittam.* Estais continuamente diciendo que es preciso perdonar alguna cosa á la edad; pues yo os digo con el ejem-

plo de nuestra patrona, que precisamente á la primera edad es á la que nada debe perdonarse; que las primeras costumbres deciden regularmente de toda nuestra vida; que en la edad de los mayores peligros, es cuando mas debemos temerlos; que el hallarse mas vivas las pasiones debe ser motivo para que huyamos mas de lo que las mantiene y fomenta. ¿Debe el mundo corromper nuestro corazon ántes que le entreguemos á Dios? ¿Ha de disponer el vicio los caminos á la virtud, y hemos de gozar de todos los placeres ántes de determinarnos á gustar lo suave que es el Señor?

Estas máximas de execracion han hecho con afrenta de la religion santa que profesamos descuidar á muchos padres la educacion y celo con que debieran velar sobre sus tiernos hijos. Concurrencias festivas y peligrosas, canciones y lecturas de entretenimiento, lecciones de baile, de música, de etiqueta; estas y otras semejantes son las instrucciones que procuran dar á sus hijas especialmente los padres del gran mundo, y que se creen los mas privilegiados en él, mirándolas como indispensables para brillar, para hacer fortuna, para pasar por civilizadas y llegar despues á ser señoras. ¿Qué diria nuestro siglo si viera ahora encomendar á los sacerdotes la primera enseñanza de las niñas ricas y distinguidas como los ilustres y ricos padres de santa Eulalia la encomendaron al presbítero Donato? ¿Este siglo en que por tantos medios se procura, no ya solo el vilipendio y abyeccion, sino hasta el exterminio de los sacerdotes? No sé lo que diria, ni sé si podrá aumentarse mas el desprecio y los ultrajes con que hemos visto tratar á los ungidos del Señor. Lo que sé y por desgracia vemos todos es, que de esas escuelas de nuestros dias no salen heroínas de nuestra religion, no salen Eulalias, porque no se buscan Donatos que las inspiren el santo temor de Dios y las instruyan en su ley.

La fragilidad del sexo es otro pretexto que se alega contra las obligaciones y la austeridad del Evangelio. La tierna santa Eulalia ¿no halló en sí misma un valor y una fortaleza de alma á que jamas pudieron llegar los héroes profanos? La capital del universo, la soberbia Roma habiendo adoptado todos los dioses y todas las supersticiones de los pueblos á quienes habia vencido, solamente se manifestaba inexorable con la santa locura de la cruz. Levanta las mas terribles persecuciones, y la mas cruel y sangrienta de todas, movida por Diocleciano, se exten-

dió hasta la ciudad de Mérida, en la que se publicaron los impíos y execrables edictos. En sus conversaciones, en sus hechos, en sus inquietudes habia manifestado la tierna Eulalia los ardientes deseos que la animaban de padecer el martirio. Sus padres para evitar toda ocasion y compromiso se retiraron á una casa de campo algo distante de la ciudad, con la mira tambien de que no llegando á oídos de su hija los estragos de la persecucion, se apagasen los deseos en que la veían de padecer y morir por defender la fe de Jesucristo. Allí, disgustada de su quietud mientras padecian y eran perseguidos los cristianos, conmovido su corazon, abrasada del celo por la honra y gloria de su Esposo divino, dice al contemplar la desolacion de su pueblo y de su fe: ¿qué volveré yo á mi Dios por tantos beneficios como me ha dispensado? Tomaré con el mayor gusto el cáliz del martirio, é invocaré públicamente el nombre de mi Dios. Sí, amada patria mia, en medio de tus muros, delante de todo el pueblo ofreceré mis votos á mi Dios, y daré un testimonio público de que jamas abandonaré á mi Señor. *Tenui eum, nec dimittam.*

La distancia, la oscuridad de la noche, los peligros, lo escabroso del camino, nada la detiene ni arredra; sale ocultamente de su casa acompañada de una criada fiel y no ménos fervorosa cristiana, entra al amanecer en la ciudad, llega hasta el solio del tirano: ¿qué furor es el vuestro, le dice, qué furor es el vuestro en pretender la perdicion de las almas? Miserables! Si venís á descubrir cristianos, aquí me teneis á mí. Yo soy enemiga declarada de vuestros dioses, yo desprecio vuestros ídolos, y creo solo en un Dios á quien amo con todo mi corazon y confieso con mis labios. Ísis, Apolo, Vénus, y los mismos emperadores Diocleciano y Maximiano, nada son: aquellos porque no tienen mas ser que el que les quiso dar la mano del escultor, y estos porque adoran las obras de los hombres. Maximiano con todas sus riquezas adora en hora buena á las piedras y rinda su cabeza á los ídolos; pero ¿por qué maltrata á los cristianos? ¿Por qué derrama la sangre de los inocentes? ¿Por qué despedaza los cuerpos de los santos? Date prisa, verdugo, quema, corta, divide los miembros de barro; fácil es romper una cosa frágil, pero la fuerza del dolor no será capaz de conmover el ánimo. *Tenui eum, nec dimittam.*

¿Será ya excusa suficiente para obrar segun el Evangelio la

fragilidad del sexo? Pero ¿de qué no es capaz una mujer cuando llega á amar, y se trata del objeto que la posee y la cautiva? ¿Qué valor y qué constancia no manifiesta? ¿Qué sacrificios no hace? Las dificultades la dan nuevo aliento: el sosiego, la reputacion, la libertad, la salud, la fortuna, todo lo atropella la pasion, todos los días estamos viendo á estas heroínas del mundo que tienen valor para intentar las empresas mas difíciles, que lo sacrifican todo á su gusto, que hallan en su sexo un valor muy superior al del hombre, y que al tiempo de cesarse de la pasion, parece que se olvidaron tambien del miedo, del pudor y de la flaqueza. Pues ¿por qué no han de ser capaces de hacer alguna cosa por Dios? ¿No han de poder hacer por su salvacion lo que pueden hacer por sus caprichos y antojos? ¿Es posible que la pasion ha de poder darnos fuerzas y hacernos superiores á nuestra flaqueza, y no ha de tener el mismo privilegio el amor á Dios y su divina gracia? La salvacion, hijos míos, no pide sacrificios tan grandes, ni abatimientos tan penosos como el mundo y nuestras depravadas pasiones, y con todo eso, no nos atrevemos á hacer la prueba. Jesucristo es un Señor á quien se sirve mas fácilmente que al mundo, es un Señor mas amoroso, mas compasivo, mas indulgente y mas fiel; y nosotros le miramos como á un tirano que hace infelices y desgraciados á los que le sirven. ¡Dios mio! ¡Qué digna de lástima es el alma que tan mal os conoce y tan mal se conoce á sí misma!

Alegamos tambien nuestra flaqueza y la delicadeza de nuestra complexion. ¿Fue esta motivo suficiente en santa Eulalia para temer las cadenas, los azotes, los garfios de hierro, la cruz y las llamas? ¿Qué delicadeza mayor que la de nuestra patrona, tierna por su edad, por su sexo, y por el regalo con que la criaron sus padres? Y sin embargo, ella misma desafía el furor de los tiranos. El horror de su suplicio que asusta aun á sus mismos verdugos, derrama en su corazon y en su semblante una santa alegría. Aun no sabia lo que era padecer, y se manifiesta llena de gozo entre los mas crueles tormentos; y la delicadeza de su cuerpo, apenas capaz de recibir las heridas, tiene ya valor para despreciarlas y para conseguir la victoria. Superior á todos los tormentos, no solo no se alligió con el mas mínimo suspiro, sino que llena de alegría en medio de su martirio, dió uno de los testimonios mas públicos y convincentes de

que todo lo puede el hombre con la gracia del Señor que le conforta. Al ver su cuerpo lleno de heridas y sus carnes esmaltadas con la púrpura de su sangre: ¡ahora sí, Dios mio, decia rebosando de gozo, ahora sí que te escribes en mi cuerpo para mi bien! ¡Qué placer tengo en escribir con mi sangre y leer estos ápices que publican tu poder y tus victorias! Nada, nada podrá separarme de ti. *Tenui eum, nec dimittam.*

Así fué, amados míos, y aunque todos los años recordemos los tormentos y el valor de nuestra santa, siempre tenemos gusto en oírlos de nuevo y nos congratulamos con su heroica fortaleza. La cruel carnicería ejecutada en su pequeño y delicado cuerpo no fué suficiente para disminuir ni alterar la fuerza de su heroico espíritu; y por último atándola á un madero aplican á su cuerpo hachas encendidas y encienden á su redor una voraz y formidable hoguera; la valerosa mártir, léjos de volver la cara al fuego, deseó introducirle en sus entrañas para dar lo mas pronto posible su vida por su Esposo Jesucristo. Abre su boca para beber las llamas, penetran estas hasta lo íntimo, rompen el delicado lazo del espíritu, y sale este visiblemente por la boca en forma de una blanca paloma que sube sin detenerse á los cielos.

¿Se exige de vuestra flaqueza que resistais hasta derramar sangre? ¿Se trata acaso de que ofrezcais vuestros cuerpos á los rigores del fuego, á los suplicios y tormentos? Dios no os pide las fuerzas del cuerpo, lo que os pide es la pureza del alma, y con esta aun el que está enfermo del cuerpo puede decir que es fuerte y poderoso. El Evangelio se cumple principalmente en nuestro interior. El amor, el temor de Dios, el agradecimiento, el sacrificio de nuestros deseos y de nuestras inclinaciones, son unas virtudes tan proporcionadas á los flacos como á los fuertes. Cuanto mas resiste este cuerpo de barro la mortificacion y el trabajo; cuanto mas incapaces nos hace de sufrir y padecer, mas obligado está el corazon á suplir con el fervor de su amor y de sus deseos la flaqueza del cuerpo terreno. Es necesario un cuerpo de bronce para resistir las inquietudes, las vigiliias y los abatimientos á que os obliga el mundo y las pasiones, y no obstante la flaqueza de vuestra complexion, alcanza para todo; la falta de salud no es bastante para impedir vuestros gustos; si el desfallecimiento de vuestro cuerpo se niega á vuestros desórdenes, no os perdonais los placeres, y la viveza de vuestras pa-

siones suple la debilidad de vuestras fuerzas. Ya he dicho otra vez que para cumplir los deberes que impone el Evangelio, no se necesita mas que un buen corazon; una voluntad pura y sincera equivale á todo, y Dios nos cuenta las obras que deseamos hacer del mismo modo que las que hacemos en realidad. ¿Y quereis justificar una vida sensual, ociosa, impenitente y entregada á los placeres con la falta de fuerzas y con la delicadeza de vuestra complexion, que os hace impracticables las mortificaciones, como si Dios nos pidiera lo que no depende de nosotros, como si con una carne enferma no pudiéramos tener un espíritu pronto y fervoroso, como si la religion consistiera en las fuerzas del cuerpo y no en las disposiciones del corazon? Entregádele al Señor sinceramente, y sereis fuertes y esforzados.

Últimamente nos excusamos de servir á Dios con la incompatibilidad de la vida cristiana con el actual modo de vida que hoy es preciso practicar en el mundo. Pero ¿acaso consultó nuestra santa patrona si su método de vida y sus santas resoluciones parecerian extrañas y ridículas á sus padres, á sus vecinos ó á sus enemigos? ¿Se detuvo á examinar si unos llamarian temeridad á su empresa y valor, y otros tendrian á su martirio por una extravagancia y locura? ¿Qué cosa mas extraordinaria y mas reprobable, segun el mundo, que renunciar en la primera edad á una fortuna opulenta y preferir el oprobio, los tormentos, los insultos y la muerte, á la quietud, el cariño, las comodidades y el regalo? Pero la tierna y delicada santa Eulalia sabia muy bien que el camino de los justos es un camino solitario y poco frecuentado; que el mundo tiene siempre á su favor la mayor parte, y que para servir á Dios es preciso apartarse del camino que llevan casi todos los hombres.

Pero yo quiero aprovechar esta ocasion para que me digais dónde está, ó en qué consiste esa incompatibilidad del Evangelio con el mundo. ¿Es incompatible con las obligaciones de la amistad? No, porque solamente la religion puede asegurarnos amigos fieles y sinceros. ¿Lo es con el agradecimiento? No, porque la verdadera virtud es la que forma los buenos corazones. ¿Con la alegría de las conversaciones y concurrencias? ¡Ay, hijos míos! Una conciencia pura es la raíz de la alegría y de los verdaderos placeres. ¿Con el vínculo del matrimonio? Solamente la fe es la que haciendo santa á esta union, la hace

segura é inviolable. ¿Con las correspondencias de la vida civil? No, porque el Evangelio es el que nos hace benignos y afables, y nos persuade que siempre debemos mas á nuestros prójimos de lo que hemos recibido de ellos. ¿Con las funciones de la república? Ah! Si los imperios, los reinos y hasta los pueblos mas pequeños se gobernasen por las máximas del Evangelio, no se verian tantos abusos, no tendria lugar la opresion que se hace sufrir á los débiles, ni la mala fe en los negocios, ni las injusticias; no se veria á la inocencia hecha juguete y víctima del astuto, ni á la sociedad emponzoñada con rencores y envidias, ni finalmente á las pasiones turbar y dividir á los hombres. ¿Quereis saber en qué se opone el Evangelio á la sociedad? Se opone á los vicios que la deshonoran; á las pasiones que la turban, á los excesos que la trastornan, al lujo que introduce en ella la confusión y la miseria; al juego que se ha convertido en locura, y á los continuos artificios y engaños. El Evangelio prohíbe solo los desórdenes que corrompen la sociedad, y asegura la paz y la armonía. El mundo os tendrá por sabios, económicos, políticos; os haréis admirar por vuestros proyectos, por vuestras empresas, por el primor de las obras de vuestras manos; pero si vuestros sentimientos, si vuestro corazon no está gobernado segun el Evangelio, nada sois, nada podeis esperar. Por el contrario, vivid segun Dios, y sereis buenos ciudadanos, buenos esposos, buenos hijos, magistrados rectos, amos moderados, esposas fieles, justas, desinteresadas y caritativas; pobres pacíficos, ricos compasivos... No, no digais que la vida evangélica, que la virtud es incompatible con la vida del mundo, á no ser de un mundo perverso y corrompido, de un mundo que no conoce á Dios, de un mundo enemigo de toda verdad y de toda justicia. Y qué ¿para vivir en el mundo es menester ser traidor, disoluto, sensual, injusto, vengativo é irreligioso? ¿Son por ventura solamente los vicios los que deben unir á los hombres entre sí? ¿No son estos los que los desunen? Si se halla aun en el mundo, si ha quedado buena fe, equidad, humanidad y sinceridad entre los hombres, ¿á quién debemos estos beneficios sino á la religion?

¿Con que ni el mundo, ni nuestra flaqueza, ni nuestro sexo, ni nuestra edad nos disculpan delante de Dios de nuestras imperfecciones y nuestros delitos? Una niña mas frágil que nosotros, mas tierna que nosotros, con ménos conocimientos del

mundo que nosotros, una niña que vivió en el mismo mundo que nosotros, con la misma carne, las mismas pasiones, los mismos enemigos que nosotros ó mayores que nosotros, oyó la voz del Evangelio, observó sus preceptos, dió su vida por su defensa y acreditó con su vida y con su muerte, que no es imposible su cumplimiento, que sus leyes son fáciles y practicables, y su ejemplo disipa, confunde y desvanece las excusas con que queremos justificar nuestra impenitencia y nuestras imperfecciones. Leamos en la vida de nuestra santa patrona, no solo la falsedad, sino tambien la injusticia de los pretextos que alegamos comunmente para excusarnos de cumplir nuestras sagradas obligaciones; leamos que el Evangelio es incompatible con nuestras desarregladas pasiones.

Hijos míos. Si en algun tiempo quisierais dejaros llevar y aceptar los usos y hacer valer las excusas que presenta el mundo contra la virtud y práctica de las máximas cristianas, recordad la vida y el martirio de nuestra patrona santa Eulalia, bajo cuyo amparo os ha puesto el Señor, y vuestra conciencia se levantará contra vosotros mismos y os obligará á confesar que si sirvierais á Dios y tuvierais mas sujetas vuestras infames pasiones, seriais mejores padres, mejores esposos, mejores amos, amigos mas fieles, jueces mas íntegros, que todos seriais mas amantes y mas útiles á vuestros prójimos; que no reinaria entre vosotros la discordia, la calumnia, los insultos y malos deseos. La memoria de nuestra santa nos hará ver á todos constantemente, que la virtud es la que todo lo ordena y que las pasiones desordenadas son las que todo lo turban.

Dios mio: nuestro entendimiento, nuestra razon, nuestra conciencia, nuestros intereses, todo nos insta á vuestro favor, todo nos convida á que nos volvamos á vos; nuestro corazon solamente es el que se rebela. Por la intercesion de nuestra esclarecida patrona santa Eulalia, bajo cuya especial proteccion vive esta parroquia, conceded á todos mis feligreses, y á mí su indigno párroco, no los bienes caducos y perjudiciales del mundo, como suelen ser por lo comun, sino vuestra divina gracia que rompa los lazos que nos aprisionan y tienen atados á nuestros desórdenes, y nós abra el camino para entrar en el cielo por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DE SAN FRANCISCO DE BORJA.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Meditatio cordis mei in conspectu tuo semper.

La meditacion de mi corazon será siempre en tu presencia.

Salmo 18. v. 15.

A la nobleza española, á los ilustres personajes que tan bien parecen en los palacios de nuestros monarcas, y á los grandes y poderosos de nuestra nacion ínclita, dirige hoy una mirada de amor y de consuelo el Dios de las potestades y el Señor de los que dominan. Ni por eso excluye su vista omnipotente á los constituidos en dignidades elevadas, á los hijos del claustro, ni á los que vegetan en los brazos de la mendicidad, de la escasez y de la miseria. A todos ilumina el astro refulgente que Jesus, verdadero sol de justicia, ha puesto en el firmamento de su iglesia santa para ilustrar con sus luces indeficientes á los fieles. San Francisco de Borja, gloria de su ilustrísima casa, admiracion de los príncipes cristianos, modelo de los perfectos religiosos y uno de los mayores santos de su siglo, á todos edifica, á todos enseña, á todos dirige por los caminos del honor y de la virtud al templo augusto de la gloria. ¿Necesitan los grandes de España un modelo de virtudes sociales y religiosas á que poder arreglarse sin menoscabo de su rango y alta posición? Pues el cielo se lo ofrece en san Francisco de Borja, descendiente de la esclarecida estirpe y noble prosapia de los duques de Gandía: por sus venas corrió la sangre ilustre de los reyes de Aragon; fué privado, confidente y amigo de nuestros soberanos; recibió de ellos el mar-

quesado de Lombay y las comisiones mas honoríficas; fué santo en medio de su grandeza, y él es el mas á propósito para conducirlos con su ejemplo á la cumbre del honor y de la virtud. ¿Quieren tener en donde mirarse los fieles esposos, los buenos padres y los viudos desolados? Ahí está para ellos san Francisco de Borja: para su direccion y consuelo parece que Dios le puso en el mundo. ¿Desean acaso los preladados eminentes y las altas dignidades un ejemplar de la conducta que deben tener para ser aceptos de Dios y salvarse? En este gran santo lo tienen. Los fieles todos de cualquier clase y condicion que sean, ¿tendrian á grande dicha el tener un santo dulce, caritativo, misericordioso y accesible que se presentara á servirles de director y dirigirlos por el camino de la virtud á la eternidad gloriosa de los hijos del Evangelio? Vengan todos á este santo esclarecido: resuélvase á imitarle meditando siempre en la presencia del Señor, y todos serán virtuosos, en medio de las riquezas, como Abrahan, Isaac y Jacob; en la grandeza y elevacion, como José, Moises, David y Josafat; en la penuria como Job y Manases; en las batallas como los Macabeos; en las dignidades eclesiásticas, como Aaron, Samuel, Esdras y Onías, y en todos los estados, como los justos que se forman en la escuela de Jesus. San Francisco de Borja dijo á Dios, como el Salmista: *La meditacion de mi corazon será siempre en tu presencia.* Así lo hizo: en todos los tiempos y circunstancias de su vida tuvo presente al Señor, y esto le hizo santo, como os lo voy á demostrar para que os decidais á imitarle, en provecho de vuestras almas. *Meditatio cordis mei in conspectu tuo semper.*

Virgen prudentísima, que enseñaste al glorioso san Francisco de Borja la senda recta que le condujo al cielo, sin que las grandezas, honores y dignidades pudieran hacer presa en su profunda humildad, y le favorecisteis con vuestra gracia en esta vida para tenerle á vuestro lado en la eternidad gloriosa; inspiradme, y no me dejéis solo en el elogio que debo hacer de este gran devoto vuestro. Favorecedme con vuestra asistencia, y seguid siendo lo que siempre habeis sido con los que llenos de devocion y ternura os saludan diciéndoos con el ángel: *Ave Maria.*

La virtud siempre inspira amor al cumplimiento de las obli-

gaciones : siempre nos estimula á apreciar nuestro respectivo estado, á sacrificarnos á las funciones que trae consigo, á ser en él hombres completos y cabales, y á no deshonrarlo con acciones que pudieran mancharlo y envilecerlo. El mundo mismo con ser tan indulgente con todos los que siguen sus pompas y vanidades, no se atreve á conservar en su estimacion á los que no cumplen las obligaciones y cargos que á cada uno se confían. Todos quieren que no haya un solo ciudadano que no ocupe su lugar, que no esté firme en su propio destino, que no viva dedicado á las obligaciones de su estado. Quieren que el militar se mantenga en la campaña, el cortesano al lado de su príncipe, el sacerdote en el templo, el magistrado en el santuario de la justicia, la madre de familias recogida en su casa al cuidado de sus hijos, el labrador en el campo, y el artesano en su taller. Conocen todos que la exactitud en cumplir cada uno con sus oficios es una parte esencial de la Providencia, y que el que es enemigo del cumplimiento de sus obligaciones, lo es tambien de la sociedad, del orden público, y de la moralidad que debe santificar las costumbres de los hombres. Son pues despreciables á los ojos mismos de las personas mas indulgentes que todo lo toleran y disculpan, los que andan por el camino en que se desconoce, se descuida y desprecia el cumplimiento de las obligaciones que llevan consigo todos los estados. Y si esto es así aun entre los hombres de un mundo cuya ciencia consiste en la vanidad : ¿qué será entre los que iluminados con unas luces superiores á todos los principios de la moral humana, saben que hay un tesoro escondido en el campo misterioso de la iglesia, al que solo pueden llegar los que con las buenas obras y el cumplimiento de sus obligaciones se hacen dignos de que Dios les abra el inefable abismo de su felicidad soberana? Si la débil luz de la razon envuelta entre las tinieblas del pecado presenta á todos con claridad la necesidad, utilidad y conveniencia de cumplir cada uno con sus respectivas obligaciones : ¿qué no hará el poder del Evangelio, que da al hombre otro carácter, otro corazón, otra ciencia, otra sabiduría y otra grandeza propia de la gracia, que nos renueva y transforma en unos seres nuevos ocupados en seguir el rumbo que les señala la luz de la ley eterna grabada en nuestros corazones, ilustrada con la fe, y puesta de manifiesto por el que ilumina á todo el hombre que viene al

mundo segun el Evangelista? El gran santo cuya memoria celebramos con tanta solemnidad en este dia nos lo dirá; él es el que Dios ha destinado para instruirnos en estas materias, ponernos en lo recto y en lo justo, y llevarnos por los caminos del honor y de la virtud al templo en que son coronados los héroes que acertaron á cumplir con sus obligaciones siendo virtuosos en sus respectivos estados.

Nace san Francisco de Borja entre la opulencia y el regalo, entre la magnificencia y la grandeza, en un palacio lleno de comodidades, repleto de riquezas y nadando en la abundancia : pero nace tambien como un hombre concebido en la iniquidad, como un hijo del pecado, como un miserable manchado con el infame borron de la culpa, y de nada, de nada absolutamente le sirven las sedas y tapices de Milan, el oro, la plata y las preciosidades humanas que se reúnen en su cuna para cubrir la ignominiosa desnudez con que salió del vientre de su madre. Necesita de los adornos de la gracia, y esta no se halla mas que en las fuentes saludables de un Redentor glorioso que nació en un establo, vivió pobre, y murió en una cruz sin tener en dónde reclinar la cabeza. Fué conducido á ellas nuestro tierno infante, es regenerado con las aguas del primer Sacramento, y ya tenemos un ángel, un hijo de la gracia con todas las virtudes que hacen al hombre agradable á los ojos del Señor. Crece en edad, y todos observan que la naturaleza se desarrollaba al par de la gracia que habia recibido en el bautismo. Preséntase hermosa y encantadora la aurora de su razon; va á usar del don que hace al hombre semejante á su Dios; ve el jóven Francisco de Borja á su Criador y Redentor en las maravillas que le rodean; le adora; le pide postrado en tierra las luces que necesita para vivir con la vida del justo, y le dice inspirado por la religion que le dirigia : Señor, haced que vivan en mí la fe de tu verdad, la esperanza en tu clemencia, y el amor que me pides en pago del inmenso que me tienes. Nada soy sin vos, Dios del universo; pero si me concedéis la gracia de amaros, os amaré, y aborreceré al mundo, venceré al demonio y dominaré á la carne que se rebela contra vuestra ley, para mi ruina : os amaré; y no haré caso de las riquezas, honras y glorias del mundo que pasan y no permanecen : os amaré, y me aborreceré á mí mismo, me negaré á todo lo perecedero, y en vos buscaré el gozo y el deleite : os amaré, y

haré frente á los estorbos que se me presenten para serviros, atravesaré por las mayores dificultades, penetraré por los escuadrones del infierno, no los temeré, porque con vuestra virtud omnipotente seré invencible: porque al que os ama le protege vuestra diestra, le sirve de muro vuestro poder, y le haceis martillo, torre, espada, broquel y todo cuanto es menester para derribar á los enemigos de nuestra salud eterna. Haced, Dios mio, que os ame siempre, que yo os ofrezco la continua meditacion de mi corazon en vuestra presencia. *Meditatio cordis mei in conspectu tuo semper.*

¡Qué oracion esta, señores! La gracia la dictó, la inocencia la pronunció, y el Señor, que siempre da al que le pide y escucha al que le llama, la acogió con tanta benignidad como las de Ananías, de Azarías y de Miguel cuando invocaron al Señor en el horno de Babilonia. El amigo de los niños, el que dijo que para ellos es el reino de los cielos, y que ninguno entraria en él sin asemejarse á su simplicidad y candor, aceptó el sacrificio matutino del gran Francisco de Borja, y atendió á sus virtuosas peticiones con tanta largueza como lo vereis muy luego. A los diez años de edad perdió á su piadosa madre, y no se contentó este angelito con desahogar su dolor en un torrente de lágrimas, sino que guiado por un espíritu superior tomaba sangrientas disciplinas que ofrecia en sufragio para hacer mas meritorias sus oraciones: dejábase inspirar por aquel espíritu de mortificacion y penitencia que tanto le sirvió para hacerse santo, y siempre, siempre su corazon meditaba en la ley santa del Señor para cumplirla. Nada importa que sus mayores le pongan en el palacio de la infanta doña Catalina, hermana de Carlos V, con un empleo elevado y honroso, que le circunvalen las esplendorosas grandezas de la tierra, y se le ria lo que los hombres llaman fortuna, porque Francisco sabia hermanar los deberes de cortesano con los del Evangelio, y el cielo le destinaba para enseñar á los grandes y poderosos de la tierra, que aunque difícil á la fragilidad humana, es sin embargo fácil al que cree, espera y ama el cumplimiento de las obligaciones de todos los estados, por brillantes y elevados que ellos sean. Tampoco impide á este jóven virtuoso el que los emperadores le miren con estimacion y con cariño, que dispongan su casamiento con doña Leonor de Castro, reputada por la primera hermosura de palacio y señora de una de las primeras casas

de Portugal, que en las bodas reciba el titulo del marquesado de Lombay y sea elevado á los empleos mas honoríficos de la real casa, porque meditando siempre su corazon en la presencia del Rey de los reyes y Señor de los señores, se conservó sin mancilla como José en el Egipto y Daniel en Babilonia, y cumplió fielmente con sus obligaciones, siendo un buen esposo y un tierno y piadoso padre. Si Dios le bendice con tan numerosa é ilustre posteridad, que la mayor parte de la grandeza española se gloria de la descendencia ó de la alianza de sus casas con la de san Francisco de Borja: si ya confidente y árbitro de los secretos del emperador, le acompaña primero á la expedicion de África, y despues á la de las costas de la Provenza, señalándose en todas las ocasiones por la prudencia de su consejo y por su valor en la campaña, siendo el noble entre los nobles de su tiempo: si por su comportamiento era tenido por el caballero mas cabal, y por sus virtudes se merecia el respeto de cuantos le conocian, era porque siempre meditaba en la ley santa del Señor, porque estudiaba de continuo en los libros santos, se proponia buenos modelos y se gobernaba por la gracia que pone todas las cosas en su lugar, produciendo la justicia. Si dejando lecciones prácticas y ejemplos poderosos á los grandes de la tierra para cumplir con sus obligaciones y hacerse santos en su estado, enferma, se cansa del bullicioso tropel del mundo y de los rebullicios de la corte, y se eleva su alma sobre todo lo terreno para trasportarse por medio de la meditacion á la region de la eternidad inmensa en donde tenia que abismarse, todo es efecto de aquella sábia Providencia que le disponia para edificar á todas las clases de la sociedad con sus virtudes y admirables ejemplos. Traed á la memoria aquel grande suceso que determinó la vida prodigiosa de san Francisco de Borja: trasportémonos á Granada, acompañemos á nuestro santo al reconocimiento del cadáver de la emperatriz, que muerta en Toledo fué trasladada para ser enterrada en la capilla de los reyes Católicos; fijemos la vista en la hediondez, en la corrupcion, en la podredumbre y en los asquerosos despojos de una mortalidad que acababa de recibir las adoraciones que el mundo ofrece á las bellezas, y si no nos conmovemos como se conmovió san Francisco de Borja, convenzámonos de que no somos hombres de sentimiento, de reflexion, de fe, de juicio, de razon ni de aprension. Nuestro santo vió á la emperatriz presa de la

corrupcion mas horrorosa, entregada á la podredumbre y al olvido del sepulcro; meditó, asistió á las reales exequias en que predicó el célebre maestro Ávila, y prestándose dócil á los auxilios de la gracia, dijo con resolucion y firmeza: Ahora, Dios mio, acabo de conocer toda la vanidad del mundo: dame tu luz, tu espíritu y tu mano, y sácame del atolladero en que me encuentro; inspiradme y dirigidme con vuestra gracia, que os ofrezco no servir mas que al Señor eterno que no puede morir: y volviéndose hácia sí mismo encendido en deseos de los bienes que no se pudren ni se marchitan, se decia: Harto has servido á los príncipes de la tierra; demasiado tiempo has vivido entre ese flujo y reflujo de placeres, de esperanzas, de temores, de planes, y de empresas en que tan inútilmente se agitan los mortales; justo es que ya te acojas á sagrado y te prepares para dar cuenta al que con tanto rigor tiene que tomártela de todos los instantes de tu vida. Esto dijo el virtuoso marques de Lombay, privado, confidente y amigo del gran emperador Carlos V. Se encomendó muy de veras al Dios inmortal, y se propuso dejar el mundo por seguir de cerca á Jesucristo. Pero estaba unido con lazos muy sagrados á la tierra: casado, con cinco hijos y tres hijas; Señor de grandes estados y pingües patrimonios; nombrado virey de Cataluña... No importa, el Espíritu santo dice, que vale mucho la oracion asidua del justo, y Dios se encargó de hacer efectivos los deseos de su siervo.

Muere la virtuosa esposa de Francisco; logra licencia para disponer de sus títulos, de sus estados, de sus riquezas y dignidades; consigue arreglar su familia con equidad, piedad y justicia, y dándose á la frecuencia de los sacramentos, á los ejercicios de mortificacion y penitencia, y á la oracion, que no sabia dejar, se prepara para la gran fuga del mundo, y el importante triunfo de sí mismo; se hace digno de las misericordias del Señor, deja provista á la grandeza española de ejemplos eficaces para conducirse con honor y virtud en el desempeño de las obligaciones de su alto destino, y pasa á la region de lo mas perfecto, de lo mas santo y heróico del cristianismo. Toma el santo hábito en la compañía de Jesus, se hace súbdito del grande Ignacio de Loyola, y ¿quién, señores, quién será capaz de describir la vida mortificada y penitente de este nuevo duque de Aquitania en sus austeridades y ejercicios de su santo instituto? Revestido con la sotana de la compañía; ordenado de sa-

cerdote, hecho un predicador insigne, un ministro celoso, y un varon verdaderamente apostólico, encargado de llevar el nombre de Jesus hasta los confines de la tierra, y adornado con los dones que concede el Espíritu santo á los que posee, guía y dirige, era san Francisco de Borja un Ambrosio en el celo por la gloria del Señor, un Crisóstomo en la elocuencia y fervor de su espíritu, un Bernardo en su dulzura, el original de que habrian de formarse copias exactas en los Calasanz y Vicentes de Paúl. Muere san Ignacio dejando su grande espíritu en nuestro Borja, como Elías en Eliseo. Quieren hacerle general de su orden; pero halló en su humildad poderosas razones para excusarse, y fué electo el célebre padre Lainez. Este quiso tener á su lado al santo, le llevó consigo á Roma, el sumo pontífice quiere hacerle cardenal, pero él humilde eludió este golpe recibiendo otro de gravedad. El P. Lainez asistió al concilio tridentino como teólogo del papa, y el retirado san Francisco de Borja recibió la orden de ejercer el oficio de vicario suyo mientras durase su ausencia. Desempeñó este cargo con el mayor tino, discrecion y prudencia; pero muerto el P. Lainez, fué nombrado general con aplauso de todo el mundo, y desde luego experimentó la compañía las bendiciones que echó el cielo sobre su feliz gobierno. San Francisco de Borja dió nuevo vigor á las constituciones de su orden; enriqueció su instituto con prudentísimos reglamentos; puso, por decirlo así, la última mano tanto á la disciplina regular como al régimen de la escuela, y logró fundar una prodigiosa multitud de casas por uno y otro mundo, haciendo crecer con el fervor de la virtud la aplicacion al estudio de las letras. Ningun hombre se despreció mas á sí mismo, ninguno deseó con mayores veras el ser despreciado de los demas; se firmaba por lo comun *Francisco Pecador*. Hasta de las mismas dignidades que le elevaban se aprovechaba diestramente para humillarse: porque ¿qué autoridad en el ejercicio de sus funciones no tiene que sufrir una violenta oposicion? ¿Qué superior ha habido en el mundo amado y obedecido de todos sin contradiccion ni queja alguna? Necesarios son los escándalos, dijo Jesucristo: pero ¡ay de los que escandalicen!

No me es posible ni aun el reducir á compendio los actos heróicos de un santo, que precisado á desempeñar las comisiones mas arduas, tuvo que viajar varias veces por Italia, Alema-

nia, Francia, España y Portugal con el celo, virtud y santidad de un apóstol, hecho un mártir de penitencia, un dechado de perfecciones evangélicas, un verdadero ejemplar de moderación, de humildad y de justicia en medio de sus dignidades y posiciones honoríficas y brillantes. Por siete veces quisieron hacerle cardenal de la iglesia romana. Muerto san Pio V, trataron seriamente de elegirle sumo pontífice; pero la noticia de que había sido acometido de una grave y peligrosa enfermedad hizo que el cónclave desistiese de su proyecto y dejase libre á nuestro santo. Este, postrado en el lecho del dolor, derramaba su alma, como David penitente, en el seno de su Señor; sufría con admirable paciencia y resignación las penalidades de su enfermedad: recibió con fervorosa devoción los santos sacramentos con que la iglesia dispone á sus hijos para salir del tiempo y entrar en la eternidad: pidió perdón á todos por los malos ejemplos que le parecía haber dado á sus hermanos; recogióse en la oración, elevó su espíritu al Señor, y lleno de aquella confianza que acompaña á los santos hasta el último suspiro, entregó tranquilamente su bendita alma á su Criador y Redentor, dejando á todos edificados, tristes y afligidos por haber perdido un padre, un maestro y un santo tan admirable y prodigioso, por haber meditado siempre en la presencia de su Dios, y sido tan celoso y aplicado en cumplir con las obligaciones de los diferentes estados en que le puso la divina Providencia para que sirviese de ejemplo á todas las clases que componen la sociedad. De aquí es que yo estoy autorizado para dirigir una voz de trueno en nombre del Dios que hace estremecer á los montes y derribar los cedros del Líbano, y decir con toda la energía de la caridad:

Grandes y poderosos del mundo, que tan á sangre fría mirais como los hombres se despedazan, se engañan y chocan los unos con los otros: vosotros que veis como las generaciones se suceden unas á otras, y no fiais en un intervalo de juicio la espantosa rapidez del movimiento universal que á todos nos arrastra al abismo de la muerte, reflexionad, mirad á vuestro compañero san Francisco de Borja, imitadle en su vida virtuosa, digna de las honras universales, y eternizad vuestra memoria siendo justos. Ahí teneis en vuestros altares á un grande de España; si le seguís en sus virtudes cumpliendo con las obligaciones de vuestro estado, sereis eternamente alabados y fe-

lices por los siglos de los siglos; pero si no... si en lugar de las luces del Evangelio quereis las tinieblas que la impiedad esparce sobre las sociedades, tinieblas os serán dadas: si deseáis la verdad, la verdad os rechazará de sí: si no quereis al Dios de vuestros mayores, tendreis por compañero eterno á vuestro crimen, y por rey *al gusano que nunca muere.*

Hombres constituídos en dignidad: en san Francisco de Borja teneis el libro en que podeis aprender el camino que conduce al cielo. Mirad que para abrirle, son necesarias las manos de la humildad, para leerle los ojos de la fe, y para entenderle y aprovecharse de él, el talento de la caridad. Todo se ofrece generosamente al que se proponga meditar de continuo en la presencia del Señor. Esposos, padres, viudos, ricos, pobres, desvalidos y cuantos me escuchais, acudid á san Francisco de Borja, y él alcanzará de Dios que halleis libertad en la obediencia, riqueza en la pobreza, deleite en la caridad, regalo en los ayunos, y alegría en las lágrimas de la compunción. Meditad en la ley santa del Señor; poned en su presencia vuestro corazón; tened fe, y esperad en vuestro Dios; amadle, cumpliendo con las obligaciones de vuestro estado, y preparaos para entrar en la gloria que os deseo. Amen.

SERMON
DE SAN FROILAN,

PATRON DE LEON.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

Si invenero Sodomis quinquaginta justos in medio civitatis, dimittam omni loco propter eos.

Si hallase en la ciudad de Sodoma entre tantos pecadores cincuenta justos, perdonaré por ellos á toda la ciudad.

Génesis, c. 18. v. 26.

He aquí, Ilustrísimo Señor, según la relación que se nos hace en el sagrado libro del Génesis, las palabras y promesas que pasaron entre Dios y el patriarca Abraham después que el clamor de los pecados de los habitantes de Sodoma y de Gomorra se agravó y se multiplicó tanto, que llegó hasta el cielo, y obligó al mismo Dios á tomar venganza y á descargar sobre aquellas ciudades pecadoras un ejemplar castigo. ¿Es posible, Señor, decía Abraham; es posible que ha de ser general é irrevocable el castigo, y que habeis de confundir al justo con el impío? ¿Si hubiera cincuenta justos en la ciudad, han de perecer también y no perdonaréis por ellos á todos? — Si hallase en Sodoma cincuenta justos, perdonaré á toda la ciudad por ellos, aunque son tantos los pecadores, le contestó el Señor. ¿Y si hubiera nada más que cuarenta y cinco, repuso el patriarca, si no hubiera más que cuarenta, si por último no pasasen de diez los justos, qué haréis Señor? No destruiré la ciudad, no los castigaré por atención á los diez justos, le aseguró el Señor.

¿No podemos decir que esta ha sido la conducta misericordiosa del Señor para con nuestra patria, con esta nación predilecta á quien siempre ha mirado con benignidad y compasión? Sus pecados atrajeron sobre ella la ira de Dios, y fué hecha presa del furor de los mahometanos en castigo de sus prevari-

DE SAN FROILAN.

461

caciones; pero nunca faltaron de su suelo privilegiado almas justas y amigas de Dios que desarmaron sus venganzas y suspendieron sus castigos: almas escogidas que le aplacaron y reconciliaron con la España, y no fué destruída, ni consintió en que se arraigase en ella la mentira y la impiedad de Mahoma, ni que quedase esclavizada bajo su yugo, sino que la castigó como padre para que se corrigiese y no para perderla. A las almas justas de nuestra patria se debe el que no fueran consumidos nuestros padres y envueltos en el error y la opresión, en la barbaridad y los vicios, en la ignorancia y los excesos del desenfreno brutal de costumbres, y que haya llegado á nosotros la religión de salud, la suavidad de costumbres, la esperanza de salvarnos, la ley del Evangelio que predicaron los apóstoles y que ha desaparecido de tantas otras naciones dejándolas sumidas en las más espantosas miserias. *Si invenero Sodomis quinquaginta justos in medio civitatis, dimittam omni loco propter eos.*

Cuando quisiéramos dudar de esta verdad de tanto consuelo, no nos lo permitiría la memoria de san Froilan, nuestro ilustre patrono, cuya fiesta celebramos y á cuyos favores damos muestras de la más afectuosa gratitud después de tantos siglos. En el siglo X no se dejó llevar del torrente de corrupción y de escándalo, de los vicios que contaminaban á nuestra patria rodeada ó inundada más bien, de enemigos que se esforzaban por dejarla sin su Dios y sus leyes. No, no creais que fué un genio guerrero que empuñó la espada, y reuniendo numerosas huestes se arrojó con intrepidez sobre los enemigos hasta desalojarlos de los pueblos que ocupaban; se interpuso entre el cielo y la tierra, levantó sus fervorosas oraciones á Dios, le instó como Abraham y le rogó como Moises, fué un justo, y *los justos, Señor, los varones justos son muy útiles para el bien y conservación de los pueblos.*

No vengo dispuesto á hacer una relación exacta de las acciones brillantes de san Froilan, sino solamente á valerme de las circunstancias más notables de su vida para comprobar esta verdad y dejar confundido al impío que se ríe del justo y le tiene por inútil y fatuo, y animar á todos á la virtud. A manifestar esta verdad de tanto consuelo para los buenos, que debe servir de elogio para nuestro patrono y para excitar nuestra gratitud á sus favores y unos sinceros deseos de imitarle.

Bien debería yo purificar mis labios como san Froilan ántes de anunciar al pueblo la palabra de Dios y exhortarle al cumplimiento de su ley, y asegurarme de que buscaba á Dios en mi ministerio. Pero ya que no me valga de aplicar á mis labios un aseua encendida, me valdré del medio suave y eficaz de volverme á vos, Dios mio, y pidiros que me ayudeis y fortalezcáis con vuestra gracia por la intercesion de María santísima.

Ave María.

No podemos dudar que el origen de nuestros excesos se halla casi siempre en nuestros errores, y que nuestras caídas y extravíos nacen de nuestras falsas ideas y de nuestros juicios equivocados. Por esto nos enseña con toda exactitud el Apóstol, que la grande diferencia que hay entre el justo y el pecador consiste en que el justo es hijo de la luz, juzga de las cosas por unas ideas altas y sublimes, y ayudado de esta claridad superior que le guía, distingue lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo; conoce las apariencias engañosas con que están cubiertos todos los objetos que nos rodean, y los penetra hasta no ver en ellos sino lo que son en realidad: pero el pecador es hijo de tinieblas, juzga solamente por unas ideas falsas y equivocadas, no ve mas que la superficie de los objetos que le rodean, y en vez de introducir la luz en las tinieblas que le cercan, derrama sus propias tinieblas sobre las reliquias de luz que presentan las mismas criaturas y cosas que le cercan. De aquí nacen los vergonzosos extravíos en que vemos precipitarse á los mundanos acostumbrados á juzgar y apreciar las cosas segun las ideas del mundo; y por aquí se conoce asimismo que el origen del bien debe empezar por rectificar nuestro entendimiento, enseñarle y acostumbrarle á juzgar segun las máximas verdaderas de la religion, á discernir con claridad lo verdadero de lo aparente, lo bueno de lo malo, para que ame y prefiera las cosas segun las estima y conoce.

¿Qué difícil es en la incanta juventud el no dejarse arrastrar del comun sentir de los hombres; de tantas máximas falsas esparcidas en el mundo y que ocultan los caminos de la justicia y la verdad; el no dejarse llevar de tantas ideas de fortuna, de grandeza, de honor, de deleites, de tantas esperanzas lisonjeras y engañosas como ofrece el mundo en los primeros

pasos que damos en él? Por eso son tantos los que siguen por su camino anchuroso y se ven desiertos los caminos del Señor. San Froilan; no voy á decir que su ilustre nacimiento, que la nobleza y fortuna de sus padres le proporcionó una educacion esmerada bajo los mejores maestros y en las mas distinguidas universidades de su tiempo; estoy reprobando las falsas ideas de grandeza que se forma y las apariencias con que enseña el mundo: san Froilan nació de unos padres cristianos en la ciudad de Lugo, y recibió una educacion cristiana como correspondia á la sencillez de sus padres; se educó en la fe de Jesucristo, fué su guia y norte, su luz la luz del Evangelio, y con ella disipó las tinieblas y las ilusiones con que intenta alucinar y corromper el mundo. Conoció bien pronto que las cosas perecederas y que no han de durar para siempre, no son dignas de un cristiano que ha nacido para la eternidad; que cuantos placeres pueden proporcionar las criaturas al corazon del hombre, no son mas que un poco de agua arrojada en una fragua, que aviva el fuego léjos de apagarle; que no son mas que un conjunto de remordimientos y gusanos que corroen el corazon en vez de saciarle; que todo lo que no sea Dios podrá sorprender y engañar al corazon, pero no le puede satisfacer; conoció lo que conocen al fin los ancianos hartos de desengaños y experiencias fatales, porque estudió en la ley santa del Señor.

En un siglo de trastornos y de guerras entre las que se introduce la libertad y corrupcion de costumbres, en un siglo en que la inquietud y opresion continua no permitia atender á la educacion religiosa, al culto divino, á la dispensacion de la divina palabra, san Froilan daba ejemplos de virtud aun á los mismos viejos. Los templos eran su continua habitacion, y huyendo de los juegos y entretenimientos pueriles, se le veía en ellos orar con fervor, con respeto, con devocion, implorando las misericordias de Dios sobre su pueblo. Se le veía como ejemplar de modestia, de humildad, de penitencia. No conocia al mundo, y ya huía de sus peligros y procuraba evitar su aliento ponzoñoso. Diríamos que habia gustado de lleno los placeres y dulzuras celestiales de la virtud y la gracia, y que le causaban fastidio los deleites engañosos con que convida el mundo.

La edad del fervor de las pasiones llega al fin y esta suele ser por desgracia la época de los triunfos del mundo. Las mas fundadas esperanzas se desvanecen y los mas firmes propósitos

se disipan. Deja de ser el jóven lo que fué el niño, y vemos á muchos no solo desmentir sino tambien avergonzarse de lo que fueron. No temamos por nuestro santo patrono profundamente arraigado y fundado en la fe. Arranquen en hora buena los vientos las cañas débiles y las plantas sin jugo y escasas de raíz; los árboles corpulentos resistirán sus ímpetus, los dejarán pasar y no harán otra impresion en ellos que la que hacen las olas embravecidas en las orillas del mar. El lustre y esplendor de las armas en un tiempo en que era la pasion y la necesidad dominante; la gloria de los triunfos entre el ruido de las batallas; el placer de los deleites en una edad en que se dispiertan las pasiones y todo brinda á la sensualidad; los ejemplos de la multitud que corre con tranquilidad entre los mas espantosos peligros, y llama costumbres permitidas á los vicios mas altamente reprobados, y excesos de una piedad tímida y mal entendida á las precauciones que nos manda tomar la fe; nada fué capaz de apartar á san Froilan de la virtud que se habia arraigado en su alma desde los primeros pasos de su vida. Conoció que el mundo era el lugar de las tentaciones y naufragios, y que la virtud no podia hallar en él mas que lazos que la aprisionasen, ilusiones que la engañasen, obstáculos que la entorpeciesen y acobardasen, y escándalos que la arrastrasen y afligiesen. Conoció á los primeros años de su juventud por su viva fe lo que mas tarde y á mucha costa enseña la experiencia á los que se dejan engañar del mundo. Vió al mundo como le ve el pecador cuando está para morir, y se retiró de él; renunció á todos sus placeres y esperanzas; huyó por no hacerse participante de sus iniquidades.

No, no le conduce al retiro del desierto una vida cansada de los placeres del mundo y millares de veces frustrada en sus sueños lisonjeros; no le lleva el deseo de reparar con su diligencia el tiempo que ha perdido por su indolencia y flojedad; no es quien le conduce la necesidad de la penitencia para aplacar por sus excesos á la divina justicia y borrar los escándalos de una juventud licenciosa y una ancianidad corrompida; apenas cuenta diez y ocho años y lo deja todo, abandona á su padre, á su madre, sus posesiones y sus esperanzas por seguir á Jesucristo, por entregarse enteramente á él en el silencio del retiro y atraer con sus penitencias y sus oraciones la paz y las dichas sobre su patria.

Allí llevó su inocencia para consagrar al Señor una víctima santa, allí desconfiaba de sí mismo y no se tenia por seguro sino en la continua vigilancia, en la oracion fervorosa, en las austeridades espantosas, en el cántico de las divinas alabanzas, en estudiar la ciencia de Dios que se digna hablar á las almas y desposarse con ellas en la soledad; allí se fortalecia en la virtud y se hacia formidable á los espíritus infernales; allí aplacaba como Moises la ira del Señor y le pedia como Abrahan que perdonase á su pueblo si hallaban sus ojos en él algunos justos. Hé aquí, amados míos, lo que podemos responder al mundo si con su acostumbrada malignidad nos pregunta, qué es lo que hacia san Froilan en el desierto, como si no fuera bastante virtud y un heroísmo superior á las fuerzas ordinarias del hombre el desprenderse de cuanto le rodea y puede lisonjearle, por conservar su inocencia y su pureza y ponerse á salvo de los peligros. Como si el retirarse del ruido del mundo por conversar con Dios y aprender la ciencia de los santos, no mereciera mas elogios que el retirarse de él por entregarse al estudio de las ciencias profanas como los antiguos filósofos. Pero podemos decir tambien, que las lágrimas, las oraciones y austeridades de san Froilan en el desierto fueron como la sangre de los mártires en tiempo de las persecuciones, que dieron abundante fertilidad á la iglesia, y que así como con la fuerza de las persecuciones creció el número de los cristianos, así tambien con las austeridades y penitencias de san Froilan creció el número de las almas fervorosas, se aumentó el número de los justos que contuvieran el brazo y estorbaran el golpe de la venganza. Le diremos que san Froilan, sin perder su amor al retiro, hermanando admirablemente el amor á su Dios y á sus prójimos, despues de instruído en la ciencia de Dios y convencido de que Dios le destinaba y llamaba para el ministerio de anunciar su palabra y advertir de sus iniquidades á los pueblos como el Bautista, se dejó ver predicando penitencia á los pueblos y enseñándolos el camino del reino de Dios. Le diremos que los pueblos no podian resistirse á la eficacia de sus palabras y sus milagros; que venian de todas partes á consultarle y ponerse bajo su direccion; que los pueblos se trasladaron al desierto, y que léjos de vanagloriarse y ensoberbecerse con sus conquistas, no miraba sino á su miseria; y que cuando todos admiraban en él grandes virtudes, él no descubria en sí sino imperfecciones. Le

diremos que como Moises conversó con Dios por la oracion, recibió sus leyes que intimó despues á los discípulos célebres y santos que se pusieron bajo su direccion, que aplacó al Señor, que amansó y redujo á la senda de la virtud á los monstruos que vivian entregados á los vicios, y que los poderosos y los reyes no solo le tuvieron en honor y grande estimacion, sino que protegieron sus deseos, le buscaron para oír sus consejos y le dieron sumas cuantiosas para que edificase monasterios y extendiese el fervor y la disciplina de la vida monástica que tanto se echaba de ménos en aquellos aciagos dias.

¿Dudaremos que el Señor miró con compasion y con benignidad á nuestra patria y que mas que por los esfuerzos de los ejércitos nos sacó por fin del yugo y opresion de los mahometanos, levantó sus castigos y nos concedió tantos triunfos por las oraciones de san Froilan y los innumerables justos que supo llevar á la presencia del Señor? ¿Dudaremos de la utilidad de san Froilan para su patria no solo durante su vida, sino despues tambien en el espíritu que comunicó á sus discípulos y en las reglas que les dió para que hasta hoy alcancen con ellas y por ellas ser justos y santos? No lo dudaron los reyes piadosos de Leon que deseosos de honrarle como convenia á la fama de su santidad y al mérito de sus virtudes, le instaron y obligaron á que aceptase el ser obispo tan luego como quedó sin pastor la iglesia de Leon. Aquí, Illmo. Señor, se nos abre un campo para un nuevo y dilatado discurso en que no seria yo quien pudiera dignamente elogiar el celo y las virtudes pastorales de san Froilan. Diré solamente que si en el desierto fué útil para sí mismo, para sus prójimos y para su patria, lo fué mucho mas luego que fué puesto como una luz encendida sobre el candelero para alumbrar en la casa del Señor. Que llenó los deberes de un ministro fiel, de un apóstol celoso; que conservó el depósito de la fe, hizo frente al error, salió á la defensa de su rebaño contra los lobos que intentaban devorarle, apacentó á su pueblo con la doctrina sana y con el ejemplo de una vida santa é irreprochable. Diré que su elevacion no le hizo olvidarse de su humildad, y que cuanto mas se empeñaba el cielo en engrandecerle, tanto mas procuraba humillarse y huir del contagio de la soberbia y vanagloria. Los reyes le visitan, los grandes le buscan, los doctores le consultan, todos quieren ser sus discípulos; los pobres le bendicen y publican sus limosnas, y entre tantos

honores solo piensa en sus miserias sin fijar su atencion en las alabanzas. Da toda la gloria á Dios y se tiene por un pecador; no desprecia ni malogra las gracias del Señor que hay en él, pero no se olvida de aquel de quien las recibió.

Tal fué el santo que nos gloriamos de tener por patrono, y mucho mas que yo no sé ni acierto á decir. Ved si atrajo sobre su patria las bendiciones del cielo, si aplacó al Señor en los dias de su ira, y decid al mundo lleno de su necedad y locura si los justos, las almas que huyen de la corrupcion y los peligros vienen á ser útiles para su patria ocupándose en las obras de virtud y penitencia en el silencio de los desiertos y los claustros. Y si lo fué nuestro santo rodeado de las miserias y la pesadez de una carne mortal y corruptible, lo será mucho mas en la mansion del descanso eterno donde goza el premio de sus merecimientos y atiende á las súplicas de su pueblo.

Acudamos á él, amados míos, no perdamos el recurso de un abogado y protector poderoso del cielo. Pidamos su intercesion y procuremos como él ser útiles á nuestra patria en un tiempo en que resuena por todas partes y se tiene en tanto aprecio el nombre del patriotismo. No quiero decir que huyais al desierto; pero el mundo mismo puede servir de desierto para una alma cristiana; en el mundo mismo podeis ser útiles á vuestros prójimos con vuestras riquezas, con vuestros talentos, con vuestra vida morigerada, con un celo y fortaleza para oponeros á las doctrinas perversas y máximas destructoras que en el seno del cristianismo se esparcen impunemente por tantos cristianos indignos de este nombre.

Venid á implorar los auxilios del Señor en la presencia de las venerables reliquias de san Froilan con que nos gloriamos, y nuestro patrono alcanzará del Señor, como buen pastor de este rebaño que el Señor le confió, la luz y el acierto en el prelado que nos dirige, el consuelo en nuestras aflicciones, la fortaleza en nuestras debilidades; la luz necesaria para conocer las cosas segun Dios y no segun la ciencia del mundo; para salir de las tinieblas y caminar alumbrados con las luces de la fe entre los peligros de este valle de lágrimas, y fortalecidos con las gracias del Señor hasta llegar á la patria del descanso y sentarnos entre los hijos escogidos de Dios. Amen.

SERMON

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN FRÚTOS,

PATRON DE SEGOVIA.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

In monte saluum te fac, ne et tu simul pereas.

Ponte á salvo retirándote al monte, no sea que perezcas tú también.

Génesis, c. 19. v. 37.

La fuga y retiro del mundo. He aquí, católicos, una virtud muy conforme con la ley divina y la que se nos recomienda con mas frecuencia y mas instancias en la sagrada Escritura. Este es el primer consejo que el apóstol san Pedro lleno de las luces y dones del Espíritu santo, da á las almas fieles y temerosas de Dios: huid de entre esta generacion corrompida. Este es el primer pensamiento que Dios inspira á aquellas almas que llama á su seguimiento y que quiere elevar á la perfeccion. Esta es una práctica tan necesaria, que el apóstol san Pablo la recomendaba tan eficazmente, que parece que reducía todo el fruto de la Encarnacion del Hijo de Dios á esta separacion y retiro del mundo: de un mundo engañoso y perverso en donde las costumbres se corrompen con la relajacion, las verdades se envuelven entre los errores, las virtudes se destruyen con los malos ejemplos, los vicios se aumentan con la impenitencia y la desenvoltura y falta de freno: de un mundo en que reina y domina la mentira, la vanidad penetra en los corazones de todos; la utilidad y propio interes ocupa los pensamientos; en que aunque nosotros no queramos se engendran insensiblemente en nuestras almas pensamientos y deseos mundanos,

no viendo ni oyendo sino obras y conversaciones mundanas; en que el pecado toma fuerza con las ocasiones frecuentes de cometerle, con las costumbres que llegan á hacerse necesidades, con los ejemplos de que nos dejamos arrastrar, con la ambicion y el deseo de complacer que se nos comunica sin sentir. Entre el bullicio y tumulto del mundo claman las turbas: *Tolle, tolle, crucifige eum*, porque en las ciudades y pueblos habitados y concurridos abunda el pecado, que es el que crucifica de nuevo á Jesucristo, y en los lugares solitarios es donde se atiende á la contemplacion y servicio de Dios.

¿Cómo no habia de temer san Frútos los peligros y los pecados tan comunes en el siglo desgraciado que le vió nacer? Siendo discípulo fiel y amante de Jesus, ¿cómo no habia de preferir retirarse y huir del mundo á vivir entre los pecadores, á tener una vida agitada entre el tumulto, á poner en peligro su salvacion, inquieta su conciencia y dudosa su suerte para toda la eternidad? ¿Extrañamos que luego que tuvo conocimiento suficiente para conocer los peligros, ántes de contagiarse con los vicios y envolverse en las redes de los pecados, se desprendiese de sus bienes, los distribuyese á los pobres y saliese huyendo de la ciudad, aplicándose á sí mismo las palabras de los ángeles á Lot despues de haberle preservado del incendio de las ciudades infames? *In monte saluum te fac, ne et tu simul pereas*. Huye, no te quedes cerca de esta region en que se respira el ambiente de muerte; retírate al monte, no sea que tú también perezcas.

¡Qué importa, amados oyentes míos, qué importa que un siglo de ignorancia, de turbaciones y trastornos no cuidase de transmitirnos noticias minuciosas de la vida de nuestro patrono y de sus grandes y heróicas virtudes! ¡Qué importa que las continuas guerras, la devastacion de los sarracenos, y tantas y tan repetidas calamidades como han afligido á la España nos hayan privado del gusto de saber los nombres, destino y profesion de los padres de san Frútos y la ocupacion de este en sus primeros años, si nos basta para honrarle y gloriarnos de tenerle por nuestro patrono el saber su heróica resolucion de huir del mundo y refugiarse en la soledad!

Gloriémonos en el Señor y bendigámoste, porque ha querido favorecernos con tener en su reino un ciudadano nuestro que abogue por nosotros, que mire por su pueblo, que haga

descender las bendiciones de Dios sobre sus necesidades ; porque quiso elegir de entre nosotros un justo que contuviese sus venganzas , le adorase en espíritu y verdad y le amase con todo su corazón. Gozémosnos de tanta dicha con toda la efusion de nuestra alma. En este dia consagrado á venerar su memoria , recordemos sus virtudes y pongámonos de nuevo bajo su proteccion. Nada mas necesitamos para hacer el debido elogio de nuestro patrono. Yo quisiera hablaros hoy mas bien con mi corazón que con mis palabras. La magnificencia de este templo , el respeto que infunden las venerables reliquias de nuestro patrono , el ansia con que se agolpan las gentes de todas clases y condiciones á oír todos los años las glorias de nuestro santo , que léjos de molestar , son oídas siempre con placer y edificacion , son pruebas suficientes del heroísmo de nuestro san Frutos , de vuestra grande devocion á nuestro comun bienhechor y de vuestras buenas disposiciones para oír su elogio.

Para satisfacer en cuanto me sea posible vuestra piedad , reduciré mi discurso á deciros que se retiró á la soledad por librarse de la corrupcion y conservar la virtud , que se santificó en ella , y que fué el consuelo y protector de quien se valió Dios para amparar y defender á los fieles perseguidos.

Con el espíritu y ternura de nuestro patrono acerquémonos á la Madre de todas las gracias Maria santísima , para que nos alcance de su Hijo las que necesitamos , y digámosla con el ángel : *Ave Maria.*

En todos tiempos ha sido el retiro y fuga del mundo un medio muy seguro y muy conveniente para conservar la virtud y preservarse del contagio de la depravacion de costumbres. Quanto hay en el mundo es concupiscencia de la carne , concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida , esto es : deleites , riquezas y honores ; estas son las armas de que se vale el demonio para tentarnos ; y el que se retira del mundo deja al demonio sin armas , le quita las fuerzas y aniquila su poder. El que tiene deseos de conservar su inocencia y su pureza , debe apartarse del bullicio del mundo , dice san Juan Damasceno , para poder conservar su alma libre de toda distraccion , y su corazón exento de todas las inquietudes. Abunden los demas

cada uno en su sentido , decia san Gerónimo , para mí las poblaciones son una cárcel y el desierto es un paraíso. Tenga en hora buena Roma sus diversiones y espectáculos , decia el mismo santo , véanse crueldades en la arena , locuras en el circo , impurezas y lascivia en los teatros ; á nosotros nos es mejor que todo unirnos al Señor y poner en él toda nuestra esperanza , para que hallando cosas tan grandes en el cielo nos avergoncemos y arrepintamos de haber apetecido las que son tan pequeñas , tan viles y tan percederas en la tierra. ¿Cuánto mas necesario y mas conveniente será para el justo huir del mundo cuando no puede salvarse sino huyendo del furor de las impías Jezabeles , y cuando se contempla , como Daniel , mas seguro entre los leones que con los idólatras Nabucodonosores ?

Por los años de 642 abundaba en España la abominacion y el escándalo , y nuestra ciudad se dejó llevar del ejemplo comun y se inficionó del contagio. ¡ Pecados de los reyes y de los pueblos , vosotros provocasteis las divinas venganzas y atrajisteis sobre nuestro suelo los terribles castigos ! La Ley santa del Señor era desatendida y despreciada , y se vivía en la relajacion , el desenfreno y la licencia. Los enemigos del nombre de Jesucristo habian de apoderarse de nuestra patria y privar á sus habitantes de sus bienes y de su libertad. La morisma habia de inundar nuestro suelo y hacerle teatro de sus crueldades en castigo de su olvido de Dios y de su ley. Toda la carne habia corrompido sus caminos como en los dias de Noé , y ántes de hacer sentir sus venganzas el Señor , quiso que nuestra patria experimentase sus misericordias. En nuestra ciudad nació san Frutos de unos padres virtuosos que supieron criarle en el temor de Dios , así como á sus hermanos san Valentin y santa Engracia. Bien pronto conoció los peligros y la corrupcion general , y se aplicó como Noé á clamar al Señor y dirigirlle sus fervorosas oraciones , para que se apiadase de su pueblo aletargado y sumergido en los vicios. Procuraba en cuanto estaba de su parte desagrar al Señor y recompensar con sus obras buenas las ofensas que le hacia la multitud , y encaminar por la verdadera senda á todos con sus palabras , sus ejemplos y sus buenas obras ; pero la mentira y la maldad jamas ha sufrido con paciencia las reclamaciones de los justos ; se ha ensoberbecido en sus triunfos y ha despreciado y perseguido al que ha intentado detenerla en su carrera. Vióse en su juventud san

Frútos reducido á llorar en silencio los desvarios y locuras de su pueblo temerario é ingrato, que sordo á sus llamamientos se precipitaba á su ruina; y de acuerdo con sus santos hermanos vendió sus cuantiosos bienes, lo distribuyó todo á los pobres y huyó á ponerse á salvo en el monte, por no exponerse á perecer con los demas, inspirado por la gracia de Dios que dirige á sus escogidos. *In monte salvum te fac, ne et tu simul pereas.*

Desprendióse con facilidad y sin pena de todos sus bienes y sus riquezas, que no le servian sino de lazos que le ataban, y de una prision que le obligaba á vivir entre las abominaciones y peligros de la ciudad; rompió generosamente todas las cadenas que le estrechaban con el mundo, y quedándose sin otros deseos que los de conseguir su salvacion eterna, salió con sus hermanos Valentin y Engracia á donde los deparase el cielo, y que pudieran procurarla sin estorbo por todos los medios posibles. Los nuevos y esforzados anacoretas prefieren pasar su vida en los lugares desiertos, y entre la compañía de las fieras que eran ménos perjudiciales y temibles que los hombres. ¡Montañas de la Hoz! ¡Ásperos riscos y concavidades espantosas de las inaccesibles y altísimas peñas que baña el rio Duraton! ¡Escabroso desierto cuya vista llena de horror al hombre, y en que solo se abrigan las fieras y las aves de rapiña! Vosotras fuisteis la morada que eligieron san Frútos y sus dos hermanos para ponerse á salvo de los peligros del mundo, y entregarse de lleno á la vida espiritual. En vosotras pusieron sus plantas los virtuosos fugitivos de Segovia y se ocultaron de la vista de los hombres, no para librarse del peso de sus crímenes y de la confusion y vergüenza de sus delitos, sino para no mancharse con la corrupcion de la ciudad, y conservar su virtud. En vuestras asperezas fabricaron, donde todavía se conservan las señales, unas pobres ermitas que sirviesen de habitacion y oratorio, y separándose unos de otros para vivir en una completa soledad, san Frútos eligió para sí lo mas alto de la montaña, que es tambien lo mas áspero y espantoso.

Al fijar la vista en las piedras que sirvieron de abrigo y de refugio á san Frútos, creeríamos ver la cueva de algunos leones, osos ó fieras sanguinarias y devoradoras. Pues aquel sitio de horror y de espanto es el que sirvió de habitacion, de casa y de palacio á un hombre rico y de una ilustre familia de Segovia.

via. Es donde habitó por muchos años san Frútos despues que renunció á las pompas y vanidades del mundo, y se apresuró á ponerse á salvo de su comun corrupcion. ¿Pero fué san Frútos un gran pecador, que aterrado con el enorme peso de sus delitos, y despedazado interiormente con los crueles remordimientos de su conciencia, buscó el retiro del mundo, y un sitio escabroso apartado del trato y la vista de los hombres, para aplacar la justicia de Dios con una penitencia que correspondiese á los excesos de su vida pasada? ¿Huyó al desierto cansado del mundo, corroído, y enojado ya de los vicios á consagrar á Dios el resto de sus años, despues de no haberse perdonado ningun género de placeres? No, amados oyentes. En la flor de su vida abandonó la ciudad, y llevó consigo la virtud y la pureza que jamas habia perdido. Huyó al monte por salvarse y no exponerse á perecer; por librarse de la corrupcion que no podia estorbar ni contener en sus paisanos, y por conservar su virtud fuera de las ocasiones y peligros.

Y ¿en qué se ocupaba san Frútos en su soledad espantosa? Esto es, señores, lo que el mundo carnal que se alimenta de los placeres, de los pasatiempos, del interes y la ambicion, no acierta á entender, ni concibe cómo pueda el hombre pasarse años enteros en la soledad y el oscurecimiento, ocupado solamente en alabar á Dios y bendecirle y procurar su salvacion, uniéndose anticipadamente desde la tierra á los ángeles y santos del cielo. Esto es lo que no puede sentir ni explicar el hombre que no tiene otras ideas, otros deseos ni otras miras que las miras y deseos carnales y terrenos. La vida del justo en el desierto y retiro del mundo es para el hombre del mundo una insensatez, una locura, es un exceso de fanatismo, un estado que no puede calificar, y que mira por lo ménos con desprecio. Yo quisiera sacarle de su error, si me fuera posible, y darle á conocer que en el desierto se ocupan las almas justas en servir y alabar á su Dios, que es la ocupacion mas digna del hombre y la mas acreedora á nuestros respetos; que en el desierto se perfeccionan y acrisolan las almas y por él entran en el paraíso del cielo; que el desierto es el horno donde se forman los vasos del Rey supremo, y adquieren la brillantez y resplandor con el martillo de la penitencia y la lima de la saludable correccion; en que se consumen las imperfecciones del alma y se depone toda la escoria del pecado, como dice san Pedro Damiano. Que el de-

sierto y la vida solitaria es, como dice el mismo santo, la feria y comercio en donde se cambian las cosas terrenas y transitorias por las celestiales y eternas. Que si horroriza la soledad del yermo, al solitario le recrea el pasearse con su contemplacion y su alma por la inmensidad del cielo, como dice san Gerónimo. Que el solitario en el desierto es un nuevo colono del paraíso, que no ya solo, sino que acompañado de Jesucristo ve la gloria de Dios que los apóstoles no vieron sino en el desierto. Que en el desierto nacen las piedras preciosas de que segun el Apocalipsis se construye la ciudad del gran Rey, como asegura el mismo san Gerónimo. Me valdré de un medio mas sancillo, mas persuasivo y eficaz, del ejemplo de nuestro patrono, y diré sin temor á las cavilaciones y sutilezas de la orgullosa y altanera ciencia del mundo y de la sabiduría de la carne, sin que la mas osada impiedad se atreva á desmentirme: que san Frutos se ocupó en el desierto en santificarse y prepararse la escala para subir al cielo. Diré que por espacio de muchos años vivió escondido entre las piedras como si estuviera encerrado en un sepulcro, extraño á toda la naturaleza, escondido hasta de los rayos del sol, mas muerto al mundo que los que yacen en los panteones, y sosteniendo con las yerbas silvestres que prducian aquellos riscos una vida mortificada. Diré que en el inaccesible desierto de la Hoz donde jamas se vió vestigio de habitacion de hombres, le abandonaron hasta las fieras saliéndose de sus cuevas, no por miedo de ser perseguidas, sino por no perturbar su atencion é inquietar su soledad. Que su espíritu estaba mas distante todavía del mundo que su cuerpo, porque su conversacion estaba toda en el cielo. La contemplacion, el trabajo, la oracion, el cántico de las divinas alabanzas le ocupaban los dias y las noches. Cuanto mas vacío se quedaba del mundo, tanto mas se llenaba de Dios. Las consolaciones que sentia en su alma engendraban un gozo puro sin mezcla alguna de mal; conversaba lleno de placer con su Dios, y como el grande Antonio Abad, prorumpia en quejas amorosas cuando con tanta prontitud salía el sol y no le permitia amar y servir á su Señor con descanso y en el silencio de la noche todo lo que queria.

El espíritu tentador no podia sufrir tanta virtud en unos tiempos en que todo se sujetaba á su tiranía; pero sus astucias y sugeriones solo sirvieron para confundirle y avergonzarle,

y para tener á san Frutos en una continua vigilancia. Sabia este que la oracion y humildad, la mortificacion y el ayuno son las armas poderosas con que se vence al demonio, y su ayuno era continuo, su alimento el preciso para sostener un cuerpo extenuado con los rigores de la mortificacion, su sueño el necesario para aliviar algun tanto sus fuerzas, su oracion interrumpida solamente por sus suspiros y cánticos de alabanzas y accion de gracias. Así se ocupaba san Frutos en su soledad. Así se santificaba y trabajaba en el negocio de su salvacion, que es lo mas importante, lo mas recomendable y lo mas digno del hombre.

No podia sin embargo mirar con indiferencia las impiedades y excesos de su pueblo, y levantaba su voz al cielo pidiendo clemencia y misericordia: se esforzaba para que sus súplicas llegasen mas arriba que el clamor de los que pasaban los años en añadir pecados á pecados, y para que se anticipase el ruego del amigo á la ofensa del ingrato. Cargando sobre sí con los pecados de su pueblo, como si él fuese el reo de los crímenes y abominaciones de su patria, se imponia el deber de satisfacer por todos, aplacar á la divina justicia y contener sus venganzas con sus lágrimas, sus cilicios, con todo género de espantosas mortificaciones y penitencias. Allí hubiera muerto víctima de su amor á Dios y de su celo por el bien de los hombres, olvidado y desconocido de todos, si el Señor no le hubiese destinado para ser el consuelo y el protector de los fieles perseguidos.

Si bien las oraciones y penitencias de san Frutos y sus santos hermanos contuvieron los castigos de Dios y las venganzas decretadas en los consejos eternos, en los juicios de su adorable Providencia estaba dispuesto que nuestra patria purgase sus crímenes, y que al fin llegase el dia de la correccion, diré, mas bien que de las venganzas. Miétras san Frutos oraba fervorosamente al Señor por los pecados de su pueblo, y le pedia que pusiese término á los crímenes en que estaba inundada su patria, los sarracenos despues de haber vencido al rey de los godos y disipado su ejército, no solo subyugaron las Andalucías, sino que llegaron á enseñorearse de las Castillas.

Los segovianos entónces, errantes y fugitivos, no hallaban asilo ni seguridad sino en las asperezas y montañas, y muchos se acogieron á los desiertos de la Hoz para salvar su religion y

su vida. Allí encontraron á san Frútos, que lloró con los fugitivos las calamidades de su patria, y les sirvió de escudo, de protector y defensa. Los exhortó como un padre, como un apóstol á perseverar en la fe sin temor á los tormentos. Su celo se extendió á penetrar por entre los mismos sectarios de Mahoma que se habian apoderado de los pueblos de los contornos, procurando con sus vigorosas y enérgicas amonestaciones que saliesen de sus supersticiones y abrazasen la ley de Jesucristo. Semejante conducta no podia ménos de irritar á los mahometanos orgullosos con sus triunfos y obcecados en sus errores, y dispusieron pasar á quitar la vida al solitario atrevido y á cuantos le acompañaban; pero san Frútos, si bien deseoso de dar su vida por Jesucristo, lleno de compasion y enternecido con los clamores de tantos cristianos refugiados entre aquellas breñas, salió sin temor al encuentro de sus verdugos, apoyando sus débiles carnes extenuadas con los años y las penitencias en un báculo; y lleno de confianza en el Señor les intimó que no pasasen de la raya que les señaló con su báculo sobre una piedra, y la piedra se abrió de arriba abajo en el momento, como se ve hasta hoy, quedando así burlados los mahometanos y llenos de consuelo y esperanza los cristianos.

Ya habia dado frutos abundantes y sazonados este árbol plantado junto á las corrientes del Señor, ya habia fortalecido y animado á los cristianos á sufrirlo todo ántes que perder su fe, ya habia edificado con sus palabras y sus ejemplos á sus conciudadanos, ya estaba lleno de méritos y virtudes, y el Señor dispuso llevarle para sí, enviándole una muerte pacífica y preciosa á los 73 años. El Señor le llevó á la patria del descanso para premiar sus méritos con su gloria, y para que fuese desde el cielo nuestro patrono y protector poderoso. Continúad, santo patrono, dispensándonos vuestros favores y logrando del Señor que desciendan sus gracias sobre esta diócesis, su prelado, sus sacerdotes y sobre todos los fieles, para que se conserve entre nosotros pura la fe en un siglo en que tanto domina la impiedad, y que se corrijan y purifiquen las costumbres.

Y nosotros todos, no nos hagamos indignos de su proteccion, imitemos á san Frútos y vivamos en el mundo como si no viviéramos en él. Hagamos del mundo mismo un desierto viviendo léjos y desprendidos de sus locuras, de sus vanida-

des, de sus placeres, de sus ocasiones y peligros. Desechemos de nuestra alma todos los cuidados y pensamientos vanos y nocivos, todo lo que pueda estorbarnos el unirnos á Dios, pongamos en él nuestra confianza y todos nuestros deseos. Seamos solitarios, no con el cuerpo, sino con la intencion, con la devocion, con el espíritu. Nuestra alma bendiga al Señor en todo lugar de su dominacion, y san Frútos se complacerá en ser nuestro patrono, y el Señor nos premiará tambien.

Haced, Dios mio, que todos cantemos vuestras alabanzas con san Frútos en el cielo. Así sea.

SERMON

DE SAN GIL, ABAD.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

Erat vir ille simplex, et rectus ac timens Deum.

Él era un varon simple, recto y temeroso de Dios.

Job, c. 1. v. 1.

Cuando al recorrer las noticias que nos han quedado de la vida de san Gil hallo un hombre que desatiende generosamente á la grandeza de su nacimiento, que desprecia los cuantiosos bienes de sus padres, que huye de su casa despues de haber repartido su patrimonio á los pobres, que se desprende de los honores del mundo, se oculta en una cueva para vivir solo con su Dios y gozar las dulzuras de la contemplacion, y que por fin, por caminos conocidos y dispuestos solo por Dios, ocupa sus últimos años en el silencio de un monasterio, siendo modelo de virtud y santidad, en donde cargado de méritos y gracias muere con la muerte preciosa de los justos, me parece que habiendo de formar su elogio en este dia nada puedo decir de él con mas acierto que lo que el sagrado libro nos dice del santo Job : *Erat vir ille simplex, et rectus ac timens Deum.* Él era un varon simple, recto y temeroso de Dios.

Se hace mofa de la simplicidad del justo, porque la sabiduría del mundo consiste en ocultar las maquinaciones del corazon, en usar de doblez en las palabras, en hacer creer lo falso por verdadero y lo verdadero por falso, como dice el padre san Gregorio. Esta es la prudencia del mundo, continúa el mismo santo padre, que los jóvenes adquieren con el uso, que los niños compran con el precio; los que la poseen se ensoberbecen

despreciando á los demas, y los que no la tienen son reputados por débiles y tímidos. Esta es, en una palabra, la perversidad del corazon, que el mundo se ha convenido en paliar con el nombre de urbanidad y prudencia. Esta es la que manda apetecer los honores, jactarse en la vanidad de la gloria temporal; hacer mal multiplicado á los que nos le hacen; no ceder jamas á los que nos resisten y saber disimular con una bondad pacífica las injurias de que no podemos tomar venganza. La simplicidad de los justos, por el contrario, consiste en no fingir nada, hablar con sencillez, buscar la verdad, apartarse de la mentira, hacer graciosamente el bien, sufrir con paciencia los trabajos, no vengarse de las injurias, orar por los que nos maldicen, buscar la pobreza, no resistir al malhechor, y volver una mejilla al que nos hirió en la otra. Esta es, en sentir del citado santo Padre y conforme á la doctrina del divino Salvador, la simplicidad y rectitud del justo, y este es el ejemplar y la ley por la que hemos de medir la del glorioso san Gil cuya fiesta celebramos. Simple, dice san Bernardo, simple y recto es aquel cuya voluntad está perfectamente convertida á Dios, que nada quiere ni apetece en este mundo sino buscar de todas veras al Señor; y esto mismo es lo que halláremos en la vida de nuestro santo, y á lo que debemos excitarnos con su ejemplo. San Gil fué simple, recto y temeroso de Dios; y nosotros debemos serlo tambien.

Dadme, Señor, vuestra gracia para desempeñar un objeto tan santo y tan provechoso para nuestra salud, que os pedimos por la intercesion de María santísima. *Ave María.*

Para hacer brillar mas el mérito de san Gil pudiera detenerme á ponderar la cualidad de haber nacido en Atenas, de la descendencia y sangre real. Así lo haria un orador profano con un héroe del mundo, midiendo y acomodando el nacimiento y demas cualidades extrañas al hombre, segun las ideas y el aprecio del mismo mundo, que hace mérito de la gloria que transita y la exaltacion que se evapora; pero no es este el medio del orador sagrado para alabar á los hombres de nuestra religion, y es extraño en sus elogios lo que no se acomode á las máximas del Evangelio, que nos enseña que todos somos iguales en la presencia del Señor; que todos sin distin-

cion de estado y condicion hemos sido redimidos con la sangre preciosa de Jesucristo y admitidos á la herencia del cielo, y que si el mundo distingue entre ricos y pobres, humildes y poderosos, señores y criados, Dios que mira con la rectitud de su justicia no aprecia ni antepone sino el mérito y la virtud donde quiera que se halle. En nada y para nada hubiera sido útil, con respecto á la vida eterna, á san Gil un nacimiento tan esclarecido, si no hubiera seguido por las sendas del verdadero bien, y se hubiera dejado llevar de la vanidad y locura de los bienes engañosos del mundo. Sin embargo yo recuerdo esta cualidad, para daros á conocer su simplicidad y rectitud, y que fué su mérito tanto mayor, cuanto fué mas lo que despreció por buscar á su Dios, y mas fuertes los lazos que rompió para desprenderse de la esclavitud del mundo que con tan pocos esfuerzos nos aprisiona y cautiva.

Sus padres, Teodoro y Pelagia, le dedicaron en su niñez al estudio de las letras y á la práctica de la virtud. Léjos de hallar recreo en los juegos y pasatiempos pueriles, en aquella soberbia y altanería insufrible con que los hijos de los ricos amparados del imprudente cariño de los padres suelen, por lo comun, tratar á los demas, san Gil hallaba todas sus delicias en la casa de Dios; en la asistencia á los divinos oficios y al santo sacrificio de la misa, y en las obras de misericordia con los pobres y necesitados. Un dia que al ir á la iglesia halló á un pobre enfermo echado en el suelo, se desnudó y le dió su misma túnica, y el Señor que apetece ser glorificado en sus escogidos, hizo que el enfermo recobrase inmediatamente la salud.

Este y otros milagros que obró en su juventud le hicieron célebre en el mundo, cuando él ignoraba todavía quién era el mundo. Sus padres murieron dejándole sus honras, sus haciendas y todos los honores de su casa. ¿Qué haria un jóven en lo mas fogoso de su edad, rodeado de riquezas, y estimulado con lo que el mundo puede ofrecer de lisonjero y halagüeño? ¿Qué haria un jóven solo, sin direccion, sin consejo, en medio de los peligros, acariciado de los placeres y dueño de su libertad y de su dinero? Pero ¿qué habia de hacer, si era simple, recto y temeroso de Dios? Lo que el príncipe de los apóstoles al oír por primera vez la voz del divino Maestro que le mandó seguirle: *Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus*

te (1). Dejarlo todo, vender sus posesiones, repartir su valor á los pobres y seguir á Jesucristo. El hombre animal, el hombre que no conoce ni atiende sino á las necesidades y los placeres de su cuerpo, que no busca sino los engañosos y efímeros deleites de este mundo, que pone toda su esperanza en el dinero y los tesoros, no percibe ni quiere entender esta doctrina tan sublime de Jesucristo, y esta conducta tan heroica y admirable de sus siervos. Yo os doy gracias, Señor, porque habeis escondido vuestros arcanos á los sabios y prudentes y los habeis revelado con tanta claridad á los humildes y pequeñuelos. San Gil lo dejó todo por seguiros y recibió en recompensa el cumplimiento de vuestra promesa divina, que el que dejare por vos su casa, sus padres, sus hermanos, sus campos y sus haciendas, recibirá ciento por uno y despues la vida eterna. La fama de su vida ejemplar y de sus milagros le hicieron mas célebre en su patria, que cuanto pudieran haberle hecho sus títulos, sus riquezas y sus honores; pero como solo deseaba vivir para con su Dios, ser despreciado del mundo para merecer el amor divino, ser tenido por vil y despreciable para merecer las eternas recompensas, huyó de su patria para vivir desconocido. Francia recibió en su territorio á este esclarecido griego. El palacio episcopal de Arlés le vió entrar por sus puertas, y su célebre obispo san Cesáreo le admitió en su compañía y le honró con aquella amistad y aquellos obsequios con que solamente saben honrarse los santos.

Un espíritu encendido en la llama del amor divino que abrasaba á estas dos almas escogidas, podria ponderar debidamente aquellos coloquios, aquella oracion, aquel religioso método de vida, que durante dos años tuvieron estos dos huéspedes y peregrinos en la tierra y habitantes mas bien de los cielos, porque allí estaba de asiento su corazon. El santo obispo acabó de instruir al humilde san Gil en las máximas de la verdadera religion, del amor de Dios y del prójimo, sirviéndose mutuamente de estímulo y de modelo.

Cuando Dios dirige las acciones de sus siervos, no es dado á la ciencia del hombre el censurarlas, por extrañas y raras que parezcan, porque el Señor sabe muy bien hacer vanos y confundir los conocimientos de los hombres. Infinitos ejemplares

(1) *Matth. c. 19. v. 27.*

nos lo comprueban en las vidas de los santos, que no podemos dudar que fueron del agrado de Dios viéndolos autorizados y establecidos con grandes milagros. Tal es el hecho que nos presenta en seguida la historia de la vida de san Gil. Abandona el palacio episcopal, deja la compañía de un varón eminente en ciencia y virtud, una casa donde sin peligros podía ser útil á su Dios, á su prójimo y á sí mismo, y huye á la oscuridad de una cueva sin comunicar á nadie su pensamiento, y vive en ella olvidado y desconocido de todos. Este hecho ¿no le podríamos graduar de una extravagancia ó de una desesperación? Pues qué ¿no nació el hombre para vivir en la sociedad? ¿No se puede servir á Dios en todas partes? ¿No podía muy bien santificarse san Gil en la casa de un obispo santo? Pero ¿quiénes somos nosotros para dar consejos al Altísimo y para investigar sus caminos? Él es admirable en sus santos, y si inspiró este pensamiento á su siervo, ¿qué nos toca á nosotros sino adorar en silencio la incomprendibilidad de sus juicios? El milagro de una cierva dirigida por la mano del Omnipotente á la gruta del solitario para alimentarle diariamente con su leche, habla á favor de san Gil, y nos descubre en él cuál es la voluntad de Dios.

Con este parco alimento, diría mas bien, con el pábulo de la meditación y contemplación divina pasó muchos años en aquel escarpado retiro, delicioso sólo para las almas santas, que gustan oír la voz de su Dios lejos del estrépito y los peligros del mundo, hasta que el Señor, que vela muy especialmente sobre los suyos, y que tiene dicho que ni un cabello caerá de su cabeza sin su voluntad, dirigió á su cueva al mismo rey de Francia.

Un hombre en traje de ermitaño, venerable por su edad y por la virtud y penitencia retratada en su semblante, causó á la majestad del rey mas admiración y sorpresa que todo el aparato y magnificencia de su corte. Reconoce en él un siervo de Dios, se postra á sus piés, le ofrece todos sus respetos y servicios... ¡ Ah, Señor! ¡ Tan cierto es que no dejaréis en un perpetuo olvido al justo, y que dareis á vuestro siervo la merced de sus trabajos, y los hareis aparecer en un camino admirable. El rey quiere hacer pública la virtud del siervo de Dios y se empeña en honrarle con riquezas y regalos; pero este que tan anticipadamente lo había renunciado todo por seguir mas libremente á Jesucristo, nada quiso para sí, y aconsejó al rey que

emplease sus ofertas en edificar un monasterio. Lo ejecuta en aquel mismo sitio, y de todas partes conduce la fama y los milagros de san Gil, abad del nuevo monasterio, á muchos penitentes á buscar su salud eterna bajo la dirección de tan santo prelado. Ved aquí la luz, tantos años escondida, puesta sobre el candelero para lucir y alumbrar á todos los habitantes de la casa del Señor. Hombres obcecados y entregados al desenfreno de vuestras pasiones, para quienes la religión de Jesucristo es vanidad y locura; que tan injustamente vilipendiais y ultrajais al estado religioso, y que vierais con gusto exterminada del mundo hasta la memoria de su nombre; yo no quiero poner hoy á vuestra vista millares de pecadores convertidos por su celo en bien de la sociedad y del público, de enfermos asistidos con su ayuda y sus consuelos, de pobres alimentados y socorridos con sus limosnas, de jóvenes puestas á salvo del peligro de pervertirse y desposadas en honestos matrimonios por los medios y recursos de su ingeniosa caridad, y si no tuvierais el corazón tan pervertido y no viviéramos en un siglo de tanta incredulidad, pudiera también recordar los infinitos milagros obrados por su medio; pero quiero que lleveis vuestra consideración al monasterio de san Gil, que entreis en el terreno de los hechos á que dais tanta preferencia, y que me digais si hallais en él mas paz, mas caridad, mas beneficencia y mas de todo género de virtudes que en esas academias filosóficas, en esas escuelas de socialismo en que se pretende gobernar al mundo dejándole sin religión, sin fe, y entregado á los desvaríos de una razón delirante. Decidme si no, ¿dónde están las guerras, las rebeliones, los trastornos, los asesinatos y robos causados por los humildes y sencillos habitantes de aquella casa de silencio y de retiro? Entrad en el monasterio de san Gil y vereis á este santo hombre, sin ruido, sin ostentación, sin aparato de elocuencia humana, y solo sí, sencillo, recto y temeroso de Dios, repartir sus luces y comunicar sus virtudes á todos los solitarios que viven bajo su obediencia. Vereis la paz, el silencio, la oración, la frecuencia de sacramentos; el pecador se corrige, el justo se inflama, el que es tentado pelea y resiste á la tentación, el que cae halla muy pronto medios oportunos para levantarse... En una palabra podré decirlo todo para nuestra confusión y sin miedo de ser desmentido: vereis el camino que lleva al cielo y el plantel de los santos.

San Gil hizo brillar aquella virtud que adquirió en tantos años de soledad y retiro, gobernando con acierto su monasterio y ocupándose en el desempeño de otros negocios arduos en que le hicieron entrar motivos de religion y de celo. Ved cómo sabe el Señor cumplir sus promesas. Un hombre que desprecia los bienes y las esperanzas terrenas; que huye del mundo y que vive tantos años desconocido y oculto, en el mundo mismo recibe mas gloria y mas puras satisfacciones que cuantas le hubieran podido proporcionar su nacimiento y sus riquezas. La fama de su santidad y de sus milagros le hace célebre en todas partes; los pueblos le buscan para recibir sus consejos, curar las dolencias de sus enfermos y oír su doctrina celestial: todos le respetan y veneran; su nombre dura por los siglos y pasa con aplauso de generacion en generacion. La muerte, que es preciosa en los justos, le halla sin sorprenderle y la recibe cargado de años y de méritos, con aquella tranquilidad propia solo de un varon simple, recto y temeroso de Dios.

Consiguó la vida eterna con el desprecio del mundo, con el retiro, el silencio, la mortificacion, con la práctica de las virtudes, siendo simple, recto y temeroso de Dios; y con su ejemplo nos enseña, que si nosotros queremos ser santos, ni necesitamos mas, ni tampoco tenemos otro camino: que no subirá al monte santo del Señor sino el que es inocente en sus obras y limpio en su corazon. El reino de Dios, hermanos míos, no está en la comida y la bebida, en las delicias y los placeres, en las honras y grandezas, sino en seguir á Jesucristo, y para seguir á Jesucristo es necesario hacerse como los niños, es decir, hacerse humilde, simple, recto y temeroso de Dios.

Cuando la iglesia nos propone con tanta frecuencia los ejemplos de los santos, es para que cada uno conforme á su estado se esfuerce en practicar las virtudes que á ellos los introdujeran en el cielo. En vano será oír el elogio de san Gil, si no procurais formar vuestro corazon con arreglo á su conducta. No quiero ni puedo exigir con esto que abandoneis vuestras casas, que vendais vuestras posesiones y que vayais á pasar vuestra vida á la oscuridad de una cueva: este género de vida no es imposible, como habeis visto; pero está reservado para aquellas almas á quienes Dios conduce á ella por una gracia particular. Quiero sin embargo, y puedo exigir de vosotros la pobreza

de espíritu; que poseais los bienes de este mundo como si no los poseyeseis; que seais compasivos y misericordiosos con vuestros prójimos; que desterreis de vuestro corazon la ambicion, la venganza, la enemistad; y que en medio de las tareas de vuestro oficio dediqueis algunos ratos á Dios contemplando los muchos beneficios que estais recibiendo de su mano. Sed simples, rectos y temerosos de Dios, evitad la mentira, llevad con paciencia los trabajos, educad en la religion y santas costumbres á vuestros hijos, sed obedientes á las autoridades, respetad á los sacerdotes, haced el aprecio debido de los religiosos, vivid segun Dios, porque si vivís segun la carne, moriréis eternamente.

No os dejéis llevar de las máximas corrompidas de los libertinos que os ofrecen felicidad viviendo en el desenfreno. No hemos nacido para entregarnos de lleno á los deleites y placeres de este mundo: no puede haber felicidad completa en la tierra, y si alguna podemos lograr todos, es la que consiste en obrar bien. Tampoco os aflijan los trabajos con que el Señor os castiga: volved la vista hácia vosotros mismos, y hallaréis que el hambre, la pobreza, las enfermedades y todo lo que llamamos males son castigos con que Dios nos procura purgar y apartar del pecado.

Dedicaos á aplacar su ira arreglando vuestras costumbres; tened presente la vida ejemplar de san Gil, y consolaos como él en la esperanza de que los trabajos y tribulaciones momentáneas de esta vida obran la felicidad eterna, y que exceden infinitamente los bienes y recompensas del cielo á los padecimientos y privaciones que sufrimos por Jesucristo en la tierra. ¿De qué sirve cuanto el mundo pueda darnos, si perdemos miserablemente nuestra alma? Y ¿qué aprecio debemos hacer de cuanto el mundo pueda darnos, si ganamos nuestra alma para Dios?

Meditemos como san Gil esta máxima del Evangelio, y ella nos hará como á él, apartar del vicio, crecer y adelantar de virtud en virtud; nos inflamará en el deseo de las cosas del cielo y de no apetecer sino buscar al Señor y habitar en su casa interin tengamos vida.

Vos, glorioso santo, que en la tierra tuvisteis tanto poder para con los que tuvieron la dicha de encomendarse á vuestras oraciones, y que ahora ocupais un lugar tan distinguido en la

casa del gran Padre de familias, dispensad vuestra proteccion á los devotos que os invocan. Premiad la piedad religiosa de los que os ofrecen estos cultos; emplead vuestro valimiento, é interceded con el Señor para que nos dé la gracia de saber la ciencia principal, la de gobernar nuestras almas y ser simples, rectos y temerosos de Dios, para que Dios nos premie con su gloria y le cantemos las divinas alabanzas en vuestra compañía por los siglos de los siglos. Amen.

FIN DEL TOMO SEXTO Y ÚLTIMO.

TABLA

DE

LOS SERMONES, DISCURSOS ETC.,

QUE COMPRENDE

EL TOMO SEXTO.

	PÁG.
Sermon de santa Rosalia. No hay mayor heroísmo que renunciarlo todo por el amor de Dios, y tampoco hay otro camino para salvar nuestras almas, que renunciarnos á nosotros mismos juntamente con el mundo. — De Lázaro Garcia.....	1
Sermon de san Rosendo. Es el ejemplar y modelo que debemos imitar para amar á Jesucristo, ser virtuosos en esta vida y conseguir la gloria eterna. — De la Biblioteca predicable.....	12
Sermon de Santiago el Mayor. Santiago fué el primero que predicó en España la fe de Jesucristo. — De González.....	20
Sermon de Santiago apóstol. — Del Pulpito español.....	28
Sermon de san Sebastian. — De la Biblioteca predicable.....	41
Sermon de san Sebastian. — De Sánchez Sobrino.....	49
Sermon de san Segundo. — De la Biblioteca predicable.....	58
Sermon de san Simon y Júdas, apóstoles. — De Lázaro Garcia.	66
Sermon de santa Tecla. — De la Biblioteca predicable.....	75
Sermon de san Telmo. — De la Biblioteca predicable.....	84
Sermon de santa Teresa. — De Sánchez Sobrino.....	92
Sermon de santa Teresa de Jesus. — De la Biblioteca predicable.	103
Sermon de san Tesifonte, obispo y mártir. — De Lázaro Garcia.....	113
Discurso para el dia de la festividad de Todos los Santos. — De Troncoso.....	122
Sermon para el dia de Todos los Santos. — Del Pulpito español.	134
Discurso para el dia de santo Tomas apóstol. — De Troncoso...	144
Sermon de santo Tomas apóstol. — Del Pulpito español.....	158
Sermon del angélico doctor santo Tomas de Aquino. — Del R. P. Fr. Juan de Dios Pastor.....	172
Discurso para el dia del angélico doctor santo Tomas de Aquino. — Del R. P. Fr. Ramon Casaus Tórres y las Plazas.....	199

casa del gran Padre de familias, dispensad vuestra proteccion á los devotos que os invocan. Premiad la piedad religiosa de los que os ofrecen estos cultos; emplead vuestro valimiento, é interceded con el Señor para que nos dé la gracia de saber la ciencia principal, la de gobernar nuestras almas y ser simples, rectos y temerosos de Dios, para que Dios nos premie con su gloria y le cantemos las divinas alabanzas en vuestra compañía por los siglos de los siglos. Amen.

FIN DEL TOMO SEXTO Y ÚLTIMO.

TABLA

DE

LOS SERMONES, DISCURSOS ETC.,

QUE COMPRENDE

EL TOMO SEXTO.

	PÁG.
Sermon de santa Rosalia. No hay mayor heroísmo que renunciarlo todo por el amor de Dios, y tampoco hay otro camino para salvar nuestras almas, que renunciarnos á nosotros mismos juntamente con el mundo. — De Lázaro Garcia.....	1
Sermon de san Rosendo. Es el ejemplar y modelo que debemos imitar para amar á Jesucristo, ser virtuosos en esta vida y conseguir la gloria eterna. — De la Biblioteca predicable.....	12
Sermon de Santiago el Mayor. Santiago fué el primero que predicó en España la fe de Jesucristo. — De González.....	20
Sermon de Santiago apóstol. — Del Pulpito español.....	28
Sermon de san Sebastian. — De la Biblioteca predicable.....	41
Sermon de san Sebastian. — De Sánchez Sobrino.....	49
Sermon de san Segundo. — De la Biblioteca predicable.....	58
Sermon de san Simon y Júdas, apóstoles. — De Lázaro Garcia.	66
Sermon de santa Tecla. — De la Biblioteca predicable.....	75
Sermon de san Telmo. — De la Biblioteca predicable.....	84
Sermon de santa Teresa. — De Sánchez Sobrino.....	92
Sermon de santa Teresa de Jesus. — De la Biblioteca predicable.	103
Sermon de san Tesifonte, obispo y mártir. — De Lázaro Garcia.....	113
Discurso para el dia de la festividad de Todos los Santos. — De Troncoso.....	122
Sermon para el dia de Todos los Santos. — Del Pulpito español.	134
Discurso para el dia de santo Tomas apóstol. — De Troncoso...	144
Sermon de santo Tomas apóstol. — Del Pulpito español.....	158
Sermon del angélico doctor santo Tomas de Aquino. — Del R. P. Fr. Juan de Dios Pastor.....	172
Discurso para el dia del angélico doctor santo Tomas de Aquino. — Del R. P. Fr. Ramon Casaus Tórres y las Plazas.....	199

Sermon de santo Tomas de Cantorberi. — De Flechier.....	225
Sermon de santo Tomas de Villanueva, arzobispo de Valencia. — De la Biblioteca predicable.....	241
Sermon de santo Tomas de Villanueva. — De Sánchez Sobrino.	251
Sermon para el día de san Torcuato, patrono del obispado de Guadix. — De Bocanegra.....	258
Sermon de santo Toribio, patrono y obispo de Astorga. — De Lázaro García.....	273
Sermon de santo Toribio de Mogrovejo. — De la Biblioteca pre- dicable.....	283
Discurso para el día de santa Verónica de Juliani. — De Tron- coso.....	292
Sermon de san Vicente Ferrer. — De Climent.....	305
Sermon de san Vicente Ferrer. — De Lázaro García.....	317
Discurso para el día de san Vicente levita y mártir, patron de Huesca. — De Troncoso.....	331
Sermon de san Vicente mártir. — De la Biblioteca predicable..	344
Sermon I. de san Vicente de Paúl. — De González.....	353
Sermon II. de san Vicente de Paúl. — De González.....	363
Discurso para el día de san Vicente de Paúl. — De Troncoso...	372
Sermon de san Zoilo mártir. — De Lázaro García.....	384

SUPLEMENTO.

Sermon de san Ambrosio. — De la Biblioteca predicable.....	393
Sermon de san Antolin, patron de Palencia. — De la Biblioteca predicable.....	404
Sermon de san Atilano. — De la Biblioteca predicable.....	412
Sermon de santo Domingo de Silos. — De Lázaro García.....	422
Sermon de san Eugenio, primer arzobispo y patron de Toledo. — De Lázaro García.....	432
Sermon de santa Eulalia de Mérida. — De Lázaro García.....	440
Sermon de san Francisco de Borja. — De la Biblioteca predicable.	450
Sermon de san Froilan, patron de Leon. — De la Biblioteca predicable.....	460
Sermon de san Frutos, patron de Segovia. — De Lázaro Gar- cía.....	468
Sermon de san Gil, abad. — De Lázaro García.....	478

